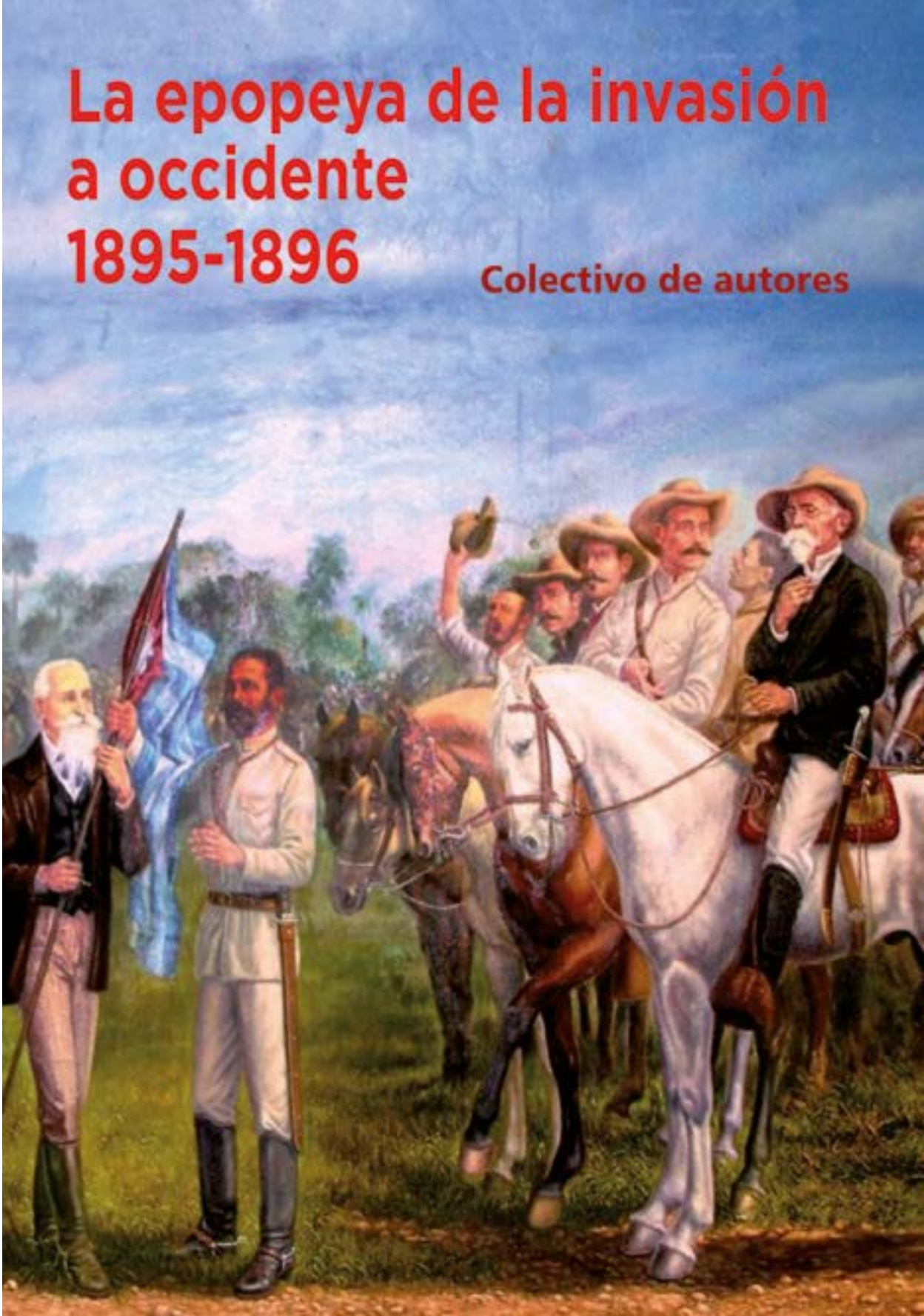
La epopeya de la invasión a occidente 1895-1896

Colectivo de autores



La epopeya de la invasión a occidente 1895-1896

La epopeya de la invasión a occidente
1895-1896

Compiladores:
Manuel Fernández Carcassés
Damaris Amparo Torres Elers

Ediciones UNHIC
La Habana, 2021

Edición: *María Luisa García Moreno*
Diseño y realización: *José Ramón Lozano Fundora*
Ilustración de cubierta: "Despedida del Consejo de Gobierno",
de Francisco Rodríguez Salas, Museo Municipal de Taguasco
Corrección: *Catalina Díaz Martínez*

© Colectivo de autores, 2021
© Sobre la presente edición:
Ediciones UNHIC, 2021

ISBN 978-959-7260-19-6

Todos los derechos reservados. Esta publicación
no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
en ningún soporte sin la autorización por escrito
de la editorial.

Ediciones UNHIC
Muralla no. 71-A e/ Inquisidor y Oficios,
La Habana Vieja, La Habana, Cuba, CP 10100.
E-mail: unhic-cuba@cubarte.cult.cu
www.historiadores.cult.cu

Índice

Algunas palabras necesarias / 9

La invasión al occidente: antecedentes e inicio / 13

¿Fue la invasión a occidente un tema debatido en la reunión de La Mejorana? / 15

La invasión se inició en los Mangos de Baraguá / 31

La campaña invasora. Múltiples miradas históricas e historiográficas / 41

Rumbo al occidente. La invasión en la guerra de 1895 / 43

Capote, banderillas y estoque para Martínez Campos / 53

Las tropas de infantería durante la invasión de oriente a occidente (1895-1896), verdaderos hombres de hierro / 73

Roberto Bermúdez y López Ramos y la vanguardia invasora a occidente / 81

La asistencia sanitaria del Cuerpo de Sanidad Militar Mambisa durante la invasión / 91

El aseguramiento ingeniero durante la campaña de la invasión / 103

De oriente a occidente: el choteo mambí recorre Cuba / 119

La divulgación de la campaña invasora en la emigración y el *Diario de la invasión,* testigo patrimonial de una heroica hazaña / 133

Crónicas de la guerra. La epopeya del general Antonio / 145

La narrativa de campaña. Un acercamiento a la invasión de oriente a occidente a través de diarios, memorias y escritos de oficiales y soldados del Ejército Libertador (1895-1896) / 159

En marcha hacia el occidente. La invasión en regiones y localidades / 167

Guantánamo y la campaña de invasión a occidente / 169

La invasión mambisa hacia el occidente: su paso por el actual municipio de Cauto Cristo / 185

Paso de la columna invasora de 1895 por Las Tunas / 197

Camagüey en la invasión al occidente. Reflexiones / 211

Ciego de Ávila en el contexto de la invasión de 1895. Conformación definitiva del ejército invasor / 221

Martí, Gómez y una bandera de la invasión de 1895. Testimonio de la cubana mexicana Clotilde Agüero / 239

El paso de la columna invasora por tierras espirituanas / 249

La campaña invasora en Las Villas: diciembre de 1895 / 261

Mal Tiempo: soledad o anonimato / 275

Yo, Esteban, conocí a Gómez y Maceo en la invasión / 283

La invasión por Matanzas. La audacia de cruzar el tablero estratégico / 297

La llegada de la invasión a Melena del Sur / 313

Artemisa en la guerra del 95 (4 de enero-7 de diciembre de 1896) / 319

La extrema vanguardia de la invasión en Pinar del Río / 331

El paso de la invasión por Consolación del Norte. Acotaciones necesarias / 347

Guane en el contexto de la invasión del oriente al occidente / 359

Antecedentes, presencia e impronta de Antonio Maceo en San Luis de Vueltabajo / 371

Mantua, fin de la invasión / 385

Resonancias en Isla de Pinos de la llegada de la invasión y la presencia de Antonio Maceo en La Habana / 399

Después de la invasión / 409

1896: Weyler vs Maceo y el 6.º cuerpo en Vueltabajo / 411

Huellas en el tiempo. La invasión en la cultura y en la educación / 423

La invasión en la cultura / 425

La invasión al occidente. Evocaciones pictóricas de la epopeya y sus héroes (1895-1976) / 439

La invasión en los programas de enseñanza / 457

Breves notas acerca de la enseñanza de la Historia: la invasión a occidente / 467

Bibliografía / 475

Mantua camino final
De luchas y de victoria
Qué valor para la historia
En hombros del general.
Allí de forma especial
Se oyó del clarín el toque
Y sin que nadie se apoque
Un eco salió de allá
De Mangos de Baraguá
Hasta los Mangos de Roque.

Felipe Pérez Alvarado

Algunas palabras necesarias

Con la firma del Acta de la Invasión en el Ayuntamiento de Mantua, el 23 de enero de 1896, terminaba oficialmente una de las hazañas militares más grandes del siglo XIX latinoamericano: la invasión al occidente, iniciada el 22 de octubre de 1895 en Mangos de Baraguá. El Ejército Libertador extendió la revolución a todo el país y debilitó el sostén económico español. En 92 días recorrieron 1797 km, libraron 27 acciones combativas, ocuparon 22 poblados y se apoderaron de más de dos mil armas largas, setenta y siete mil cartuchos y tres mil caballos, con un saldo de 56 muertos y 421 heridos.

Se cumplía de esta forma el viejo anhelo mambí de invadir el occidente. Al decir del historiador Joel James Figarola:

> Con la invasión todo el ámbito rural cubano quedó en manos de la insurrección […] Para utilizar una terminología actual, con la invasión la Guerra de Independencia devino en una guerra de todo el pueblo, el pueblo cubano contra la dominación colonial.[1]

[1] Joel James Figarola: *Fundamentos sociológicos de la Revolución cubana siglo XIX*, p. 170.

El mundo entero se impresionó ante "El plan más audaz de la centuria", calificado así por el norteamericano Clarence King, en la *Revista Militar de Bruselas*. El intelectual español Francisco Pi y Margall, la valoró como una "atrevida expedición" desde el extremo oriente al extremo de occidente entre fortalezas y columnas españolas. El periódico *The Herald* consideró la marcha "como una de las más atrevidas de que se tienen noticias". El general norteamericano Sickles, veterano de la Guerra de Secesión elogió la estrategia militar de los jefes de la invasión —"debemos poner a Gómez y a Maceo en la primera fila de la capacidad militar"—, mientras que *The Sun* publicaba que la invasión: "[…] se acerca más a los prodigios de la leyenda que a los anales auténticos de nuestro tiempo". [2]

Sin embargo, ninguna consideración fue más espontánea, sincera y reveladora que la del entonces presidente español Antonio Cánovas del Castillo, cuando dijo a los nuevos diputados y senadores de las Cortes españolas: "¡Qué tristeza! Hemos asistido a la despedida inicial de la soberanía española en Cuba".[3]

Por su magnitud, la invasión al occidente fue objeto de no pocos análisis en los que numerosos protagonistas de nuestra gesta independentista de 1895-1898 —por ejemplo, José Miró Argenter: *Cuba. Crónicas de la Guerra* (1899); José Llorens: *Con Maceo en la Invasión* [1928]) y Manuel Piedra Martel: *Campañas de Antonio Maceo en la última Guerra de independencia (1946)*— plasmaron sus vivencias en diversas publicaciones, que marcaron pauta para el estudio de la historia de la guerra del 95. También fue objeto de no pocos estudios acerca de su importancia estratégica, durante la República burguesa, tal es el caso de Juan J. Expósito Casasús: *La invasión, sus antecedentes, sus factores, su finalidad* (1950); René Reyna Cossío: *Estudios históricos militares sobre la Guerra de Independencia (Monografía sobre la invasión* [1954]) y *El lazo de la invasión* (1956). Más reciente, en el periodo revolucionario hubo estudios de investigadores que, desde nuevos postulados, han tratado el asunto; entre ellos sobresalen Amado Palenque: *La campaña de invasión* (1988); Aisnara Perera: *Antonio Maceo. Diarios de Campaña. Compilación, introducción y notas* (2001); Enrique Giniebra Giniebra y Juan Carlos Rodríguez Díaz: *La invasión de Antonio Maceo en Pinar del Río* (2004).

De manera que la invasión no resulta un tema inusual en la producción histórica cubana; sin embargo, no es frecuente el acercamiento desde aristas poco comunes que rebasen los marcos de la historia política y permitan el tratamiento a partir de los presupuestos de la historia militar, la historia de la localidad y su impronta en diversas manifestaciones de la cultura.

A 126 años de la salida desde Mangos de Baraguá y 125 del fin de la invasión, la Unión de Historiadores consideró oportuno incorporar a las actividades por el XXIV Congreso Nacional de Historia el homenaje a esta heroica hazaña que, al decir de Antonio Maceo en carta a su esposa María Cabrales: "para propios y extraños parecía imposible".

[2] Amado Palenque: *La campaña de invasión*, pp. 270-271.
[3] *Ibidem.*

El texto ofrece la mirada múltiple de investigadores y estudiosos que se aproximan a temas como los antecedentes e inicio de la epopeya, su impronta histórica e historiográfica en las diversas localidades, así como su trascendencia en sucesos inmediatos y posteriores, y su impacto en la literatura, el arte y la enseñanza.

En el primer capítulo La invasión al occidente: antecedentes e inicio, se emiten juicios acerca de dos cuestiones polémicas de la historiografía independentista: la posible inclusión del tema del proyecto invasor en la agenda de la reunión de La Mejorana y la fecha de inicio de la Campaña. Al respecto de la primera se argumenta la certeza del tratamiento del tema de la invasión en los planes de José Martí, Máximo Gómez y Antonio Maceo, los tres pilares por la emancipación, y sobre la segunda, se reafirma el 22 de octubre como fecha de inicio de la heroica hazaña desde Mangos de Baraguá.

Resulta de interés ofrecer diversas miradas desde el punto de vista histórico e historiográfico acerca del tema en el segundo capítulo La campaña invasora. Múltiples miradas históricas e historiográficas, en el cual varios autores ofrecen información acerca de cuestiones muy poco tratadas que precisan atención. Tales son los casos de la imagen más abarcadora y contemporánea acerca de la invasión, la capacidad estratégica de Máximo Gómez y el fracaso del general Arsenio Martínez Campos y Antón, el papel de la infantería, la sanidad mambisa, el aseguramiento ingeniero. Asimismo, se tratan cuestiones muy poco conocidas en la historiografía como el choteo mambí, la divulgación en la emigración, el acercamiento a una de las principales obras —*Cuba. Crónicas de la guerra*—, y el estudio a través de diarios, memorias y escritos de oficiales y soldados del Ejército Libertador (1895-1896).

La marcha invasora involucró de una u otra manera todo el territorio nacional, razones que por su importancia justifican el mayor volumen de trabajos presentados por nuestros historiadores en los cuales se devela el paso de la invasión por los diversos territorios y la actuación de sus pobladores. Este es el eje central del tercer capítulo: En marcha hacia el occidente. La invasión en regiones y localidades, el cual representa una contribución al conocimiento de la historia de nuestras localidades, en el que se tienen en cuenta cuestiones como la participación de los guantanameros en la campaña invasora; el paso de la invasión por los territorios del actual municipio de Cauto Cristo, en Granma, así como por Las Tunas, Camagüey, Ciego de Ávila, Sancti Spíritus, Villa Clara, Cienfuegos, Matanzas, Melena del Sur (en la actual provincia de Mayabeque), Artemisa y en Pinar del Río los territorios de Consolación del Norte, San Luis de Vueltabajo, Guane y Mantua.

Resultan muy significativos temas como "Martí, Gómez y una bandera de la invasión de 1895. Testimonio de la cubano-mexicana Clotilde Agüero", la participación en el contingente invasor de José Esteban Gómez Vizcaíno, la extrema vanguardia dirigida por el general Roberto Bermúdez López, así como el eco en Isla de Pinos de la llegada de la invasión y la presencia de Antonio Maceo en La Habana.

En Después de la invasión: dos sucesos trascendentales se tratan un tema que por su contenido trasciende la invasión: el enfrentamiento en 1896 entre Valeriano Weyler y Antonio Maceo en Vueltabajo.

Para finalizar Huellas en el tiempo. La invasión en la cultura y en la educación ofrece la huella indeleble en la cultura expresada en la literatura, la poesía y la pintura, así como en la educación a través de los programas de enseñanza general.

Sirva este texto de modesto homenaje de los historiadores cubanos a los protagonistas de la epopeya de la invasión al occidente entre 1895-1896.

Los coordinadores

La invasión al occidente: antecedentes e inicio

¿Fue la invasión a occidente un tema debatido en la reunión de La Mejorana?

Israel Escalona Chádez

La reunión de La Mejorana, efectuada el 5 de mayo de 1895, es uno de los hechos más tratados y polémicos de la historia de Cuba. Transcurridos más de cien años del trascendental encuentro de José Martí Pérez, Máximo Gómez Báez y Antonio Maceo Grajales, resulta recurrente el retorno al debate acerca de sus pormenores y significación.

Al valorar las razones de este comportamiento hemos considerado que pueden determinarse por tres factores:

- Allí se reunieron los tres principales dirigentes del movimiento revolucionario cubano para discutir la marcha de las acciones y el camino a seguir en lo adelante y, sin lugar a dudas, se manifestaron discrepancias en torno a problemas esenciales de la revolución.
- Entre los tres paladines de la revolución existían divergencias en torno a los quehaceres en pro de la independencia, lo cual

Israel Escalona Chádez

Doctor en Ciencias Históricas. Profesor titular. Trabaja en el Centro de Estudios Cubanos y Caribeños José Antonio Portuondo de la Universidad de Oriente. Autor de libros y artículos de temática histórica. Pertenece a la Unhic, la Uneac y la Sociedad Cultural José Martí (SCJM). Miembro correspondiente nacional de la Academia de la Historia de Cuba.

se había manifestado en hechos como la separación de Martí del Plan Gómez-Maceo en 1884, la ruptura de las relaciones entre Gómez y Maceo en 1886, la censura de Gómez a la conspiración de Maceo de 1890 y el diferendo Martí-Maceo respecto a la expedición que saldría desde Costa Rica.

- La exigua existencia de fuentes documentales y testimoniales, reducidas a lo anotado por Martí en su diario de campaña el 5 de mayo, ya que incluso las páginas correspondientes al día 6 fueron extraídas —hecho que, para algunos, fue obra de Gómez— ha dificultado la labor realizada por los investigadores con el fin de discernir la información en busca de la verdad.[1]

El somero recorrido historiográfico en torno al asunto devela la complejidad de su dilucidación. Lo primero que se debe establecer es que, ante el constante tratamiento a este hecho en la bibliografía relativa al periodo histórico en el que se inserta, es fuerza mayor circunscribir el análisis a los escudriñamientos considerados clásicos sobre el tema, tanto lo escrito por combatientes devenidos historiadores, que dejaron sus interpretaciones, como por los profesionales de la historia, con énfasis en quienes lo han investigado de manera monográfica.

Hay consenso mayoritario en la historiografía en cuanto a considerar que las cuestiones centrales que provocaron polémica en la reunión fueron el destino posterior de los tres grandes dirigentes; la oportunidad, conveniencia y forma de gobierno a establecer; y el desarrollo de la invasión militar al occidente del país. De estos temas, el de más compleja dilucidación es el referido a la invasión militar hacia el occidente, debido a que en las pocas evidencias inmediatas aportadas por los protagonistas, ni siquiera lo mencionan.

De los testimonios de los participantes en la contienda el más conocido y utilizado es el de José Miró Argenter en su obra *Cuba. Crónicas de la guerra,* quien defiende la siguiente tesis:

> En la corta entrevista que celebraron Gómez y Maceo el día 5 de Mayo para concertar las bases de la campaña de invasión, se fijó la fecha en que habría de inaugurarse, señalándose para ello el mes de Octubre, á fin de aprovechar la temporada de la seca y sorprender á los desprevenidos españoles de Occidente en las tareas de la zafra: pero no se determinó en dicha conferencia (porque no era posible fijarlo con exactitud) el número de soldados orientales que se necesitaba para el primer contingente, ni el cupo con que habrían de contribuir los demás distritos, en el supuesto de que la Revolución se afirmara en ellos, ni sobre otros puntos interesantes se llegó á tomar acuerdo…
>
> En resumen; el único preparativo serio fue la resolución inquebrantable de extender la guerra, de llevarla, en alas del valor y de la fe, hasta las ignoradas regiones de Occidente: ¡empresa gigantesca![2]

[1] Israel Escalona Chádez: *José Martí y Antonio Maceo, la pelea por la libertad,* pp. 215-216.

[2] José Miró Argenter: *Cuba. Crónicas de la guerra. Las campañas de invasión y de occidente 1895-1896*, p. 23.

Todo parece indicar que fue la visión de Enrique Collazo Tejada en el libro *Cuba independiente* (1900) la que con mayor fuerza impactó el comportamiento posterior de las interpretaciones sobre el hecho histórico. En tal sentido se impone recordar que la obra historiográfica de Collazo ha sido objeto de valoraciones muy diversas. Hay libros del combatiente e historiador que son considerados clásicos de la historiografía cubana. Así, por ejemplo, Julio Le Riverend Brusone cataloga *Los americanos en Cuba* (1905) como "[…] uno de nuestros monumentos historiográficos más significativos",[3] con lo que sembró el germen de "[…] lo que más tarde serían las obras fundamentales de Emilio Roig de Leuchsenring y los acuerdos de los Congresos Nacionales de Historia";[4] mientras *Cuba independiente* merece otro tipo de enjuiciamientos. Si bien coincidimos con la profesora Carmen Almodóvar Muñoz en que "[…] En el fondo el juicio de Collazo sobre Martí es admirativo", [5] también advertimos que "[…] nos entrega un retrato del Maestro en el que además de destacar sus virtudes, incluye aseveraciones desacertadas que tendían a contribuir —y realmente contribuyeron— a una interpretación distorsionada de la acción y pensamiento de José Martí",[6] algo que marcó la historiografía inmediata posterior, como se evidencia en los libros *Oriente heroico* y *Los héroes del 24 de febrero,* de Rafael Gutiérrez Fernández, quien incorporó textualmente los criterios de Collazo sobre la estructura del Partido Revolucionario Cubano y la responsabilidad del delegado, y que aún es retomado, aunque también fue objeto de numerosas réplicas.

La tesis esgrimida por Collazo con respecto al tema de la invasión en la cumbre realizada por los tres principales dirigentes de la revolución de 1895 es:

> Maceo afirmó que para que la revolución tuviera éxito, era preciso empezar con rapidez la marcha de Oriente a Occidente, para que, cual reguero de pólvora incendiara el país; que su estacionamiento sería prolongar su vida y tras larga duración morir como la de 1868.
> Gómez combatió el proyecto en parte. Según su criterio era preciso fortalecer la revolución en Oriente y hacer el avance de manera lenta pero más segura; pues creía, dijo, que con dificultad pudiera pasar la invasión de Sancti Spíritus, si no se hacía en condiciones especiales.
> Martí apoyó a Maceo, dando su opinión como él sabía hacerlo; la revolución concretada en una parte de la isla era su muerte, más o menos lenta, pero segura.

[3] Julio Le Riverend: "Prólogo", en Enrique Collazo: *Los americanos en Cuba*, p. XI.
[4] *Ibidem,* p. XIX.
[5] Carmen Almodóvar: *Antología crítica de la historiografía cubana (época neocolonial)*, p. 166.
[6] Los vínculos establecidos entre Collazo y Martí influyeron en la obra historiográfica del primero. En este sentido, hay que recordar que entre ambos patriotas se manifestaron divergencias e, incluso, una aguda polémica, surgida tras la crítica realizada por Martí al libro de Ramón Roa *A pie y descalzo,* causa de la controversia, que afortunadamente fue solventada, al extremo de que Collazo se convirtió en uno los organizadores fundamentales de la "guerra necesaria".

> Triunfó el parecer de Maceo, y de común acuerdo se trazó el plan que después desarrolló con la marcha triunfal a Pinar del Río.[7]

Collazo igualmente señaló que Gómez y Martí seguirían hacia el oeste a encontrarse con Masó para preparar la marcha del general Gómez hacia Camagüey, una vez que embarcase a Martí hacia el extranjero, mientras Maceo debía emprender operaciones activas en Oriente para propiciar el avance de Gómez y Martí.

Combatientes e historiadores respaldaron o divergieron de los criterios de Collazo durante la República burguesa. Los principales estudiosos de la campaña invasora se escindieron en sus opiniones al respecto. René Reyna Cossío y Juan J. Expósito Casasús concordaron con Collazo, aunque el último consideró: "[…] hay que presumir como posible lo afirmado por Collazo […] porque los tres poderes estaban convencidos de su necesidad. Pero no hay elementos para afirmarlo: no puede decirse que constituye un hecho histórico evidente";[8] mientras que Benigno Souza sentenció: "Todo parece indicar que si se tocó el problema de la invasión hubo de ser de modo vago e impreciso, pero en sentido absolutamente contrario al de Collazo".[9]

Las valoraciones posteriores acerca de la reunión de La Mejorana y, en específico, sobre el posible debate en torno a la invasión, se comportan en correspondencia con la trayectoria de la historiografía y sus tendencias generales, y el contexto en los que se producen.

Un estudio que debe considerarse un clásico sobre el tema es la ponencia "Acerca de La Mejorana y Dos Ríos", presentado por Manuel Isidro Méndez Rodríguez en el VII Congreso Nacional de Historia, realizado en Santiago de Cuba, en 1948. Con respecto al tema del proyecto invasor, Méndez considera que se trató sobre "[…] la oportunidad de la invasión aunque no se produjo debate sobre ella —ya que, cual supone el doctor B. Souza en su excelente estudio, todos lo consideraban de primordial necesidad".[10]

El trabajo de Méndez confirmó el interés mostrado por los participantes en las magnas citas de los historiadores cubanos con el fin de dilucidar pormenores de estos trascendentales acontecimientos históricos, pues en la cuarta edición realizada en 1945, también en Santiago de Cuba, Ramón Garriga y de las Cuevas presentó la ponencia "Entrevista de La Mejorana", que motivó el acuerdo de "[…] recomendar a los historiadores que se haga una investigación cuidadosa sobre la entrevista de La Mejorana y de los personajes que tomaron parte en ella, a la vista de revelaciones del teniente coronel Ramón Garriga, actor de los hechos, que rela-

[7] Enrique Collazo: *Cuba independiente*, p. 56.

[8] Juan José Expósito Casasús: *La invasión. Sus causas. Sus factores. Su finalidad. Estudio crítico militar,* pp. 56 y 138-139.

[9] Benigno Souza: *Máximo Gómez. El Generalísimo*, p. 27.

[10] Manuel Isidro Méndez: "Acerca de La Mejorana y Dos Ríos", en *Valoración múltiple de José Martí,* t. 1, p. 180.

ta en su trabajo "Entrevista de La Mejorana", presentado a este Congreso".[11] Este texto y la ponencia de Méndez hicieron que el Congreso recomendara:

> […] a todos los historiadores, que al referirse a acontecimientos tan importantes como la entrevista celebrada en La Mejorana […] y a la muerte del Apóstol, hagan un estudio sereno de todos sus antecedentes y detalles, a fin de no incurrir en afirmaciones […] que puedan empañar la gloria de los héroes que fueron principales protagonistas […].[12]

Sobre lo acontecido en las primeras décadas luego del triunfo de la Revolución, Pedro Pablo Rodríguez sintetiza:

> […] ha de reconocerse que —probablemente sin que nadie se lo haya propuesto— luego del triunfo revolucionario de 1959, especialmente a partir de los años setenta, en nombre de la unidad revolucionaria y desde la veneración de nuestras tradiciones, se tendió a orillar el debate en torno a La Mejorana. Sin que nadie lo declarara un tema tabú, prácticamente desapareció de la divulgación histórica y de la enseñanza el hecho real del desacuerdo profundo y la enconada discusión allí sostenida entre Martí y Maceo, sin que, sin embargo, el problema dejase de permanecer vivo en la conciencia popular.[13]

El más completo análisis crítico de las tesis defendidas por Collazo es el que realiza Jorge Ibarra Cuesta en el libro *José Martí, dirigente político e ideólogo revolucionario,* publicado en 1980, en el cual considera que dichas tesis pudieron haberse formado "leyendo especulaciones de la prensa norteamericana";[14] Ibarra aporta importante documentación e incorpora los criterios de Máximo Gómez sobre el libro *Cuba independiente*.

Durante mucho tiempo, en los libros generalizadores de historia de Cuba y, en especial, los dedicados a la enseñanza, el tema del posible debate acerca de la invasión al occidente del país en la reunión de La Mejorana no se incluyó o se realizó de manera prudente con la recurrencia a frases hipotéticas. Así en el libro *Historia de Cuba (1492-1898)* de Fernando Portuondo*,* que sirvió de texto escolar durante muchos años durante la República burguesa y en el libro *Historia de Cuba,* de la Dirección Política del Minfar, que sirvió como manual en los primeros años luego del triunfo revolucionario, ni siquiera se alude al tema.

[11] "Historia y americanidad. Cuarto Congreso Nacional de Historia. Discursos y acuerdos", en *Cuadernos de Historia Habanera,* no. 33, p. 76.

[12] "Reivindicaciones históricas. Séptimo Congreso Nacional de Historia"*,* en *Cuadernos de Historia Habanera,* no. 42, p. 111.

[13] Pedro Pablo Rodríguez: "Otro acercamiento a La Mejorana", en *Universidad de La Habana,* no. 246, p. 39.

[14] Jorge Ibarra: *José Martí, dirigente político e ideólogo revolucionario*, p. 195.

Tal tratamiento se confirmó en los años subsiguientes. En el libro *Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales 1868-1898,* el análisis se circunscribe a:

> […] La ríspida conversación entre Martí y Maceo no llevó a concertación alguna, quedando aplazada la discusión para una futura asamblea constituyente. En lo inmediato los jefes acordaron, al parecer, el plan militar a seguir: Maceo iniciaría una campaña para cohesionar las fuerzas orientales y batir al enemigo en su provincia, mientras Gómez marcharía a Camagüey para consolidar la insurrección en dicha región y prepara las condiciones de una extensión de la guerra a toda la isla.[15]

En los publicados más recientemente, y concebidos como libros de texto, *Historia de Cuba. Formación y liberación de la nación 1492-1898* y *Cuba y su historia* es más evidente el aserto. En el primero Eduardo Torres-Cuevas y Oscar Loyola Vega valoran "En la reunión debió hablarse de la imperiosa necesidad de impulsar la Invasión al Occidente y del próximo traslado de Martí y Gómez hacia Camagüey",[16] y en el segundo, Francisca López Civeira, Oscar Loyola y Arnaldo Silva León concluyen "[…] Los criterios sostenidos —Martí y Gómez por un lado, Maceo por otro— versaron, en difícil entrevista, sobre la organización civil futura de la Revolución y, posiblemente, sobre un proyecto invasor",[17] una valoración que se reitera en el libro *Historia de Cuba. Nivel medio superior:*

> La reunión de los tres grandes jefes revolucionarios, Martí, Gómez y Maceo tuvo lugar en La Mejorana, el 5 de mayo. Allí se analizaron los diferentes criterios en cuanto a la estructura definitiva del combate anticolonial (los de Maceo, por un lado, y los de Martí y Gómez por el otro), así como la creación de un gobierno civil, y probablemente la necesidad de la invasión a Occidente.[18]

En *Historia militar de Cuba,* Ángel Jiménez González, Oliver Cepero Echemendía y Jorge Hernández Garaboto optan por presentar el asunto y las discrepancias historiográficas existentes.

Este comportamiento también se expresa en las investigaciones monográficas. En el libro *Máximo Gómez Báez. Sus campañas militares* se considera:

> […] del análisis y generalización del desarrollo de la contienda del 95 se infiere que en La Mejorana debieron haber sido discutidos aspectos específicos tales como la absoluta necesidad de avanzar hacia el occidente para extender la guerra a toda la isla y destruir las zonas cañeras occidentales

[15] *Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales 1868-1898,* p. 448.
[16] *Historia de Cuba 1492-1898. Formación y liberación de la nación*, p. 352.
[17] Francisca López Civeira, Oscar Loyola y Arnaldo Silva León: *Cuba y su historia*, p. 98.
[18] Susana Callejas Opisso y otros: *Historia de Cuba. Nivel medio superior*, p. 131.

—base económica de España— e iniciar la campaña en la época de seca, antes de la llegada de los refuerzos constantemente solicitados por Martínez Campos a la metrópoli.[19]

Si se evalúa lo escrito particularmente sobre la reunión de La Mejorana en los últimos veinticinco años, a partir de los cuales —en el contexto de las conmemoraciones de efemérides centenarias— se produce un impulso y renovación historiográfica, se advierten dos tendencias: la reiteración de las tesis más o menos conocidas con aportaciones de mayor o menor rigor, sobre asuntos concretos acerca de lo debatido en el encuentro, y la aparición de opiniones contrapuestas respecto a temas en los que parecía que existía un mayoritario consenso.

Con respecto a esto último, los ejemplos más recientes son la valoraciones de Rafael Ramírez García, quien ha afirmado: "Esta reunión, al parecer, planificada según las cartas cruzadas entre los tres en los días previos a efectuarse, tiene raíces tan lejanas a los hechos como la separación de Martí del llamado Plan Gómez-Maceo en octubre de 1884";[20] mientras Joel Mourlot Mercaderes afirma que "[…] no fue una cumbre concertada, sino una reunión improvisada; activamente promovida por el mayor general Antonio Maceo para desahogar reproches y discordancias que, juzgaba, debía expresar cuanto antes a Gómez y al Delegado […]".[21] Igualmente se difiere sobre la significación de la entrevista de los tres principales dirigentes de la revolución, cuando Ramírez asevera: "Más allá de las diferencias de criterio que tuvieron lugar en la conferencia, esta fue de gran importancia: se esclarecieron hechos, unificaron criterios y se establecieron las ideas generales del plan de campaña y la política de guerra a seguir hasta que se realizara la asamblea",[22] mientras Mourlot señala:

> Visto en plena objetividad, aquel encuentro no tendió ni a la unidad ni a la concordia; por el contrario, hubiera sido de efectos disolventes si, a la postre, el amor a Cuba, a su independencia y a la libertad de su pueblo no hubiera forzado a estos tres grandes de nuestra historia a dar un ejemplo imperecedero de desprendimiento personal —no exento de duras batallas internas, imaginamos—, y colocar, por encima de sus propias miras, los intereses de la Patria.[23]

Con respecto a la posible presencia del tema de la invasión al occidente en La Mejorana se expresan posiciones que van desde el tratamiento descriptivo y la

[19] Centro de Estudios Militares (CEMI): *Mayor general Máximo Gómez Báez. Sus campañas militares (1895-1898)*, t. II, p. 5.

[20] Rafael Ramírez: "Reflexiones acerca de la reunión de La Mejorana", en *Anuario del Centro de Estudios Martianos,* no. 38, p. 252.

[21] Joel N. Mourlot Mercaderes: *El hombre de excepción. Episodios y facetas de Antonio Maceo*, p. 176.

[22] Rafael Ramírez: Ob. cit., p. 252.

[23] Joel N. Mourlot Mercaderes: Ob. cit., pp. 178-179.

ya enunciada postura cautelosa al enunciarlo, hasta posiciones absolutas y discrepantes.

En su "Aproximación al estudio de la Revolución de 1895",[24] Oscar Loyola no se adentra en el tema y solo sugiere como la mejor interpretación ofrecida al respecto el libro *José Martí, dirigente político e ideólogo revolucionario,* de Jorge Ibarra.

En el número especial de la *Revista de la Universidad de La Habana* de 1996 dedicado al centenario de la caída en combate de Antonio Maceo, Pedro Pablo Rodríguez señala que por los propios protagonistas "[…] sabemos perfectamente que se trató, además, al parecer, de la invasión a Occidente y de la distribución de los mandos del Ejército […]".[25]

En 1998 Rolando Zulueta publicó el trabajo "La guerra en el Departamento Oriental", en el que afirma que en La Mejorana:

> […] abordaron la necesidad de invadir el Occidente para extender la lucha armada y destruir las riquezas de ese territorio que constituía la base económica del régimen colonial español. Además, plantearon la urgencia de empezar la campaña militar antes de que llegaran a la Isla los refuerzos que con insistencia solicitaba el capitán general Arsenio Martínez Campos […].[26]

En el 2003, Rafael Ramírez publicó, con el sello de la Editorial Oriente, el libro *Martí y Maceo. Cartas cruzadas,* compilación del intercambio epistolar entre los dos próceres; pero ni en el texto introductorio ni en las notas adicionales se refiere al posible tratamiento del tema de la invasión en La Mejorana.

Un año después, la propia Editorial Oriente publicó el libro del autor de este trabajo, *José Martí y Antonio Maceo, la pelea por la libertad*, que antes había sido tesis doctoral, en el cual se suscribe el criterio de Casasús, quien concibe la posibilidad de que formara parte del debate, pero sin que sea un hecho histórico evidente.

En el libro *Revolución, hegemonía y poder*, Antonio Álvarez Pitaluga ofrece un criterio absoluto al afirmar que "[…] uno de los acuerdos tomados fue el de activar de inmediato la organización militar para realizar la invasión a Occidente",[27] lo cual provocó el justo señalamiento crítico de Hernel Pérez Concepción en el trabajo "Un acercamiento a la obra *Revolución, hegemonía y poder"* presentado en el XXIII Congreso Nacional de Historia, donde advirtió: "[…] hacer la aseveración

[24] Incluido en *Cuba: la Revolución de 1895 y el fin del imperio colonial español,* Instituto de investigaciones históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1995.

[25] Pedro Pablo Rodríguez: Ob. cit., p. 38.

[26] Rolando Zulueta: "La guerra en el Departamento Oriental", en *La guerra de independencia 1895-1898*, p. 101.

[27] Antonio Álvarez Pitaluga: *Revolución, hegemonía y poder*, p. 60. Esta obra si bien presenta una sugerente utilización de referentes teóricos para el análisis de los acontecimientos, no es totalmente fiable en cuanto a la precisión histórica de muchos de estos.

de que allí se llegó al consenso sobre la invasión, sin fuentes que lo corroboren es muy arriesgado".[28]

De lo publicado en el 2015, en ocasión del 120 aniversario de la histórica entrevista, sobresale el hecho de que el investigador Ibrahím Hidalgo prefiera insistir en el sentido de la unidad que predominó entre los tres grandes dirigentes:

> Se ha especulado mucho […] hasta llegar, sin base documental ni testimonial válida, y a contrapelo de los razonamientos sostenidos por diversos autores, a conclusiones e hipótesis ajenas al pensamiento del Maestro […] Lección imperecedera, demuestra que, entre los revolucionarios, la falta de conjunción de criterios no equivale a desviaciones en el largo camino hacia los objetivos finales, sino búsqueda de vías diferentes para alcanzarlos.[29]

En este mismo año, el *Anuario del Centro de Estudios Martianos* publicó el ya citado trabajo "Reflexiones acerca de la reunión de La Mejorana", del profesor e investigador Rafael Ramírez, quien esgrime tesis que merecen comentarios.

La primera se refiere a que "La realización de la invasión a Occidente estaba contemplada en el plan general de la guerra; pero no se puede obviar que las condiciones no eran las mismas. En el plan original, tal idea sucedería a los levantamientos y la llegada de las expediciones […]".[30] Al respecto, tres años después, Joel Mourlot coincide:

> La Invasión a Occidente […] era asunto convenido desde la Guerra de los Diez Años, el Plan Gómez Maceo (1884-1886), reiterado en el Plan de Fernandina (enero de 1895), y retomado por Gómez y Maceo después del fracaso de dicho plan. No parece pues, que haya sido tema de discusión y acuerdo en la reunión de La Mejorana, sin negar la posibilidad de que, en la reunión previa entre estos dos jefes, se haya tocado. [31]

Estos argumentos son fácilmente rebatibles, pues como bien se precisa en el libro de *Historia militar de Cuba,* al sistematizar las etapas del arte militar cubano, lo que caracteriza a la primera etapa, dedicada a la preparación y desencadenamiento de la guerra, fue "[…] la creación de un partido para dirigir la preparación de la guerra y el levantamiento simultáneo en toda la Isla, al unísono con la llegada de tres poderosas expediciones a fin de librar una guerra 'corta y generosa'",[32]

[28] Hernel Pérez Concepción: "Un acercamiento a la obra *Revolución, hegemonía y poder",* en *XXIII Congreso Nacional de Historia,* p. 518.

[29] Ibrahím Hidalgo: "Martí, Maceo, Gómez y Crombet en la organización y financiamiento de la expedición de Costa Rica (1893-1895)," en *Maceo en el tiempo. Acción, pensamiento y entorno histórico*, p. 87.

[30] Rafael Ramírez: "Reflexiones acerca de la reunión de La Mejorana", en *Anuario del Centro de Estudios Martianos,* no. 38, pp. 256-257.

[31] Joel N. Mourlot Mercaderes: Ob. cit., pp. 178 y 179.

[32] CEMI: *Historia militar de Cuba. Primera parte (1510-1898),* t. 3, vol. 1, p. 164.

seguida de una segunda etapa, que transcurre desde la reunión de La Mejorana hasta el inicio de la invasión. "En la tercera y más prolongada etapa, el Arte Militar cubano se enriquece y madura. Las manifestaciones más importantes de este fenómeno son la preparación y realización de la invasión al occidente con un enfoque diferente al de las tentativas anteriores […]"[33] y, como lo ratifica Rolando Zulueta, quien plantea:

> El revés de Fernandina incidió de manera negativa en la estrategia concebida por la máxima dirección de la Revolución. La guerra ya no podría efectuarse con la rapidez necesaria ni pudo iniciarse con la simultaneidad del levantamiento armado en toda la Isla, por tal motivo se realiza la invasión, como estrategia para lograr la extensión geográfica de la lucha armada.[34]

De manera que la invasión al occidente no formaba parte del Plan de Fernandina, que concebía el logro de una contienda extendida por todo el territorio nacional a partir del levantamiento simultáneo, apoyado por expediciones desde el exterior. La idea invasora se retomó ante el fracaso del plan original y se perfiló en lo que se ha considerado la segunda etapa cuando "[…] el Arte Militar cubano dio nuevas muestras de la flexibilidad que lo había caracterizado desde sus orígenes y de su capacidad para adecuarse a las condiciones de la situación concreta, por desfavorables que fueran, tanto en el nivel estratégico como en el operativo y el táctico […]".[35]

Volviendo a las tesis de Ramírez, otra de sus conclusiones es que "Todo indica que en la reunión Maceo consideró prematuros tanto la realización de la invasión como la constitución del gobierno",[36] lo cual resulta debatible en lo referido a la invasión, pues con respecto a la constitución del gobierno es muy conocida la carta de Antonio Maceo a Bartolomé Masó, donde sentenciaba:

> Adviértole que constituido o no, el país reconocerá los planes del General en Jefe, que ahora me propone, y que fueron los míos para cuando dejásemos constituido el Gobierno, sin embargo de que creo que nos sería de graves inconvenientes para nuestra causa, dejar a Oriente en la forma que indica el general Gómez, pues es probable que este sistema no solo dé lugar a desaliento general, sino a que se desmoralice la gente mejor que tenemos y la otra se convierta en malhechores. La organización que acabo de dar ha impedido el desenvolvimiento del bandidaje que encontré en el principio de su desarrollo y V. mismo ha tenido que emplear medidas enérgicas en ese sentido.[37]

[33] *Ibidem.*
[34] Rolando Zulueta: Ob. cit., p. 102.
[35] *Ibidem.*
[36] Rafael Ramírez: Ob. cit., p. 257.
[37] Antonio Maceo: "Al mayor general Bartolomé Masó", en Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales (SCEHI) y Oficina del Historiador de la Ciuddad de La Habana: *Antonio Maceo. Ideología Política. Cartas y otros documentos*, vol. 2, p. 31.

No es preciso que los protagonistas hayan dejado referencias concretas de manera inmediata, específicamente Gómez y Martí en sus respectivos diarios de campaña, para desentrañar la inclusión del tema de la invasión al occidente en la agenda de la reunión del 5 de mayo de 1895. Es posible llegar a conclusiones a partir de la sistematización de las posiciones precedentes y las referencias posteriores al hecho.

La necesidad de extender la guerra al occidente del país, como requisito indispensable en el enfrentamiento al coloniaje hispano, justifica la insistencia de los revolucionarios cubanos en la realización de los proyectos invasores.

La concepción de José Martí acerca de la nueva contienda partía de la experiencia precedente y se proponía la consecución de una guerra rápida, que no se extendiera en el tiempo e impidiera que la metrópoli se recuperara. A estos juicios respondía el plan elaborado; pero el fracaso de Fernandina impuso su modificación. Ante la imposibilidad del levantamiento simultáneo con apoyo desde el exterior, la invasión resultaría fundamental para consolidar la guerra y aspirar a la victoria.

Es lícito considerar la total coincidencia entre el delegado y el general en jefe. Desde los días en que preparaban en Santo Domingo la salida hacia Cuba emitieron documentos en los que sentaron las bases de una unidad de criterios en torno a la organización político-militar de la revolución. Juntos firmaron el "Manifiesto de Montecristi" y las circulares militares en los días de campaña, y aún más, resulta común que el delegado, en su epistolario, les comunique a los destinatarios que trasmite ideas del Generalísimo.

La invasión militar al occidente del país fue una idea constante en las concepciones de Gómez, quien reconoce que desde 1871, cuando se lo propuso Carlos Manuel de Céspedes "[…] nació en mi ánimo el pensamiento de la invasión y trabajé sin tregua ni descanso para la realización del plan"[38] y, como bien se valora en el libro *Historia militar de Cuba:*

> […] hacer la guerra en toda la Isla; levantar en armas a todo el país mediante una invasión a occidente; obligar al español a dispersar sus tropas en ciudades, villas, trochas, fortines e ingenios; eliminar el regionalismo y destruir hasta sus cimientos la economía insular fue la idea que le obsesionó, desde que en 1871 Carlos Manuel de Céspedes lo deslumbrara con tal perspectiva.[39]

Sin embargo, al ser la visión ofrecida por Collazo en *Cuba independiente* una de las más recurrentes, se ha reiterado la opinión de que el Generalísimo se opuso al impulso inmediato del proyecto invasor. Y esto ha ocurrido a pesar de que el propio Gómez se encargó de refutar los criterios de Collazo en términos muy contundentes, al apuntar acerca de dicho libro:

> […] está plagado de falsedades, sobre todo, en la parte que trata de la invasión. Yo salí de Monte Cristy [*sic*] con el plan general de campaña en la

[38] Máximo Gómez: "Relatos de los últimos sucesos de Cuba", en Salvador Morales: *Máximo Gómez. Selección de textos*, pp. 47-48.

[39] CEMI: Ob. cit., t. 5, p. 131.

mente y en el bolsillo. A Maceo no se le ocurrió, y mucho menos pudo ocurrírsele a Martí, que maldito el entendía más que el mismo Collazo de cosas de la guerra.[40]

Del testimonio de Gómez emerge la alta dosis de predisposición en la que emite esta valoración cuando reconoce:

> Adolece el libro de Collazo de otras varias inexactitudes, sobre todo en asuntos de detalles, pero como eso toca tan de cerca mi personalidad y como cuando él escribía estaba tan disgustado conmigo, sin que yo haya siquiera sospechado la causa, paso todo eso por alto. Hay que contar también con el buen criterio del lector que sepa, que cuando todas esas cosas sucedían, aun él estaba en el extranjero y lo que aconteciera en las maniguas oscuras de Cuba no era muy fácil verlo bien claro desde tan larga distancia.[41]

Lo expresado sobre los asertos de Collazo es incuestionable y ha sido confirmado por otras acuciosas valoraciones, como la aportada por Jorge Ibarra; pero las referencias a las posiciones de Martí y Maceo se pueden cuestionar si se contrastan con otra documentación.

Ante el criterio sobre el desconocimiento de Martí en torno al tema militar han quedado suficientemente fundamentadas las fuentes que posibilitaron la conformación de su ideario político-militar y sus principales aportaciones,[42] reconocidas por el propio Gómez al firmar —de conjunto con el delegado— documentos básicos para el desenvolvimiento de la contienda.

Con respecto a Maceo debe subrayarse que estuvo junto a Gómez en los proyectos invasores en la Guerra Grande y siempre fue defensor de este tipo de acción, fundamental para la consolidación de las guerras.

Lo escrito por Maceo a Bartolomé Masó el 14 de julio de 1895 devela que, algo más de dos meses después de la reunión de La Mejorana, continuaba con las preocupaciones que allí pudo defender.

> El Departamento Oriental que está a cargo de nosotros dos, si quedara como dispone el General en Jefe desaparecería por completo, no obstante el empeño que V. y todos los jefes pusieran en juego para mantenerlo organizado y en condiciones de defensa; pues como V. ve para traerlo a este estado, que no es el mejor, ha costado un triunfo.
>
> Creo mi deber manifestarle que si bien es verdad que ganaríamos mucho en el terreno que ocupásemos en una invasión, sin constituirse en gobierno, también perderíamos, quizás si el todo, dejando acéfala la dirección nacio-

[40] Jorge Ibarra: Ob. cit., p. 194.

[41] *Ibidem.*

[42] Existen numerosas investigaciones al respecto, entre las que sobresalen las de Fernando Rodríguez Portela: *El pensamiento militar del mayor general José Martí* y de Jorge Puente Reyes: *El pensamiento político militar de José Martí*.

nal del país y sin cohesión bastante entre los jefes que operen entre este Departamento y el del Centro, sobre todo saliendo de aquí un destacamento compuesto de los mejores y más disciplinados Jefes de Oriente; los cuales debo escoger yo tan pronto como emprenda la marcha.[43]

Ante la idea del proyecto invasor indicado por el general en jefe seguía Maceo manifestando su preocupación sobre la necesidad de que antes debía tenerse un gobierno constituido y la garantía de dejar asegurada la marcha exitosa de la contienda en el Departamento Oriental.

La alusión a "[…] los planes exitosos del General en Jefe, que ahora me propone, que fueron los míos para cuando dejásemos constituido el gobierno […]" confirma su idea inicial defendida en La Mejorana, que no negaba la necesidad de la invasión, pero la condicionaba a los dos elementos antes explicados.

Hay referencias del propio Maceo que, tomadas parcialmente o inadecuadamente contextualizadas, pueden conducir a conclusiones como las emitidas en el libro de *Historia militar:* "Aunque comprendía la necesidad de llevar la guerra a occidente, no coincidía con Gómez en la oportunidad de hacerlo […] Maceo consideraba preferible consolidar la guerra en Oriente y derrotar la campaña ofensiva de Martínez Campos que tanto anunciaba la prensa española"[44] o las de Rafael Ramírez, quien concluye: "Todo indica que en la reunión Maceo consideró prematuros tanto la realización de la invasión como la constitución de gobierno".[45]

Un documento que puede prestarse a este tipo de interpretaciones es la carta enviada por Maceo a María Cabrales, donde escribió:

El campo es nuestro, y si los refuerzos españoles no llegan pronto, seremos dueños de todas las poblaciones de la Isla, las cuales se encuentran hoy completamente fortificadas y con cercas de alambre en todo el rededor de los pueblos y ciudades. Esperamos artillería para acabar con los *pericos* y gente que nos es contraria. Concluida la próxima campaña Martinezca, de tres a cuatro meses como dicen los españoles, tendrán que capitular y Cuba pasará a ser de sus hijos; no le quedará otro recurso, sus elementos se agotarán y su ejército desaparecerá envuelto en la tenebrosa noche de la muerte a bala, machete y vómito.[46]

Este documento, citado solo en su parte final, respalda el criterio defendido en el libro *Historia militar de Cuba*; pero debe llamarse la atención hacia la primera parte donde expresa: "El campo es nuestro, y si los refuerzos españoles no llegan

[43] Antonio Maceo: "Al mayor general Bartolomé Masó", Cuartel General de Santa Gertrudis, 14 de julio de 1895, en SCEHI: Ob. cit., vol. 2, p. 30.
[44] CEMI: Ob. cit., t. 5, p. 107.
[45] Rafael Ramírez: Ob. cit., p. 257.
[46] Antonio Maceo: "A María Cabrales", Banabacoa, 20 de agosto, de 1895, en SCEHI: Ob. cit., vol. 2, pp. 39-40.

pronto, seremos dueños de todas las poblaciones de la Isla", lo cual implica el desarrollo de la proyectada campaña invasora, de la que Maceo fue un protagonista fundamental.

El análisis de lo escrito por Martí en su diario de campaña permite precisar que la postura de Maceo en cuanto a la formación del gobierno fue modificada en el transcurso de la propia entrevista, pues el Titán decidió enviar delegados como representantes de su mando, con la advertencia de que "[…] dentro de 15 días estarán con Ud. —y serán gentes que no me las pueda enredar allá el doctor Martí […]".[47] El hecho de que se fijara el envío de representantes orientales en un término de solo dos semanas refleja la importancia que Maceo le concedía a la creación del gobierno y al consiguiente avance del proyecto invasor.

Si se sigue la correspondencia cruzada entre Martí y Maceo, se comprueba el interés de un rápido avance de las acciones militares. Antes del encuentro de La Mejorana, el primero apunta: "Ya yo sé lo que Ud. por su parte estará haciendo: dominar, con su ocupación rápida, esquivando peligros y pérdidas inútiles, el espíritu ya perturbado del enemigo, e ir afinando el instrumento para la gran arremetida".[48]

Sobre este particular he escrito:

> Este fragmento denota el conocimiento martiano de la actividad de Maceo, quien ciertamente desde su llegada a Cuba asumió la jefatura del Departamento de Oriente, lo cual informó al delegado y al general en jefe, recibiendo la aprobación de estos; y se propuso fortalecer la revolución, tanto en el orden militar, como en el político, a fin de evitar la confusión, claudicación o rendición como había ocurrido en 1878.[49]

Una semana después de la reunión de La Mejorana, en carta enviada desde La Jatía, el delegado le escribió a Maceo:

> […] Tengo mi pena, y es creer que aún no está bien encendido el espíritu de la pujanza de Vd., infundirá en todas partes de un solo paseo,—¿De qué heridas numerosas nos hablan por aquí? ¿De alguna acción brillante de Vd., el día en que lo vi rodeado de aquellas filas que juzgo invencibles? Eso es lo que me preocupa: que entre pronto la guerra en un plan general:—que ofenda y ocupe el país, antes que el enemigo aún insuficiente, perezoso y aturdido—y nos pongamos pronto en marcha para el revuelo final, que si no dejamos condensarse al enemigo—puede ser cercano. Vea eso en mí, y no más: un peleador: de mí todo lo que ayude a fortalecer y ganar la pelea.[50]

[47] José Martí: "Diario de campaña de Cabo Haitiano a Dos Ríos", en *Obras completas,* t. 19, pp. 228-229.
[48] José Martí: "Carta al general Antonio Maceo", 3 de mayo de 1895, en ob. cit., t. 4, p. 227.
[49] Israel Escalona Chadez: Ob. cit., p. 215.
[50] José Martí: "Carta al general Antonio Maceo", 12 de mayo de 1895, en ob. cit., t. 4, p. 165.

Esta epístola contiene también el criterio del general en jefe, como bien apunta Jorge Ibarra: "Significativamente, esta carta ha sido hecha por encargo de Gómez, que le ha pedido que la haga en nombre de ambos".[51]

Se puede deducir que la "gran arremetida", el "plan general que ofenda y ocupe el país" y la "marcha para el revuelo final" era el proyecto invasor, que fue tratado en la reunión del 5 de mayo de 1895.

Los elementos analizados permiten afirmar que en la reunión de La Mejorana fue tratado el tema de la necesidad e importancia de la invasión desde el oriente hasta el occidente del país, asunto concebido en planes precedentes, esencial y recurrente en las concepciones militares de los tres dirigentes de la Revolución y clave en la consolidación de la contienda, y si hubo polémica al respecto solo debió ser en torno al momento exacto de emprender la necesaria acción militar.

[51] Jorge Ibarra: Ob. cit., p. 205.

La invasión se inició en los Mangos de Baraguá

Manuel Fernández Carcassés

Un asunto que últimamente se viene discutiendo es el del lugar de inicio de la invasión. Los que sostienen que esta gesta comenzó realmente en Las Villas argumentan que es a partir de las regiones centrales donde alcanza significado el concepto de "operación ofensiva realizada contra un territorio hostil", dado que en Oriente y en Camagüey —después del 22 de octubre de 1895— no se realizaron, ni convenía realizar, grandes combates. Señalan, sobre todo, que "[…] la invasión comenzó el 3 de diciembre de 1895, el mismo día en que el general Máximo Gómez nombró a su lugarteniente, jefe de la columna expedicionaria y cuando concluyó la etapa de preparación de la operación".[1]

Sostenemos que la idea de la invasión fue objeto de análisis en la entrevista de La Mejorana,[2] de lo cual se desprende que no solo

Manuel Fernández Carcassés

Doctor en Ciencias Pedagógicas. Profesor titular del Departamento de Historia de la Universidad de Oriente. Autor de libros y artículos de temática histórica. Pertenece a la Unhic, la Uneac y la SCJM. Miembro correspondiente nacional de la Academia de la Historia de Cuba.

1 CEMI: *Historia militar de Cuba*, ob. cit., t. 3, vol. 2, p. 39.

2 En realidad, desde la Guerra Grande, la idea de la invasión al occidente estuvo en la mira de los

Gómez, sino también Maceo —una vez muerto en combate el Apóstol— accionó a favor de la materialización de esa estrategia. El Titán también, a lo largo de la campaña de Oriente, se encargó de cumplir las tareas de la etapa preparatoria para el inicio de la invasión y, solo cuando entendió que estas habían sido satisfechas, decidió iniciar la marcha, a pesar de la insistencia de Máximo Gómez para que comenzara lo antes posible.

Cierto es que había criterios diferentes en cuanto al momento en que se debía emprender la marcha hacia el occidente, pues si bien Gómez opinaba que era necesario hacerlo cuanto antes, pensando en adelantarse a los refuerzos que desde España se le enviarían a Martínez Campos, Maceo y Bartolomé Masó Márquez pensaban de modo diferente, aunque cada uno de ellos fundamentaba su posición en razonamientos totalmente opuestos: el Titán de Bronce era partidario de la necesidad de cumplir antes dos acciones de vital importancia —desarrollar una campaña bélica que dejara a Oriente en condiciones de total disposición combativa y no "en guerrillas" como pensaba el Generalísimo, y allegar los recursos para sostener la logística de la invasión—, en tanto Masó era totalmente opuesto a la invasión. Así lo hizo saber:

> La idea de llegar no a Pinar del Río, sino a la Habana, desde la Sierra Maestra, es ilusoria. ¿Qué hombres harían la jornada de infantería? ¿Con qué caballos? ¿Dónde se aprovisionaría ese Ejército? ¿En caso de una derrota, adónde se retirarían a reponerse? En los llanos no hay emboscadas, tiroteos ni pequeños fuegos, hay que presentar batallas; ¿con qué artillería? ¿Con cuáles armamentos? ¿De dónde viene el parque? Eso en cuanto a nuestro Ejército.
> En cambio el enemigo tiene las ventajas mayores y mejores comunicaciones por mar y tierra, muchos caminos, carreteras, muchos poblados fortificados, cruzados de ferrocarriles de vía ancha y estrecha [...].
> ¿Cómo sacar 1400 hombres con 15 000 tiros, a 10 tiros por soldado para recorrer 424 leguas, la mitad de sabanas, por entre 42 aguerridos generales españoles seguidos de 110 000 soldados bien vestidos, bien comidos, mejor municionados, y con ellos a la más escogida oficialidad?[3]

Volvía a flotar sobre el panorama insurrecto la sombra nefasta del regionalismo, solo que esta vez el general Maceo supo enfrentar el mal, aún a costa de tomar medidas drásticas contra Masó, un hombre de una heroica hoja de servicios a la Patria, desde los primeros días de Demajagua, y por quien sentía verdadera admiración: solo unos meses atrás, Maceo había insistido —coincidiendo con Gómez— en la conveniencia de que Masó fuera nombrado presidente de la República en Armas.

Sin embargo, ante la negativa reiterada de Masó, que no obedeció sus sucesivas órdenes —ni las del general en jefe— de entregar para la invasión el grueso de las tropas del 2.º cuerpo, Maceo lo sustituyó al frente de este y nombró en su lugar

principales jefes militares, solo que no pudo materializarse debido a varios factores, el principal de ellos: el regionalismo.

[3] José Luciano Franco: *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida,* t. II, pp. 173-174.

al general Jesús Sablón Moreno, Rabí. Gómez apoyó esa decisión. Como ha afirmado el historiador Israel Escalona: "La actitud de Maceo no encerraba ningún resquemor ni animosidad contra Masó, sino que trataba de evitar hechos lamentables como los de la campaña anterior, pues, además, dentro de las tropas bajo el mando de Masó, surgieron los primeros presentados o desertores".[4]

Finalmente, con el compromiso de Rabí —aunque nunca en la cifra solicitada— de que se incorporarían los hombres del tramo Bayamo–Manzanillo del 2.º cuerpo,[5] pudo Maceo, que a la sazón esperaba en Mala Noche después de su partida desde Mangos de Baraguá, reiniciar la marcha al occidente, no sin antes leer ante la columna invasora su "Alocución a los orientales", que había escrito en los Mangos de Baraguá:

> Vosotros, a quienes cabe la indisputable gloria de haber sido los primeros en lanzaros en armas contra la tiranía española el 10 de octubre de 1868 y el 24 de febrero de 1895, sois los llamados por segunda vez, por mandato de nuestros jefes superiores, a llevar vuestras triunfadoras armas hasta los confines de Occidente y auxiliar a nuestros hermanos de aquellas regiones que os esperan llenos de fervoroso entusiasmo […] El Gobierno de la República, el país, que está con nosotros, y la opinión universal, tienen sus ojos y sus pensamientos fijos en vosotros en estos supremos momentos en que se ha de decidir la suerte futura de un pueblo desgraciado […] ¡Orientales, la suerte de la Patria está en vuestras manos![6]

Menester fue también despachar correspondencia a los jefes de las brigadas que quedaban en Oriente, con la orden de aprehender a los desertores de la columna invasora y, en el caso de los oficiales prófugos, pasarlos por las armas, como medida radical para enfrentar este mal, tan dañino en la campaña del 68 y que podía serlo también en la del 95. Se sabe que, desgraciadamente, esta orden no fue cumplida por todos los jefes encargados de hacerlo, alegando la necesidad de hombres en las disminuidas fuerzas bajo su mando. Indisciplina y regionalismo combinados que, una vez más, mostraban su oreja peluda.

De igual suerte, dejó acordado con su hermano José, que había quedado como jefe de Oriente, la organización y envío de un segundo contingente invasor, que

[4] Israel Escalona Chádez: "Antonio Maceo en la Revolución de 1895: acercamiento a su acción e ideario políticos", en Olga Portuondo y otros: *Visión múltiple de Antonio Maceo*, p. 237.

[5] En realidad, estos hombres —solo 230 y no los 800 comprometidos— se incorporaron a la columna invasora en Antón, provincia de Camagüey, casi un mes después de la partida. Por suerte, a esas alturas "[…] ya las filas de la columna invasora habían alcanzado los 1300 hombres gracias a las fuerzas que el general José María Rodríguez Rodríguez, Mayía, a quien el general en jefe había encargado el mando del 3.er cuerpo, de Camagüey, había puesto a disposición de Maceo". Véase Rolando Rodríguez: *Raíces en el tiempo,* p. 205.

[6] Antonio Maceo: "Alocución a los orientales", 18 de octubre de 1895, en SCEHI: Ob. cit., vol. 2, pp. 61-62.

saldría luego con tropas orientales, para robustecer la columna invasora, la que necesariamente tendría bajas en su trayecto hasta Pinar del Río. Así lo hizo saber al general en jefe Máximo Gómez: "Tengo el honor de comunicar a usted que, con fecha 20 del mes pasado, hice entrega al mayor general José Maceo del mando del Departamento Oriental para ponerme en marcha con la columna invasora, habiéndole dado instrucciones para la organización del segundo contingente".[7]

También, antes de partir, había ordenado a José que diera instrucciones a todos los jefes de brigada para "[…] que no toleren ningún acto de insubordinación ni faltas en el servicio, por lo funesto que es toda clase de tolerancias en este asunto".[8] Sabía muy bien el general Antonio los efectos de la insubordinación en la guerra del 68 y trataba de evitar la repetición de ese mal; en la propia carta, le pide no olvidar "la instrucción diaria al soldado", para prepararlo mejor para la defensa de la revolución, y en el mismo sentido, le recordó "la academia para los jefes y oficiales". Todas estas acciones de Maceo indican que no era Gómez el único que se empeñaba en "la etapa de preparación de la operación".

Hay más: con los objetivos claves ya señalados de dejar en Oriente una situación militar favorable y para preparar adecuadamente la invasión, desarrolló Maceo su brillante campaña de Oriente entre los meses de mayo a septiembre de 1895, caracterizada no solo por las acciones militares, sino también por los pasos organizativos.

En relación con sus gestiones organizativas se destaca la estructuración del 1.er cuerpo, que quedó al mando de José Maceo. Posteriormente se dio a la tarea de reorganizar el 2.º, con el nombramiento de Jesús Rabí al frente.

De igual manera, en su recorrido triunfal por el territorio de los dos cuerpos del oriente cubano, fue dejando organizadas las estructuras militares respectivas. También se dio a la tarea de establecer las prefecturas mambisas, retomando esta experiencia del 68, a sabiendas de su importancia para aprovechar las potencialidades revolucionarias de los no aptos para el combate, a quienes se asignaban trabajos muy necesarios para la logística mambisa. Al respecto escribió a María Cabrales: "Vivo a caballo corriendo en toda dirección organizando fuerzas y prefecturas".[9] Todo lo anterior se corresponde con su visión de que la guerra era un deber de todos los cubanos, es decir, un movimiento de todo el pueblo, cada cual según sus posibilidades de aportar a la causa.

En lo puramente bélico, resalta el objetivo estratégico de esta campaña: desgastar en todo cuanto sea posible las fuerzas españolas en Oriente, pues la mate-

[7] _____: "Carta al General en Jefe del Ejército Libertador", 15 de noviembre de 1895, en SCEHI: Ob. cit., vol. II, p. 112. Gómez aprobó el nombramiento de José como jefe del Departamento Oriental y lo comunicó al presidente Salvador Cisneros Betancourt, quien de momento no puso objeciones. Más adelante, el Marqués organizaría toda clase de argucias para despojar a José Maceo de este cargo.

[8] Antonio Maceo: "Carta al mayor general José Maceo", 21 de octubre de 1895, en SCEHI: Ob. cit., vol. 2, p. 70.

[9] _____: "Carta a María Cabrales", 30 de junio de 1895, en Gonzalo Cabrales: *Epistolario de héroes*, p. 60.

rialización de la idea de la invasión, desde siempre acariciada, tendría como resultado inmediato una disminución considerable del número de cubanos en armas en esta parte del país —el contingente invasor se nutriría inicialmente de soldados y oficiales orientales— y era necesario dejar el este de la Isla en una situación favorable en la correlación de fuerzas, hasta tanto las diferentes divisiones y brigadas engrosaran sus filas a partir de nuevas incorporaciones y como resultado de la llegada de expediciones. En consecuencia, como se verá a continuación, fue intenso el batallar del general Antonio en los seis meses anteriores a la salida de la invasión.

A todas luces, Maceo se muestra como un estratega experimentado, que calcula cada paso en función del objetivo final, y su pensamiento estratégico está consecuentemente integrado a sus concepciones políticas. Por eso, aspira a una guerra simultánea y fuerte a lo largo de la Isla toda, y no solo en el territorio marcado por el trayecto de la Invasión. Oriente debía permanecer vivo y altivo, y al igual que Oriente, todas las regiones por donde atravesara la columna invasora, en las que, además, debían prevalecer el orden y la disciplina, el rechazo más enérgico a las posiciones capitulantes o anexionistas, el regionalismo y el racismo. De eso, dio el ejemplo inicial en la campaña de Oriente.

Como acciones militares más importantes de esta campaña señalamos que el 7 de mayo tomó El Cristo, poblado ubicado en las inmediaciones de Santiago de Cuba, y después se dirigió hacia la zona de Guantánamo, donde se produjo el 13 de mayo el combate de Jobito (cerca de la ciudad de Guantánamo) en el que los cubanos enfrentaron a 400 españoles,[10] dirigidos por el teniente coronel Joaquín Bosch, muerto en la propia acción (junto a otros 21 miembros de ese batallón). En Jobito los cubanos se apropiaran de varios caballos y algunas armas. Posteriormente, en dirección al norte, el 18 de mayo, atacó Sagua de Tánamo y el cercano poblado de El Esterón, donde obtuvo abundantes provisiones. En Barredera, sitio también próximo, consiguió una importante cantidad de medicinas, ropas y alimentos. El día 20, en Playuelas, atacó y aniquiló una fuerza española. Luego, incursionó sobre Cabonico, donde fue vitoreado por el pueblo, incluidas las personas más acaudaladas del lugar, y el 22 acampó cerca de Mayarí Abajo, tanto que las banderas de la estrella solitaria, enarboladas por sus fuerzas, eran visibles desde la población, sin que las tropas españolas allí acantonadas se atrevieran a atacarlos.[11]

[10] Por un espía, los españoles habían conocido de la presencia del general Pedro Agustín Pérez Pérez, alias Periquito, cerca del poblado de Tiguabos, con una reducida fuerza. Con el objetivo de exterminarlos,una fuerza al mando del coronel Bosch salió de Guantánamo; pero no pudo imaginar que se encontraría en Jobito con las tropas de Antonio Maceo y también con las de su hermano José, jefe que brilló igualmente en este combate que duró algo más de siete horas, y en el que los españoles no fueron totalmente arrasados por la llegada de un refuerzo compuesto por tropas regulares hispanas y los guerrilleros del Guaso.

[11] Hernel Pérez Concepción: Antonio Maceo en Holguín durante la guerra independentista cubana de 1895, en http://aldeacotidiana.blogspot.com/2010/12/el-levantamiento-independentista-del-24.html

El 25 de mayo llegó Maceo a Tacajó, donde se reunió con los brigadieres Luis de Feria Garayalde y Ángel Guerra Porra, y los coroneles José Miró Argenter y Remigio Marrero Álvarez, que venían con nutridas tropas holguineras.[12] Luego, se dirigió a la zona de Gibara y, dando continuidad a su victoriosa campaña de Oriente, el 2 de junio atacó y tomó el poblado de Yabazón y, ese mismo día, tomó Guabajaney, otro poblado cercano a Gibara. Al siguiente día, sometió a la guarnición de Santa Lucía. De hecho, Maceo se propuso incursionar sobre el emporio productivo que constituía la zona de Gibara, conocida como "la pequeña España" debido al predominio de españoles en la población, con el doble objetivo de destruir la producción agrícola que sostenía a los dos centros urbanos más importantes del norte de Oriente (Holguín y Gibara) y atraer sobre sí al grueso de las tropas españolas, para facilitar el paso de Gómez al Camagüey.[13] El 5 de junio, en Aguas Claras, a solo seis kilómetros de Holguín, combatió contra un destacamento español y lo arrasó.

Después, se dirigió a la región de La Tunas y, de allí, a Bayamo. Como se ha visto, en su periplo por la región Tunas-Holguín no tuvo Maceo grandes enfrentamientos con los españoles.[14] Así lo escribió en carta al director del periódico *Herald:* "En mi campaña a la costa del norte no he tenido acción ninguna de gran importancia. Las columnas enemigas no se atreven a atacarnos después de la batalla de Jobito. Marcho con 5000 hombres ya bien armados [...] pronto emprenderé operaciones en gran escala".[15]

El 14 de junio, día de su cumpleaños, las fuerzas de Maceo estaban acampadas en Naranjo Ballester, en Holguín, y se sabía —según ha narrado Mariano Corona— que el general español Álvaro Suárez Valdés les venía siguiendo el rastro, aunque sin decidirse a atacarlas. "Seguramente no había olvidado aquel jefe los malos ratos que pasó durante la 'guerra grande', al hallarse en frente de Maceo", decía Corona. El general Antonio, sin embargo, no recordaba su onomástico, y al ver llegar a oficiales y soldados que venían a saludarlo bromeó de la siguiente manera: "Si hubiéramos sabido esto antes —dijo el general alegremente—, habríamos celebrado el *santo* con alguna travesura, algo así como la entrada en un pueblo, que nos hubiese dado oca-

[12] *Ibidem.*

[13] Hernel Pérez Concepción: Ob. cit. Luego, Gómez haría lo mismo en la trocha de Júcaro a Morón para facilitar el paso de Maceo a Las Villas, ejemplos de la sistemática colaboración que ambos líderes se brindaban.

[14] El historiador José Abreu Cardet considera que en el norte de Oriente los alzamientos del 24 de febrero de 1895 tuvieron poca resonancia e involucraron a un reducido número de patriotas, siendo los más significativos los dirigidos por los hermanos Ricardo y Manuel Sartorio Leal y el que encabezó Miró Argenter. El movimiento revolucionario en la zona, por tanto, no era masivo. Y concluye al respecto: "[...] fue la presencia de Antonio, desde abril de 1895, la que le dio un impulso radical al movimiento. Su arraigo en Oriente y su prestigio militar son factores determinantes a la hora de hacer un amplio análisis. Un ejemplo de esto es Cornelio Rojas, destacado jefe insurrecto holguinero en las guerras de 1868 y 1879, que no se alza hasta que recibe órdenes personales de Antonio Maceo". José Abreu Cardet: "Antonio Maceo en Holguín", en Olga Portuondo y otros: Ob. cit., p. 111.

[15] Antonio Maceo: "Carta al director del *Herald",* 23 de junio de 1895, en SCEHI: Ob. cit., vol. 2, p. 27.

sión de tomar la cerveza […] Suárez Valdés no ha querido tampoco darme la *serenata,* falta de atención que no le perdono como compañero".[16]

La llegada de un correo mambí, al mediodía, anunció que se aproximaba una fuerza española que conducía abastecimientos para el destacamento hispano acampado en un pueblo cercano. Maceo decidió atacarla y, cuando la tropa estaba lista para partir a la misión, dijo a los que tenía cerca: "La Providencia no olvida a los suyos. Deseábamos celebrar mi santo con algo nuevo, y la ocasión llega como lluvia de mayo. ¿No les parece a ustedes, *señores literatos,* que un combate contra los españoles es la mejor *cuelga* a que podía yo aspirar?"[17]

La "operación en gran escala", que anunciara Maceo al director del *Herald*, llegó en Peralejo, cerca de Bayamo, donde libró el 13 de julio de 1895 un combate que resultó ser sonada victoria para las armas cubanas. Las poderosas fuerzas enemigas estaban dirigidas por el ya general Fidel Alonso de Santocildes, quien murió en este enfrentamiento. En esas circunstancias, el mismísimo capitán general peninsular Arsenio Martínez Campos se hizo cargo de la dirección de la hueste y, milagrosamente, logró escapar, derrotado, hacia Bayamo. "Si yo tengo allí a José, cojo a Martínez Campos",[18] cuentan que el Titán repetía, refiriéndose a esa acción y a la falta que en ella le hizo su hermano querido.

Dando continuidad a las acciones combativas, a finales de julio de 1895, las tropas del general Antonio combatieron contra una fuerza española en la finca Banabacoa, cerca de San Luis, y por esa misma fecha atacaron, en Boniato, el tren que se dirigía a Santiago de Cuba procedente de San Luis, acción en la que resultó herido el coronel español de origen ruso, de apellido Sbikowsky. El 21 de agosto arremetió contra el ingenio Unión, en la jurisdicción de Santiago de Cuba, y el 22 de propio mes combatió en Montompolo.

Estando acampado en El Escandel, cerca de Santiago de Cuba, recibió aviso de su hermano José, quien le informaba que se encontraba enfermo —la ciática casi le impedía andar— y que había recibido confidencias de que fuerzas españolas conocedoras de su estado habían salido a toda prisa de Guantánamo para capturarlo vivo o muerto. No se podía perder tiempo. De inmediato emprendió, en la oscuridad de la noche, una marcha entre montañas, despeñaderos y bosques frondosos, en apoyo de su hermano José. Algunos caballos y acémilas se perdieron en el tortuoso trayecto —hazaña digna de admiración—; pero llegó a tiempo para, desde las cinco de la madrugada del 31 de agosto de 1895, junto con las fuerzas de José, librar el combate de Sao del Indio, en el cual enfrentaron una tropa de 900 hombres, al mando del coronel español Francisco Borja Canellas, de los cuales 200 causarían baja —por muerte o heridas— como consecuencia de este combate, que se extendió hasta el día 2 de septiembre, pues habiéndose retirado los españoles ante el empuje mambí, estos continuaron persiguiéndolos y causándoles bajas, hasta que los restos de la tropa colonialista pudieron entrar en la ciudad de Guantánamo.

[16] Mariano Corona: *De la manigua (Ecos de la epopeya),* p. 43. El destaque es del original.
[17] *Ibidem,* p. 45.
[18] Cit. por José Miró Argenter: Ob. cit., t. II, p. 347.

Después de otro periplo por la región de Holguín, el general Antonio pensó que había llegado el momento de concluir su campaña de Oriente. Refiriéndose a esta fructífera operación, el historiador Francisco Pérez Guzmán escribió:

> Como resultado de ello, el ejército español en Oriente se vio obligado a asumir posiciones defensivas en ciudades, pueblos y puertos fortificados; disminuyó la frecuencia de sus movimientos, mientras que las misiones de aprovisionamiento tuvieron que comenzar a realizarse mediante grandes columnas. Para Martínez Campos se producía su primer fracaso en el objetivo de contener y aniquilar la lucha armada.[19]

En efecto, con la campaña de Oriente, Maceo cumplió sus objetivos de neutralizar las fuerzas españolas en el este antes de acometer la marcha hacia el oeste de la Isla y, como se verá enseguida, recaudar fondos, que permitieran traer a Cuba las primeras expediciones, con las cuales armar adecuadamente el contingente invasor.

A partir de ahora, todos los esfuerzos del Titán se encaminarían fundamentalmente a organizar, de acuerdo con las órdenes del general en jefe Máximo Gómez, el contingente invasor que debía llevar la guerra emancipadora al occidente. Esta fuerza, así hay que reconocerlo, pudo disponer de armas y municiones, pertrechos médicos y de boca, en gran medida, gracias a la intensa labor de recaudación que durante la campaña de Oriente había impuesto Maceo a los hacendados de Oriente, a quienes obligó a contribuir financieramente con la revolución, so pena de ver destruidas sus propiedades en caso de alguna negativa. Una carta de Maceo, dirigida a un terrateniente oriental, a manera de ejemplo, da fe de lo anterior:

> En caso de acceder a mi petición, ordenaré como Jefe superior de la Provincia, a las fuerzas de mi mando, que respeten y protejan sus propiedades, como si fueran pertenencias de la República [...] pero en caso de negarse V. a mi justa petición, lejos de indemnizarle daño alguno, ordenaré la total destrucción de sus intereses, como castigo de una conducta temeraria y perjudicial a la Revolución.[20]

Casos excepcionales hubo en que ciertas fuerzas cubanas e, incluso, algunos prefectos, aun cuando determinados propietarios habían contribuido financieramente con la revolución y recibido todas las garantías del general Antonio, hostigaron a dichos hacendados con exigencias de dinero y prohibiciones. Habiéndose quejado estos ante Maceo, este solicitó a su hermano José "[...] que los culpables reciban el merecido castigo, pues según me manifiestan, los querellantes tuvieron

[19] Francisco Pérez Guzmán: "La revolución del 95. De los alzamientos a la Campaña de Invasión", en Instituto de Historia de Cuba: *Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales,* p. 448.

[20] Antonio Maceo: "Carta al Señor Magín Puig", 1.º de julio de 1895, en SCEHI: Ob. cit., vol. 2, pp. 28-29.

que entregar el dinero" y le comunicó que se había dirigido también a los prefectos de Santa Rita y Santa Bárbara "[…] para que permitan a aquellos la libre extracción de los productos de la finca".[21]

Por este concepto de las contribuciones de guerra, Maceo pudo remitir a la Delegación del PRC en Nueva York, al frente de la cual se encontraba Tomás Estrada Palma desde la muerte de Martí, o a otras personas en Santiago de Cuba para la compra de armas, la abultada cantidad de más de ochenta mil pesos oro español, cifra que en el mes de noviembre de 1895 ya superaba los ciento setenta y tres mil pesos oro,[22] suficientes para preparar las expediciones que llegaron en esos momentos, cuyos alijos fueron decisivos para la organización de la marcha a occidente, junto a los ganados a los españoles en los combates.

De tal suerte, la campaña de Oriente hay que asumirla como "etapa de preparación", que permitió la salida el 22 de octubre de 1895, desde Baraguá, de la invasión al occidente, después de cumplir las siguientes acciones inaplazables:

- Debilitar en lo posible, a través de enfrentamientos con el enemigo, las posiciones españolas en Oriente, con un saldo positivo en la elevación de la moral combativa de los mambises y en aprovisionamiento de armas como botín de guerra.
- Atraer sobre Oriente el grueso de las tropas españolas para facilitar el paso de Gómez al Camagüey.
- Estimular la incorporación de un número mayor de efectivos al Ejército Libertador.
- Dejar organizadas las estructuras militares de Oriente, incluidas las prefecturas.
- Recaudar la mayor cifra posible de dinero para financiar las expediciones que debían arribar a Cuba con armas y otros recursos con los que se debía apertrechar la columna invasora.
- Dejar indicaciones sobre la preparación del segundo contingente invasor, la necesidad de garantizar la más estricta disciplina y preparación en las filas, y lo imperioso del enfrentamiento a convites pacifistas y desmanes contra la población civil.
- Gestionar, a través de la correspondencia con líderes latinoamericanos, el apoyo internacional a la causa cubana.

La columna salida de Baraguá se robusteció en Camagüey, con la incorporación de las tropas enviadas por Rabí y las aportadas por Mayía Rodríguez y, luego, cuando en el centro de la Isla se unió a las tropas que comandaba el general Gómez,[23]

[21] _____: "Carta al mayor general José Maceo", 26 de octubre de 1895, en SCEHI: Ob. cit., vol. 2, p. 83.

[22] "Relación de las cantidades recaudadas en el Departamento Oriental por concepto de contribución de guerra", 14 de noviembre de 1895, en SCEHI: Ob. cit., vol. 2, p. 108.

[23] A lo largo del recorrido hasta Mantua, muchos otros cubanos, en todas las provincias, se fueron uniendo a la columna invasora, con destaque especial para Juan Bruno Zayas, quien al frente de 600 hombres se incorporó en Las Villas, al igual que muchos otros —provenientes

quien por su parte también había desarrollado acciones organizativas de cardinal importancia.

Sin duda alguna, se inició en Baraguá la "maniobra estratégica [...] para extender la guerra a Occidente, obligar al enemigo a dispersar sus fuerzas, destruir sus fuentes de recursos y paralizar la isla".[24]

algunos de las tropas de Matagás y del Tuerto Matos—, que en la región de Cienfuegos se alistaron.

[24] Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (Minfar): *Diccionario militar* (primera versión), 1995, pp. 138-139.

La campaña invasora. Múltiples miradas históricas e historiográficas

Rumbo al occidente. La invasión en la guerra de 1895

Yoel Cordoví Núñez

En el decurso de la invasión al occidente de Cuba en la guerra del 95 confluyeron múltiples factores que condicionaron su desarrollo y alcance político-militar. Acercarnos a un proceso complejo por naturaleza, articulando algunas de las problemáticas cruciales que lo explican, más allá de sus relevantes acciones armadas, requiere tener en cuenta no solo las fuentes documentales generadas por integrantes del Ejército Libertador, sino también las relativas al bando español. De ahí que este artículo tenga entre sus propósitos esenciales mostrar, a través de la reconstrucción del itinerario invasor, las diversas miradas que fueron plasmándose en diarios, crónicas y ensayos de la época, en las cuales salieron a relucir las preocupaciones, concepciones y análisis de sus autores en materia política, militar, económica y social. El procesamiento de tales documentos posibilita aportar, *grosso modo*, una visión mucho más abarcadora e integral de la trascendental gesta.

Yoel Cordoví Núñez

Doctor en Ciencias Históricas. Presidente del Instituto de Historia de Cuba. Autor de varios libros y artículos de temática histórica. Pertenece a la Unhic, la Uneac y SCJM. Miembro de número de la Academia de la Historia de Cuba.

Dentro y fuera de la Isla, la vertiginosa marcha invasora de apenas tres meses de duración hacia el oeste insular acaparó la atención del mundo. Osadía e inteligencia se conjugaron en cada acción. La campaña se acercaba más "a los prodigios de la leyenda que a los anales auténticos de nuestro tiempo",[1] tal como sentenciaran los periodistas del periódico estadounidense *The Sun*.

Los generales Gómez y Maceo crearon de inicio las condiciones propicias para rebasar el teatro de operaciones centroriental. La exitosa campaña circular del Generalísimo en Camagüey posibilitó que el 22 de octubre de 1895 pudiera trasladarse desde Ciego Potrero hasta la trocha de Júcaro a Morón.[2] Ese mismo día, el héroe de Peralejo partía desde los históricos Mangos de Baraguá hacia la zona central, en compañía del Consejo de Gobierno de la República de Cuba en Armas. La cooperación táctico-estratégica se imponía. Avanzar por una geografía angosta, con fuerzas que oscilaban entre tres mil y cuatro mil hombres, enfrentando a un enemigo bien armado que llegó a alcanzar la cifra de 200 000 combatientes, requería algo más que audacia y valor. La unidad de acción del liderazgo invasor fue clave. Los apuntes del Generalísimo en su *Diario…* así lo evidenciaban:

> El 11, en marcha con rumbo a Sancti Spíritus; para llamar la atención del enemigo hacia aquella zona con objeto de obligarlo a sacar fuerzas de la trocha de Júcaro y de este modo proteger el paso al General, que ya debe venir marchando. Todos mis movimientos al Este de Sancti Spíritus, han de obedecer a este propósito.[3]

Por su parte, el joven oficial villareño Manuel Piedra Martel, ayudante de campo del general Maceo, legó también sus impresiones:

> […] aquellos dos hombres, igualmente extraordinarios, se completaban el uno al otro, y juntos no había empresa militar que no se realizara, aunque ella presentara los más arduos problemas de estrategia y táctica, y de factor numérico y armamento, como era el de llegar hasta los confines occidentales de la isla.[4]

Una vez reunidos ambos líderes en el campamento del barrio avileño Lázaro López quedó constituido definitivamente el ejército invasor, en presencia de los generales Serafín Sánchez Valdivia, que comandaba el departamento militar de Las Villas, y Carlos Roloff Mialosfski, secretario de la Guerra. Fue el 30 de noviembre, cuando se escuchó la arenga del Generalísimo que enalteció los ánimos de las fuerzas allí reunidas:

[1] Emilio Roig de Leuchsenring: *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos*, pp. 47-48.
[2] Para más información acerca del cruce de la trocha de Júcaro a Morón, véase Colectivo de autores (Ángel E. Cabrera Sánchez (coord.): *Máximo Gómez en Ciego de Ávila*.
[3] Máximo Gómez Báez: *Diario de campaña*, p. 346.
[4] Manuel Piedra Martel: *Memorias de un mambí*, Instituto del Libro, Colección Cocuyo, La Habana, 1968, p. 73.

> La guerra empieza ahora. La guerra dura y despiadada. Los pusilánimes tendrán que renunciar a ella; solo los fuertes y los intrépidos podrán soportarla. En esas filas que veo tan nutridas, la muerte abrirá grandes claros. No os esperan recompensas, sino sufrimientos y trabajos. El enemigo es fuerte y tenaz. El día que no haya combate, será un día perdido.[5]

Sin dudas, la intrepidez se imponía y nadie mejor que el general Maceo para comandar el contingente que marcharía hacia el territorio donde, según Gómez, habría de librarse el "Ayacucho cubano". El alto mando español, lidereado por el general Arsenio Martínez Campos, parecía presto a reeditar un pronto Zanjón. El gobernador y capitán general segoviano reforzó de inmediato Las Villas. Alrededor de treinta mil militares fueron dislocados al oeste de la trocha. Otros miles guarnecían la capital provincial, así como pueblos e ingenios azucareros, mientras la comandancia general del jefe hispano se trasladaba de Santa Clara a Cienfuegos.

La táctica mambisa requirió ajustarse a los imperativos de los nuevos escenarios de lucha avizorados luego de sortear la trocha: "Hemos conseguido ya nuestro principal objeto, hablábamos esa noche yo y el General Maceo; que ese enemigo se nos ponga detrás, pues en vez de detenernos nos empuja".[6] El arte militar presidía todos los movimientos tácticos; cada orden era una obra maestra de cooperación estratégica para una guerra irregular: "La serie de combates y escaramuzas, de interrupciones de líneas férreas y toma de trenes, destrucciones de paraderos, de puentes y alcantarillas —de todo eso— se pueden llenar muchas páginas de un libro".[7]

La concentración de fuerzas para presentar combates frontales o atacar una ciudad guarnecida cuando el alto mando lo ordenase y la descentralización en pequeños contingentes, que debían hostigar todo el tiempo al enemigo en provincias, distritos, comarcas, eludiendo acciones que pusieran en riesgo el plan estratégico, he aquí principios tácticos ineludibles que rigieron la marcha.

El 3 de diciembre de 1895, el ejército invasor se adentró en Las Villas por las inmediaciones de Iguará, pueblo ubicado junto al paso del río Jatibonico. Allí tuvo lugar la primera acción bélica, seguida de Casa de Tejas, Manacal, Lomas de Quirro y Siguanea. Sin embargo, fue la victoria en el combate de Mal Tiempo la que dejó expedito el camino hacia la fértil y estratégica llanura de Matanzas. El 20 de diciembre, la columna invasora incursionaba en su primera línea defensiva y tras marcha forzada hasta Desquite, los generales Gómez y Maceo se situaron en el centro de esa provincia.

Desde allí divisarían los peligros. Las vías férreas, extendidas por toda la provincia, eran propicias para el traslado de los efectivos españoles, mientras las líneas defensivas del Hanábana, Colón, Jovellanos y, sobre todo, la que unía Guanábana, Sabanilla, Unión de Reyes, Alfonso XII, Estantes y Las Cañas, próxima

[5] Cit. por CEMI: *Historia militar de Cuba,* t. 3, vol. 2, p. 3.
[6] Máximo Gómez: Ob. cit., p. 349.
[7] *Ibidem,* p. 351.

a la ciénaga de Zapata, agrupaban a un nutrido grupo de soldados dispuestos a impedir el avance invasor en un paisaje cuya insularidad les favorecía.

Hasta el próspero valle habían llegado algunas fuerzas invasoras durante la Guerra de los Diez Años. En 1869, el general Adolfo Fernández-Cavada Howard, lidereando sus tropas cienfuegueras, incursionó en Colón, límite geográfico también infranqueable para la vanguardia invasora del general Máximo Gómez tras haber cruzado la trocha de Júcaro a Morón el 5 de enero de 1875.

Eran otros los tiempos. Durante la Guerra Grande, el guerrero dominicano-cubano echaba sobre sus espaldas la responsabilidad de semejante acto heroico como jefe del Camagüey, una vez acontecida la muerte del mayor general Ignacio Agramonte Loynaz. La nueva contienda invasora, en cambio, se presentaba como obra de pensamiento político-militar, concebida, organizada y ejecutada desde su cargo de general en jefe, en perfecta coordinación táctico-estratégica con el general Maceo.

Esta unidad de acción, a contrapelo de los innumerables obstáculos de indisciplinas y conflictos entre los órganos de la revolución, fue decisiva para que ambos líderes sortearan el férreo cerco hispano en la peligrosa Matanzas. El general Martínez Campos esperaba que los jefes mambises se lanzaran contra la bien pertrechada línea defensiva Guanábana-Las Cañas de esa provincia; sin embargo, otra sería la decisión del mando cubano. Reunidas en Coliseo, las columnas de Gómez y Maceo se aprestaban a ejecutar una de las maniobras más trascendentales de la campaña: la contramarcha estratégica. El 23 de diciembre, luego de entablar combate con el enemigo, emprendieron una supuesta retirada hacia territorio villareño. El *Correo Militar*, henchidos sus redactores de optimismo, cubrió así la noticia:

> […] al llegar á ese punto debió comprender Máximo Gómez que seguir adelante sin pelear era imposible, y como pelea es para él sinónimo de vencimiento, resolvió emprender la retirada, en la que de un tirón no ha parado hasta Las Villas.
> Es decir, que tal retroceso no fue ocasionado por su conveniencia ni entraba en sus planes, sino que se debe á la acción de las armas españolas.[8]

Por su parte, el historiador militar español Emilio Reverter Delmas, anotaba sus impresiones en un diario, posteriormente publicado en su libro *Cuba española:*

> Corta había sido, y de ello nos felicitamos, la correría por Matanzas, de Máximo Gómez y Maceo, y á no ser por las depredaciones que cometieron en aquellos últimos días, hubiera motivo para felicitarse de que la llevaran á efecto, porque constituyó para ellos un terrible fracaso, al venir á demostrar que no pudieron sostenerse ni siquiera diez días en el territorio invadido.[9]

[8] *El Correo Militar*, año XXVII, Época V, Madrid, 30 de diciembre de 1895, p. 1.

[9] Emilio Revertér Delmas: *Cuba española. Reseña histórica de la insurrección cubana en 1895*, t. III, p. 344.

La desinformación fructificó. El general Martínez Campos emprendió la persecución de un enemigo que consideraba derrotado. La sorpresa le llegó a la altura del Indio. El "lazo" se delineaba como compás sobre el terreno. Gómez y Maceo retomaron prestos el curso de la región matancera en busca de la ya desarticulada línea defensiva, destruyendo a su paso cuanta vía de comunicación posibilitara los refuerzos del burlado jefe español. En la marcha entablaron combate difícil en Calimete y, ante la mirada atónita de las autoridades coloniales, hicieron entrada triunfal, con los acordes del "Himno Invasor", al sur de la provincia habanera. El mencionado historiador Reverter Delmas, actualizaba a los lectores con cierta perturbación:

> ¿Habían salido los insurrectos de la provincia de Matanzas?
> Nosotros nos hemos aventurado á afirmarlo en anteriores páginas bajo la fé de los despachos oficiales, únicos que hemos utilizado para seguir las operaciones. Mas según se desprende del último telegrama del general en jefe, á que en el precedente párrafo aludimos, resulta que los insurrectos no habían salido todavía de la provincia de Matanzas.
> Mucho lo sentimos, pero no hubo más remedio que rendirse á la triste evidencia.[10]

"La guerra había llegado hasta el granero que abastecía la capital de la isla".[11] El 2 de enero de 1896, el general Martínez Campos declaró en estado de guerra las provincias de La Habana y Pinar del Río. Los ingenios Providencia, Merceditas y Nombre de Dios, en la línea Melena del Sur-Güines, se encontraban entre los que recibieron los embates de la tea incendiaria. Destruir todas las propiedades que le proporcionaran ganancias a España, sobre todo en los emporios Habana-Matanzas, formaba parte del pensamiento político-militar del Generalísimo.

La tarea en modo alguno era sencilla. De las transformaciones operadas en las unidades productivas azucareras en el decurso de los años ochenta del siglo XIX emergieron colosales centrales y colonias que producían caña para estos. Tal emporio productivo y comercial no pasaría inadvertido para el estratega: "[…] aquellas casas palacios, con tantos portentosos laberintos de maquinarias, todo aquel conjunto de producción, de comodidades, de lujo y hasta de cultura",[12] ocultaban un trasfondo social bastante delicado. En carta dirigida al coronel Andrés Moreno de la Torre, luego de confesarle haberse sentido mal ante la destrucción de tales riquezas, culminaba con una idea que, valorada en su contexto histórico, manifestaba su avanzado pensamiento social.

> Cuando llegué al fondo, cuando puse mi mano en el corazón adolorido del pueblo trabajador y lo sentí herido de tristeza, cuando palpé al lado de toda

[10] Emilio Revertér Delmas: Ob. cit., p. 358.
[11] Instituto de Historia de Cuba (IHC): *Historia de Cuba. Las Luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales,* t. II, p. 463.
[12] Máximo Gómez: "Carta a Andrés Moreno", Juan Criollo, Sancti Spíritus, 6 de febrero de 1897, en Máximo Gómez: *El viejo Eduá*, p. 91.

> aquella opulencia, alrededor de toda aquella asombrosa riqueza, tanta miseria material y tanta pobreza moral; cuando todo esto vi en la casa del colono, y me lo encontré embrutecido para ser engañado, con su mujer y sus hijitos cubiertos de andrajos y viviendo en una pobre choza, plantada en la tierra ajena, cuando pregunté por la escuela y se me contestó que no la había habido nunca [...] entonces yo me sentí indignado y profundamente predispuesto en contra de las clases elevadas del país, y en un instante de coraje [...] exclamé: ¡Bendita sea la tea![13]

Bajo el fragor de esa tea, de la destrucción de pueblos como Güira de Melena y Hoyo Colorado (Bauta), y del galopar indetenible de la caballería mambisa, el estado psicológico y moral de las fuerzas españolas se deterioraba irremisiblemente. Como advirtió el brigadier José Miró Argenter, con la proclamación de la ley marcial en las dos provincias occidentales, "[…] se demostraba ante el mundo la nulidad de las armas españolas para detener la marcha del invasor, que acaba de ofrecer el más patente testimonio de su empuje clavando la bandera de Yara en el centro mismo del imperio colonial".[14]

Mayor desconcierto reinaba entre las autoridades coloniales. El 21 de diciembre de 1895, el Banco de España, devenido el principal proveedor de recursos al Ministerio de Ultramar durante la guerra, volvió a anticiparle cincuenta millones de pesetas; pero esta vez incrementando la garantía mediante pagarés librados por el Ministerio a la orden de la Dirección General del Tesoro y endosados al Banco. Según la historiadora Inés Roldán, hacia esa fecha la contienda insular había consumido cerca de trescientos treinta millones de pesetas, la mitad proporcionada por el Banco, con una sensible reducción de la plata en sus cajas y un incremento sustancial de los billetes en circulación.[15] Tampoco tardarían la depreciación de la moneda con respecto al patrón oro y sus efectos nefastos en la paga de los soldados: "El Ejército, obligado á recibir el billete, veía mermados sus haberes nada ventajosos en un 20 % y lo que es peor, no pocas veces le era negado el curso á la moneda con que le pagábamos sus sacrificios, sus esfuerzos y su vida por salvarnos".[16]

En un ejército integrado en buena parte por jóvenes procedentes de hogares humildes, sus miembros podían estar acostumbrados a las privaciones materiales; pero no a las exigencias de una guerra, mucho menos a esta, de naturaleza irregular encauzada por manos maestras. A los efectos de la táctica mambisa, habría que añadir la deficiente alimentación, el inapropiado vestuario y las violaciones de las prescripciones del Cuerpo de Sanidad Militar, entre las causas de las altas

[13] *Ibidem.*
[14] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 235.
[15] Inés Roldán de Montaud: "Guerra y finanzas en la crisis de fin de siglo", en *Hispania*, vol. 57, no. 196, 1997.
[16] Ignacio Romañá: *El patriotismo y el billete del banco. Folleto de actualidad*, p. 81.

cifras de morbilidad y mortalidad entre los soldados españoles llamados a frenar el ímpetu invasor.[17]

Tan pronto la noticia de la presencia invasora en territorio habanero llegó a la península, los valores experimentaron una nueva caída en la Bolsa y se cuestionaba la divisa del ministro conservador Antonio Cánovas del Castillo de que debía gastarse en Cuba "hasta el último hombre y la última peseta". La guerra mostraba cada vez con mayor nitidez su elevado costo y los cien mil hombres enviados durante la capitanía del general Martínez Campos no pudieron sostener la arremetida mambisa a lo largo de la incómoda geografía insular.

El impacto material y moral que originó este hecho en el bando español fue significativo. El *Diario de Cádiz*, importante publicación que cubría los desfiles interminables de despedidas de los soldados que marchaban hacia la guerra en Cuba, abandonaba sus enfoques optimistas. Las crónicas de los embarques por el puerto gaditano comenzaron a disminuir en el transcurso del mes de diciembre de 1895, según Baraja, "[…] quizás porque siempre se repetían las mismas escenas o, por el contrario, porque esas despedidas habían dejado de ser populares, patrióticas y no se quería reflejar el estado de abatimiento e incluso de censura del pueblo español hacia esas marchas de hombres que parecían no acabar nunca".[18] Otros, por su parte, enjuiciarían con mayor ensañamiento cuando aludían a la imposibilidad de seguir los manuales militares clásicos para entender lo que estaba sucediendo:

> La caza de fieras no está escrita en aquellos que no dan ni idea remota de las luchas contra moros ó insurgentes, y mucho menos en países como África y América, donde no rigen las leyes de la guerra, ni el derecho de gentes, ni nada racional, ni nada humano. Por eso allí todo es excepcional y de índole imprevista en los textos del arte.[19]

Textos de esta naturaleza formaban parte de una campaña de descrédito que buscaba denigrar a los combatientes cubanos, creando estados de opinión favorable en la población española, durante y tras el conflicto, sobre la justa causa defendida por la España de la Restauración. De ahí la similitud narrativa que encontramos en obras como la de Serra Orts, cuando describe supuestos asesinatos y secuestro de mujeres perpetrados por el ejército invasor, para concluir: "Aquello era horrible, atroz; era la repetición de la invasión de los barbaros del Norte, célebre en la historia universal y que solo á la isla de Cuba había tocado la desgracia de la reconstitución de aquella bárbara epopeya".[20]

[17] Para más información referida a la situación de los soldados españoles y cubanos durante la guerra del 95, véase Yolanda Díaz Martínez: *Vida y avatares de los hombres en contienda. La subsistencia en la guerra del 95*.

[18] Manuel Baraja Montana: *La guerra de independencia cubana a través de Diario de Cádiz, 1895-1898. Del Grito de Baire al hundimiento del Maine*, p. 50.

[19] Virgilio Cabanellas: *La táctica en Cuba, África y Filipinas y en todo país cubierto y accidentado*, p. 8.

[20] Antonio Serra Orts: *Recuerdos de las guerras de Cuba 1868 a 1898*, p. 53.

El peligro era inminente y la incertidumbre mayor, sobre todo en el perímetro urbano. El 6 de enero de 1896, el general José D. Arderius y García, en función de segundo cabo de la Capitanía General de la isla de Cuba, dictó un bando. Al decir del jefe del Estado Mayor de Maceo, el texto carecía de interés, pero reflejaba el desorden y el pánico existentes en las altas esferas oficiales. De tal suerte, "a fin de garantizar la absoluta tranquilidad de los habitantes de La Habana", se dispuso una señal de alarma en caso de presencia enemiga consistente en cinco cañonazos consecutivos disparados desde el castillo del Príncipe. Posteriormente, los cuerpos formarían en los sitios previamente designados, "[…] pero sin escándalo, gritos ni carreras innecesarias é inconvenientes, pues hacen formar pobre concepto del buen espíritu que debe animar a los institutos armados".[21] La vigilancia y defensa de Guanabacoa correspondería al comandante militar de esa plaza, mientras por Marianao respondería el teniente coronel de Ingenieros don Julián Chacel. Este último cerró las intersecciones de las calles con adoquines, palizadas, barrotes de ferrocarril y otros obstáculos. Por último, según las instrucciones, "[…] quedó prohibido molestar en esos días al vecindario con voces de ¡alto!, o ¡quién vive!"[22]

Grande era el desconcierto del general Martínez Campos y de toda la administración colonial durante esos primeros días de enero. Así lo evidenciaba el informe cursado por el propio capitán general al ministro de Guerra en Madrid:

> Noticias contradictorias sobre presencia grueso enemigo me hicieron desistir avance columnas sobre Pinar del Río. Las tengo dispuestas para ir donde convenga, pero realmente desconozco situación enemiga, que se presenta por todos lados, exagerándose noticias por simpatías ó miedo en todas partes. Siguen incendios de cañaverales y algún poblado. Voluntarios de algunos poblados entregan armas, rindiéndose sin resistencia.[23]

No faltaban razones para la alarma y el desconcierto, una vez que el avance mambí por los campos habaneros no encontró la menor resistencia de las fuerzas regulares hispanas. Esta conducta, según el historiador Pérez Guzmán, podía explicarse como parte de un posible plan estratégico del mando español consistente en dejar que el enemigo avanzara hasta Pinar del Río para allí concentrar sus mayores efectivos hasta aniquilarlo.[24]

En efecto, a inicios de enero de 1896, las secciones de caballería enviadas al Guayabal, El Cano y Punta Brava con la finalidad de que desarmaran a los voluntarios de esas comarcas, regresaron luego de cumplir la misión a incorporarse a la columna del general Maceo. Como botín portaban 50 fusiles y 800 cartuchos. Quedaban otros hombres por unirse al lugarteniente general: los escuadrones que

[21] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 236.
[22] *Ibidem*, pp. 236-237.
[23] Valeriano Weyler Nicolau: *Mi mando en Cuba. Historia militar y política de la última guerra separatista durante dicho mando*, p. 54.
[24] Francisco Pérez Guzmán: *La guerra en La Habana. Desde enero de 1896 hasta el combate de San Pedro*, p. 28.

al mando del coronel Álvarez se habían separado del núcleo invasor en la línea férrea de Batabanó para proceder al reconocimiento del pueblo de Quivicán y los del también coronel Roberto Bermúdez López, vanguardia de la invasión, que se hallaban ya en Pinar del Río. A estos oficiales se sumarían algunas pequeñas partidas disgregadas tras el ataque a Güira de Melena.

La presunta idea de la existencia de un plan estratégico español pudo estar también en la mente de los principales jefes mambises. De ahí la importancia de mantener desorientadas a las autoridades coloniales. El 7 de enero, en una zona cercana a Hoyo Colorado, el ejército invasor quedó escindido en dos columnas con sus respectivas jefaturas. El general en jefe contramarchó con fuerzas de unos dos mil hombres hacia el sur habanero iniciando la sorprendente campaña de la lanzadera, con la finalidad de atraer columnas enemigas, mediante innumerables marchas y contramarchas prolongadas hasta el 22 de febrero.

El rumbo para el general en jefe dejaba de ser el oeste para enfrascarse en movimientos laberínticos, sorteando cuantas cercas de piedra encontraba la caballería a su paso y destruyendo vías férreas y telégrafos. En los 45 días que permaneció en la provincia habanera se efectuaron combates de importancia como los de Ceiba del Agua, Moralitos, Mi Rosa y El Navío, además de la ocupación de los pueblos de La Salud y Bejucal.

La campaña cumplió su objetivo. Mientras Gómez atraía a las fuerzas enemigas, el general Maceo se internaba en la región vueltabajera, previo paso de la trocha de Mariel-Majana.

Según Miró Argenter, el general Martínez Campos no conoció de esa maniobra realizada entre el 9 y el 10 de enero. No obstante, la entrada de Maceo a Pinar del Río fue celebrada por algunos partidarios de España que concebían la trocha como majestuosa trampa tendida al caudillo por la metrópoli. También para algunos revolucionarios cubanos constituía un peligro traspasar la angosta y cenagosa franja de terreno plagada de obras ingenieras.

Sin embargo, el optimismo hispano por su estratégica trocha comenzó a decaer con la misma velocidad que en las serranías pinareñas se dibujaban las huellas de la vanguardia invasora: "Hasta ahora no ha servido de nada, ni es probable que sirva en adelante. Cuanto de ella se ha escrito ha sido puro bombo periodístico. En tal línea tenemos hace meses de 12 á 14 000 hombres, que hubieran sido de mucho más efecto en operaciones, sabiendo manejarlos".[25] En apenas 15 días de travesía, el héroe de Peralejo demostró el error en que incurrían tanto los escépticos como los que vislumbraban la muerte del caudillo.

El 22 de enero de 1896, la bandera cubana, bordada por mujeres camagüeyanas, llegó a Mantua. En el ayuntamiento de la localidad se acordó registrar el acontecimiento mediante la redacción de un acta leída en presencia del lugarteniente y jefe del ejército invasor.

A diferencia de la Guerra Grande, a menos de un año de iniciado el conflicto, la invasión culminaba con éxito. El teatro de operaciones se había extendido a lo largo

[25] Gonzalo Reparaz: *La guerra de Cuba. Estudio militar*, p. 117.

de la geografía insular, creando las condiciones para la organización del Ejército Libertador en las provincias occidentales, estructurado en cuerpos de ejército, divisiones, brigadas y regimientos.

El Ejército de Operaciones, por su parte, estuvo obligado a diseminar sus fuerzas en una contienda de carácter nacional frente a un enemigo con alta capacidad combativa, un liderazgo experto en teoría y práctica de las guerras irregulares, así como nuevos jefes y oficiales, sobre todo en los territorios de Matanzas, La Habana y Pinar del Río, fogueados durante la marcha invasora.

El fracaso del avezado general Martínez Campos, relevado a inicios de 1896, dinamitó los augurios de una pronta victoria a manos del Pacificador. La crisis de credibilidad de la propaganda divisionista proespañola era evidente, tanto en sectores, grupos y capas populares como entre los propios productores quienes presenciaban alarmados la indetenible reducción a cenizas de sus plantaciones e instalaciones azucareras. La población civil tuvo la oportunidad de intercambiar con oficiales y soldados mambises, la mayoría proveniente del centroriente.

Mientras, el ejército invasor fortalecía sus bases, esencialmente campesinas, y elevaba su moral combativa cifrando sus esperanzas, quizá como nunca, en el triunfo posible.

Se creaban así las condiciones para que la noción de "patria Cuba" dejara de ser mera abstracción o quedara circunscrita al raigal concepto local y regional de sus habitantes, para encarnar una entidad material y espiritual enriquecida en sus componentes demográficos y culturales: la patria de los cubanos.

Capote, banderillas y estoque para Martínez Campos

Ángel Edil Jiménez González

El combatiente inteligente impone su voluntad al enemigo, pero no permite que el enemigo le imponga la suya.

Sun Tzu: *El arte de la guerra* (≈ 500 a. n. e.)

Refieren las crónicas que en una noche lluviosa del año de 1896, el teniente coronel Martínez Baños, comandante del batallón de Luchana, jugaba ajedrez en la casa del ingenio habanero Mi Rosa, rodeado por otros oficiales. Uno de ellos se burlaba de los jefes mambises, cuando Martínez Baños lo interrumpió. "¡No sabe usted lo que dice! Maceo nos embiste como un toro furioso donde quiera que nos divisa. Otro oficial le preguntó. ¿Y Máximo Gómez? ¿Máximo Gómez? —le contestó, sonriente, Martínez Baños— ¡Ese es el que nos torea!".[1]

Y precisamente de eso trata la historia que vamos a recrear, de cómo el mayor general

[1] Benigno Souza: *Ensayo histórico sobre la invasión*, p. 201.

Ángel Edil Jiménez González

Graduado de la Escuela Superior de Guerra en la especialidad de Tropas Generales. Licenciado en Ciencias Políticas por la Universidad de La Habana. Doctor en Ciencias Militares. Investigador titular. Coautor de varios títulos y de artículos publicados en revistas especializadas. Miembro del Consejo Científico de la Oficina de Asuntos Históricos de la Presidencia y de la Unhic. Miembro concurrente de la Academia de la Historia de Cuba.

Máximo Gómez toreó al general Arsenio Martínez Campos; cómo lo capoteó, le clavó banderillas y le asestó la estocada de muerte, a pesar de ser este —según el propio dominicano— el más bravo y astuto de los generales españoles que nos combatió.

En 1895, superado en alguna medida el regionalismo, fracasado el plan de Fernandina y frustrados los alzamientos de occidente, resultaba evidente que el único procedimiento viable para extender la lucha armada hacia el poniente cubano era la invasión.

La incorporación del occidente a la guerra era una condición sin la cual la revolución no podía ganar el conflicto, y esta concepción, abrazada solo por los más esclarecidos en la contienda del 68, en el 95 "[…] ni se propuso ni se discutió; estaba en la conciencia de todos los dirigentes de la Revolución […]".[2]

Por su parte, para la estrategia político-militar española, era vital aislar la guerra en Oriente, donde los efectos de la conflagración no tendrían tanto significado económico ni trascendencia política, era más fácil atribuirle carácter de guerra de razas y podría concentrar el grueso de sus fuerzas.

Para España, la irrupción de los mambises en la Arcadia occidental auguraba, con tintes sombríos, la destrucción de las principales fuentes de riqueza que financiaban su maquinaria militar; la obligación de dispersar sus tropas en la custodia de un número mucho mayor de objetivos políticos, militares y económicos; la necesidad de vigilar y patrullar una cantidad sustancialmente mayor de kilómetros de cayos y costas más cercanas a Estados Unidos; la imposibilidad de negar al mundo la envergadura de la guerra y la certidumbre de que miles de nuevos reclutas irían a engrosar las filas del Ejército Libertador. De ahí su empeño por limitar la guerra, primero, a la provincia de Oriente, y después que Gómez cruzó el Jobabo e invadió Camagüey —lo que el propio Martínez Campos reconoció como una derrota— por mantenerla al este de la trocha militar de Júcaro a Morón.

El 25 de julio de 1895, Martínez Campos escribió a Antonio Cánovas del Castillo:

> Desde que presumí que Gómez podía ir a Oriente [debió decir occidente], ¿no empecé a manifestar mis temores? ¿No decía que sería como duplicar la fuerza de la guerra o al menos dividir mis medios? Tenía esperanzas de evitarlo; pero si quiere pasar, pasará, y al hacer estas afirmaciones, me fundaba en la experiencia que tenía de la otra guerra y en el conocimiento de los medios de Gómez.[3]

Hasta aquí hay un honesto reconocimiento de sus cuitas, del calibre de su antagonista y de que el movimiento del dominicano a Camagüey le había obligado a dividir sus fuerzas; pero a continuación, después de un *mea culpa*, especula con lo que habría podido hacer si su enemigo hubiera permanecido en Oriente, justificación impropia de un estratega.

[2] *Ibidem,* p. 26.
[3] Valeriano Weyler: *Mi mando en Cuba,* t. I, pp. 13-14.

> Sin el pase de Gómez al Príncipe, que confesé y confieso fue un fracaso para mí, esos cinco batallones que he enviado al Príncipe, otros cuatro a Las Villas, más los diez escuadrones, los hubiera metido en Bayamo y Santiago de Cuba, y sin tener que atender al Príncipe y Las Villas, hubiera reducido tal vez a bandolerismo las partidas de Oriente. ¿No indicaba yo que la entrada de Gómez en el Príncipe, llamaría a Sánchez y Roloff a Las Villas?[4]

De manera que la sola presencia del dominicano en Camagüey significó cerca de cinco mil soldados menos presionando sobre la insurrección en la provincia oriental.

El planteamiento estratégico se delineaba nítidamente para ambas partes; si los mambises no llevaban la guerra a occidente, Martínez Campos tendría tiempo para recibir 22 batallones desde la península y realizar la invasión "al revés", es decir, de occidente a oriente; pero si los españoles no impedían la irrupción independentista en los predios occidentales, la guerra estaba perdida para ellos. Lo demás, como afirmó Gómez, era cuestión de tiempo.

En esta guerra nadie planteó al general en jefe la misión de invadir el poniente cubano; ello figuraba en sus planes para la conducción de la guerra y, aunque no pocos autorizados autores afirman que la decisión de hacerlo se tomó en el encuentro de La Mejorana, el 5 de mayo de 1895 e, incluso, añaden que allí se fijó la fecha para el inicio de la operación, resulta muy poco probable que en la precaria situación por la que atravesaba el Ejército Libertador en aquellos momentos, se llegara, entre Martí, Maceo y Gómez, a otro acuerdo que el de llevar a cabo la empresa como concepción estratégica general, tan pronto como se pudiera.

Sin embargo, primero había que consolidar la guerra en Oriente, invadir el Camagüey reacio y meterlo en la contienda, levantar y foguear tropas, acopiar caballos y armas, elegir a los jefes, despistar al enemigo, organizar las unidades y cruzar la trocha.

El propio Gómez se encargó de aclarar que en La Mejorana no se planeó la invasión, cuando escribió en *Mi Escolta*: "Situado mi Cuartel General en el Centro principié desde ese puesto a organizar el Ejército, cuyo mando se me había confiado, y a preparar el plan de campaña que necesariamente había de desarrollar en toda la Isla, con los elementos de que pude disponer que, por cierto, eran bien pocos o ningunos".[5]

Para el 30 de junio, ya Gómez había cerrado el primer giro en torno a Puerto Príncipe y alcanzados los fines que se fijara para la primera etapa de la campaña que él mismo denominó "circular": "meterle la guerra como taco en escopeta" a los camagüeyanos, arrebatarles la iniciativa a las tropas colonialistas y obligarlas a encerrarse en los poblados, hacerse dueño del campo y tener 500 jinetes, flor y nata de la juventud principeña, bajo su mando.

En esas condiciones emprendió la segunda etapa de dicha operación, con el propósito de crear las condiciones necesarias —incluida la llegada del contingente

[4] *Ibidem.*

[5] Salvador Morales: *Máximo Gómez. Selección de textos*, p. 223.

oriental a Camagüey— para pasar desde allí a la tan anhelada como imprescindible campaña de invasión. Así, escribió a Maceo el 8 de julio de 1895:

> Para contrarrestar de una manera victoriosa el resultado de la campaña que el general Martínez Campos se propone emprender a la llegada de los refuerzos que ha pedido a su gobierno, es urgente, urgentísimo que a la mayor brevedad posible marche usted con el mayor número de jinetes posible a ponerse a mi lado, donde le espero con más de 600 hombres. Además dispondrá usted de las fuerzas montadas del Segundo Cuerpo de Ejército, al mando del Mayor General Masó, pues así se lo ordeno, en comunicación de esta misma fecha.[6]

Maceo no era partidario de "que marchásemos a occidente dejando el baluarte de la Revolución sujeto a un desastre seguro",[7] y Masó era de la misma opinión; pero Gómez comprendía claramente la disyuntiva y, aunque de manera indirecta y velada, le hizo saber a su lugarteniente que, llegado el momento, partiría aun sin su compañía. "Sólo empujado por circunstancias fortuitas emprendería la marcha, sin esperar su valioso concurso y siempre será mi propósito esperarlo para asegurar el éxito y compartir la gloria".[8] Y en una de las cartas en la que también apremiaba a Masó, insistía: "[…] cualquier dilación que tenga, General, nos puede perjudicar; su bajada debe coincidir antes de la llegada de los refuerzos que espera Martínez Campos […] caso que el General [Antonio Maceo] no pueda venir, que disponga lo haga el General José con otros jefes escogidos".[9]

El capote: yo soy la invasión

Pon señuelos para engatusar al enemigo.
Sun Tzu

Quedaba, además, un elemento de trascendental importancia para propiciar el éxito de la operación: poner en marcha lo que hoy llamaríamos plan de enmascaramiento estratégico, es decir, un conjunto de acciones demostrativas, tendentes a engañar al enemigo, hacerlo sacar tropas de Camagüey y de la trocha para detenerlo y así facilitar la marcha del contingente que debía encabezar Maceo. Tal fue el forzamiento de la trocha de Júcaro a Morón el 30 de octubre y sus acciones posteriores durante un mes al oeste de la barrera que los españoles habían situado como valladar capaz de rechazar toda irrupción insurrecta en el territorio de las Cinco Villas.

Esta ingeniosa estratagema revela cómo Gómez conocía a sus adversarios, era capaz de prever sus futuras acciones e, incluso, provocar el desconcierto y la per-

[6] Benigno Souza: Ob. cit., p. 26.
[7] José Luciano Franco: Ob. cit., t. II, pp. 143-144.
[8] Benigno Souza: Ob. cit., p. 39.
[9] José Luciano Franco: Ob. cit., t. II, p. 145.

plejidad en sus más altos niveles de dirección militar. "El 11 [de noviembre], en marcha con rumbo a Sancti Spíritus —escribió en su diario— para llamar la atención del enemigo hacia aquella zona con el objeto de sacar fuerzas de la trocha de Júcaro a Morón y de este modo proteger el paso del General [Maceo], que ya debe venir marchando. Todos mis movimientos al Este de Sancti Spíritus, han de obedecer a este propósito".[10] Gómez presumía, pero no sabía, que el Titán ya llevaba 12 días de marcha y había recorrido 72 leguas en cumplimiento de su orden.

Obviamente, la presencia en Las Villas del invasor de Guantánamo en 1871, el de los intentos invasores de 1874 y de l875 y el autor de la reciente invasión a Camagüey, al que se habían sumado Carlos Roloff y Serafín Sánchez con casi dos mil hombres, solo podía tener un significado para el mando peninsular: la invasión al occidente estaba en marcha. De este modo, Gómez, como un prestidigitador, llamó la atención sobre sí en una serie de fintas, amagos y encuentros entre la trocha y Sancti Spíritus, que lograron apartar completamente la atención del mando español del paso del contingente oriental de la columna invasora por Camagüey.

Ya en territorio villareño, el 17 de noviembre, atacó el fuerte Pelayo, acción en la que el teniente español Quinciano Feijoó, jefe de la guarnición, había prometido entregar el fuerte después de un simulacro de combate que lo pusiera a cubierto del posterior consejo de guerra; pero la violación de la palabra empeñada por el peninsular colocó a Gómez y a Serafín Sánchez bajo el fuego de los tiradores enemigos. Solo el arrojo y la presencia de ánimo de ambos jefes permitió ventilar la acción con éxito —mediante una carga de locura cuesta arriba—, apoderarse de cinco fuertes, del puesto de la Guardia Civil, de 50 defensores, 48 fusiles Remington, 100 machetes, monturas y más de catorce mil cartuchos. La victoria, que estuvo a punto de ser tragedia, provocó ciertas reflexiones de Bernabé Boza Sánchez que merecen atención: "No debo ni puedo censurar el valor, pero me parece que la alta y delicada misión del General en Jefe le prohíbe terminantemente los actos temerarios. Y hoy el nuestro ha cargado a caballo sobre cinco fuertes españoles, llenos de enemigos".[11]

Dos días después, el general en jefe atacó al enemigo atrincherado en Río Grande, "[…] no con el firme propósito de tomarlo para no sacrificar mucha gente, sino con el fin de atraer a este centro gente de la trocha".[12] Tres días duró la demostración, hasta que el 22, una poderosa columna española evacuó la guarnición de Río Grande y dejó el fuerte reducido a cenizas.

Gómez desesperaba sin saber de su lugarteniente y lo espoleaba: "[…] Extráñame que usted, cuyo carácter tengo bien conocido, no haya procedido con un poco más de energía haciendo cumplir mis órdenes"[13]. No era necesario, ya Maceo estaba en Camagüey y nada podía hacer el mando español contra el contingente oriental, salvo esperarlo en la trocha. Las dilatadas sabanas principeñas, huérfanas de poblados, caminos, vías férreas y telégrafos que pudieran emplear

[10] Máximo Gómez: *Diario de campaña*, p. 295.
[11] Bernabé Boza: *Mi diario en la guerra. Desde Baire hasta la intervención americana,* t. I, p. 42.
[12] Máximo Gómez: Ob. cit., p. 296.
[13] *Ibidem,* t. I, p. 45.

las tropas peninsulares para albergarse, abastecerse y maniobrar, no eran escenario propicio para intentar batir al vencedor de Peralejo sin correr el riesgo de recibir otra derrota como aquella.

Habría necesitado Martínez Campos, o en su defecto el general Emilio Serrano Altamira, jefe de Camagüey, tropas en la cuantía y con la movilidad que no tenían los españoles en la región para salirle al paso al Titán.

A pesar de que el contingente oriental fue visto e identificado virtualmente en todos los sitios en que vivaqueó a lo largo de su marcha por Camagüey —Guanabo, Loreto de Viaya, La Yaya, La Matilde, San Andrés, Ciego Najasa, Consuegra, Antón, Guásimas, Hato Arriba, Ciego Escobar, Colmena, Santo Tomás y Artemisa—, solo la columna del general Pedro Mella Montenegro se movió tras el rastro de los mambises; pero fue llamada a Puerto Príncipe con urgencia por temor de Serrano a un inconcebible ataque a la ciudad.

Por fin, en la neblinosa madrugada del día 29, la columna oriental dirigida por Antonio Maceo y acompañada por el flamante Consejo de Gobierno, después de cruzar la trocha bajo el fuego del fuerte La Redonda, indemne y cantando el "Himno de Bayamo", se encontró con el general en jefe en El Laurel.

Así lo reconoció el general español, José Lachambre Domínguez a su homólogo Luis M. Pando Sánchez:

> [...] Maceo, desde [Santiago de] Cuba, en treinta y dos días de marcha sin que le disparasen un tiro llega a la Trocha y la pasa, uniéndose con Gómez [...] que mutuamente se ayudaban en esta brillante operación [...] El General [Martínez Campos] cometió errores gravísimos; hizo bajar fuerzas de Cuba, y en vez de colocarlas en la Trocha, línea natural y estratégica [...] llevó esas fuerzas a Santa Clara en cuyo punto nada tenían que hacer [...].[14]

En ese lapso, el contingente oriental realizó 26 jornadas de marcha, recorrió 572 km con un promedio de 22 km por jornada y sostuvo dos acciones combativas: la de Guaramanao, el 7 de noviembre y la de El Lavado, al día siguiente, ambos combates de retaguardia contra tropas del coronel Manuel Nario Echagüe. Según Amado Palenque, el balance de El Lavado fue de 23 bajas para los cubanos y 58 para los españoles, aunque el propio Maceo calificó esas acciones como "escaramuzas de poca importancia".[15] Menguado resultado para la maniobra convergente de tres columnas colonialistas que, procedentes de Las Tunas, Holguín y Cauto Embarcadero, tenían la misión de impedir el paso de Maceo a Camagüey.

En resumen, la presencia de Gómez al oeste de la trocha —peligro de inminente invasión— engatusó a Martínez Campos y no lo dejó ver a Maceo, que atravesaba Camagüey de este a oeste. El capoteo estaba hecho.

[14] Comisión Nacional de Historia de la UJC: *La Invasión: estrategia fundamental en nuestras guerras revolucionarias*, pp. 205-206.

[15] Gonzalo Cabrales: *Epistolario de héroes*, p. 65.

Las banderillas: a caballo por las montañas

La rapidez es la esencia de la guerra.
SUN TZU

> Al otro día [30 de noviembre] —escribió Gómez—, acampábamos en el extenso potrero La Reforma, en donde maduramos, retocándolo, nuestro plan de invasión [...] y a ese fin, con el mapa a la vista siempre, nos concretamos a ejecutar estos propósitos de capitalísima importancia: marcha viva ganando terreno, no importa retaguardia o flanco sucio del enemigo, buscando siempre frente limpio.[16]

Dos días después, el 2 de diciembre, tuvo lugar el combate de La Reforma, entre fuerzas del general Álvaro Suárez Valdés, que atacaron el campamento mambí cuando ya el grueso de la tropa invasora lo había abandonado y fueron detenidas por jinetes de la retaguardia de la columna bajo el mando de Maceo. La acción fue un típico encuentro de retaguardia, donde los cubanos tuvieron un muerto y seis heridos. No obstante, Suárez Valdés quedó "dueño del campo" e informó haber logrado una sonada victoria sobre los insurrectos.

Poco antes, Máximo Gómez había tomado una decisión que aún provoca serios debates, pues puede parecer un error. El 29 de noviembre dividió el recién formado contingente en dos columnas; la primera, integrada exclusivamente por unidades de caballería, a cuyo frente permaneció él, y la segunda, unos setecientos infantes[17] bajo el mando de Quintín Bandera Betancourt, a quien planteó la misión de marchar por el sur, internarse en el valle de Trinidad y reunírsele nuevamente en la región de Cienfuegos, Matanzas o La Habana. Esta infantería marchó escoltada por el regimiento de caballería Máximo Gómez, compuesto por 125 jinetes al mando del teniente coronel José Miguel Gómez Gómez.

Se ha argumentado que la columna de Bandera debía proteger el flanco de la de Gómez; pero en ese caso habría sido más adecuado mandarla por el norte, donde estaba el enemigo y no por el sur, donde no lo había, y en todo caso, tan poderosa flanguardia debería tener una proporción infantería-caballería análoga a la de las fuerzas principales o ser más fuerte en caballería.

Se ha dicho también que esta decisión obedeció a la idea de distraer fuerzas españolas hacia el valle de Trinidad, apartándolas de la ruta del contingente invasor —lo que sí es característico del obrar de Gómez—; pero ello tampoco explica su composición.

Por otra parte, resulta evidente que solo si la caballería esperaba varios días a la infantería esta podía alcanzarla de nuevo; pero esperar varios días en un mismo sitio no formaba parte de los hábitos ni de los planes del general en jefe, cuya idea —como ya hemos expuesto— era marchar a occidente a la mayor velocidad posible.

[16] Máximo Gómez: "Mi escolta", en *Obras escogidas*, p. 107.
[17] Diversas fuentes señalan entre cuatrocientos y mil infantes.

Por último, no es comprensible que Gómez se desprendiera de toda su infantería cuando se disponía a atravesar de este a oeste el macizo montañoso central, donde las posibilidades combativas de la caballería se limitan a su mínima expresión y donde la infantería resultaba imprescindible.

Hay sin embargo, una hipótesis que pudiera explicar, en plena correspondencia con la sagacidad y astucia de Gómez, este aparente error. El dominicano sabía que el mando español se enteraría rápidamente de que la columna invasora marchaba sin infantería —Suárez Valdés y el coronel Enrique Segura Campoy debieron informarlo después de las acciones de La Reforma e Iguará—, lo que sin dudas lo induciría a esperar su avance por cualquier ruta menos por las montañas, que era precisamente el itinerario previsto por el general en jefe.

De cualquier forma, la estratagema le dio magníficos resultados, pues como afirmó el teniente de ingenieros del Ejército de Operaciones, Tomás Segoviano Ampudia, destacado en el Estado Mayor de Las Villas "[...] cuando nuestros jefes esperaban a las fuerzas cubanas por el lado de Camajuaní, se encontraron con que se hallaban sobre San Fernando de Camarones, con Gómez al frente".[18]

En fin, una obra maestra de desinformación estratégica de la que fue víctima el alto mando colonialista por no haber estudiado las experiencias de la Guerra Grande ni la personalidad de Máximo Gómez, pues en febrero de 1876, el dominicano, también en el curso de una invasión, se había despojado de su infantería, la había subordinado al coronel Mariano Domínguez y le había ordenado esperar en el valle de Trinidad, mientras él, con la caballería que debía reforzar a Henry Reeve, se internaba en las sierras villareñas. Las banderillas estaban puestas.

Martínez Campos embiste

Sin embargo, la imagen que recibió el capitán general de los encuentros librados desde La Reforma hasta la Siguanea fue tan falseada por Suárez Valdés, José Oliver Vidal, Carlos Palanca Gutiérrez y otros, que lo llevó a concebir la esperanza de que podría derrotar definitivamente a los invasores antes de que lograran internarse en Matanzas y obligarlos a regresar y refugiarse a las montañas de Guamuhaya.

De modo que decidió desplegar sus dotes de estratega y diseñar una trampa en la que indefectiblemente debía caer Gómez. A tal efecto, dividió la columna del coronel Salvador Arizón Sánchez-Fano en tres destacamentos: dos de unos quinientos hombres cada uno y una reserva de caballería algo menor, de manera que patrullando los dos primeros a corta distancia uno del otro y enlazados entre sí por pequeñas unidades de caballería regular y guerrillera, se duplicaran las probabilidades de encuentro con los insurrectos. Una vez establecido el combate con cualesquiera de esos destacamentos y fijados los mambises, los demás convergerían rápidamente sobre el punto y aniquilarían "las batidas y dispersas partidas de Gómez y Maceo», máxime cuando estas eran solo de caballería y, en teoría, nada podrían hacer contra los cuadros españoles dotados de fusiles Máuser

[18] *Boletín del Ejército*, vol. I, no. 4, 1955.

y abundantemente abastecidos de municiones. Así lo dispuso el ingenio de Arsenio Martínez Campos y dejó de ese modo listo el escenario para la macheteada de Mal Tiempo.

Después que en la revista de la mañana del 15 de diciembre, en el campamento de Lomitas, el general en jefe se enfrentó a la inquietante realidad de que "solo había dos cápsulas para el armamento que portaba cada soldado",[19] la columna invasora —unos tres mil seiscientos hombres— marchaba a cerca de dos kilómetros al sureste del caserío de Mal Tiempo, casi sin intervalos entre las unidades en previsión del combate, con Maceo al mando de la vanguardia, Gómez a la cabeza de las fuerzas principales y Luis de Feria Garayalde en la retaguardia.

Ya habían ardido las cañas del ingenio Teresa, cuando la diligente exploración mambisa informó al general en jefe la aproximación de una columna española procedente de Cruces, que avanzaba hacia el sureste por el callejón de Palenque, con un rumbo que amenazaba el flanco derecho del contingente invasor.

Se trataba de uno de los destacamentos elucubrados por Martínez Campos, comandado por el teniente coronel Narciso Rich, e integrado por dos compañías del Bailén —quintos recién desembarcados por Cienfuegos—, dos del Canarias, una sección de caballería del regimiento de la Montesa y la guerrilla montada del teniente Mestre —cubano al servicio de España—: en total, unos quinientos cincuenta hombres.

En esta situación, Gómez atrajo a su lugarteniente, tomó la decisión para el combate y, después de la premonitoria frase: "¡Entró la nave en alta mar!",[20] envió medio centenar de jinetes villareños, subordinados al comandante Celestino Sarduy, en calidad de extrema vanguardia, seguidos muy de cerca por la vanguardia, bajo el mando del teniente coronel José Loreto Cepero, en composición del regimiento Yara, todo lo cual no sumaba más de doscientos hombres. Vista la escasez de municiones, la orden fue: "En cuanto divisen al enemigo, sin disparar un tiro, cárguele, que detrás vamos nosotros";[21] pero la vanguardia no actuó como se le había indicado e inició un combate por el fuego que permitió a los españoles formar su famoso cuadro contra caballería.

Sin embargo, en esta ocasión ni el cuadro, ni el Máuser, ni un arroyo, ni una cerca de alambres que contuvo momentáneamente el ímpetu de los jinetes de Maceo, pudieron impedir que Gómez primero, por el flanco izquierdo, y su lugarteniente a renglón seguido, por el frente, decidieran en un cuarto de hora, por el filo de los machetes mambises, el combate que, según los cálculos de Arizón, quien marchaba por el rastro de Rich, debía darle tiempo para acudir oportunamente con el resto de sus tropas.

Poco después, a galope tendido pero con fatal retraso, llegó al escenario de la hecatombe el coronel Arizón al frente de las reservas compuestas por fuerzas de caballería del Treviño —entre ochenta y cien jinetes—; pero la infantería del

[19] José Rogelio Castillo: *Autobiografía,* p. 106.
[20] Benigno Souza: Ob. cit., p. 146.
[21] *Ibidem.*

capitán Alejo de Cazimajou Hernández —36 tiradores cienfuegueros recién incorporados—, abriendo fuego sorpresivo a corta distancia, les causó más de cuarenta bajas en pocos minutos, lo que bastó para convencerlo de que era mejor dedicarse a reorganizar los restos dispersos de la tropa de Rich.

El tercer elemento de la "combinación" urdida por Martínez Campos: el teniente coronel Sanz, con unidades del Barbastro y San Marcial —otros 500 regulares—, también acudió con retraso al campo del combate; pero el espectáculo que allí alcanzaron a ver les quitó los ánimos y, ante una carga de Gómez, se refugiaron en el ingenio Teresa, para presenciar cómo los mambises reducían a cenizas el tren que los había conducido hasta allí y continuaban en su indetenible marcha con el sol.

Eran las 16:00 horas y la aproximación de una nueva masa de jinetes parecía que daría continuidad a la acción; pero se trataba de escuadrones de la caballería villareña —unos cuatrocientos hombres—, que bajo el mando de Juan Bruno Zayas Alfonso venían a sumarse al contingente invasor.

El balance del combate fue terrible y aleccionador para España: más de trescientas bajas; de ellas, 147 muertos; 150 fusiles Máuser, 60 Remington, varias acémilas cargadas de cajas de municiones, caballos, botiquín, archivos y bandera del batallón del Canarias no. 2 fueron el botín.

Los cubanos tuvieron cuatro muertos, entre ellos el bravo teniente coronel José Cefí —el mismo que mandara la escolta de Gómez a su entrada a Camagüey—, y 42 heridos.

Media jornada había bastado para desbaratar el ingenioso plan de Martínez Campos, quien, perdidas las esperanzas de derrotar a los cubanos en Cienfuegos, se trasladó por mar a Batabanó y de allí por tren a Colón, para fijarse un objetivo menos ambicioso: detener la invasión en Matanzas.

Martínez Campos insiste

Fue entonces cuando, después de librar un combate intrascendente —La Colmena— y sabiendo ya que desde el día 18 el capitán general español había desplegado su puesto de mando en Colón, Gómez varió el rumbo hacia el norte.

"Se anunciaba la llegada del General Martínez Campos con sus refuerzos y mi bello ideal era encontrarme con él en las puertas, por lo menos, de Colón"[22] y, con la urgencia de quien acude a una cita con un sueño largamente acariciado, marchó directamente hacia allí, haciendo una de las jornadas más largas de la invasión; desde las 08:00 hasta las 24:00 horas —¡casi cincuenta y un kilómetros!— que lo llevó hasta San Pedro del Desquite, cerca de Palmillas, unos 18 km al sureste del puesto de mando de su tradicional antagonista.

Al siguiente día 21, a las 06:00 horas, la marcha se orientó al norte; pero el fuego que desde el ingenio Santiago (Antilla) le hicieron al flanco izquierdo de la columna, obligó a los invasores a enzarzarse en un combate que se prolongó una hora. La acción es un modelo de economía de fuerzas; atacaron el ingenio forti-

[22] Máximo Gómez: *Convenio del Zanjón.* p. 176.

ficado unidades bajo el mando de Maceo, Ángel Guerra Porra y Silverio Sánchez Figueras, mientras Juan Bruno Zayas establecía la seguridad por el norte, Gómez protegía la impedimenta y Serafín Sánchez cubría la retaguardia.

Por fin los defensores se mostraban dispuestos a capitular; pero apareció en su auxilio la columna volante del general de brigada José García Navarro, procedente del central Alava, con dos batallones del regimiento no. 65, una batería de artillería de montaña, dos escuadrones del Pizarro, la 5.ª compañía montada del 21 batallón Valladolid y guerrilleros: unos dos mil hombres. El ataque de García Navarro fue rechazado por una carga de Serafín Sánchez, al precio de 23 bajas y, como no tenía sentido empeñarse en una acción de tal envergadura, Gómez ordenó salir del combate y reanudar la marcha.

Al aproximarse a la línea del ferrocarril Colón-Macagua, cerca de Agüica, cambió el orden de marcha: de columna, a línea de columnas de batallón, con las flanguardias reforzadas, de manera que al reducir la profundidad del dispositivo, el cruce de la línea se llevara a cabo en menor tiempo, después de lo cual se produjo la conversión, y los invasores retomaron la columna, marchando por el este de Colón hasta cerca de Banagüises y girando después al suroeste, hasta las proximidades de Retamal, casi en el entronque ferroviario de Jovellanos-Cárdenas-Colón.

¿Cómo explicar este deliberado desfile de la columna invasora a la vista —apenas a seis kilómetros— del puesto de mando del jefe del Ejército de Operaciones español, máxime cuando su paso era anunciado por el incendio de las cañas en varios kilómetros de frente?

No se nos ocurre otra explicación, como no sea la de que Gómez estaba incitando a Martínez Campos a salir de su cuartel general, provocándolo así para el Ayacucho cubano que les había prometido a sus tropas en Lázaro López; pero el general español no aceptó el reto y la columna prosiguió el desplazamiento hacia occidente. Ya eran las nueve de la noche, habían combatido y marchado ininterrumpidamente durante más de 15 horas después de la agotadora jornada precedente y de solo cuatro de descanso

Para aquel momento, marchando sobre Coliseo, Gómez tenía información acerca de la "[…] acumulación de formidables obstáculos en el camino natural de la invasión. Desde Matanzas hasta Unión de Reyes, aprovechada la estrechez de la isla, habíanse acumulado las divisiones de los generales Suárez Valdés, Aldecoa, Prats, Luque y Molina".[23]

Por su parte, Martínez Campos partió en tren desde Jovellanos hacia Coliseo con una columna integrada por cuatro compañías del Navarro, dos del María Cristina, dos del Asturias y dos del Rey; media batería de artillería de campaña (dos piezas) y las guerrillas del capitán Espino, para un total de 2500 hombres.

Al llegar a los accesos a Coliseo, Maceo se vio precisado a adelantarse "[…] para poner freno al desorden que cometían nuestras fuerzas, las que habían pegado fuego al pueblo y lo saqueaban",[24] cuando por el flanco derecho y la retaguardia

[23] Enrique Loynaz del Castillo: *Memorias de la guerra*, p. 253.
[24] Bernabé Boza: Ob. cit., p. 65

descendían las fuerzas de la columna de Martínez Campos, prestas a emprender la ofensiva.

Gómez envió al ayudante Cruz Olivera a escape en busca de su lugarteniente general "[…] para que aceptase el combate a que nos provocaba el caudillo de los españoles. Mientras tanto, con su estado mayor, escolta, más el general Serafín Sánchez con la suya se adelanta a recibirlo".[25]

> Comenzó el fuego de un modo que indicaba que el drama que va a representarse sería digno de los actores. En esos momentos llega el Lugarteniente habla al oído del General en Jefe y este hace señal de aprobación, luego clava las espuelas a su caballo y seguido de su estado mayor [...] atraviesa la línea de fuego este titán de los combates. El General en Jefe da órdenes a un ayudante y nuestra columna va desapareciendo por las faldas de una loma.[26]

A esta descripción de Bernabé Boza Sánchez, José Miró Argenter añade que Gómez y Maceo, al frente de un centenar de jinetes, cargaron contra uno de los cuadros, acción en la que los mambises sufrieron muchas bajas, el caballo del Titán fue muerto y su jinete desmontado. Esta carga, 100 contra un cuadro de batallón —alrededor de setecientos— solo se explica como procedimiento para dar tiempo a que la impedimenta saliera del fuego por el camino real de Coliseo, cuando ya estaba decidido no aceptar el combate.

Quedó atrás la retaguardia —según testimonio de Enrique Loynaz del Castillo—, que había tratado de hacerse fuerte en el batey del ingenio; pero no lo logró por habérsele adelantado el enemigo, pues el fragor del combate no les permitió oír la señal de retirada, comunicada por el clarín de órdenes y fue necesario que un enlace, enviado por Maceo, les trasmitiera verbalmente la disposición, para que iniciaran el repliegue.

Tal fue el encuentro esperado durante 17 años; apenas 15 minutos de intercambio de fuego, una docena de bajas por cada parte y luego, una súbita salida del combate. Sin embargo, Coliseo fue una victoria cubana de alcance incalculable.

Todo parece indicar que Martínez Campos concibió la idea de librar un encuentro formal con Gómez en los accesos orientales de Coliseo, junto a la vía férrea. Una vez establecido el contacto, debían llegar en rápida sucesión al lugar de la acción las grandes unidades de Suárez Valdés, José García Navarro, Luis Prats Bandragen, Rafael Ibáñez de Aldecoa y Lara, y Agustín Luque Coca, —unos dos mil quinientos soldados—, con lo que en poco tiempo habría logrado una aplastante superioridad en fuerzas y medios sobre los invasores, después de lo cual la victoria sería suya.

Los hechos permiten conjeturar que, en Coliseo, Maceo recibió información —es probable que de los telegrafistas del ferrocarril—,[27] sobre la formidable agrupación

[25] *Ibidem.*

[26] *Ibidem,* pp. 65-66.

[27] El comandante Alejo de Cazimajou dijo a José Luciano Franco que los telegrafistas, guardalmacenes y jefes de estaciones ferroviarias matanceras, en su gran mayoría no

de tropas españolas dislocada a menos de treinta kilómetros (una hora en tren) del escenario de la acción y que se lo hizo saber al oído a su jefe, lo que bastó, junto al recuerdo de Las Guásimas de Machado, para que el astuto dominicano desistiera en un instante del plan que había acariciado inicialmente —aceptarle el reto a su oponente— y decidiera, como lo hizo, dejarlo con las ganas, aunque quizás quedándose él con deseos no menores de ajustarle las cuentas a Martínez Campos.

Las largas meditaciones de Martínez Campos y la trampa tendida con astucia habían sido desentrañadas en solo un instante por Gómez. No hay milagro en ello; lo explica la intuición militar desarrollada por el general en jefe, hija de su vasta experiencia combativa, de su profundo conocimiento de la forma de actuar del enemigo y de la capacidad de pensar como su antagonista, todo ello puesto en marcha por un dato de exploración oportuno y veraz.

Aquella decisión, en la que lo racional se impuso a lo emocional, impidió que la columna invasora sufriera un descalabro de incalculables proporciones y, por el contrario, fue un golpe maestro contra la moral y la autoestima del capitán general español, tan fuerte, que trató de explicarlo diciendo:

> Qué desgracia, qué vainas [...] y todo causado por un enemigo invisible que se escurre, que jamás da la cara. Yo salí anteayer de Jovellanos con una pequeña columna; mi objeto era oponerme al paso del enemigo hacia Matanzas; yo sabía que esta ciudad estaba sin tropas que la defendieran, por la tarde los encontré en el ingenio Audaz, y nada, un tiroteo, una escaramuza y se marcharon.[28]

Hay que destacar que, como excusa por haber sido burlado en toda la línea, el alegato es bien pobre. No llevaba una pequeña columna; su objetivo no era oponerse al paso, ¿cómo hacerlo desde la retaguardia? y ¿cómo preocuparse por defender Matanzas de un "enemigo invisible, que se escurre, que jamás da la cara"? El análisis más elemental del curso de la operación que venían desarrollando los mambises indicaba claramente que no cuadraba con su concepción ni con sus posibilidades el asalto a una capital provincial donde habrían tenido que derrochar hombres, municiones y tiempo a cambio de una muy improbable victoria, lo que demuestra que todavía a aquellas alturas, el mando español no había comprendido la esencia de la invasión.

---

solo sirvieron en la forma referida (dando información a los mambises), sino que, en los momentos cruciales de la invasión a Matanzas, sabotearon con éxito los movimientos militares españoles ordenados por Martínez Campos. Véase José Luciano Franco: *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida,* t. II, p. 251.

[28] José Luciano Franco: Ob. cit., t. III, p. 262.

La estocada: la contramarcha estratégica

La suprema excelencia consiste
en quebrar la resistencia del enemigo
sin combatir.
SUN TZU

Sin embargo, aún no había apurado Martínez Campos las heces de la copa de acíbar que Gómez le servía. Todavía pensaba que el muro de bayonetas y piezas de artillería que había creado en Guanábana-Alacranes, asistido por una vía férrea para la maniobra, podía ser el valladar contra el que iría a estrellarse la invasión, y esa noche la pasó en Guanábana, probablemente en vela, en espera de sus intangibles enemigos.

También fue noche de vigilia para Gómez, Maceo y Serafín Sánchez, quienes acampados en Las Flores, cerca de Sumidero, solo cinco kilómetros al oeste de Coliseo, después de otra jornada titánica, elucubraban la manera de lograr su objetivo estratégico —salir a occidente— a pesar del formidable obstáculo que España oponía a su paso y de la larga ambulancia de heridos que seguía a la columna invasora.

No era posible maniobrar por los flancos de tan dilatada línea; un intento de ruptura en frente estrecho, en caso de conseguirlo, habría permitido solo el paso de una parte del contingente; pero habría traído nuevas y numerosas bajas, además de que la impedimenta se quedaría detrás.

La solución cae de lleno en el arte y su ejecución fue, asimismo, obra de artistas pues, como afirmara Sun Tzu: "Todo el arte de la guerra está basado en el engaño".[29]

El día 24, para asombro de la tropa, que nada sabía de los designios ocultos del mando mambí, modelo de compartimentación absoluta para preservar el secreto y con él la probabilidad de la sorpresa, se marchó hacia el sureste, pasando por San Miguel de los Baños, donde les fue entregado el armamento perteneciente al efímero alzamiento de Juan Gualberto Gómez Ferrer y Antonio López Coloma, y más adelante asaltaron el ingenio Diana, donde capturaron a un oficial, 18 soldados, 25 fusiles y 10 000 cartuchos, lo que denuncia las abundantes reservas de municiones de que disponían los soldados españoles: 400 cartuchos por fusil. A su paso incendiaron las cañas de los ingenios de Sabanilla, Bolondrón, Corral Falso y Jovellanos. Por su parte, Juan Bruno Zayas quemó al ingenio San Joaquín y destruyó la estación ferroviaria de Pedroso.

Suele afirmarse que respetaron las vías férreas para facilitar la persecución española; pero lo cierto es que a pesar de que efectivamente estaban provocando tal persecución, la que el mando español no podía llevar a cabo sino moviendo las tropas de la línea Guanábana-Las Cañas, que era en realidad el propósito mambí, sí quemaron y destruyeron trenes, estaciones ferroviarias, alcantarillas y tramos de vías, para cuyo fin organizaron una sección de destructores. La empresa ferroviaria Cárdenas & Jaruco reportó el incendio de sus estaciones de Manacas, Alta-

[29] Sun Tzu: *El arte de la guerra*, p. 3.

misal, Hato Nuevo, Retamal, Sabanilla, Gispert, Contreras y Medina. Por su parte, el ferrocarril de Matanzas informó:

> Raro ha sido el día en que cuando menos no se vio cortada la comunicación telegráfica más necesaria ahora que nunca, y a la vez, ya fuera una alcantarilla o un puente destruido por el fuego, ya la explosión de alguna bomba colocada al paso de los trenes, ya algún trozo de carrilera destruido para hacer descarrilar estos, ya algún ataque a los trenes.[30]

Y en las "Memorias del Ferrocarril de Matanzas", puede leerse en la anotación correspondiente al 22 de diciembre: "En el chucho Diana fueron quemados cinco carros cubiertos y lanzada la locomotora no. 46 con la válvula abierta por el ramal Atrevido, en pendiente hacia Navajas y arrastrando dos carros cubiertos y una plataforma, descarrilaron volcándose máquina y carros, sufriendo averías de consideración".[31]

También los Ferrocarriles Unidos de La Habana, los de Cárdenas y Júcaro reportaron la "destrucción por las llamas" de las estaciones de Tosca, Madan, Coliseo, Sumidero, Manacas, Hato Nuevo, Retamal, Sabanilla, Gispert, Contreras y Medina, así como la inutilización de varias alcantarillas y del telégrafo.

La marcha hacia el sur alcanzó la laguna de La Ceiba, en la ciénaga de Zapata y allí giraron al este hasta acampar en La Crimea, después de 16 horas de marcha, con las botas de las siete leguas puestas.

Ese mismo día José Arderius García cablegrafió a Madrid:

> Acabo de conferenciar por telégrafo con el general en jefe; desde Limonar sostuvo ayer tarde combate honroso, con fuerzas de Gómez, rechazándole cerca de Coliseo; tuvo 12 heridos que mandó a Matanzas; él sale para Guanábana donde dormirá. General Valdés se sitúa en Sabanilla del Comendador y Luque en Cidra. Batallón llegado Batabanó, va en vez de Matanzas a Unión de Reyes, todos van a vanguardia enemigo.[32]

Todavía no sabía que ya estaban, en realidad, a la retaguardia del enemigo.

El día 25, Martínez Campos aguardó en vano a que los cubanos cayeran en su ratonera y, convencido por fin de que no sería así, viajó a La Habana adonde llegó a las 19:00 horas por Regla, con cuatro o cinco vagones de tropas delante y dos o tres detrás "por si acaso", alicaído y desorientado. "Considerando conveniente —trasmitió a Madrid— para dirigir por ahora las operaciones, acabo de llegar a La Habana".[33]

[30] Archivo Nacional de Cuba: *Fondo Ferrocarriles de Matanzas*, leg. 23, exp. 3.
[31] Oscar Zanetti Lecuona y Alejandro García Álvarez: *Caminos para el azúcar,* p. 178.
[32] José Luciano Franco: Ob. cit., t. II, p. 258.
[33] *Ibidem,* t. II, p. 259.

Paralelamente, los insurrectos se movían francamente al este, haciendo todo lo posible por ser advertidos. Ya Juan Bruno Zayas se había apoderado de la colonia Victoria de Caraballo, donde ocupó 19 fusiles y 2000 cartuchos, y ahora Francisco Pérez Garoz marchaba sobre Amarillas para destruir tramos del ferrocarril e impedir el acceso por esa vía desde Cienfuegos. Notorio fue también el paso del cuerpo invasor junto a Jagüey Grande, con cuya guarnición intercambiaron disparos y donde ocuparon caballos, víveres y ropa.

Dos días más duró la aparente huida de los invasores —en realidad una contramarcha estratégica— por los caminos cenagosos y el diente de perro de las costaneras de la ciénaga de Zapata, durante los cuales ni los propios oficiales sabían el significado de aquella maniobra. Así, Bernabé Boza la atribuyó a la necesidad de desembarazarse de los heridos: "Se despachan todos los heridos y enfermos a lugares seguros. Este ha sido el motivo que ha obligado a nuestros caudillos a retroceder, pues era imposible seguir avanzando con la gran impedimenta que teníamos".[34] ¡Y esto lo decía el jefe de la escolta del general en jefe!

No fue fácil convencer a los heridos de que debían quedarse allí, en El Blanquizal, bajo los cuidados y la custodia del entonces comandante doctor Manuel Alfonso Seijas, pues la cruenta leyenda del coronel Luis Molina, la Pantera de Matanzas, cuyas feroces incursiones contra los hospitales de sangre mambises de la ciénaga y las familias allí refugiadas les hacía preferir la indecible penuria del traslado en parihuelas.

Ese día 27, con infundado optimismo, lo que según Gómez era una "debilidad que solo disculpo a las mujeres y a los niños",[35] Martínez Campos cablegrafió a Madrid:

> En la provincia de Matanzas se acentúa la retirada por Güira [de Macurijes], Cantabria, Jagüey [Grande] y Estrada de partidas grandes que parecen dirigirse a Cienfuegos. Columnas Valdés y Navarro persiguen partidas en retirada y Cor Molina pasa hoy Amarillas tratando batirles antes su salida de la provincia.[36]

El cable revela el error estratégico del general en jefe español, con el cual abrió, siguiendo sin saberlo el oculto plan de Gómez, las puertas de occidente a la invasión. Martínez Campos perdió de vista el objetivo estratégico de su campaña en Matanzas: impedir la entrada de los insurrectos en la Habana, y se fijó otro más ambicioso y desproporcionado de acuerdo con las posibilidades de las fuerzas de que disponía —aniquilar a los invasores en la región de Cienfuegos, sin contar con información fidedigna de que efectivamente sus enemigos se retiraban maltrechos—. Otro mal servicio de su aparato de inteligencia, así construyó la idea de sus ulteriores acciones sobre una base falsa. Profética había sido su frase "Mis planes se ajustan hoy en todo a la guerra que el enemigo quiere".[37]

[34] Bernabé Boza: Ob. cit., t. I, p. 67.
[35] Benigno Souza: Ob. cit., p. 111.
[36] René Reyna Cossío: *La Invasión,* p. 29.
[37] Comisión de Historia UJC: Ob. cit., p. 203.

Pero el general José Lachambre Domínguez no se mostró tan incauto. En carta del 28 de diciembre escribió al también general Luis Pando Sánchez:

> [...] aún la suerte puede favorecernos, pues los insurrectos están en condiciones desventajosas para pelear [...] Se dice, aunque no se sabe oficialmente, que en movimiento de retirada, no pudiendo precisar los puntos donde hoy se encuentra, pero si esto fuera cierto, si esta aparente marcha de retroceso, contra la cual deben estar prevenidos, no fuera un nuevo ardid para realizar fines hasta ahora desconocidos, si empezaron una decidida retirada, aún debemos abrigar esperanzas, que perseguido por las innumerables columnas que en reducido espacio operan, puedan en un tiempo corto obligarlos a tomar rumbos conocidos mediante activa persecución en el radio donde operan dichas columnas.[38]

Como se ve, Lachambre confiaba en que la suerte podía favorecerlos, una posición inaceptable para la valoración militar de la situación estratégica y el pronóstico de su probable desarrollo. Confesaba, asimismo, que sus servicios de inteligencia no podían precisar dónde se encontraba la columna invasora; algo increíble, pues se trataba de más de cuatro mil hombres y caballos que marchaban dejando a su paso una ardiente estela de destrucción, humo e incendios. No obstante, desconfiaba del aparente retroceso mambí y sospechaba que aquella huida podía enmascarar "un nuevo ardid para realizar fines hasta ahora desconocidos".

Sin embargo, Martínez Campos no receló nada; haciendo gala de una inefable candidez, con sus propias manos desmanteló la muralla que había detenido el avance invasor y envió las divisiones y brigadas que la integraban, por ferrocarril y hasta por mar, a emprender una frenética persecución contra un enemigo que supuestamente se retiraba maltrecho en busca de refugio en la Siguanea. No obstante, la realidad es que en ese momento el "bolón" invasor aguardaba en El Indio, el paso de las unidades españolas hacia Las Villas, para retornar sobre sus huellas hacia la desguarnecida Matanzas y penetrar en La Habana.

> Creyó Martínez Campos —recuerda Loynaz del Castillo— que el objetivo insurrecto no podía ser el de detenerse en las llanuras de Las Villas sino alcanzar cuanto antes la seguridad que les ofrecía la cordillera de la Siguanea y decidió interponerse en el camino. Mientras tanto, el ejército cubano descansaba tarde y noche del 27 en confortable campamento cerca de Aguada de Pasajeros.[39]

Esa noche del 27, en el campamento de El Indio, cerca de Aguada de Pasajeros, fue de vigilia y consejo militar, donde volvió a brillar el genio del mando independentista, pues se trataba de decidir si los cuatro días de contramarcha eran suficientes o no para lograr los objetivos que perseguía la estratagema. Resulta

[38] Benigno Souza: Ob. cit., p. 159.
[39] Enrique Loynaz del Castillo: Ob. cit., p. 254.

indudable que la inteligencia mambisa otra vez desempeñó un papel decisivo en la fundamentación de esta crucial decisión, pues si el retorno a occidente se hacía prematuramente, todavía encontrarían fuerzas considerables a su paso, mientras que si se llevaba a cabo de manera tardía, daría tiempo al enemigo a regresar —vía ferrocarril— y anteponerse de nuevo al movimiento invasor en los límites de La Habana. Esta fue la noche en que se tomó la decisión de regresar.

Al amanecer del 28 de diciembre, coincidiendo con el Día de los Santos Inocentes —parece una inocentada estratégica de Gómez a Martínez Campos—, retomaron las tropas insurrectas el rumbo oeste y recruzaron el Hanábana por el paso de San José, que hasta el día anterior había estado lleno de emboscadas españolas.

La estratagema había superado las mayores expectativas de los mambises, que no podían entender por qué se habían retirado las tropas que vigilaban los pasos de este río, muy difíciles y escasos. Y es que el general Martínez Campos había perdido totalmente la pista de sus enemigos. "Gómez y Maceo pasan jurisdicción de Cienfuegos",[40] cablegrafió ese día a Madrid dando lo deseado por cierto con una candidez incompatible con el cargo que ostentaba.

Era inevitable que a su regreso a Matanzas, la hueste cubana topara con alguna de las unidades que marchaban tras su rastro; así se produjo, el 29 de diciembre, el cruento combate de Calimete.

Los cubanos habían hecho noche en las ruinas del ingenio Triunfana y cuando se disponían a partir llegó un tren, procedente de Real Campiña, del que descendió una tropa compuesta por batallones de los regimientos de Navarra y María Cristina, un pelotón de infantería de marina y uno de caballería; en total, unos ochocientos cincuenta hombres que marcharon sin dilación sobre el campamento mambí.

La vanguardia hispana fue recibida por el fuego de la infantería insurrecta y se replegó sobre sus fuerzas principales, que formaron cuadro contra caballería, sobre cuyo centro lanzaron Gómez y Maceo tres cargas que fueron rechazadas, mientras Serafín Sánchez lo hacía contra el flanco izquierdo, hasta obligar a los españoles a replegarse en dirección a Calimete sin dejar de combatir. No era conveniente prolongar la acción en un punto donde con suma facilidad podían llegar de inmediato nuevas unidades españolas, por lo que Maceo organizó la columna y la puso en marcha.

Sin embargo, aquella tropa española no era la de Mal Tiempo, el Máuser en manos de valientes se hizo justicia, elevando a 16 muertos y 69 heridos las bajas cubanas, mientras que los colonialistas reconocieron en la prensa haber sufrido 83; de ellas, 19 muertos.

Todavía no había acabado de desfilar la impedimenta, cuando García Navarro, sin abandonar los parapetos del central María, rompió fuego sobre la columna que conducía 36 parihuelas, empujándola contra la estación ferroviaria de Manguito, donde recién había llegado un tren militar que desembarcaba sus tropas. Maceo se adelantó y logró sacar la impedimenta del fuego aprovechando un repliegue del

[40] René Reyna Cossío: Ob. cit., p. 29.

terreno; pero no convenció a sus antagonistas del central María ni a los de Manguito para que siguieran el ejemplo de los de Calimete: cinco heridos más fueron a engrosar la larga ambulancia.

Poco más adelante, en la finca el Rocío, el contingente invasor habría de escuchar las inefectivas descargas de fusil y artillería, de Suárez Valdés y, en el ingenio Santa Rita Baró, tronar del cañón de otra tropa no identificada.

Costoso resultó el cruce de la marea española, pero ya los invasores estaban a la retaguardia de sus adversarios y el frente de la columna quedaba una vez más limpio. De este modo, tras dos largas jornadas de marcha, con un tiroteo cerca de La Isabel y después de dejar los heridos en Manjuarí, linde de la ciénaga de Zapata a cargo del coronel Enrique Fournier Lubille, también herido, la tropa insurrecta acampó el 31 de diciembre en El Estante, a las puertas de La Habana.

El día 1.º, al alba, se presentó la columna del coronel Francisco Galbis con intenciones de asaltar el campamento mambí; pero el fuego de la infantería de los hermanos Juan Eligio y Vidal Ducasse Revee y los amagos de la caballería de Maceo y Gómez bastaron para detener a los hispanos mientras los insurrectos proseguían su marcha al poniente.

En la acción de El Estante, los cubanos tuvieron un muerto y diez heridos; los españoles, por su parte, reconocieron seis muertos y 19 heridos, pero "quedaron dueños del campo" que para nada interesaba a los cubanos, pues el que de veras era su objetivo se abría prometedoramente delante de la vanguardia.

La contramarcha estratégica, llamada por algunos autores lazo de la invasión aludiendo a su trazo y a la celada que significó, y la presencia de los invasores en La Habana, fue la estocada de muerte para la carrera político-militar del general Martínez Campos en Cuba.

Las tropas de infantería durante la invasión de oriente a occidente (1895-1896), verdaderos hombres de hierro

Jorge Miguel Puente Reyes
Alexis Carrero Preval

Eran montañeses fornidos,
hombres de hierro.[1]

Durante nuestras luchas libertarias del siglo XIX, la infantería resultó ser el arma fundamental del ejército para la realización de las acciones ofensivas, cuando se perseguían resultados decisivos. "El arma de fuego es la que está llamada a preparar el choque entre dos fuerzas contrarias, y el arma blanca es la que resuelve el caso".[2] Sin embargo, estas acciones ofensivas exigían un previo volumen de fuego capaz de neutralizar la defensa enemiga. En tal sentido, pudiera presumirse que estas acciones con el empleo de la

[1] José Miro Argenter: *Crónicas de la guerra*, t. 1, p. 89.
[2] Julián Valdés Sierra: "Táctica militar. Sancti Spíritus, 1897", en *Boletín de información selectiva* no. 1.

Jorge Miguel Puente Reyes

Doctor en Ciencias Históricas. Profesor titular. Labora en el Centro de Estudios Sociales Cubanos y Caribeños José Antonio Portuondo de la Universidad de Oriente. Autor de varios artículos y libros sobre historia. Pertenece a la Unhic y a la SCJM.

Alexis Carrero Preval

Teniente coronel de las FAR. Doctor en Ciencias Históricas. Profesor titular de la Escuela Interarmas de las FAR Mayor General José Maceo Grajales. Autor y coautor de varios artículos y libros sobre historia. Pertenece a la Unhic y a la SCJM.

infantería resultaban ser las más comunes; sin embargo, el hecho de que las tropas mambisas no contasen con permanente y suficiente apoyo de artillería, ni con la cantidad de municiones adecuada para cumplir esa misión con fusiles, imposibilitó en no pocas ocasiones su desempeño.

Los anteriores supuestos pueden hacer pensar que el papel desempeñado por el arma de infantería durante la invasión de oriente a occidente en Cuba (1895-1896) resultó insuficiente, dadas las carencias antes mencionadas. Por ello, es propósito de este artículo esbozar las características, misiones y papel de la infantería durante esta hazaña militar conducida magistralmente por los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo.

Según la Ley de Organización Militar de 1873, que el Consejo de Gobierno de la República en Armas aprobó poner en vigor con carácter provisional, en octubre de 1895, la infantería se organizaba a nivel de batallones, de seis compañías cada uno. En la composición inicial del contingente invasor, el arma de infantería estaría representada por 350 hombres,[3] al frente de los cuales se designó al general Quintín Bandera, quien había sido ascendido, por el general Antonio Maceo, el 29 de septiembre y ratificado el 22 de octubre de 1895. Esta unidad combativa no estaba completa, no pasaba de compañía del tipo reglamentario con 45 integrantes; pero mantenían la denominación del cuerpo al que pertenecían, para que nuevas nomenclaturas no dieran lugar a confusiones y para que los mambises perpetuaran su espíritu de combate apegados a su identidad y sentido de pertenencia a las fuerzas de donde provenían.

Se debe significar que se contaba con que la cifra de infantes se modificaría en la medida en que se incorporaran nuevas tropas al contingente invasor a su paso por los diferentes territorios y al designarse otras misiones a las ya integradas. Un ejemplo de ello, lo constituye el oficio número 290, de fecha 1.º de diciembre de 1895, que envió el general Antonio Maceo al general en jefe Máximo Gómez, en el cual exponía el estado de las fuerzas del contingente invasor oriental, integrado por 669 infantes.

Un elemento importante lo constituye el hecho de que parte de la infantería se desplazaba montada cuando la situación lo demandaba, ya fuese en caballos propios o en las ancas de sus compañeros; al iniciarse la marcha el 22 de octubre de 1895 de los 350 infantes que integrarían la columna inicialmente, 50 marchaban a caballo.

En relación con la caracterización de los hombres que integraban la infantería, resulta interesante la idea que aporta Miguel Varona y del Castillo:

> Esta infantería se componía en lo fundamental de negros montañeses orientales dotados de tan extremada resistencia física, debida, sin duda, a la selección natural, porque jamás fueron endurecidos por el diario ejerci-

[3] Institucionalmente, la infantería insurrecta se organizaba, de inicio, por compañías, con un total de 63 hombres, incluida la jefatura y estado mayor de 12 oficiales y clases. Cada compañía tenía dos pelotones de dos secciones cada uno. Diez compañías formaban un batallón; dos batallones, un regimiento; dos regimientos, una brigada; por lo menos dos brigadas hacían una división y varias divisiones formaban un cuerpo.

cio a que se somete a los reclutas de todos los ejércitos, que los capacitaba para marchar descalzos, semidesnudos, con el managüi [jolongo], el fusil, el machete y las municiones, en la seca o en las lluvias, nueve o diez leguas en nueve o diez horas y quedar en condiciones de combatir.[4]

También, el patriota José Miró Argenter tuvo espacio de elogios para la infantería mambisa:

> […] Eran montañeses fornidos, hombres de hierro; marchaban diez y doce leguas diarias sin darse cuenta de la caminata, sin parar mientes en el calzado; los más iban descalzos. Aquella infantería de Cambute se ha hecho célebre en la campaña de Cuba por su vigor físico, su agilidad montaraz, su resistencia y su aire formidable. Verla andar, con el enorme macuto a las espaldas y la carabina terciada sobre el pecho, era pasaje curioso; desplegada en línea de combate o yendo al asalto, infundía pavor; en cualquier situación marcial caracterizaba al vivo lo más fiero de la guerra.[5]

Estas cualidades y el ideal que los movía creaban condiciones para que los infantes insurrectos combatieran con muy poco o ningún adiestramiento y casi sin equipo; lo mismo de día que de noche; en la montaña, el bosque, la ciénaga o el llano; en tiempo de lluvia o de seca; con frío o calor; además, encontraban en el monte comida, agua, medicina, abrigo, y marchaban infatigablemente al ritmo de la caballería.

Un análisis de las condiciones en que los infantes, integrados a la columna invasora, realizaron 78 jornadas de marcha, a un ritmo promedio de 5,43 leguas por jornada, para recorrer un total 424 leguas, nos permite aquilatar el sacrificio realizado por estos hombres.

Refiriéndose a los elementos materiales de que disponían, el historiador Rolando Rodríguez expresó: "[…] las cananas estaban casi vacías (unos 10 tiros por combatiente) y el armamento era inferior e insuficiente […] Del calzado y vestuario poco había que decir. Y de los alimentos para una columna tan voluminosa, solo cabía esperar que la generosa tierra cubana los proveyese a su paso".[6]

Por su parte, las condiciones climatológicas y topográficas también trataban de quebrantar la voluntad de aquellos patriotas. "La primera marcha fue muy penosa, de nueve leguas, por terrenos inundados, y cayendo recios aguaceros […]".[7] Y refiriéndose a la jornada de marcha realizada el 6 de noviembre de 1895, desde Vista Alegre a Soledad, en el territorio tunero, hace constar el general Miró Argenter:

> Los caminos estaban intransitables, desfondados; se hundían las cabalgaduras hasta el pecho, atascándose los bagajes a cada paso, y la infantería,

[4] Miguel Varona y del Castillo: "Memorias de la campaña de invasión", en José Luciano Franco: Ob. cit., t. 2, p. 197.
[5] José Miro Argenter: Ob. cit., p. 89.
[6] Rolando Rodríguez: *La forja de una nación. II La ruta de los héroes,* p. 64.
[7] José Miro Argenter: Ob. cit., tomo primero, cuaderno 4, p. 51.

que cubría la retaguardia, tuvo que soportar mayores fatigas á causa de la profunda huella impresa en los fangales. A las dos de la madrugada habíase emprendido la marcha, y eran las nueve de la noche cuando se acampó [...] sin más que dos ligeros altos durante el camino, y lloviendo á torrentes desde media tarde.[8]

A pesar de las anteriores condiciones, el general Quintín Bandera y los coroneles Vidal y Juan Eligio Ducasse, jefes de las unidades de infantería, se mantenían firmes junto a sus tropas, dando su ejemplo personal, sufriendo los rigores que les imponía la guerra y cumplimentando las diferentes misiones que les eran planteadas por sus jefes.

La entrada del contingente invasor al territorio de Las Villas, el 3 de diciembre de 1895, motivó la realización de movimientos tácticos y modificaciones en la composición orgánica de sus fuerzas y en el orden de marcha.

El papel de la infantería se acrecienta si se tiene en cuenta que las mayores fincas o sitios de las comarcas del occidente del país, se encontraban divididas por cuartones cercados con piedras, las que tenían un metro de ancho, por metro y medio de altura. Eran verdaderas trincheras o murallas que ofrecían magníficas posiciones y defensa a la infantería, pero que comprometían, impedían e imposibilitaban por completo los movimientos de la caballería. O sea que los obstáculos existentes en el terreno, eran solo franqueables por el arma de infantería.

Quintín Bandera recibió la orden de tomar rumbo al sur con su infantería. Para cumplimentar esta misión se le nombró, con carácter provisional, jefe de la 1.ª división, del 4.º cuerpo de ejército, la cual se componía de tres brigadas: Sancti Spíritus, Remedios y Trinidad. De igual manera, se nombró al general Ángel Guerra jefe de la 2.ª división, la que contaría con las brigadas de Santa Clara, Sagua la Grande y Cienfuegos.

De esta manera, Gómez creó unidades tácticas subordinadas al general Quintín: un regimiento de caballería al mando del teniente coronel José Miguel Gómez apoyaría esa maniobra. La misión de cooperación destruiría ingenios y atraería el interés de las fuerzas españolas, posibilitando el avance de la columna invasora hacia lo más occidental de la Isla. Esta irregularidad del movimiento en velocidad y dirección representó la mejor arma táctica de distracción.

En lo adelante, el general Quintín Bandera debía dirigirse hacia el valle de Trinidad con el siguiente propósito:

[...] ir con su valiente y aguerrida infantería oriental, compuesta de unos 700 hombres más un regimiento de caballería villareño, al mando del teniente coronel José Miguel Gómez, a invadir el valle de Trinidad y reunírsenos en las provincias de Matanzas o de la Habana [...] La cooperación de este jefe nos

[8] *Ibidem,* p. 84.

ha hecho mucha falta, sobre todo en los primeros días que fueron de aturdimiento para los españoles y aprovechamiento para nosotros.[9]

Esta separación puso a prueba la capacidad de mando de los jefes de la infantería, el general Quintín Bandera y los coroneles Vidal y Juan Eligio Ducasse. En el caso de los segundos se mantendrían con cerca de doscientos hombres, en composición de la columna invasora.[10]

Entre los combates que sostuvo el general Quintín Bandera, se encuentra el de Río Hondo, en la zona de Cumanayagua, el 10 de diciembre de 1895. A pesar de que el general Miró Argenter realizó un minucioso trabajo para contabilizar las bajas orientales durante la invasión a occidente, no le fue posible cumplimentar este propósito en la brigada de infantería al mando de Quintín Bandera durante sus operaciones en Trinidad.

Este jefe mambí, en carta a Máximo Gómez, refiere el estado en que se hallaban las cosas a su llegada al valle de Trinidad y las constantes vicisitudes a las que se tuvo que enfrentar durante el cumplimiento de su misión:

> […] solo puedo decirle que por aquí empieza con nuestra llegada la revolución: los jefes no parecen, casi todos están enfermos y los subalternos andan como á cada cual le parece. Yó espero sin pecár de presuntuoso que haré algo provechoso por aquí pues abundan elementos buenos, pero no ha habido intereses en armonizarlos.
> El estado sanitario de la columna no es muy satisfactorio pues el "Sarampión" me está inutilizando muchos hombres que me veo obligado á ir dejando en las Prefecturas, por demás, sin novedad.
> Con motivo del Combate del que dí cuenta a U. me han escaseado las municiones […]".[11]

[9] *Ibidem*. p. 131. En su diario de campaña, el general Máximo Gómez refiere que, al recibir la misión de dirigirse al valle de Trinidad, las fuerzas de Quintín Bandera las componían mil infantes.

[10] Existen criterios, como el del general Miró Argenter, que consideraba, la citada separación como un error estratégico grave, ya que la misión encomendada a Quintín Bandera, de manera alguna podría realizarse con la rapidez y exactitud deseada, pues era materialmente imposible que la brigada de infantería cayera sobre el valle de Trinidad, devastara los campos de dicha zona y se uniera al cuerpo invasor en el plazo de tiempo que le fue fijado. Además, fundamentaba su criterio, en la necesidad que se tuvo en lo adelante del empleo de la infantería, como quedó demostrado en el combate de Iguará. Se desprendieron de una unidad cohesionada, para tener posteriormente que formar otra, sobre la base de nuevos combatientes. Otro elemento que fortalece su criterio, resulta ser que, según refiere Miró, varias veces escuchó al general Máximo Gómez deplorar el error cometido. Véase José Miró Argenter: Ob. cit., tomo primero, cuaderno 7, p. 98.

[11] Quintín Bandera: "Carta a Máximo Gómez Báez", en ANC: Fondo Máximo Gómez, caja 7, no. 255, documento 5742; Abelardo Padrón Valdés: *Quintín Bandera. General de tres guerras,* pp. 55-56.

La marcha por la región occidental, no resultó para las huestes mambisas más favorable, si se tiene en cuenta no solo una mayor presencia de fuerzas enemigas, sino también, las variables temperaturas a las que se sometían los infantes orientales. Así lo refiere Bernabé Boza: "[…] jornadas de más de cuatro horas, con un viento frio que levantaba nubes de polvo rojo que nos asfixiaba y ensuciaba […].[12] Y en cuanto a su paso por Güira de Melena hacia Ceiba del Agua argumenta:

> Un detalle: Hace mucho frio por las noches y por las mañanas […].
> Otro: La tierra colorada que vamos atravesando suelta un polvillo que se nos introduce por todas partes y que nos ensucia la ropa de una manera asquerosa. Este polvo que levantan los caballos con sus cascos, se nos pega al rostro y nos da una facha horrible y grotesca. Los negros sobre todo se ven muy extraños con bigotes, cejas, pestañas y pelo colorados.[13]

En otra de las misivas dirigidas al general Máximo Gómez el general Bandera le informa: "[…] no he podido emprender operaciones activas pues solo cuento con ciento setenta y dos armas útiles, aunque no en buen estado todas y no tengo parque ni para tres tiros por arma […]".[14]

Refiriéndose al papel desempeñado por Quintín en la invasión, expone Antonio Maceo: "El esforzado veterano brigadier Quintín Bandera, que pasa ahora a esa, impondrá a Ud. de los motivos por qué no he regresado allá todavía. Utilice sus buenos servicios, que sabrá prestar allí como los ha prestado en la Invasión con su brazo y con su nombre […]".[15]

En cuanto a las misiones que cumplía la infantería como arma, en la invasión de oriente a occidente, estas fueron: cubrir sectores del terreno donde eran más vulnerables las tropas mambisas durante las acciones combativas; proteger la impedimenta, pues en ocasiones se hacía extremadamente penosa las marchas con los heridos, que no pudiéndose dejar en parte alguna por temor a la barbarie española, eran llevados en camillas bajo el sol abrasador.

También era capaz, de mantener firmemente las posiciones ocupadas y rechazar la ofensiva de fuerzas superiores del enemigo. Ejemplo de lo anterior lo constituye el combate sostenido luego del cruce del río Hanábana, el 20 de diciembre de 1895, donde la infantería comandada por los hermanos Ducasse, logró contener el ataque de la infantería y artillería española, permitiendo a la caballería introducirse en el combate y decidir la acción a favor de los mambises.

En cuanto a las acciones ofensivas, la infantería era empleada en la realización de maniobras, que le permitieran salir de súbito al flanco o la retaguardia del enemigo o cuando la marcha de aproximación se hacía al amparo de la noche o de otro

[12] Bernabé Boza: Ob. cit., t. 1, p. 129.
[13] *Ibidem,* p. 114.
[14] Quintín Bandera: "Carta a Máximo Gómez Báez", en ANC: Fondo Máximo Gómez, caja 11, no. 191; Abelardo Padrón Valdés: Ob. cit. p. 57.
[15] Antonio Maceo Grajales: "Carta al mayor general Francisco Carrillo", 12 de agosto de 1896, en SCEHI: vol. II2. p. 256.

factor que propiciara la sorpresa. En la ofensiva, la línea de tiradores avanzaba desplegada en guerrilla, por salto, aprovechando los accidentes del terreno y haciendo fuego de pie, rodilla en tierra o tendida hasta el momento del asalto, cuando a la carrera, machete en mano, se lanzaba para decidir el combate cuerpo a cuerpo.

Evidencia de ello resulta el combate que tuvo lugar a un kilómetro del poblado de Ceiba del Agua, el 7 de enero de 1896. Ante la difícil situación creada debido a las características del terreno, que dificultaban la maniobra y el accionar de la caballería, y la sorpresa que causó el ataque enemigo, la infantería mambisa tomó la ofensiva contra el adversario por el flanco izquierdo, le causó bajas y lo obligó a abandonar sus posiciones. Ante este hecho expresó Bernabé Boza: "¡Los hermanos Ducasse que llegaban a tiempo para salvarnos! [...] ¡Qué espectáculo fue aquel más hermoso para nosotros! ¡Viva la infantería cubana!"[16]

Con respecto a otra de las destacadas actuaciones de las tropas de infantería, en esta ocasión, durante el combate en las cercanías del poblado de Bejucal, el 14 de enero de 1896, el mismo patriota refirió: "En aquel instante y al mismo tiempo, rompieron el fuego nuestros infantes y los españoles; estos avanzaron resueltamente, trabándose un combate corto pero muy rudo. Nuestra infantería se portó por encima de todo elogio y ponderación".[17]

La infantería mambisa se convirtió en arma insustituible para el asalto a ciudades y poblados, por su capacidad para superar obstáculos, orientarse y moverse entre calles, así como abrirse paso a través de paredes, muros y patios, acciones estas que se le dificultaban a la caballería. Un ejemplo de ello, se manifestó en el combate de El Estante, que tuvo lugar el 1.º de enero del propio año, en el cual el enemigo se había parapetado detrás de cercas de piedra, circunstancia que impedía cargar al machete con fuerzas de la caballería mambisa y entonces se recurrió a la tan necesaria infantería que, situada convenientemente, logró desalojar a los españoles, apoyada por algunos pelotones de caballería, lo que posibilitó la toma del poblado.

El infante mambí prefería la elástica defensa móvil, clásica del guerrillero, la cual le permitía cambiar su posición con frecuencia, sin ser blanco fijo del enemigo.

Muchos han sido los elogios al desempeño de la infantería como arma durante las gestas libertarias cubanas, que, sin duda alguna, nos ayudan a conocer la entrega a toda prueba de estos hombres de a pie. Entre ellos se destacan los realizados por Benigno Souza y Fernando Figueredo Socarrás. El primero describe de la siguiente manera, la actuación de los piquetes de infantería de Máximo Gómez en la Reforma:

> Marchaban, corrían a la par de los caballos y a sus mismos aires; legendario fue en el campo mambí el valor de estos grupos de infantes, unos de la raza negra, invulnerable en los trópicos; los otros, blancos, peones de arrear ganado, rústicos hombres avezados a la vida del bosque y sus intemperies, que hacían marchas diarias de diez o doce leguas, generalmente descalzos y casi desnudos, pero más andariegos que los mismos caballos.[18]

[16] Bernabé Boza: Ob. cit., p. 119.
[17] *Ibidem,* p. 134.
[18] Benigno Souza: Ob. cit., p. 208.

El segundo, no menos elocuente, expone acerca de esta arma mambisa:

> La infantería oriental rayaba a la misma altura de la caballería camagüeyana. Impelida por la necesidad, acosada por el hambre, esta fuerza se veía precisada, en su departamento, a batirse diariamente arrebatando a los españoles viandas y granos de sus plantíos, y de los ingenios, reses y caballos. Este cuerpo de ejército, que comenzó por acostumbrarse a cambiar con indiferencia la vida de sus hombres por un boniato, una vaca o un caballo, terminó por familiarizarse con el peligro y la muerte, que despreciaba, y unido a esto a las fatigas que a diario tenía que soportar para conseguir su alimentación, repitiendo estas prácticas [...] terminaron por hacer del soldado oriental el infante más sufrido y más valiente que pueda imaginarse. El arma preferida del soldado de infantería en Oriente, vosotros lo sabéis, es el machete [...] un rifle largo, arrebatado al enemigo, completaba su armamento. Esta tropa, en una emboscada, por ejemplo, dejaba que el enemigo ignorante de su presencia, cayese bajo las bocas de sus rifles, y disparaba una sola vez sorprendiendo y desconcertando al enemigo, y entonces arremetía al machete, y el éxito era seguro.[19]

Sin duda alguna, la invasión de oriente a occidente constituyó una verdadera hazaña militar, reconocida "como brillante operación"[20] por jefes militares españoles, entre los que se destaca, el general de división José Lachambre, y por la prensa norteamericana, que la comparó con las marchas de Aníbal, de Sherman y el paso de los Andes de Chile por San Martín.[21]

Su éxito estuvo condicionado entre otros elementos, por el acertado empleo de las fuerzas de infantería y caballería. La capacidad de concentración y desconcentración, como expresión reveladora de las óptimas condiciones alcanzadas por el ejército invasor, para modificar las circunstancias desfavorables que imponía el terreno y la superioridad en fuerzas y medios por parte del ejército español. Además de las novedosas tácticas empleadas, resultado de un pensamiento militar creador, entre las que se destacan: las modificaciones en los órdenes de marcha, la cooperación entre las armas y las distintas fuerzas que operaban en el territorio central y occidental de la Isla, al paso de la columna invasora.

Todo lo anterior permite afirmar que el papel desempeñado por el arma de infantería durante la invasión de oriente a occidente resultó fundamental y suficiente, y que las carencias existentes —materiales, climatológicas, topográficas o de otra índole— no impidieron el cumplimiento de las misiones a ella planteadas.

La infantería mambisa fue, sin dudas, la expresión más acabada de la decisión de nuestro pueblo de luchar por su independencia, sin más armas que sus propios brazos.

[19] Fernando Figueredo: *La revolución de Yara*, pp. 38-39.
[20] Amado Palenque: *La campaña de invasión 1895-1896*, p. 225.
[21] Bernabé Boza: Ob. cit., t. 1, p. 154.

Roberto Bermúdez y López Ramos y la vanguardia invasora a occidente[1]

Luis Martínez Zamora

Por su destacada hoja de servicios durante la invasión a occidente, como jefe de la vanguardia, compuesta por hombres corajudos del regimiento de Las Villas, lo cual está vinculado a su ascenso en las filas del Ejército Libertador, merece el justo reconocimiento para él y todos los que le seguían arrojándose en los combates como vendavales y también por sus aportes a aquella brillante proeza, comandada por Gómez y Maceo, que marcó un hito en la historia de todas las guerras a nivel universal.

No obstante, se conocen los graves errores y el declive de su comportamiento como jefe militar, en la etapa posterior, que lo llevaría

Luis Martínez Zamora

Doctor en Ciencias Pedagógicas. Profesor titular de la Universidad de Pinar del Río. Ha realizado numerosas investigaciones presentadas en distintos eventos científicos y congresos. Historiador de Los Palacios y presidente de la filial de la Unhic en ese municipio.

[1] El presente trabajo forma parte de una investigación mucho más extensa del autor titulada: "El ascenso y declive del general de brigada Roberto Bermúdez y López Ramos", visto en el contexto de su época y las manifestaciones y consecuencias de la guerra de 1895.

frente al pelotón fusilamiento, aunque el propio Generalísimo, antes de dar la orden de ejecución el 12 de agosto de 1898, expresó primero significativas palabras de elogio acerca de su actuación, que dejó marcada en la historia su huella indeleble:

> […] Ha sufrido nuestros dolores y· amarguras y ha corrido peligros […] El General Bermúdez era un humilde ciudadano cuando la voz de la Patria lo llamó a los campos de Cuba Libre. Hombre de decisión y de arrojo se distinguió muy pronto como guerrero. Luchador infatigable recorrió los campos del honor desde Las Villas a Pinar del Río, distinguiéndose por su valor. Sí, valiente entre los valientes; fue herido muchas veces teniendo escrita en las heridas de su cuerpo la epopeya cubana. La Patria lo premió como debe premiar siempre a sus hijos que se dan a ella. El humilde campesino, soldado en los primeros tiempos, fue ascendido, grado a grado, hasta llegar a la posición de General que lo hizo conductor de hombres y le dio un mando que, en nuestra guerra, es ilimitado.[2]

Roberto Bermúdez y López Ramos había nacido en el pueblo de Esperanza, en la antigua provincia de Las Villas, el 5 de diciembre de 1871. Inició sus labores conspirativas muy joven y pronto se integró a la causa por la independencia en su territorio natal. Prácticamente salía de la adolescencia cuando se incorporó al Ejército Libertador.

Era de piel trigueña, pelo oscuro, ojos claros, mirada penetrante y recia, bigote negro y tupido con las puntas ligeramente moldeadas hacia los pómulos. Según el decir de sus contemporáneos tenía la prestancia de ser buen mozo.[3] Existen contradicciones en algunas fuentes; sin embargo, se ha corroborado que "[…] su incorporación oficial al Ejército Libertador data del 24 de febrero de 1895".[4]

En abril de 1895 estaba en alguna de las partidas de insurrectos que combatían junto al Ejército Libertador. Su arrojo, valentía e intrepidez lo marcaron para toda la vida; su carácter temerario se hizo notorio cuando asaltó y dio muerte al machete a una pareja de guardia civiles, a quienes arrebató el armamento y las municiones. Estas armas las puso a disposición de sus compañeros que se encontraban en la manigua; así se convirtió a los ojos de los colonialistas en un temible combatiente.

Por su conocimiento de la zona y su destreza como jinete, mantuvo en ascuas a las fuerzas del Ejército de Operaciones español en la zona central, a las cuales causaba bajas en los constantes movimientos que se desarrollaban; por ello, las autoridades coloniales lo tenían considerado como un elemento peligroso, sin escrúpulos y desestabilizador del orden.

No provenía, como se ha referido en otras fuentes, de una familia pobre. Su padre, don Julián Bermúdez, fungía como capataz del ingenio La Rosa, de Beren-

[2] Orestes Ferrara Marino: *Mis relaciones con Máximo Gómez,* p. 156.
[3] Israel Consuegra y Guzmán: *Memorias,* p. 5.
[4] Rafael Paz Soto: "Los verdaderos generales del 95", en revista *Bohemia*, p. 37.

guer y Aloma, en Las Villas. En su hogar se vivía con cierta holgura económica, sin que se pretenda ubicar a la familia dentro de la clase aristocrática. En su rebeldía influyeron, sin duda, los acontecimientos inherentes a la época en que le tocó vivir, más aquellos en que desenvolvió su niñez y adolescencia; de hecho, vivió —aunque no en carne propia— los horrores del régimen esclavista, más significativos aún en un ingenio y pueblo de campo; todo ello contribuyó a que se desarrollara en una tradición separatista, acrecentada por los desmanes cometidos por el gobierno colonial en miembros de su familia y que, constantemente, eran objeto de comentarios en su hogar.

Un hecho de gran resonancia, que conmocionó a toda la Isla fue el fusilamiento de los estudiantes de Medicina en 1871. Anacleto Bermúdez, una de las víctimas, era pariente cercano del padre y durante la Guerra Grande también habían sido fusilados varios primos de la madre. Estos y otros abusos y atropellos de las autoridades coloniales para con sus paisanos fueron moldeando una personalidad que odiaba todo aquello que olía a España.

En carta enviada por Bermúdez al general José María Rodríguez Rodríguez, Mayía, jefe del Departamento Militar de Occidente, poco antes que se ejecutara la sentencia de su fusilamiento en su contra, este expresó: "[…] seré ya una víctima más, como ha sido mi familia por los españoles en la pasada guerra".[5] En esa misiva no pedía clemencia, sino justicia; pero en realidad la sombra que tejió el colonialismo en toda su existencia le hizo mucho daño, pues a principios de 1894 ya se le había iniciado una causa por hurto de ganado y había sido detenido varias veces y en "[…] las dos ocasiones en que fue procesado, salió absuelto".[6]

¿Tenía necesidad de robar ganado en beneficio propio? Investigaciones acerca de este asunto vinculan estos hechos con la finalidad de proveer alimento a partidas de insurrectos que operaban en la zona. Lo cierto es que actitudes y procesos lo habían señalado ante las autoridades, que lo vigilaban.

En mayo de 1895, ya se encontraba al frente de un escuadrón de caballería y su accionar se hizo notorio, por lo que era perseguido constantemente y se le atribuían a él y su partida, hechos vandálicos, no comprobados. En agosto incendió el ingenio Macagua; un teniente y 14 soldados españoles resultaron macheteados en un enfrentamiento muy audaz. El terror en las filas enemigas se esparcía y las autoridades coloniales lo signaron como un bandolero audaz y sanguinario. En octubre atacó con éxito un destacamento enemigo y, a fuerza de coraje y machete, diezmó al adversario; se le atribuía una fuerza de más de ochocientos mambises. Pero la exageración de los datos en comparación con los hechos reales era bien común en los partes emitidos por las autoridades coloniales, lo que al mismo tiempo acrecentaba su popularidad. Ya en este periodo había sido ascendido al grado de teniente coronel.

En este contexto, el anhelo de llevar la guerra hasta lo más occidental de la Isla seguía firme en el pensamiento de nuestros próceres, aunque en la pasada guerra

[5] Roberto Bermúdez y López Ramos: "Carta al general José María (Mayía) Rodríguez", en ANC: Fondo Donativos y Remisiones, cajuela 241, no. 49, p. 3.

[6] _____: ANC: Fondo Donativos y Remisiones, leg. 8, no. 88, folio 1-15.

había fracasado esa empresa; la idea llegó a materializarse el 22 de octubre de 1895. En el simbólico lugar conocido como Mangos de Baraguá se festejó el inicio de la campaña invasora, comandada por el lugarteniente general Antonio Maceo y el Generalísimo Máximo Gómez, el primero sería el encargado de llevarla hasta los confines de Vueltabajo.

En pocos días, pasó el contingente invasor desde Oriente hasta Camagüey; cruzó la trocha de Júcaro a Morón y entró en Las Villas, donde ya se encontraba Gómez. Fue en El Estante, poblado rural del municipio de Unión de Reyes, Matanzas, fundado en el siglo XIX, donde el general Antonio y el Generalísimo decidieron la estrategia ya prevista para penetrar en la provincia de La Habana y continuar la marcha de la invasión hasta los confines de Pinar del Río. Para lograr tal propósito se necesitaba una fuerza de avanzada que debía penetrar y adelantarse una jornada del grueso de la invasión. Este contingente de avanzada debía traer sobre sí las fuerzas que operaban en los distintos poblados —las guarniciones existentes en cada pueblo—, tanto por la banda del sur como por la del norte.

Veamos cómo narra en su diario de campaña la salida de la vanguardia invasora de Las Villas y las circunstancias posteriores afrontadas en esos días el oficial del Ejército Libertador Herminio García Alemán, entonces ayudante personal de Roberto Bermúdez:

> […] El día 18 de Diciembre del noventa y cinco, reunió todas sus fuerzas en la colonia de Florentino Rodríguez, pariente político mío; desde ese lugar salimos para Occidente a tomar parte en la Invasión, en la cual siempre íbamos a la cabeza, llegando tres días antes que el General Antonio Maceo a la Provincia de Pinar del Río. No recordando más dónde acampamos, pues entonces no tuve la curiosidad de llevar estas anotaciones que hoy me propongo continuar; lo que sí recuerdo es que hicimos una invasión deliciosa y con toda facilidad. Recuerdo que la Nochebuena del noventa y cinco acampamos sin haber almorzado ni comido, a las once o doce de la noche en los campos del demolido Ingenio Rufín, en la Provincia de Matanzas, entre Hato Nuevo y Recreo; dormimos en el suelo entre unos guineales, habiendo un neblinaso [*sic*] y un frío que nos helaba […] Al siguiente de este día salimos de marcha muy de mañana, serían las cuatro de la mañana; ya con el sol de fuera pasábamos a una vista del pueblo de Los Estantes por un camino real entre dos cañaverales; a ese tiempo se nos presentó el enemigo en crecido número, al cual mandó el Gral. Maceo que se le cargase al machete; así se hizo, dándole a la vez candela a las cañas, quedando el campo enseguida por nosotros; el enemigo huyó muriendo muchos a machetazo, y otros que se quedaron en las cañas; mientras nosotros librábamos este combate, el Gral. Gómez con solo su escolta y una pequeña fuerza tomaba la población, la cual quedó en el mismo estado, pues no se quemó, solo sí se ordenó el saqueo de las bodegas; tuvimos algunas bajas, de las que no recuerdo su número; duró el fuego sobre tres o cuatro horas, continuando después nuestra columna su marcha sin la menor interrupción. Como a las

> dos horas se dividieron las fuerzas, tomando el Gral. Gómez y Maceo por el centro, unas veces unidos, otras separados; el Coronel Antonio Núñez por la costa norte y nuestro regimiento por el sur, avanzando así siempre hasta cerca del Cabo de San Antonio. Nuestra fuerza solo sostuvo otro combate después de la separación antes mencionada, el cual fue librado en las Lomas de Guamacaro.[7]

La avanzada por el sur era una de las más riesgosas, por cuanto los terrenos son llanos y cenagosos.

> Para esta acción se necesitaba hombres que fueran buenos jinetes con un buen fogueo y decididos a triunfar o morir. Es precisamente el contingente de Las Villas quien respondió casi unánime a tal convocatoria. El General Antonio escogió a los hombres y nombró a Roberto Bermúdez López Ramos jefe del contingente que avanzaría por el Sur, ascendiéndolo al grado de Coronel y definiéndole su misión, todo ello sucede a finales de diciembre de 1895.[8]

Ello obedecía a la estrategia trazada por el Ejército Libertador acerca de la llamada "guerra en el llano", la que se realizaba con el empleo de la caballería, dada la fácil topografía de las llanuras, que permitía un mayor radio de acción y facilidad de movimientos en amplios despegues.

> Como un vendaval indetenible en los primeros días de enero de 1896 ocupó las localidades de Güira, Melena del Sur, Quivicán, Gabriel, La Salud, Alquízar, Ceiba del Agua, Vereda, Las Vegas, Caimito, Punta Brava y otros, evidenciando la pujanza, el optimismo y la eficiente táctica del Ejército Mambí. Se aproximó al límite de la provincia de Pinar del Río. El 2 de enero se apoderó del pueblo de Las Vegas, hizo prisionera a la guarnición española, con una arenga a los voluntarios españoles que los mambises trataban a los prisioneros de forma humana, y acto seguido los dejó en libertad.[9]

Se le ordenó posteriormente adelantarse y penetrar en tierras pinareñas guardando cierta distancia del grueso de la invasión y su Estado Mayor; pero el poco enfrentamiento y su rápido andar excedieron esta orden y el 6 de enero ya estaba en Pinar del Río; rápidamente llegó el día 9 a Alonso de Rojas, pocos días después a San Luis y San Juan y Martínez. Como se puede apreciar incumplió las órdenes de Maceo y, a la vez, soldados y oficiales ante alguna resistencia a cooperar por parte de los pobladores, cometieron desmanes contra la población civil. En otros

[7] Luis F. Le Roy y Gálvez: "Diario de campaña del comandante del Ejército Libertador Herminio García Alemán", en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, no. 1, ene.-ab. 1969, pp. 133-134.

[8] José Luciano Franco: Ob. cit., p. 477.

[9] Amado Palenque: Ob. cit., p. 197.

lugares, un buen número de pinareños, "[…] hombres y mujeres se sumaron al contingente de vanguardia como fue el caso de la inmensa mayoría de la zona de San Juan y Martínez, y de Paso Real de San Diego".[10]

Precisamente, en el ya citado diario del comandante Herminio García —nombrado por Bermúdez como su ayudante— , este refiere:

> El día 9 de enero de 1896, a las 11 de la mañana entraba el contingente invasor por el sur de la provincia de Pinar del Río en Alonso de Rojas sin tirar un tiro aún, pues el destacamento de allí había abandonado la población […] Al día siguiente a las 4 de la mañana emprendimos marcha, tomando como a las 9 el pueblo de San Luis sin un tiro también por abandono del enemigo. En este pueblo permanecimos más de tres horas, tomando solamente de él las armas y municiones y algunos caballos, al comercio no se le hizo daño, continuamos la marcha como a la una de la tarde con dirección a San Juan y Martínez, donde sus habitantes casi todos afuera de la población, con un entusiasmo, una alegría dignas de destacarse, pues unos llevaban en la mano banderines azules, otros blancos, pero algunos llevaban nuestra bandera, ya dentro del pueblo los recibió la clase más elevada, también con el mismo entusiasmo. En todas las casas de familia nos hacían parar para brindarnos chocolate y hacernos mil preguntas sobre la guerra […].[11]

El temperamento de Bermúdez proclive a excesos hacía que continuamente llegaran al Estado Mayor quejas de sus modos de actuación, que resquebrajaban la imagen del Ejército Libertador en aspectos tales como la disciplina, el orden y el prestigio. Por otro lado, la prensa y los boletines oficiales del Ejército de Operaciones español en Cuba lo consideraban como un bandolero peligroso y un hombre sin escrúpulos, campaña que lo estigmatizaba.

Mientras el comandante Antonio Varona Miranda, integrante de ese contingente de vanguardia, decidió proseguir hasta Guane y Mantua, Roberto Bermúdez retrocedió para encontrarse con Maceo y, en Bacunagua, se desarrolló el primer combate en tierras pinareñas el día 14 de enero. El comandante García Alemán anotó en su diario de campaña:

> Cuando nos empezamos a retirar acompañándonos infinidad de jóvenes de los principales que se fueron con nosotros, al siguiente día, contramarchamos para avistarnos con el General Maceo del cual hacía días no sabíamos acampando en Bacunagua, término municipal de Los Palacios, tres días después, como a las ocho o las nueve de la mañana, se empezaba a hacer el almuerzo, cuando una Comisión del Coronel Núñez, mandada por el en-

[10] Omar Rubio Álvarez: "El General Roberto Bermúdez en la memoria del pueblo de Los Palacios", (ensayo histórico, inédito), en Oficina del Historiador de Los Palacios, p. 9.
[11] Luis F. Le Roy y Gálvez: Ob. cit., p.137.

> tonces teniente Tomás Morgado, que salía del campamento para seguir su marcha, retrocedió y nos dio aviso [de] que el enemigo en crecido número avanzaba hacia nosotros, inmediatamente ordenó la preparación de la fuerza y salir a hacer un reconocimiento, mientras llegó el piquete que salió en esta operación, se apostó el resto de la fuerza en orden de combate, en un magnífico palmar de canas [...] fue muy rudo durante más de 4 horas, siendo tan seguido y nutrido el fuego, que en este tiempo, sólo se oyó el rugido del cañón del enemigo y el estruendo estrepitoso de las descargas de ambas partes [...] entre una y dos tuvimos que tomar forzosamente la retirada, pues ya no nos quedaba parque con que seguir sosteniendo el fuego, en todo el combate sólo tuvimos 4 bajas, muriendo el sargento Abraham Téllez que fue herido gravemente en el vientre por un casco de granada, tomamos la retirada por San Juan de Zayas, haciendo en esta magnífica hacienda la primera cura a los heridos, siguiendo después la marcha y acampando en la Hacienda Corralitos lugar donde inmediatamente se organizó una prefectura haciendo su Jefe el ciudadano natural de allí Pantaleón Herrera.[12]

De acuerdo con su propio testimonio, esta fue la primera acción combativa de envergadura de las fuerzas invasoras en la provincia pinareña y tuvo lugar el día 14 de enero de 1896: "[...] este fue el primer Combate que se dio en Pinar del Río, así que nosotros fuimos los primeros que disparamos el primer tiro en esta provincia, en aquel palmar quedaron para siempre muestras indelebles que de hechos de armas no hay una sola palma que no deje de tener, de pasar de 12 a 14 balazos".[13]

El propio día 14, en el caserío de Caiguanabo, Maceo recibió informes de serias denuncias contra Cayito Álvarez y Roberto Bermúdez; este se encontró con Maceo el día 15, negó las imputaciones que se les hacían y culpó a Cayito Álvarez y a otros que le acompañaban; por su parte, Álvarez jamás se presentó ni volvió a la provincia de Pinar del Río. Bermúdez fue amonestado, pero salió airoso de las denuncias que se le formulaban.

El 17 de enero de 1896 se fortaleció su hoja de servicio a la patria, pues una vez más demostró su valentía y arrojo en el combate de Las Taironas, en el que peleó como un león y devino héroe de aquella batalla; incluso, salvó la vida del propio general Antonio. Su machete diezmaba a escuadras enemigas bien parapetadas y municionadas. Nada lo detuvo hasta que un balazo lo derribó del caballo, herido gravemente en la pierna izquierda; sin embargo, volvió a montar y prosiguió luchando. Después, el propio Maceo y sus médicos lo atendieron y determinaron enviarlo hacia el este, para la prefectura de Corralito, en Los Palacios (que el propio Bermúdez había creado antes), para que se repusiera allí de las heridas sufridas.

[12] *Ibidem,* pp. 138-139.
[13] *Ibidem,* p. 139.

Veamos cómo narra el comandante Herminio García este hecho en su diario de campaña:

> […] Recibió el coronel un fuerte balazo en la pierna izquierda, a la vez que le mataban también el caballo, pero no hizo caso; por más que le decíamos que se retirara, montó en otro caballo, llevando al dueño de este montado detrás. Pero después los españoles le matan al jinete que llevaba detrás, le dan a él otro balazo en la ingle y le vuelven a matar el caballo; entonces nosotros a toda prisa le sacamos de abajo del caballo, le montamos en otro y a otro hombre de fuerza detrás para que le sujetara; nos retiramos del fuego, varios con él, mientras las demás fuerzas seguían con más empuje el combate; le pusimos en lugar seguro y sin peligro, y yo volví al campo a buscar a los médicos del General Maceo.[14]

Según Herminio García, las primeras curas a Bermúdez se las hizo el doctor Nicolás Alberdi Golzari, del Estado Mayor. Después fue llevado en hamaca a la casa de Las Taironas. Al día siguiente, emprendieron viaje hacia el este, y como ya se refirió, hacia la prefectura de Corralito, próxima a Los Palacios y Paso Real, acompañado de 50 de sus hombres, incluido García Alemán.

> En esta etapa de convalecencia conoció a una bella muchacha de Paso Real que ayudaba en el campamento llamada Úrsula Hernández, naciendo un idilio amoroso entre ambos y contrae matrimonio con ella, naciendo una hija, la que murió recién nacida. Úrsula tenía otras cuatro hermanas, vivían en una casa a la salida del pueblo de Paso Real y según testimonios todas eran hermosas y cooperaban con los insurrectos. Después estaba Antolina, le seguía María Luisa que se casó con Herminio García Alemán, después estaba Dolores que contrae matrimonio con el Coronel Rafael del Pino [patriota insigne de Los Palacios], en segunda nupcias y la otra hermana, Cecilia, de la cual quedó prendado el propio Mayor General Antonio Maceo.[15]

La invasión prosiguió, fue un extraordinario éxito que causó un golpe mortal al poder militar político y económico de España. Antonio Maceo, protagonista de tan grande proeza en Pinar del Río, al mando del Ejército Libertador, llegó al pueblo de Mantua el día 22 de enero de 1896 a las tres de la tarde y, en la noche, se firmó el acta de capitulación. De esta forma se materializaron las grandes aspiraciones del ejército mambí durante las dos guerras y quedó toda la provincia en pie de guerra.

A través de algunas fuentes bibliográficas consultadas se ha conocido que, precisamente por estos días, las fuerzas mambisas incursionaban por el territorio de

[14] *Ibidem,* p. 140.

[15] Testimonio del profesor Arturo del Pino, descendiente de la familia Del Pino Hernández, 1990, en archivo de la Comisión de Historia de Los Palacios, p. 7.

Los Palacios: "[…] El 19 de enero de 1896, las fuerzas cubanas destruyeron el paradero del ferrocarril del Oeste y el Cuartel de la Guardia Civil y días después las fuerzas del Coronel Roberto Bermúdez incendiaron la población".[16]

El 27 de enero de 1896, Bermúdez aún estaba convaleciente; fue designado jefe de la brigada de insurrectos que operaba en Los Palacios y Paso Real de San Diego, aunque se encontraba en Corralito y se internaba en el pinar de La Catalina.

Su hoja de servicios siguió ganando méritos después en la campaña de Antonio Maceo en la provincia; su valentía tejió una leyenda en Pinar del Río y fue ascendido a general de brigada, pero de nuevo se presentaron quejas acerca de sus excesos, incluidos algunos asesinatos. Para Maceo, la situación resultaba muy incómoda a causa de las denuncias sobre aquel patriota tan corajudo. El lugarteniente general no vaciló en reprenderlo y hacerle advertencias acerca de su proceder; Bermúdez alegaba que las acusaciones formuladas en su contra eran calumnias mal intencionadas para restarle prestigio. Maceo incluso lo hizo arrestar en varias ocasiones y las reprimendas se hicieron públicas.

A pesar de los incorrectos procederes que se le adjudicaron, recibió varias proposiciones de pasarse al enemigo, pero jamás lo hizo, con lo que demostró que los ideales de la causa cubana estaban bien entronizados en sus convicciones.

Algunas valoraciones acerca del general de brigada Roberto Bermúdez y López Ramos

"No parece un caso excepcional, yo no tengo dudas [de] que cometió muchas depredaciones, digo excepcional porque parece ser un hombre tarado, y que sin embargo, gana con inmenso coraje, el honor de ser jefe de la vanguardia invasora, en momentos en que ello suponía una formidable competencia con muchos otros jefes y oficiales de iguales méritos".[17]

Julio Le Riverend Brusone

"En los primeros días de agosto de 1898, en época que lucía un poco inadecuada para tomar medida tan radical, fue condenado a muerte y ejecutado por causas producidas con alguna antelación el Brigadier Roberto Bermúdez, uno de los valientes que hicieron posible la marcha de la columna invasora.[18]

Ramiro Guerra Sánchez

"Era un rudo campesino villareño que a puro coraje alcanzó en la Guerra del 95 el grado de Brigadier. Era 'una tromba arrolladora cuando embestía al enemigo […]

[16] Luis G. Bustamante: *Enciclopedia popular cubana,* t. 3, p. 95.
[17] Conversación de Julio Le Riverend con los historiadores Omar Rubio Álvarez, Rolando Cordero Alfonso y Luis Martínez Zamora, La Habana, abril de 1991.
[18] Ramiro Guerra Sánchez: *Historia de la nación cubana*, p. 254.

Pero sus excesos donjuanescos y su violencia y crueldad con subalternos y pacíficos le crearon la reputación del Atila Legendario".[19]

Hortensia Pichardo Viñals

"Hombre rudo y de escasas luces. No podían concedérseles facultades omnímodas para que obrara conforme a su discernimiento".[20]

José Miró Argenter

"Este fue un hombre valiente. Cuando la invasión de Occidente se distinguió y durante la campaña que sostuvo el General Maceo en la provincia de Pinar del Río adquirió hasta fama y celebridad".[21]

Máximo Gómez Báez

[19] Hortensia Pichardo Viñals: *Máximo Gómez, Cartas a Francisco Carrillo,* p. 284.
[20] José Miró Argenter: *Crónicas de la guerra,* t. III, p. 263.
[21] Máximo Gómez: *Diario de campaña* (1940), p. 417.

La asistencia sanitaria del Cuerpo de Sanidad Militar Mambisa durante la invasión

Ricardo Hodelín Tablada

La invasión de oriente a occidente, que, según Torres-Cuevas y Loyola,[1] ha sido catalogada por analistas extranjeros, como la campaña militar más grande del continente latinoamericano, contó con una excelente asistencia sanitaria.

El Cuerpo de Sanidad Militar Mambisa que participó en la gesta heroica tuvo sus antecedentes durante la Guerra de los Diez Años. Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo, presidente de la República de Cuba en Armas, creó mediante un decreto, en abril de 1870, el Cuerpo de Sanidad Militar y nombró un jefe superior de Sanidad y uno por cada departamento en que quedó dividida la República de Cuba en Armas de acuerdo con la Constitución de Guáimaro: Oriente, Camagüey y Las Villas.

La Sanidad Militar mambisa exhibió, a pesar de sus escasísimos recursos, una magnífica

[1] Eduardo Torres-Cuevas y Oscar Loyola Vega: Ob. cit., pp. 365-370.

Ricardo Hodelín Tablada

Doctor en Ciencias Médicas. Académico titular de la Academia de Ciencias de Cuba. Profesor e investigador titular. Especialista de segundo grado en Neurocirugía. Miembro de la Uneac, la Unhic y la SCJM. Presidente de la Sección de Historia de la Neurología y la Neurocirugía en la Sociedad Cubana de Neurología y Neurocirugía.

organización, regulada en ambas guerras por Leyes de Organización Militar, como fueron las dictadas el 9 de julio de 1869 y el 28 de febrero de 1874, que mejoró a la anterior, durante la Guerra de los Diez Años.[2] El farmacéutico, licenciado Pedro Manuel Maceo Infante, que tuvo la gloria de ser el iniciador, desde su farmacia, del glorioso incendio de Bayamo, incorporado a las fuerzas libertadoras, fue el primero en ocupar la jefatura de la Sanidad Militar mambisa.

En relación con la guerra de 1895, nuestro Apóstol avizoró el papel estratégico que podían jugar los médicos en la lucha por la independencia, al expresarle en una misiva al doctor —después coronel mambí— Martín Marrero Rodríguez: "Los médicos son los más apropiados y, por lo tanto, serán los mejores delegados. Sus pasos en ninguna parte llaman la atención; siempre son bien recibidos. Todos les deben algo: unos la vida, otros, dinero. El médico es quien mejor conoce los secretos de todos: por eso, esta será la revolución de los médicos".[3]

Con la experiencia de la Guerra de los Diez Años y con el objetivo de mejorar la organización de la asistencia sanitaria, se reunieron, el 20 septiembre de 1895, un grupo de destacados galenos, entre los que se encontraban los doctores Joaquín Castillo Duany, Fermín Valdés-Domínguez y Quintanó, Federico Augusto Incháustegui y Cabrera, Hugo Roberts Fernández, Santiago García Cañizares y Eugenio Sánchez Agramonte.

En el cónclave se decidió mantener el mismo nombre, Cuerpo de Sanidad Militar, el cual tendría entre sus funciones "[…] tratar a los enfermos y heridos en los campamentos, en las marchas, en los campos de batalla y donde quiera que hubiera necesidad de los servicios sanitarios".[4] Luego de un amplio debate, por su experiencia y capacidad, fue nombrado director jefe de dicho cuerpo el doctor Incháustegui, con grado de general de brigada, dada su antigüedad de coronel en la Guerra de los Díez Años. La avanzada edad y la lenta enfermedad que lo consumía, no le permitieron realizar trabajo alguno; la muerte lo sorprendió a finales del mismo mes de septiembre. Fue sustituido por el doctor Joaquín Castillo Duany, con grado de coronel.[5]

[2] Gregorio Delgado García: "La salud pública en Cuba durante el periodo colonial español", en *Cuadernos de Historia de la Salud Pública,* vol. 85, no. 1, 1999 [consultado 3 de marzo del 2021], en http://bvs.sld.cu/revistas/his/vol_1_96/his07196.htm; José López Sánchez: "Panorama de la ciencia en Cuba al comienzo de la Guerra de los Diez Años", en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, vol. 59, no. 3, 1968, pp. 105-138 y reproducido en José López Sánchez: *Ciencia y medicina. Historia de las ciencias*, pp. 41-63.

[3] Gonzalo de Quesada y Miranda: *La revolución de los médicos, anecdotario martiano*, p. 70.

[4] Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (Minfar): *Selección de textos sobre la historia de la logística militar cubana. 1868-1898*, t. I, tercera parte, Ejército Libertador de Cuba (Mambí), "Tradiciones", pp. 58-80, en *Cuadernos de Historia de la Salud Pública,* no. 85, 1999 [consultado 28 de febrero del 2021], en http://bvs.sld.cu/revistas/his/cuh_85/cuhsu85.htm (Cotejado con el original que se encuentra en el Archivo de la Oficina del Historiador del Minsap).

[5] Jorge Eduardo Abreu Ugarte: "Experiencias aportadas por los médicos militares cubanos en las guerras por la independencia del siglo XIX, en *Revista Cubana de Medicina Militar,* vol. 38, no. 1, 2009 [consultado 5 de marzo del 2021], en http://scielo.sld.cu/scielo.php?pid=S0138-65572009000100015&script=sci_arttext

La Sanidad Militar mambisa fue siempre un elemento básico en la organización del Ejército Libertador. En lo que se refiere al 22 de octubre de 1895, día de la partida de la columna invasora de Mangos de Baraguá, puede leerse en el *Diario de la invasión,* de Antonio Maceo: "La columna á su partida de Baraguá estaba compuesta de 1200 hombres (500 infantes y 700 ginetes [*sic*]) contando en ese número el Estado Mayor, la Sanidad, la Escolta del General y la del Gobierno".[6] Nótese que se menciona la Sanidad en segundo lugar, inmediatamente después del Estado Mayor e, incluso, por delante de la escolta de Maceo, lo que evidencia la importancia que se daba a esta institución sanitaria.

En la guerra de 1895, la primera Ley de Organización Militar, fechada el 7 de enero de 1896, reconoce la Sanidad como un instituto más dentro del ejército, y orienta, en su artículo 30, que se rija por su propia Ley de Organización.[7] Este instituto tenía como objetivo prestar los servicios que demandaban todos los heridos y enfermos en campaña, y resolver las cuestiones relacionadas con la sanidad del Ejército Libertador. La estructura aprobada para el personal médico, que no era igual a la del subsistema militar de salud que existía antes de la guerra, fue la siguiente: un jefe superior de sanidad, con el grado de brigadier, cuyo nombramiento, tal como se estipuló desde la Guerra de los Diez Años, correspondía al Consejo de Gobierno; un jefe de sanidad, con el grado de coronel, por cada cuerpo de ejército; un médico mayor, con el grado de teniente coronel, por cada división existente en los cuerpos del ejército; un médico primero, con el grado de comandante, por cada brigada y un médico segundo, con el grado de capitán, por cada regimiento o batallón. Los auxiliares de sanidad o ayudantes solo podían ostentar hasta el grado de teniente, y los practicantes de primera y segunda clase, los de subteniente y sargento. Los ascensos de subteniente a coronel eran propuestos por el jefe superior al secretario de la Guerra; los jefes de sanidad solo tenían atribuciones para nombrar a los practicantes.

Las responsabilidades del cuerpo de Sanidad Militar se dividían en dos niveles: una plana mayor formada por personal científico, médicos, farmacéuticos y estudiantes de Medicina con algún curso aprobado, de la que ocupaba el cargo de director jefe el doctor Eugenio Sánchez Agramonte, y una plana menor o brigada sanitaria compuesta por tenientes, que eran los ayudantes; alféreces, los practicantes de primera clase; sargentos, los practicantes de segunda clase; y soldados o simples practicantes. Estos últimos, aunque no tuvieran título de alguna rama médica, mostraban aptitudes para desempeñar estas funciones; entre ellos se encontraban: bachilleres, estudiantes de Medicina de los primeros años, practicantes de farmacia, flebotomianos, barberos, auxiliares de sanidad y hasta curanderos.[8] Sobre estos últimos se ha afirmado: "[…] al cuerpo médico se le añadió un gran número de curanderos, cuya ciencia se fundaba en la utilización tradicional que

[6] Antonio Maceo: *Diarios de campaña*, p. 11.

[7] Archivo Nacional de Cuba: *Leyes de la Revolución de Cuba*, Imprenta de Rambla, Bouza, Habana, 1912, cit. por Ismael Sarmiento Ramírez: *El ingenio del mambí*, t. II, p. 281.

[8] Jorge Eduardo Abreu Ugarte: Ob. cit.

se hacía de las plantas medicinales, y si bien no podían remplazar al cirujano ausente, por lo pronto aliviaban y ayudaban psicológicamente al soldado herido".[9]

Estos niveles (planas mayor y menor) ofrecían asistencia sanitaria en dos categorías: servicio sanitario móvil o fijo. El móvil incluía los campamentos de asentamiento, marchas y campos de batalla; mientras que el fijo comprendía los hospitales de sangre, farmacias y comisiones especiales, así como los distritos sanitarios con diferentes hospitales de campaña en las zonas controladas por las fuerzas mambisas y centros de prestación de asistencia médica a la población campesina en las zonas liberadas. Esta división del servicio sanitario en móvil y fijo fue una verdadera novedad para la medicina militar en campaña, y mucho contribuyó al mejoramiento de la salud de los mambises.

Los hospitales de sangre estaban generalmente ubicados en zonas intrincadas de la manigua, casi imposibles de divisar a simple vista; eran territorios bajo el control de los mambises, atendidos por las prefecturas.

Las prefecturas tenían un jefe con cargo de prefecto o gobernador militar, y un segundo, conocido como subprefecto. La construcción de los hospitales se hacía en casas viejas y ruinosas, a veces varaentierras, techados de guano y protegidos sus espacios con hojas de yagua. En ocasiones se dividían en cubículos de formas rectangulares. Asimismo, se creaban emplazamientos habilitados para colgar numerosas hamacas y, en el piso, se colocaban colchones de paja. Otras veces se construían tarimas de cujes (arbusto de tallos delgados, lisos y largos) en las cuales se colocaban colchonetas de espartillo (planta gramínea de hojas filiformes).[10] Allí se curaba a los heridos y enfermos. Mujeres, ancianos y niños atendían sin descanso los hospitales: lavaban los vendajes, preparaban los alimentos y se ocupaban de buscar viandas y carne para los heridos. La atención que se les prestaba a los hospitales de sangre fue siempre priorizada. Veamos un ejemplo descrito por Miró en sus *Crónicas*: "Las tres horas que quedaban de sol debían emplearse en reorganizar las fuerzas, establecer el hospital de sangre en sitio conveniente y preparar la nueva expedición [...]".[11]

Sobre las prefecturas merece consignarse el testimonio de Antonio del Rosal Vázquez de Mondragón, oficial español que estuvo prisionero entre los mambises. Por tratarse de un observador no comprometido con la causa de los cubanos, considero que su juicio tiene mayor valor. Según Vázquez de Mondragón:

> [...] estas prefecturas no son otra cosa que algunos miserables bojíos diseminados por el bosque, a alguna distancia entre sí, y en los que viven varias mujeres, niños, viejos, y hombres enfermos o heridos: todos obedecen al prefecto, autoridad colocada allí por el gobierno de los insurrectos, que tie-

[9] María Poumier: *Apuntes sobre la vida cotidiana en Cuba en 1898*, pp. 64-65.

[10] Luis Gómez Rodríguez: La táctica sanitaria mambisa, en Los hijos de Asclepio. Asistencia sanitaria en guerras y catástrofes, tesis doctoral, pp. 254-256, 2013 [consultado 5 de marzo del 2021] en http://scielo.sld.cu/scielo.php?pid=S0138-65572009000100015&script=sci_arttext

[11] José Miró Argenter: *Crónicas de la guerra*, t. III, p. 293.

nen el deber de atender a los enfermos y heridos, y el de proporcionar prácticos a las partidas que los necesiten. En muchas de ellas no hay más que un solo bojío, habitado por el prefecto y alguna otra persona.[12]

Aunque Mondragón fue hecho prisionero en 1873, es decir, durante la Guerra de los Diez Años, decidimos incluir su testimonio sobre las prefecturas que no tuvieron muchos cambios entre una guerra y otra.

De las enfermedades que azotaban a los mambises, la fiebre amarilla fue la que causó mayor mortalidad, mientras que el paludismo producía mayor morbilidad. Otras entidades nosológicas que también provocaban bajas sanitarias fueron: disentería, enteritis diversas, fiebre tifoidea, viruela, parasitismo intestinal, difteria, tétanos, mazamorra —infección cutánea, provocada por la penetración de un parásito en forma de larva, muy frecuente en los dedos de los pies—, tuberculosis y cólera.[13] A lo anterior se añaden las malas condiciones de vida en la manigua; la presencia de vectores (mosquitos y otros insectos, ratas y ratones); las pésimas características del agua, tomada directamente de ríos, lagos y charcos. Todo ello era fuente de trasmisión de gérmenes patógenos y, por supuesto, favorecía el desarrollo de enfermedades.

La provisión de medicamentos se renovaba mediante expediciones que arribaban periódicamente a las costas de la Isla procedentes de Estados Unidos, ayuda que gestionaban los clubes revolucionarios de cubanos residentes en esa nación. También se recibían suministros médicos y paramédicos que aportaban los laborantes de pueblos y ciudades, y los agentes de las Juntas Revolucionarias Locales, que estaban en contacto con las fuerzas insurrectas.[14] Los mayores envíos fueron de quinina para tratar el paludismo. Además, remitían medicinas para enfermedades comunes respiratorias y estomacales como: elixir paregórico y tintura de opio para tratar las diarreas frecuentes en los mambises, por comer alimentos en mal estado. A ellas se les sumaban las que tenían múltiples funciones, por ejemplo, el extracto de quina o quinina,[15] que servía para curar el paludismo, la anemia y mejorar la digestión; la tintura de belladona se usaba como analgésico y para los cólicos y espasmos. También se recibían algunos suministros de alimentos, vestimenta para los enfermos, goteros, colchonetas, armaduras de catre, almohadas, sábanas y cubiertos, para mejorar las condiciones de estos lugares.[16]

[12] Antonio del Rosal Vázquez de Mondragón: *En la manigua, diario de mi cautiverio*, p. 65.

[13] Tomás Diez Acosta: "La supervivencia en el ejército mambí", en *Medicina mambisa,* vol. 25, pp. 36-38.

[14] Walfredo Vicente Hercia: "La cirugía en la manigua", en *Cuadernos de Historia de la Salud Pública,* no. 85 [consultado 28 de febrero del 2021], en http://bvs.sld.cu/revistas/his/cuh_85/cuhsu85.htm (Cotejado con el original que se encuentra en el Archivo de la Oficina del Historiador del Minsap).

[15] La *Cinchona officianalis*, árbol de América del Sur, se encuentra en la selva lluviosa de la Amazonia peruana. Su corteza, denominada quina o quinina, posee amplias cualidades medicinales y adictivas.

[16] Adriana Mani Benítez: "La salud mambisa: la asistencia de los clubes revolucionarios contra las enfermedades en campaña", Unión de Historiadores de Cuba, filial Villa Clara,

En aquella época no existían aún los antibióticos; por eso, para tratar las infecciones se utilizaba la asepsia y antisepsia[17] de las lesiones. Se hacían lavados profusos de las heridas de bala con soluciones, tales como el cloruro de zinc al 10 % o el agua sublimada (bicloruro de mercurio al uno por mil); después de la instrumentación quirúrgica se establecía un sistema de drenaje y se cubría la herida con apósitos antisépticos, usándose gasas fenicadas o algodón fenicado.[18]

Con las heridas causadas por armas blancas se procedía igualmente a la desinfección con irrigaciones abundantes del sublimado al uno por mil y, después de la limpieza, se cohibía la hemorragia ligando con cátgut[19] los vasos sangrantes; si la herida era profunda se daban puntos de aproximación y, finalmente, se suturaba con seda fenicada, cuidando de dejar un drenaje y cubriendo la herida con gasas empapadas en la solución del sublimado, cubiertas por varias capas de gasa seca o algodón fenicado.[20] Para el tratamiento de la fiebre se indicaba un gramo (1 g) de quinina, de la cual se administraban seis dosis al día, o sea, una cada cuatro horas.[21]

A veces las operaciones se realizaban "a sangre fría", reservándose el éter y el cloroformo para los casos en que se consideraban imprescindibles.[22] La adecuada jerarquización que no daba lugar a la improvisación; así, por ejemplo, se establecía:

> No deberá practicarse ninguna operación de carácter grave sin concurso de dos médicos por lo menos, los que estarán de acuerdo con el diagnóstico y procedimiento a emplear y en caso de duda deberán llamar [a] un tercero para que exista mayoría: uno de éstos deberá ser el Médico Mayor de la División correspondiente. En estas Juntas deberá prevalecer el criterio científico y no la jerarquía de grado ó empleo.[23]

Asimismo, se establecía que "[…] los practicantes jamás intentarán extraer los proyectiles, dejando esta operación á los médicos".[24]

---

30 de marzo del 2020 [consultado 5 de marzo del 2021], en https://delcentro.cubava.cu/2020/03/30/la-salud-mambisa/

[17] Método que consiste en combatir o prevenir los padecimientos infecciosos destruyendo los microbios que los causan.

[18] Bonifacio Esteban Marfil: "Los médicos y la guerra de Cuba (1895-1898)", en *Seminario Médico*, vol. 53, pp. 64-75, 2001 [consultado 6 de marzo del 2021] en file:///C:/Users/Dr/Downloads/Dialnet-LosMedicosYLaGuerraDeCuba18951898-1202165.pdf y E. Baeza: *Contribución a la historia médico-quirúrgica de la última campaña de Cuba. Hospital Militar Alfonso XIII. Estadística de operaciones predicadas y traumatismos asistidos en la clínica de heridos y cirugía general*…, pp. 136-139.

[19] El cátgut (del inglés *catgut*) es un tipo de hilo quirúrgico que es absorbido por los tejidos, las hebras de cátgut se obtienen del intestino de ovinos.

[20] Bonifacio Esteban Marfil: Ob. cit., p. 70 y E. Pérez: "Heridas de machete", en *Revista de Medicina y Cirugía Prácticas,* pp. 5-20.

[21] *Ibidem,* p. 71.

[22] Walfredo Vicente Hercia: Ob. cit., p. 29.

[23] Minfar: Ob. cit., p. 80.

[24] *Ibidem*.

El doctor Enrique Núñez de Villavicencio Palomino, coronel del Ejército Libertador, tres años después de la contienda bélica, presentó ante la Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana, sus experiencias sobre la campaña militar, las cuales fueron luego publicadas. Resulta interesante la maestría que mostraban los médicos mambises para clasificar y tratar las heridas. Estas se dividían en "[…] simples, de asiento en las partes blandas sin entrañar gravedad ó importancia alguna, y complicadas, que interesando huesos, articulaciones y regiones como el cráneo, cuello, tórax y vientre, no se ajustan á una descripción general y exigen indicaciones especiales".[25]

Según Villavicencio, "[…] las heridas simples, producidas por pequeños proyectiles requieren como tratamiento la desinfección de la piel en las proximidades de los orificios de entrada y salida, la oclusión de las aberturas por una cura seca, absorbente y aséptica, sostenida con un vendaje y la inmovilización de la región herida".[26] Por otra parte, de las heridas complicadas, el galeno apuntó: "[…] son las de los huesos las más frecuentes y las que mejor y más provechoso campo ofrecen á la cirugía conservadora. De la gran velocidad del proyectil y de la considerable resistencia ósea dependen los grandes destrozos que las balas de pequeño calibre ocasionan al lesionar los huesos".[27]

Otro aspecto memorable del cuerpo de Sanidad Militar mambisa fue la organización de un sistema de transporte de heridos durante las acciones combativas en las etapas más móviles de la guerra. La transportación se hacía a pie, en camillas, hamacas o parihuelas hechas con medios naturales; también se usaban acémilas. Se conoce que durante la invasión fue necesaria la evacuación de más de cuatrocientos heridos de las fuerzas mambisas, muchas veces bajo el hostigamiento de las tropas españolas.[28]

Ante lesiones quirúrgicas complejas se trasladaba a los heridos hacia Estados Unidos. En una nota necrológica sobre el comandante Carlos Pillot Blatairou, ayudante del general Antonio Maceo, publicada en *Acción Ciudadana*, se aborda el tema. La información firmada por el doctor Felipe Martínez Arango recuerda al coronel Andrés, hermano del fallecido, y también ayudante del lugarteniente durante toda la invasión, quien había "[…] fallecido en Nueva York —adonde fué embarcado por el cubano Perfecto Lacoste— a consecuencia de un balazo recibido en la cabeza en los albores de la campaña de Pinar del Río; y a pesar de los esfuerzos realizados por el doctor J. R. Álvarez Chacón —gran corazón cubano—, en dicha ciudad para tratar de salvar la vida del valiente mambí".[29]

[25] Enrique Núñez de Villavicencio Palomino: "Consideraciones sobre la intervención quirúrgica en las heridas producidas por armas de fuego", en Archivos de la Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana, año 9, no. 3, abril 1899, pp. 62-87, en *Cuadernos de Historia de la Salud Pública,* no. 85, 1999 [consultado 28 de febrero del 2021], en http://bvs.sld.cu/revistas/his/cuh_85/cuhsu85.htm (Cotejado con el original que se encuentra en el Archivo de la Oficina del Historiador del Minsap).

[26] *Ibidem.*

[27] *Ibidem.*

[28] Jorge Eduardo Abreu Ugarte: Ob. cit.

[29] Gonzalo de Quesada y Miranda: Ob. cit., p. 70.

Otro ejemplo de evacuación al extranjero, lo encontramos en un artículo publicado por el periodista Walfredo Vicente Hercia, basado en entrevistas realizadas a los médicos Benigno Souza Rodríguez y Eugenio Molinet Amorós, testigos presenciales de la contienda guerrera. Según sus apuntes:

> Siempre que había que realizar ciertas operaciones y no había medio de practicarlas en la manigua, esos lesionados se embarcaban rumbo a los Estados Unidos […] el doctor Horacio Ferrer —hoy uno de los oculistas más notables del mundo— comandante de nuestro Ejército Libertador, herido de un tremendo balazo en el maxilar superior, con la bala dentro, fué embarcado para los Estados Unidos donde se le operó, regresando, después de sano, a incorporarse al Cuerpo de la Sanidad Militar.[30]

Según el doctor Gregorio Delgado García, historiador médico del Minsap, la operación del doctor Horacio Ferrer Díaz la realizó en Nueva York el destacado cirujano cubano doctor Raimundo G. Menocal.[31]

Entre los médicos incorporados a la invasión destaca el doctor Máximo Zertucha Ojeda.[32] Sobre su labor asistencial, veamos lo expresado por el general Manuel Piedra Martel: "[…] los heridos después de recibida la primera cura, no fueron visitados por un médico sino al cabo de muchos días. Este médico fue el doctor Máximo Zertucha. Zertucha me entablilló y vendó el brazo fracturado, dejándome un solo vendaje de repuesto. Medicina ninguna pues no la había".[33]

Por tratarse de un interesante testimonio, que muestra las vicisitudes que sufrían los mambises, citamos *in extenso* lo relatado por el general Piedra:

> […] la supuración de mis heridas era de una abundancia tal que parecía que todo mi organismo se había convertido en aquella putrefacta materia. El pus me corría a lo largo del brazo roto como por los contornos de una vela se desliza el sebo derretido arriba por la llama del pabilo. Y era tan desagradable el olor que, por evitarlo, llevaba siempre la cabeza inclinada sobre el hombro opuesto. Las tablillas, quitadas una vez, ya no fue posible colocármelas de nuevo, porque Martorell, que era un excelente muchacho no entendía nada en quehaceres sanitarios, a tal extremo que, desconfiando de su destreza, yo mismo me cambiaba las vendas. Y ¡qué vendas! Como las lavaba, o pretendía lavarlas, en un arroyo que corría al pie del rancho,

[30] Walfredo Vicente Hercia: Ob. cit., p. 30.

[31] Gregorio Delgado García: "Prólogo", en *Cuadernos de Historia de la Salud Pública,* no. 85, 1999 [consultado 28 de febrero del 2021], en http://bvs.sld.cu/revistas/his/cuh_85/cuhsu85.htm.

[32] Ricardo Hodelín Tablada: "El doctor Máximo Zertucha y su labor asistencial en la guerra necesaria", en *El Historiador, Revista Cubana de Historia,* enero-abril 2019, año 5, no. 10, pp. 25-29; *Máximo Zertucha, médico de Antonio Maceo*, Premio Biografía del Concurso 26 de Julio de las FAR 2016.

[33] Manuel Piedra Martel: *Memorias de un mambí*, pp.115-116.

cuyas aguas, recogidas de las vertientes de las lomas en aquella estación de las lluvias, están siempre fangosas, y además no tenía jabón, conservaban el amarillento color y el nauseabundo olor del pus.[34]

Martorell pertenecía a la plana menor o brigada sanitaria, comentada antes. En su condición de soldado, este joven, si bien era un excelente muchacho, según el criterio del general Manuel Piedra, no tenía conocimientos sanitarios. La necesidad, ocasionada por la propia conflagración, hacía que, muchas veces, se nombrara a jóvenes inexpertos para la plana menor y, en el transcurso de las acciones, se iban adiestrando en el laboreo diario. Después de la invasión y hasta el final de la contienda bélica, este proceso de formación continua mejoró ostensiblemente con la creación de la "Cartilla Instructiva de Sanidad Militar", importante documento médico redactado por el doctor Eugenio Molinet.[35] Este valioso manual enseñaba qué hacer ante cada situación sanitaria.

Según Piedra:

A muchos de los heridos se le crearon gusanos […] pasábamos hambre. En ocasiones transcurrían días sin más alimento que frutas, algunas veces verdes y hasta tiernas, que hacíamos hervir. Comenzaba la estación de los mangos; pero las matas más próximas estaban fuera de las lomas […] Luis Mendive no podía caminar a causa de que su herida era en una pierna […] las llagas tan purulentas se me adherían a la áspera tela de la hamaca, y esto y la plaga de mosquitos no me dejaban dormir.[36]

Y añadió el general:

Cuando el doctor Zertucha estuvo a visitarnos por segunda vez ya casi había desaparecido la supuración de mis heridas, pero el hueso del brazo había soldado mal. Me propuso hacerme un raspado, pero me negué a ello, pensando lo inútil que sería un dolor más si después de sufrido me mataban. Aplacé la operación para cuando terminara la guerra, con muy buen acierto, pues no la he necesitado. En aquel hospital tuve por primera y única vez en mi vida piojos y caránganos.[37]

Las palabras de Piedra evidencian la profesionalidad del doctor Zertucha, quien daba seguimiento a sus enfermos y, además, le propuso una intervención quirúrgica en campaña, lo que avala su adecuada preparación quirúrgica.

Como refiere, existían pocos medicamentos y, ante esta escasez, los mambises fortalecieron el curanderismo criollo: lo que más prevalecía era la farmacopea empírica popular. En todo momento, el mambí luchaba contra las enfermedades

[34] *Ibidem.*
[35] Minfar: Ob. cit., pp. 81-119.
[36] Manuel Piedra Martel: *Memorias de un mambí*, ob. cit., pp.115-116.
[37] *Ibidem.*

y, cuando alguna epidemia le atacaba, se sobreponía con voluntad; al explorar al máximo la sabiduría popular de los campesinos, los negros africanos y los culíes chinos, terminaban por prepararse cocimientos y brebajes, y por cortar y curar la sangre de las heridas, al tiempo que descubrían, en su bregar por el monte, otros secretos de la medicina verde.[38]

En consecuencia acudieron a las propiedades farmacológicas de algunas plantas como la aguajaca y la agüedita;[39] con las hojas y corteza de esta última, hervidas, obtenían un cocimiento que, mezclado con guarapo de caña o miel, servía para curar las fiebres del paludismo y se convertía en sustituto de la quinina. Del estil del corojo seco se hacían vino y aguardiente para las personas con asma bronquial; el té de yagruma también era válido para esta enfermedad. El agua de las hojas de guanábana se usaba como expectorante. Con la pulpa de la fruta de la güira cimarrona se preparaba un jarabe contra las enfermedades del pecho y los catarros. El fruto del guayabo o el cocimiento de las hojas lo tomaban para controlar las diarreas y el mismo efecto se obtenía al beber infusión de hojas de salvia. Las hojas de la salvia, aplicadas en baño, las usaban para combatir el reumatismo; puestas en las sienes, sostenidas por una venda, para el alivio de los dolores de cabeza; colocadas sobre la parte dolorida, contra las distenciones musculares. El brebaje de corteza y hojas de tamarindo se empleaba como laxante.[40]

Asimismo, la leche de apasote, de poderosas propiedades helmínticas, ayudaba a expulsar las lombrices intestinales. Con el ají guaguao se curaba la mazamorra. La pelusa de maíz se consideraba excelente diurético. Las hojas de malva té, planta que también se conoce como té de la tierra, las empleaban como emoliente, en cataplasmas, o machacándolas cuanto era posible, para aplicar en las partes del cuerpo que presentaban inflamación. Para combatir los infartos hepáticos, en ausencia de la tintura de yodo como revulsivo, se usaban las hojas de casibiri o lagaña de aura machacada. La yagruma y las hojas de güira juntas, trituradas e introducidas en las heridas servían como anticoagulante.[41]

En los hospitales fue práctica muy utilizada el empleo de miel para curar heridas por su contenido en ácido fórmico puro, por lo cual constituye un medio antiséptico. Se utilizó también la cura antiséptica, usando previamente ácido fénico. Se aprovecharon como vendajes las tiras de la majagua, de cuya corteza se arrancan tiras delgadas, largas y flexibles. La yagua, tejido fibroso que rodea la parte superior y más tierna del tronco de la palma real, se usaba como diurético, antidiabético y emoliente; del troco se usaban tablas que ayudaban a entablillar miembros fracturados por su flexibilidad y fácil adaptación.

De igual modo, el general Piedra ha testimoniado:

> En cuanto a Sanidad Militar, aunque el personal médico no era del todo escaso, las más de las veces carecía de instrumental quirúrgico y aun de

[38] Ismael Sarmiento Ramírez: Ob. cit., pp. 382-389.
[39] Luis Gómez Rodríguez: Ob. cit., p. 256.
[40] Ismael Sarmiento Ramírez: Ob. cit., p. 383.
[41] *Ibidem*.

> medicinas, por lo que con frecuencia se veía impotente para practicar una amputación necesaria, o aplicar el medicamento cicatrizador de una herida. ¡Cuántos y cuántos de nuestros hombres, que debidamente atendidos se habrían podido salvar, no perecieron por esta causa! Y huelga decir que nuestros hospitales consistían en miserables ranchos de vara en tierra dentro de la selva, lo más apartado e ignoto posible, única manera de sustraer a la implacable saña del enemigo a enfermos, médicos y enfermeros.[42]

Durante la invasión, uno de los oficiales más destacados fue el estudiante de Medicina José Luis Robau López, quien alcanzó el grado de general de brigada. Otro destacado médico fue Nicolás Alberdi Golzarri, coronel de Sanidad Militar, quien actuó como hábil cirujano de campaña y soldado en las tropas del general de brigada Juan Bruno Zayas Alfonso. El propio general Zayas, médico distinguido, fue uno de los jefes más estimados por Maceo durante la campaña invasora, hasta cuyo final le acompañó.[43] Fue uno de los dos médicos que firmaron la histórica acta de terminación de la epopeya en el Ayuntamiento de Mantua, el 23 de enero de 1896.[44]

Resulta destacable la preocupación constante de Antonio Maceo por todo lo relacionado con los enfermos, la sanidad y los médicos. En carta escrita en campaña expresó: "[…] estamos sin familias no hay día en que no se me incorpore gente, toda la juventud de Santiago de Cuba, se lanza al campo, tenemos buenos médicos y abogados con nosotros".[45] Sus anotaciones del *Diario de la invasión*, correspondientes al 16 de enero de 1896, apuntan: "Mientras se organizaba la marcha después de un ligero descanso empleado en la curación de los heridos […]".[46] Y más adelante: "El Gral Maceo ha sido tal vez el único que no se ha dado un dia descanso, pues durante el periodo señalado ha recorrido constantemente acompañado tan solo de dos o tres oficiales, distintos campamentos, así como las prefecturas y hospitales de sangre, corrigiendo lo defectuoso, ó disponiendo las innovaciones oportunas".[47]

Guaniguanico, seudónimo empleado por uno de los compañeros de Maceo en la campaña de invasión, publicó el 31 de diciembre de 1896, en *La república Cubana*, París, una interesante caracterización del Titán, donde aseguraba: "Se

[42] Manuel Piedra Martel: Ob. cit., p. 75.

[43] Ricardo Hodelín Tablada y Damaris Fuentes Pelier: "Juan Bruno Zayas Alfonso: médico y general de brigada en la guerra necesaria", en revista *MEDISAN*, vol. 18, no.1, 2014, pp. 134-143 [consultado 5 de marzo de 2021], en http://bvs.sld.cu/revistas/san/vol18_1_14/sansu%2018(1).html

[44] Gregorio García Delgado: "El general Antonio Maceo y los médicos mambises", en revista *Bohemia*, vol. 89, no. 9, 1997, pp.64-66.

[45] *Papeles de Maceo*, t. II, p. 128.

[46] Antonio Maceo: Ob. cit., p. 16.

[47] Es válido recordar que en ocasiones las anotaciones las hacían otros oficiales por eso se cita a Maceo en tercera persona. Veáse Antonio Maceo: Ob. cit., p. 106.

ocupaba de lo más mínimo; de si éste corre el caballo sin motivo, de si aquél está montado cuando debiera hallarse a pié; si los caballos comen; si los heridos se encuentran bien asistidos, etc.".[48]

Como colofón se puede esgrimir que la asistencia sanitaria del Cuerpo de Sanidad Militar Mambisa, durante los 92 días que duró la invasión, estuvo signada por el precepto martiano que reza: "Hay más gloria en sacar una espada del pecho de un herido, que en hundirle la espada hasta la empuñadura".[49]

[48] Eduardo Torres-Cuevas: *Antonio Maceo. Las ideas que sostienen el arma*, p. 7.
[49] José Martí Pérez: Ob. cit., t. 21, p. 316.

El aseguramiento ingeniero durante la campaña de la invasión

Jesús Ignacio Suárez Fernández

En homenaje al pensamiento y accionar militar de los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo, y a los combatientes ingenieros mambises que demostraron patriotismo, audacia y valor al cumplir las complejas misiones del aseguramiento ingeniero en la contienda libertadora

Tras el reinicio de la Guerra de Independencia el 24 de febrero de 1895 y durante el transcurso de la contienda, el Ejército Libertador se estructuró en cuerpos de ejército, formados por unidades ligeras de elevada capacidad combativa. El carácter e intensidad del accionar bélico hizo necesaria una mayor cooperación entre las diferentes armas y mostró la relevancia del aseguramiento ingeniero. La existencia de unidades de este tipo, capaces de cumplir misiones de manera independiente o en composición con otras fuerzas, teniendo en cuenta las características del terreno, posibilitó la realización de numerosas acciones combativas que tuvieron su impacto en el resultado de las operaciones.

Jesús Ignacio Suárez Fernández

Máster en Ciencias e investigador auxiliar del Instituto de Historia de Cuba. Graduado en la especialidad de Mando y Estado Mayor Táctico Operativo de Tropas Ingenieras en la Academia de las FAR General Máximo Gómez Báez. Ha publicado libros y artículos en la revista *Verde Olivo* y el Boletín del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana. Miembro de la Unhic.

La jefatura del Ejército Libertador, basándose en la experiencia de la contienda anterior, comenzó desde el inicio de la guerra a dar pasos decisivos para la creación y empleo de pequeñas unidades ingenieras teniendo en cuenta factores organizativos y propios del teatro de operaciones militares.

Un principio táctico radicaba en la capacidad para neutralizar y superar en plazos breves todo lo que dificultaba el avance de las fuerzas durante el desplazamiento, la maniobra y ataque al enemigo, fundamentalmente de la caballería, arma principal de las fuerzas mambisas, formada por unidades ligeras con una elevada maniobrabilidad.

El Ejército de Operaciones español contaba con las vías de comunicación (telefónicas y telegráficas), y de transporte ferroviario y viales, principalmente en la región occidental del país, en las provincias de Las Villas, Matanzas y La Habana, lo que constituía un factor estratégico favorable a sus operaciones.

A finales de la década del sesenta, la Isla contaba con un sistema público de transporte con 1262 km de vías en operación, distribuidas entre 21 empresas ferroviarias. Entre los años 1868 y 1998, la red fue incrementada con la construcción de 532 km. Además, existían 107 privadas, de las cuales 93 correspondían a ingenios azucareros. El alto mando del ejército español, valiéndose del servicio de trenes, podía organizar y desplazar rápidamente fuerzas y avituallamiento hacia diferentes zonas del país. También podía comunicarse de forma directa con las diferentes zonas militares usando las líneas telegráficas y telefónicas montadas junto a las vías férreas y con el equipamiento instalado en las estaciones de ferrocarril.

La existencia de obstáculos naturales y artificiales, en combinación con los sistemas de fortificación construidos por las fuerzas españolas —entre los que sobresalían trochas y líneas defensivas (de vigilancia)—, fueron las principales barreras que tuvo que superar o evadir la columna invasora. Tuvieron mayor influencia sobre el curso de la operación la trocha de Júcaro a Morón y las líneas defensivas de los triángulos ferroviarios de Cruces-Santo Domingo-Ranchuelo y Placetas-Caibarién-Camajuaní, en Las Villas, y Guanábana-Las Cañas y costanera de la ciénaga de Zapata, en Matanzas.

Existen varios documentos oficiales (comunicaciones, órdenes, circulares), dictados por diferentes jefes del Ejército Libertador, que demuestran la importancia del aseguramiento ingeniero dentro de su concepción estratégica y táctica. Resalta por su importancia la "Circular a los Jefes y Oficiales del Ejército Libertador", firmada por los mayores generales José Martí y Máximo Gómez, el 14 de mayo de 1895, en la que se recogen las instrucciones que debían seguir los jefes y oficiales durante la contienda:

> La guerra tiene el deber de destruir todo lo que de cualquier modo, ayude a mantenerse o defenderse al enemigo […].
> […] dejar en uso el ferrocarril, es igual al delito de transportar las fuerzas enemigas: dejar en pie el telégrafo, es lo mismo que servir de práctico al enemigo: dejar de vigilar los caminos y permitir el paso libre de carretas y recuas, es confesar que la revolución no tiene fuerza ni inteligencia con que combatir

al enemigo. Es indispensable destruir el telégrafo, mantener interrumpidos los ferrocarriles y tener siempre bajo vigilancia los caminos.
Es indispensable que pequeñas fuerzas, diestras en hacerse sentir sin exponerse a dificultades, vigilen los caminos como avanzadas, permanente, enseñando la guerra, de modo que la vean y la oigan sin cesar […].
Es indispensable que esas fuerzas ligeras mantengan perpetuamente interrumpidos los telégrafos y los ferrocarriles.[1]

Esta circular resalta la necesidad de la destrucción de las vías de comunicación y transporte para lograr el éxito en la guerra. Como elemento novedoso, se insta al aprovechamiento del efecto psicológico que produciría el hostigamiento y desgaste constante del adversario, para ocasionarle pérdidas y dificultar su maniobra.

El aseguramiento ingeniero, por su importancia estratégica, fue aplicado bajo condiciones concretas en cada situación y lugar, lo que reafirmó la necesidad de contar con fuerzas especializadas que cumplirían las misiones más complejas. Estas fuerzas ingenieras mambisas se organizaron en unidades de composición atípica: compañías, pelotones, secciones de zapadores o de destructores, comisiones, destacamentos o guerrillas de la dinamita. Sus principales misiones eran la exploración ingeniera del enemigo y el terreno; la superación y apertura de pasos a través de los obstáculos, sobre todo los artificiales —como alambradas, fosos, barreras, cercas— para garantizar el desplazamiento, la maniobra y ataque de las fuerzas. También, la creación de obstáculos y la realización de acciones de destrucción (voladura), en primer orden, en las vías férreas, puentes, alcantarillas, líneas telegráficas y telefónicas. Todo esto contribuyó a afectar la base económica de la metrópoli en la Isla, por sus efectos principalmente en la industria azucarera.

Acciones del aseguramiento ingeniero en la etapa de preparación de la invasión

Aunque el contingente oriental bajo el mando del mayor general Antonio Maceo partió el 22 de octubre de 1895 de Mangos de Baraguá, el aseguramiento ingeniero del teatro de operaciones militares en apoyo a la campaña había comenzado meses antes. Hubo una etapa de preparación, que culminó el 3 de diciembre, en La Reforma, cuando quedó establecida la organización definitiva de las fuerzas con el nombramiento por el general en jefe Máximo Gómez de su lugarteniente general Antonio Maceo, como jefe de la columna invasora.

El día 30 de noviembre, en la sabana de Lázaro López, en un momento de la arenga que pronunció ante la formación de las fuerzas que componían el cuerpo invasor, Gómez expresó:

> […] Poco se ha hecho hasta ahora; poco hemos andado; no estamos aún en las Villas, donde os esperan grandes peleas.

[1] José Martí Pérez: "Circular a los Jefes y Oficiales del Ejército Libertador", en *Obras completas*, t. 28, p. 492.

> Esta guerra no registra más que dos acontecimientos notables. La acción de Peralejos y la expedición de Roloff [...].[2]

A través de las expediciones llegaron fuerzas, armamento y suministros para auxiliar al Ejercito Libertador, las cuales posibilitaron el desarrollo de las fuerzas ingenieras, pues de ese modo, llegaron al país explosivos, medios, herramientas y personal calificado para su manejo. Todo ello contribuyó a la preparación de especialistas y al desarrollo de este aseguramiento combativo en la ejecución de las operaciones.

Una de las figuras que más aportó al desarrollo del aseguramiento ingeniero en las tropas cubanas durante la guerra de 1895 fue el mayor general Carlos Roloff, quien el 24 de julio de 1895 llegó a Cuba, acompañado por el general de brigada Serafín Sánchez, en una expedición que desembarcó por Tayabacoa, en la costa sur de Las Villas, para unirse a la contienda libertadora.[3] Una vez en tierra cubana y establecidos, desde el campamento Las Margaritas, Roloff escribió a Máximo Gómez, el 3 de agosto de 1895. En la misiva le comunicaba acerca de su llegada y le informaba de los recursos que habían traído, entre los que resaltaba la dinamita y otros medios para su uso en acciones combativas. También, le manifestaba su intención de comenzar a realizar operaciones de destrucción de las vías de comunicación y transporte en el territorio, las cuales comenzaron el 8 de agosto con la destrucción de los puentes de Mayabuna, Los Muertos, Jarao y Colorado en el ferrocarril de Tunas de Zaza a Sancti Spíritus.

El mayor general Máximo Gómez, quien se encontraba en Camagüey desarrollando la campaña circular, al conocer acerca del desembarco de la expedición consideró que era el momento propicio para organizar militarmente el territorio de Las Villas y establecer las condiciones favorables en su teatro operaciones militares para el futuro paso del cuerpo invasor. Con fecha 12 de agosto del propio año, le envió una comunicación al mayor general Roloff, en la que le manifestaba su satisfacción al respecto:

> Felicito a Ud. Junto con los jefes que le acompañan por su feliz arribo a esta tierra ansiosos sus hijos de libertad.
> Nombro a Ud. este Cuartel General, Jefe interino encargado de dirigir las operaciones, en Las Villas Orientales y Occidentales. Mientras tanto organizo un Cuerpo de Ejército respetable, para la ocupación de Occidente, que debe moverse en breve, se ocupará Ud. de dar la organización más conveniente a todas las fuerzas a su mando. Hará, como sabe Ud. hacerlo, con-

[2] Bernabé Boza: *Mi diario de la guerra*, p. 82.

[3] A partir de los resultados de las investigaciones realizadas por el autor de este trabajo, se pudo determinar que era la primera expedición que llegaba con un gran cargamento de herramientas (picos, palas, tijeras) y material explosivo (dinamita, fulminantes, mecha lenta, explosores, cables conductores), así como personal calificado para su manejo, como el ayudante alférez Santiago Orabuna (puertorriqueño). Durante el desarrollo de la guerra de 1895 un total de 24 expediciones trajeron material explosivo y herramientas.

fidencias que nos faciliten recursos de todas clases, para que el Cuerpo de Ejército Invasor encuentre fácil y expedito el camino.[4]

Recibida la orden, el general Roloff inició la organización de las fuerzas (4.º cuerpo de ejército) e incrementó las operaciones en el territorio de Las Villas, incluidas acciones de preparación del teatro de operaciones mediante la destrucción de tramos de líneas telefónicas y telegráficas, vías férreas, puentes y alcantarillas y la apertura de pasos en los obstáculos existentes en el terreno. Para el cumplimiento de estas misiones, organizó y preparó pequeñas unidades ingenieras de composición atípica y un cuerpo especial para el empleo de la dinamita, formado por secciones de destructores, al que Máximo Gómez designó como "Tiradores de Roloff". Una de las características novedosas de la ejecución de estas acciones fue la incorporación de personal de las prefecturas, según quedó reflejado en el Reglamento de las prefecturas: "Punto no. 9: Destruirá cuantas veces pueda las vías de comunicaciones que sirvan al enemigo, con particularidad los hilos de teléfonos y telégrafos destruyendo también las cercas de alambre o de madera a fin de que los potreros queden perfectamente comunicados".[5]

Durante el desarrollo de las operaciones, desde finales de agosto hasta la llegada del cuerpo invasor a Las Villas en el mes de diciembre, las unidades ingenieras cumplieron numerosas acciones. A continuación, se relacionan algunos ejemplos:

- 29 de agosto: voladura del puente no. 11 cerca del paradero de Ramblazo, junto con la destrucción de un tramo de línea telegráfica con 40 postes. Esta acción incluyó la quema de un almacén de traviesas de jiquí, destinadas a las reparaciones del ferrocarril.
- 9 de septiembre: voladura del puente de hierro de la Empresa de Ferrocarriles de Caibarién, en el sitio de Manacas.
- 14 septiembre: Destrucción de la estación de ferrocarril de Sitio Grande, con el equipo telegráfico, un tramo de su línea (alambre) y la voladura de dos alcantarillas entre Sagua y Cifuentes, de la Empresa de Ferrocarriles de Sagua.

Durante este mismo periodo de la guerra, el alto mando del ejército español planificó grandes operaciones a través de la red de ferrocarriles. El capitán general Arsenio Martínez Campos, el 6 de septiembre de 1895, convocó una reunión con los directores de las empresas ferrocarrileras que operaban en las provincias de La Habana, Matanzas y Santa Clara para coordinar el traslado, desde la capital a diferentes lugares de la provincia de Las Villas, de los refuerzos de tropa enviados desde la península para aniquilar la insurrección.[6]

[4] Colectivo de autores: *Mayor general Máximo Gómez. Sus campañas militares*, t. II, pp. 32-33.

[5] "Carta del mayor general Carlos Roloff al mayor general Máximo Gómez", 16 de septiembre de 1895, en ANC: Fondo Máximo Gómez, exp. 801, leg. 6.

[6] Se establecieron varios itinerarios y se determinó la cantidad de trenes a emplear y los lugares para trasbordos con el propósito de transportar 11 batallones de infantería y cinco escuadrones de caballería (10 000 soldados) en 10 días. Para esta operación hubo que paralizar el servicio de trenes de viajeros y carga.

El accionar de las fuerzas mambisas —y específicamente las ingenieras— del 4.º cuerpo de ejército impidió el éxito del plan debido a las afectaciones que produjeron en las comunicaciones y cambios en el despliegue de sus tropas. Las fuerzas españolas tuvieron que asignar parte de sus unidades y gran cantidad de recursos para la protección y reparación de las vías de comunicación y transporte.

La repercusión de estos acontecimientos quedó recogida en la prensa de la época:

> Ferrocarriles de Tunas a Sancti-Spíritus
> Según nos informaron, los trabajos de reconstrucción de los puentes destruidos por los insurrectos, siguen siendo activos [...].
> Los puentes de Burros y Muertos situados entre Jarao y Guasimal y el de Mayabuna entre Guasimal y Zaza, que están completamente inutilizados, son los que invertirán más días en repararlos y ya en Sancti-Spíritus se están armando las pilastras de madera.
> Para resguardar los puentes de nuevas acciones, nos dicen que se construyen fuertes de raíles, en Salado, Mayabuna, Muñoz, Tibisial y Jagua y el Cayajabo que es de mampostería.[7]

El general en jefe del Ejército Libertador le envió a Roloff una comunicación, fechada el 22 de agosto de 1895, en la que le planteaba una serie de disposiciones relacionadas con la campaña y le ordenaba: "[...] es indispensable [que] me envíe dinamita con el Coronel Recio, pues el enemigo opera aquí flojamente concentrándose a conducir convoyes a su campamento [...]".[8]

El domingo 1.º de septiembre, llegó al cuartel general del 4.º cuerpo de ejército, procedente del Camagüey, el coronel López Recio y, el día 6, regresó, al frente de una pequeña comitiva, con los medios solicitados —cuatro cajas de dinamita y medios iniciadores—. También, fue transferido y puesto al servicio del mayor general Gómez, el alférez Santiago Orabuna, especialista en el manejo de explosivos.

Durante la campaña circular se utilizó este explosivo principalmente en la colocación de cargas en las vías de desplazamiento de las columnas españolas y en la destrucción de los medios de comunicación. De esta forma se aplicaba el principio de desgaste sistemático del enemigo aprovechando el efecto psicológico que provocaban las bajas.

Desde el inicio de la guerra, el alto mando del Ejército de Operaciones español reactivó el plan estratégico de la trocha, considerada una barrera infranqueable. La importancia de la trocha de Júcaro a Morón, como obstáculo estratégico que separaba la región oriental de la occidental, fue considerada por el mayor general Máximo Gómez durante la preparación de la campaña invasora. Para forzar dicho obstáculo, los dos contingentes de tropas mambisas, uno bajo el mando del pro-

[7] *Gaceta de los Ferrocarriles de Cuba*, La Habana, 28 de agosto de 1895, en Archivo del Instituto de Literatura y Lingüística de Cuba.

[8] Carlos Roloff: *Diario de operaciones* (1895-1898), en ANC: Fuera de caja no.1, manuscrito pp. 32-33.

pio general en jefe (30 de octubre) y el otro comandado por el mayor general Antonio Maceo (29 de noviembre) tuvieron que realizar distintas acciones de preparación.

Las operaciones del cruce estuvieron acompañadas de un plan de enmascaramiento estratégico, que incluyó varias acciones demostrativas de engaño y condujo al enemigo a cometer errores en su apreciación de por dónde y cuándo atravesarían las fuerzas mambisas. Gómez destinó fuerzas para que lo mantuvieran informado acerca de los trabajos de acondicionamiento de la trocha, mediante una constante exploración ingeniera del enemigo y el terreno. Dichas fuerzas participaron en el cumplimiento de misiones de exploración y apertura de pasos (alambradas, fosos) y en la puesta en práctica de medidas de enmascaramiento en apoyo a las unidades que franqueaban la trocha, lo que contribuyó al éxito de ambas operaciones.

Con la llegada del contingente de fuerzas orientales, entre el 29 de noviembre y hasta el 3 de diciembre, en La Reforma se ultimaron los preparativos para la campaña. Como parte de ellos, el alto mando del Ejército Libertador, encabezado por Gómez y Maceo, decidió la creación de un cuerpo de destructores, formado por pequeñas unidades ingenieras, organizadas en secciones de zapadores o destructores e integradas principalmente por personal del cuerpo Tiradores de Roloff.

En el orden de marcha de la columna invasora, las unidades ingenieras fueron asignadas a la exploración en la extrema vanguardia y a los flancos, de modo tal que pudieran asegurar el desplazamiento y la maniobra de las fuerzas y dificultar el accionar del enemigo. También fueron ubicadas en la retaguardia para cumplir misiones de obstaculización y dificultar la persecución por parte del adversario.

En algunas ocasiones, cumplieron misiones en composición de otras fuerzas e, incluso, actuaron de forma independiente, adelantándose una jornada de marcha o más con respecto a la columna. Con ello aseguraban, a nivel operativo, la destrucción de las vías de comunicación y transporte.

Acciones durante el paso de la columna invasora por la provincia de Matanzas

Un elemento importante que tuvo en cuenta la jefatura del Ejército Libertador fue el gran desarrollo de las redes ferroviarias en Matanzas, lo cual facilitaba, a nivel estratégico, el desplazamiento y la maniobra de las fuerzas españolas. Durante el desarrollo de la invasión en este territorio, sobresalió el empleo estratégico de las pequeñas unidades ingenieras en la obstaculización o destrucción de los medios de comunicación y transporte.

Desde el campamento de La Amalia, en Las Villas, entre los días 16 y 17 de diciembre de 1895, el alto mando del Ejército Libertador dispuso que el general de brigada José Lacret Morlot, jefe de la brigada de Matanzas, actuara por el norte y los tenientes coroneles Eduardo García Vigoa y Clotilde García lo hicieran por el sur, y destruyeran puentes, vías férreas, torres ópticas, instalaciones telegráficas y telefónicas en esas zonas. Estas operaciones tenían el objetivo de inducir al enemigo a cometer errores de apreciación y dificultar su maniobra cuando se produjera el

arribo de las fuerzas principales de la columna invasora. Al mismo tiempo, para proteger la retaguardia del cuerpo invasor y evitar el despliegue y la persecución por parte de las fuerzas enemigas, desde la provincia de Las Villas, el comandante Antonio Varona Miranda, con una sección de dinamiteros, destruía las vías férreas de Cienfuegos a Villa Clara con acceso a la provincia de Matanzas.[9] El éxito y alcance operativo del cumplimiento de esta misión quedó recogido en el diario de operaciones del mayor general Serafín Sánchez:

> Martes 17 de diciembre de 1895.
> En la "Amalia" por la noche se oyeron dos detonaciones: era el comandante Varona que acababa de volar con dinamita dos puentes en la vía férrea de Cienfuegos a Villa Clara inutilizándose por completo y haciendo caer en un pantano, una locomotora [...] El mismo comandante prestó grandes servicios interrumpiendo todas las comunicaciones de ferrocarril en todo el territorio invadido.[10]

De esta forma, en la medida en que la invasión avanzaba hacia el occidente, los libertadores dejaban interrumpidas las comunicaciones, con lo que limitaban la dirección, desplazamiento y maniobra de las fuerzas del ejército español. Baste señalar un hecho histórico que así lo confirma:

Al producirse la acción de Mal Tiempo (15 de diciembre de 1895), a tres kilómetros del poblado de Cruces en Las Villas, el general Martínez Campos, que se encontraba en Cienfuegos, tuvo que salir por mar hasta Batabanó y desde ahí tomar el ferrocarril hacia Colón, adonde llegó el 18 de diciembre para establecer su cuartel general. Las fuerzas participantes en la invasión le habían cortado la comunicación ferroviaria y telegráfica hacia Cienfuegos; pero el capitán general del Ejército Español estuvo muchas horas incomunicado, por lo que se vio obligado a utilizar la vía marítima para salir de su aislamiento.

Las unidades ingenieras de la columna invasora cumplieron con eficiencia a nivel estratégico las misiones planteadas. Este aspecto queda confirmado en el juicio emitido por el teniente general del español Juan Salcedo y Mantilla de Los Ríos:[11]

> Mientras la organización militar de los grandes núcleos enemigos se complementaba, se elevaba el valor militar de sus combatientes, preparaban con profunda sagacidad el momento de efectuar el osado golpe [...].

[9] Jefe del cuerpo especial Tiradores de Roloff. Posteriormente fue asignado al cuerpo de destructores de la columna invasora. Se destacó en el cumplimiento de misiones de destrucción (voladura). Participó en operaciones desde Las Villas hasta Pinar del Río.

[10] Diario de operaciones del mayor general Serafín Sánchez, en Archivo de la Oficina del Historiador de La Habana, leg. 127, folio 1.

[11] Durante el desarrollo de la guerra de 1895 prestó servicios como jefe de una división en el Departamento Oriental. En 1897 fue nombrado comandante general de la división de Sancti Spíritus. En enero de 1898 fue ascendido a teniente general y nombrado jefe del 4.º cuerpo de ejército.

> El avance audaz, simultáneo de los cabecillas, se inicia con una aureola de incendios […] Invadieron victoriosamente el territorio de Matanzas, se apoderaron de su red de ferrocarriles y los destruyeron no bárbaramente, si no como aconseja el arte de la guerra.[12]

Acciones durante la contramarcha estratégica

Para evitar el enfrentamiento con el poderoso contingente de fuerzas españolas desplegado entre Guanábana y Las Cañas, los mayores generales Gómez y Maceo, acampados cerca de Sumidero, decidieron realizar una operación que se conoce como la contramarcha estratégica, comenzada el 24 de diciembre con la marcha de la columna hacia el sureste de la provincia.

Durante esta acción, quemaron los cañaverales que encontraron a su paso, con el propósito de dejar un indicio para que el enemigo supiera el rumbo de retirada que llevaban. Las unidades ingenieras cumplieron misiones de obstaculización, mediante la destrucción de paraderos, tramos de líneas telegráficas y telefónicas, así como la parcial de las vías férreas,[13] para facilitar a las fuerzas españolas su rápida reparación y posterior empleo para la persecución de la columna invasora. Todo esto formó parte del ardid que engañó al mando español. El éxito de estas acciones ingenieras fue reflejado en la prensa:

> Lo que pasa
> Las circunstancias á que ayer hicimos referencias, al manifestar las serias dificultades a que se oponen á que podamos tener una buena información acerca de los sucesos que vienen desarrollándose en esta provincia desde el sábado, continúan en aumento, pues desde ayer al mediodía las comunicaciones por ferrocarril con Jovellanos, Cárdenas, Colón, Vuelta y puntos intermedios se hallan completamente cortadas, así como las telegráficas y telefónicas.
> A la hora de cerrar este periódico una nube de humo cubre el sol. Se dice que los campos de Cidra, Guanábana e Ibarra, junto casi a esta ciudad, son una horrible hoguera.[14]

El día 26, después de destruir la estación de Pedroso y varios tramos de vía férrea y de línea telegráfica con más de 30 postes del ramal de Navajas a Jagüey Grande, llegaron a Sabanetón, muy cerca de los límites con Las Villas, donde los grupos de dinamiteros y las secciones de zapadores se reorganizaron para preparar sus acciones con vistas a la próxima etapa. Ya en territorio villareño acamparon en

[12] Benigno Souza: *Máximo Gómez, El Generalísimo*, p. 174.

[13] Se limitó a la destrucción de tramos de vías entre los días 24 y 26 de diciembre; no se reporta la destrucción (voladura) de puentes mediante el empleo de la dinamita, lo que hubiera provocado una obstaculización prolongada de la vía por la complejidad del daño y la necesidad de recursos para su reparación.

[14] *El Correo de Matanzas* (Diario de la tarde), Matanzas, martes 24 de diciembre de 1895.

El Indio, al norte de Sabanetón, y dieron fin a la primera etapa de la contramarcha.

Al recibir el mayor general Gómez la noticia del traslado de una gran cantidad de fuerzas españolas que iban tras ellos hacia Las Villas, a partir del día 28, dio inicio a la segunda parte de la contramarcha estratégica, en la que las pequeñas unidades ingenieras desempeñarían un papel fundamental, al asegurar el desplazamiento de la columna invasora, con la destrucción, tras su paso, de las vías de comunicación y de transporte.

La importancia de las acciones combativas cumplidas por las unidades ingenieras mambisas quedó plasmada en el *Diario de campaña,* del mayor general Máximo Gómez, en el resumen del 29 de diciembre, al cierre del año 1895 y a pocos días de entrar en la provincia de La Habana:

> En todos estos combates, si bien no quedamos dueños del campo, pues nunca tratamos de empeñarlos hasta ese extremo, pero si dejamos maltrecho al enemigo e imposible de seguirnos con una persecución tenaz.
> La serie de combates y escaramuzas, de interrupciones de líneas férreas y tomas de trenes, destrucciones de paraderos, de puentes y alcantarillas —de todo eso— se pueden llenar muchas páginas de un libro si hubiese quien se propusiera escribirlo.[15]

La invasión en el territorio de La Habana

Se puede asegurar que en 1896 había una vasta red de vías de comunicación y transporte en La Habana. La red ferroviaria era amplia, extensa y permitía la unión de la capital de la Isla, por el este, con Quivicán, San Felipe, Güines, San Nicolás, Los Palos y la provincia de Matanzas, así como la vía férrea que se construyó desde el puerto de La Habana hasta la ciudad de Matanzas. Por el oeste, un ramal llegaba hasta Guanajay y atravesaba San Antonio de los Baños y Ceiba del Agua. La línea La Habana-Pinar del Río enlazaba zonas rurales tan importantes como El Rincón, La Salud, Güira de Melena, Alquízar y Artemisa. Además, fueron construidos muchos ramales que comunicaban algunos pueblos entre sí como el de San Felipe a Batabanó, al sur de la provincia.

El telégrafo, el heliógrafo y los caminos estaban ampliamente desarrollados en la provincia. Los hilos telegráficos llegaban hasta Bejucal, Regla, Guanabacoa, Marianao, Jaruco, Aguacate, Santiago de Las Vegas, San Antonio de los Baños, Güira de Melena y Alquízar, lo que le facilitaba al ejército español la realización de sus planes operativos, así como el traslado rápido de tropas de un extremo a otro del territorio habanero. Por tanto, su obstaculización o destrucción resultaban determinantes para el éxito de las operaciones del Ejército Libertador.

Una de las particularidades del medio geográfico en la provincia eran las cercas de piedra, que establecían límites de terreno. Surgieron como resultado del desarrollo

[15] Máximo Gómez*: Diario de campaña*, p. 301.

agrícola que favoreció las divisiones territoriales, ante el crecido número de medianos y pequeños agricultores. Esto convirtió algunas zonas de la provincia en una especie de laberinto y constituyó el obstáculo más relevante a la maniobra de la caballería mambisa.

El significado que tuvieron estas cercas de piedras, aparece recogido en el diario, de Bernabé Boza, jefe del Estado Mayor del general en jefe:

> […] La mayor parte de las fincas o sitios de la provincia La Habana estaban divididas en cuartones cercados de piedra y esas cercas tenían un metro de ancho aproximadamente por metro y medio de altura. Eran verdaderas trincheras o murallas que ofrecían magníficas posiciones y defensa a la infantería, pero que comprometían e impedían e imposibilitaban completamente los movimientos de la caballería que era de la que se componía en mayor parte la columna […].[16]

Como resultado del avance de la invasión, los españoles emprendieron acciones para la fortificación de las zonas urbanas. La mayoría de los poblados se transformaron en fortalezas, apoyadas por el reforzamiento de sus guarniciones y unidades especializadas. Jaruco, situado al norte de la provincia, es un ejemplo del tipo de defensa ejecutado por los peninsulares. Sus tres fortines —Alfonso III, España y Guardada—, con las correspondientes guarniciones, cubrían sus caminos de acceso. Además, rodeaba el pueblo un conjunto de obstáculos, una zanja ancha y profunda y no muy lejos de ella, se extendían cercas de alambres de púa (alambradas).

Los obstáculos constituidos por las cercas de piedra y los instalados en las obras ingenieras defensivas propiciaron condiciones especiales que influyeron en el empleo de unidades ingenieras con el propósito de dar cumplimiento a misiones de superación de obstáculos.

Durante el desarrollo de la campaña en La Habana, entre el 1.º y el 7 de enero de 1896, las unidades ingenieras del cuerpo invasor cumplieron las siguientes misiones:

- 4 de enero. Destrucción de tramos de vía férrea y líneas telefónica y telegráfica, que incluyó la destrucción de postes. La operación duró más de una hora y fue ejecutada por una sección de destructores cerca del poblado de Batabanó.
- 6 de enero. Superación de un obstáculo acuático (laguna de Ariguanabo), donde las secciones de zapadores realizaron trabajos de acondicionamiento del terreno (pasos).
- 7 de enero. Gómez dio órdenes para que salieran comisiones al mando de oficiales en todas direcciones de las inmediaciones de Ceiba del Agua con la finalidad de recabar el concurso de los pobladores para abrir brechas (pasos) en las cercas de piedras.

[16] Bernabé Boza: *Mi diario de la guerra*, t. 1, pp. 117-118.

Acciones durante la campaña de la lanzadera

Dirigida por el mayor general Máximo Gómez, la campaña de la lanzadera se desarrolló entre el 7 de enero y el 19 de febrero de 1896. Estaba destinada a atraer hacia las fuerzas del general en jefe la mayor cantidad de tropas españolas, para evitar que interfirieran sobre la marcha de la columna del general Antonio, que conduciría la invasión hasta los confines de la provincia de Pinar del Río. Al respecto, Gómez escribió en su diario: "El general emprende su marcha de invasión a la provincia de Pinar del Río, y yo contramarcho a sostenerlo y sostenerme en la Habana".[17]

Esta campaña se caracterizó por la realización constante de maniobras y movimientos, con el objetivo de atraer al enemigo, enfrentarlo, causarle pedidas y, de manera simultánea, dar organización militar a las fuerzas de la provincia.

Durante su desarrollo se emplearon de forma activa las fuerzas ingenieras. La obstaculización se realizó de forma descentralizada, por territorios, para dificultar sobre todo las maniobras de persecución por parte del adversario. Para organizar las fuerzas en la provincia, Gómez asignó misiones concretas a fuerzas de la columna invasora. Con ese fin, el 18 de enero nombró al coronel Pedro Díaz Molina jefe de la zona de Batabanó. El 31 del propio mes, designó al coronel Juan Masó Parra como jefe de la zona de Bejucal y al coronel Adolfo del Castillo Sánchez, al frente de la región de Melena del Sur.

Al organizar las fuerzas de La Habana como parte de la 2.ª división del 5.º cuerpo de ejército, las unidades ingenieras quedaron estructuradas en compañías o secciones de zapadores, o grupos y destacamentos de dinamiteros.

Cronología de algunas acciones relacionadas con el aseguramiento ingeniero

- 12 de enero: Destrucción de un tren de carga con 14 vagones y un tramo de vía férrea entre La Luisa y el poblado de La Salud.
- 13 de enero: Durante las acciones de la toma del pueblo de Bejucal, se destruyó un tren con 20 vagones y el paradero del ferrocarril.
- 21 de enero: En Dos Hermanas, finca inmediata a la estación de Seborucal, se destruyó un tramo de vía férrea.
- 22 de enero: Ruptura de un tramo de vía férrea por el paradero Durán, cerca del pueblo de Guara.
- 30 de enero: Voladura de una alcantarilla en la vía férrea inmediata al poblado de Buenaventura.
- 1.º de febrero: Mediante una operación combinada con diferentes fuerzas, se destruyó un tramo de vía férrea, la línea telegráfica y la máquina del tren descarrilado entre Batabanó y La Habana, en las inmediaciones de Pozo Redondo.

[17] Máximo Gómez*: Diario de campaña*, p. 302.

En el transcurso de los 43 días que duró la campaña se realizaron un total de 22 acciones de aseguramiento ingeniero. Las principales fueron: destrucción de trenes (5) y de vías férreas y de comunicación. Este nivel de obstaculización contribuyó al éxito mambí.

La campaña de la lanzadera desestabilizó los planes del alto mando de Ejército de Operaciones español y contribuyó a que el lugarteniente general Antonio Maceo culminara la tarea de extender la guerra hasta el extremo más occidental de la Isla, con la entrada a Mantua la de la columna invasora el 22 de enero de 1896.

A la llegada del cuerpo invasor a las provincias occidentales, bajo la influencia del pensamiento y accionar militar de los mayores generales Máximo Gómez y Antonio Maceo, se perfeccionaron y organizaron territorialmente las fuerzas en las diferentes regiones de operaciones de Matanzas, La Habana y Pinar del Río. Como parte de ese proceso y teniendo presente su importancia en el cumplimiento de los objetivos tácticos y estratégicos de la guerra, se crearon y desarrollaron las fuerzas ingenieras.

Disuelto el cuerpo invasor por decisión del alto mando del Ejército Libertador, el general Antonio, en su condición de jefe del Departamento Occidental, perfeccionó y organizó las fuerzas de las distintas regiones de operaciones. Para esta nueva etapa de la contienda, continuó desarrollando a nivel estratégico las operaciones de obstaculización, para lo que contaba con fuerzas ingenieras con experiencia combativa, obtenida principalmente durante el transcurso de la propia campaña de invasión. Esta decisión quedó plasmada en varias órdenes emitidas:

> A Roberto Bermúdez y otros jefes de Brigadas.
> San Rafael, 3 de marzo de 1896.
> Jefes de Brigada Roberto Bermúdez, Pedro Vargas Sotomayor, Pedro Díaz, M. Cuervo y Juan Masó Parra.
> Hallándome en esta zona e interesando al plan de operaciones de este Cuartel General procurar por todos los medios posibles la destrucción de las vías de comunicación que utilice el enemigo, reitero a usted la orden dada anteriormente para que con toda actividad y cuidado inutilicen vías de ferrocarrileras y heliógrafos pues reviste suma importancia la operación que le recomiendo.
> A la vez le participo que dentro de breves días podré enviarle dinamita y otros elementos adecuados al objeto referido.
> Soy de usted en toda consideración en P y L.
>
> A. Maceo[18]

La obstaculización (destrucción) de las vías de comunicación y transporte contribuyó a crear inseguridad, causar bajas al enemigo y dificultar el mando y la maniobra de las tropas españolas.

[18] SCEHI: Ob. cit., vol. 2 1895-1896, p. 216.

En informe escrito el 20 de septiembre de 1897 por el capitán general de la isla de Cuba, Valeriano Weyler y Nicolau al ministro de la guerra le comunicaba:

> El mismo día de mi llegada no pude comunicar a las autoridades de la isla mi toma de posesión,[19] porque no había hilos telegráficos útiles ni vías férreas en estado de servicio, habiendo días antes caído en poder del enemigo un tren de raciones y municiones en la vía de la Habana a Batabanó. Todas las empresas ferrocarrileras tenían sus principales puentes destruidos por la dinamita.[20]

En ella se refleja el alcance y éxito de las acciones de las unidades ingenieras mambisas como aseguramiento combativo dentro de la concepción y los objetivos estratégicos que el alto mando del Ejército Libertador se propuso para la campaña de invasión y el posterior desarrollo de la guerra de 1895.

[19] Tomó posesión del cargo de capitán general de la Isla desde el 10 de febrero de 1896 en pleno desarrollo de la campaña de la lanzadera.
[20] *Ecos de Cuba, Revista decenal del Avisador Comercial*, La Habana, 29 de octubre de 1897.

Destrucción de un tren mediante la voladura de un tramo de vía férrea. Cifuentes, Villa Clara. Fuente: ANC.

Voladura de alcantarilla en Ferrocarriles Unidos de La Habana, entre los kilómetros 47 y 48. Fuente: ANC.

Medios ingenieros (explosores, cables conductores, fulminantes), cajas con dinamita traídas en una expedición procedente de Estados Unidos. Al centro, sobre las cajas, pueden apreciarse bombas de dinamitas. Fuente: ANC.

Fortín construido para la protección de las vías férreas. Obsérvese el blindaje hecho con raíles de líneas. Fuente: AHC.

De oriente a occidente: el choteo mambí recorre Cuba

Yamila Vilorio Foubelo
María de Jesús Chávez Vilorio

En la mayoría de los estudios sobre la cultura cubana en las guerras de independencia siempre se hace hincapié en los líderes —el ala más radical de la burguesía criolla— quienes poseían amplios conocimientos, esencialmente humanistas y jurídicos, adquiridos en Cuba y el extranjero (sobre todo en Europa). Estos hombres eran aficionados a la literatura y la música, conocedores de sus más novedosas tendencias, autores, obras; dominaban varios idiomas; estaban formados en los últimos adelantos científicos y técnicos y al día en relación con los más importantes sucesos políticos del mundo.

En lo que a cultura personal se refiere, Máximo Gómez, Antonio Maceo y algunos otros líderes populares no estaban muy distantes de aquellos que poseían mayores bienes materiales. En cambio, la mayor parte de la población residente en Cuba por entonces era analfabeta y carecía de acceso efectivo a las instituciones culturales en la colonia.

Yamila Vilorio Foubelo

Licenciada en Historia y máster en Estudios Cubanos y del Caribe. Investigadora agregada del Centro de Estudios Antonio Maceo Grajales. Autora de varios artículos y libros sobre historia. Pertenece a la Unhic y la SCJM.

María de Jesús Chávez Vilorio

Licenciada en Periodismo por la Universidad de Oriente. Trabaja en el periódico provincial *Sierra Maestra*. Pertenece a la Unhic y a la SCJM.

Entre los emigrados políticos alentaba un interés cultural. Ellos celebran veladas, tertulias y otras reuniones con fines políticos, en las que la elocuencia patriótica —adquiría alto vuelo: publicaban folletos, libros y periódicos; escribían piezas para el teatro —Rine Leal lo califica de mambí, como el que tenía lugar en la manigua—. Toda su labor estaba al servicio de la independencia de Cuba, a despecho de que se mantuviera apegada a los cánones ideoestéticos predominantes en etapas anteriores.[1]

Por otra parte, tanto en la guerra del 68 como en la del 95, se refleja la cultura mambisa, de carácter popular y nacional, surgida entre estos patriotas que no saben leer ni escribir; pero abordan en un chiste, una décima o un poema lo que está aconteciendo a su alrededor. Es una mezcla de profundas tradiciones españolas, africanas, chinas, todo un conglomerado de maneras muy particulares de mirar el mundo.

Desde antes de la guerra, durante esta e, incluso, actualmente, el cubano usa el choteo para burlarse de todo lo que se le ha querido imponer. Jorge Mañach Robato consideraba este elemento como "[…] —cosa familiar, menuda y festiva— es una forma de relación que consideramos típicamente cubana […]" y que según su criterio:

> […] nunca se decidió ningún examinador nuestro, a indagar con algún detenimiento la naturaleza, las causas y las consecuencias de ese fenómeno psicosocial tan lamentado […] se ha tendido a desconocer la peculiaridad del fenómeno y a identificarlo con cualidades más genéricas del carácter criollo, como la "ligereza", la "alegría" y tales".[2]

Según estudios realizados por Mañach, si se le preguntara a cualquier cubano qué entiende por choteo, diría "tirarlo todo a *relajo*". Cuando estudia este fenómeno, se da cuenta de que existen dos tipos: el escéptico y el meramente jocoso, que se traducen en una forma de burla "[…] que podrá ser más o menos explícita, más o menos referida a una situación exterior o a un juicio de valor".[3] Definió el choteo como "[…] un prurito de independencia que se exterioriza en una burla de toda forma no imperativa de autoridad […] El choteo es tan poco intelectual que, ante una finta ingeniosa, contesta con una nueva mofa desesperante. No es un género de dialéctica, sino de acoso".[4]

Mañach refiere que el general José Gutiérrez de la Concha, que nos observó muy de cerca, "[…] declaraba cifrada nuestra felicidad 'en un tiplecito, un gallito y una barajita'" y considera que la frase es muy significativa, "[…] porque limita nuestra ambición (e implícitamente nuestra capacidad de apasionamiento) a la diversión y al juego". Al respecto, continúa el intelectual cubano:

[1] Sonia Almazán del Olmo y Mariana Serra García (comp.): *Cultura cubana (Colonia)*, pp. 23-25.
[2] Jorge Mañach: "Indagación del choteo", en *Ensayos* (selec. y prólogo de Jorge Luis Arcos), p. 49.
[3] *Ibidem*, p. 54.
[4] *Ibidem*, p. 62.

> No todas las autoridades son lícitas o deseables, y por eso siempre fue la burla un recurso de los oprimidos —cualquiera que fuese la índole de la opresión. Al par que uno de los grandes padecimientos del cubano, la burla crónica ha sido una de sus grandes defensas. Le ha servido de amortiguador para los choques de la adversidad; de muelle para resistir las presiones políticas demasiado gravosas y de escape para todo género de impaciencias. En otras palabras, ha sido un descongestionador eficacísimo. Como su operación consiste en rebajar la importancia de las cosas, es decir, en impedir que estas nos afecten demasiado, el choteo surge en toda situación en que el espíritu criollo se ve amargado por una autoridad falsa o poco flexible.[5]

Una de las formas en que el cubano manifestaba esta respuesta era la cuarteta, que según Samuel Feijóo Rodríguez, gozaba en Cuba de una fuerte y extendida tradición. Se cantó y se canta todavía en los campos: bien suelta en tonada de décima, bien "amarrada" al son, donde sirve de "guía".[6]

Cuando la crueldad colonial española llevó la guerra a extremos inhumanos, la cuarteta folclórica cubana registró hazañas como la siguiente:

No digan que a la castaña
se le puede llamar fruta:
será algún hijo de puta
que habrá venido de España.[7]

En la guerra del 68 surge la prensa revolucionaria, *El Cubano Libre* y otros editados en el exterior, que se mantuvieron o relevaron en la contienda del 95. Estos rotativos, además de insertar disposiciones oficiales y partes militares, recogieron la literatura de combate, atenta a responder a los ataques y los infundios de la prensa integrista de las ciudades. También publicaban relatos, poemas y notas de humor. Según Fernando Portuondo del Prado, "[…] existió en la 'manigua' una poesía que por su pobreza formal no ha sido incorporada a las antologías escolares, pero que no careció de gracia ni de utilidad".[8]

José Martí en su momento también se preocupó porque toda la cultura material que se había creado durante la guerra no se perdiera, y elogió la poesía popular porque con ella se recordaban las hazañas y la gloria: "Tiene la guerra su poesía famosa, ya porque expresaba, en la forma ingenua y primeriza del mártir novel, los puros sentimientos que sacrificó alegre al de la patria, ya porque a filo de chiste le descabezaban al contrario una insolencia […]".[9]

[5] *Ibidem*, p. 83.
[6] Samuel Feijóo: *El saber y el cantar de Juan sin nada,* p. 243.
[7] *Ibidem*, p. 264.
[8] Fernando Portuondo del Prado: "La cultura entre los mambises del 68", en Sonia Almazán y Mariana Serra (comp.): Ob. cit., pp. 135-141.
[9] José Martí: *Los poetas de la guerra*, Universidad de La Habana, 1968, p. 2.

Los mismos héroes que ofrendaban su vida por la patria eran los que hacían esta poesía, en la que narraban "los combates y la amistad y el amor", que "[…] fueron puestos en rima o romances, inferiores siempre, por lo segundón y mestizo de la literatura en que se criaron […] Su literatura no estaba en lo que escribían, sino en lo que hacían. Rimaban mal a veces, pero solo pedantes y bribones se lo echarán en cara; porque morían bien".[10]

Así en la guerra, y específicamente durante la invasión, el soldado (cubano o español) cantaba para aliviar el hambre, la sed y el agotamiento de las largas caminatas de muchos días; reconfortar al compañero herido; pedir a la virgen de la Caridad del Cobre, devoción por excelencia de los mambises e, incluso, entre los soldados de los dos ejércitos, intercambiaban burlas, que por lo general describían los defectos personales de los principales jefes.

Un autor que se dedicó a recoger estas anécdotas jocosas ocurridas durante la invasión fue Israel Consuegra y Guzmán, quien alcanzó el grado de capitán. Consuegra pretendía con estos relatos describir la vida insurrecta, pues para él, solo podían resistir sus penalidades gracias a "[…] la heroica risa, que era tal vez el más alto exponente de la fuerza interior de cada hombre frente a la adversidad que lo rodeaba".[11]

Sobre los motivos que llevaron a muchos cubanos a incorporarse a la guerra del 95, Ortiz Veloz cuenta como en una ocasión, en el campamento, hablaban y discutían de las razones que los habían impulsado hacia los campos de la revolución. Entre motivaciones muy elevadas y otras de índole más práctica, resaltó enseguida la anécdota de uno de ellos, quien había robado un puerco y era perseguido por la Guardia Civil, a lo que el estudiante Solano, soldado mambí, le sacó una décima:

El pobre, como es lerdo,
una soga recogió,
pero luego resultó
que en la punta estaba un cerdo.
Y la justicia, con saña,
lo persigue con dureza
y hoy, por su mala cabeza,
hace guerra contra España.[12]

Sobre la forma de hacer la guerra, Veloz, también comenta acerca del significado de "estrategia" que manejaban los oficiales mambises:

> […] tantas veces [la] ha oído pronunciar en cuatro años y en nombre de la cual han caminado arriba y abajo, delante o detrás, a un lado y otro; persi-

[10] *Ibidem*, p. 3.
[11] Israel Consuegra y Guzmán: *Mambiserías. Episodios de la Guerra de Independencia (1895--1898)*, p. 9.
[12] J. J. Ortiz Veloz: *Historias de campamento,* p. 15.

guiendo unas veces, otras perseguidos […] continuamente lo mandan a él y a otro mambí a efectuar tiros a tropas bien pertrechadas en lo que varias ocasiones han salido heridos profiriendo maldiciones en la cual nuestras madres y la Madre de Dios son puestas al mismo nivel y el pregunta si esto que hacen no es locura o tontería […] pero consultó con varios oficiales que consideraba "ilustrados" porque habían tenido estudios y éstos consideraban que eso se llamaba "estrategia". Finalmente se pregunta: "¿es que los españoles no conocen ellos lo que es estrategia?"[13]

Cantos a acciones de guerra

Después de cada acción combativa, el vencedor cantaba sus victorias y se burlaba de algún desliz del bando contrario. Ya antes de la invasión, algunos ejemplos de esta poesía "choteadora" mambisa se habían puesto de manifiesto. Sobre la acción de Peralejo, en la zona de Bayamo, el 13 de julio de 1895, existe un escrito que surgió cuando S. M. Moreno, poeta cubano de la emigración le contesta al poeta español Manuel Palacios, que maldice a los insurrectos cubanos:

Coplero deslenguado,
solemne idiota,
¡cómo me ha divertido
lo de la bota!
Tú disparatas:
si en España no hay botas
sino alpargatas!
Un español tan solo
botas ha usado,
y al infeliz le dieron
mal resultado…
—el cuento es viejo—
me refiero a la bota de Peralejo,
un sofocón,
donde Martínez Campos
perdió un tacón;
y en la derrota
quedó el honor entero,
menos la bota.[14]

Ya durante la invasión, en Alquízar, todos los hombres se fueron tras Maceo cuando abandonó el pueblo. La musa popular, embriagada por el avance triunfal de los generales, se desbordaba ruidosamente en canciones, acompañadas de toda

[13] *Ibidem,* p. 20.
[14] Ismael Sarmiento: *Cuba. La necesidad aguza el ingenio. Cultura material en el Ejército Libertador de Cuba (1868-1898)*, p. 162.

clase de instrumentos, que alegraban los campamentos mambises establecidos en la provincia habanera, y que, años después, durante el primer cuarto de siglo siguiente a la epopeya invasora, se escucharon en talleres urbanos y hogares campesinos. Una de ellas, de manera singular, de autor anónimo; aunque se supone compuesta por los orientales que venían con Maceo desde Baraguá, reflejaba la situación de la guerra en enero de 1896:

Yo le pido al Soberano
que viva Máximo Gómez.
España, tu no te comes
al viejo dominicano.
El defiende a sus hermanos
porque tiene facultad,
y defendiéndolo está
toda la plana guerrera;
Maceo con la bandera
pidiendo la Libertad.

Martínez Campos creía
que Cuba iba a ser de España,
recorriendo la montaña
con piezas de artillería.
Y Maceo le decía:
váyase usted a La Habana:
yo con mi tropa cubana
y Máximo Gómez al frente,
hago a Cuba independiente
con pólvora americana.

Y en otra décima decía al final:

Y grita Maceo a su gente:
Máximo Gómez me ha dicho
que a él le va de capricho
ver a Cuba independiente.[15]

Por el éxito de las tropas cubanas, en La Habana se extremaba la vigilancia sobre los barrios obreros y las fábricas —especialmente las de tabaco, cuyos trabajadores, en su casi totalidad, eran simpatizantes de la Revolución—, pues existía el temor, por parte de las autoridades coloniales, de que estallara un movimiento insurreccional en la misma población, si Maceo amagaba un ataque sobre sus defensas exteriores. No obstante esos temores, que no dejaban de tener fundamento,

[15] El dominicano Emilio Rodríguez Demorizi recoge que estos versos eran cantados por "los rudos negros de la tropa de Ducasse". Véase Emilio Rodríguez Demorizi: *Maceo en Santo Domingo*, p. 149.

los voluntarios insolentes y provocadores, como de costumbre, para disimular su cobardía, cantaban a voz en cuello en cantinas y cafés:

El que diga que Cuba se pierde,
mientras Covadonga sea dueño de aquí
es un pillo, traidor, laborante,
canalla, insurrecto, cobarde, mambí…[16]

Arsenio Martínez Campos, preocupado porque la campaña invasora, seguía su curso indetenidamente, fortaleció la persecución de los invasores, con hombres y recursos que pedía de forma constante a España, mientras informaba que las tropas cubanas eran superiores a su número real y, por eso, los mambises obtenían las resonantes victorias, a pesar de todo el armamento sofisticado que poseían y la cantidad de soldados que, en número, superaba a los cubanos.

El sentido del humor, a pesar de la gravedad de los sucesos, no se perdía en algunos rotativos. *El Correo Militar* [periódico español] proponía, ante las mentiras que llegaban de Cuba, un modelo o plantilla fija para confeccionar los partes de guerra:

> […] de haber sido dispersada la partida de […] en […] por la columna de […] haciéndole […] muertos vistos y […] heridos y cogiéndole […] caballos, […] monturas, […] fusiles, […] machetes, y algunos otros efectos. Una partida de (500 ó 600) rebeldes atacó en […] a un destacamento de […] (15 ó 20) soldados que se defendieron heroicamente, rechazando al enemigo. Dícese que ha sido muerto el cabecilla X.[17]

La invasión continuó imparable hacia el occidente, la economía cubana sufrió inmensos daños, a las filas insurrectas se incorporaron nuevos combatientes. El prestigio internacional de la causa independentista nunca estuvo más alto. La situación en Cuba era calificada de triste. La idea de que el capitán general había fracasado fue repitiéndose en la voz de políticos y analistas. Finalmente, Martínez Campos fue destituido por incompetencia.

Por su parte, también los españoles, cuando ganaban en algún encuentro con los cubanos, se burlaban del vencido. Sobre el asalto a La Palma (Pinar del Río) en 1896, se escribió:

El día que aquí llegó
Maceo y Quintín Bandera
Con su cañón de madera
que en La Yaya reventó,
el artillero cayó
herido grave en el suelo […].[18]

[16] José Luciano Franco: *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*, t. III, p. 27.
[17] José Antonio Quintana García: "La Invasión en la prensa española" (II parte y final), en periódico *Invasor,* 5 de diciembre del 2015.
[18] Rafael Azcuy González: *Antonio Maceo y el asalto a La Palma*, p. 50.

Los luchadores independentistas en la guerra de Martí no solo tuvieron himnos, canciones y mambisadas. También tenían su doctrina: "El credo del mambí". A través de las memorias del doctor Luis de Jesús Morlote y Ruiz conocemos que en las unidades regimentales de Guantánamo se conocía esta doctrina, que se entonó a coro por los combatientes al entrar triunfante el Ejército Libertador en el poblado de San Anselmo de Tiguabos, en mayo de 1898.

> Creo en la Santa Tea Revolucionaria, en la comunión de todos los mambises, en la insurrección de Cuba, y en una vida perdurable sin odios, ni rencores, de libertad eterna. Creo en el insurrecto todo poderoso, creador de la manigua; creo en el Mambí, su único hijo, que fue concebido por obra y gracia de la Revolución, que nació de la América Virgen, padeció bajo el poder de España, fue crucificado, muerto y sepultado y al tercer siglo resucitó en Yara, subió hasta Guanes y está sentado en toda la isla de Cuba, desde aquí ha de vengar a sus muertos. Creo en el gobierno revolucionario, en el Ejército Libertador, en todos los patriotas. Creo en la Santa Tea Revolucionaria, en la comunión de todos los mambises, en la insurrección de Cuba y en una vida perdurable, sin odios ni rencores por la libertad eterna. Amén.[19]

La alimentación del mambí

Durante la guerra del 95, Fermín Valdés-Domínguez y Quintanó narró cómo después de largas y penosas marchas, no podían ni almorzar ni comer y, por la noche, lo único que se llevaban a la boca, a veces, era una raspadura. En una ocasión, el 23 de mayo de 1896, estaban en una prefectura en la zona oriental, Domínguez refiere que estaban pasando hambre: "[…] no hay aquí puercos, y ya se me acabó la manteca […] las comisiones de viandas no llegan […] con carne y plátanos movidos y *sebote* para cocinar, estamos pasando los días en esta célebre Prefectura, que por no encontrarse en ella nada que comer, se ha dado en llamar 'muela quieta'".[20]

El boniato irrumpía de forma asidua en relatos, correspondencia, diarios y demás documentos legados por los protagonistas de las gestas independentistas. Los mambises pasaban días y meses alimentándose solo de esta vianda. El soldado podía carecer de armas o de ropas, pero siempre intentaba llevar consigo un jolongo y dentro de él, un boniato. Por las noches, luego de una ardua faena, todo el placer se centraba en hacer pequeñas hogueras para asarlo. Incluso se consumía con cáscara, como el plátano, porque ¿quién sabía cuando se volvería a probar bocado?

Ante la escasez del boniato, el comandante Donato Soto lo bautizó como "el salvador". Ismael Sarmiento Ramírez, recoge una anécdota muy jocosa sobre la magia culinaria del movimiento libertador:

[19] José Sánchez Guerra: *Mambisas guantanameras*, p. 22.
[20] Fermín Valdés Domínguez: *Diario de un soldado,* t. I, p. 402.

> Se las arregló [Donato Soto] para anunciar un verdadero banquete compuesto de sopa, asado, postre y café en un día, como muchos otros en la manigua, en que había muy poco para arreglar el almuerzo. Copia Soto el menú en pedacitos de papel y usa para los comensales una larga mesa hecha de cujes, al igual que los asientos […] Llegado el momento: sopa de boniato. ¿El plato principal? Boniato asado. Como postre hubo boniatillo. ¿Café? Boniato quemado y rallado contra una piedra áspera, y el polvo hervido en agua. Todos saborearon el almuerzo. Hasta felicitaron al comandante Soto por hacer maravillas con tan poco.[21]

En repetidos momentos las fuerzas colonialistas sorprendieron campamentos insurrectos mientras se asaba boniato. Durante esa labor, la defensa flaqueaba, porque casi todos se concentraban más en la comida que en cumplir la vigilancia. De esos sucesos surgió la frase coloquial "lo cogieron asando boniato, o asando maíz", muy conocida en la región oriental de la Isla.

Por toda el hambre que sació el preciado tubérculo, José María Izaguirre e Izaguirre escribió un poema rebosante de amor y gratitud titulado "El boniato", del que recogemos los últimos versos:

El boniato
[…]
Cuando el cielo tienda,
cual limpia luminaria,
la estrella solitaria
su esplendorosa luz,
Te rendirán coronas,
y ver podrás entonces,
en mármoles y bronces
eternizar tu acción.
Admite mientras llega
tan suspirado día,
el himno que te envía
mi amante corazón.[22]

En el estado mayor del general José de Jesús de Monteagudo Consuegra se encontraba, de paso, el coronel José Miguel Tarafa Armas, un joven de extremada cultura, pulcro y acostumbrado a las sabrosuras de la vida regalada que disfrutan los adinerados y quien, sin embargo, al mismo tiempo era un veterano que sabía sufrir los rigores de la campaña. Un día en que ya no podía soportar más el hambre, le dijo a su asistente que le buscara algo de comer y le dio dinero. El hombre, preocupado, le dijo que no aparecía nada, a lo que el coronel respondió: "Bueno;

[21] Ismael Sarmiento: Ob. cit., p. 144.
[22] Emilio L. Herrera Villa: "Alimentación del mambí ¡El boniato salvador!", en revista *Bohemia*, 1.º de mayo del 2015, pp. 12-14.

pues hazme aunque sea, un picadillo de yerba de guinea, que cuando la barriga está vacía, lo que quiere es llenarse; y a mi lo mismo me da que sea de yerba de guinea que de rayos encendidos. Lo que a mi me interesa es comer".[23]

En cierta ocasión, un inglés, John W. Caldwell Smidt, conocido como el Ingés o Yack [*sic*], prestaba sus servicios en el regimiento de caballería Villaclara, del que fue segundo jefe. Por su valentía, serenidad y arrojo, este combatiente se había ganado la simpatía de todos los que lo conocieron. Un día de 1897, Yack y el capitán Delgado[24] salieron rumbo a Cruces, llegaron cerca del ingenio San Francisco y acamparon a orillas del río Arimao por Barajaguas (Las Villas), donde comieron y se prepararon para pasar la noche.

A la mañana siguiente, salieron los asistentes de Yack y el cubano a buscar algo de comer y lograron matar una jutía, dándole un balazo en el vientre que le perforó los intestinos y le dejó el excremento adherido a la piel. La jutía fue asada en una parrilla y cuando estuvo a punto, el cubano, como más vivo, se apoderó de la parte del lomo y le dejó lo demás al Inglés, que le fue arriba a la barrigada, con toda la sangre fría sajona que corría por sus venas, a pesar del sabor. Cuando ya la digestión estaba en funciones y se preparaban para tirarse a dormir en las hamacas, Yack se le acercó al cubano y le preguntó: "Oye, Cubano: ¿porquería de jutía no hace daño, chico?"[25]

También escaseaba el tan gustado ron o aguardiente de caña, amén de que a muchos grandes jefes no les gustaba que se bebiera en la tropa. José de Parra Quintero contaba que mientras estaba en la provincia de Oriente, en su escuadrón había un sargento al que le gustaba mucho el ron. Un día consiguió una botella, y para no darle a los compañeros, la escondió después de darse algunos tragos. En un momento de ausencia del sargento, los compañeros fueron al escondrijo de la botella y se tomaron todo el ron; después llenaron el recipiente de orina. Cuando el sargento regresó a su rancho, agarró la botella y se tomó un largo trago que no pudo pasar bien al notar el mal sabor. Al darse cuenta del engaño, se quería pelear con todos los compañeros. Su amigo, un alférez que ya estaba mareado por la bebida que se había robado, lo convenció de que el ron estaba descompuesto por estar mal tapado, y le explicó que había que amarrarle la tapa con alambre, "como se hace con la sidra". El sargento le contestó: "Pues mire, ya que usted, me ha *enseñao* una cosa que yo a la verdad no sabía, no me volverá a pasar lo que me ha *pasao* hoy, porque soy capaz de amarrarle la tapa aunque deje suelto al caballo. Pero que lástima de ron que se descompuso cuando *ma* falta hacía. Y yo creía que me lo habían *llenao* de *miao* […]".[26]

Además de pasar hambre, el mambí pasaba necesidades y apuros, Fermín Valdés-Domínguez cuenta en su *Diari*o que, cuando un grupo de expediciona-

[23] Israel Consuegra y Guzmán: Ob. cit., pp. 65-67.

[24] Suponemos que se trata de Pedro Delgado Carcache, quien para esa fecha ya era coronel y alcanzó el grado de general de brigada. Por esa época se sabe que combatía en San Francisco, Villa Clara.

[25] *Ibidem*, pp.73-74.

[26] José de Parra Quintero: *El campamento mambí.* Crónica dialoguística de la guerra de independencia de Cuba, pp. 37-38.

rios se encontraban en los cayos al sur de la Florida (Pine Key) para zarpar rumbo a Cuba, tuvieron que esperar muchos días en ese lugar para poder viajar a la patria amada. Allí, además de las incomodidades y el hambre, tuvieron que lidiar con los mosquitos. Valdés-Domínguez copió en su diario, la glosa que R. Sánchez le dedicó a estos infernales insectos, remedando un poema de Gustavo Adolfo Bécquer. Reproducimos las últimas estrofas:

[…]
Volverán a emigrar, si el cruel destino
La victoria nos llega a arrebatar,
Para China, Siberia, El Congo, Arabia,
Australia, el Indostan…

Pero al célebre Cayo, donde han visto
En la hoguera el mosquito procrear,
Allí…, lo han jurado una y mil veces,
Ni muertos volverán.[27]

Acerca de la ropa que cubría los enflaquecidos cuerpos de los mambises, aunque muchos insurrectos carecían de ellas y solo llevaban taparrabos o verdaderos ripios, en los que habitaban más caránganos (piojos) que tela, Consuegra decía que estos endemoniados insectos tenían la rarísima cualidad de ser españoles e insurrectos al propio tiempo.

> Su condición de hispanos la demostraban los muy condenados, porque nos chupaban la sangre hasta la última gota y no nos dejaban un momento de tranquilidad, ya que nos tenían constantemente ocupados en rascarnos para buscar alivio de sus lancetazos; y la de insurrectos la evidenciaban no dejándonos dormir a piernas sueltas, para salvarnos de las sorpresas del enemigo.[28]

Cuando el mambí en el campamento y al pie de las hogueras se entretenía en matar caránganos, se divertía apostando a que los suyos estaban más gorditos y hermosos, "[…] lo que quería decir que en ellos había terreno abonado para la reproducción y mucha mayor cantidad de 'churre' para conservarlos".[29]

A Weyler se le dedicaron varias poemas y cuartetas folclóricas, en las que los mambises se burlaban, incluso, de sus desmanes:

Al general Valeriano
cuando se vaya de aquí
le llamarán Valerí
porque habrá perdido el ano.[30]

[27] Fermín Valdés-Domínguez: Ob. cit., t. I, p. 51.
[28] Israel Consuegra y Guzmán: Ob. cit., pp. 55-56.
[29] *Ibidem*.
[30] Samuel Feijóo: Ob. cit., pp. 264-265.

El ilustre patriota D. José Silverio Jorrín Bromosio, le regaló:

Mirada de reptil, cuerpo de enano,
Instinto de chacal, alma de cieno,
Hipócrita, cobarde, vil y obsceno
Como el más asqueroso cuadrumano.
[…]
Hasta al mismo Satán convierte en bueno
Esta excrecencia del linaje humano.
[…]
Este horrible montón de vil materia
[…].[31]

De igual modo, se atacó, mediante el choteo, a otros reaccionarios hispanos:

A un español recalcitrante

—Díme, patón mal nacido,
¿Quién fué a tu tierra a buscarte?
¿Fue algún cubano a llamarte
Para que tu hayas venido?
Aquí te has aparecido
Sin camisa y sin calzones
Con tus grandes zapatones
Y un jabuquito en las manos,
Y por eso los cubanos
Le tiran a los patones.[32]

Los españoles contra los oficiales cubanos

En España, mientras la invasión se iba desplegando con éxito por toda la Isla, la prensa reaccionaria escribía que la revolución cubana era obra de unos cuantos negros, más bandidos que otra cosa —como Maceo y Juan Gualberto Gómez Ferrer— con el auxilio de blancos miserables y sin influencia alguna en el país; un pobre poeta —Martí— y un traidor dominicano —Gómez—, alentados por algunos comerciantes americanos. Precisaban, además, que bastaba la presencia de unos millares de bayonetas para que todos huyeran cobardemente. Y el pueblo español cantaba entusiasmado:

Con las barbas de Maceo
vamos a hacer escobas
para barrer los cuarteles
de las tropas españolas.[33]

[31] Manuel Martínez-Moles: *Contribución al folklore. Tradiciones, Leyendas y anécdotas espirituanas,* t. III, p. 221.
[32] *Ibidem*, p. 109.
[33] José L. Franco: Ob. cit., t. III, p. 34.

El chileno Carlos Dublé Alquízar, capitán del Ejército Libertador y ayudante de campo del mayor general Pedro Betancourt Dávalos durante la guerra del 95, manifestó al respecto:

> […] cuando la furia de los españoles llegaba al bemol y al do; le gritaban a los cubanos:
> —C…, salgan a la cancha, hijos de monos y aura!
> Los cubanos que emplean un vocabulario popular, pariente muy cercano del nuestro, les contestaban a su vez:
> —Pa' su madre!
> Y como los españoles son los hombres que más respetan y quieren a la madre, contestaban entonces más furiosos que nunca:
> —C…, no mentéis a la madre![34]

Los mambises también hacían caricaturas de sus compañeros y hasta de sus propios jefes. Fermín Valdés-Domínguez consideraba a los miembros del Gobierno de la República en Armas como majaes que no hacían nada productivo, incluso decía: "[…] va con nosotros el Gobierno como impedimenta peligrosa exhibiendo sus miserias".[35] Recogió, además, en su *Diario*, los motes que les ponían los mismos mambises, y añadió: "Y, a propósito del Gobierno, me reía hoy porque alguien le ha puesto por mote Isla de Pinos, por aquello de que a este lugar manda el Gobierno español a los vagos".[36]

De esa forma, jocosa, siempre cargada de ingenio, el choteo mambí enfrentó las difíciles situaciones creadas durante la invasión de oriente a occidente. Estas muestras de cubanía no hacen otra cosa que confirmar el hilo indisoluble que une al cubano de entonces con el de hoy: su capacidad de ver felicidad y esperanza, sin importar lo difícil que sea el camino.

[34] Ismael Sarmiento Ramírez: "Mambises y gorriones. Los apodos de los soldados cubanos y españoles durante las guerras independentistas", en revista *Del Caribe,* no. 42, 2003, p. 57.
[35] Fermín Valdés: Ob. cit., t. III, p. 43.
[36] *Ibidem.*

La divulgación de la campaña invasora en la emigración y el Diario de la invasión, *testigo patrimonial de una heroica hazaña*

Damaris A. Torres Elers

El 22 de enero de 1896, las fuerzas mambisas al mando del mayor general Antonio Maceo entraron a Mantua, recóndito sitio de Pinar del Río. Finalizaba así una de las hazañas militares más audaces del siglo XIX latinoamericano: la marcha invasora a occidente, iniciada el 22 de octubre de 1895 en Mangos de Baraguá, símbolo de intransigencia y radicalización revolucionaria durante la Guerra de los Diez Años.

Mediante la estrategia invasora se logró extender la revolución a todo el país. En 92 días se recorrieron 1797 leguas, se libraron 27 acciones combativas, se ocuparon 22 poblados y se capturaron 2120 fusiles, 82 690 proyectiles, tres cañones y 3000 caballos.[1]

[1] José Miró Argenter: *Extracto de las operaciones militares realizadas por el Ejército Invasor al*

Damaris Amparo Torres Elers

Doctora en Ciencias Históricas. Investigadora y profesora titular de la Universidad de Oriente. Autora de libros y artículos de temática histórica. Miembro correspondiente nacional de la Academia de la Historia de Cuba. Vicepresidenta de la filial provincial de la Unhic y miembro de la SCJM en Santiago de Cuba.

Por su trascendencia, la invasión al occidente fue objeto de muchos estudios en los que numerosos protagonistas y estudiosos de nuestra gesta independentista de 1895-1898, plasmaron sus vivencias e investigaciones sobre el tema.[2]

No obstante, existen asuntos relativos al tema que merecen el requerido tratamiento. No es común el acercamiento a objetos y documentos testigos de la epopeya, razón que justifica este trabajo sobre el diario llevado por el general José Miró Argenter durante la marcha hacia el occidente.

La campaña invasora en la emigración

La campaña a1 occidente fue divulgada en la emigración por diversos periódicos que publicaron noticias sobre el acontecimiento, se destacan entre ellos *Patria* y *El Porvenir,* en Nueva York, y *El Pabellón Cubano,* en Costa Rica.

En *Patria* vieron la luz varios documentos emitidos por el general en jefe Máximo Gómez: partes y cartas con informaciones sobre acciones combativas libradas en la manigua redentora, como la batalla de Mal Tiempo, así como la valentía demostrada por Gómez y Maceo en la conducción de la acción.[3] También se publicaron informes de corresponsales entre ellos Demajagua, quien desde La Habana, trasmitía cuestiones relacionadas con la situación en occidente, el estado de ánimo en la población, la campaña invasora y acciones combativas destacadas como el combate de Coliseo; este periodista calificó el lazo de la invasión como "¡Una jugada verdaderamente napoleónica!",[4] que abrió el camino hacia occidente.

Acerca del impacto de la campaña invasora, *Patria* reprodujo el artículo publicado por la redacción del periódico *The Sun* el 14 de enero de 1896:

---

mando del lugarteniente general Antonio Maceo desde su salida de Oriente hasta su llegada a Mantua provincia de Pinar del Río, Imprenta El Diarito, San José, Costa Rica, 1896; en Biblioteca Nacional José Martí (BNJM): *Manuscritos.*

[2] Se destacan protagonistas de aquella gesta como José Miró Argenter: *Cuba: Crónicas de la guerra*; José Llorens: *Con Maceo en la invasión*; Manuel Piedra Martel: *Campañas de Antonio Maceo en la última guerra de independencia*. De los estudiosos del tema se destacaron durante la República: Francisco Ponte Domínguez: *La idea invasora y su desarrollo histórico*; Juan J. E. Casasús: *La invasión, sus antecedentes, sus factores, su finalidad*; René Reyna Cossío: "Estudios históricos militares sobre la guerra de Independencia (Monografía sobre la invasión), en *Cuadernos de Historia Habanera* no. 59 y "El lazo de la invasión", en *Cuadernos de Historia Habanera* no. 61. En el periodo revolucionario sobresalen Amado Palenque: *La campaña de invasión*; Bárbaro Pérez Colina: "Ciego Potrero y la bandera de la invasión", en revista *Siga la marcha,* no. 6, pp. 34-38; Aisnara Perera: *Antonio Maceo. Diarios de campaña* (comp., intr. y notas); Enrique Giniebra Giniebra y Juan Carlos Rodríguez Díaz: *La invasión de Antonio Maceo en Pinar del Río*, entre otros.

[3] Fermín Valdés-Domínguez: "Carta de Cuba Libre", texto en el que relata sus vivencias en el combate de Mal Tiempo, *Patria,* Nueva York, no. 223, 19 de febrero de 1896, p. 2. Entre las cartas de Máximo Gómez a Tomás Estrada Palma divulgadas, pueden citarse las del 8 y 11 de noviembre 1895 acerca del estado de la guerra, publicadas en *Patria* no. 205, 18 de diciembre de 1895, p. 1.

[4] "Correspondencias de Cuba", en *Patria*, no. 214, 14 de enero de 1896, p. 2.

> No sabemos adónde acudir, en libro alguno militar, por la historia de una campaña como la sostenida por los revolucionarios cubanos contra el poder de España. Si de ella se dijese que era extravagante en su audacia no sería satisfactoria la expresión […] La habilidad de la estrategia del jefe revolucionario y la bravura de los patriotas bajo su mando, jamás han sido sobrepujadas en ninguna guerra de que tenemos memoria […] es una campaña que jamás ha sido superada en la historia militar.[5]

Por su parte, en *El Porvenir,* además de partes de guerra acerca del curso de la invasión, se divulgó una valiosa información acerca de la bandera bordada por las camagüeyanas,[6] donada al presidente Salvador Cisneros Betancourt para que fuese llevada de manera triunfal hasta occidente, entregada por este al general Antonio Maceo en la concentración de las tropas invasoras y el Consejo de Gobierno a las 6.00 de la mañana del 5 de diciembre, después del cruce de la trocha de Júcaro a Morón, el encuentro con Máximo Gómez en la región avileña conocida como Lázaro López, y las acciones combativas de Trilladeritas e Iguará, favorables a las fuerzas insurrectas. Entre discursos, vítores, arengas y los acordes de la banda de música, el presidente depositó en manos del mayor general Antonio Maceo la bandera para que fuese llevada de manera triunfal hasta occidente como premio al "Patriotismo, valor é inteligencia del invicto general".[7]

Igualmente se publicó íntegra la carta del presidente Salvador Cisneros Betancourt al Titán de Bronce:

> Y bien pecaría de injusto este Gobierno, sería censurable su conducta, si dejando de interpretar fielmente el pensamiento de aquellas no realizara con la espontaneidad que lo siente, el acto justo de entregar tan preciosa joya al valiente general Antonio Maceo, designado por nuestro digno General en Jefe, podrá con sus heroicos soldados, llevarla hasta el fin de nuestra gloriosa empresa, haciéndola ondular airosamente en el castillo del Morro, á la entrada de la Capital […] Sírvase usted, General, aceptar tan preciado obsequio, y plegue á la naturaleza colmarla de tantas glorias como heroicidades para conquistarla tiene hechas el abnegado pueblo cubano.[8]

El lugarteniente general, que siempre apreció el valor de la contribución femenina a la causa redentora, a nombre del contingente invasor, reciprocó la gentileza

[5] "Una campaña de prodigios", en *Patria*, no. 214, ob. cit., p. 3.

[6] A propuesta de Belén Agüero de Betancourt se creó una comisión encargada de confeccionar una bandera para remitirla al presidente, como símbolo de patriotismo. Cooperaron en el empeño las hermanas Dídima y Josefina Guerra Argilagos, a quienes se dio la misión de recaudar dinero entre las numerosas compatriotas; Luisa Agramonte, encargada de comprar las telas con la calidad y colores necesarios; Belén Agüero, que la confeccionaría y Cristina Zayas, que bordaría la estrella solitaria. Cfr. Armando Caballero: *La mujer en el 95*, p. 100.

[7] "Carta de Salvador Cisneros Betancourt al mayor general Antonio Maceo", 30 de noviembre de 1895, en *El Porvenir*, 16 de marzo de 1896, p. 2.

[8] *Ibidem.*

y elogió la noble acción de las camagüeyanas y su patriótico gesto, aun cuando consideró inmerecidos los elogios recibidos, pues con su acción solo cumplía con su deber de patriota:

> No acierto a explicar con palabras el sentimiento de gratitud que ha despertado en las fuerzas del Contingente Oriental, ni la que yo os debo, por haberme hecho depositario de la bandera de nuestra naciente República, que arreglada por exquisito arte por las virtuosas hijas del Tínima, tan dulces y tiernas en el hogar doméstico como heroicas en defensa de su honra, fue regalada al Gobierno Provisional, más que como símbolo de nuestra Independencia como una promesa de ayudarnos en esta grandiosa obra con los recursos inapreciables que la Naturaleza ha puesto en la mujer para dirigir al hombre en las arduas empresas de la vida [...] al aceptar tan honorífica preferencia, tenga usted la seguridad y hágalo así saber á los meritísimos miembros del consejo —que todos mis conatos se dirigirán á ver tremolar esa bandera allí donde el muro esté más artillado, por ser el último baluarte de la dominación española en América.[9]

Con relación a este acontecimiento, Armando Caballero refiere que el presidente Cisneros Betancourt "[...] comisionó al coronel José Clemente Vivanco, Secretario del Consejo de Gobierno para que le hiciera entrega de la bandera del Gobierno al mayor general Antonio Maceo".[10] Al respecto, José Miró Argenter escribió:

> [...] el Presidente de la República puso en manos del invicto caudillo de Oriente, Gral. Maceo, la lujosa bandera bordada por las bellas hijas del Tínima para que fuese emblema de la patria cubana y la insignia triunfal de nuestra invasión á Occidente, información corroborada por los generales Bernabé Boza, José Rogelio Castillo en sus anotaciones correspondientes a ese día y por el propio Presidente en carta a Tomás Estrada Palma del 6 de diciembre de 1895.[11]

Asimismo, se publicaron informaciones de Juan Maspón sobre el curso de la campaña invasora y de Federico Pérez Carbó sobre la acción de Mal Tiempo, que abrió las puertas hacia occidente.[12]

[9] "Carta de Antonio Maceo a Salvador Cisneros Betancourt", 5 de diciembre de 1895, en *El Porvenir,* 16 de marzo de 1896, ob. cit.

[10] Armando Caballero: Ob. cit., p.101.

[11] José Miró Argenter: *Extracto de las operaciones militares realizadas por el ejército invasor al mando del lugarteniente general Antonio Maceo desde su salida de Oriente hasta su llegada a Mantua provincia de Pinar del Río,* p. 5; Bernabé Boza: Ob. cit. t. I, p. 55; José Rogelio Castillo: *Autobiografía,* p. 31; Elda Cento Gómez y Ricardo Muñoz Gutiérrez: *Salvador Cisneros Betancourt: entre la controversia y la fe,* p. 275.

[12] Federico Pérez Carbó (1955-1850): "Desde Cuba libre" y "Carta de Juan Maspón a Tomás Estrada Palma", 2 de diciembre de 1895, p. 2, en *El Porvenir*, no. 313, 2 de marzo de 1896.

No menos valiosa resultó la divulgación en Costa Rica, donde el periódico *El Pabellón Cubano* mantuvo información sobre la marcha de la invasión en las Secciones "Noticias de la guerra" y "De Cuba Libre", tales como la letra del "Himno Invasor", escrito por Enrique Loynaz del Castillo al paso de la columna invasora por la finca La Matilde, Camagüey; documentos emitidos por el general en jefe Máximo Gómez y partes sobre acciones combativas libradas en la manigua redentora.[13] También se publicó una serie de varios artículos con el título "Rasgos: episodios de la actual revolución", del coronel Federico Pérez Carbó con informaciones acerca de la campaña invasora y las principales acciones combativas dirigidas por Gómez y Maceo, de la cual fue protagonista, en especial las libradas en Sancti Spíritus, Matanzas, La Habana y Pinar del Río.[14]

El Diario de la invasión

Es innegable la amplia divulgación que se realizó acerca de la campaña invasora por parte de la prensa independentista en la emigración; pero, sin dudas, la publicación que más impacto causó fue el *Diario de la invasión,* llevado por José Miró Argenter.

En el año 2001, la Dra. C. Aisnara Perera Díaz reprodujo los manuscritos del *Diario de la invasión*, escritos por José Miró Argenter por orden del mayor general Antonio Maceo, conservados en el Fondo Guerra de 1895, en el Archivo de la Oficina del Historiador de la Ciudad. La autora llamó la atención acerca de dos manuscritos con similares características:

> Del *Diario de la invasión* aparecen dos ejemplares con igualdad de contenido, pero con distinta letra. Uno está escrito con letra bastante clara y perfilada, mientras que el otro tiene una letra más común y algo redondeada. Ambos diarios tienen apéndice y notas, copiados una sola vez con un carácter muy parecido al del "Manuscrito de Crónicas de la Guerra", pero un poco más descuidado.[15]

Resulta reveladora la edición de los *Diarios de campaña* del mayor general Antonio Maceo, pues la autora reproduce los documentos hallados en el Archivo de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana a los que incorporó anotaciones aclaratorias muy válidas para todo estudio que se realice al respecto. Sin embargo, no se trata de un documento inédito, pues dicho diario había sido publicado

[13] Enrique Loynaz "El Himno Invasor", no. 12, 4 de enero de 1896, p. 4. Entre las cartas de Máximo Gómez a Tomás Estrada Palma divulgadas, pueden citarse las del 8 y 11 de noviembre de 1895 sobre el estado de la guerra en los números 15 y 81 del 25 de enero de 1896 y el 7 de febrero de 1897, pp. 3 y 2 respectivamente.

[14] Federico Pérez Carbó: "Rasgos: episodios de la actual revolución", en *El Porvenir*, nos. 32 al 40, del 19 de abril al 17 de mayo de 1896. De este autor también se publicó "Antonio Maceo en Pinar del Río", en *El Porvenir,* no. 64, 11 de octubre de 1896, p. 4.

[15] Aisnara Perera Díaz: Ob. cit., p. 4.

y divulgado en la emigración en 1896, en especial en Costa Rica, Panamá y Nueva York, acerca de lo cual queremos esbozar algunos apuntes.

La divulgación del Diario de la invasión *en San José, Costa Rica*

La divulgación del acontecer en la manigua fue una de las tareas encomendadas por el mayor general Antonio Maceo a su esposa, poco antes de partir el 25 marzo de 1895 hacia Cuba en la expedición del *Adirondack,* primero, y el *Honor* después. "Procuraré escribirte las cosas de la Revolución, para que con ellas tengas á la prensa al corriente de lo que ocurra en el campo".[16]

Tal como había prometido, Antonio Maceo le enviaba con regularidad informaciones sobre el curso de la guerra, acciones combativas y acontecimientos de la manigua en cartas y ejemplares de *El Cubano Libre* que ella, a su vez, facilitaba a la prensa para su difusión.

Gracias a su colaboración, periódicos como *El Pabellón Cubano,* en San José, Costa Rica, dieron a conocer los éxitos militares del lugarteniente general y desmintieron las falsas noticias acerca de heridas o muerte en combate de Antonio Maceo, difundidas con toda mala intención por el Gobierno español, como la supuesta herida recibida por el Titán de Bronce en octubre de 1895, acerca de lo cual se publicó el texto del cablegrama enviado por la Delegación del Partido Revolucionario Cubano a María Cabrales en el que refiere "Noticia herida falsa".[17]

Asimismo, en este periódico se mantuvo información sobre la marcha de la invasión y sus resultados, para lo cual se nutrían de noticias tomadas de otros periódicos, cuya posición siempre aclaraban. Al respecto, se publicaron varios artículos del coronel Federico Pérez Carbó, con informaciones acerca de la campaña y las principales acciones combativas dirigidas por Gómez y Maceo, de la cual el autor fue protagonista; en especial, se refirió a enfrentamientos librados en Sancti Spíritus, Matanzas, La Habana y Pinar del Río.[18]

Tras concluir la campaña invasora a occidente, el Titán ordenó a su jefe de Estado Mayor, José Miró Argenter, la reproducción del diario que este había llevado durante la marcha; así, el 14 de febrero de 1896, el general Maceo escribió a su esposa acerca de los resultados de la invasión y le envió lo que evidentemente es una de las copias manuscritas del dicho diario:

> La invasión que para propios y extraños parecía imposible, se ha realizado sin grandes escollos, pocas bajas no obstante tener un combate cada tres

[16] "Carta de Antonio Maceo a María Cabrales", 25 de marzo de1895, en SCEHI: *Antonio Maceo. ideología política: cartas y otros documentos,* t. 2, p. 12. Una muestra del entusiasmo de la patriota ante los éxitos del esposo es la carta a Juana Herrera de Ferrera del 18 de diciembre, en la cual le comunica: "La guerra sigue como un volcán que se abre paso por [donde] quiera sin que haya obstáculo que interrumpa [su] impetuosa carrera. Antonio y Gómez están en [Las] Villas y se dice de grandes batallas ganadas por nuestros valientes guerreros. Viva Cuba Libre", en Nydia Sarabia: *María Cabrales*, p. 68.

[17] "Noticia falsa", en *El Pabellón Cubano*, San José, Costa Rica, no. 1, 27 de octubre de 1895, p. 4.

[18] Federico Pérez Carbó: Ob. cit., en *El Pabellón Cubano*, nos. 32 al 40, del 19 de abril al 17 de mayo de 1896.

días. Contamos en tres meses 35 fuegos de sensación pública. En una palabra la copia que adjunto te explicará cuanto se ha hecho para llegar al extremo final de la Isla, de triunfo en triunfo.[19]

En la misiva no se indica la publicación del texto; pero consciente de la importancia de informaciones como estas, tan pronto la heroína recibió la misiva, procuró su divulgación para conocimiento y elevación del fervor patriótico en la emigración y la entregó al representante de Tomás Estrada Palma en Costa Rica, Joaquín Alsina Espinosa, quien reconoció su valiosa cooperación a la causa independentista al poner a su disposición, las informaciones recibidas sobre la marcha invasora, y decidió su rápida edición.

El documento fue publicado en la imprenta El Diarito, en San José, Costa Rica, con el propósito de, además de divulgar la hazaña, recaudar fondos con el producto de su venta. El 7 de abril de 1896 ya se encontraba listo, tal y como evidencia la siguiente carta de Alsina:-

Por conducto de la Señora María Maceo se ha recibido aquí un Extracto de las operaciones realizadas por el Ejército Libertador escrito por el Brigadier Jefe de Estado Mayor José Miró. He decidido tirar un número regular de folletos que serán vendidos a peso, y cuyo producto, después de descontados los gastos se destinará a engrosar los fondos de la suscripción abierta a favor de los heridos de la campaña de Cuba.[20]

Con el propósito de llamar la atención y estimular la compra por los emigrados, el 30 de abril, el periódico *El Pabellón Cubano* comenzó a divulgar la publicación y venta del referido folleto por el valor de 1.00 peso.[21]

De manera que la publicación del *Diario de la invasión* en San José Costa Rica está muy relacionada con la labor revolucionaria y propagandística de María Magdalena Cabrales Fernández y el club Hermanas de María Maceo, presidido por ella, quien, a la vez, puso gran empeño en la divulgación del documento mediante su contribución personal a la venta, como evidencia el balance de tesorería del club, en el cual se refiere el ingreso de 43.00 pesos en mayo y 27.50 en julio por este concepto. [22]

[19] "Carta de Antonio Maceo a María Cabrales", 14 de febrero de 1896, en Gonzalo Cabrales: *Epistolario de héroes: cartas y otros documentos históricos,* p. 66.

[20] ANC: *Correspondencia diplomática de la Delegación Cubana en Nueva York durante la Guerra de Independencia de 1895 a 1898,* t. II, p. 169; "Carta de Joaquín Alsina a Tomás Estrada Palma", 7 de abril de 1896, en BNJM: *Manuscritos;* José Miró Argenter: *La guerra de Cuba.* En Costa Rica dadas las restricciones del gobierno, las suscripciones y colectas debían enmascararse en el fin humanitario del socorro a los heridos, pues estaba prohibido el envío de recursos para la guerra.

[21] *El Pabellón Cubano*, no. 35, 30 de abril de 1896, p. 3.

[22] Damaris A. Torres Elers: *María Cabrales: una mujer con historia propia,* p. 361.

Los folletos fueron conocidos y distribuidos también en Panamá, pues hasta allí la patriota envió 25 ejemplares al doctor Manuel Coroalles Peña,[23] con el objetivo de propiciar su divulgación y remisión del producto de la venta a la Delegación como contribución a la próxima expedición hacia Cuba Libre:

> Mi esposo el Gral. Antonio Maceo me remitió relación de su marcha de Oriente a Occidente y como me dice que están muy faltos de materiales de guerra, he creído conveniente, después de oída la opinión de nuestro representante en esta, Sr. Alsina, imprimir en forma de folleto datos que los buenos cubanos se alegraran de saber y como es notorio y proverbial su patriotismo de U. me tomo la libertad de remitirle por este mismo correo 25 ejemplares a 50 c oro para que U por medio de su agente los coloque entre los buenos patriotas residentes en esa ciudad [...] su producto puede remitirlo a mi nombre dirigida al apartado del Sr. Pochet y yo lo entregaré al Sr Alsina para que sin pérdida de tiempo lo remita a nuestro [activo] y digno representante Sr. Estrada Palma, para la ayuda de la muy próxima expedición que se mandara á Cuba; así pues estimado Dr., espero de su actividad y patriotismo la pronta remisión del valor de los folletos, seguro de que su inversión será para ayudar la pronta realisación de nuestra independencia.[24]

El documento, como señaló Antonio Maceo a su esposa, es un resumen del curso de la invasión, por lo que no va al detalle de las acciones combativas libradas; el material en cuestión brinda una imagen de la magnitud de la obra emprendida por los cubanos y el estado de las fuerzas que la ejecutaron. El texto cuenta con 31 páginas y ofrece datos acerca de la composición del ejército invasor, su estructura, itinerario, distancia recorrida desde la salida de Mangos de Baraguá el 22 de octubre de 1895 hasta su llegada a Mantua el 22 de enero de 1896.

> La columna a su partida de Baraguá estaba compuesta de 1200 hombres, (500 infantes y 700 ginetes), contando en ese número el Estado Mayor. La sanidad, la escolta del General y la del Gobierno. La infantería al mando del Brigadier Quintín Bandera y la caballería al de igual graduación Luis de Feria. El alto personal del Gobierno con el venerable patricio Salvador Cisneros marchaba en medio de la columna seguido de su escolta y de la banda militar.[25]

De igual manera se incluyeron notas explicativas y también un apéndice, encaminado a desmentir las falsas noticias difundidas por la prensa integrista —*La Lucha, La Discusión* y *El Diario de la Marina,* entre otros— con el propósito de minimizar los éxitos del Ejército Libertador.

[23] Manuel Coroalles y Peña (1836-1906): Médico espirituano radicado en Panamá desde el periodo de la Guerra de los Diez Años, cooperó con la causa independentista cubana, en especial, durante el Plan Gómez-Maceo y la guerra del 95.

[24] "Carta de María Cabrales a Manuel Coroalles", 16 de abril de 1896, en Damaris A. Torres Elers: Ob. cit., pp. 239-240.

[25] José Miró Argenter: *Extracto de las operaciones…,* p. 1; en BNJM: *Manuscritos.*

El texto cuenta además con un resumen de la distancia recorrida (379 leguas) por la columna invasora desde su salida de Holguín el 3 de noviembre de 1895, hasta su llegada a Mantua el 23 de enero de 1896, incluidos los campamentos, el número de armas y proyectiles capturados al enemigo en la campaña, las bajas sufridas y los combates donde se produjeron: "[…] muertos 12 jefes, 10 oficiales y 17 individuos, heridos 17 jefes, 53 oficiales y 90 individuos. Total de bajas 199".[26]

Si bien en el inicio del relato se señala la partida desde Mangos de Baraguá el 22 de octubre de 1895, en el resumen se ubica la salida y se calcula la distancia desde Mala Noche, Holguín, el 3 de noviembre. Se esclarece que no se tuvieron en cuenta las bajas sufridas por la brigada al mando del general Quintín Bandera ni las de Gómez luego de su separación de Maceo en Hoyo Colorado.

Se concluye con la siguiente apreciación: "Martínez Campos movió todas las columnas disponibles para batir al general Maceo, durante su marcha invasora por dicho territorio, confiando el éxito de las operaciones á los generales Suárez Valdés, García Navarro, Prats, Luque, Echagüe, Canella, Madan y coroneles Molina y Arizón, con un contingente de 14 000 hombres".[27]

La divulgación del Diario de la invasión *en Nueva York*

En Nueva York, debe destacarse la publicación por Enrique Trujillo en *El Porvenir* del resumen incluido en el folleto editado en Costa Rica con el título de "La invasión de Oriente":

> En San José de Costa Rica se ha impreso un folleto, tal vez por iniciativa de la señora esposa del invicto caudillo de Oriente, Antonio Maceo, el Extracto de las operaciones militares realizadas por el Ejército invasor al mando de aquel desde su salida de Holguín hasta su llegada a Mantua. Precisamente de esos valiosos documentos, escritos por el Jefe de Estado Mayor señor Miró, fue portador a la Delegación Cubana el Coronel señor Federico Pérez Carbó, según lo dijimos en su oportunidad.
> Una copia fue á la señora de Maceo, y por tanto, es de suponer que ella es quien le ha dado publicidad. El resumen de tan valioso documento dice así […]".[28]

Por su parte el delegado Tomás Estrada Palma solicitaba al general Antonio Maceo informaciones para divulgarlas en la emigración: "Mucho le agradeceré que mande copia de los partes de operaciones y ejemplares de *El Cubano Libre* que tal vez pueda reimprimir para hacerlo circular con profusión".[29]

[26] *Ibidem,* p. 31.
[27] *Ibidem,* p. 29.
[28] *El Porvenir*, 18 de mayo de 1896, Nueva York, no. 324, p. 1.
[29] "Carta de Tomás Estrada Palma a Antonio Maceo", Nueva York, 23 de octubre de 1895, en *Correspondencia de la Delegación Cubana de Nueva York*. t II, p. 94.

En cumplimiento de su promesa de informar el resultado de la marcha invasora, Antonio Maceo comisionó al coronel Federico Pérez Carbó, a quien se le había otorgado licencia para viajar a esta ciudad con el fin de reponerse de las heridas recibidas en el combate de El Garro, para que llevara el *Diario de la invasión:*

> Le comisiono a la vez para que entregue usted al Delegado señor Tomás Estrada Palma los pliegos oficiales que recibirá con esta [...] Al llegar sírvase informar, como usted sabrá hacerlo, de todo lo que juzgue necesario para dar al señor Delegado cabal idea del estado de la Revolución y de la opinión general del país.[30]

Estrada Palma indicó la publicación del documento con el título: *La invasión de Occidente: partes oficiales publicados por el C Tomás Estrada Palma, Delegado Plenipotenciario del Gobierno de la República de Cuba.* El 29 de julio de 1896, el periódico *Patria* anunció la salida del folleto por el precio de 50 centavos, cuyo producto también se destinaría a gastos de la guerra.[31]

Este diario fue editado por el patriota puertorriqueño Sotero Figueroa Fernández en la imprenta América, en Nueva York. A diferencia del publicado en San José, Costa Rica, se registra como publicado por Tomás Estrada Palma. Es más extenso que el publicado en Costa Rica, pues cuenta con 54 páginas ya que se le incorporaron otros documentos recibidos por el delegado desde el campo insurrecto y otros al parecer elaborados por el editor. A saber:

- Un mapa de la invasión que señaliza el recorrido de la columna invasora desde Mangos de Baraguá hasta Mantua y los principales combates desarrollados. Se destacan los de Guaramanao, Lavado, Iguará, Mal Tiempo, Coliseo, Calimete, Güira de Melena y Cabañas, entre otros.
- Tres tablas explicativas: la primera relacionada con las bajas en muertos y heridos, ocurridas en el Ejército de Oriente durante la campaña invasora desde el combate de Guaramanao, Las Tunas, el 7 de noviembre de 1895, hasta el de Tirado, Pinar del Río, el 19 de enero de 1896, detallando su jerarquía militar, es decir jefes, oficiales y soldados y total; la segunda sobre el armamento y municiones capturados al enemigo, especificando los sitios donde se efectuó, y la tercera, con detalles acerca de los campamentos y distancias en leguas recorridas por la columna invasora desde su salida de Holguín el 3 de noviembre de 1895, hasta su llegada a Mantua (Pinar del Río), el 23 de enero de 1896.
- El acta —hasta entonces inédita— certificada a solicitud de Miró, redactada por el secretario Pedro Sánchez en el Ayuntamiento de Mantua el 23 de enero de 1896, con el visto bueno del presidente José Fors, rubricada por el lugar-

[30] "Carta de Antonio Maceo al coronel Federico Pérez Carbó", 11 de febrero de 1896, en SCEHI: Ob. cit., p. 161,

[31] *La invasión a Occidente: partes oficiales publicados por el C. Tomás Estrada Palma, Delegado Plenipotenciario de la República de Cuba*; "La invasión de Occidente", en *Patria,* no. 269, 29 de julio de 1896, p. 3.

teniente general Antonio Maceo, miembros del Ejército invasor y del Ayuntamiento:

> El general Maceo, acompañado del Jefe de Estado Mayor, asistió á una sesión del Ayuntamiento, extendiéndose un acta en la que se hizo constar que se adherían á los principios sustentados por nuestra causa los concejales y demás empleados del Municipio, con las personas más influyentes de la localidad, en su mayor parte peninsulares. De los fondos públicos se pagaron á los maestros de escuela algunos sueldos. El Alcalde fué nombrado Prefecto de Mantua.[32]

- Una proclama triunfalista del general español Agustín Luque y Coca, fechada el 4 de febrero de 1896, en la cual reconoce la herida recibida en combate.[33]
- Otro extracto de las acciones desarrolladas por el lugarteniente general, entre el 9 de febrero y hasta el 19 de marzo de 1896, firmado por José Miró en El Rubí, Pinar del Río, en esa última fecha, acompañado de una tabla explicativa en la cual se incorporan los sitios y distancias recorridos por el Ejército invasor, después de su salida de Mantua.[34]
- Notas acerca de las acciones combativas efectuadas entre La Habana y Matanzas después de la invasión; la salida de Martínez Campos de la capitanía general y su sustitución interina por el general Sabás Marín y González, quien intentó encerrar a Maceo entre Candelaria y Artemisa para impedir su regreso a La Habana; la llegada del general Valeriano Weyler y Nicolau; las campañas difamatorias con partes adulterados y una política brutal de crímenes y atropellos contra la población civil.

[32] A solicitud de Miró el acta fue certificada y firmada por José Fors, Antonio Maceo, el presbítero Martín Viladomat, el jefe de Estado Mayor José Miró, el brigadier Juan B. Zayas, el gobernador Oscar A. Justiniani, el auditor de Guerra Ldo. José Antonio Caíñas, el primer teniente alcalde José Fernández, el regidor del Ayuntamiento Simón Docal; el juez municipal Nicolás Reyes, el notario público Carbonell, el juez municipal suplente D. Fors, el profesor de Instrucción Santiago Muguruza, el secretario del Juzgado Municipal Pedro Lozano, el comerciante Rafael Inglés, el secretario de la Ayudantía de Marina Narciso Fontanel y José Ruiz, G. Nonell, Juan Ocariz, Manuel Rego, Fidel Pedraja, José Granda, Braulio V. Blanco, Antonio Menéndez, Manuel Quintana, Jaime Vives, José H. Peláez y el secretario del Ayuntamiento Pedro Sánchez, en *La invasión a Occidente: partes…,* pp. 33-34.

[33] "Soldados: Estoy satisfecho de vosotros: la página más honrosa de mi pobre historia militar será la de haber tenido la dicha de mandaros. Voy á curarme la herida que á vuestro lado he recibido; pronto volveré y entre tanto dejo al frente de la columna á un bizarro soldado, al coronel Hernández de Velasco, cuyas dotes de pericia y valor os son conocidas y que seguramente sabrá. conduciros de nuevo á la victoria", en *La invasión a Occidente: partes…,* p. 35.

[34] *Ibidem,* pp. 38-46 y 51-52.

- La transcripción de la carta dirigida por Antonio Maceo el 27 de febrero de 1896 a Weyler, teniendo en cuenta su política represiva y "[…] en vista de los hechos que empiezan a caracterizar la conducta de España en este nuevo período de la guerra":[35]

> A pesar de todo cuanto se había publicado por la prensa respecto de usted, jamás quise darle crédito y basar en ello un juicio de su conducta: tal cúmulo de atrocidades, tantos crímenes repugnantes y deshonrosos para cualquier hombre de honor, estimábamos de imposible ejecución por un militar de la elevada categoría de usted […] yo jamás tomaré represalias que serían indignas del prestigio y de la fuerza del Ejército Libertador de Cuba […] evite Ud que sea derramada una sola gota de sangre fuera del campo de batalla, sea Ud. clemente con tantos infelices pacíficos. Que obrando así, imitará con honrosa emulación nuestra conducta y nuestros procedimientos.[36]

Si bien el objetivo principal de las publicaciones fue la divulgación y recaudación de fondos para la independencia, tienen un valor historiográfico extraordinario como parte de nuestra literatura de campaña, pues ofrecen información testimonial que, en su momento, contribuyó a difundir las hazañas de nuestros patriotas en la guerra del 95 y exaltar el fervor patriótico entre los emigrados cubanos. Al decir de Ambrosio Fornet por su contenido representó: "El libro más regocijante del siglo para la emigración cubana".[37]

Los datos ofrecidos por el *Diario de la invasión* causaron gran impacto entre los simpatizantes norteamericanos con la causa cubana, como el escritor Clarence King, quien con esa información sustentó su artículo "Con la tea y con la espada", acerca de la marcha invasora en el tramo desde Baraguá hasta Coliseo, publicado en la revista norteamericana *Le Forum,* publicado en el folleto homónimo con prólogo de Nicolás Heredia y traducción de Carlos Manuel Trelles Govín el 31 de enero de 1897, reproducido en *Patria*.[38]

Estos diarios constituyeron la génesis del libro *Cuba: Crónicas de la guerra,* escrito y dado a conocer por José Miró Argenter en 1899 y ampliado en 1909, un testigo patrimonial de una heroica hazaña: la campaña invasora a occidente.

[35] "Carta de Antonio Maceo a Tomas Estrada Palma", 27 de febrero de 1896, en SCEHI: Ob. cit., t. 2, p. 172.

[36] "Carta de Antonio Maceo a Valeriano Weyler", 27 de febrero de 1896, en SCEHI: Ob. cit., t. 2, p. 172.

[37] Ambrosio Fornet*: El libro en Cuba. Siglos XVII y XIX,* p. 191.

[38] Clarence King: "Fire and Sword in Cuba", en *Forum,* New York, September, 1896, p. 31; Con *la tea y con la espada,* Nueva York, enero 1897; *Patria:* "Cuba: Con la tea y con la espada", nos. 475-480, 20 de julio al 6 de agosto de 1898.

Crónicas de la guerra. *La epopeya del general Antonio*

Zoe Sosa Borjas

Cuando el catalán José Miró Argenter conoció al héroe de Baraguá en el ingenio Río Grande, en la zona de San Luis, en 1878, ni por asomo podía imaginar que años después llegaría a ser el jefe de su Estado Mayor y, mucho menos, un entrañable amigo.[1]

Para esta fecha, el general Maceo estaba en el momento culminante de su vida política tras los diez años de guerra. Convertido con la Protesta de Baraguá en el representante de la cubanía y de las posiciones más revolucionarias, ascendió a los cimeros lugares, que no perdería jamás, en la estima y respeto de sus compañeros de lucha.

El joven extranjero, sentado al lado del que ya conoció como un invicto general, durante

[1] Cuando Maceo iba en busca del navío que lo conduciría a Jamaica fue invitado por el general Martínez Campos a un almuerzo en el ingenio Río Grande, San Luis, el 8 de mayo de 1878, donde José Miró Argenter era el mayoral. Para más información ver de Leticia Díaz Góngora: *José Miró Argenter, periodista y guerrero*.

Zoe Sosa Borjas

Máster en Estudios Cubanos y del Caribe. Jefa de Departamento en la Oficina de la Historiadora de la Ciudad de Santiago de Cuba. Autora de varios artículos y libros sobre historia. Miembro de la Unhic.

el almuerzo al que han sido invitados por el general Martínez Campos, asumió la causa y la condición de revolucionario cubano, no por un tiempo sino para toda la vida; además, mostró su determinación de la mejor manera, le ofreció su acero al gallardo Maceo para una vez que se reanudara la lucha incorporarse a ella.[2]

Miró permaneció fiel al ideal libertador y el compromiso contraído ante el protestante de Baraguá lo llevó a ser un conspirador y líder local. Fue colaborador de Maceo desde el territorio oriental, para ayudar en la estructura conspirativa constituida y trabajada en Cuba desde el exilio a partir de los años 1890 en función del éxito del alzamiento;[3] y en febrero de 1895, en Holguín, junto a Luis de Feria Garayalde se destacaba como uno de los inminentes líderes locales que realizaron una labor admirable para sacar adelante la revolución en Oriente.

Sin embargo, pronto llegaría otro momento, el 1.º de noviembre de 1895, el brigadier Miró, al mando del regimiento Martí, se incorporó a la columna invasora comandada por el general Maceo en su paso por Holguín y, más tarde, fue nombrado jefe del Estado Mayor de ese ejército invasor.[4] Miró se convirtió en uno de los hombres de confianza de Maceo y su firma quedó estampada en documentos que marcan momentos importantes de la vida del prócer.

El hombre de letras, convertido entonces en hombre de acción, sin jamás dejar de ser un intelectual, en plena guerra combinaba la actividad práctica con el estudio y el análisis. En su desempeño en una de las funciones de gran importancia dentro de aquella campaña bélica, el general identificó su capacidad descriptiva, se dio cuenta del peso de sus palabras y la contribución que comenzó a hacer desde temprano: historiar la revolución que se hacía. Maceo estimuló al relator y Miró respondió al reto de hacer las crónicas de la gran aventura militar.

Sus crónicas son paradigmáticas dentro de la literatura testimonial cubana[5] y, al convertirse en un reflejo de las glorias guerreras del Titán de Bronce, explican sobradamente la excepcionalidad de su persona, hasta mostrarnos a ese héroe que

[2] Según algunos biógrafos de Miró, en esta misma ocasión contrajo su compromiso con la causa cubana. Tras el desembarco de Maceo en 1895, ambos se encontraron en Bijarú y el Titán le reconoció el grado de coronel. Fue jefe de Estado Mayor de Antonio Maceo durante la invasión y luego en el periodo republicano, jefe de los archivos del Ejército Libertador. Véase José Miró Argenter: "Autobiografía", en *El general Miró Argenter, guerrero y cronista de la invasión*, p. 52.

[3] Desde 1878 presidió el Comité Autonomista de Holguín, dirigió el periódico *La Doctrina*, según aseveran sus estudiosos, para encubrir su filiación separatista. La prensa liberal cubana, durante los años de la tregua fecunda, le debe una labor propagandística significativa como director del periódico *El Liberal*, en Holguín.

[4] Tomás Estrada Palma: *La invasión de Occidente. Partes Oficiales*, p. 7.

[5] La primera literatura histórica relacionada con la personalidad del héroe de Baraguá puede enmarcarse, en las interpretaciones básicas de Oscar Zanetti, sujetas, en términos de indagación y acercamiento histórico, al marco general ideopolítico para la producción historiográfica, hecho que puede comprobarse con una simple revisión de los cientos de páginas de testimonios, crónicas, apuntes, memorias, diarios, artículos periodísticos, biografías noveladas y compilaciones de discursos que proliferaron durante estos primeros años. Véase Oscar Zanetti: *Isla en la historia. La historiografía de Cuba en el siglo xx*, p. 20.

nos deja a todos atónitos y admirados. Fue *Crónicas de la guerra*, el primer libro de base testimonial sobre Antonio Maceo y es fuente de obligada referencia para historiadores profesionales o no; tuvo mucha divulgación entre la población cubana durante las primeras cinco décadas del siglo XX. Es un clásico de la literatura maceísta, que impulsó la leyenda del héroe guerrero invencible y del brillante jefe idolatrado, vencedor de todas las batallas.[6]

"[…] me cautiva la imagen del héroe, me arroban sus recuerdos y el esplendor de sus victorias me deslumbra —dice Miró ante la fascinación originada por la relación con su jefe y amigo—.[7] Miró fue uno de los oficiales que más intimó con Maceo y testigo directo de la mayoría de los sucesos narrados en el texto; el argumento testimonial central es su visión sobre la epopeya de la invasión hasta el día de la caída en combate de Antonio Maceo en Punta Brava; su libro contiene datos que reflejan una obra de dimensiones rayanas en la leyenda como ha afirmado el periodista Joel Mourlot Mercaderes y está dentro de la bibliografía sobre la cual se construyó la imagen y el mito de Antonio Maceo en la última guerra por la independencia.

No obstante, después de estos comentarios varias preguntas saltan rápidamente a la vista ¿Es la obra de Miró "una influencia determinante en la idealización del héroe guerrero"?[8] ¿Son las *Crónicas*… solo el relato de la epopeya del general Antonio? ¿Qué ofrecen acerca de la biografía de Maceo? O, tal vez, sería interesante hacer la misma interrogante en sentido contrario: ¿qué ofrece la vida de Maceo a la labor del cronista?

Como toda creación literaria, la literatura testimonial o literatura de campaña —como comúnmente conocemos esa amplia producción de testimonios generados por las guerras anticolonialistas de independencia del siglo XIX— contiene niveles esenciales de reflexión de lo histórico; incluye descripciones detalladas, exhaustivas en la mayoría de los casos, cargadas de ese factor determinante a la hora de utilizar e interpretar la información por el autor: la subjetividad humana. Deja pues sentado el propio Miró, desde las primeras páginas, cuál es su línea de trabajo "veraz, pero no imparcial".[9]

La obra *Crónicas de la guerra,* desde el punto de vista historiográfico, es sumamente interesante, porque además del recuento de los acontecimientos de los que fue testigo o protagonista directo, su autor asegura que los apuntes que les dieron origen se generaron en la contienda y recibieron el estímulo del propio Antonio Maceo. Por otro lado, buena parte del diario de campaña, aquel correspondiente

[6] Con acierto Oscar Zanetti señala que la literatura de campaña: "[…] tiene mucho de cantar de gesta […] destinada a perdurar por varias décadas, esa conducta devino un serio obstáculo para la comprensión del propio proceso independentista y empobreció las explicaciones de su desenlace", en Oscar Zanetti: Ob. cit., p. 20.

[7] José Miró Argenter: *Crónicas de la guerra,* pp. 301-302 (Ediciones Huracán, 1970, ha sido la utilizada para referenciar en este trabajo).

[8] Francisco Pérez Guzmán: "La imagen congelada", en *La Gaceta de Cuba*, no. 6, nov-dic. de 1996, p. 36.

[9] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 12.

a la guerra del 24 de febrero y las campañas de occidente del general Maceo, será visto desde mediados de 1896, y en plena contienda. Ese folleto, titulado *Guerra de Cuba: Extracto de las operaciones militares realizadas por el ejército invasor al mando del lugarteniente general Antonio Maceo desde su salida de Oriente hasta su llegada a Mantua, provincia de Pinar del Río*, explica dichos sucesos.[10]

Fue impreso también en Costa Rica, por iniciativa de María Cabrales, y circuló por todos los centros de la emigración, por lo que resultó un material de gran valor divulgativo ante las tergiversaciones que sobre la revolución llegaban a Centroamérica.[11] Pudiera decirse que constituye la primera parte de la monumental obra escrita por Miró y permite determinar ya algunas de las características que permanecerán de manera constante hasta la última edición del libro. Se conoce también como *La invasión a occidente*[12] y el investi-

[10] Leticia Díaz Góngora, en *José Miró Argenter periodista y guerrero,* p. 57, estima que el producto de la venta era cedido a la Delegación del Partido Revolucionario Cubano. Se publicó en Camagüey, por la Imprenta del Gobierno. Al parecer, fue redactado el 22 de diciembre de 1896, en el campamento de Manajabo, provincia de Santa Clara. En esa fecha, Gonzalo de Quesada envió el relato *Extracto de las operaciones militares del ejército invasor bajo el mando del lugarteniente general Antonio Maceo desde el 9 de febrero hasta el 19 de marzo de 1896,* para que se hiciera una traducción al inglés. Véase Philips S Foner: *La guerra hispano-cubano--norteamericana y el surgimiento del imperialismo yanki,* t. 1, p. 221.

[11] ANC: Fondo *Donativos y Remisiones*, leg. 593, no. 37. Es el original de este folleto de unas cincuenta y una páginas. Fue vendido por las patriotas cubanas en el exilio, incluida María Cabrales, esposa del Titán. Fue impreso por *El Diarito,* en Costa Rica.

[12] *La Invasión de Occidente*, Imprenta América, S. Figueroa, Editor, New York, 1896. La historiadora Damaris Torres esclareció que este no era un documento inédito, pues había sido divulgado por los emigrados revolucionarios en varios países latinoamericanos; al respecto, ha señalado: "Con el objetivo de divulgar la realidad acerca de la campaña recién realizada, el mayor general Antonio Maceo ordenó la reproducción del diario llevado por el jefe de Estado Mayor José Miró Argenter y su envío a María Cabrales, en San José, Costa Rica y a Tomás Estrada Palma, en la Delegación del Partido Revolucionario Cubano en Nueva York. María Cabrales, con la cooperación del representante del Partido Revolucionario en Costa Rica Joaquín Alsina, publicó la información en forma de folletos que circularon no solo en San José, donde *El Pabellón Cubano* anunció su salida; en varias ediciones, también en Panamá se vendieron 25 ejemplares enviados por la heroína al doctor Manuel Coroalles, representante del Partido Revolucionario Cubano en este país". Para más información véase Damaris Torres: "En el 113 aniversario de la invasión de

gador Ambrosio Fornet, aunque lo ha considerado "el más breve libro de esta etapa", añadió que "[…] resultó el libro más regocijante del siglo para la emigración cubana", en contraste con "Muerte del general Maceo. Relato del suceso" (1897).[13]

En carta dirigida a Tomás Estrada Palma, Miró expresaba: "Remito a U. diez ejemplares del folleto que he escrito sobre la muerte del ilustre General Maceo y mi propósito es que U. lo reimprima a fin de que se haga con el mayor esmero y circule con profusión".[14] Sin embargo, el folleto provocó una polémica y alcanzó de inmediato la repulsa general.

"Detalles de la invasión" es un escrito mecanografiado, especie de un cuestionario de preguntas y respuestas relativas al paso de la trocha de Mariel a Majana por el lugarteniente general Antonio Maceo y sus fuerzas. En nota adicional se especifica que son informes suministrados por el general Miró Argenter, en noviembre de 1905 e impresos en La Habana en el archivo del Ejército Libertador. [15]

Entre 1899 y 1900, el periódico *El Cubano Libre* promovió en forma de artículos el primer aporte de *Crónicas de la guerra*. Este mismo año de 1899 fueron editadas en Santiago de Cuba en forma de libro con el título *Cuba. Crónicas de la Guerra*.[16] Recoge solo la primera parte correspondiente a la campaña de la invasión, que constituye una de las tres grandes partes en que el historiador divide su extenso trabajo.

En 1908, se publica *Crónicas de la guerra: La campaña de occidente*, volumen de 229 páginas, impreso en La Habana; pero no fue hasta 1909, después de andar "dispersas y maltratadas, con el sello de la indigencia", que fueron editadas completas en forma de libro con el título *Cuba. Crónicas de la guerra: La campaña de la invasión*, y no ha sido la última.[17]

Oriente a Occidente. La campaña invasora es el "libro más regocijante del siglo para la emigración cubana", en *El Cubano Libre,* 18 de octubre del 2008, p. 3.

[13] Ambrosio Fornet: *El libro en Cuba, siglos XVIII y XIX*, pp. 184-185. El primer informe sobre la muerte de Maceo es de Miró y fue fechado el 8 de diciembre de 1896, desde San Pedro. Ese fue el comienzo de las alrededor de 48 versiones que sobre este suceso recoge la historiografía. ANC: Fondo Donativos y Remisiones, leg 74, no. 13078. La segunda versión fue escrita en el campamento de Palma Larga el 14 de diciembre de 1896. Los escasos ejemplares que existen de esta impresión son verdaderas rarezas bibliográficas, de extraordinario valor para poder hacer una crítica histórica genuina. "La muerte del general Maceo: relato del suceso", por el general José Miró Argenter, Camagüey, Imprenta del Gobierno, 1897, aparece redactado en el campamento de Manajabo, provincia de Santa Clara, 22 de diciembre de 1896.

[14] Leticia Díaz Góngora: Ob. cit., p. 13.

[15] ANC: Fondo Donativos y Remisiones, leg. 363, no. 41.

[16] José Miró Argenter: *Cuba. Crónicas de la Guerra*, tomo primero, La campaña de la invasión, cuaderno 1. Trelles en su obra recoge dentro de la bibliografía de la guerra una obra editada en 1899, que en 1900 se publicaba por entregas. Carlos M. Trelles: *Bibliografía de la segunda Guerra de Independencia cubana,* publicada en *La Revista Ilustrada Cuba y América,* no. 26, p. 44.

[17] Esta se considera la primera edición. *Cuba: Crónicas de la Guerra,* Imprenta La Moderna Poesía, La Habana, 1909. La obra fue publicada por gestiones y patrocinio del general José Miguel Gómez Gómez, entonces presidente de la República, a quien se dedicó el prólogo. Tiene reimpresiones en 1942, 1943, 1945, 1970 y 1981.

Este estudio, a pesar del privilegio de haber sido la primera y principal narración que trató casi exclusivamente de la "estupenda aventura de la invasión" no pudo alcanzar antes de terminar el ciclo independentista en 1898 la popularidad que tuvieron otras piezas narrativas de contemporáneos, que publicaron también importantes testimonios de otros sucesos de gran acogida entre los antiguos combatientes del 68 y el 95, y hasta generaron encendidas polémicas, en las que Maceo se vio envuelto más de una vez.

Circulaban como "andaba el verdadero patriotismo sin hogar y sin esperanza", solo salió de imprenta una década después, terminada la épica del 95, cuando una mezcla de incertidumbre y frustración se enseñoreó de la vida política nacional con el estreno de una república diseñada en planos estadounidenses. En la nota preliminar que corresponde a la impresión de 1909, "el autotilulado apologista entusiasta" afirma que el retraso de impresión como libro y su poca aceptación se debe a "[…] que el patriotismo hedía a pobre de solemnidad, y cualquier cantor de la gloria de la revolución era un romancero andrajoso sin oficio".[18]

Varios factores prolongaron la edición del texto. Más bien se trató de una lenta repercusión que fue progresiva, diversas versiones escritas brotaron de la mano de su autor antes del testimonio final, como ya abordamos antes. Resulta fácil comprender, al contextualizar todo el libro y la propia vida política de su autor, que su objetivo principal fue elevar con marcada idolatría la figura de Maceo dentro del panteón de los héroes de la independencia patria.

Sin embargo, destacar con desmesura una sola figura obviando u haciendo caso omiso en diferentes análisis del papel de otras —en este caso a favor de Maceo, su ídolo revolucionario y personal— y olvidar que en otros escenarios, otros protagonistas realizaron hechos de armas fundamentales, además de ser una premisa falsa, podría poner en crisis una buena acogida de la versión definitiva. Miró se encargó de explicar así su propósito: "[…] dar a conocer los sucesos más importantes de la lucha entre cubanos y españoles, en mi calidad de testigo presencial".[19]

Por otro lado, publicó su obra en plena conversión de Cuba en una especie de protectorado norteamericano; los mecanismos derivados de ese proceso fueron interpretados tanto por caudillos como por letrados y demás miembros de la oligarquía de acuerdo con sus intereses, realidad que fue juzgada y lamentada con amargura por el aguerrido miembro del Ejército Libertador: "[…] fueron detractores de la bandera insurrecta en todas las ocasiones y por todos los medios de publicidad, sin haber otorgado su beneplácito a la obra redentora de la revolución, sean los primeros en el usufructo del patrimonio a título de albaceas vitalicios del caudal común, o de mentores capacitados de un país en perpetua minoría".[20]

Una obra que da laureles al soldado libertador y al héroe mulato es mal vista por los que peleaban y apoyaban sin tregua el poder político, a los que "[…] repugna el lenguaje del patriotismo […] y solo por una gracia especial se estableció

[18] José Miró Argenter: Ob. cit. p. 6.
[19] *Ibidem,* p. 23.
[20] *Ibidem,* p. 304.

la república".[21] Su obra también tuvo un objetivo político que, por lo general, cumplió plenamente.

Para Miró Argenter, Maceo era un líder de una categoría muy diferente a la de otros altos jefes militares del Ejército Libertador; la tenacidad y el nervio lo distinguían del intrépido Gómez y era tan genio militar como los otros caudillos. A diferencia de ellos, Maceo ascendió paso a paso desde el rango más bajo (soldado) hasta el grado tope (mayor general) aunque siempre fue el hombre sencillo, que trataba con sinceridad y respeto a sus semejantes sin importarle el color de la piel y la procedencia social o natal. Además, la acción política de Maceo encarnaba los anhelos, aspiraciones, propósitos, ideales, derechos y perspectivas del gran núcleo oprimido y marginado de Cuba.

Miró nunca pretendió ser escritor, su obra tuvo un objetivo preciso; su punto de partida fue la premisa de que Antonio Maceo es el arquetipo del héroe cubano y de lo heroico. Apuntó que su grandeza era resultado no solo de su excepcionalidad como ser humano y de su alineación radical con el grupo social al cual pertenecía, sino también el hecho de que, nunca perdió de vista lo que significaba el ejemplo de Antonio Maceo y, por ese motivo, con fascinación y de manera sobresaliente se dedicó "[…] a retratar la personalidad del héroe, a contar su vida, toda su vida ilustre, consagrada al servicio de la Patria, a fin de que sus méritos, hazañas y virtudes queden impresos de un modo imborrable y con su vida excepcional, el sello de su carácter y de su inteligencia en las grandes acciones por él desarrolladas".[22]

Profirió en demasía, sí, epítetos enaltecedores que calibraron el papel de Maceo como personalidad en la historia de Cuba; pero lo presentó de modo que se evidenciara que "su modo de pensar era su modo de sentir". Para el cronista de la invasión, el hombre de la selva, cargó sobre sus hombros un gran dilema que pudo resolver desempeñando su papel como dirigente a lo largo del proceso revolucionario, puesto que eso constituyó para él una prueba de fuego: por un lado, su responsabilidad implícita como vocero de las masas negras y, por el otro, la necesidad de afrontar la realización y conducir a feliz remate una empresa de tal magnitud —ardua y peligrosa como ninguna—, en la que se articulaban los esfuerzos de varios hombres de diferentes razas, minados de rencores, resquemores y resentimientos entre ellos, como consecuencia de su devenir histórico; pero agrestes y bravos como los picos de sus montes.

Por eso Miró aseveró que Antonio Maceo fue un héroe epónimo, autentico y absoluto, que nos legó una obra y no un intento, porque logró vencer los grandes embates de la adversidad entre su propia realidad y la vida cotidiana. Su heroicidad sobresale porque fue capaz de llevar a cabo las mayores osadías de la guerra, a la cabeza del mayor número de ejecutantes con diversos caracteres y mentalidades, con lo que demostró que su inteligencia estaba asistida siempre por el anhelo colectivo.

Los puntos de vistas del autor de las *Crónicas*… sobre la campaña al occidente se convirtieron a través del tiempo y hasta nuestros días en la fuente capital que

[21] *Ibidem,* p. 305.
[22] *Ibidem,* pp. 301-302.

muchos historiadores han reproducido, unos de manera textual y otros con modificaciones. Además de sus recuerdos personales y vivencias, utilizó el autor para componer su obra, informaciones aportadas por otros protagonistas de la gran epopeya, así como documentos oficiales, proclamas, circulares, comunicaciones y, en algunos casos, cartas públicas o privadas. Mucha de esta documentación la añade al final de cada volumen encaminada esencialmente a evidenciar la importancia del pensamiento político de su capitán.[23]

Resulta cierto que los organizó de manera que sirvieran para probar que Maceo era la "personalidad más encumbrada de la revolución"; también que lo asumió con un marcado apasionamiento personal, hasta construir un discurso narrativo donde el Titán era la figura central; pero su relato, además, identifica con claridad la composición clasista del Ejército Libertador y su dirigencia, y resalta el papel del humilde mambí, de aquel sin cuya eficaz asistencia, práctica ingeniosa y valor indomable, la revolución hubiera muerto al nacer. Reverdecía Miró los triunfos de los que habían honrado a la Patria, implicando —directa e indirectamente— dentro de la historia que contaba la de otras personalidades, en particular, los iniciadores de la guerra, quienes desempeñaron un papel decisivo dentro de la historia nacional, al igual que las mujeres, que aportaron su combatividad y firmeza.

Indiscutible resulta que sus narraciones y descripciones nos trasladan a los campos de batalla; pero alrededor de esas operaciones militares que relata y que consideraba "las más importantes", asoman las circunstancias que rodean a esos acontecimientos, de modo que brinda los elementos necesarios para comprender las causas y consecuencias.

Es un relator-participante destacado de aquellas jornadas de la insurrección en las comarcas occidentales, donde fue acopiando; además de sus propias vivencias, anécdotas y documentos; así, combinadas con la táctica y estrategia militares desplegadas por las fuerzas que integraban la columna invasora, nos muestra el estado de los territorios y de la vida en el campamento. En su papel de narrador, y para lograr mayor veracidad, le da un enfoque informativo a su testimonio, que nos lega un caudal revelador sobre campañas, acciones y operaciones realizadas junto al Titán, planes de campaña del Ejército Libertador, y cambios y estructura de este, así como, del número de efectivos cubanos y españoles, armas y pertrechos, y expediciones.

Es verdad que omitió o fue parcial al tratar algún que otro hecho importante o referirse a personalidades de la guerra, conocidas o no; por ejemplo, para Miró la Protesta de Baraguá solo fue un suceso que se opuso al Pacto del Zanjón (10 de febrero de 1878), un freno personal y político que enalteció la conducta del Titán de Bronce; no reflexiona o aquilata Miró el espacio que este hecho ocuparía dentro de la ideología del independentismo cubano de la decimonónica centuria e, incluso, de los siglos XX y XXI.

[23] "Carta mecanografiada del general Ricardo Burguete al general José Miró Argenter agradeciéndole el envío de las *Crónicas de la guerra",* Santa Cruz de Tenerife, 9 de marzo de 1911. El texto cita pasajes de la guerra y opiniones referentes a Maceo, en ANC: Fondo Donativos y Remisiones, leg. 41, exp. 43.

Desdeñó el peso que tuvo la reunión de La Mejorana, que, para él, fue solo un encuentro para concertar las bases de la campaña de invasión; no comprendió el choque, producido ese día, donde su jefe fue uno de los protagonistas, colisión en la que solo el amor a Cuba de esos grandes revolucionarios pudo limar las asperezas. Escapó a su entendimiento la verdadera significación de la figura de Martí, aunque dedicó un epígrafe al campo de Dos Ríos. De Gómez dejó una semblanza que concuerda bastante con el modelo del guerrero admirado por él.

Lo que Miró narra y divulga, con la aprobación de Maceo, es el diario oficial de la campaña. Después de la caída en combate de su idolatrado jefe hay otra historia que tuvo la oportunidad de retocar:

> En mis ratos de ocio, que son bastantes, he escrito toda la campaña de invasión, obra que ocupa unas 400 páginas y que pienso enviar a New York en [la] primera oportunidad, esto es, cuando encuentre personas de entera confianza que la lleven. No dudo que tendrá aceptación, pues es fiel relato de aquellas memorables jornadas, enriquecido por un caudal de noticias por muy pocos conocidas. Ahora estoy trabajando en el segundo tomo de la campaña o séase la crónica de las operaciones desde que llegamos al límite de la invasión hasta la nueva campaña de Pinar del Río, y dejaré para el tomo tercero la campaña de Occidente que terminó en Punta Brava.[24]

Como ha afirmado la historiadora Aisnara Perera: "Sorprende entonces la variación, adición u omisión de contenido entre sus obras editadas […] La memoria pudo devolverle actitudes, decisiones, incluso anécdotas, pero no otros detalles de combates y tantos otros asuntos tratados en su libro".[25]

Habría que agregar a estos criterios el hecho de que incluye o resta detalles para situar al "coloso de Cuba" como la primera figura pública. Llaman la atención entonces algunos errores y limitaciones que presenta su obra. Quizás una de las que generó las más encendidas polémicas fue la referida al "último acto de esta vida ilustre, grande y extraordinaria": la caída en combate de Maceo. Miró tiene varias interpretaciones sobre el suceso,[26] todas con una narrativa muy dudosa, pese al breve tiempo que medió entre la muerte del Titán y su primera versión del

[24] "Carta del general Miró Argenter a Federico Pérez Carbó", en periódico *Ahora*, La Habana, 9 de diciembre de 1934, p. 1.

[25] Aisnara Perera Díaz: *Antonio Maceo, Diarios de campaña,* p. 2.

[26] La primera fue el acta, fechada el 8 de diciembre de 1896 y firmada por José Miró Argenter, jefe de Estado Mayor del Departamento de Occidente. La segunda, siete días después del combate de San Pedro; la tercera, más de una década después, a la que introduce cambios con respecto a las anteriores. Sobre los sucesos de San Pedro existen alrededor de cincuenta versiones. Más de un siglo después de los trágicos sucesos de San Pedro siguen reiterándose algunas que tienen su fuente en las *Crónicas de la guerra,* de Miró, y menoscaban el prestigio del coronel Juan Delgado y las tropas mambisas que combatían en La Habana. Incluso Miró contradice en sus *Crónicas…* versiones suyas expresadas antes a raíz del combate de San Pedro. Véase José Miguel Márquez Fariñas: Antonio Maceo, entre el altruismo y la traición (inédito, cortesía del autor).

hecho, en la que asumió un protagonismo, que no se correspondía con la realidad. Además, nunca se retractó por esas omisiones y cambios, de manera particular. Para él eran detalles de menor importancia. A Federico Pérez Carbó le dijo:

> Si el folleto sobre la muerte del general Maceo se reproduce ahí, siquiera para enmendar tantas patrañas como han publicado nuestros periódicos, que no le van en zaga a los españoles, y acaso los superen, ruego a Ud. que lo consiga con esmero, pues el editado en la manigua está plagado de erratas a pesar de la fe de ellas que figura en la última página.[27]

Detalles que lo exoneraban de responsabilidad con respecto al rescate del cuerpo inerte del general, cuando en realidad él había huido despavorido y en shock emocional después de ser levemente herido, según algunas versiones y que, en realidad, son inexactitudes históricas que hicieron protestar y polemizar a varios de los mambises de los que habían estado presentes o, de alguna manera, se hallaban relacionados con lo ocurrido aquel día en San Pedro, porque demeritaban o menoscababan su valor y el de las tropas mambisas que combatían en La Habana.[28] Acaso el fin era soslayar y justificar su reprochable y sospechosa actuación ante los hechos.

Veamos entonces el relato sobre la acción de San Pedro, ante todo, como un testimonio de admiración y del impacto psicológico que le causó la caída del general.[29]

En el tercer tomo de las *Crónicas…* ocupa un lugar especial la semblanza de Maceo titulada "El héroe". Miró demuestra que le fue muy fácil captar la personalidad del fénix del patriotismo, quien "era la antítesis de todo lo feroz y estrafalario", y esto le permitió revelar su proyección psicosocial y el modo singular en que este hombre enfrentó los rigores de la manigua. En dicho retrato, de manera elogiosa, acumuló y reiteró los elementos que evidenciaban los méritos de Maceo,

[27] "Carta del general Miró Argenter a Federico Pérez Carbó", ob. cit. Máximo Gómez tuvo conocimiento de la versión real de los hechos de San Pedro por la narración que le hizo el coronel Silverio Sánchez Figueras; luego llamó a otros protagonistas para confirmarla y no entregó más mando militar a Miró Argenter en lo que restaba de guerra. Durante la ocupación militar de la Isla por los norteamericanos también tuvo sus dudas con respecto a Miró.

[28] Cuando Mario García Menocal creó en 1908 su óleo *La muerte de Maceo,* puso en primer plano a Miró, quien fue su fuente de información histórica principal, aunque ya se habían aclarado muchas de las inexactitudes que su versión tenía.

[29] En 1914 se quiso construir una capilla junto al monumento en la finca Bobadilla. Hubo protestas por parte de los antiguos compañeros del lugarteniente general, porque consideraron ese proyecto de algunos católicos como una afrenta, pues Maceo había sido anticlerical y masón. Otra vez hubo que recurrir al juicio de Miró y, en una entrevista, en *El Heraldo Habanero*, dijo: "Maceo fue librepensador. Perteneció a la francmasonería. Jamás mantuvo principios católicos. Tolerante con todas las ideas, se preocupaba poco de lo que los demás, en este sentido, hacían. Si él pudiera enterarse de que al pie de su tumba quiere levantarse una capilla, de seguro que no le agradaría […]". El discurso en el acto de inauguración del monumento a Maceo el 20 de mayo de 1916 estuvo a cargo de Miró.

en particular su valentía y las cualidades morales que adornaban su personalidad, como base de su accionar social y político.

Parece no dejarse arrastrar por la pasión que movía su pluma y contribuyó con objetividad, al dar una visión externa del "paladín de la buena causa", a una de las imágenes más cercanas a la real, según las referencias que han llegado hasta nosotros por conocidos: "de arrogante presencia, bien proporcionado, de rostro animado y hermoso en el que se reflejaban las emociones del placer y los sacudimientos de la ira", "esclavo del aseo", "pasión por la mujer", vicio, el de jugar dinero; "aversión al humo del tabaco y el alcohol le causaba peor efecto, al punto de producirle nauseas"; además añade comentarios sobre sus habilidades como jinete, su condición física, su carácter bromista y su predilección por el humor. Complementaba esa gallardía moral con sus rasgos fisonómicos. Balancea sus principales virtudes con algunas de sus flaquezas, para develar que detrás de esa personalidad hay una vida tumultuosa.

Fue precisamente Miró quien llegó más lejos al darnos un criterio muy acertado sobre la cultura alcanzada por el hombre de "medidas extraordinarias", cuando demostró:

> […] Sabía leer y escribir, como todos sus hermanos, pero de un modo elemental, y nada más. […] la cultura intelectual de Maceo […] era otra conquista de su voluntad batalladora. Los que sólo hubieran conocido a Maceo en la guerra de los diez años, o al principio de aquella formidable lid, en que el mozo no tenía más conocimientos que los de la instrucción normal, bastante descuidada por su carácter turbulento se hallarían atónitos en presencia de un Maceo transformado […].[30]

Este criterio generó usando sus propias palabras, "controversias menudas".[31]

Su atinada visión muestra la intensa evolución intelectual de Maceo y como los años posteriores a la Guerra de los Diez Años son el periodo en el que enriqueció su cultura y preparación intelectual hasta alcanzar la estatura que tuvo como político. En este proceso serían claves el autodidactismo, la cercanía y trato con personalidades de la política, el derecho y el periodismo. De todo esto da cuenta en el texto, y no como

[30] José Miró Argenter: Ob. cit., pp. 727-728. Consideramos necesario aclarar que no todos los hermanos sabían leer y escribir; Dominga era analfabeta.

[31] La polémica en torno a la educación recibida por Antonio Maceo en la niñez y adolescencia y su posterior crecimiento intelectual constituye uno de los temas más discutidos en su biografía, sin que se haya alcanzado hasta hoy un criterio definitivo. De manera general, en la bibliografía, las opiniones se mueven en dos direcciones: una, que Maceo recibió las primeras nociones de lectura y escritura de su madre, y la otra, que recibió dichas enseñanzas de maestros en escuelas públicas en Santiago de Cuba; se mencionan para sostener este último criterio los nombres de los maestros Mariano Rizo, Francisco y Juan Fernández; absolutizan este criterio sin atenderse a los que enfatizan en los de carácter social: el entorno, la familia, y el nivel educacional; esto contribuye a fijar la imagen de un Maceo con lagunas e imperfecciones en su formación cultural y le reduce a su condición de guerrero. La cultura alcanzada por Maceo, fue conformándose, además, a partir de su actitud perseverante por conocer.

un relator; Miró participó desde su puesto de ayudante, en cómo aquel joven, del que se decía que era "[…] tartamudo, llegó a pronunciar el castellano con buena acentuación, y disertar sobre diferentes asuntos, y escribir con galanura".[32]

Desde el inicio su autor se preocupa por avalar la autenticidad de su relato; no obstante, es preciso señalar que la veracidad del testimonio no puede ser asumida de forma absoluta. Miró hace voto de confianza cuando afirma haber tomado los datos del diario oficial de operaciones de Maceo "[…] escrito en el teatro de los acontecimientos, algunas al pie de las fogatas del vivac […]", pretende demostrar que se han elaborado, fundamentalmente, sobre la base de fuentes primarias, incluso pudo contar con el archivo del general Maceo después de su muerte; utilizadas hábilmente, y en lectura entre líneas, se constata que siempre le conducen hacia derroteros que satisfacen plenamente su tesis.

Su andamiaje documental no siempre concreta la procedencia de la fuente utilizada, es provechoso y aún hasta hoy resulta valioso, aporta datos y consideraciones veraces acerca de la vida del héroe de Baraguá; sin embargo, evaluada la obra críticamente, demuestra que no resulta tan fiable como dice su autor —"creo haber podido fijar con exactitud fechas, escenas y escenarios"—.[33] Además, su centrado interés por resaltar la figura del general impide un estudio crítico documental de mayor rigor y objetividad.

Con razón Aisnara Perera ubica la obra de Miró dentro de esa literatura testimonial que se caracteriza por omitir "[…] hechos y elementos de juicio contradictorios en virtud de mantener la imagen monolítica del Ejército Libertador para evitar enfrentamientos, apologetizar la epopeya y al héroe, velando valores reales para crear el halo místico alrededor de la figura".[34]

Esta ha sido la fuente adonde han ido a beber muchos de sus biógrafos, como dijera Antonio Iraizos del Villar;[35] la cual, en muchos casos no ha sido impugnada en tanto criterio de autoridad, por la cercanía de su autor con Maceo. Así ha ocurrido en aspectos como el origen venezolano del padre de Maceo,[36] la fecha y lugar de natalicio —14 de junio de 1845, en la ciudad de Santiago de Cuba—, "en una casa de humilde aspecto de la calle de la Providencia".[37] De igual modo, según Miró, el "[…] abogado Asencio, su padrino de pila, hombre de acción y revolucionario de legítima cepa, lo afiliaron en la orden fracmasónica, comprendiendo que el mozo era capaz de sepultar el secreto de la asociación ilícita".[38] Estos y otros

[32] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 727.

[33] Aisnara Perera, quien para su investigación utilizó los manuscritos del Diario de la invasión, Diario de Operaciones y otros, demuestra las variaciones que hay en muchos de los datos. Estudiosos de las campañas de Maceo en occidente han demostrado también las incongruencias en cuanto a fechas y números en las *Crónicas…* de Miró. Véanse Cesar García del Pino: *Antonio Maceo: la campaña de Pinar del Río* y su ideario político*;* Francisco Pérez Guzmán: *La guerra en La Habana.*

[34] Aisnara Perera Díaz: Ob. cit., p. 3.

[35] Antonio Iraizos del Villar: *De los historiadores de Maceo,* p. 44.

[36] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 730.

[37] *Ibidem,* p. 729.

[38] *Ibidem.*

datos relacionados con la biografía tienen inexactitudes, tantas veces repetidas que hasta hoy parecen verdades absolutas.[39]

No obstante, además de la importancia que encierran sus contenidos, la obra adquiere relevancia porque es la primera que pone énfasis en las campañas de occidente, su motivo de inspiración. El relato de la epopeya del general Antonio ha sido y es el más recurrido como fuente primaria y básica para referir lo acontecido por parte de los historiadores. Su obra puede ser defendida o refutada, pero hay que situarle en el haber una labor historiográfica importante que le hace acreedor a un puesto de honor en la historia de la historiografía cubana y maceísta.

Existe una crítica justa hacia una obra cuya tesis central quedó perfilada de forma elocuente desde el primer momento. Luis Felipe Le Roy Gálvez considera que solo logró escribir la que ha sido justamente calificada como "novela de guerra",[40] César García del Pino refiere que su autor con "ínfulas literarias pretendió elaborar una epopeya en prosa, y hay que despejarla del enredo numérico y eliminar la parte anecdótica, que en nada favoreció al general Antonio, ni a sus tropas".[41] Unos y otros comprenden que la obra no puede pasar inadvertida por la abundante información que aporta y los juicios —críticos o no— que contiene sobre un periodo corto, pero trascendente de la épica del 95.

Indudablemente, con el protagonismo de Maceo en el "episodio más notable de la guerra", Miró elevó aún más la estatura del general Antonio, lo que, sin duda, constituyó uno de los aspectos justificadores de su mitificación como héroe guerrero. No puede negarse que Miró "hace luz" acerca de Maceo como el que "más hizo por la libertad de este suelo, el que con más vigor batalló contra España". El general y escritor no escatimó elogios y, en algunos pasajes del libro, aparecen consideraciones que justifican tal actuación, porque cabe decir que vio en Antonio Maceo algo más que un mito o un símbolo: para él, Maceo era el pueblo.

No se trata de que consideremos ilegítimo que Miró atribuya a Maceo las mejores cualidades morales, pues estas no son simple adorno; según el parecer de la mayoría de los que le conocieron, el adalid de la invasión sumó tales virtudes que concitó general admiración y respeto entre sus contemporáneos. Se trata de que la personalidad de Maceo es mucho más completa, al lado de ese conductor de combates hay un Titán de relevantes cualidades como organizador político-militar. Por eso, aunque es válido contar sus reales hazañas guerreras como sucesos de hermosa leyenda, también su vida toda, su pensamiento y su significado en la historia de Cuba necesitan de una valoración más íntegra.

La publicación de las *Crónicas*… de Miró no fue un acontecimiento aislado o fruto de la casualidad dentro del contexto histórico-temporal republicano. Su importancia deviene del propósito que tuvo el ayudante de dar a conocer a las nuevas generaciones de cubanos los heroicos esfuerzos del patriotismo cubano y, en

[39] Para más información véase Zoe Sosa Borjas: *Antonio Maceo en la historiografía cubana. El tratamiento a aspectos controvertidos de su biografía*.

[40] Francisco Pérez Guzmán: *La guerra en La Habana*, p. 8.

[41] César García del Pino: *Antonio Maceo: la campaña de Pinar del Río* y su ideario político, p. 14.

particular, para que "[…] conozcan lo más deslumbrador y glorioso de la disputa armada: las campañas de Maceo".[42]

Para los historiadores, pensar las *Crónicas…* de uno de los acontecimientos más trascendentales de nuestra gesta independentista significa obtener variadas informaciones y análisis de este hecho. Ellas han sido, tal vez como ningún otro texto, un significativo apoyo que contribuye notablemente al estudio y comprensión de la gloriosa campaña de occidente y de la personalidad "del más bizarro paladín de Cuba", lo que ni los más variados elementos de carácter muy subjetivos presentes en la obra han podido opacar.

Cuba: Crónicas de la guerra, de José Miró Argenter, ofrece posibilidades creativas e imaginativas para emplear en nuestra labor de manera racional y ética. La obra es, sin duda, una poderosa aliada en las investigaciones sobre la epopeya del general Antonio. Aportó a la biografía del héroe de Baraguá datos que propician una apreciación justa de su personalidad. El escritor se dejó arrastrar por la fama del hombre que no conocía el miedo a las balas y, en medio de los acontecimientos bélicos que lo hicieron célebre, corrió el riesgo, marcado a la hora de enjuiciar a un personaje realmente extraordinario, de ofrecer un testimonio que idealiza a un hombre al que todos le reconocen un lugar cimero en la historia y del que cada uno de los hechos que protagonizó justificaría una biografía sobresaliente.

Es que el escritor cronista sintió una admiración sin límites y un cariño apasionado por el guerrero revolucionario, por su compañero en la jornada épica y, además, fue espectador en el funesto episodio de su caída en combate, elementos que actúan a favor de la permanente e intensa emotividad de su obra.

[42] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 7.

La narrativa de campaña. Un acercamiento a la invasión de oriente a occidente a través de diarios, memorias y escritos de oficiales y soldados del Ejército Libertador (1895-1896)

Adrian Ludet Arévalo Salazar
Alexander Abreu Pupo

La historiografía reciente ha incorporado al debate las interacciones que se construyen entre la literatura y la historia, como disciplinas que convergen y divergen en campos que transcurren desde la novela histórica hasta una literatura testimonial que ha logrado insertarse como género y asume sus diferencias en América Latina.

Como participantes directos de las propuestas actuales, los historiadores Hyden White y Roger Chartie han sido el centro de nuevas ópticas en la interpretación de la historia como disciplina. De una parte, la postura narrativista y lingüista de Hyden, que niega el dato como soporte de la verdad histórica y para quien toda la historia es narrativa, y de la

Adrián Ludet Arévalo Salazar

Máster en Historia y Cultura Cubana. Profesor auxiliar del Departamento de Historia de la Universidad Oscar Lucero, de Holguín. Ha publicado varios libros y artículos de temática histórica. Miembro de la Unhic.

Alexander Abreu Pupo

Máster en Historia y Cultura Cubana. Profesor auxiliar del Departamento de Historia de la Universidad Oscar Lucero, de Holguín. Ha publicado varios libros y artículos de temática histórica. Miembro de la Unhic.

otra, Chartier, defensor de la historia como veracidad científica, con sus cimientos y fundamentos, crítico de la consideración de que toda historia es solo narrativa y de la inexistencia de fronteras entre la ficción y la historia.[1]

En ambas posiciones se alinearon renombrados historiadores del orbe como Lawrence Stone y Richard Evans, británicos, quienes advirtieron sobre el desafío posmodernista y su impacto en la autoconfianza de la disciplina histórica que la sumía en una especie de crisis.

Sin embargo, la crisis ha generado nuevos aspectos para la autorreflexión acerca de la historia y sus pilares tradicionales. Como resultado positivo del debate se establecieron nuevas valoraciones sobre el poder narrativo de la historia y las posibilidades transdisciplinares existentes entre la literatura y la historia.

En décadas recientes se fue insertando en los espacios de discusión en América Latina la interrelación entre lo literario y lo histórico aderezada con nuevas interpretaciones relacionadas con la memoria y el testimonio como formas de reflejar la historia reciente del continente.

En esta búsqueda, desde Cuba, se fue perfilando una literatura testimonial que fue asumiendo espacios institucionales como parte de los premios Casa de las Américas y se fueron incorporando nuevos conceptos para definir una praxis combinada de lo testimonial con lo literario, la literatura de campaña.

Esta literatura, al decir del intelectual Ambrosio Fornet, en un texto donde aclama al que considera su mejor exponente, Máximo Gómez, "Abarcaría los subgéneros, desde los diarios de campaña y los partes militares hasta las cartas y las crónicas, pasando por la ficción testimonial y las memorias o recuentos autobiográficos, de quienes fueron participantes presenciales o no directos de las gestas independentistas cubanas".[2]

La literatura o narrativa de campaña se encargaría de establecer una nueva imagen del hombre y del paisaje, surgida del calor emanado de los apuntes y escritos de los veteranos de las luchas por nuestra independencia y que, en el caso de la contienda del 95, tendría un componente asociado a los estratos medios y a los campesinos, algo que la diferencia de la narrativa de campaña predominante en la Guerra Grande, más aristocrática en algunos aspectos.[3]

Para Ambrosio Fornet, estudioso de esta narrativa pletórica de hombres, mujeres y pasajes de valentía, marcados por el acento social de lo humano en todo momento, la literatura de campaña se divide en dos fases: una primera que comienza con el estallido del 68 y culmina en el Zanjón y una segunda que se produce en el periodo de entreguerras e incorpora los sucesos de la contienda del 95.

A esta periodización sería necesario incorporar la literatura que se editaría durante la República, expresión de los recuerdos, anécdotas y testimonios de soldados y oficiales durante la guerra del 95, que bien pudiera considerarse como una tercera etapa, más alejada de los acontecimientos narrados, pero igual de tenaz en

[1] Carolina Araujo y otros: "Verdad y ficción en la historia: El debate entre Hyden White y Roger Chartier", en *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales,* no. 43, 2013.

[2] Ambrosio Fornet: *Narrar la nación*, p. 83.

[3] *Ibidem,* p. 152.

el sentido de mostrar el azaroso camino humano de la independencia, visto, vivido y sentido por sus protagonistas.

En esta etapa, el papel de la narrativa de campaña incrementó su valor en tanto sirvió de sostén al imaginario y a la difusión de la simbología nacionalista erigida sobre las remembranzas y hechos de las luchas nacionalistas y sirvió de espacio, como otros géneros, a la difusión de representaciones e imágenes sobre la nación que asumieron posteriormente carácter paradigmático.

La narrativa de campaña mambisa en la guerra del 95. Visiones sobre la invasión de oriente a occidente

La etapa de 1895 a 1898, que comprende propiamente el periodo de la guerra, fue prolífera en escritos relacionados con Cuba y la contienda. Alrededor de ochenta títulos fueron editados en estos años, distribuidos entre Estados Unidos, Europa y América Latina, con un marcado predominio del eje Nueva York, Tampa, Cayo Hueso y Filadelfia.[4]

Destacan los textos de Manuel Sanguily Garrite, *Victoria de Las Tunas* (1897), relativo a esa acción militar y *La invasión de occidente*, editado por Tomás Estrada Palma como representante de la Cuba en Armas, así como la novela *Episodios de la guerra, mi vida en la manigua*, escrito ficcionado de Raimundo Cabrera, pero con trasfondo real de la guerra.[5]

De la etapa interventora, en plena ocupación, saldría un texto importante, *Crónicas de la guerra*, del general y jefe del Estado Mayor de la columna invasora, José Miró Argenter. En el caso de la invasión, este texto constituye uno de los testimonios más importantes, pues el propio Antonio Maceo conoció del progreso de la obra, realizó aclaraciones e incorporó elementos que el general Argenter preservó y mantuvo en el manuscrito original.

Posteriormente, en plena República, salieron a la luz varias memorias, escritas por veteranos de la guerra, que incorporaron pasajes y momentos relacionados con la invasión, como es el caso del coronel del Ejército Libertador, Manuel Piedra Martel, ayudante de campo de Maceo, quien publicaría en 1946, *Campañas de Maceo en la última guerra de independencia,* texto antecedido por *Mis primeros 30 a*ños; ambos reflejan pasajes directos de la contienda.

El mayor general Miguel de Varona y del Castillo, ayudante del lugarteniente general, publicó en 1944, sus *Memorias de la campaña de invasión en nuestra última guerra de independencia*. Aunque resumidas, en comparación con otras remembranzas semejantes, constituyen un valioso acercamiento a los acontecimientos más importantes ocurridos durante la invasión, narradas en un estilo anecdótico.

Desde la óptica del soldado y los oficiales de menor graduación, como una curiosidad editorial de la época, pueden considerarse las memorias del capitán Israel Consuegra Guzmán, publicadas en 1930 con el título de *Mambiserías. Episodios de*

[4] Ambrosio Fornet: *El libro en Cuba. Siglos xviii y xix*, p. 189.
[5] *Ibidem.*

la guerra de independencia, un conjunto de anécdotas sin mayores pretensiones, muestra del ambiente vivido en la guerra, con no pocas referencias al ingenio humorístico del mambí.

De las figuras que nos hicieron llegar un análisis sobre la guerra y algunos pasajes de la invasión, es Fermín Valdés-Domínguez, compañero inseparable del Maestro, uno de los más interesantes. Su *Diario de soldado,* publicado en plena Revolución, en 1972, ofrece la visión panorámica de un testigo presencial directo de los acontecimientos en varios niveles, tanto en su papel como miembro del Gobierno de la República en Armas, como en su misión de combatiente a las órdenes de Máximo Gómez, lo cual confiere a su testimonio una fuerza importante.

Estos apenas representan una parte de los diversos relatos que configuran la gran narrativa de nuestras guerras de independencia; pero contribuyen a ofrecer una visión de conjunto acerca de los acontecimientos cubanos, en especial, de la proeza militar de la invasión, el acontecimiento militar más importante de la guerra.

Sin dudas, *Crónicas de la guerra* es uno de los mejores testimonios sobre la contienda del 95 y, específicamente, acerca de la invasión. Como jefe del Estado Mayor de la columna invasora, el general Miró presenció y participó de los acontecimientos, combates y principales discusiones estratégicas que impulsaron y llevaron a buen término la proeza militar. A través de sus impresiones y valoraciones, sería de los pocos que fundamentaría en su texto no solo las necesidades militares y políticas que condujeron a la realización de la invasión, sino que, conocedor de los detalles y los preparativos de esta, ofrece un análisis valioso para entender el contexto y los factores que permitieron el éxito de la gesta. Al respecto comenta:

> Para conducir a buen término la campaña de invasión, —vasta, difícil, y aun cabe decir temeraria empresa, en que todas las ventajas estaban por los españoles—, se contaba con el patriotismo incomparable de los cubanos en armas; pero la magnitud de la obra de cuyo éxito dependía el triunfo de la revolución […] exigía desde el punto de vista militar una selección atinada de los componentes que habían de constituir el núcleo principal del ejército invasor.[6]

El lugarteniente general Antonio Maceo prestó atención a los detalles de la selección del personal y escogió, en el terreno de los combates, las fuerzas que integrarían la columna, precisando en directrices reservadas a sus subordinados:

> Todos aquellos que por su conducta sospechosa o desarreglada puedan ser agentes de perturbación, ingresarán indefectiblemente en la columna expedicionaria. Me propongo con esta medida depurar las fuerzas que han de quedar aquí de un sedimento pernicioso y aprovecharlo por lejanas tierras, a las que pretendo llegar por tenaz que sea la oposición del enemigo. Allá

[6] José Miró: Ob. cit., p. 18.

> podrán ser útiles esos hombres, y quizás lograremos modificar su condición moral con el rudo ejercicio de las armas[7]

Estos pasajes muestran un Maceo no solo resuelto a llevar contra todo obstáculo la empresa bélica, sino también dispuesto a modificar actitudes alejadas de los principios de la Revolución y contrarias a la moral combativa del Ejército Libertador.

Como estrategia, en su primera etapa, al menos hasta la unión de ambos caudillos en Las Villas, decidió asumir una marcha forzada y rápida, que evadiera todo encuentro crucial con las fuerzas españolas. Así quedó reflejado en los escritos del general Manuel Piedra Martel ya citados, inapreciable testimonio de la contienda independentista:

> Era propósito del general Maceo eludir, en todo lo posible, las funciones de guerra, mientras no se reuniesen en Las Villas con el general jefe Máximo Gómez. La razón era obvia: diez o doce cartuchos, aun disparados con armas de un solo tiro, como eran nuestros fusiles Remington, y por mucho interés que se ponga en economizarlos, se queman en unos cuantos minutos.[8]

La partida de la columna invasora, el día 22 de octubre de 1985, desde los campos de Baraguá, entrañó un significado y simbolismo importantes. A los efectos, la despedida se realizó con todos los honores, se efectuó una fiesta en honor al Gobierno de la República, en la que se dispuso una glorieta donde fueron ubicadas las figuras más importantes del gobierno y la jefatura militar, al calor de las notas, unas veces alegres, otras marciales de la banda de música, que acompañaría a la columna invasora. Los discursos enardecían el ambiente patriótico.[9]

A Miró, en su misión de cronista, se le deben algunos de los párrafos más hermosos dedicados a la mujer cubana en su misión de acudir al despido de sus seres queridos en marcha hacia occidente. De las descripciones realizadas, las referentes a una fiesta organizada en el campamento de Mala Noche en la región holguinera son demostrativas de ello.

> Todo es grande y poético en esa época por la intervención de la mujer que, transfigurada por el amor patrio aparece como un emblema de gloria […] su devoción por la bandera de la República la ha llevado hasta el campo militar. Ninguna denuncia su dolor al desprenderse de familiares tan queridos; ninguna opone necesidades del hogar, excepciones de orfandad o viudez, todas, por el contrario, muéstranse orgullosas de los suyos.[10]

[7] José Miró: Ob. cit, p. 19.
[8] Manuel Piedra: *Campañas de Maceo…,* ob. cit., p. 42.
[9] *Ibidem,* p. 41.
[10] José Miró: Ob. cit., p. 55.

De las operaciones realizadas durante la campaña sobresalen las referencias al cruce de la columna por la trocha de Mariel a Majana, de la cual Miró declararía sin ambages que fue la peor estrategia del Ejército de Operaciones español en su intención por contener a los cubanos en el oriente del país.

El cruce se efectuó por el caserío de Artemisa, cercano a la línea defensiva, en la mañana del día 29 de noviembre, tras paso sigiloso durante toda la madrugada de ese día, sin apenas oposición por parte de los españoles, que apenas respondieron con alguna carga de fusilería desde el fuerte La Redonda, seguido de fuertes vivas pronunciados por las fuerzas mambisas, que no creyeron necesario gastar balas en responder y pasaron al ritmo marcial del "Himno invasor".[11]

Luego del cruce de la trocha, la batalla de Mal Tiempo (15 de diciembre), crucial para las armas cubanas; el breve pero intenso enfrentamiento quedó en la memoria de los generales Miró y Piedra desde su perspectiva humana y con la tremenda carga de heroicidad que implicó el encuentro de Mal Tiempo, en la jurisdicción de Cienfuegos. La victoria del contingente invasor fue completa, frente a una columna hispana integrada por fuerzas de los batallones Canarias y Bailén, prácticamente aniquilados en esta acción.

Para entender el significado de Mal Tiempo es necesario acudir nuevamente a las notas del general Piedra sobre las capacidades del enemigo en la región: "Que el ejército enemigo contaba en aquella jurisdicción con contingentes móviles que sumaban no menos de diez mil soldados, lo que da una proporción de aproximadamente cinco por cada uno de los nuestros".[12]

El intento de los peninsulares por resistir la carga furibunda de las tropas de Maceo y Gómez resultó en vano:

> Firme aún la infantería española, rodilla en tierra, la mayor parte, trata de resistir con un fuego mortífero y las puntas de las bayonetas, pero nadie se para; al grito heroico de arriba Oriente, al machete, viva Maceo, abren brecha los orientales y acuchillan sin piedad durante quince minutos. No dura más tiempo todo el drama. Aquí han caído dos secciones completas con los oficiales que las mandaban; más allá, grupos de infantes y jinetes, mezclados en confusión, ruedan al filo del sable cubano.[13]

Al igual que Miró, las impresiones de Piedra coinciden en la impetuosidad y bravura de la arremetida cubana en Mal Tiempo:

> Cuatrocientos cincuenta o quinientos jinetes arremetimos contra los españoles. Sonaba el golpe de nuestros machetes contra las bayonetas, pero con bastante más frecuencia contra el cráneo de los soldados enemigos. Los disparos eran muy pocos: ellos no tenían tiempo para cargar sus fusiles y a nosotros nos embriagaba el uso de nuestra arma favorita [...].

[11] *Ibidem,* p. 88.
[12] Manuel Piedra: *Campañas de Maceo en la última guerra de independencia*, p. 68.
[13] José Miró: Ob. cit., p. 123.

> Ambos cuadriláteros quedaron desechos pronto. Algunos de sus componentes trataron aún de defenderse, formando grupos contra la caballería; otros, a quienes el pavor parecía haberles suspendido toda energía vital, inclinaban al suelo la cerviz, para sustraerse a la aterradora visión de la muerte representada en los alzados machetes [...].[14]

El relato sobre la batalla de Calimete, cruenta para las armas mambisas, refleja el otro aspecto de la marcha invasora, el de las bajas en el ejército independentista. Efectuado en esa localidad matancera, el 29 de diciembre de 1895, el preámbulo del relato plasmado en las memorias de Miró, ya de por sí muestran el cariz de la batalla:

> Nos toca describir una de las jornadas más serias de la invasión, la más cruenta, al menos, para nuestras armas, en la que si la victoria se mantuvo indecisa, la cuantía de las pérdidas sufridas, su número y calidad, nos colocó al borde casi de un verdadero desastre del cual nos salvamos a prodigio; tal vez por los efectos mismos de la impresión del peligro inminente al que nos vimos abocados, y que nos obligó a redoblar la vigilancia y el esfuerzo, la actividad y el valor, para resolver rápidamente [la] crisis, afrontando con presencia de ánimo las vicisitudes de la adversidad, y no ceder al enemigo el terreno conquistado con la sangre de nuestros heroicos soldados.[15]

Al final de la jornada, las bajas entre muertos y heridos en la fuerza insurrecta sumaron más de ochenta y dos, una de las cifras más importantes de toda la invasión, la cual estuvo a punto de impedir la continuación de la campaña. Las observaciones de Miró esclarecen que la acción pudo constituir un descalabro real para los cubanos, si las tropas españolas, más numerosas, no hubieran cambiado la actitud combativa inicial por una más prudente hacia final de la jornada.

Resulta digna de recordar la valiente actitud del teniente coronel Alejandro Fernández, nacido en tierra española, pero cubano por su apoyo a la causa independentista, quien mediante una corajuda carga contra el cuadro español abrió una brecha que contribuyó al empuje militar de la caballería mambisa.

> El escuadrón que ahora toma la iniciativa es el mandado por el Tte. Coronel Alejandro Fernández. Este se destaca quince o veinte metros adelante [...] Se arroja contra el cuadro español. El caballo, clavado en las bayonetas, muere fuera, el caballero dentro. Pero al chocar ha movido algunas figuras del tablero. Queda en él una grieta, una fisura que ensanchan otros jinetes, que ensancha todo el escuadrón, que ensancha el regimiento. El sólido queda roto, destrozado.[16]

[14] Manuel Piedra: *Mis primeros treinta años,* p. 234.
[15] José Miró: Ob. cit., p. 197.
[16] Manuel Piedra: *Campañas de Maceo*..., ob. cit., p. 87.

Las campañas de La Habana y Pinar del Río constituyen pasajes importantes, sobre todo por la estrategia empleada para tomar poblados como el de Güira de Melena, lo cual demostró la posibilidad y capacidad ganada por el Ejército Libertador de asumir empresas bélicas de esta naturaleza en la propia región habanera, causando pánico a los mandos españoles.

De las impresiones tras la acción de Güira de Melena, se cuenta con las referencias del entonces cabo Israel Consuegra, miembro de las tropas del general Juan Bruno Zayas Alfonso, quien en forma anecdótica deja entrever la profunda admiración que los soldados y oficiales subalternos sentían por Maceo, muestra de la elevada moral y el espíritu de los jóvenes que formaron parte de la invasión.

La anécdota está relacionado con un caballo, del que se había apropiado Consuegra tras el ataque a Güira de Melena. El corcel era majestuoso y en un encuentro con el general Antonio y su escolta llamó la atención de este, quien le propuso cambiárselo, lo cual recibió una respuesta afirmativa del cabo. Al respecto, cuenta Israel Consuegra:

> El general me dio las gracias y dispuso que se me entregara otro caballo en el que monté y salí disparado a incorporarme a mis compañeros, todavía impresionado, porque el Titán me había dirigido la palabra, a mí que era un humilde cabo de 18 años de edad. Confieso que aquella escena me produjo un efecto tan extraño, que permanecí un buen tiempo que escuchaba aquellas palabras de Maceo.[17]

La invasión culminó oficialmente el 22 de enero, en Mantua, extremo occidental del país. Cumplió con creces su misión militar y, además, la política, pues elevó significativamente el prestigio de la causa libertaria, propició la incorporación de muchos cubanos a la revolución y consolidó mediante las armas el ideal independentista.

[17] Israel Consuegra: Ob. cit, p. 29.

En marcha hacia el occidente. La invasión en regiones y localidades

Guantánamo y la campaña de invasión a occidente

José Sánchez Guerra
Wilfredo de Jesús Campos Cremé

La necesidad de dar un carácter nacional a la guerra renacida el 24 de febrero de 1895 se sustentaba en razonamientos políticos y militares anhelados por la dirección de la revolución, cuya idea había acompañado a sus dirigentes y jefes militares desde la Guerra de los Diez Años. Llevar la contienda al occidente era vital para alcanzar la victoria militar sobre las fuerzas colonialistas españolas destacadas en Cuba, pues allí se concentraba la mayor parte de la población cubana, cuyo esfuerzo independentista no resultaba despreciable; radicaba la capital del país y se concentraba la mayor suma de riquezas que sostenía una parte considerable de la estructura militar de la metrópoli.

Para materializar la invasión, los dirigentes de la insurrección cubana barajaron e intentaron diversas maneras, generalmente vinculadas entre sí: considerar los levantamientos revolucionarios de manera simultánea en todas las regiones, organizar expediciones desde el extranjero y desembarcarlas en diversos

José Sánchez Guerra

Máster en Estudios Cubanos y del Caribe por la Universidad de Oriente. Historiador de la ciudad de Guantánamo. Autor de libros y artículos de temática histórica. Pertenece a la Unhic, la Uneac y SCJM. Miembro correspondiente nacional de la Academia de la Historia de Cuba.

Wilfredo de Jesús Campos Cremé

Doctor en Ciencias Históricas. Profesor de la Universidad de Guantánamo. Autor de libros y artículos de temática histórica. Pertenece a la Unhic y SCJM.

puntos de la geografía cubana para levantar territorios no sublevados o invadirlos desde las regiones donde la guerra había sido consolidada. Estas variantes para incorporar a la lucha las regiones del poniente cubano fueron probadas sin éxito.

Para la estrategia militar española, la irrupción de las fuerzas del Ejército Libertador en occidente representaba la posibilidad real de ver afectadas las fuentes de riquezas que sustentaban la estructura militar hispana y los obligaría a una mayor dispersión de sus fuerzas. Estas razones condicionaron los esfuerzos peninsulares por encerrar la guerra en Oriente y, después que el mayor general Máximo Gómez invadió Camagüey, por mantenerla al este de la trocha militar de Júcaro a Morón.

Hasta hoy constituye tema de análisis y discusión el momento en que se decidió organizar la invasión a occidente. Numerosos autores consideran que, en la reunión de La Mejorana, el 5 de mayo de 1895, fue decidida su realización y que, incluso, fue fijada la fecha de inicio. Entonces, el Ejército Libertador no estaba aún en condiciones de emprender una operación de tal envergadura, teniendo en cuenta que sus tropas no estaban reagrupadas, ni conocían sus misiones, los aseguramientos combativos y de logística eran insuficientes y el mando no estaba suficientemente consolidado. En relación con este asunto, Máximo Gómez escribió en *Mi Escolta*: "Situado mi Cuartel General en el Centro, principié desde ese puesto a organizar el Ejército, cuyo mando se me había confiado, y a preparar el plan de campaña que necesariamente había de desarrollar en toda la Isla, con los elementos de que pude disponer que, por cierto, eran bien pocos o ningunos".[1] Es decir, reconoce de facto que en La Mejorana el asunto no fue decidido.

El brigadier José Miró Argenter reconoció esas debilidades al expresar:

> Para conducir a buen término la campaña de invasión,—vasta, difícil, y aun cabe decir temeraria empresa, en que todas las ventajas estaban por los españoles,—se contaba con el patriotismo incomparable de los cubanos en armas; pero la magnitud de la obra de cuyo éxito dependía el triunfo de la revolución, en plazo más o menos remoto, o de lo contrario un estancamiento peligrosísimo, exigía desde el punto de vista militar una selección atinada de los componentes que habían de constituir el núcleo principal del ejército invasor.[2]

Con estos fines, entre los días del 6 y 30 del mes de junio se desarrollaron acciones militares para incorporar al Ejército Libertador fuerzas camagüeyanas y llegar a los límites de la trocha de Júcaro a Morón. Otra etapa corrió entre el 1.º de julio y el 10 de octubre, cuando Gómez entregó la dirección del 3.er cuerpo del Ejército Libertador al general José María Rodríguez Rodríguez. Ello vigorizó la lucha armada en las llanuras de Camagüey y permitió acopiar recursos decisivos para la campaña, como caballos, armas y municiones, con los cuales se creaban condiciones para asegurar el paso del contingente oriental que se gestaba al mando

[1] Máximo Gómez. *Selección de textos* (comp. Salvador Morales), p. 223.
[2] José Miró Argenter: *Cuba. Crónicas de la Guerra*, t. I, p. 18.

del general Antonio Maceo. Los planes del general Martínez Campos de sofocar la guerra en Oriente fueron derrotados.

Un elemento esencial en este proceso de organización de la campaña de invasión fue la constitución del gobierno de la República de Cuba en Armas, el 18 de septiembre, en Jimaguayú, donde fue elegido Salvador Cisneros Betancourt como presidente y se aprobó la Constitución. Además, fueron designados, respectivamente, como general en jefe y lugarteniente general los mayores generales Máximo Gómez y Antonio Maceo.

La campaña de la invasión se propuso llevar la guerra a todo el territorio nacional, en particular a occidente; combatir las manifestaciones de regionalismo visibles en las fuerzas cubanas; afectar de modo significativo la economía azucarera del poniente; obligar al mando español a dislocar sus fuerzas; incorporar nuevos combatientes y facilitar la llegada de expediciones desde el exterior.

Esta campaña se proponía avanzar hacia el occidente evadiendo los encuentros con las fuerzas españolas y aplicando la tea incendiaria sobre la riqueza que encontrara a su paso. Al respecto, Gómez escribió:

> Además de los detalles del Plan general, yo había dicho a Maceo como los diez Mandamientos que se encierran en dos, "Al enemigo que nos salga por los flancos, a ese procurar rebasarlo y dejarlo a retaguardia entretenido con guerrillas y emboscadas; pero al enemigo que nos salga de frente, a ese debemos arrollarlo sin tener en cuenta el número ni las posiciones".[3]

Al evaluar la composición orgánica de la columna, se decidió que la fuerza debía ser mixta, es decir, de las dos armas: infantería y caballería, y esta última debía ser más numerosa, por su empleo más frecuente en la exploración a larga distancia. Tuvieron en cuenta, además, que en las acciones combativas la caballería jugaría el papel principal, teniendo en cuenta las condiciones del terreno eminentemente llano y abierto, con escasas maniguas, abundantes caminos y vías del ferrocarril que podían favorecer las comunicaciones de las tropas oponentes.[4]

Mientras estos procesos organizativos tenían lugar, en el oriente cubano, las fuerzas bajo el mando del mayor general Antonio Maceo se preparaban para incorporarse a la columna invasora. Desde Guantánamo, en el ingenio San Idelfonso, el 7 de agosto de 1895, Maceo le escribió a Gómez: "Estoy listo para partir a Las Villas. Disponga V. el número de fuerzas que debo llevar del 1.er y 2.o cuerpos de ejército que manda el mayor general Bartolomé Masó".[5] De igual modo, le ordenó al brigadier Pedro Agustín Pérez Pérez, Periquito, la selección de un fuerte contingente de infantería, con oficiales y soldados de su brigada, para incorporarlo a la columna invasora.[6]

[3] Máximo Gómez: "Extracto de mi Diario", en *Diario de campaña del mayor general Máximo Gómez*, p. 439.

[4] José Miró Argenter: Ob. cit., t. I, p. 40.

[5] Juan Andrés Cué: "Correspondencia inédita de Antonio Maceo", en revista *Santiago*, no. 22, ob. cit., p. 191.

[6] Rafael E. Polanco Bidart: Gestas libertarias del 95, inédito, p. 4.

Al mes siguiente, el general José Maceo, jefe del 1.ª división, le expresó por escrito a Periquito Pérez, jefe de la 3.ª brigada, que por órdenes del general Antonio Maceo, el escuadrón de caballería Pineda sería incorporado a la columna invasora.[7] El día 16, Periquito envió comunicación al general José, su jefe inmediato, solicitándole que intercediera ante Antonio para que el escuadrón permaneciera bajo su mando y no quedaran debilitadas las fuerzas en Guantánamo. El día 20 recibió respuesta del León de Baconao, donde este le comunicaba que "[…] nada puede hacer, pues obedece órdenes superiores".[8]

A pesar de esta solicitud, es preciso reconocer que el general Pedro A. Pérez entregó a la campaña de la invasión oficiales y soldados de vasta experiencia combativa, armados convenientemente, además de casi todos los caballos disponibles en su división, bajo el principio de atender con prioridad la dirección principal de la guerra y atento al cumplimiento exacto de las órdenes superiores recibidas.

A partir de entonces, sus fuerzas vieron limitadas las posibilidades de desarrollar acciones militares de mediana y gran envergadura y aplicaron el método de lucha irregular en una guerra de carácter popular y prolongada, siguiendo las instrucciones del mayor general Máximo Gómez cuando, al preparar la invasión a occidente indicó que, en el caso de Oriente, las tropas debían "quedarse en guerrillas" en el aspecto cuantitativo;[9] es decir, incorporar el grueso de las fuerzas al contingente invasor y dejar guerrillas en Oriente. Este tipo de lucha tenía lugar en medio de difíciles condiciones materiales y de carencias de todo tipo, particularmente de armas y municiones; sin embargo, las fuerzas mambisas de la región de Guantánamo estaban habituadas a luchar en tales circunstancias.

Periquito indicó la selección de las fuerzas y, para ello, designó al brigadier Dionisio Gil de la Rosa (1852-1899), segundo jefe de la 3.ª brigada y al coronel Silverio Sánchez Figueras (1852-1915), jefe del regimiento de infantería Guaso (posteriormente Hatuey). El general Pedro A. Pérez, que había organizado el escuadrón de caballería Pineda subordinado directamente a él y al mando del teniente coronel Pedro Ramos, visitó su campamento en Iguanábano, a principios de septiembre y le propuso crear otro escuadrón de la misma arma, que tendría por nombre Arcid Duvergel Lafargue, en honor al coronel y expedicionario de la goleta *Honor*; incluso llegó a expresarle a Ramos que si las condiciones lo permitían crearía un regimiento de esa arma.[10]

Ramos era un experimentado jinete y conocedor de la cría caballar, junto a su joven amigo y colaborador el teniente José Buenaventura Polanco Bidart (fue ascendido después a capitán). Una parte no despreciable de los jamelgos del es-

[7] ANC: Fondo *Donativos y Remisiones*. Libro de correspondencia del general José Maceo. Comunicación de José Maceo a Pedro A. Pérez, 16 de septiembre de 1895, leg. 753, no. 1112.

[8] *Ibidem,* leg. 753, no. 1128.

[9] Wilfredo de Jesús Campos Cremé: La lucha armada en el teatro de operaciones militares de Guantánamo en la guerra hispano cubano estadounidense de 1898, tesis en opción al grado científico de Doctor en Ciencias Históricas, p. 12.

[10] Rafael E. Polanco Bidart: Ob. cit., p. 6.

cuadrón Pineda procedían de las fincas y haciendas de Filipinas, Iguanábano, Cabañas, Los Caños y Palma San Juan, área tradicional de cría caballar.[11]

En septiembre, los dos contingentes de los regimientos de infantería Guantánamo y Hatuey fueron entregados al mando del cuerpo invasor. En un encuentro entre los generales Antonio y José Maceo, fue decidido que el brigadier dominicano Dionisio Gil y el coronel Silverio Sánchez —en esos momentos los jefes principales subordinados al general Pedro A. Pérez— formaran parte de la oficialidad que avanzaría hacia el occidente del país. Igualmente, comunicó a Periquito que formarían parte de la columna los experimentados tenientes coroneles guantanameros Pedro Ramos, José Cefí Salas, Guillermo Pérez y Juan de León Serrano, así como el comandante indio José Francisco Rojas, oficiales de la Guerra de los Diez Años y de la Guerra Chiquita. Entre los oficiales subordinados escogidos se encontraban los capitanes José Camejo Payents, periodista dominicano, residente y casado en Guantánamo; Silverio Guerra Téllez; el capitán José Buenaventura Polanco Bidart y el teniente Pedro Manuel Ferrer. El coronel Silverio Guerra no pudo incorporarse por encontrarse lesionado a causa de una herida recibida en combate. En medio de la concentración de fuerzas en Mangos de Baraguá, el general Maceo incorporó como ayudantes de campo a dos jóvenes capitanes, el guantanamero Alberto Boix Odio y el baracoense Ramón Ahumada Hinojosa.[12]

Una entrevista ignorada con el general Antonio

Días antes de la partida del cuerpo invasor, llegó a Mangos de Baraguá el periodista estadounidense Hubert Howard, corresponsal del *Herald,* de Nueva York, para sostener una entrevista con el mayor general Antonio Maceo, la que tuvo lugar el 15 de octubre de 1895; en el encuentro —el primero de Maceo con un medio de prensa en la nueva guerra— se ofreció una descripción precisa acerca de la integración de las fuerzas libertadoras cubanas, en su diversidad social y racial, en la que, no obstante, asoman, con displicente pintoresquismo, matices racistas e incluso anticubanos.[13]

Al margen de las alusiones suspicaces del periodista yanqui, este confirma la proverbial pulcritud en el vestir de Maceo, sus finos y educados ademanes, la cortesía con el interlocutor y la plenitud de la agudeza e inteligencia del Héroe de Baraguá. Howard precisó que el general Antonio no fumaba, pero que a su hermano José, también asistente a la conversación, "[…] no se le cae de los labios el chicote humeante".[14]

Resulta notorio que Maceo trató por todos los medios de desinformar, desde el punto de vista militar, al entrevistador con respecto al número de hombres, así

[11] De Los Caños provenía el brioso caballo Baconao que le fue entregado a José Martí en Arroyo Hondo, el 25 de abril de 1895, noble bruto que lo acompañaba en la funesta jornada combativa del 19 de mayo, donde resultó muerto nuestro Héroe Nacional.

[12] Véase síntesis biográfica de los combatientes guantanameros en el anexo.

[13] José Sánchez Guerra y Víctor Hugo Purón: ¿Una entrevista ignorada con el General Antonio?, en *Visión múltiple de Antonio Maceo*, pp. 194-201.

[14] Emilio Reverter Delmas: Ob. cit., t. 3, p. 46.

como la cantidad y calidad del armamento que poseían sus fuerzas. Precisa fue la confirmación de la táctica mambisa de pelear contra el ejército peninsular con métodos de guerra de guerrillas, con el "muerde y huye" propio de un ejército popular, frente a una tropa colonial mejor entrenada y aprovisionada, y de relevancia esta táctica y el conocimiento del terreno, como ventaja frente al adversario.[15]

Howard, sentado en un taburete junto al general Maceo y su hermano José, describe a Antonio de traje blanco y de prenda negra a José "[…] correctísimos ambos, sin una mancha de lodo, impecables".[16] Cerca de ellos, la casa de campaña del general cubano, refugio de lona, que había pertenecido al presidente Carlos Manuel de Céspedes en la primera guerra, y que unos patriotas de Baire protegieron durante más de veinticinco años.

El periodista pudo apreciar la parada militar realizada por los futuros invasores, de la cual tomó notas y revela en su trabajo sus apreciaciones acerca de la composición de la columna invasora:

> A mi llegada al campamento vi desfilar ante mis ojos las fuerzas que manda el mayor general mulato, por el siguiente orden: pasó delante el estado mayor con sus generales negros y sus jefes y oficiales blancos, negros o mulatos, e inmediatamente detrás, sin orden ya, ni regularidad alguna, comenzaron a desfilar hirvientes pelotones de hombres, unos sin armas, otros con el fusil al hombro; estos con la carabina en bandolera, aquellos blandiendo y haciendo jugar el machete por encima de la cabeza, todos gritando y riendo, gozosos sin duda de acampar y descansar tal vez durante dos o tres días de una fatigosísima y ruda existencia.[17]

Howard ofrece, tal vez, la mejor descripción —dejando a un lado su evidente racismo— realizada de las fuerzas invasoras orientales, caracterizadas por la variada y distinguida composición étnica de los hombres que siguieron a Maceo a una de las campañas militares más relevantes de la historia combativa de Latinoamérica:

> Entre aquellos pelotones de hombres vi de todos colores, de todas castas: negros bozales con el cabello rizoso que llaman pasa y la peste de almizcle que da comezón a toda pituitaria europea, por poco delicada que sea; negros achocolatados y encendidos, con el pelo cerdoso, que revela el cruce con alguna derivación del tipo indio criollo; mulatos de todas tonalidades, desde el muy obscuro que revela la aleación de una negra y un blanco, hasta el muy claro que acusa a la mulata y al europeo; criollos del campo con su tez trigueña, de color de tierra, y criollos de las ciudades con el cutis fino y la coloración exquisita que se advierte bajo la delicada epidermis; y, por

[15] José Sánchez Guerra: "El general ante la prensa", en *El Cubano Libre*, 15 de junio de 1996.
[16] _____ y Víctor Hugo Purón: Ob. cit., pp. 194-201.
[17] Emilio Reverter Delmas: *Cuba española. Reseña histórica de la insurrección cubana en 1895*, ob. cit., t. 3, p. 43.

último, blancos, también, legítimos blancos de Europa, españoles peninsulares arrastrados a la insurrección por no sé qué extraño atavismo.[18]

Entre quienes desfilaron durante esa jornada estaba el comandante José Francisco de la Caridad Rojas Ramírez, cacique de los descendientes de los aborígenes de San Andrés de Yateras, quien se había incorporado a la guerra con las fuerzas de Pedro A. Pérez después de la muerte del general Flor Crombet en Alto de Palmarito. Era el jefe de la guerrilla de indios de Yateras, subordinada al mando del regimiento Hatuey, unidad combativa destacada en los combates de Sao del Indio en el verano de 1895.[19]

Al mando de Antonio Maceo, la columna invasora partió el 22 de octubre de 1895 de Mangos de Baraguá. Esta fuerza contaba con 1053 hombres (de 2100 previstos): 703 montados (jefe brigadier Luis de Feria Garayalde) y 350 de infantería (jefe brigadier Quintín Bandera Betancourt). Pertenecían al regimiento de caballería Carlos Manuel de Céspedes unos cuatrocientos hombres, conformados por jinetes de las jurisdicciones de Santiago de Cuba y Guantánamo, columna vertebral de la fuerza, formación en la que se incluyó el escuadrón Pineda, al mando del teniente coronel Pedro Ramos; por su parte, al teniente coronel José Cefí le asignaron la dirección de un escuadrón integrado en su mayoría por jinetes de Palma Soriano, Baire y Guantánamo.

En el campamento de Mala Noche, jurisdicción del Holguín, el 3 de noviembre se incorporaron incompletos los regimientos de caballería Martí y García, en número de 350 plazas. En total, 1403 hombres, de ellos 350 de infantería y 810 de caballería, a los que se sumaron la escolta del Cuartel General y la del Gobierno.[20]

Mientras Maceo establecía su campamento en Lavado, Camagüey, el 8 de noviembre desde la provincia de Las Villas, el general Gómez remitía a Tomás Estrada Palma[21] una carta en la cual rememoraba los primeros meses de la guerra y reconocía la labor de los generales Pedro A. Pérez, Guillermo Moncada,[22] José Miró y Bartolomé Masó. En ella registra, además, la derrota inminente del general Martínez Campos.

> Yo pudiera hacer una pregunta al General Campos, quien de seguro, se vería en un gran aprieto para contestarla con exactitud. ¿Como se explica que habiendo llegado a la vez que él a la Isla de Cuba los Generales Maceo, Martí y yo, en ocasión en que apenas se contaban sobre las armas las

[18] *Ibidem.*

[19] El comandante José Francisco Rojas Ramírez salió con la columna invasora, fue herido en el combate de Trilladeritas, Sancti Spíritus, el 3 de diciembre de 1895. Después de recuperarse en un hospital de campaña, regresó a Oriente, en febrero de 1896.

[20] José Miró Argenter: Ob. cit., t. I, p. 41.

[21] En la asamblea de Jimaguayú fue electo agente diplomático en el exterior, además de haber sustituido a Martí como delegado del Partido Revolucionario Cubano.

[22] Aunque se alzó en Alto Songo, el 24 de febrero, se hallaba ya herido de muerte. Falleció en el campamento de Joturito, en Mucaral, Alto Songo, el 5 de abril de 1895.

> fuerzas diezmadas de los Generales Pedro Pérez de Guantánamo, en Cuba las de Guillermo Moncada, huérfanas por la muerte de su jefe envenenado, en Holguín las del Coronel Miró, compuesta de ese osado y tenaz jefe y un puñado de jóvenes holguineros, y las del general Bartolomé Masó, en Manzanillo; cómo se explica, repito, que no pudo sofocar en su cuna una revolución naciente, que a pesar de sus talentos militares, de sus grandes recursos [...] de sus facultades omnímodas y de su influencia en el país, se ha extendido como un gran incendio en toda la isla [...].[23]

En los combates de las llanuras camagüeyanas, y luego en Las Villas, sobresalieron los escuadrones del regimiento Céspedes, particularmente en Coliseo y Calimete. Estas tierras fueron testigo del desbordante entusiasmo del oficial Alberto Boix Odio, el ayudante de campo más joven del lugarteniente general Antonio Maceo.

En el cumplimiento de las órdenes del general Maceo, Boix trasmitía, en medio de las acciones combativas, en casi todas las ocasiones con peligro para su vida, órdenes del mando a los jefes de regimiento, escuadrones y batallones. Fue herido en tres ocasiones durante la campaña y, con solo 21 años, por méritos de guerra, fue ascendido al grado de teniente coronel en La Habana, a principios de 1896.[24]

El capitán Manuel Piedra Martel[25] —también ayudante del general Maceo— cuenta que Alberto Boix era una figura simpática del Ejército Libertador. Convaleciente de una herida recibida en combate, el general Maceo le ordenó volver al hospital de sangre de Cacarajícara, adonde envió también al capitán Alberto Boix, que se encontraba enfermo.

> Alberto Boix, un joven de veintidós a veintitrés años que había venido de Costa Rica en compañía de Maceo, era uno de los hombres de mejores sentimientos, y también de los más graciosos y simpáticos, que he conocido, y resultaba un compañero ideal, tanto en el combate como en el campamento. Con él cerca era tener a distancia la pesadumbre y la hipocondría, porque él siempre estaba alegre y festivo. De carácter infantilmente juguetón, fácil al chiste agudo y a la chanza, esta tenía en ocasiones el valor de una sentencia. La noche del día en que la columna expedicionaria acampó en Canasta (Oriente), Alberto Boix, habiendo oído decir a alguien que una columna española marchaba sobre nuestro campamento, hubo de repetir tal versión a los oficiales del despacho del general. El coronel Federico Pérez Carbó [...] jefe de los mismos, se quejó de ello al general Maceo porque,

[23] "Carta de Máximo Gómez a Estrada Palma", Sancti Spíritus, 8 de noviembre de 1895, en ANC: Fondo Máximo Gómez, leg. 129, no. 984.

[24] Archivo del Historiador de La Habana: Fondo: Guerra de 1895. Escalafón del Ejército Libertador, leg. 117, no. 207.

[25] El primer asistente que tuvo Piedra Martel en la invasión fue el mulato guantanamero Pablo León, hermano del coronel Juan de León Serrano. Pablo alcanzó en Pinar del Río el grado de subteniente.

según él [don Federico], perturbaba el ánimo de sus subordinados. El general castigó a Boix enviándolo a esperar el enemigo en guardia avanzada del camino por donde se decía que venía este. A la mañana siguiente, cuando Boix se reunió con nosotros, le preguntamos la razón de aquella pena. Él nos respondió:
—Porque asusté a la población pacífica del cuartel general.[26]

Cuenta Piedra que, en noviembre de 1895, encontrándose en el cuartel general establecido en Sancti Spíritus, llegó un corresponsal estadounidense, quien refirió que conocía a Antonio Maceo. Quería dar la impresión de que entre los dos mediaba una relación de amistad, por lo que nunca, al nombrarlo, decía el general Maceo o el general, sino Antonio a secas:

"Porque Antonio me dijo", "porque yo le dije a Antonio". A nosotros, que tanto respeto sentíamos por el general, nos molestaba la petulancia de aquel individuo y todos le cobramos ojeriza. Pero el que mejor se la demostraba era Boix. Cuando el hombre, que era sordo decía: "Antonio", Boix, exclamaba "La p. de tu m." El hombre se ponía la mano ahuecada en el pabellón de la oreja y preguntaba: "¿Qué dice?" y Boix repetía: "La p. de tu m." El individuo se decía ingeniero. Nos refirió que, en Nueva York, se había encontrado tan falto de recursos, que se había visto en el caso de vender reguiletes por las calles.
—Eso es lo que has sido toda tu vida, un reguiletero —exclamó Boix.
—¿Qué dice? —preguntó el hombre.
Boix se le acercó al oído y le repitió:
—¡Que eso es lo que tú has sido toda tu vida, un reguiletero!
Pero esto dicho con tal gracia, que el hombre se volvió hacia nosotros diciendo:
—Ustedes ven, los cubanos todo lo echan al choteo.[27]

Después de la muerte de Maceo, el teniente coronel Alberto Boix continuó combatiendo en los alrededores de La Habana y murió en acción en los campos de esa provincia, en octubre de 1897.[28]

El 15 de diciembre de 1895, en Mal Tiempo, se desarrolló una jornada gloriosa de la campaña de la invasión en tierra cienfueguera. Las fuerzas cubanas, con solo dos cápsulas para el arma que llevaba cada soldado, avanzaron al encuentro con las unidades que mandaba Martínez Campos. Iban Maceo en la vanguardia, Gómez con las fuerzas principales y Luis de Feria en la retaguardia.

El Titán, después de recibir la información de los exploradores, organizó el ataque por el frente y se lanzó sobre la línea española al galope de su caballo moro, que parecía que no tocaba la tierra; lo siguió el general Gómez, alzando el sable,

[26] Manuel Piedra Martel: *Mis primeros treinta* años, p. 368.
[27] Manuel Piedra Martel: Ob. cit., p. 369.
[28] Carlos Roloff: Índice del Ejercito Libertador Cubano, p. 868.

con su escolta camagüeyana y los escuadrones de caballería Martí, García y Gua. Después, varios escuadrones del regimiento de caballería Céspedes, con José Cefí a la cabeza y, a su lado, Pedro Ramos, que fortalecieron la escolta de Maceo; por orden de este último el clarín tocó a degüello y la masa de jinetes se lanzó a los gritos de "¡Arriba Oriente!", "¡Al machete!", "¡Viva Maceo!" Abrieron brecha los orientales y acuchillaron sin piedad durante 15 minutos a las fuerzas españolas.

> De los peninsulares [...] han caído dos secciones completas con los oficiales que las mandaban; más allá, grupos de infantes y jinetes, mezclados en confusión, ruedan al filo del sable. Un capitán al frente de diez o doce hombres que le quedan, después de inferir tres balazos a un ayudante del Estado Mayor, hace demostraciones de rendirse, pero cae también con todos los suyos, bajo el acero insurrecto, esgrimido por la gente de Guantánamo.[29]

De la caballería de Santiago de Cuba y Guantánamo, en Mal Tiempo, las llanuras rojas de Matanzas, La Habana, La Taironas y las montañas de la sierra de los Órganos, perecieron la mayor parte de sus jefes, oficiales y soldados.[30] Al decir del brigadier Miró Argenter:

> Del regimiento Céspedes, al terminarse la segunda campaña de Occidente, sólo le quedará el recuerdo glorioso de sus proezas; idéntico destino le cabrá a la famosa guardia del General y al regimiento Maceo y al 1.er batallón de Crombet, y tanto más, igualmente beneméritos, diezmados en cada combate, todos sepultados y esparcidos, aquí y allá, en la diseminación de la gran jornada! [...] El segundo jefe del regimiento Céspedes, el bravo Cefí, ha muerto sobre el campo de batalla, donde reposan sus gloriosos restos. Era Cefí el brazo de hierro de los orientales; ante su cadáver han desfilado llorosos los veteranos de Céspedes, y el mismo Maceo no ha podido ocultar la impresión profunda del dolor. ¡Hemos perdido a Cefí!—ha exclamado Gómez.[31]

Después de Mal Tiempo, los jinetes guantanameros continuaron forjando su leyenda en los terrenos de Manjuarí, al sur de Matanzas (31 de diciembre); en Melena del Sur, el 3 de enero de 1896, donde requisaron 300 caballos; en Güira de Melena, donde el escuadrón del Alto Oriente se apoderó del poblado y el día 5, el vecindario escuchó el tiple mambí, con la trova oriental, mezclada con la guaracha erótica de los músicos improvisados de las llanuras del Cauto, Santiago de Cuba y las tierras del Guaso. El 6, en Ceiba del Agua, fue ascendido a coronel el veterano comandante del 68 Guillermo Pérez.

El día 7, en Hoyo Colorado, en la entrevista que celebraron Gómez y Maceo, acordaron que el Generalísimo se quedaría en La Habana por algunos días, para

[29] José Miró Argenter: Ob. cit., t. I, p. 123.
[30] Bernabé Boza: *Mi diario de la guerra*, p. 284.
[31] José Miró Argenter: Ob. cit., t. I, p. 41.

imprimir energía y operatividad a las acciones que facilitarían el paso de Maceo a Mantua, provincia de Pinar del Río, región más occidental de la Isla. La columna de Maceo estaba compuesta por 1560 hombres armados, de ellos, 490 del regimiento Carlos Manuel de Céspedes, dirigido por el coronel Pedro Ramos.

El 17 de enero, en el punto conocido como Las Taironas, siete kilómetros al sur de la ciudad de Pinar del Río, en una zona donde la caballería tenía pocas posibilidades de maniobra, la columna aceptó un sangriento combate caracterizado por un intenso fuego de fusilería. El general Maceo reservó para la fase final del enfrentamiento al regimiento de caballería Céspedes, al mando del coronel Ramos. Después que la unidad mambisa se enfrentó a la columna de refuerzo enemiga que arribó a la zona de operaciones procedente de la capital provincial, Ramos atacó la infantería peninsular, que había ocupado una zanja próxima a la carretera que comunica con La Coloma.[32] En total, los mambises sufrieron 62 bajas entre muertos y heridos, de los primeros el coronel Ramos, uno de los jefes de más prestigio del Alto Oriente y otros tres oficiales. Los españoles tuvieron 48 bajas y los mambises quedaron dueños del campo.

Las fuerzas de la columna invasora llegaron al poblado de Mantua el 22 de enero de 1896, y festejaron ese momento junto con parte de la población civil. Las fuerzas de la división Guantánamo continuaron en la campaña de Pinar del Río, donde sobresalió el coronel Guillermo Pérez, muerto en uno de los combates de Loma de Tapia, el 23 de junio de 1896.[33] También el baracoense Ramón Ahumada Hinojosa,[34] quien se desempeñó como ayudante de campo del lugarteniente general desde octubre de 1895 a diciembre de 1896, integró el contingente invasor hasta Mantua y participó en la campaña de occidente. Ahumada acompañó a Maceo en su paso por la trocha de Mariel a Majana, por mar, el 4 de diciembre de 1896 y tres días más tarde fue herido en el combate de San Pedro, donde murió Maceo. Terminó la guerra en el Cuartel General del Departamento Occidental, con el grado de teniente coronel.[35]

Junto al generalísimo Máximo Gómez, entre otros guantanameros y baracoenses, permanecieron el coronel José González Calunga, nacido en Baracoa en 1833,[36] de quien el coronel Gustavo Pérez Abreu escribió: "Hombre recio como pocos, de absoluta confianza del General en Jefe, lo llevó siempre a la vanguardia en sus marchas y contramarchas de dos meses en la provincia de La Habana. Tiene su cuerpo cubierto de honrosas cicatrices".[37]

En el Mausoleo del Mambisado guantanamero, Monumento Nacional inaugurado el 24 de febrero de 1995, se encuentran nichos simbólicos con los nombres de los coroneles José Cefí Salas, Pedro Ramos, Guillermo Pérez y Alberto Boix Odio, justo reconocimiento del pueblo del Alto Oriente, a estos muertos venerados.

[32] CEMI: *Diccionario enciclopédico…,* ob. cit., t. 2, p. 322.
[33] Carlos Roloff: Ob. cit., p. 846. Véase anexo.
[34] Véase anexo.
[35] CEMI: Ob. cit., t. 1, p. 40.
[36] Máximo Gómez: *Cartas a Francisco Carrillo*, p. 286.
[37] *Ibidem.*

El 10 de octubre de 1910, en el Centro de Veteranos de Guantánamo se realizó un homenaje a los coroneles Pedro Ramos, José Cefí, Guillermo Pérez y Alberto Boix Odio, así como a otros mambises caídos en la campaña de la invasión al occidente del país. El acto solemne, presidido por el mayor general Pedro A. Pérez y el brigadier Prudencio Martínez Hechavarría, concluyó con las palabras del líder guantanamero: "Dignificar y honrar a los mártires de una causa elevada y noble es obra de los grandes pueblos que saben conocer el valor de aquella causa. ¡Gloria eterna para ellos!"[38] Hoy, como ayer, honramos la memoria de nuestros héroes y mártires, orgullosos de la gloria que nos legaron.

Anexo

Síntesis biográfica de combatientes de la 3.ª brigada de Guantánamo, participantes en la campaña de invasión

General de brigada Dionisio Gil de la Rosa (1852-1899)[39]

Nació en Concepción de La Vega, República Dominicana, el 8 de noviembre de 1852. Perteneció al Ejército de su país, en el que alcanzó el grado de general brigada durante la dictadura de Ulises Heureaux (1887-1889). Ingresó en el Ejército Libertador el 6 de agosto de 1895 y se incorporó al 1.er cuerpo, en la provincia oriental. A los pocos días fue nombrado jefe del regimiento de infantería Pineda, con el que participó en los combates de Ramón de las Yaguas y Sao del Indio (30 y 31 de agosto).

En octubre de 1895, mientras se desempeñaba como segundo jefe de la 3.ª brigada, integró la columna invasora, bajo las órdenes del mayor general Antonio Maceo. Participó en toda la campaña de invasión hasta Mantua y tomó parte en la primera campaña de Pinar del Río. Terminó la guerra en el cuartel general del Departamento Occidental.

General de brigada Silverio Sánchez Figueras (1852-1915)[40]

Nació en Matanzas, el 20 de junio de 1852. Combatiente de las tres guerras. Participó en la Protesta de Baraguá y continuó combatiendo hasta junio de 1878, cuando depuso las armas con el grado de capitán. En la Guerra Chiquita alcanzó el grado de teniente coronel y, en la de 1895, ingresó el 1.º de abril de ese año en el Ejército Libertador, cuando desembarcó en la goleta *Honor*, por Duaba, Baracoa, bajo el mando del mayor general Flor Crombet como jefe de mar y en compañía de los mayores generales Antonio y José Maceo. Participó en toda la invasión y

[38] *La Voz del Pueblo*, Guantánamo, 11 de octubre de 1910.
[39] CEMI: Ob. cit., t. 1, p. 131.
[40] *Ibidem*, t. 1, p. 261.

en la primera campaña de Pinar del Río. En febrero de 1896, en la zona de Corral Falso, Matanzas, organizó varios pelotones de caballería con los cuales se creó el regimiento de caballería Cárdenas. Murió en la ciudad de La Habana, el 20 de mayo de 1915.

Coronel Pedro Ramos (1848-1896)[41]

Oficial de las tres guerras por la independencia. Natural de Guantánamo, combatió en Oriente en la Guerra de los Diez Años bajo el mando de Antonio y Rafael Maceo, y Pedro Martínez Freyre. En la Guerra Chiquita estuvo subordinado a José Maceo y participó en la zona de Yateras en las últimas acciones del conflicto.

Se levantó en armas con el grado de comandante el 24 de febrero de 1895. Por orden del general Pedro Agustín Pérez organizó el escuadrón de caballería Pineda, unidad que fue incorporada a la columna invasora que dirigió Antonio Maceo.[42] En la invasión al occidente del país, con el grado de teniente coronel, se desempeñó como segundo jefe del regimiento de caballería Carlos Manuel de Céspedes. Al morir en combate, el jefe de esa unidad, Pedro Ramos lo sustituyó en el mando.

Como coronel y subordinado del Titán de Bronce, peleó en Las Villas, Matanzas, La Habana y Pinar del Río. Resultó muerto en el combate de Las Taironas, Pinar del Río, el 17 de enero de 1896.

Coronel Guillermo Pérez Pérez (1842-1896)[43]

Natural de Guantánamo. Participó activamente en la Guerra de los Diez Años, inicialmente junto al coronel José Policarpo Pineda Rustán; después dirigido por el general Guillermo Moncada y, finalmente, por el coronel Pedro Martínez Freyre, con quien participó en la campaña de Baracoa y el este de Guantánamo.

Con el grado de capitán siguió al general Limbano Sánchez a la contienda bélica de 1879-1880 y depuso las armas en Baracoa. Se levantó en armas el 25 de abril de 1895, en el valle de Guantánamo, con el grado de comandante. Participó en el combate de Jobito (13 de mayo de 1895) bajo los órdenes de Pedro A. Pérez. El 10 de octubre del propio año, el general Antonio Maceo lo ascendió a teniente coronel. Subordinado al coronel Pedro Ramos, en el regimiento de caballería Carlos Manuel de Céspedes, acompañó a la columna invasora hasta Pinar del Río, y participó en las dos campañas realizadas en esa provincia, bajo el mando del Titán. Murió con el grado de coronel, en uno de los combates de Loma de Tapia, el 7 de noviembre de 1896.

[41] José Sánchez Guerra y Wilfredo de Jesús Campos Cremé: Mausoleo del Mambisado guantanamero. Semillero de héroes, inédito.

[42] Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana: Fondo: Colección de Personalidades de las Guerras de Independencia. Libro de correspondencia del mayor general Antonio Maceo, septiembre-octubre de 1895.

[43] *Ibidem.*

Coronel José Cefí Salas (1848-1895)[44]

Nació en Guantánamo en 1848. Combatió en las tres guerras. Se levantó en armas el 24 de febrero de 1895 en San Andrés, Guantánamo, junto a Prudencio Martínez y Evaristo Lugo. Formó parte de la escolta del general Pedro A. Pérez al inicio de la guerra y, en mayo de 1895, era el jefe de la escolta que protegía a los generales Gómez y Martí en su paso por las regiones de Santiago de Cuba y las llanuras del Cauto. Acompañó a Gómez para impulsar la revolución en la provincia de Camagüey e iniciar la campaña circular. Regresó a Oriente para operar en Las Tunas.

Formó parte del regimiento Pineda y, después, se le entregó el mando del regimiento de caballería Carlos Manuel de Céspedes, con el que se incorporó a la columna invasora y combatió en Camagüey y Las Villas. Se destacó en la reñida acción de Mal Tiempo, Cienfuegos, donde murió el 15 de diciembre de 1895. Concluido el combate, el general Antonio Maceo ordenó que las unidades invasoras desfilaran ante el cuerpo del caído, rindiéndole los honores correspondientes.

Coronel José González Calunga, (1833-?)[45]

Nació en Baracoa, Oriente, en 1833. Participó en la guerra del 68, la cual terminó con grado de capitán. En 1895 se alzó el 4 de marzo de 1895, aunque en el Índice alfabético del Ejército Libertador aparece como fecha de ingreso el 24 de febrero de 1895. El 5 de junio de 1895 escoltó al mayor general Máximo Gómez en su paso por el río Jobabo para fomentar el alzamiento en la provincia de Camagüey e iniciar la campaña circular. Después de participar en la invasión hasta la provincia de La Habana, se quedó con las fuerzas al mando de Gómez y tomó parte en la campaña de la lanzadera (7 de enero-19 de febrero de 1896). Terminó la guerra en el cuartel general de la 3.ª brigada 2.ª división 1.er cuerpo, bajo las órdenes del general de brigada Vicente Miniet.

Coronel José Camejo Payents (1865-1927)[46]

Periodista, nació en Santo Domingo, República Dominicana, el 14 de marzo de 1865. Se alzó el 14 de marzo de 1895, en el ingenio Los Caños, al frente de ocho hombres, quince días después se incorporó a las fuerzas del general de brigada Pedro A. Pérez Pérez, en La Gloria, Guantánamo. El 13 de mayo del propio año recibió su bautismo de fuego en la toma del tren que transitaba entre Caimanera y Guantánamo.

[44] Luis de J. Morlote y Ruiz: "Próceres Guantanameros de 1895", conferencia dictada en el Centro de Veteranos de la Independencia de Guantánamo, mayo de 1951; CEMI: Ob. cit., t. 1, p. 80; Archivo Histórico Provincial de Guantánamo: Fondo *Delegación de Veteranos de Guantánamo,* exp. 57, leg. 1, en archivo personal de José Sánchez Guerra.

[45] Máximo Gómez: *Cartas a Francisco Carrillo*, p. 286; CEMI: Ob. cit., t. 1, pp. 139-140. En esta última obra se indica de manera incorrecta que José González Calunga era natural de Bayamo.

[46] CEMI: Ob. cit., t. 1, p. 69.

Integró la columna invasora que salió de Mangos de Baraguá el 22 de octubre, bajo el mando del mayor general Antonio Maceo y llegó a Mantua, en Pinar del Río, el 22 de enero de 1896. Finalizada la invasión participó en la segunda campaña de Pinar del Río y, con posterioridad, combatió en La Habana y Las Villas en mayo de 1896. Se licenció el 31 de mayo de 1899. Murió en La Habana el 18 de mayo de 1927.

Teniente coronel Alberto Boix Odio (1875-1896)[47]

Nació en Guantánamo. Procedente de una familia acomodada, muy joven se sumó a la conspiración revolucionaria oriental, junto a su primo Manuel Jesús de Granda. Se enroló en la expedición de la goleta *Honor*, que desembarcó por Duaba, Baracoa, el 1.º de abril de 1895. Capturado junto a otros expedicionarios por los indios de Yateras, fue conducido a la cárcel de Guantánamo y luego al Castillo del Morro, en Santiago de Cuba. Su familia entregó a las autoridades militares coloniales una alta suma de dinero y fue liberado ese año. Regresó a Guantánamo en el mes de septiembre y se incorporó a las fuerzas de Pedro A. Pérez. Formó parte del cuerpo invasor como ayudante de campo de Antonio Maceo y combatió en Camagüey y Las Villas, con el grado de teniente coronel; a la edad de 21 años, cayó en la acción de Trilladerita, Sancti Spíritus (3 de diciembre de 1896).

Teniente coronel Ramón Ahumada Hinojosa (1874-?)[48]

Nació en Baracoa, Oriente. Ingresó el 28 de febrero de 1895 en el Ejército Libertador. Formó parte de la columna invasora que salió de Mangos de Baraguá el 22 de octubre de 1895. Realizó la invasión hasta Mantua, Pinar del Río (22 de enero de 1896) y participó en la campaña de occidente como capitán ayudante del mayor general Antonio Maceo, a quien acompañó a su paso por la trocha de Mariel a Majana, por mar, el 4 de diciembre de 1896. Tres días más tarde fue herido en el combate de San Pedro, donde cayó el Titán. Terminó la guerra en el cuartel general del Departamento Occidental. Erróneamente aparece en el Índice alfabético del Ejército Libertador con el grado de coronel, ya que en su expediente de liquidación de haberes se certifica que alcanzó el de teniente coronel.

[47] José Sánchez Guerra y Wilfredo de Jesús Campos Cremé: Ob. cit.
[48] CEMI: Ob. cit., t. I, p. 40.

La invasión mambisa hacia el occidente: su paso por el actual municipio de Cauto Cristo

Aldo Daniel Naranjo Tamayo

El 26 de octubre de 1895, el mayor general Antonio Maceo penetró en el actual municipio de Cauto Cristo, provincia de Granma, al mando del contingente invasor. Cuatro días atrás había partido desde los históricos Mangos de Baraguá, con la esperanza de encontrar a su paso por Corral Nuevo, en la zona del Cauto, las fuerzas que debía aportar el 2.º cuerpo de ejército, dirigido por el mayor general Bartolomé Masó Márquez. Además, venía acompañado del Consejo de Gobierno, presidido por Salvador Cisneros Betancourt.

En sus comunicados al brigadier Jesús Sablón Moreno, Rabí, jefe militar de la región, Maceo le había encargado el cuidado del trayecto por la orilla del río Cauto y la disponibilidad de caballos para la remonta de los invasores. La primera medida estaba en correspondencia con la ubicación en Bayamo, Holguín y Las Tunas de numerosas fuerzas españolas,

Aldo Daniel Naranjo Tamayo

Especialista del Museo Provincial de Granma. Autor de varios libros y artículos de temática histórica. Presidente de la filial provincial de la Unhic.

acostumbradas a incursionar por aquel triángulo estratégico, las que una vez apercibidas del movimiento rebelde tratarían de impedirlo.

Después de acampar en Sabanilla, en la mañana de este día 26, bajo un fuerte aguacero, la hueste patriótica se movió por Los Guayacanes hasta acampar en Vega de Pestán, hacienda situada a la derecha del río Cauto. Llegaron sobre las diez de la mañana y les sirvió de campamento una amplia explanada guardada por algarrobas y guásimas. El general Antonio Maceo y el gobierno insurrecto ocuparon la casa principal de la propiedad, guardada por un platanal. Por mandato de Rabí, se ocuparon de la atención a Maceo y el gobierno, los vecinos Alfredo Martínez, Jacobo Arencibia y Antonia Ramírez.

Desde este punto y ese mismo día, Antonio Maceo dirigió una carta al general Gómez, poniéndolo al tanto de la salida de la columna hacia el occidente y de la compañía del Consejo de Gobierno. "Me encuentro ya en marcha hacia Occidente —expresaba con orgullo— aunque forzando la situación creada por la resistencia pasiva que ha venido haciendo el mayor general Bartolomé Masó […]".[1] A continuación, le relataba el historial de sus desavenencias con el general Masó y las medidas perentorias que había tomado de acuerdo con sus instrucciones:

> Le recordé que él puso a mí disposición las fuerzas por mandato de Ud.; le hablé de las instrucciones terminantes que le trasmití a su debido tiempo y le declaré con leal franqueza que no alcanzaba a comprender la causa original de su actitud, que constituirá un peligro para la Revolución y un obstáculo para la pronta marcha de la columna que Ud. se sirvió poner bajo mi mando.[2]

En este documento, una vez más, el Titán de Bronce, trasmitía su seguridad en el cumplimiento de la misión de conducir la hueste invasora hacia el occidente; esperaba que las fuerzas del 2.º cuerpo acudiesen puntualmente a los puntos de concentración y confiaba en que no habría más dificultades en su marcha hacia el oeste. No obstante, el brigadier Rabí, en persona, le informó a Maceo de la resistencia cada día mayor del general Masó a cumplir las órdenes militares recibidas, así como de las tensiones que se habían creado entre los jefes de los regimientos de Bayamo, Manzanillo y Las Tunas. A la vez, Rabí le entregó una carta que Masó le había dirigido, en la que aquel le explicaba que todavía estaba a la espera de la consulta elevada al general en jefe acerca del número de hombres que debía engrosar a las filas invasoras, pues estimaba que la cifra de 1100 hombres era excesiva. Y añadía Masó: "[…] espero la contestación para determinar el número con que deba contribuir [a] esa Brigada, cuya orden le comunicaré, para que como jefe de ella sea usted quien la ejecute, y no sus coroneles, porque eso sería quebran-

[1] Antonio Maceo: "Carta a Máximo Gómez", 26 de octubre de 1895, no. 68, en SCEHI: *Antonio Maceo: Ideología política…*, ob. cit., t. 2, p. 81.

[2] *Ibidem.*

tarle la fuerza moral de que debe usted estar revestido […]".[3] Entonces Maceo dirigió una carta a Masó para que se presentara urgentemente en el Cuartel General y de una vez por todo dirimir aquellas contradicciones.

También Maceo acusó el 26 de octubre un escrito de su hermano, el general José, acerca de consultas al Gobierno insurrecto sobre la entrega de diplomas a oficiales de coronel hacia abajo. Al respecto, Antonio le manifestó que se mantuviera dentro de lo estrictamente estipulado y que las propuestas que tuviera a partir de ese momento las hiciera a través de la Lugartenencia General, pudiendo entregar a los interesados diplomas provisionales hasta que se tuvieran las decisiones del general en jefe Máximo Gómez.[4]

En otra misiva, de la misma fecha, Antonio Maceo comunicó a su hermano disposiciones relacionadas con la molienda del ingenio azucarero Santa Ana, que pagaba puntualmente los impuestos a la Revolución, por lo que no se les debía molestar; la detención de unos posibles malhechores en esa zona de Santa Ana; y la aclaración a los prefectos de Santa Rita y Santa Bárbara para que no interfirieran en las cosechas de cañas de los dueños que tenían contratos con la insurgencia.[5]

Ese 26 de octubre, Maceo comunicó al general Masó:

> Sírvase usted pasar a esta Jefatura a la mayor brevedad posible, con objeto de que explique la conducta que ha observado en el asunto relativo al contingente que ha debido organizarse dentro del Segundo Cuerpo de Ejército, en cumplimiento de las órdenes superiores que se le han trasmitido, con lo cual me evitará tener que abandonar la columna para irle a buscar a su residencia y obligarle a seguir conmigo.[6]

De igual manera, el Titán de Bronce, redactó una misiva al brigadier José Manuel Capote, jefe de la brigada de Las Tunas: "Estoy en marcha para abajo, con la columna invasora y deseo me salga usted al encuentro, para que me informe dónde he de hallar recursos de ganado y víveres que necesito para mis tropas […]".[7] Y, más adelante, le contaba: "Los miembros del Gobierno me acompañan. Irán conmigo hasta que usted me haga entrega de las fuerzas que le corresponde dar al contingente. En el lugar donde se haga la entrega, endosaré a usted esta ilustre impedimenta".[8] La fina ironía usada por Maceo denotaba que no quería tener a

[3] Bartolomé Masó: "Carta a Jesús Rabí", 21 de octubre de 1895, en José Luciano Franco: *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*, ob. cit., t. 2, p. 188.

[4] Antonio Maceo: "Carta a José Maceo", 26 de octubre de 1895, no. 98, en SCEHI: Ob. cit., t. 2, pp. 82-83.

[5] _____: "Carta a José Maceo", 26 de octubre de 1895, no. 74, en SCEHI: Ob. cit., t. 2, p. 83.

[6] _____: "Carta a Bartolomé Masó", 26 de octubre de 1895, no. 77, en SCEHI: Ob. cit., t. 2, p. 84.

[7] _____: "Carta a José Manuel Capote", 26 de octubre de 1895, no.67, en SCEHI: Ob. cit., t. 2, p. 80.

[8] *Ibidem.*

su lado a las figuras civiles de la Revolución, las cuales, aparte de inmiscuirse en asuntos netamente militares, necesitaban permanente atención y distraían hombres útiles a la marcha estratégica.

El 27 de octubre, en Pestán, el Consejo de Gobierno celebró sesión con el objeto de tratar de un escrito enviado por el general Antonio, al que acompañaba una comunicación que le había sido dirigida por el coronel Francisco Estrada, perteneciente al 2.º cuerpo, por la que este le informaba que no había recibido la orden que debió haberle trasmitido el general Masó, circunstancia por la cual no había contribuido a la formación de la columna expedicionaria.

El secretario del Interior, Santiago García Cañizares, teniendo en cuenta la existencia de otras comunicaciones por las que se hacían idénticas observaciones por parte de varios jefes, pertenecientes todos al propio 2.º cuerpo, consideró dichos hechos como motivos más que suficientes para estimar al general Masó culpable como "interceptor de comunicaciones", ya que se había hecho cargo de las misivas, como jefe superior de aquellos a quienes iban dirigidas. De ese modo, demoraba el cumplimiento de las órdenes emanadas del general en jefe, encaminadas a que pusiera a disposición del general Antonio las fuerzas que este estimara necesarias para la formación del ejército expedicionario. Por tanto, pedía que se apreciasen como "motivos justificados", para que "se estimen como determinantes de una idea preconcebida en contra de la Invasión y por ende de la Patria". Una vez realizadas estas consideraciones, consideraba que existían motivos más que suficientes para que se acordara la inmediata deposición del mayor general Bartolomé Masó del cargo de jefe del 2.º cuerpo de ejército que este venía desempeñando.[9]

Frente a estas propuestas, el secretario interino de la Guerra, coronel Mario García Menocal Deop, opinó que antes de adoptarse ningún acuerdo sobre el particular se debía esperar la contestación a oficios donde se le pedía a Masó que se presentara en la sede del Gobierno para tratar de esos asuntos.

El presidente Cisneros emitió su opinión en el sentido de considerar como un deber el consultar al general Maceo, acerca de si necesitaba o no el auxilio del Gobierno para no demorar absolutamente por nada la marcha del ejército invasor. De esta manera, tendría condiciones el Consejo para proceder con causa plenamente justificada. Propuso que fuera llamado el general Maceo, para que hiciera las manifestaciones que estimara convenientes.

En la sesión del Consejo, el lugarteniente general expuso que hasta ese momento había dado todos los pasos necesarios sobre el particular: significó haber realizado cuantas gestiones había considerado pertinente para no demorar por más tiempo la marcha de la columna, entre ellas, la reiteración de las órdenes a los jefes del 2.º cuerpo con la finalidad de que se incorporaran al contingente y que, con respecto al general Masó, se había dirigido a él en fecha reciente, ordenándole que se pusiera a su disposición en ese Cuartel General. En conclusión, opinó

[9] Joaquín Llaverías y Emeterio S. Santovenía (comp.): *Actas de las Asamblea de Representantes y del Consejo de Gobierno durante la Guerra de Independencia*, t. I, p. 56.

que hasta tanto no se presentara el general Masó o contestara la comunicación de referencia, no podía precisar si era necesaria o no la intervención y auxilio del Gobierno.

De modo que el Consejo acordó esperar noticias acerca de la actitud que adoptaba el jefe del 2.º cuerpo, en respuesta a las comunicaciones que le habían sido enviadas.

A continuación, el Consejo analizó la petición de Vicente Ramírez a nombre de 23 señoras que pedían permiso para confeccionar serones y proceder a su venta en las poblaciones. Se acordó autorizar dicha actividad, pero para dar respuesta a las necesidades del Ejército Libertador; no podían comercializarse aquellos artículos en las poblaciones ocupadas por el enemigo. El dictamen también contemplaba que, ante la carencia de recursos, debía acudirse a las prefecturas.

El 27 de octubre, Maceo escribió al comandante Ricardo Sartorio Leal, de las fuerzas de Holguín, para que se integrara a la columna invasora, donde tendría amplio campo de acción para su actividad e inteligencia.[10]

Para que no existieran más dudas acerca de la insubordinación del general Masó, el Titán escribió al coronel Francisco Estrada para que si no podía estar en Corral Nuevo antes del 30 de octubre lo hiciera en Las Arenas y, al final, dejaba sentado: "No necesita usted ir a recibir órdenes al Cuartel General de Masó, porque este ha de venir al mío a rendir cuentas de sus actos relacionados con el contingente. Cumpla usted las que contiene la presente carta. Vale".[11]

Asimismo, Antonio Maceo dirigió comunicaciones a los coroneles Juan Masó Parra y Esteban Tamayo Tamayo y a los tenientes coroneles Alfonso Rivero y Dimas Zamora López para que sin excusas de ningún tipo se dirigieran a la finca Corral Nuevo y, en caso de no poder hacerlo antes del 30 de octubre, que lo alcanzaran en Las Arenas.

En carta de esta fecha dirigida a José Maceo, el lugarteniente general le agradecía que las unidades del 1.er cuerpo de ejército hubieran concurrido con los hombres asignados para nutrir el cuerpo invasor; añadía el general Antonio que deseaba llevar con él al teniente coronel Juan Lorente de la Rosa y al comandante Juan Eligio Ducasse Revee.[12]

Desde el 24 de octubre, José Maceo había entregado una relación de las contribuciones que se le cobraban a los hacendados en el territorio del 1.er cuerpo de ejército: 64 640.15 y por cobrar 46 294 pesos. De igual modo, el comisionado para cobrar los impuestos, comandante Diego Palacios Mesa, había recaudado 7761 pesos y tenía pendientes 12 602. Una vez analizados los balances, el 27 de octubre, el Consejo de Gobierno acordó que el secretario de Hacienda, Severo Pina Marín, comunicara a todos los jefes de cuerpo la orden de activar el control de los impuestos de guerra.[13]

[10] Antonio Maceo: "Carta a Ricardo Sartorius", Pestán, 27 de octubre de 1895, no. 70, en SCEHI: Ob. cit., t. 2, p. 84.

[11] _____: "Carta a Francisco Estrada", Pestán, 27 de octubre de 1895, no. 75, en SCEHI: Ob. cit., t. 2, p. 85.

[12] _____: "Carta a José Maceo", Pestán, 27 de octubre de 1895, no. 78, en SCEHI: Ob. cit., t. 2, pp. 86-87. En la misiva, Maceo escribió equivocadamente Juan Llorente.

[13] Joaquín Llaverías y Emeterio S. Santovenía (comp.): Ob. cit., t. I, p. 57.

Por su parte, el general Maceo celebró un encuentro con el mayor general José Maceo, los brigadieres Jesús Rabí, José Miró, Luis de Feria, Quintín Bandera y José Manuel Capote, y los coroneles Rafael María Portuondo Tamayo y Federico Pérez Carbó.[14] En esta junta se acordó, una vez oído el parecer de los generales Rabí y Capote, nombrar al coronel Mariano Lora Torres, jefe de estado mayor del 2.º cuerpo; ascender al grado de general de brigada al coronel Salvador Hernández Ríos y confiarle el mando de la brigada de Manzanillo, y otorgar el mando de la brigada de Bayamo al coronel Saturnino Lora Torres. Para garantizar las operaciones en el 2.º cuerpo dejó a jefes valientes y disciplinados como los tenientes coroneles Florencio Salcedo Torres; Víctor Ramos Hernández; Francisco Sablón Moreno, Rabí, y José Ramón Montero Ferral, entre otros.

Por otra parte, Maceo trazó la organización de un segundo contingente invasor, al mando del brigadier Agustín Cebreco Sánchez y como segundo el brigadier Salvador Hernández Ríos. Ellos debían llevar consigo las unidades de los tenientes Francisco Sánchez Hechavarría y Demetrio Castillo Duany, Enrique Tudela García y Emiliano Beatón, una vez equipadas con las armas de las expediciones que se esperaba que llegasen prontamente desde el exterior.

El general Rabí recibió la encomienda de buscar las fuerzas de Esteban Tamayo Tamayo, Francisco Estrada Estrada y Amador Liens Cabrera, con el encargo especial de hacer venir en compañía suya al general Masó, con el propósito de que rindiera cuenta de sus actos. En el caso probable de que Masó persistiera en su empeño de burlar las órdenes del Titán —aprovechando la circunstancia de que este se encontraba al frente de la columna invasora— previno a Rabí de que no omitiera medios para cumplir el mandato de conducir a Masó ante su presencia.

La actuación de Maceo estaba marcada por su concepto de una estricta disciplina militar, que imprimió una norma de actuación durante toda su vida revolucionaria. Masó no dejaba de ser su compañero, cuya estimación había puesto de relieve en más de una ocasión; pero frente a asuntos de tanta trascendencia militar y política por resolver con el jefe insubordinado no podía quedarse con los brazos cruzados. Experiencias de indisciplinas pasadas llevaron a sediciones como la del general Vicente García en Lagunas de Varona, en abril de 1875, la cual detuvo por un tiempo la invasión a Las Villas, con lo que el único favorecido resultó ser el Gobierno español. No quería Maceo que, por ninguna razón, episodios como aquellos se repitieran en la nueva cruzada por la libertad.

Los hermanos Maceo se pasaron hasta la madrugada del 28 hablando de asuntos de la guerra, especialmente del régimen de disciplina, la correcta subordinación de los mandos y la instrucción diaria a las tropas.

A las once de la mañana, los clarines llamaron a formación a todas las fuerzas concentradas en Vega de Pestán. A los jefes que quedaban en Oriente, Antonio Ma-

[14] Existe el grave error de señalar como presentes en esta junta a los generales Flor Crombet y Bartolomé Masó, el primero muerto el 5 de abril de 1895, y el segundo ubicado en el campamento de Gua, en la zona de Manzanillo. A la vez se menciona por error a Jesús Rabí con el grado de coronel cuando ya era brigadier; el 3 de junio de 1895, después del combate de Jobito.

ceo les reiteró la necesidad de la unidad y la más estrecha cooperación en la toma de decisiones y el desarrollo de las operaciones, así como mantener en constante hostigamiento al enemigo y organizar el segundo contingente expedicionario para la marcha hacia el occidente. Recibió, de las recaudaciones realizadas en el municipio de Holguín, 4029 pesos oro español. Acordó que, de esta suma, giraría 4000 pesos al agente en el exterior Tomás Estrada. Del dinero que poseía entregaría igual cantidad al secretario del Exterior Rafael Portuondo para gastos de su viaje. De igual manera, entregó al general José Maceo, para girar a los representantes de la Revolución en Nueva York, 1000 pesos oro español.

En un aparte con los comandantes Lino D'ou Ayllon y Modesto Tirado Avilés les recomendó el cuidado del general José Maceo. Luego, los generales Antonio y José, ya montados a caballo, se estrecharon en un emotivo y fuerte abrazo. Uno con la misión de enfrentar la poderosa maquinaria militar española en sus centros vitales de occidente y el otro de dar batallas en la región oriental. Aquella despedida los conmovió tanto que no pudieron evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas.[15]

En la mañana del 28 de octubre, prosiguieron su ruta los invasores por la margen derecha del Cauto, en dirección a la hacienda Tranqueras, unos veintisiete kilómetros hacia el suroeste.[16] Esta propiedad tenía una extensión de 34 caballerías de tierras.

El 29 de octubre, el Consejo de Gobierno analizó el destino de los fondos con que contaba la República en Armas, esencialmente para atender las necesidades del Ejército Libertador. A la vez, estimó importante enviar al extranjero un comisionado especial con ese fin y con facultades para:

> […] contratar, de acuerdo con nuestro Delegado Plenipotenciario y con arreglo a las instrucciones reservadas que se le den, con las personalidades que estime conveniente, en todo lo que sea beneficioso para el mejor éxito de la Revolución; al mismo tiempo que para hacer gestiones diplomáticas que estime necesarias para la consolidación de la República en el porvenir, acerca de los Gobiernos Extranjeros.[17]

Por eso, se acordó enviar en comisión especial al extranjero al coronel Rafael María Portuondo, secretario de Relaciones Exteriores, para recabar el pronto envió de expediciones con hombres y recursos de guerra y los demás puntos de su misión. Hasta tanto el subsecretario de Relaciones Exteriores Fermín Valdés-Domínguez asumiera las funciones de esta negociado, estaría a cargo interinamente el secretario de Hacienda Severo Pina.

[15] Abelardo Padrón Valdés: *El general José. Apuntes biográficos*, p. 112. Los hermanos Maceo no se volvieron a ver. José cayó herido de muerte en el combate de Loma de Gato el 5 de julio de 1896 y Antonio el 7 de diciembre del mismo año en San Pedro, Punta Brava, La Habana. Por tanto, en Vega de Pestán se dieron su último abrazo.

[16] En algunos textos se ha escrito equivocadamente Tasajeras.

[17] Joaquín Llaverías y Emeterio S. Santovenía (comp.): Ob. cit., t. 1, pp. 57-58.

Se aprobó la Ley de Reclutamiento para la reserva —con carácter provisional hasta tanto se aprobara la Ley de Organización Militar—, la cual ordenaba reclutar a todos los hombres solteros de 16 a 55 años de edad. De acuerdo con el artículo no. 2, se podría reclutar hasta a los casados en caso necesario, prefiriendo a los más jóvenes y los que tuvieran una familia no muy numerosa. El tercero planteaba excluir a los enfermos o personas con limitaciones físicas a juicio de los médicos, a los artesanos que trabajaban en los talleres de la República y, además, exceptuar a aquellos que fuesen avalados por el presidente de la República, el general en jefe y el jefe de Departamento. El artículo no. 4 precisaba que de cada cien hombres armados, debía haber 25 desarmados para el servicio de asistentes y ambulancias, entre otros. Y el quinto instituía las reservas del Ejército Libertador, integradas por todas las personas aptas para el servicio militar, que se ocuparían, mientras no fueran llamados a filas, en faenas del campo, a las que los destinaran las autoridades civiles y militares. Una premisa básica: no podía haber en la República ningún hombre sin destino.[18]

Asimismo, el Consejo de Gobierno aprobó el Cuerpo de Reservas Expedicionarias y dispuso en su primer artículo la formación de la reserva expedicionaria con todos los hombres desarmados que se encontraban en Oriente y Camagüey, según el orden establecido para el reclutamiento. Por el artículo no. 2 se establecía que la integrasen cien hombres por cada tenencia de gobierno en que se dividía la República. De esta manera podrían formarse dos compañías de 50 hombres cada una, al mando de un capitán. El siguiente artículo mandaba que esta fuerza fuera ocupada en labores agrícolas, talleres y donde se determinara, siempre subordinados y bajo las órdenes de los respectivos oficiales. El cuarto artículo estipulaba el nombramiento del jefe de cada unidad, que, una vez movilizado, se debía poner al frente de ambos estados —lo militar y lo civil— y pasar a occidente a formar parte del ejército invasor.[19]

Así, salió hacia la región de Holguín el brigadier José Miró con el propósito de recolectar algunas contribuciones pecuniarias ofrecidas y acabar de incorporar los hombres que debían sumarse a la invasión.

En horas de la tarde, la columna abandonó el campamento por toda la ribera del río Cauto hasta las haciendas colindantes de Corral Nuevo y La Manchuria. La atención de la jefatura revolucionaria corrió a cargo de Manuel Aguilar y Ernesto Santo Rodríguez. En las labores de la cocina se destacaron Caridad Lucrecia y Manuela Aguilar Espinosa, esposa de Ernesto Santo. Marchaba en la columna el sargento Francisco Traba Espinosa, quien sirvió de práctico para ubicar las tropas. Entre las actividades desarrolladas en este punto estuvieron las prácticas militares y los ejercicios hípicos.

Allí, el 29 de octubre en la tarde, Maceo recibió un oficio del general Rabí, en el cual le comunicaba que, de acuerdo con las órdenes que le había trasmitido, asumía el mando del 2.º cuerpo. A la vez le hacía llegar una comunicación del ge-

[18] *Ibidem,* t. 1, p. 58.
[19] *Ibidem*.

neral Masó, en la que este refería que se había abstenido de tocar las fuerzas de las brigadas de Bayamo y Manzanillo para evitar la movilización de aquellas fuerzas a la columna invasora.[20]

Entonces, Maceo escribió al general Rabí para que marchara hacia esos territorios con la misión de activar la incorporación de las unidades seleccionadas al contingente invasor. De igual modo le especificaba otra importante tarea:

> Al cumplir Ud. esta comisión deberá traer consigo dentro o fuera del contingente al general Masó. Como es posible que, dada la conducta observada por éste en el asunto que nos preocupa, se vea Ud. preciso a emplear toda su energía y patriotismo para conducir aquel Jefe hasta este Cuartel General, queda Ud. autorizado para no omitir medio alguno que le sugiera la fuerza.[21]

En carta escrita en la misma fecha al secretario interino de la Guerra, Maceo le hizo el recuento de las últimas incidencias relacionadas con Masó y las órdenes trasmitidas a Rabí de llevarlo, aunque fuera a la fuerza a ese Cuartel General. En ella, le prevenía:

> Temeroso de que la tolerancia a las faltas cometidas por el referido mayor general nos lleve otra vez a las Lagunas de Varona y que por esa causa no sea posible llevar a cabo la empresa que tengo a mi cargo, he dado órdenes necesarias para que se me comunique cualquier desobediencia del general Masó a las órdenes anteriormente expresadas, pues como usted comprenderá las evasivas y recursos que ha puesto en práctica para dejar incumplidas las disposiciones del General en Jefe y las que le he comunicado en relación con aquéllas, requieren, caso de que se mantenga en la misma actitud, que personalmente vaya a buscarlo al lugar de su residencia.[22]

Las últimas resoluciones del lugarteniente general estaban en correspondencia con el plan de cumplir los mandatos del general Gómez y garantizar el éxito de la operación militar de la invasión. Además, quería parar el posible brote de regionalismo e indisciplinas que en la Guerra Grande llevaron a las sediciones del general Vicente García en Lagunas de Varona (1875) y Santa Rita (18779. En nombre del orden, deseaba destruir la resistencia de Masó a un proyecto que tan valiosos resultados traería al éxito revolucionario.

Entre las muchas dificultades con que Maceo tropezaba para organizar la columna invasora en la forma que deseaba estaba la facultad que tenía como segundo

[20] Antonio Maceo: "Carta a Jesús Rabí", 29 de octubre de 1895, Corral Nuevo, no. 88, en SCEHI: Ob. cit., t. 2, p. 85.

[21] *Ibidem.*

[22] _____: "Carta al secretario de la Guerra", Corral Nuevo, 29 de octubre de 1895, no. 87, en SCEHI: Ob. cit., t. 2, p. 87.

jefe del Ejército Libertador para conferir grados de coronel hacia arriba, previo informes del jefe superior inmediato y del Generalísimo, tal y como se recogía en el artículo 3 de la Constitución de Jimaguayú. De igual manera solicitaba aclaraciones sobre este artículo, porque de su apartado siete existían interpretaciones por parte de miembros del Gobierno, contrarias al criterio de que el lugarteniente general podía otorgar grados con urgencia —de modo provisional o en comisión, sin la aprobación del general en jefe ni del Consejo de Gobierno si eran grados superiores— de requerirlo la correcta organización de las fuerzas invasoras.[23]

Ciertamente, el poder ejecutivo aprovechó los apartados seis y siete del susodicho artículo para aprobar la Ley de Organización Militar y las ordenanzas militares, una vez redactadas por el jefe del Ejército Libertador y conferir los grados militares de coronel hacia arriba, a partir de informes previos del jefe superior inmediato y del general en jefe. Mediante ellos, indiscutiblemente, restringía las facultades otorgadas al general en jefe del Ejército Libertador de acuerdo con el artículo 17 de ser el principal dirigente de todas las fuerzas armadas y el desarrollo de las operaciones de guerra, secundado por el lugarteniente general. De cada uno de estos asuntos, Maceo puso al tanto, mediante oficios, a la Secretaría de la Guerra.

El 30 de octubre, en Corral Nuevo, escribió Maceo una carta a una tal María, cuyo nombre completo no se ha podido precisar. En la misiva, la ponía al tanto de varios asuntos relacionados con la recaudación de dinero. También le comunicó la salida al extranjero de un comisionado, quien llevaba el encargo de ponerla al tanto de asuntos de mucho interés para la Revolución. En tono íntimo le aconsejaba: "Si después que usted lo oiga y arregle la cuestión que lleva a ésa, cree usted que sin peligro para su vida puede continuar en sus negocios, hágalo, si no, sabe que a mi lado tiene usted siempre asegurado un puesto".[24]

Muy atento a la actividad diplomática llevada por Tomás Estrada Palma en el exterior, Maceo le escribió para que se esforzara cuanto le fuera dable con el propósito de remitir a Cuba armas y municiones con las que hacer frente a la campaña de invierno que preparaban las estrategas colonialistas. Del dinero que recaudaba de conjunto con su hermano José, se estaban girando grandes cantidades a ese centro revolucionario para la organización de expediciones armadas. De los hechos de la guerra le narraba: "Poco tengo que comunicarle de operaciones militares. El enemigo se mueve poco, y es preciso irlo a buscar en los atrincheramientos. Veremos qué tal se porta en la próxima campaña. Estoy en marcha para Las Villas al frente de una columna invasora. El espíritu de la tropa es excelente".[25]

Escribió cartas a los generales y presidentes Joaquín Crespo Torres, de Venezuela; Eloy Alfaro Delgado, de Ecuador; Porfirio Díaz, de México; José D. Zelaya, de

[23] Con una redacción poco clara, el apartado 7 del artículo 3 de la Constitución de Jimaguayú refiere, como atribución del Consejo de Gobierno: "Conferir los grados militares de Coronel en adelante, previos informes del Jefe Superior inmediato y del General en jefe […]".

[24] Antonio Maceo: "Carta a María…", Corral Nuevo, 29 de octubre de 1895, no. 110, en SCEHI: Ob. cit., t. 2, p. 90.

[25] _____: "Carta a Tomás Estrada Palma", Corral Nuevo, 29 de octubre de 1895, no. 111, en SCEHI: Ob. cit., t. 2, p. 91.

Uruguay; Ulises Heureaux, Lilís, de la República Dominicana, así como a Francisco Baca, hijo, vicepresidente de Nicaragua. A todos los ponía al tanto de la heroica lucha que libraba el pueblo cubano por su independencia contra un enemigo mucho más poderoso, como había sucedido en el pasado en las repúblicas hispanoamericanas y les solicitaba que interpusieran su influencia oficial y particular a favor de Cuba de forma colectiva y solidaria. Entre las medidas que podían poner en ejecución mencionaba garantizar en nombre del pueblo de Cuba, el pago de un empréstito de un millón de dólares para invertirlos en la compra de recursos de guerra para los combatientes del Ejército Libertador. Les presentó a Rafael Portuondo Tamayo, secretario de Relaciones Exteriores del Consejo de Gobierno cubano, como agente confidencial de la Revolución, con quien se podrían suscribir los susodichos negocios.

En opinión de Maceo con ese armamento y el que ya poseía el Ejército Libertador, la guerra estaría terminada en breve tiempo y antes de que concluyera el siglo XIX, Cuba sería libre y soberana. Esta cantidad sería indemnizada convenientemente una vez terminada la guerra. Y concluía Maceo: "[…] me permito excitaros a fin de que contribuyáis, con vuestra poderosa influencia, a pactar las relaciones de amistad y comercio que deben unir para siempre, a vuestro país y la República de Cuba.[26]

Ostensiblemente, el general Maceo rehuía todo tratado con Estados Unidos y ponía sus esperanzas en los Gobiernos sudamericanos. Sin embargo, el empréstito no llegó a concretarse; solo Alfaro y Heureaux respondieron favorablemente, pero sus voces de solidaridad con Cuba no tuvieron eco en las demás repúblicas latinoamericanas. En esta postura influía el reconocimiento oficial de España a las repúblicas de América Latina. En el caso particular de México, resultaron determinantes las ambiciones de Porfirio Díaz, quien soñaba con la anexión de Cuba, aprovechando las circunstancias de la guerra y la debilidad de la Corona española.

En tanto, el 30 de octubre, Salvador Cisneros en carta a Tomás Estrada, le contaba de la buena conducta del general Maceo: "[…] el general Maceo, del que temíamos seriamente, por las pretensiones ambiciosas [de] que se le culpaba, lo he encontrado en el mejor terreno, esto es, en el de patriota integro, obediente en un todo al general en jefe y a este gobierno".[27] Era la tácita confesión de que con anterioridad había sido mal informado sobre la conducta del héroe oriental y que las prevenciones contra su persona no tenían ningún fundamento.

En la mañana del 31 de octubre, el campamento se puso en movimiento y antes de las ocho partieron los libertadores hacia Mala Noche, a unos veinticinco kilómetros de distancia al oeste. Fue en este punto, en la frontera suroeste de Holguín y Las Tunas, que se incorporaron a la columna invasora los regimientos Martí y García, a las órdenes del brigadier José Miró Argenter y del coronel Julián Santana Santana, respectivamente, con un total de 350 hombres, correspondientes

[26] _____: "Carta al general Joaquín Crespo", El Cauto, 30 de octubre de 1895, en SCEHI: Ob. cit., t. 2, p. 94.

[27] Salvador Cisneros: "Carta a Tomás Estrada Palma", 30 de octubre de 1895, cit. por Rolando Rodríguez: *Cuba: la forja de la nación,* t. 2, p. 71; León Primelles (comp.): *La revolución del 95 según la correspondencia de la Delegación cubana en Nueva York,* t. II, p. 136.

al 2.º cuerpo, con lo que el total de efectivos del contingente invasor ascendía a 1403 hombres.

Como puede apreciarse, no fueron pocas las dificultades que el Titán hubo de enfrentar para organizar el contingente invasor oriental; la más significativa fue la resistencia del general Bartolomé Masó, quien, aun cuando comprendía la importancia estratégica de la operación, quería que fuera ejecutada de otro modo, evitando que el Departamento Oriental quedara desamparado, prácticamente acéfalo. Por suerte, en los próximos dos meses, estas desavenencias fueron superadas con patriotismo y disciplina y los dos grandes próceres sellaron su entrañable amistad, dando cada uno de ellos lo mejor sí al ideal emancipador.

Paso de la columna invasora de 1895 por Las Tunas

José Guillermo Montero Quesada

Reescribir la historia de la invasión en su paso por el territorio tunero ha requerido reflexionar de modo crítico en los estudios precedentes, reeditar la ruta para descubrir causas y consecuencias ocultas en el contexto geográfico y sociohistórico, recurrir a las técnicas cartográficas y establecer relaciones con datos referenciados en fuentes primarias y secundarias que posibilitaron en su conjunto reconstruir la travesía con sus respectivas valoraciones, de igual modo que de su trascendencia histórica en el ámbito local.

Primeros acercamientos al estudio de la invasión en su paso por la región tunera

La obra de José Miró Argenter —*Crónicas de la Guerra*—[1] en el capítulo relativo al paso y acciones de la columna invasora por el territorio de Las Tunas con dirección al occidente,

[1] José Miró Argenter: Ob. cit., pp. 129-136.

José Guillermo Montero Quesada

Licenciado en Educación, especialidad: Marxismo Leninismo e Historia y en Estudios Socioculturales; máster en Educación, Desarrollo Cultural Comunitario y Deportes de Combate; doctor en Ciencias Históricas. Realizó numerosas investigaciones y publicó varios títulos y artículos de tema histórico. Hasta su fallecimiento en el 2021 trabajaba como docente investigador del Centro de Estudios Pedagógicos de la Universidad de Las Tunas y era el presidente de la filial provincial de la Unhic.

así como en lo referente al apoyo recibido por las fuerzas cubanas que operaban en esta zona, constituye la fuente testimonial más completa respecto a este hecho. No obstante, contiene algunas imprecisiones lógicas acerca de la temporalidad y la sucesión de los acontecimientos, además de carencia de aspectos contextuales que tornan difusa la comprensión del suceso desde el punto de vista de su integralidad y multilateralidad de los factores influyentes. Por su parte, el historiador José Luciano Franco, en su obra *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida,*[2] supera algunas de las inconsecuencias historiográficas en que incurrió Miró, consistentes en la sucesión lógica de los hechos y síntesis que hacen más comprensible la descripción.

Aun así, subsiste un vacío concerniente a las condicionantes regionales inmediatas, en especial de la franja territorial donde ocurren los hechos, puntualizaciones de la espacialidad que no sitúan al lector en el marco de relatividad entre el espacio macrorregional y los escenarios o microespacios, donde acampan y donde ocurren combates, así como la complejidad en las direcciones de avance.

En ocasión del centenario del Titán de Bronce, fue publicado el folleto *Presencia de Maceo en Las Tunas,*[3] primer acercamiento relacionado con el tema, el cual posibilitó corroborar que la franja por donde pasó la columna invasora era desconocida por Maceo. Importante resulta la obra del historiador Raúl Izquierdo Canosa, *Las Tunas en la guerra de 1895-1898,* para contextualizar la situación precedente al paso de la columna invasora y ofrecer puntualizaciones que ayudan al esclarecimiento de los hechos, aun cuando inexplicablemente no hace referencia a este acontecimiento.

Detectar los vacíos historiográficos requirió una meticulosa lectura crítica del testimonio ofrecido por Miró Argenter y la versión de José Luciano Franco; la contrastación con otras fuentes escritas y datos de la reconstrucción del hecho mediante un estudio de campo realizado por el historiador Víctor Marrero Zaldívar a finales de la década de los ochenta, así como la realizada por el autor de este artículo sobre la base del conocimiento de la zona y la aplicación de instrumentos cartográficos, que posibilitó una nueva mirada al hecho y su significado desde una perspectiva integradora, aunque prevalezca la esencia testimonial del primero.

Respecto a los combates de Guaramanao y El Lavado, algunos materiales de historia local destinados a la docencia se refieren a encarnizados combates, lo que constituye un error, ya que las fuentes primarias no confirman la existencia de muertos, asimismo reproducen de modo textual las versiones antes citadas, sin análisis geohistórico y de otras fuentes que pueden ayudar en la contextualización. Desde el punto de vista cartográfico aparecen representaciones con fines de divulgación que ilustran la ruta de la invasión por el territorio de Las Tunas casi por la zona costera, otra inconsecuencia espacial que ha conducido a interpretaciones desacertadas derivadas del medio geográfico.

El presente artículo incluye algunas reflexiones en torno al impacto social e ideológico inmediato relacionado con el despertar del sentimiento independentis-

[2] José Luciano Franco: Ob. cit., t. II, pp. 196-199.

[3] Bienvenido de Ávila Echemendía y Plácido Cruz Infante: *Presencia de Maceo en Las Tunas*.

ta en el contexto regional, así como de la trascendencia del hecho en la posguerra, en el marco local, en especial durante las cuatro primeras décadas de la Republica neocolonial.

Contexto sociohistórico próximo al paso de la columna invasora

Desde el año 1893 se inició la organización del ejército mambí en la región y las autoridades militares españolas establecieron una férrea vigilancia sobre aquellos que pudieran revelarse o conspirar contra el régimen colonial español. En ese año, un informe enviado por el gobernador de la ciudad de Las Tunas a su inmediato superior de Oriente incluye un listado de tuneros que podían levantarse en cualquier momento, sobre quienes se hace la siguiente advertencia: "[...] verificar individuos que pueden levantar partido en Las Tunas, don Pancho y su hijo Panchín Varona [se refiere a Francisco Varona González y su hijo Francisco Varona Tornet], titulados brigadier y comandante, viven en Ventorrillo. Están de acuerdo con Maceo y Martí en pro de su causa [...].[4]

Dicho informe caracterizó además al teniente coronel Julián Santana Santana, el comandante Miguel Miranda, los capitanes Gaspar Cruz, Ramón Rivas y Antonio Machado, el teniente Sandalio Giráldez y el teniente cabo Rafael Montero. Se hacía especial mención a Calixto Agüero Agüero. Para el mes de marzo de 1895, en Nuevitas circularon noticias de haberse alterado el orden en Victoria de Las Tunas,[5] razón por la cual las autoridades españolas se apoyan en los alcaldes para detectar sospechosos y simpatizantes, así como aquellos que pudiesen dirigir o estimular con eficacia un movimiento; los caminos y fincas eran custodiados por retenes.

Pasos en la organización de la guerra en Las Tunas fueron evidentes en febrero, bajo el mando del general Francisco Varona como teniente gobernador del distrito; pero no fue hasta junio que se evidenció el inicio de la creación de prefecturas y subprefecturas en la zona por donde tendría lugar el paso de la columna invasora. De acuerdo con los datos encontrados todo parece indicar que este sería otro de los factores que condicionaría su trayectoria.

En el periodo en que ejerció jefatura el general Varona, se creó la prefectura de Hatico (julio de 1895) y la subprefectura de Soledad, y se designó un auxiliar en La Guanábana. En agosto de ese año, fue sustituido por Luis Martí, quien creó la prefectura de Las Arenas, a la que se subordinó la subprefectura de San Vicente (6 de octubre) y un cabo auxiliar en Cieguito (6 de junio); crea además la prefectura de Playuelas y una subprefectura en Herradura (9 de octubre),[6] todas localizadas en la parte centro suroeste de la antigua provincia de Oriente coincidente con la

[4] ANC: Fondo Donativos y Remisiones, leg. 280, no. 30.

[5] *Revista Decenal de El Avisador Comercial. Ecos de Cuba*, 20 de marzo de 1895.

[6] Dado el interés que abarca el presente artículo solo se mencionan las prefecturas y subprefecturas ubicadas en la franja por donde pasaría la columna invasora. ANC: Fondo de la Revolución del 95. Distritos y Prefecturas: Relación de empleados del ramo civil de la tenencia de Gobierno Tunas, firmada por Miguel B. Coyula, teniente gobernador, expte. 5224, leg. 032.

vertiente sur del territorio de Las Tunas, por donde pasaría la columna invasora. Una de las misiones era crear depósitos de caballos para la guerra y apoyar con otros recursos materiales el paso de la invasión por cada territorio.

El bayamés José Manuel Capote Sosa —hombre experimentado con un amplio expediente de servicio ganado en la Guerra de los Diez Años y que se había destacado en el ataque, toma e incendio de Las Tunas en 1876, durante el cual ostentaba el grado de teniente—, en marzo de 1895, por órdenes de Bartolomé Masó, salió hacia Las Tunas, con el nombramiento de jefe de Operaciones de esa región y grado de brigadier. Entre sus objetivos estaba el dominio de los caminos que enlazaban los centros urbanos de Oriente y el Camagüey, algo similar a lo que había hecho Vicente García en la Guerra Grande, así como comprometer a los campesinos y sitieros con la nueva contienda.[7] Otra de las misiones que traía era apoyar el traslado de tropas insurrectas por el territorio e impedir los contactos e intercambios entre los militares españoles. De este modo, convertiría la región en base de la 3.ª división del Ejército Libertador para lo cual le otorgaron el grado de general.

La reanimación de las fuerzas patrióticas provocó un reordenamiento estratégico de la guerra bajo el mando del general Arsenio Martínez Campos. Desde este mismo mes de marzo llegaron fuerzas y material de guerra; en agosto, por ejemplo, embarcaron hacia Cuba y con destino a Las Tunas, dos compañías que conformarían el batallón Bailén con un total de 442 hombres, además de los batallones ya existentes: Aragón no. 21, con unas mil plazas y el 3.º de infantería de marina, este último con un total de 932 hombres.[8] De estos datos se infiere que, en los días previos a la invasión, las tropas hispanas fluctuaban entre dos mil y dos mil quinientos combatientes, sin incluir a los voluntarios, guardias civiles y otras fuerzas paramilitares; no obstante, esta parte de Oriente constituía un frente de guerra secundario para los españoles.

Desde ese periodo, los tuneros se incorporaron de modo constante a las filas del ejército mambí. En un principio fueron notables las dificultades organizativas y la inestabilidad en el abastecimiento de víveres, entre ellos la sal, producida en las zonas costeras. La correlación de fuerzas a favor de las fuerzas colonialistas obligó a desarrollar una estrategia consistente en el desarrollo de emboscadas de hostigamiento y en hostilizar al enemigo sin realizar enfrentamientos de envergadura, con el objetivo de hacerse notar, sumar fuerzas y entrenar a los bisoños.

En los dos primeros días de junio de 1895, entró el general Máximo Gómez en Las Tunas con solo 20 hombres y se le incorporaron 80 de este territorio, con lo que sus fuerzas ya sumaban 100. El 2 de septiembre del propio año, Gómez ocupó Jobabo con el objetivo militar de esperar una columna española que se acercaba a este punto, con la cual combatió sobre la marcha por ser muy numerosa. Estas acciones y los combatientes incorporados comprometían a la población a colaborar

[7] No hay que olvidar que, tras el Pacto del Zanjón, muchos campesinos reclutados por los mambises durante la primera guerra y exesclavos alistados en el Ejército Libertador volvieron a sus tierras o se incorporaron a labores agrícolas, aunque en ellos estaba vivo el ideal independentista.

[8] Raúl Izquierdo Canosa: Ob. cit., pp. 39-41.

con la causa independentista, con lo que se revitalizaba el sentimiento independentista, que ya existía desde la contienda de 1868.

Travesía de la columna invasora por la región

Previa coordinación con el general José Manuel Capote que operaba en la jurisdicción de Las Tunas, se le ordenó a este que apoyara el paso de la columna invasora por el territorio; aunque existía el inconveniente de que Capote solo disponía de unos ciento cincuenta hombres, lo cual implicó un sistema de inteligencia desde el punto de vista estratégico y táctico que tendría como principio evitar cualquier combate frontal de tipo regular con el enemigo y distraerlos para apoyar a los invasores. Según el historiador Ramiro Guerra Sánchez, la táctica de Maceo de evadir encuentros con las fuerzas españolas estuvo dada, además de las razones ya señaladas, por la no incorporación de las fuerzas del 2.º cuerpo de ejército al mando del general Bartolomé Masó.[9]

En horas de la mañana del día 3 de noviembre, la columna invasora comandada por el general Antonio entraba en los límites de las jurisdicciones de Holguín y Las Tunas. Su intensión, según José Miró Argenter, era avanzar ese día unas diez a doce leguas;[10] pero recibieron la información de que fuerzas enemigas se encontraban cerca. Esta situación, al parecer imprevista, impidió su avance con la celeridad proyectada. Al respecto, Piedra Martel anotó: "[…] estuvimos a menos de media jornada de numerosas fuerzas enemigas, situadas en Vista Alegre […]",[11] finca colindante con la hacienda Las Arenas, ubicada a unas cuatro leguas en dirección oeste y a dos de la ciudad de Victoria de Las Tunas.

Decidieron acampar en el sitio conocido por Río Abajo, zona donde radicaba la prefectura de Playuelas, al mando del prefecto Jesús Peña, lugar caracterizado por la bifurcación de caminos, que posibilitaba variantes de evacuación en caso de ser asediados o atacados por el enemigo y cercano además al río Naranjo, cuyo caudal facilitaba abastecerse de agua. En este lugar, Maceo dedicó tiempo para responder algunas de las preocupaciones planteadas por Santiago García Cañizares, secretario del Interior, consideradas por José Luciano Franco como intrascendentes,[12] ya que lo más importante en ese momento era la invasión.

Antes de levantar campamento al siguiente día, Maceo recibió la noticia de que los españoles avanzaban desde Las Arenas hacia Las Tunas para avituallarse, circunstancia en la que ordenó al general Capote situarse con sus fuerzas en aquel lugar para hostilizar al enemigo si regresaba y que, además, lo mantuviera al tanto de cada incidencia.

Una vez que Capote inició la indicada operación, salió la columna invasora el día 5 por la mañana con dirección suroeste para alejarse unas dos leguas aproximadamente de la ciudad de Victoria de Las Tunas, distancia prudencial, que le

[9] Ramiro Guerra: *Manual de historia de Cuba*, p. 203.
[10] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 133.
[11] Manuel Piedra Martel. *Mis primeros 30 años,* p. 189.
[12] José Luciano Franco: Ob. cit., p. 196.

permitiría tomar decisiones a tiempo en caso de que salieran nuevamente fuerzas españolas con el objetivo de impedir su avance. Al llegar a Vista Alegre, recibió apoyo de los campesinos de la zona por orientación de Acosta, prefecto de Las Arenas, los que proveyeron a los mambises de comida y les ofrecieron una completa información acerca de la ubicación de las columnas españolas.

Reconocida la situación, el general Antonio destinó pequeños grupos de caballería para operar en las cercanías de la ciudad con el propósito de entretener al enemigo y propiciar así que la columna tomara ventaja en su paso por el territorio de Las Tunas. Al mismo tiempo, al decir de Miró, se recibió información acerca de una columna española que avanzaba por el camino de Mala Noche, Holguín, para operar en combinación con las fuerzas de Las Tunas e impedir su avance al Camagüey;[13] pero, dada la distancia existente entre estas tropas y el contingente invasor, este aviso no fue objeto de preocupación para el general.

Desde el punto de vista militar, la plaza de Victoria de Las Tunas era una de las más fuertes de la Isla, con fuerzas suficientes para llevar a cabo operaciones y golpes contra las fuerzas patrióticas. Por tal razón, establecer combate implicaría posibles bajas, reducción de los escasos pertrechos disponibles, pérdida de tiempo por concepto de atención y traslado de heridos, lo cual conllevaría a que la columna española que tenían en la vanguardia reorganizara la ofensiva para impedirles el paso, situación que tornaría difícil la defensa. Por ello, iniciarían la marcha por una parte muy baja y pantanosa, lo cual por el mal estado de los caminos y la carencia de opciones de avance a campo traviesa, por lo intrincado del terreno y la vegetación, traería como resultado una marcha lenta y difícil.

Desde mediados de octubre había comenzado un intenso temporal, con lluvias que se prolongarían hasta fines de noviembre, lo cual dificultaba el movimiento de tropas en ambos contendientes.[14] José Miró Argenter refiere que la jornada del día 6 fue muy dura; la marcha inició a las dos de la madrugada por caminos intransitables debido a las lluvias, los caballos se hundían, se atascaba el bagaje y la infantería se agotaba en su avance por aquellos fangales.[15]

Era media tarde y aún llovía a torrentes, a las nueve de la noche, extenuados por la fatigosa marcha, acamparon en las praderas de La Soledad,[16] punto más distante en la maniobra de esquivar el núcleo urbano. En este lugar estaba enclavada la subprefectura bajo el mando de Juan Romero, subordinada a la prefectura de Hatico; allí recibieron apoyo.

Mientras, la columna española llegó a Las Pelonas,[17] sitio donde fue hostilizada el día 7 por las tropas del general Capote, que, de ese modo, retrasaron el paso del enemigo.

[13] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 133.
[14] Rafael Guerrero: *Crónica de la guerra de Cuba (1895) II,* pp. 419-426.
[15] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 134.
[16] Sitio perteneciente a la hacienda Virama, a poca distancia del río Cayojo y a unas cinco leguas al suroeste de la ciudad de Victoria de Las Tunas.
[17] Finca localizada a una legua y media de La Soledad.

Mediante informantes del sistema de inteligencia, Maceo conoció la situación y decidió marchar en dirección a Lajas, sitio localizado dos leguas al norte de La Soledad. De este modo, subían más al centro de la Isla en busca del camino real del sur, por el cual avanzarían con menos dificultades que las enfrentadas hasta ese momento, no sin antes dejar algunos escuadrones para que se encargaran de llevar a cabo emboscadas de hostigamiento contra el enemigo, mientras ellos avanzaban.

Después que la columna española comprobó el abandono del campamento mambí de La Soledad, siguió el rastro de la columna invasora, lo cual no resultaba difícil a causa de las huellas dejadas en aquel terreno húmedo por unos mil quinientos invasores entre jinetes y soldados de a pie. Mientras, el general Capote, con la caballería de Las Tunas, tiroteó a los españoles por el flanco derecho obligándolos a detenerse y acampar a las once de la mañana en la sitiería de Lajas. Para ese momento, la columna invasora ya se encontraba en Guaramanao,[18] zona de operaciones de Vicente García González en la pasada contienda y donde radicó durante algún tiempo el Gobierno de la República en Armas, de ahí que se contara con el apoyo seguro de los habitantes del sitio, comprometidos con la causa independentista.[19] Además, radicaba en este lugar la prefectura de Ojo de Agua de los Melones, al mando de Isidro P. Mayo. Por tales razones, Maceo decidió acampar allí, sin prever la posibilidad de que los españoles insistieran en su persecución.

El prefecto ofreció apoyo, consistente en una res; de igual modo lo hace el español José Escriba Carbonell,[20] simpatizante con la causa cubana. Maceo ordenó preparar el almuerzo y, cuando habían comenzado a desollar las reses, se escuchó el fuego graneado de fusilería de los exploradores cubanos, que anunciaba la proximidad del enemigo, con lo que se frustró la posibilidad de alimentarse en este sitio. Los peninsulares, a modo de exploración, comenzaron su ofensiva por ambos flancos; Maceo reforzó las avanzadas de cada lado y formó las tropas en orden de batalla.

Según José Luciano Franco, "[…] era un momento peligroso en grado sumo para el Ejército Invasor ya que España volcaba sobre el general Maceo todo el poder militar que le era dable movilizar a fin de obstaculizar el desarrollo en amplia escala de un plan estratégico que seriamente amenazaba su poderío […].[21] Al respecto, debe considerarse que el hecho de estar insurreccionados Oriente, Camagüey y Las Villas, imposibilitaba a los españoles concentrar más fuerza para retener a los invasores a su paso por Las Tunas.

[18] Finca localizada en el curso del camino real del sur, a unas cuatro leguas por línea recta de la ciudad de Victoria de Las Tunas.

[19] Varias familias estuvieron comprometidas con la causa independentista, entre ellas los Acosta, González, Hechavarría, Figueredo, Izquierdo, Leyva y Zayas, de acuerdo con el estudio de estas familias realizado en dicha zona por el autor.

[20] Propietario de dos fincas ganaderas localizadas en la parte sur de la antigua hacienda Rompe en el área conocida por Mejía y Cañada de Palma.

[21] José Luciano Franco: Ob. cit., p. 196.

Según relata el general Piedra Martel:

> […] Los españoles comenzaron la ofensiva por un tanteo, a la vez, a la derecha e izquierda de nuestro campo. El general Maceo […] formó la tropa en orden de batalla: la infantería apoyada en una faja de monte, en el lugar donde eran más vulnerables nuestras posiciones, y la caballería desplegada en el centro del potrero, disimulada su presencia por los crecidos pastos […].[22]

En esas circunstancias, los españoles, al mando del coronel Manuel Nario Echagüe, fueron recibidos con nutrido y certero fuego que los hizo retroceder; una nueva maniobra de la caballería del regimiento Vicente García les facilitó colocarse a los flancos de la infantería cubana y permitir su salida airosa del potrero. A salvo la infantería, fue destacado en Guaramanao un escuadrón para la observación y el resto de la tropa con la caballería a la vanguardia continuó su marcha hacia El Lavado,[23] donde acampó a la caída de la tarde. Este sitio, favorable por sus características estratégicas, había servido de campamento eventual a Vicente García en numerosas ocasiones durante la Guerra Grande y de estancia a muchas personalidades de la alta dirección de la guerra; los sitieros estaban vinculados a la lucha por la independencia.

Conocida por el general Capote la experiencia militar del general español, el valor mostrado en el cruento combate sostenido con sus fuerzas el 13 de agosto de 1895 en la Breñosa[24] y la correlación de fuerzas a favor del enemigo, dispuso la caballería tunera en las proximidades de un flanco y retaguardia del núcleo español acampado en Guaramanao, con lo que evitaba un enfrentamiento frontal y las hostilizó durante toda la noche con fuego intermitente de los exploradores. Aunque los españoles pretendían —al igual que en 1868 cuando se produjo el intento de llevar a cabo la invasión— obligar a los cubanos a que consumieran su escaso parque, esta vez las fuerzas patrióticas hicieron un uso racional de sus pocos pertrechos.

Transcurría el día 8 de noviembre, en El Lavado, Maceo emitió la comunicación número 184 dirigida al general José María Rodríguez, Mayía, jefe interino del 3.er cuerpo del Ejército Libertador, en la cual le ordenaba que tuviese preparadas sus fuerzas en un punto conveniente y que facilitara el encuentro con el contingente invasor. También le manifestaba que tuviese conocimiento sobre las columnas enemigas que pudieran entorpecer el paso de dicha fuerza. En uno de los párrafos del citado mensaje le especificaba: "[…] ordene a las autoridades civiles que tengan recursos para la columna, debiendo ser estos carne salada y viandas, así como calzado para la tropa y caballos para reponer las bajas de la caballería […]".[25]

[22] Manuel Piedra Martel: *Mis primeros treinta 30* años, p. 198.

[23] Sitio localizado a casi dos leguas del campamento anterior, a unas siete de la ciudad de Victoria de Las Tunas y a dos y media leguas del límite de la provincia de Oriente y Camagüey.

[24] Sitio localizado a cuatro leguas y media al oeste noroeste de la ciudad de Holguín.

[25] José Luciano Franco: Ob. cit., p. 199.

Eran las nueve de la mañana, aún no había concluido el jefe cubano el despacho de los asuntos de mayor urgencia, cuando hacia los montes de El Lavado se escuchó el retumbar de disparos de fusilería, que anunciaban nuevamente la presencia de las fuerzas enemigas mandadas por el coronel Nario, quien se había empeñado en establecer batalla campal con los cubanos. El fuego nutrido de la infantería, a corta distancia del campamento de los invasores demostraba que el general Capote se batía con el enemigo, cubriendo la retaguardia del contingente cubano.

Una hora después, la columna hispana casi envolvía una de las avanzadas cubanas situadas en El Lavado. Con rapidez, la infantería y la caballería se ubicaron en línea circular de frente al enemigo, protegidas ligeramente por una cañada que atravesaba el terreno.[26] El jefe peninsular inició un movimiento de flancos con heroicos empujes, el cual fue poco rebatido por los cubanos que combatían a la riposta para economizar sus escasas municiones; no obstante, resistieron la avalancha. Entonces, el jefe enemigo dispuso otra maniobra para evitar que la caballería de la columna invasora corriera sobre el centro de su fuerza, mientras cañoneaba por el frente a los soldados de la infantería mambisa.

Al respecto Miró Argenter escribió:

> [...] los cubanos no podían atacar aquella espesura de frente, poblada de soldados en línea de batalla; ni los españoles atravesar la planicie de hierba de guinea para apoderarse del boscaje en que se apoyaban nuestros planes porque al ataque hubiera respondido inmediatamente la furiosa embestida de los jinetes cubanos, lanzados a la carga por Maceo [...].[27]

Víctor Marrero resume la situación diciendo que "[...] ambos contendientes al asecho uno del otro, pasaron de la acción a la observación"[28] y ante la tregua, ya de mediodía, Maceo ordenó la marcha y dejó allí una guardia de caballería para que vigilara los movimientos del adversario. A las once del día aproximadamente cuando cesó este hecho de armas —narra José Miró Argenter— "Las bajas cubanas en ambas acciones, en Guaramanao y El Lavado, fueron 23, incluyendo las de la brigada de Las Tunas al mando del general José Manuel Capote, quien fue uno de los heridos de este último combate"; las fuentes consultadas no precisan la existencia de muertos.

Entre las dos y tres de la tarde del 8 de noviembre, la columna invasora y el gobierno cruzaron el río Jobabo hacia Camagüey, mientras que la columna española que los perseguía se dirigió hacia el cuartel de Guáimaro. Ya les esperaban las fuerzas camagüeyanas en La Caridad, sitio localizado a media legua de la división entre ambos territorios, donde se le informó a Maceo que los colonialistas habían retirado de modo precipitado las avanzadas que vigilaban los embarcaderos de los ríos Tana y Sevilla y que el general Rodríguez se encontraba muy cerca del lugar con el grueso de las tropas.

[26] Una de las corrientes que desemboca en el arroyo conocido por Bajao.
[27] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 138.
[28] Víctor Manuel Marrero Zaldívar: "La Guerra de 1895", en Colectivo de autores: *Síntesis histórica provincial de Las Tunas*, p. 113.

Desde Oriente avanzaban las fuerzas del coronel Esteban Tamayo Tamayo con la finalidad de apoyar a los invasores, razón por la cual Maceo le escribió al general Francisco Varona para que junto al general Capote le dieran protección al pasar por Las Tunas. De este modo, la columna invasora crecía y se fortalecía con la suma de los destacamentos regionales. Al respecto Rolando Rodríguez apunta:

> Para las armas hispánicas lo peor resultaba que Martínez Campos confiaba que los insurrectos no pasarían de partidas a masas organizadas de combatientes […] y no tomó mayores medidas para enfrentar el alud que a la velocidad del rayo se le venía encima. Cuando los corceles mambises pasaron de Las Tunas ya era bastante tarde para remediar la situación.[29]

El 13 de noviembre, el general Maceo acampó en La Matilde, finca que había pertenecido a los Simoni, en Camagüey. Desde aquí, el día 15, con sus comunicaciones 228 y 230 informó al general Gómez de haber hecho entrega a José Maceo del mando del Departamento Oriental y le daba cuenta de la resistencia opuesta por el enemigo a su paso por Las Tunas; aunque en la propia comunicación le aseveraba: "[...] pero fue burlado totalmente logrando retenerlo con unos ciento cincuenta hombres de extrema retaguardia [...]".[30]

Reflexiones finales acerca de los hechos

Varios factores hicieron factible el paso de la columna invasora por la región de Las Tunas, a pesar de los percances analizados, entre ellos: el servicio de comunicación diseñado por las recién creadas prefecturas mambisas, en especial los guías, más importante aún al ser esta una zona desconocida para Maceo; el hecho de que los invasores eran hombres fornidos, con resistencia para caminar de diez a doce leguas continuadas por terrenos en mal estado y aún les quedaba energía para combatir; la presencia de oficiales fogueados y un cuerpo de vigilancia con experiencia, así como el apoyo de la brigada de Las Tunas al mando del general José Manuel Capote. Por su parte, las fuerzas colonialistas, compuestas por quintos[31] recién venidos, sin experiencia en la lucha irregular, en un medio natural que les era en principio hostil, evitaban enfrentamientos decisivos que pudieran resultarles infructuosos, además, tenían en su contra el débil españolismo en la región, especialmente en las zonas rurales.

La configuración territorial de las prefecturas en la región, a juzgar por los hechos, estuvo determinada por la composición y vínculos familiares consuetudinarios y sus posibilidades de apoyo, lo cual influyó en la decisión de la ruta invasora y de los sitios escogidos para acampar. La inexistencia de propiedades españolas

[29] Rolando Rodríguez: *Cuba. La forja de una Nación. La ruta de los héroes*, ob. cit., p. 114.
[30] José Luciano Franco: Ob. cit., p. 209.
[31] En España, se llamaba "quintos" a los jóvenes que, al cumplir la mayoría de edad y por sorteo, eran llamados al servicio militar en la guerra de Cuba.

con riquezas agrícolas significativas en la industria azucarera en esta parte de la Isla, que posibilitara el sustento del poder colonial marca una de las diferencias con respecto al centro y occidente de la Isla, en la que uno de los objetivos de la invasión era destruir las fuentes de abastecimiento del enemigo.

Aunque el déficit de alimentos es normal en condiciones de guerra para ambos contendientes, no fue comparable con la situación del occidente de la Isla, lo más difícil resultó la coordinación y vías de suministro, dada la presión de la constante persecución de los españoles que los obligó a un régimen de alimentación ocasional, con el que se inició la ruptura del hábito dietético de aquellos hombres.

Según Enrique Collazo, el paso por la región "[…] fue sin apresuramiento y sin cansancio para la tropa",[32] aseveración ilógica si nos atenemos a los hechos; no es que existiera falta de premura sino una adecuación de la marcha a las circunstancias y siempre con el ánimo de acelerar la movilidad, lo cual implicó marchas agotadoras y la restricción del régimen de descanso.

El apoyo de la brigada de Las Tunas a la columna invasora en su trayectoria por la región tunera es expresión de un regionalismo identitario, donde las fronteras territoriales y las ataduras excesivas a la patria chica habían sido superadas de modo general en esta etapa de la lucha por la independencia. Los grupos al mando del general Capote mostraron alta responsabilidad en su apoyo a los invasores; algunos combatientes tuneros se les unieron,[33] ya lo habían hecho otros a principios del mes de junio al pasar Máximo Gómez por el territorio; también se dinamizó la colaboración como centro de apoyo a otras zonas. Las manifestaciones individuales como las deserciones no fueron obstáculo notable para el proceso de lucha; al respecto, el 11 de noviembre de 1895, Antonio Maceo dictó la orden 205, mediante la cual concedía amplias facultades al teniente coronel jobabense Serafín Escavell para tomar severas medidas con los desertores de la columna invasora.[34]

Por su parte, las máximas autoridades españolas enviaron de modo inmediato 1822 regulares para reforzar la ciudad, consistente en un batallón expedicionario Bailén (847 hombres) y un batallón de Sicilia (975), al mismo tiempo se reforzaron las obras de defensa de la ciudad.[35] Ello corrobora la acertada decisión de llevar a cabo la invasión a occidente en momentos en que las fuerzas españolas no eran aún suficientes en el distrito tunero, como en otros, para detenerlos.

Enfrentarse en combate con fuerzas españolas al mando del coronel Nario Echagüe, calificado por José Miró como uno de los militares españoles más competentes de la guerra de Cuba, en circunstancias complejas durante toda la travesía, fue una experiencia en el arte defensivo que les sirvió de entrenamiento a los invasores, en especial a los más jóvenes.

[32] Enrique Collazo: *Cuba independiente*, p. 122.
[33] Enrique Collazo: *Cuba Heroica*, p. 224.
[34] José Luciano Franco: Ob. cit., p. 202.
[35] Raúl Izquierdo Canosa: Ob. cit., p. 40.

Trascendencia en el ámbito local

El paso de la invasión, en el escenario local, se refleja en la imaginería de los pobladores como parte de la mítica de la guerra; perviven hasta nuestros días algunas anécdotas relacionadas con el número de combatientes, la cantidad de muertos, la ayuda a los invasores y los restos de municiones encontrados en los teatros de combate. Inspirado en aquellos sucesos, el comandante del Ejército Libertador Eduardo Vidal Fontaine, conocido como el poeta de la guerra en Las Tunas, escribió en 1896 el soneto "La invasión" aparecido sesenta años después en la revista local *La Lucha*, edición especial de diciembre de 1956 y, días después, en una compilación del propio autor titulada *Aires de Patria. Poesías*.

Suena el clarín sonoro en el Oriente
Y comienza arrasante la invasión
¿Quién puede detener esa legión
Si al frente de la misma va un valiente?

El esbirro rufián sigue imprudente,
vileza, injuria predicando están
pero marcha invencible el contingente
bajo el mando glorioso del Titán.

Burla la trocha y en feliz torneo
Destruye pueblo y después más tarde,
tiembla Matanzas y arde Coliseo.

Burla de Weyler en pomposo alarde
y en Mantua ya le dice: sal, cobarde
aquí está la invasión: yo soy Maceo.

Con posterioridad, la ciudad fue reducida a ruinas como consecuencia del ataque de Calixto García a Victoria de Las Tunas en agosto de 1897 y, hasta 1910, no existieron condiciones, desde el punto de vista urbanístico, para que se le restituyera la condición de municipio.

A partir de la segunda década de la República neocolonial, se dispuso en la localidad de un ejemplar de las *Crónicas de la guerra* (1909), de José Miró Argenter, publicada en un solo volumen, así como de *Crónicas de la guerra de Cuba. Efemérides de la Revolución cubana* (1911), libro aprobado por la Junta de Superintendentes de escuelas públicas para la Biblioteca del Maestro, lo cual posibilitó que periodistas locales del semanario *El Eco de Tunas,* fundado ese mismo año, hicieran referencia a la invasión a occidente aunque no a su paso por el territorio tunero; se trataba, además, el hecho en las escuelas mediante la asignatura Historia de Cuba y se rememoraba la efeméride en los planteles escolares. La posibilidad de difusión estuvo limitada por el analfabetismo de la inmensa mayoría de la población, la inexistencia de es-

cuelas en las zonas rurales y la imposibilidad de asistencia de todos los niños, así como la limitada distribución de medios de prensa y otro tipo de literatura.

Pequeños actos de carácter conmemorativo fueron efectuados en la Delegación de Veteranos y Patriotas, pero quedaba solo en el marco asociativo y la mayoría de las veces pasaba por alto. En ocasiones, *El Eco de Tunas* concentró la atención de sus crónicas más en elogiar el mérito de Miró Argenter como historiador, que al hecho en sí.

No fue hasta mediados de la década del cuarenta, que se hace referencia a detalles del hecho. A finales de 1958, con el avance de la lucha insurreccional y de las columnas invasoras comandadas por Camilo Cienfuegos Gorriarán y Ernesto *Che* Guevara de la Serna, la epopeya llevada a cabo por Gómez y Maceo alcanza notoriedad, al repetirse. Desde mediados de la década del sesenta, con la Revolución en el poder, el hecho adquiere un notable simbolismo al ser reeditada la ruta, principalmente por los jóvenes y mediante actos conmemorativos organizados por entidades estudiantiles, políticas y militares del territorio.

Como fue considerada en su tiempo, uno de los hechos militares más audaces y extraordinarios, hoy, para nosotros, la invasión llevada adelante por los mayores generales Máximo Gómez y Antonio Maceo tuvo la virtud de encender la llama de la rebeldía en todo el territorio nacional y proclamar ante el mundo que Cuba toda estaba en pie de lucha.

Camagüey en la invasión al occidente. Reflexiones

Ángel Avelino Fernández Espert

El análisis de la invasión al occidente en lo concerniente a Camagüey presenta peculiaridades. Una vez terminada la Asamblea de Jimaguayú, desde esa provincia[1] saldría hacia el territorio oriental el Consejo de Gobierno, no solo para que las fuerzas que allí operaban acataran su autoridad, sino también para activar los preparativos del contingente invasor, que era prioridad en la estrategia trazada por el general en jefe.

Desde el punto de vista militar, dicha provincia es la única en la que se observó el movimiento, con días de diferencia, de dos fuerzas: la salida de Máximo Gómez hacia Las Villas y el paso de la columna invasora al mando del lugarteniente general. Esta región fue la única en la que el contingente mandado por el Titán no fue sometido al asedio de

Ángel Avelino Fernández Espert

Profesor auxiliar de la Universidad de Camagüey. Autor de varios libros y artículos de temática histórica. Miembro de la Unhic y de la SCJM.

[1] A los efectos de la guerra se extendía desde el río Jobabo al este hasta la trocha de Júcaro a Morón al oeste. En ese territorio operaba el 3.er cuerpo del Ejército Libertador.

las fuerzas hispanas y, por tanto, no tuvo que efectuar ninguna acción combativa.

Por eso, el objetivo del presente trabajo es valorar la incidencia del 3.er cuerpo de ejército en la invasión al occidente, a través del análisis de las estrategias de las partes en conflicto, de forma tal que posibilite una nueva lectura.

Antecedentes

Al reiniciarse la lucha el 24 de febrero de 1895, de forma mucho más modesta que la concebida en el Plan de Fernandina, la guerra estuvo enmarcada durante casi cuatro meses en los límites de la antigua provincia oriental. En tales condiciones, la ejecución rápida y exitosa de la invasión no pasaba de ser una aspiración. Era necesario, como paso previo e imprescindible, la incorporación de Camagüey a la guerra. Ni cubanos ni españoles ignoraban la importancia que tenía este hecho. Si para los primeros significaba la posibilidad real de la invasión y de la victoria, para los segundos constituía la prolongación de la guerra y el desgaste humano, político y económico de la península, lo que explica el firme propósito de Gómez en realizarlo y las maniobras militares y políticas de Arsenio Martínez Campos por impedirlo.

En la estrategia trazada por el capitán general, el territorio camagüeyano fue priorizado por primera y única vez en la guerra,[2] tal como se observa en la adopción de una serie de medidas, entre las que se encuentran: la apertura de nuevas fuentes de trabajo, acercamiento a los veteranos del 68, aplicación de una aparente benevolencia encaminada a no exaltar a los camagüeyanos, continuas visitas a Puerto Príncipe e incremento de los efectivos militares a partir de abril.[3] Sin embargo, los esfuerzos de Martínez Campos no impidieron la incorporación definitiva de Camagüey a la contienda en junio, tras las sucesivas victorias de Altagracia, El Mulato, Ceja de La Larga y San Jerónimo, obtenidas en tan solo cinco días.

No cabe duda de que la entrada del Generalísimo en Camagüey, sin ser molestado en lo más mínimo por las fuerzas ubicadas en Guáimaro y Cascorro, ascendentes a una brigada, colocó en entredicho la eficacia de los generales hispanos. Sin embargo, existen elementos para afirmar que la actitud defensiva adoptada por el ejército, concentrado en sus cuarteles, no se debió, al menos en su totalidad, a la ineptitud de sus cuadros militares.

Todo parece indicar que, en lo relacionado con el inicio de la guerra en Camagüey, tanto Gómez como Martínez Campos tuvieron que librar una batalla campal contra el tiempo, en la que este último salió derrotado. Mientras el dominicano-cubano marchaba hacia el centro de la provincia para iniciar la campaña que insurreccionaría ese territorio, el jefe español hacía todo lo posible por acelerar la llegada

[2] En marzo de 1898, el mando hispano duplicó sus efectivos en Camagüey, elevándolos a más de 12 000 hombres y los incrementó también en Oriente; pero no puede hablarse de un desplazamiento de la prioridad en esa fecha hacia la zona oriental. Véase: Ángel Avelino Fernández Espert: *El tercer cuerpo de ejército en la guerra del 95*, pp. 77-79.

[3] *Ibidem*, pp. 27 y 32.

de los refuerzos que desembarcaron por Nuevitas el 13 y el 16 de junio. Y el 24, cuando ya el alzamiento de Camagüey era un hecho, llegaba al puerto mencionado parte de la oficialidad que operaría en dicho territorio.[4] Martínez Campos tuvo que resignarse, a pesar de sus esfuerzos, a adoptar una actitud defensiva para evitar una catástrofe, dado el vigor que Gómez le imprimió al inicio de la guerra en Camagüey, y tuvo que marchar, por tanto, a la zaga de los acontecimientos.

Con la incorporación del nuevo territorio a la Revolución, el general en jefe estimó que contaba con las condiciones mínimas para la invasión al occidente. Además, estaba firmemente convencido de que el ejército colonialista sería incrementado con prisa en muchos miles y, por otra parte, le preocupaba hondamente la posibilidad de que España implantara una limitada autonomía, que mermara el ímpeto revolucionario en aquellas provincias que se mantenían pacificadas. Para él era suficiente. Solo la conjunción de tales elementos explica que, aún en la retina los detalles de sus triunfos iniciales, el 30 de junio cursara las primeras instrucciones a Antonio Maceo y Bartolomé Masó, para que comenzaran la organización del contingente invasor.

Desde el punto de vista militar se había concretado el antecedente imprescindible para la realización de tamaña empresa, por lo que la orden cursada por Gómez con tanta prontitud y previsión estaba justificada y era inobjetable; pero no sucedía igual en el aspecto político, ya que a la revolución le faltaba aún su ordenamiento jurídico, con la creación de un gobierno que le diera representatividad nacional e internacional y, por tanto, el cumplimiento de dicha orden de forma inmediata, como demandaba el jefe del Ejército Libertador, podía ser cuestionada por un pueblo, cuya vocación democrática —manifestada desde el inicio de su quehacer independentista— había sido recientemente reafirmada por la prédica incesante de nuestro Héroe Nacional.[5] La orden, pues, quedó sin cumplirse en ese momento.

Con todas las condiciones creadas, puesto que ya, incluso, la guerra se había consolidado en una nueva provincia: Las Villas —tras la llegada de la expedición Roloff-Sánchez—, la Asamblea Constituyente se celebró entre el 14 y el 18 de septiembre, en Jimaguayú, donde se aprobó la Constitución homónima, que regiría la vida en la manigua redentora hasta 1897. Su realización significó el antecedente político de la invasión al occidente, con la que el estatus de las fuerzas mambisas en la guerra pasó a una escala cualitativamente superior.[6]

[4] Ascendente a 16 primeros tenientes, seis del regimiento María Cristina, seis del de Tarragona y cuatro del batallón de Cádiz. Además arribaron dos médicos, uno para el escuadrón de Villarrobledo y el otro para las fuerzas radicadas en Guáimaro, en Biblioteca Provincial Julio Antonio Mella (BPJAM): Fondos raros y valiosos. Periódico *El Pueblo,* XI (142): 2, Puerto Príncipe, 26 de junio de 1895.

[5] Resulta significativo que los soldados orientales fueron los únicos que tuvieron la posibilidad de escuchar el verbo martiano.

[6] Corrobora lo expuesto, la carta que el Titán de Bronce le dirigiera a Masó, desde Santa Gertrudis, el 14 de julio de 1895, en la que le plantea que la formación de un gobierno era un hecho que pedía "toda la gente de esta provincia". Véase Benigno Souza: *Ensayo histórico sobre la invasión*, p. 46.

La situación de Camagüey durante la campaña invasora

Puesta en vigor la Constitución de Jimaguayú a partir del 19 de setiembre, la realización de la invasión centró la atención del Consejo de Gobierno y, por supuesto, del general en jefe. Si algún hecho expresa una comunión de intereses entre ambos órganos dirigentes de la revolución es precisamente este. Juntos acamparon en los días siguientes a la fecha señalada y de común acuerdo decidieron que el máximo órgano civil se trasladara a Oriente para acelerar la formación del contingente invasor, que bajo el mando de Maceo debía pasar rápidamente a Camagüey, mientras Gómez permanecería al frente de la guerra en este territorio y en espera del mayor general en comisión José Mayía Rodríguez, para constituir el 3.er cuerpo de ejército, que bajo su mando, integrarían todas las fuerzas camagüeyanas. El 10 de octubre de 1895 quedaría oficialmente constituido dicho cuerpo, cuya actuación en el lapso transcurrido desde el 22 de enero de 1895 al 22 de enero de 1896, debe valorarse —como también lo referente a los restantes cuerpos— en su interrelación con la invasión al occidente, dada la importancia que tuvo este acontecimiento en el decurso de la guerra.

Sin tomar en cuenta el aspecto logístico, dicha interrelación se observa en tres momentos: el apoyo brindado a Gómez en su traslado a Las Villas, la incorporación de la caballería como fuerza de choque en la vanguardia de la columna invasora y, tras su paso, el mantenimiento de la guerra viva en el territorio para evitar en lo posible el traslado de fuerzas hispanas hacia occidente.

La constitución del 3.er cuerpo de ejército posibilitó que Gómez se dedicara por completo a la preparación de su viaje a Las Villas, que era parte consustancial de la invasión.

La idea inicial del Generalísimo era realizarlo en compañía de la gran columna invasora; pero impaciente[7] porque las fuerzas orientales no llegaban,[8] decidió iniciar su marcha, acompañado relativamente de pocas fuerzas, el 20 de octubre, desde San José de Guacainamar.[9] Diez días después cruzaba la trocha de Júcaro a

[7] Mucho debieron pesar en el ánimo de Gómez sus recuerdos de la Guerra Grande, cuando la demora en la concentración de fuerzas en Camagüey conllevó a la realización de los más grandes combates de dicha guerra, que aunque victoriosos para las armas cubanas, impidieron que la invasión a Las Villas se realizara en 1874.

[8] Maceo tuvo que afrontar dificultades que pusieron a prueba su energía. Véase José Luciano Franco: Ob. cit., t. II, pp. 170-191.

[9] Los que han escrito sobre la salida de Máximo Gómez hacia Las Villas en 1895, se han guiado ciegamente por Benigno Souza, quien en su valiosísimo *Ensayo histórico*… ofrece el dato que fue el 22 de octubre, desde Matehuelo; sin embargo, nada en especial destaca a ese día y a ese lugar para su selección. Se trata, sin dudas, de lo que pudiéramos llamar un "sincronismo histórico" con el evidente propósito de hacerla coincidir con la salida de Antonio Maceo desde Mangos de Baraguá; no obstante saberse por otras fuentes, que desde el 16 de octubre, Gómez había acampado en San José de Guaicanamar, con el objetivo de preparar su marcha a Las Villas y que desde allí salió el día 20, obviamente con ese fin. Al día siguiente, fue despedido por el mayor general José María Rodríguez y el grueso de las fuerzas camagüeyanas en Ciego de Najasa. La selección del 22 de octubre como inicio de su partida solo se explica por lo señalado.

Morón, sin que en ese momento ni durante el recorrido los españoles trataran de interponérsele, mientras las fuerzas del 3.er cuerpo atacaban de forma reiterada el poblado de Cascorro, en evidente maniobra diversionista. Era la primera tarea que dicho cuerpo cumplimentaba en el contexto de la magna empresa.

El objetivo que Gómez se propuso al trasladarse al territorio del 4.º cuerpo de ejército lo cumplió a cabalidad. A su llegada incorporó estas fuerzas y tras una marcha por Sancti Spíritus, que obligó a los españoles a concentrarse en esa zona, retrocedió bruscamente —al igual que en enero de 1875—, para tomar los fuertes de Pelayo y poner sitio al de Río Grande, atrayendo sobre sí a los soldados enemigos, mientras Maceo recorría sin tropiezos la vasta planicie camagüeyana, a la que arribó el 8 de noviembre al frente de 1403 hombres, después de evitar enfrentamientos de magnitud en Guaramanao y El Lavado.

Sin embargo, el hecho de que no se produjeran enfrentamientos en Camagüey se debió, exclusivamente, a la estrategia empleada por el mando español en ese momento y no al genio militar del jefe de la columna; puesto que aunque su plan no contemplaba la realización de un combate, que por muy exitoso que fuera, comprometiera el proyecto invasor, es conocido que al incorporársele Mayía Rodríguez, el 10 de noviembre, en la vega de Marcos López, con 350 jinetes bien equipados, le ordenó atacar toda tropa que se interpusiera a su avance. Los camagüeyanos, en definitiva, no tuvieron que batirse, ya que Arsenio Martínez Campos en lugar de concentrar el grueso de su ejército en el territorio principeño aledaño a la trocha[10] para evitar que Antonio Maceo se uniera a Máximo Gómez en Las Villas, decidió esperarlo al oeste de ella, donde destacó la mayor parte de los refuerzos recibidos, así como otras fuerzas que operaban en Oriente, con el propósito de acorralarlos.

El comienzo de la zafra y el incremento de las operaciones militares eran los ejes centrales de la política de Martínez Campos para acabar la guerra en Cuba. Esta idea aparece expresada con claridad en la carta que dirigió al jefe del gobierno colonial, presumiblemente en la segunda quincena de octubre, en la que afirmó: "Atribuyo el incremento de la insurrección a la actitud de la raza negra que se ha sumado a los rebeldes desde la terminación de la zafra, y espero que reanudada esta, muchos volverán a los trabajos, viendo que el ejército les pega duro [...]".[11]

Días después, en entrevista concedida al diario *La Correspondencia,* de la que se hizo eco *El Pueblo,* que reprodujo algunos fragmentos, expresó: "[...] que reforzará las tropas de Las Villas, para que se pueda hacer la zafra. Dentro de tres días las columnas operarán. Solo se espera a que estén secos los caminos".[12]

Siguiendo estos razonamientos, el jefe del ejército colonialista en Cuba priorizó el territorio villareño, en el que precisamente la presencia de Máximo Gó-

[10] José Miró Argenter afirma categóricamente, que era imposible todo intento por obstaculizar el avance de la columna invasora mientras esta no estuviera sobre la línea férrea de Ciego de Ávila. Que cualquier otro intento "era perder el tiempo lastimosamente". Véase José Miró Argenter: Ob. cit., p. 89.

[11] BPJAM: *El Pueblo*, XI (241): 2, Puerto Príncipe, 23 de octubre de 1895.

[12] BPJAM: *El Pueblo,* XI (251): 2, Puerto Príncipe, 4 de noviembre de 1895.

mez presagiaba la interrupción de toda actividad económica.[13] Desde el punto de vista militar pudiera apuntarse, a favor del terreno escogido y sus características geográficas: más estrecho que la provincia camagüeyana, con un área montañosa mucho mayor y más poblado, lo que dificultaría a los dos grandes jefes cubanos eludir los combates frente a los miles de soldados que se les interpondrían. Mas si estos son elementos que no deben obviarse en el análisis, resulta innegable que la decisión adoptada por Martínez Campos no respondía al más elemental sentido común, al facilitar la unión de las fuerzas cubanas, hecho sumamente importante que significó para él su tercer gran fracaso en esta guerra, precedido por la campaña de Gómez en Camagüey y la humillante derrota sufrida en Peralejo.

Por consiguiente, los efectivos hispanos, aunque habían aumentado en el transcurso de la contienda, no eran suficientes para obstaculizar siquiera el paso de Maceo por el territorio. En Camagüey —en la organización vigente en ese momento componía junto a Ciego de Ávila el 4.º distrito militar—, radicaban bajo la jefatura superior del general de división Pedro Mella Montenegro, solo tres brigadas, al mando de los generales Emilio Serrano Altamira, José García Aldave y Rafael Ibáñez de Aldecoa y Lara, amén de otras unidades adscritas directamente al Cuartel General,[14] con las que dicho jefe mantenía numerosas guarniciones enclavadas en la línea férrea y en otros puntos de la extensa provincia; para evitar una segura derrota, no tuvo otra opción que limitarse a la defensa de la mencionada vía de comunicación, poblados y ciudades, fundamentalmente Puerto Príncipe, dejando expedito el camino hacia Las Villas al lugarteniente general del Ejército Libertador.

Ello se evidenció en la retirada precipitada del propio Mella de la finca La Matilde, al percatarse de la proximidad de las fuerzas del general Antonio, y en el hecho de que solo se produjera un supuesto intento por enfrentarlo, con la salida, el 19 de noviembre, de una columna hacia Najasa al mando del general de brigada Serrano Altamira,[15] que regresó a Puerto Príncipe seis días después sin haber sostenido ningún combate, ya que en esa fecha Maceo había abandonado dicha zona. La prudencia de los españoles condujo a que la beligerancia en la provincia trascendiera a través de un hecho lamentable, que fue el sabotaje realizado el 26 noviembre, en el kilómetro 43 de la línea férrea de Puerto Príncipe a Nuevitas, que ocasionó grandes daños materiales y también la muerte del maquinista y de dos fogoneros, por lo que fue duramente criticado por los autonomistas.[16]

[13] Tan solo siete días después de haber cruzado la trocha e, incluso, antes de efectuar su primera acción bélica, dictó el 6 de noviembre, desde Sancti Spíritus, una circular en la que prohibía la realización de la zafra.

[14] En total 13 batallones, 11 escuadrones, cuatro compañías independientes (una de ingenieros y las restantes de transporte), una batería de montaña, tres guerrillas y fuerzas de la Guardia Civil. Véase en BPJAM: *El Pueblo,* XI (239): 2, Puerto Príncipe, 19 de octubre de 1895; suplemento al "Diario del Ejército", 22 de octubre de 1895, en Benigno Souza: *Ensayo histórico…,* p. 120.

[15] Por el temor que mostró este general al enviarle un mensaje a Mella recordándole las pocas fuerzas de que disponía para defender Puerto Príncipe de un posible ataque de Maceo, se infiere que era poco probable que intentase sostener un combate de envergadura contra él.

[16] BPJAM: *El Pueblo,* XI (275): 2, Puerto Príncipe, 27 de noviembre de 1895.

La marcha de la columna invasora por el territorio del 3.er cuerpo de ejército fue un paseo militar. Maceo la realizó moviéndose lentamente durante veinte días, tal como lo demuestran las dieciséis veces en que estableció campamento, la reducida distancia entre ellos[17] y el tiempo en que permaneció en algunos.[18] Luego de que el 15 de noviembre, en La Matilde, el entonces comandante Enrique Loynaz del Castillo compusiera el "Himno Invasor" y de que seis días después, en Antón, se le incorporaran 230 hombres —de los casi ochocientos que debían hacerlo— procedentes del 2.º cuerpo de ejército, bajo el mando del coronel Esteban Tamayo, el Titán de Bronce continuó su marcha y tras una maniobra de engaño, cruzó la trocha de Júcaro a Morón en la mañana del día 29, sin que los disparos desde el fuerte La Redonda le ocasionaran bajas. Con ello quedaba cumplida la segunda misión asignada a las fuerzas camagüeyanas: la de proteger el paso de los invasores por su territorio.

A partir de ese momento, todos los esfuerzos de ambas partes quedaron concentrados al oeste de la trocha y las estrategias claramente definidas. El mando español en la Orden General del 1.º de diciembre de 1895 estableció cambios en la organización de su ejército, en correspondencia con la importancia que le otorgaba al occidente de la Isla y muy especialmente a la provincia de Las Villas, donde ubicó el cuerpo de ejército más numeroso, compuesto por dos divisiones a las que estaban subordinadas quince medias brigadas.

El mando cubano, obviamente, también tenía su atención en el occidente; pero en su plan estratégico, mantener activa la guerra en Camagüey y Oriente, para hacerle insostenible la situación a los españoles en toda Cuba, no dejaba de tener importancia. Y aunque se conoce que la jefatura del ejército colonialista decidió trasladar fuerzas de dichas provincias hacia aquella zona, las evidencias históricas demuestran que no fue motivado por un descenso en la operatividad de las fuerzas mambisas.

Para el 3.er cuerpo de ejército —caso que nos ocupa— era esa la tercera misión que debía cumplimentar y también la de mayor duración, si se toma en cuenta los 54 días que trascurren desde que Maceo cruzó la trocha hasta la culminación exitosa de la invasión en el poblado de Mantua.

En ese tiempo, dicho cuerpo sostuvo dos combates de importancia: El Congreso y México, el 9 de diciembre de 1895 y el 7 de enero de 1896, respectivamente, entre otros enfrentamientos de menor envergadura, y dos nuevos sabotajes a la línea férrea, uno de ellos, el 31 de diciembre, cuando, por ocasionar también la muerte de tres civiles, fue igualmente fustigado por la prensa de la época.[19]

En El Congreso, los cubanos, con el empleo de la caballería y la infantería, diezmaron una fuerza de 67 hombres,[20] que proveniente del central Senado había salido

[17] La mayor distancia recorrida en un día fue de 15,5 leguas e incluyó un movimiento de engaño en las inmediaciones de la trocha. Fue realizada el 28 de noviembre.

[18] En cuatro ocasiones fue por dos días y en una por tres.

[19] BPJAM: *El Pueblo*, XI (305): 2, Puerto Príncipe, 31 de diciembre de 1895.

[20] A tal punto que 31 causaron baja y 25 fueron hechos prisioneros, según el informe suministrado a la prensa por el ejército colonialista; que difiere de los datos que ofrece el

a forrajear y les ocuparon acémilas, rifles y municiones, lo que demostró a las claras el peligro a que se exponían las pequeñas unidades. Y en el potrero México, 250 mambises lograron frenar a 731 hispanos, que bajo el mando del teniente coronel Genaro Mira de Miguel, tenían el firme propósito de aniquilar al Consejo de Gobierno y, lejos de esto, tuvieron que retirarse con algunas bajas, entre ellas, su jefe, herido en una mano.[21]

Fue precisamente en el mes de diciembre, cuando aún una parte de la actividad desplegada por el 3.er cuerpo de ejército, bajo el mando de Mayía Rodríguez, estaba por realizarse —incluido este combate— que Martínez Campos tomó la decisión de trasladar al general de brigada Ibáñez de Aldecoa y Lara[22] a la zona occidental, lo que indica que no fue la ausencia de acciones en suelo camagüeyano lo que la motivó, sino el cumplimiento de una estrategia, agudizada por el impetuoso avance de Gómez y Maceo, que implicaba también la disminución de efectivos en la provincia oriental.

Sobre este particular, estudiosos de reconocido talento como José Luciano Franco y Benigno Souza ofrecen datos de mucha significación. Mientras el primero reproduce un largo fragmento de una carta escrita por el general Antonio a su hermano José, el 23 de noviembre, desde Las Guásimas, Camagüey, en la que, entre otras cosas, se refiere al traslado de tropas radicadas en la provincia oriental hacia Las Villas, bajo el mando del general de brigada José García Navarro,[23] Souza afirma, refiriéndose al 22 de octubre, que unos 30 000 hombres habían sido trasladados a la zona occidental y que "[…] en cuanto supo Campos lo de Gómez en Las Villas, el trasiego de tropas de Oriente a Occidente se aceleró […]".[24]

Desde el 10 de octubre de 1895 al 10 de febrero de 1896, que fueron los meses en que Mayía ocupó la jefatura del 3.er cuerpo de ejército, se realizaron, además de los combates mencionados, 53 pequeñas acciones y cinco sabotajes a la línea férrea, ubicándose la mayor parte de esta actividad en el contexto de la invasión. Cierto que, excepto en El Congreso, los cubanos no causaron daños de consideración a otra columna; pero mantuvieron viva la guerra en el territorio, por lo que la estima que el alto mando del Ejército Libertador sentía por dicho general se mantuvo, cuestión que se reflejó en las altas responsabilidades que ocupó durante la guerra.[25]

---

parte cubano de la acción, el cual recoge que en dicho combate, los hispanos, además de los 25 prisioneros, tuvieron 31 muertos y 13 heridos, en BPJAM: *El Pueblo*, XI (288): 2, Puerto Príncipe, 11 de diciembre de 1895; BPJAM: Fondos raros y valiosos. Boletín de la Guerra, Órgano Oficial del Gobierno de la República de Cuba, I (9): 3, Puerto Príncipe, 20 de diciembre de 1895.

[21] BPJAM: *El Pueblo*, XII (7): 2, 10 de enero de 1896.

[22] José Miró Argenter, José Luciano Franco, Benigno Souza y Enrique Loynaz del Castillo, se refieren a la presencia de este general en territorio matancero, ya el 23 de diciembre.

[23] José Luciano Franco: Ob. cit., t. II, p. 217.

[24] Benigno Souza: Ob. cit., pp. 119 y 121.

[25] Con posterioridad ocupó la jefatura del 5.º cuerpo de ejército y, tras la caída del Titán de Bronce, la del Departamento Occidental.

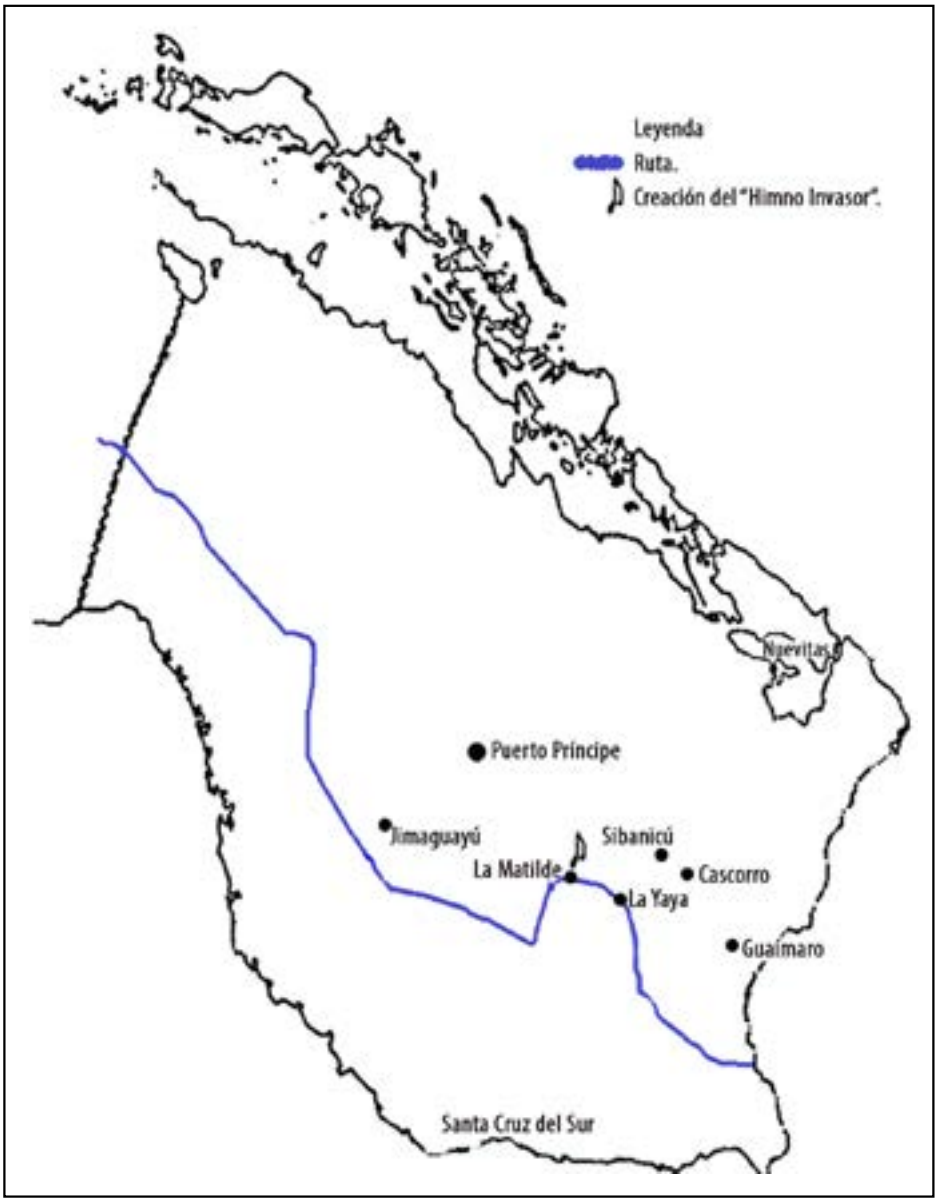
Anexo 1

Ruta seguida por Máximo Gómez en su marcha a Las Villas

Fuente: Mapa: La guerra de independencia. 1895-1898, en *Atlas de Camagüey*, p. 106.

Anexo 2

Ruta seguida por Maceo a su paso por Camagüey



Fuente: Mapa: La guerra de independencia. 1895-1898 en *Atlas de Camagüey,* p. 106.

Ciego de Ávila en el contexto de la invasión de 1895. Conformación definitiva del ejército invasor

Félix Jorge Guerrero Vega
Sixto Rolando Espinosa Dorta

El territorio de Ciego de Ávila tuvo un destacado protagonismo durante la guerra de 1895 y una indiscutible trascendencia en la conformación definitiva del ejército invasor, durante la campaña organizada para llevar la insurrección hasta los confines del occidente de Cuba.

Al comenzar la contienda bélica, el territorio de Ciego de Ávila estaba poblado por 19 431 habitantes. Lo integraban dos términos municipales pertenecientes a la provincia de Puerto Príncipe (Camagüey). El primero, Ciego de Ávila, abarcaba una considerable extensión territorial con una estructura de once barrios: San Nicolás, Guanales, Ciego de Ávila, Júcaro, Lázaro López, Jicotea, La Ceiba, Nuevas de Jobosí, Arroyo Blanco, Iguará y Las Nuevas. Por su parte, el término de Morón estaba integrado por los barrios de Santa Gertrudis, Cupeyes,

Félix Jorge Guerrero Vega

Máster en Ciencias Pedagógicas, posee la categoría científica de aspirante a investigador. Trabaja en la Casa de los Historiadores de Ciego de Ávila.

Sixto Rolando Espinosa Dorta

Máster en Ciencias Pedagógicas, posee la categoría científica de investigador agregado. Trabaja en el Comité Provincial del PCC de Ciego de Ávila.

Morón este, Morón oeste, Sandoval, Punta Alegre, Chambas, Guadalupe y Marroquí.[1] El límite de esta región por el este con el resto del territorio camagüeyano lo establecían el río *Caonao*, situado al norte de la localidad; el arroyo *Los Berrendos* y el río *Cieguito*, por el sur; mientras, por el oeste, dichos municipios quedaban separados de la provincia de Las Villas por los ríos Jatibonico del Norte y Jatibonico del Sur.

La geografía avileña —con sus llanuras fértiles, la estrechez entre sus costas norte y sur, y su ubicación en el centro de la Isla— determinó el restablecimiento de la trocha de Júcaro a Morón: uno de los enclaves militares más importantes del último lustro del siglo XIX, creado por España en su afán por mantener su dominio colonial en Cuba. Constituía uno de los principales obstáculos a salvar para llevar a efecto la invasión de 1895.

Ciego antes de la invasión

El inicio de la guerra del 95 puso en pie de lucha varias regiones del país. El primer alzamiento de los avileños se produjo el 21 de abril de 1895 en la finca Jagüeycito (actual municipio de Florencia) dirigido por el entonces coronel Joaquín Castillo López. Se le unió la partida de José María Agramonte Varona, sublevado en esa fecha en Pozo Brujo, cerca del actual poblado de Pina. El 28 de abril, el capitán Juan Pedro de la Rosa Quijano y Benítez, con su fuerza, se instaló en La Reforma. El 11 de mayo se unió a Castillo el teniente coronel Juan Bruno Zayas Alfonso, procedente de Las Villas. Coincidiendo con la caída de José Martí en Dos Ríos, el 19 de mayo de 1895, se sublevó el teniente coronel Nicolás Hernández Moreno, el Tocayo, cerca de Morón. Ese mismo día se alzaron en su finca Los Suspiros, próxima a Ceballos, el alférez Simón Reyes Hernández y sus hombres se unieron a la tropa del Tocayo. El 22 de mayo lo hizo el comandante Justo Sánchez Peralta, al noroeste de Majagua. Días después Emilia González Echemendía, colaboradora de Máximo Gómez, marchó a los montes de esta localidad, junto con su familia.

La tea incendiaria se aplicó desde los primeros meses de guerra, sobre todo en las posesiones protegidas por españoles y en las fortificaciones militares. La trocha de Júcaro a Morón resultó escenario de ataques continuos y sorpresivos.

Gómez al oeste de la trocha

Una vez consolidada la revolución en Camagüey y elegido el Gobierno de la República en Armas, el 16 de septiembre de 1895 el general en jefe Máximo Gómez cruzó la trocha para realizar una serie de operaciones al oeste del valladar hispano. "[…] El movimiento de avance iniciado por las fuerzas cubanas, tenía por objetivos proteger el paso del cuerpo invasor oriental al mando de Maceo y vigorizar el alzamiento de las Villas".[2]

[1] Raúl Izquierdo Canosa: *Ciego de Ávila 1895-1898. Guerra hechos y noticias*, pp. 15-16.
[2] José Miró Argenter: Ob. cit., t. 1, pp. 32-33.

El día 30 de octubre de 1895, Gómez realizó la travesía, cubierta en los flancos y retaguardia por el teniente coronel Nicolás Hernández Moreno y el comandante Simón Reyes Hernández, ambos al mando del regimiento Castillo. Con estas fuerzas acamparon en El Laurel, barrio Sandoval; luego pernoctaron en Santa Teresa, más al oeste, donde el general en jefe le envió una comunicación al mayor general Carlos Roloff, el 1.º de noviembre, para que se presentara con las tropas a sus órdenes.

Gómez ejecutó continuas acciones y movimientos en cooperación con el lugarteniente general Antonio Maceo. Hizo creer al enemigo que las tropas contra las que se batía en la comarca eran las que continuarían hacia occidente; ello facilitó el avance del contingente invasor oriental. Del 7 al 11 de noviembre ordenó concentrar los efectivos a su mando en La Campana. Al respecto, anotó en su diario: "El 11, en marcha con rumbo a Sancti Spíritus; para llamar la atención del enemigo hacia aquella zona con el objeto de obligarlo a sacar fuerzas de la trocha de Júcaro a Morón y de este modo proteger el paso al General […]. Todos mis movimientos al Este de Sancti Spíritus, han de obedecer a este propósito".[3]

El dominicano mantuvo en constante sobresalto a las tropas españolas. Instruyó a Simón Reyes para que destruyera la línea telegráfica entre Ciego y Morón, volara puentes y alcantarillas, atacara la tenería Morón, acabara con su embarcadero y las naves surtas, y se emboscara en Veracruz. Reyes hizo creer al mando de la línea fortificada que las fuerzas invasoras estaban integradas por más de seis mil mambises.

El principal objetivo de Gómez era esperar la llegada de Maceo con el contingente oriental para organizar de manera definitiva el ejército invasor, nutrirlo con las tropas villareñas adiestradas y dejar estructurado el 4.º cuerpo de ejército. Así consolidaría la retaguardia para su avance hacia las provincias de Matanzas y La Habana.

Entre los días 13 y 14, tiroteó a las fuerzas españolas en el paso de las Damas, del río Zaza. El 17, tuvo lugar la toma de los fuertes de Pelayo, donde se ocuparon 48 fusiles, machetes, más de catorce mil municiones y pertrechos de todo tipo. En su paso hacia La Reforma sitió, el 19 de noviembre, el pequeño poblado fortificado de Río Grande. El día 20, le refirió a Maceo sus propósitos:

> […] Mi presencia en esta comarca ha obligado al enemigo a concentrarse […] He logrado botar al occidente del Zaza más de 4000 españoles que estaban en expectativa para batirme, en la zona de Ciego de Ávila […] Me encuentro desde ayer atacando el fuerte español de Río Grande, con el segundo propósito de obligar al enemigo que ocupa la trocha, que caiga sobre mí, dejándole a usted el paso franco.[4]

El informe era una clara señal respecto al contingente invasor que avanzaba y marcó su derrotero a seguir. Río Grande distaba 10 km de Lázaro López, y 12, del poblado fortificado de Jicotea. Al eliminar el primer sitio defensivo quedaba

[3] Máximo Gómez Báez: *Diario de campaña,* p. 295.
[4] Bernabé Boza: Ob. cit., t. 1, p. 46.

el camino libre. Hasta el 23 se mantuvo el asedio. La guarnición española pudo retirarse a Jicotea por el apoyo de una numerosa columna que vino desde Ciego de Ávila a rescatarla.

Maceo, que había acampado el día 26 en Ciego de Escobar, respondió las comunicaciones enviadas por Gómez y le manifestó que entre el 30 de noviembre y el 1.º de diciembre se reuniría con él. Entonces el recio dominicano se situó en Los Hoyos, punto más cercano a la trocha. El 29 de noviembre le escribió al Héroe de Baraguá:

> General: A las 8:00 de la noche he recibido sus oficios [...] Como es posible que esta comunicación lo encuentre a usted en marcha, procure continuarla por el rumbo mismo que yo lo hice, consultándose con prácticos [...] Siguiendo este itinerario, ya yo sé por dónde debo salirle al encuentro. Tengo de cuatro a cinco mil españoles de operaciones encima de mí, pero los tengo entretenidos [...].[5]

Al amanecer del día 27, Maceo, con el contingente oriental, levantó el campamento y en una jornada de 21 km se instaló en Colmenar,[6] primera acampada en el entonces municipio de Ciego de Ávila. El 28 se establecieron en Santo Tomás, donde el Consejo de Gobierno de la República en Armas celebró una sesión, en cuya acta se consignó:

> En Santo Tomás, veintiocho de noviembre de mil ochocientos noventa y cinco, reunido el Consejo de Gobierno bajo la Presidencia del ciudadano Salvador Cisneros Betancourt; la asistencia de las Secretarías de Estado, ciudadano Severo Pina de la cartera de Hacienda; Santiago García Cañizares, de la del Interior; del Subsecretario de Guerra ciudadano Mario García Menocal, a sustitución por ausencia de su secretario efectivo, y de mi Secretario del Consejo, se declara abierta la Sesión.[7]

En la reunión se aprobó la división de Cuba en cuatro distritos militares.[8] Se dispuso la partida del subsecretario de la guerra, Mario García Menocal, hacia las

[5] *Ibidem,* pp. 48-49.

[6] Los campamentos de los invasores en el territorio de Ciego de Ávila fueron: Colmenar, Santo Tomás, parada cerca de Morón, Artemisa, Gil Herrera, Lázaro López, La Reforma y Trilladeritas; estas dos últimas localidades en diferentes épocas pasaron a formar parte del territorio de la actual provincia de Sancti Spíritus.

[7] Academia de la Historia de Cuba: *Actas de las Asambleas de Representantes y del Consejo de Gobierno durante la Guerra de Independencia, (1895-1896)*, pp. 68-69.

[8] La división territorial de Cuba, aprobada por el Consejo de Gobierno de la República en Armas el 28 de noviembre de1895 en la finca Santo Tomás actual caserío La Gloriosa, del municipio Baraguá obedeció al fin militar de facilitar las operaciones de los cuerpos de ejército que se crearon. Se dividió en cuatro distritos: Oriente, en la provincia de ese nombre; Camagüey, que se extendía hasta la trocha de Júcaro a Morón; Las Villas, desde la trocha hasta los límites con la provincia de Matanzas, y Occidente, al que correspondían las provincias de Matanzas, La Habana y Pinar del Río.

zonas de Bayamo y Manzanillo, para indagar los rumores de negociaciones en el cuerpo y para que organizara en Oriente lo concerniente a guerra, interior y hacienda. Acompañaría a Menocal, el brigadier Julián Santana Santana, nombrado por Maceo jefe de brigada de Las Tunas.

El cruce de la trocha por el contingente invasor oriental

La experiencia acumulada durante la Guerra de los Diez Años en relación con la trocha militar de Júcaro a Morón, impulsó al mando español a restablecer su funcionamiento desde el comienzo de la guerra de 1895, para lo cual se efectuaron varias reformas. Según el capitán español Severo Gómez Núñez, era "[…] una débil estacada, que de nada servía, fuera de señalar la cruzada por ella de los insurrectos. Medía desde Júcaro a Morón 17 leguas de longitud y contaba con 33 fuertes, todos ellos protegidos en la extensión de la línea por una estacada más un foso en algunos kilómetros […]".[9]

Al finalizar la Guerra Grande, sus fortines y fuertes fueron utilizados como almacén de los ferrocarriles y otros usos; se encontraba en un estado precario y en 1895 se inició su rápida rehabilitación. El capitán general Arsenio Martínez Campos efectuó en julio de ese año una visita a la trocha para inspeccionar los servicios militares encomendados el brigadier José García Aldavé.[10] Pese a las medidas tomadas, no se pudo frenar el cruce de las columnas mambisas, correos y partidas insurrectas.

Maceo utilizó su inteligencia táctica para propiciar el avance de los invasores y pasar sin novedad la barrera militar. En Ciego de Ávila se hallaban fuerzas españolas; en Morón había otra columna, además del destacamento perenne y los fortines que defendían la línea. Desde el campamento de Santo Tomás, el lugarteniente general realizó un simulacro: amagó con los invasores sobre el poblado moronense.

> Ya en las cercanías de Morón, se hizo un alto, llevando a cabo grandes operativos y espavientos de fuerza, simulando preparativos de asedio a la plaza […] por la noche se incendiaron fogatas y ni el pueblo, ni la guarnición durmieron tranquilos. […] la guarnición se conformaba con más de 300 efectivos […]. Según noticias recibidas por los mambises una columna de más de 1000 hombres pernoctaba en el lugar en espera de órdenes superiores; las fuerzas españolas pasaron la noche completamente en vela, pero allí no pasó nada […].[11]

[9] José Miró Argenter: Ob. cit., t. 1, p. 163.

[10] Archivo Histórico Provincial de Sancti Spíritus: Periódico *El Fénix,* 21 de julio de 1895, en fondo Hemeroteca, leg. 4, 5, 6.

[11] "Maniobra Maceo para cruzar trocha", en revista *Carteles*, no. 28, La Habana, 1948, p. 15, en archivo del historiador Enrique Sorí Pérez.

La confidencia llegaría a oídos del brigadier José García Aldavé, quien conoció que Maceo se hallaba cerca del poblado. La noticia venía desde el fuerte San Nicolás adonde fueron a parar tres rezagados de la infantería mambisa. Maceo, en rápida maniobra, había contramarchado hacia Ciego de Ávila.[12] Según escribió el brigadier José Miró Argenter "[…] Después de una marcha forzada se acampó en Artemisa, caserío inmediato a la Trocha, al anochecer del día 28, no permitiéndose encender fogatas, y prevenidos todos los Cuerpos para volver a emprender el camino a las doce de la noche".[13]

Las fuerzas cubanas acudieron al prefecto del lugar y a los conductores de postas, quienes les dieron informes sobre la defensa española y las medidas adoptadas para impedirles el paso. Consideraron el amanecer como la hora más oportuna para atravesarla.

En absoluto silencio se encaminó el contingente invasor. Las patrullas de caballería reconocían el terreno para detectar posibles emboscadas del enemigo. Al amanecer del 29 de noviembre se hallaban junto a la trocha: "[…] La extrema vanguardia a descubierta abrió paso a una de las alambradas, y todo el cuerpo de vanguardia, salvando el foso, fue a desplegarse en orden de batalla en los dos lados de la línea. Inmediatamente el centro se posesionó de los declives del terraplén y protegió el cruce […]".[14]

Maceo ordenó la retirada de los dos regimientos de caballería del 3.er cuerpo, que acompañaron a los invasores, al mando del general José María Rodríguez, los cuales regresaron al Camagüey. Desde el fuerte La Redonda rompió fuego el enemigo, secundado desde otra fortificación; pero ya el contingente oriental se encontraba al lado oeste la trocha "[…] y, prorrumpiendo en atronadores Vivas a Cuba, seguimos adelante sin hacerles el honor de un solo disparo".[15] Se habían recorrido cerca de seiscientos cuarenta kilómetros.

Las notas del "Himno de Bayamo" silenciaron el tiroteo. Los 1536 integrantes del contingente siguieron su marcha, guiados por el escuadrón de caballería comandado por Tranquilino Cervantes Benítez, eficaz práctico de la zona, en busca del cuartel general de Máximo Gómez. Maceo, con sus bravos orientales, cumplió con éxito el paso por Camagüey y traspuso sin dificultad la "renombrada" trocha; demostró su talento y capacidad militar para conducir sus fuerzas y evadió siempre el encuentro con el enemigo.

En el *Correo Militar*, analistas españoles tergiversaban los acontecimientos al publicar el 2 de diciembre:

> Así Máximo Gómez que estaba en Las Villas es arrojado al Príncipe, y al tratar de volver a aquellas, halla el paso obstruido por los nuestros que lo van rechazando en sucesivos combates […] La retirada de Gómez ha se-

[12] José Miró Argenter: Ob. cit., t. 1, p. 168.
[13] *Ibidem,* p. 165.
[14] Manuel Piedra Martel: *Mis primeros…,* ob. cit., p. 197.
[15] *Ibidem.*

guido hasta Ciego de Ávila sobre La Trocha, donde se ha unido [a] Antonio Maceo. Ambos, unidos, intentarán de nuevo el avance, pero sobre ellos se dirigen varias columnas que impedirán la realización de tales propósitos.[16]

El periódico *El Imparcial,* con impresión pesimista, informaba: "[…] Han llegado noticias que producen vivísima ansiedad. Asegúrase que Antonio Maceo, con las fuerzas rebeldes que manda, ha pasado La Trocha. Se añade que ha sostenido un terrible fuego durante dos horas". Y agregaba más adelante: "[…] La columna de Aldecoa persigue á Maceo. De Puerto Príncipe han salido á cortarle el paso las columnas de Suárez Valdés y García Navarro. Carécese de noticias de ambos combates, porque la densa niebla que reina impide la comunicación del telégrafo heliógrafo".[17] De esta manera, se trataba de minimizar la audacia del Titán de Bronce y sus hombres, y falsear con la neblina que envolvía los amaneceres en la trocha.

El abrazo de la unidad en San Juan

En el campamento de Los Hoyos, Gómez recibió el día 29 un importante correo: "[…] a las 10 a. m. llega una pareja con la noticia de haber pasado la Trocha el Gobierno de la República y el General Antonio Maceo con un fuerte contingente de orientales […] a las 11 salimos en marcha para encontrarnos con nuestros distinguidos huéspedes".[18] Según el general Serafín Sánchez, desde allí se condujeron por el camino de Río Grande a Ciego de Ávila y en la vía de Jicotea a Lázaro López giraron al norte, rumbo a las fincas Santo Tomás y San Juan.

Por su parte, la columna oriental tomó el camino de La Redonda, atravesó por la finca El Macío a salir a Gil Herrera, propiedad situada al extremo centro-este del barrio Lázaro López, donde hizo una parada, un receso en la marcha; además, para avisar al general Gómez de la presencia del contingente, almorzar y dar descanso a la tropa y a la caballería.

Maceo refirió los acontecimientos ocurridos a su hermano José, en carta remitida desde Lázaro López:

> Ayer, poco después de haber amanecido, llegamos a la trocha de Júcaro a Morón, que cruzamos sin otra novedad que algunos disparos hechos por el fuerte La Redonda que nos causó un herido leve […] Continuando nuestra marcha avance nos reunimos, por la tarde a un cuarto de hora del poblado de Gil de Herrera, con las fuerzas del Camagüey al mando del General en Jefe, a quienes acompañaban los generales Roloff y Serafín Sánchez.[19]

[16] Cit. por José Antonio Quintana García: "La invasión en la prensa española (I parte)", en periódico *Invasor*, 28 de noviembre del 2015, p. 3.
[17] *Ibidem.*
[18] BNJM: Fondo Raymundo Sánchez: La Revolución de 1895, De mi diario, (inédito), p. 4.
[19] Antonio Maceo: "Carta a José Maceo" 30 de noviembre de 1895, en SCEHI: Ob. cit., t. 2, p. 173.

Una serventía, ubicada en el citado barrio, conducía a la finca San Juan. En su extremo suroeste y en los límites con la finca Santo Tomás, el general Antonio, el Consejo de Gobierno y el contingente oriental, esperaban al general Gómez y a los escuadrones de Sancti Spíritus. Adelantándose a sus respectivas escoltas, Gómez y Maceo se abrazaron. Sobre el acontecimiento escribió en su diario Bernabé Boza:[20]

> Es imposible decir la escena que allí tuvo lugar. En un estrecho abrazo y derramando lágrimas de santo patriotismo nos confundimos, orientales, centrales y occidentales, negros y blancos. Mucho mejor […] que los vivas frenéticos que atronaban el espacio, era la resolución firme que se veía en todos los rostros […] ¡Hacer la guerra a España a sangre y fuego, hasta obtener la absoluta independencia de la Patria![21]

Según el general José Rogelio Castillo el encuentro se produjo a las 3:00 p. m.; se concentró allí una fuerza de unos tres mil hombres. Mientras se desarrollaba el acto, la banda de música de la columna tocaba el "Himno de Bayamo".

En San Juan, ocurrió el abrazo de la unidad simbolizado en las figuras de Gómez y Maceo, en el territorio que el Generalísimo había tenido que abandonar a causa del caudillismo y el regionalismo durante la Guerra de los Diez Años. Se dispuso la marcha a las 4:30 p. m. para acampar en Lázaro López, dos kilómetros al oeste del punto anterior.

El escenario escogido

Gómez tuvo muy en cuenta la ubicación del campamento en Lázaro López, finca situada al centro-norte del antiguo corral homónimo, próximo al fuerte español donde cayera el general Ángel del Castillo Agramonte, en 1869. Estableció las fuerzas cerca de las ruinas de ese baluarte y en la finca Santa Isabel, que limitaba con el camino real de Ciego de Ávila a Morón y la propiedad de Lázaro López, donde instaló su estado mayor, para así avistar al enemigo desde tres puntos.

Tales disposiciones —a juicio de los autores— obedecieron al escenario táctico para la acampada: la red de caminos con posibilidades de maniobrabilidad; la ubicación del estado mayor en la encrucijada de estos, con visión y acceso a los cuatro puntos cardinales; la cobertura de situar partidas de reconocimiento y postas de aviso; una vegetación abundante para el enmascaramiento y descanso de las fuerzas; la existencia de fuentes de agua, y la presencia de potreros y corrales para los animales.

En corto tiempo, ambos jefes organizaron el ejército invasor en Lázaro López. Analizaron las características del terreno donde operarían, la combatividad y res-

[20] El 29 de noviembre de 1895, Bernabé Boza ostentaba el grado de capitán del Ejército Libertador, conferido el 26 de ese mes y año, y desempeñaba el cargo de jefe de la escolta de Máximo Gómez; el 4 de mayo de 1897 fue nombrado jefe del estado mayor del general en jefe. Alcanzó el grado de general de brigada, aprobado el 26 de junio de 1898.

[21] Bernabé Boza: Ob. cit., p. 49.

puesta del enemigo, las condiciones de las fuerzas cubanas y consideraron las misiones y objetivos a cumplir. Gómez designó a Maceo jefe máximo de la invasión y también del 4.º y 5.º cuerpos de ejército. Realizaron la selección de cuadros de mando, combatientes y unidades, y tuvieron en cuenta los factores individuales y colectivos. Crearon una fuerza rápida, de alta capacidad de combate, de fácil maniobrabilidad y acción, y con una estructura flexible para de misiones independientes. Además, Gómez aprobó el proyecto de Maceo acerca de un segundo contingente invasor que vendría a reforzar a las tropas que ellos conducirían.[22]

El propio Gómez valoraría la trascendencia de aquel hecho: "El primer paso estaba dado. Se había puesto en ejecución la parte más difícil y escabrosa de toda empresa humana: el principio. A partir de aquel momento, a mi juicio, comenzaba la era en que se iba a jugar la suerte de la Revolución. Era preciso proceder con tino y acierto […]".[23]

Aquella noche rebozó de alegría el campamento. Por todas partes se veían rostros risueños, abrazos fraternales, reuniones donde se apreciaba unidad y franqueza. Innumerables hogueras se extendieron para iluminar aquel extenso campo, dándole aspecto de caserío en día de fiesta. Canturías y controversias se sentían por diferentes puntos, como muestra del gozo de los participantes. "Después de la retreta, que resultó muy alegre, sonó el toque de silencio y el campamento jubiloso momentos antes quedó sumido en el más profundo silencio".[24]

La parada militar, las arengas y la bandera de la invasión

El día 30, a las 4:30 a. m., "[…] se oyó el toque de diana por la orquesta y dos horas y media más tarde ordenaban la formación […]",[25] frente a las ruinas del fuerte español de Lázaro López, ubicado en la finca Santo Tomás, del barrio Lázaro López.

Gómez mandó a formar en cuadro apretado aquella columna; junto a él se situó el general Antonio y, a su derecha, el presidente Salvador Cisneros Betancourt y los demás miembros del Consejo de Gobierno. Presentes estaban los mayores generales Bartolomé Masó, Carlos Roloff y Serafín Sánchez; asimismo, los generales de brigada José Miró, jefe del estado mayor del ejército invasor; José Quintino Bandera Betancourt y Luis de Feria Garayalde, a cargo de la infantería y la caballería, en ese orden; además, los brigadieres Ángel Guerra Porro, Dionisio Gil de la Rosa y José Rogelio del Castillo, que fungía como jefe del estado mayor del 4.º cuerpo.

Aquel ejército, entusiasmado, dio animados vivas a la República de Cuba, al Consejo de Gobierno, a los generales y al Ejército Libertador, iniciado este último por el presidente Cisneros. El corneta de órdenes tuvo que repetir el toque de atención. Acto seguido, el general en jefe alzó su curvo machete y pronunció su enardecedora arenga:

[22] José L. franco: Ob. cit., t. 2, p. 228.
[23] Máximo Gómez: *Obras escogidas,* ob. cit., p. 107.
[24] BNJM: Fondo Raymundo Sánchez, ob. cit., p. 5.
[25] *Ibidem,* pp. 4-5.

> Soldados libertadores de Cuba, hasta ahora nada hemos hecho, si se compara con lo que vamos a hacer. Porque hasta ahora solo hay tres grandes hechos de esta guerra: el primero, el combate de Peralejo, dirigido por el general Antonio Maceo; el segundo, el desembarco de la expedición de Las Villas al mando de los generales Serafín Sánchez y Carlos Roloff; el tercero, la Constitución de Jimaguayú, que dio gobierno a la República. Es ahora que la guerra va a empezar; en estas filas que veo tan nutridas la muerte abrirá grandes claros. No os esperen recompensas, sino sufrimientos y trabajos. El enemigo es fuerte y tenaz. El día que no haya combate será un día perdido, o mal empleado. El triunfo solo puede obtenerse con el derramamiento de sangre. ¡Soldados, libertadores!, no os espante la destrucción del país, ni la muerte en el campo de batalla; espantaos, sí, ante la idea horrible del porvenir de Cuba si España llegara a vencer en nuestra contienda. Los manes de tantas víctimas inmoladas por la tiranía, os exhortan a que luchéis con decisión y vigor para que la rapidez del triunfo no dé ocasión a levantar nuevos cadalsos. Soldados, del polvo de estas ruinas que recibieron el último aliento del denodado Ángel del Castillo, recojamos la inspiración heroica que multiplica nuestro valor frente a todos los valladares y nos impulsará […] sobre los opresores de Cuba hasta abrevar nuestros corceles en las aguas del Almendares.[26]

Un toque de atención cortó el torrente de exclamaciones. Descubierta su noble cabeza, el marqués de Santa Lucía dirigió su voz reposada al ejército invasor:

> Ninguna emoción es comparable a esta. Yo he visto nacer y caer la República. Yo he visto las más grandes proezas del valor y las discordias funestas de los cubanos. Ahora contemplo el renacimiento de la República. Y mi júbilo se desborda ante el patriotismo, el desinterés y la unión de mis conciudadanos. Ahora veo a Cuba vencedora en los combates, iluminada por la gloria de sus héroes y santificada por la sangre de sus mártires. Aquí está la República de Cuba, en reto a muerte contra la tiranía: sostenida por regimientos y batallones invencibles y magníficos generales y abnegada oficialidad. El Gobierno de Cuba rinde homenaje a los valientes que llevarán al triunfo la estrella solitaria. Y especialmente, en nombre de las mujeres del Camagüey, cumplo un encargo feliz: entregar al general Antonio Maceo la bandera que ellas confeccionaron para que ilumine con su estrella el camino del Ejército Invasor.[27]

Con profunda emoción el Titán de Bronce recibió la preciosa enseña y prometió al presidente devolverla orlada de laureles. Acto seguido estallaron los aplausos de las tropas e intervino de nuevo el general en jefe; ahora habló "[…] del

[26] *Ibidem,* pp. 227-228.
[27] *Ibidem*, p. 228.

orden y la disciplina por ser estos los factores indiscutibles en todo Ejército para obtener la victoria".[28]

Según Loynaz del Castillo, aquí se entregó la bandera cubana, confeccionada por las camagüeyanas, que acompañaría a los invasores. Resultó un acto simbólico, al ser este el lugar selecionado para la conformación definitiva del ejército invasor; la trasmisión oficial del estandarte se realizó el 5 de diciembre en Ciego Potrero, hoy Taguasco, Sancti Spíritus.

Finalizaría la histórica concentración militar con las palabras del doctor Santiago García Cañizares, quien felicitó al ejército invasor y sus jefes, y concluyó: "Marchemos […] a Occidente para derrocar a este gobierno que nos trata como esclavos a fin de que solo tremole en nuestros pueblos la hermosa bandera de la estrella solitaria".[29]

Acontecimientos y combate en La Reforma

De inmediato se ordenó la marcha al recién constituido ejército invasor. Establecieron el próximo campamento en La Reforma, en las márgenes del río Grande o Majagua; allí —escribió Gómez—, "[…] en donde maduramos, retocándolo, nuestro plan de la invasión",[30] cerca de lugar donde había nacido en 1876, su hijo Panchito Gómez Toro. Sobre los hechos el dominicano rememoraría en 1897:

> El toque de silencio se había dado más tarde que de costumbre […] El Ejército está alegre, y los hombres departen contentos por todas partes de la ancha faja que forma el campamento de algunos miles de hombres. Hemos pasado el día tranquilo no obstante tener al enemigo a una legua […] Estamos en "La Reforma", todo yace en silencio y yo escribo.[31]

El 1.º de diciembre, Maceo elevó el oficio no. 290, dirigido al general en jefe, donde le informaba que las tropas del contingente oriental sumaban 1575 hombres. La fuerza camagüeyana y el contingente villareño estaban integrados por alrededor de mil quinientos noventa mambises; en tanto el estado mayor que acompañaría a Gómez desde Lázaro López al occidente totalizaba 21 números y la escolta la componían 111 de tropa. Sumadas las cifras, el ejército invasor lo integraron alrededor de tres mil doscientos noventa y siete combatientes, en esa fecha.[32]

La columna española del general de división Álvaro Suárez Valdés, jefe de la comandancia general de Las Villas, se ubicó en Trilladeritas, lo que le permitía

[28] *Ibidem,* p. 5.
[29] *Ibidem,* p. 6.
[30] Bernabé Boza: Ob. cit., t. 1, p. 291.
[31] ANC: "Máximo Gómez: Tres fases de la guerra, abril de1897", Fondo Máximo Gómez, leg. 2929. no. 4024.
[32] Véase José L. Franco: Ob. cit., p. 233; José Miró Argenter: Ob. cit., p. 182 y Bernabé Boza: Ob. cit., (apéndice), pp. 313-314.

ocupar los pasos del río Jatibonico del Sur. El propio día 1.º, acampó en Los Rusos, al sur de La Reforma. La caballería mambisa hostilizó esta fuerza por el día y durante la noche, sin dejarlos dormir. El reportero británico Winston S. Churchill, narraba que a poco de dormirse en una choza de esa finca lo sorprendió otro intenso tiroteo y a su lado resultó herido un ordenanza.[33]

Por su parte el capitán general Martínez Campos fortaleció la persecución de los invasores. En la propia fecha, la fuerza del general Rafael Ibáñez de Aldecoa, con 1650 hombres y tres piezas de artillería, y el coronel Francisco Galbis Abella, con 1300 soldados, esperaban la ocasión en Arroyo Blanco para combatir a los invasores. "Entre La Trocha y el límite de Camagüey y Las Villas, el día 2, [de diciembre] los generales Suárez Valdés y Navarro, al frente de 3000 hombres de todas las armas buscaban un combate decisivo".[34]

El periódico *La Vanguardia,* de Barcelona, reproducía el día 4 las noticias habaneras: "Preocupa mucho la presencia de Antonio Maceo en el lado de acá de la Trocha y no se explica fácilmente cómo ha podido realizar su última marcha".[35] También se divulgó el falso rumor de que Máximo Gómez estaba enfermo y abandonaría la campaña.

Mientras en el campamento de La Reforma a los mayores generales Bartolomé Masó[36] y el polaco Carlos Roloff se les transfirieron los cargos de vicepresidente y secretario de Guerra de la República en Armas, respectivamente, y el mayor general Serafín Sánchez ocupó oficialmente el mando del 4.º cuerpo de ejército al presentar su estado mayor a Maceo y al presidente Cisneros Betancourt.

Al amanecer del día 2, las tropas cubanas ya estaban sobre las armas para prever un ataque. Gómez levantó el campamento; Maceo, que mandó la maniobra, esperaba la agresión. A las 8:00 a. m. apareció la fuerza de Álvaro Suárez Valdés con su acostumbrada lentitud. Para proteger la impedimenta cubana, el lugarteniente general destacó la retaguardia, mandada por Quintín Bandera con 200 infantes

[33] Winston Churchill (1874-1965). Oficial del Ejército británico, que junto a Reginald Barnes, se ofreció como corresponsal en la guerra de 1895. Ambos fueron enviados como observadores a la fuerza española del general Suárez Valdés que operaba contra la columna invasora. Posteriormente sería primer ministro del Reino Unido. Recibió el Premio Nobel de Literatura. Véase José G. Quintas Santana: *Viajeros por la trocha*, p. 36.

[34] Cit. por José Antonio Quintana García: "La invasión en la prensa española (II parte y final)", en periódico *Invasor*, 5 de diciembre del 2015, p. 3.

[35] *Ibidem*.

[36] Bartolomé Masó Márquez, elegido vicepresidente de la República en Armas por la Asamblea Constituyente de Jimaguayú (13 de septiembre de 1895), renunció a su cargo para continuar como jefe del 2.º cuerpo del ejército oriental. Desobedeció las órdenes para los preparativos de la invasión indicadas por Maceo, quien lo sustituyó del mando y ordenó su presentación ante el cuartel general. Se personó para hacer reclamaciones ante el Consejo de Gobierno que marchaba con los invasores. Máximo Gómez ordenó su relevo en La Reforma, el 1.º de diciembre; el dictamen quedó firme cuando Masó tomó posesión del cargo ante el Consejo de Gobierno al siguiente día, en Trilladeritas. Véase SCEHI: Ob. cit., t. 2, pp. 103-104, 119-120, 139-142, 148-149, 173-174, y Bernabé Boza: Ob. cit., t. 1, pp. 48-49, 53-62.

que emboscó, y dos escuadrones de la caballería villareña. El centro de la división española fue detenido por el fuego mambí y buscó amparo en sus batallones de infantería. La artillería hispana abrió fuego sobre una colina abandonada ya por los cubanos. Dejándolos entretenidos con el fuego de los retenes de caballería, el Titán, convencido ya de que la retaguardia invasora había cruzado el río y los pantanos, siguió la marcha sin mayores dificultades. Como no eran sus intenciones empeñar choques formales, se retiró tras las huellas del grueso de los invasores. El combate de La Reforma les costó siete bajas a los cubanos. Según Miró Argenter, el general español, en los partes oficiales, le dio proporciones de batalla campal; opinaba Miró que Suárez Valdés había atacado el campamento en La Reforma por puro compromiso. La columna española ocupó poco tiempo la posición que hasta ese momento cubrieran los invasores y se refugió en el poblado fortificado de Jicotea. Luego de avituallarse, regresó hacia Las Villas.

De Trilladeritas a Iguará

Como colofón, los invasores descansaron en Trilladeritas, donde Gómez y Maceo continuaron analizando los pormenores de la organización militar. El Consejo de Gobierno celebró su sesión dirigida por el presidente Cisneros y el vicepresidente Masó, al tiempo que Roloff asumía la cartera de subsecretario de Guerra.

El 3 de diciembre de 1895, con la luz del alba, se despidieron los 400 hombres de la infantería de Quintín Bandera para su marcha hacia el valle de Trinidad, acompañados por dos escuadrones de caballería, al mando de teniente coronel José Miguel Gómez Gómez. Por disposición del general en jefe, estas fuerzas debían cubrir por el sur el flanco de la caballería invasora.

El grueso del ejército invasor marchó hacia el río Jatibonico del Sur. Gómez, a la vanguardia con la caballería espirituana, flanqueó por la derecha el poblado fortificado de Iguará, que defendía el paso este del río y formaba parte de una línea de destacamentos españoles, perímetro avanzado de Las Villas orientales. Fue avisado de que una columna española —650 infantes y 60 hombres a caballo— mandada por el coronel Enrique Segura Campoy, la cual custodiaba un convoy, había pernoctado en Iguará y retornaba a Sancti Spíritus, y se dispuso a atacarla. Envió un mansaje a Maceo, quien con el centro y la retaguardia se apuraba a vadear el Jatibonico.

Los españoles abrieron nutrido fuego contra los exploradores. Gómez y Maceo se entrevistaron y solo con 350 jinetes, pese a haber prescindido de la infantería, se lanzaron impetuosos sobre el enemigo, desplazándolo de sus posiciones en un encarnizado combate. No obstante su bravura y resistencia, Segura tuvo que refugiarse en el caserío de Iguará hasta donde lo persiguieron las cargas al machete. Refiere Miró Argenter, en sus *Crónicas de la guerra,* que los españoles dejaron en el campo 18 cadáveres y retiraron varios muertos y heridos, y en la carga de caballería dirigida por él, arrebató al enemigo 12 acémilas; el botín recogido aportó 54 rifles y mil balas. Según Bernabé Boza, las dos horas de acción, le costaron al contingente invasor cuatro muertos y 43 heridos.

"[…] Creo que el resultado de este combate —comentó Maceo— será provechoso porque he encontrado algo engreído al enemigo en este territorio". "Es de buen augurio —escribió el general Boza— que nuestra entrada en Las Villas, haya sido forzando el paso y arrollando, haciendo huir a los españoles". Sin embargo el presidente Cisneros […] censuró que se hubiera entablado el combate de Iguará: "Fue imprudencia de Gómez pasar por allí, pudiendo evitarlo yendo por otro camino […] a pesar de la pericia de él y de su Estado Mayor, escolta y el general Maceo, que todos contuvieron al enemigo haciéndolo huir y guarecerse en el fuerte de Iguará inmediato".[37]

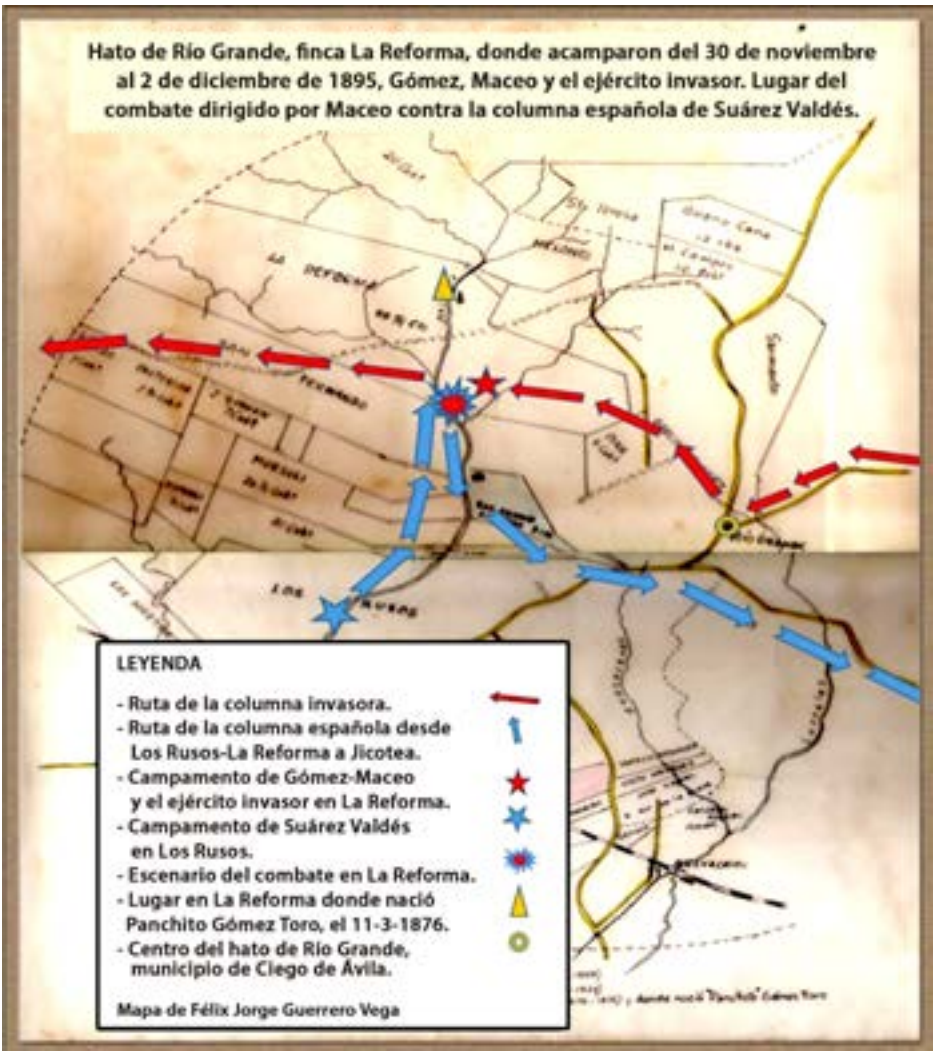
El periódico *El Fénix*, de Sancti Spíritus, publicaba pocos días después que la acción de Iguará fue una de las más reñidas de la campaña. Así mismo lo resaltaba la prensa de La Habana, que destacaba la valentía de la columna del coronel Segura y tergiversaba la cantidad de bajas sufridas por los invasores asegurando que totalizaban más de ciento cincuenta, de acuerdo con sus partes; mientras que por la parte española informaban siete muertos y 26 heridos.[38]

Con esta acción terminaba su periplo por tierras avileñas el ejército invasor, que "buscando camino limpio" llegaría a los confines del occidente.

[37] José Luciano Franco: Ob. cit., p. 235.
[38] José Miró Argenter: Ob. cit., t. 1, pp. 188-189.

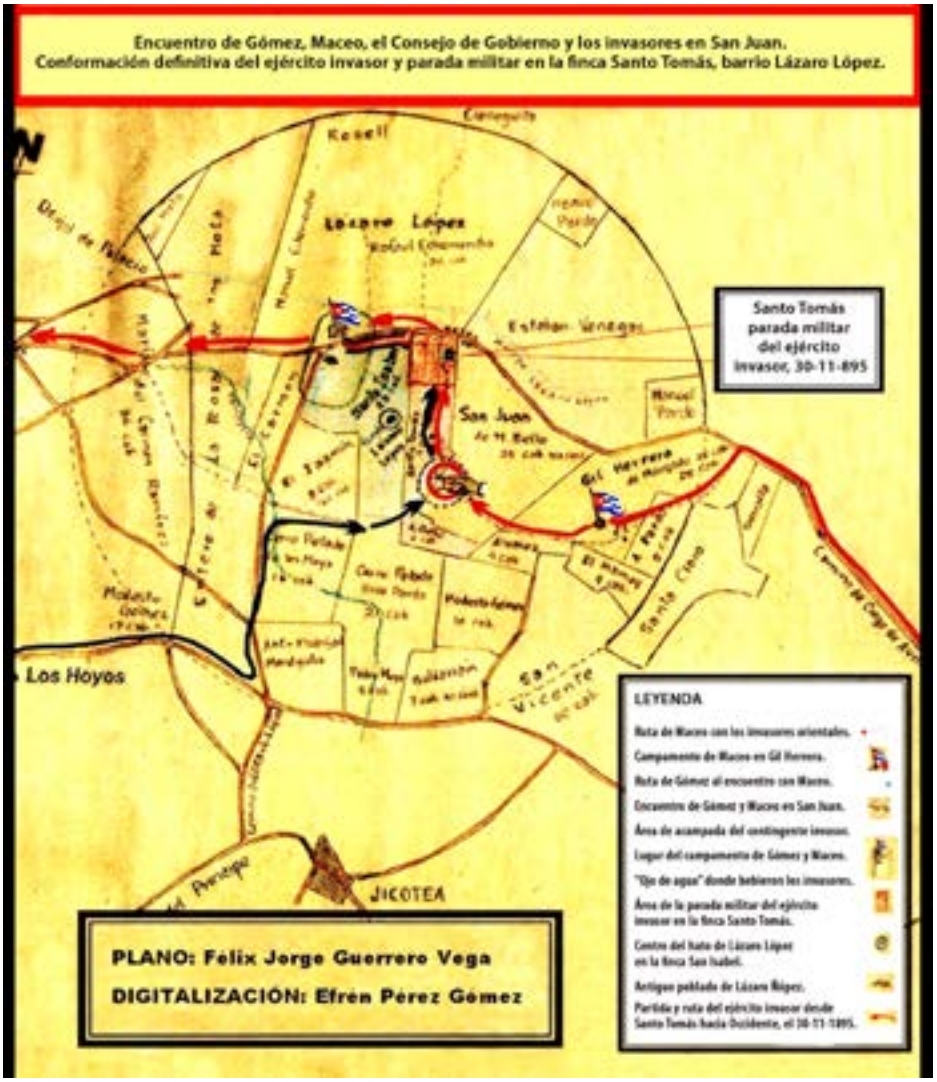
Anexo 1

Ubicación de la finca La Reforma



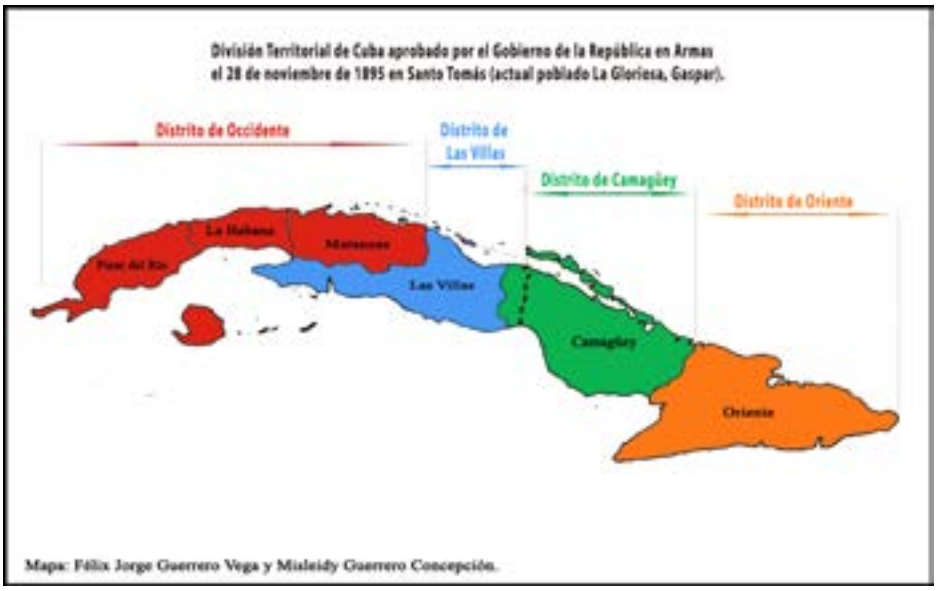
Anexo 2

Sitio de encuentro de las fuerzas de Gómez y Maceo en Lázaro López



Anexo 3

División política (1895)



Anexo 4

Trayectoria de los invasores por Ciego de Ávila y Morón

Martí, Gómez y una bandera de la invasión de 1895. Testimonio de la cubana mexicana Clotilde Agüero

Ángel E. Cabrera Sánchez
Mayda Pérez García

¿Cuántas banderas cubanas fueron enarboladas por las tropas mambisas en la invasión de Oriente al occidente en 1895? Muy difícil, si no imposible, es responder con certeza esa pregunta. Sin embargo, sí es posible un acercamiento a la historia de algunas de ellas y, por esa vía, conocer algo más sobre el apoyo femenino a esa gesta, así como del sano orgullo patriótico que por ello y desde entonces las caracterizó.

Una de esas banderas fue la confeccionada por la cubana mexicana Clotilde Agüero Cepeda, mestiza de apenas 22 años de edad, colaboradora del Partido Revolucionario Cubano (PRC) en la ciudad mexicana de Veracruz[1] en

Ángel Erasmo Cabrera Sánchez

Máster en Ciencias de la Educación. Profesor e investigador auxiliar. Investigador del Archivo Histórico Provincial José A. Gómez Cardoso, de Ciego de Ávila.

Mayda Pérez García

Máster en Ciencias de la Educación. Profesora auxiliar e investigadora agregada. Directora del Archivo Histórico Provincial José A. Gómez Cardoso, de Ciego de Ávila.

[1] Fue Veracruz y su región uno de los tres focos principales de los inmigrantes procedentes de Cuba en las últimas tres décadas del siglo XIX, allí se concentró el 59 %. (Véase: Joan Casanovas

la que conoció personalmente a José Martí Pérez en 1894 y por cuyo encargo bordó 50 escarapelas y confeccionó esa bandera para el Generalísimo Máximo Gómez Báez, la que desde 1911 se conserva en la ciudad de Camagüey.[2] Además, esa cubana tuvo la oportunidad de escuchar la oratoria del Apóstol en una de sus reuniones con los emigrados.

Su casa, desde los tiempos de la Guerra de los Diez Años, fue uno de los centros principales de la emigración cubana en esa importante urbe portuaria, por lo que llegó a ser conocida popularmente como el consulado cubano.[3] Allí radicó su humilde familia,[4] tras la partida de Cuba al exilio en 1873 —siendo ella muy pequeña— por el peligro que corría la vida de su padre, de oficio zapatero, a causa de la represión española. En ese hogar nacieron sus raíces de amor por Cuba y por el pueblo mexicano[5] con valiosos hijos del cual, incondicionales a la causa independentista cubana, mantuvo estrechas relaciones. Su amor por el país azteca, en el que vivió hasta 1908, la llevó a autodefinirse como cubana mexicana.[6]

Esa patriota, nacida en Caibarién el 3 de junio 1872,[7] que ejerció el magisterio público en varias localidades cubanas entre ellas Florida, Colorado, Céspedes,

---

Codina: "Reseña del libro de María del Socorro Herrera: *Inmigrantes hispanocubanos en México durante el porfiriato*", en *Historia mexicana*, vol. LV, no. 1, julio-septiembre, 2005, pp. 280-286, en http: //www.redalyc.org/artículo.oaid=60055110). Sobre el contexto veracruzano en que se formó la personalidad de Clotilde Agüero resultan de interés los libros de Leonardo Pasquel: *Biografía integral de la ciudad de Veracruz 1519-1969*, y *La generación liberal veracruzana*, Se agradece a René González Barrios el poder consultar esos ejemplares de su biblioteca personal.

2 En la actualidad, en el Museo Ignacio Agramonte. Su deterioro, que ya era notorio desde 1936 cuando se encontraba bajo la custodia del Centro de Veteranos en esa ciudad, impide que esté desplegada en esa institución. Se aspira a su futura restauración, según informaron a los autores especialistas del mismo.

3 Cuarenta años después de finalizar la Guerra de Independencia uno de aquellos emigrados, Pascual C. Hernández Fernández, gustaba hacer a sus compañeros de la Asociación Nacional de Emigrados Revolucionarios Cubanos, cuya directiva integraba, "[…] relatos de la magnífica labor […]" en beneficio de la independencia patria […]". en Archivo Histórico Provincial de Ciego de Ávila (AHPCA): Colección Clotilde Agüero Cepeda, f. 65.

4 De la que no existe mucha información. Estuvo integrada por los padres y tres hijos. Los padres fallecieron en Veracruz. De los hijos el varón se casó en esa ciudad con Gertrudis Contreras y las dos hembras en Cuba, Clotilde en Jatibonico y su hermana en La Habana (fue la madre del destacado político Salvador García Agüero).

5 Ella escribió: "[…] mi esfuerzo patriótico aprendido en las escuelas mexicanas […]", "[…] el orgullo innato de los mexicanos hacia la Patria existe en mí arraigado, de ellos aprendí [a] amar la libertad; de ellos tomé ejemplos, aprendí a odiar [parte rota] […] amar sólo lo veraz y justo, y justo es amar la Patria […]", en AHPCA: Colección personal Clotilde Agüero Cepeda, ff. 12-13.

6 Ángel E. Cabrera Sánchez: "Clotilde Agüero Cepeda: maestra patriota", folleto digital.

7 Hija de Serapio Agüero y Asunción Cepeda, de Camagüey y Sancti Spíritus, respectivamente, en AHPCA: Colección personal Clotilde Agüero Cepeda, folio 1, Hoja de datos generales de Clotilde Agüero Cepeda, manuscrita, [Ciego de Ávila, 1943].

Santo Tomás de Lajitas (zona rural de Jatibonico), el batey del entonces central Algodones, Majagua y en la ciudad de Ciego de Ávila —donde falleció[8] en su humilde hogar[9] en la calle Maceo número 12, el 21 de mayo de 1947— llegó ser un paradigma de maestra pública martiana[10] y toda una personalidad en la sociedad avileña a la que honraba con su presencia y oratoria en las actividades que realizaban los veteranos de las gestas independentistas en fechas patrióticas nacionales como las del 28 de enero, 24 de febrero, 19 de mayo, 20 de mayo, 1.º de octubre y 7 de diciembre; y locales, como las del 20 de junio y 29 de noviembre, natalicio del prócer Marcial de Jesús Gómez Cardoso (quien encabezó el alzamiento de los avileños el 8 de noviembre de 1868) y el cruce de la trocha militar de Júcaro a Morón por el contingente invasor oriental en 1895, respectivamente. En su vida estuvo acompañada, tal como lo escribió, por las siguientes palabras que le dirigió Martí: "El que se abate no triunfa".[11] Estuvo entre los fundadores de una de las primeras cátedras martianas en Cuba, la del Instituto de Segunda Enseñanza de

[8] Su sepelio, del que se conservan imágenes en el AHPCA, fue una masiva y genuina expresión de duelo popular. Hasta esa fecha fue uno de los más significativos ocurridos en la ciudad.

[9] Como integrante del magisterio público cubano, primero de maestra y luego de directora, sufrió en carne propia en reiteradas ocasiones el no pago de su salario, razón por la cual no vaciló en ponerlo en conocimiento —aunque infructuosamente— del presidente de la República, en AHPCA: Colección personal Clotilde Agüero Cepeda, ff. 34, 65, 73, 75, 68 y 79.

[10] El 7 de febrero de 1944 Clemencia Pichardo L. de Mola, superintendente provincial de escuelas de Camagüey la calificó de "patriota y educadora" y de "distinguida profesora de esta provincia, que supo luchar también en su juventud por las libertades cubanas, en AHPCA: Colección personal Clotilde Agüero Cepeda, f. 98. Participó en actividades patrióticas en su natal Caibarién y en Remedios. Hasta de muy distantes lugares recibió reconocimientos; así por ejemplo Rebeca Elía Poveda, directora de la escuela pública no. 1 de Jamaica, en Yateras, Oriente, le comunicó que inspirada en su labor patriótica ella confeccionó un trabajo con 12 pensamientos martianos para ser expresados por cuatro niños, y que lo había enviado a un concurso de la emisora CMQ. Sobre el reconocimiento por colegas de diversas localidades véase en AHPCA: Colección personal Clotilde Agüero Cepeda, ff. 19-21, 31,57, 86, 90, 98, 101, 109, 114-115 y 145; así como periódico *El Faro,* de Remedios, 10 de enero de 1944, p. 1, col. 1. En 1940 fue declarada Miembro de Honor del Grupo Martiano de Ciego de Ávila —el que al referirse a ella la destacaba como la que bordó la bandera de la Invasión— y tres años después Socio de Honor de la delegación avileña de la Institución Nacional Protectora de Niños, Animales y Plantas, en AHPCA: Colección personal de Clotilde Agüero Cepeda, ff. 25, 77 y 89). Vale destacar que en la ciudad de Ciego de Ávila, tras su fallecimiento, llegó a existir la propuesta —válida aún en este siglo XXI— de que se estableciera un día al año en el que en cada escuela se rememorase su figura. Para ampliar sobre su quehacer como forjadora de cubanos dignos consúltese de Ángel E. Cabrera Sánchez: "El perfeccionamiento de la orientación profesional pedagógica de los estudiantes de los institutos preuniversitarios vocacionales de ciencias pedagógicas mediante el estudio de la labor educativa de Clotilde Agüero Cepeda", tesis de maestría.

[11] AHPCA: Colección personal Clotilde Agüero Cepeda, f. 30.

Ciego de Ávila el 19 de junio de 1942.[12] En 1938 le fue otorgada la Orden Nacional de Mérito Carlos Manuel de Céspedes por el presidente de la República Federico Laredo Brú.[13] Hoy existe una tarja en el inmueble donde radicó la escuela pública no. 9 —luego no. 6, sita en la calle Serafín Sánchez esquina Maceo, en la actualidad Palacio de Pioneros— en la que trabajó como maestra y luego como directora; además llevan su nombre la principal distinción que otorga la Sociedad Cultural José Martí en la provincia Ciego de Ávila, la Comisión de Racialidad de la Unión Nacional de Artistas y Escritores de Cuba (Uneac) en ese territorio y una secundaria básica en la capital avileña. La Asociación de Pedagogos de Cuba (APC), filial provincial Ciego de Ávila, la declaró como Pedagoga Destacada del siglo xx.

En su autobiografía, escrita en la ciudad de Ciego de Ávila en los años treinta del siglo pasado aparecen recuerdos, hasta hoy inéditos en gran parte, sobre la bandera cubana que confeccionó en Veracruz, México, y que fue una de las enarboladas por Máximo Gómez en la invasión a occidente en 1895. Hoy integra el patrimonio documental que se conserva en el Archivo Histórico Provincial Brigadier José Ambrosio Gómez Cardoso de Ciego de Ávila.[14] Darlo a conocer es el objetivo del presente trabajo, con lo que además se contribuye en parte a cumplir la voluntad de la patriota que en 1944 remitió un trabajo de su autoría al periódico *Prensa Libre*, de la capital del país, pero que no fue publicado por lo extenso.[15]

Sus palabras, al aportar múltiples detalles inéditos sobre la labor martiana en México, constituyen significativa pista a seguir por los estudiosos de ese tema en general y en especial por los que abordan la relación de las féminas con el PRC.

A continuación se cita en extenso parte de su testimonio:

> Una tarde gris, invernal, bordaba un trabajo libre para un concurso […]. Llega a mi casa[16] un señor de mediana estatura, vestía pantalón de dril blan-

[12] La fundación fue en relación directa con la Cátedra Martiana del Instituto de Segunda Enseñanza de la ciudad de La Habana mediante el profesor de esta Evelio Costales Latatú. Véase Juan Carlos Mirabal: "Constitución de la Cátedra Martiana en el Instituto de Segunda Enseñanza de Ciego de Ávila", en Colectivo de autores: *Cuadernos de historia avileña II*, pp. 170 -172.

[13] Pasarían muchos años para que la pudiera recibir personalmente, pues debió recibir apoyo monetario del magisterio público de Ciego de Ávila y de otros lugares del país para cubrir el costo de la correspondiente medalla, ya que el gobierno de la República neocolonial no lo asumía, en AHPCA: Colección personal Clotilde Agüero Cepeda, f. 101.

[14] AHPCA: Colección personal Clotilde Agüero Cepeda, exp.1, Autobiografía mecanografiada de Clotilde Agüero Cepeda, [Ciego de Ávila, años treinta del pasado siglo]. Otros documentos de la referida colección (ff. 10-11, 13-15, 20, 30, 32 y 75) reiteran muchos de los elementos expuestos en la autobiografía en relación con la bandera. Resulta significativo un recorte de prensa de Veracruz, donde compañeros de Clotilde en su labor independentista en aquella ciudad la felicitan al recibir la Orden Carlos Manuel de Céspedes.

[15] *Ibidem,* f. 115.

[16] Su dirección exacta aparece en carta manuscrita de Clotilde Agüero, fechada en Ciego de Ávila el 28 de diciembre de 1937, dirigida al Lic. Alfonso Gravioto, embajador de México en Cuba: Calle 5 de Mayo, número 101, entre Francisco Canales y Condesa, en AHPCA:

co, saco corto de alpaca negra y sombrero de pajilla, nos dice que es cubano; y acostumbrados a recibir forasteros no nos llama la atención. Platica con nosotros, y nos relata los sacrificios y miserias que estaban pasando los que estaban en los campos de Cuba en pro de conquistar lo más grande que tiene el ciudadano: ¡UNA BANDERA! ¡UNA PATRIA LIBRE! [17]

Con tan tristes palabras lo relataba que hacía estremecer de dolor a los que lo escuchábamos. Pasados unos minutos, se habían reunido ya gran número de cubanos.

En esto se acerca a mí, fija la vista en la labor que realizaba, [que] era un escudo mexicano en miniatura, y me pide le explique el significado del águila posada sobre el nopal devorando a la serpiente. Después me pregunta si conocía la Bandera de Cuba. Abandono la labor y corro presurosa a buscar una bandera que tenía de mi padre y se la muestro. Él fija en ella sus ojos relampagueantes y cual se desliza la corriente de un río caudaloso, deslizábanse sus palabras henchidas de amor y patriotismo; su oratoria fue muy interesante, invadiendo la atención de cuantos le escuchábamos. Cuando terminó, me pregunta si puedo bordarle cincuenta escarapelas, para cincuenta mambises que no las tenían en sus sombreros y que él quería llevarles ese obsequio, porque le parecía que las escarapelas les daban aliento en sus horas de combate. Le contesté que con gusto podía servirle pero no las conocía; [entonces] él extrao una hoja de libreta, [y] traza la dimensión que llevaban. Desea darle color, me pide acuarela, [pero] yo no tenía, [entonces] manda que le compren un claco [*sic*] de azul. El azul de lavar era de bolita, traza con ella las tres listas azules. Le faltaba por colorear el triángulo, y aunque yo le decía que ya comprendía lo que debía hacer, me contestó que tenía que terminar la muestra: me explica entonces lo que la Bandera significa en sus colores y en la Patria; toma una cuchillita de nácar del bolsillo interior de su saco, se da una heridita a la orilla de la uña del dedo pulgar de la mano izquierda, y viste con su sangre el triángulo, hablando y explicando el contenido de la enseña; y rogándome le tuviese terminado el pedido a su regreso de la Capital, pues iba a inspeccionar una expedición y pertrechos de guerra que partía para Cuba.

Esa misma noche de su llegada a Veracruz celebró una velada el Club Máximo Gómez[18] en la que tomó parte el infatigable forastero, ¡el Gran Apóstol Martí!

Colección personal Clotilde Agüero Cepeda, f. 12. Esa era la casa de su hermano y cuñada con los que pasó a vivir tras fallecer sus padres.

[17] AHPCA: Colección personal Clotilde Agüero Cepeda, f. 2. En estas y el resto de las citas solo se realizaron mínimas correcciones ortográficas para facilitar su lectura. Se respetaron todas las mayúsculas y puntos suspensivos.

[18] ¿Es este el club femenino que menciona Paul Estrade en la ciudad de Veracruz? (Paul Estrade: "Los clubes femeninos en el Partido Revolucionario Cubano (1892-1898)", en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, vol.10, 1997, pp. 194-196: Tabla D "Lista (por completar) de los clubes femeninos señalados"). De ser así, constituiría un nuevo ejemplo de lo que resume Damaris A. Torres Elers acerca de las actividades de mujeres cubanas en

Hizo una descripción tan sentimental de la guerra que sostenía Cuba, que hombres y mujeres, cubanos y mexicanos, nos sentíamos embargados de inmenso dolor y lágrimas furtivas se escapaban por los rostros. Así unió el pensamiento de todos en uno solo: laborar porque Cuba fuese una República libre.

Con su verbo divino nos impulsó a ofrecer la vida misma para corresponder a sus peticiones, y esto no [lo] hacían sólo los cubanos, no, los mexicanos a nuestro lado nos arrebataban el deber y se hacían solidarios participantes de nuestra lucha.

Después de la velada, sin descanso alguno, el incansable Martí, el Apóstol de nuestras libertades, tomó pasaje para la Capital esa madrugada.

Al regreso de la Capital, llegó Martí a recoger las escarapelas. Andaba preciso [*sic*] y demostraba en su semblante la satisfacción que tenía. Al entregarle el trabajo me dijo: señorita, yo deseara una Bandera confeccionada aquí en México, tierra de Hidalgo, Juárez y Morelos porque, afirmó que: impregnado en ella el patriotismo y los aires de libertad de ese país, al tremolar en los campos y sabanas de nuestra amada Cuba, extenderá al aire la heroicidad que aquí se respira y se alzará en nuestra Patria GALLARDA Y TRIUNFAL.[19]

Usted me dijo que tuvo un padre que inspirado en el amor Patrio comió el amargo pan del proscripto, recuerde sus anhelos y procure llevar a cabo esta encomienda que le dejo: confeccionar una Bandera que pondré en manos del Generalísimo Máximo Gómez, una Bandera que hará cesar la sangre derramada y las lágrimas perdidas con que está abonada la tierra de nuestra adorada Cuba.

Tenemos muchos Jefes dignos, señorita, muchos cubanos valientes pero prefiero éste que determino porque no es cubano (le interrumpe uno de los presentes y le dice: Delegado, perdóneme, pero a él se le paga. [Entonces] le contestó Martí: pero no se le puede pagar la vida y esta no se vende por causas ajenas; y siguiendo su peroración me dice: no es cubano señorita y ha venido a nuestro lado para ayudarnos a conquistar un honor que no tenemos: Una Cuba Feliz Con Todos y Para Todos, ya seamos cubanos o extranjeros, siempre que le amemos y podamos enarbolar esa preciosísima Bandera que otro extranjero a costa de su vida nos legara.

Martí se emociona, llega a mí, me abraza y… repite: hágala Srta., hágala cual me ha hecho estas escarapelas, hágalas que nos hacen falta Banderas ¡Banderas tan grandes como nuestro amor a Cuba!

¡Que alto honor para mí! ¡Cumplimentar un deseo de Martí!… Se despide y quedo confusa porque carecía de medios para llevar a cabo el encargo tan supremo que me hacía y que yo aún más deseaba complacer.

---

la emigración ("Los clubes femeninos en la emigración durante la Revolución de 1892--1898: balance y retos", en *Revista de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí*, año 106, no. 1, 2015, p. 237).

[19] AHPCA: Colección personal Clotilde Agüero Cepeda, f. 3.

Las telas eran en aquel entonces carísimas e igualmente los hilos de metal conque había de bordarle. Yo quería hacer una Bandera cual merecía el que me la encargaba; mas pasaban días y más días, y no podía realizar el mandato que recibí por falta de medios económicos.
Solicité el apoyo del Club Máximo Gómez y no pude obtenerlo porque lo que recolectaban aunque era en grandes proporciones lo enviaban presurosos para comprar equipos de guerra.
Cómo me entristecía el no poder llevar a cabo la petición de Martí, y por más que meditaba no hallaba solución y me preguntaba a mí misma ¿No le enviarás la Bandera que él dice, que él afirma que llevará los aires de libertad de este país y que invadirá nuestra Cuba esparciendo en ella el codiciado ambiente que aquí se respira? Nada, nada aparecía en mi rededor que me ayudase. Por aquellos días un cuñado que tenía aquí en Cuba, el señor Antonio García Fonseca, padre de Salvador García Agüero, me envió unas vistas de cubanos y unos retratos de Martí y Maceo; y entonces embargó mi mente una feliz idea: Bordé un portarretrato en escamas y oro y en él coloqué el retrato de Martí y Maceo.
[Yo] le daba clases a una hija del entonces gobernador de Veracruz, señor Senties, y al ratito de estar en su casa le expresé mi propósito de rifar dicho portarretrato y me contestó: señorita Agüero, las rifas están prohibidas, yo no puedo darle permiso.
Un poco contrariada sin darle a conocer mi desilusión al ratito de haber terminado las clases a su hija y que ya estaba dispuesta a retirarme, se volvió a mí y me dijo: señorita pero ayúdese como usted pueda. Esto me dio aliento y me determiné a llevar a cabo la rifa obteniendo cien pesos mexicanos. Con gran júbilo entregué dicha suma al Club Máximo Gómez para que encargaran a París los materiales con que confeccionar la Bandera.[20]
¡Que alegría tan inmensa experimenté a los pocos días cuando comencé mi labor, al llevar a cabo una petición de Martí. El trabajo no me cansaba, mi sólo anhelo era terminarla; mi casa estaba constantemente visitada por cubanos que iban a dirigir y contemplar mi labor.
Ya la llevaba a feliz término, cuando un cablegrama nos anuncia la fatal noticia de que ha muerto en combate Martí. [Entonces] me dijo una comisión que entraba a mi casa: pero no se desanime señorita, termine su obra que vamos a celebrar una velada fúnebre, y queremos cubrir con esta bandera pedida por él el catafalco que alzaremos ¡para jurar ante ella, cual sudario que nos legara el desaparecido, seguir sus doctrinas y honrar su memoria!
Terminé muy entristecida mi labor pues faltaba poco: unirla, pues es doble; y una vez terminada la entregué al Club Máximo Gómez, cuya directiva estaba compuesta por los siguientes señores:

Don José Miguel Macías, catedrático (cubano).
Dr. Manuel Cabrera, médico.

[20] *Ibidem,* f. 4.

Dr. Desiderio Rojo, dentista.

Dr. Arturo del Río, farmacéutico.

Dr. Juan Francisco del Río, médico; padre de la señora Cándida del Río, viuda de Wolter, y abuelo de los Wolter del Río que radican en este país, y son ricos propietarios en la ciudad de Remedios.[21]

Por conducto del Club Máximo Gómez fue izada la Bandera aludida en [una actividad de solidaridad con la causa independentista cubana en el Teatro Nacional de Veracruz, y [luego fue] envuelta y protegida por el Pabellón Mexicano, bajo los acordes del Himno Nacional Mexicano y el Himno "MÉXICO-CUBA"[22] compuesto por el mexicano Pedro Ojeda expresamente para ella y cantada por más de 500 voces. Antes de envasarla, un amigo ilustre llamado Florencio Osorio me gritó: señorita… póngale su nombre por si algún día va a Cuba la conozca. Aprobada su idea se extrajo la bandera de su envase y con mi puño y letra le puse Donada al Generalísimo Máximo Gómez – Clotilde Agüero Cepeda, bordándolo malamente con hilo de madeja negra en una de las franjas blancas. El envase fue construido por [el establecimiento comercial] la Gran Mueblería, del cubano José Irene Izazola, acompañado de su asta hecha en forma de trozos de caña enroscados unos con otros hasta la altura que se deseara, los cuales fueron obsequiados por dicho señor.

El Club Máximo Gómez remitió a mi nombre el Pabellón al Generalísimo, cumpliendo así el deseo de Martí.

Y el Generalísimo, por conducto de su secretario Eduardo Yero, contestó al Club en su acuse de recibo que la Bandera puesta bajo su custodia sería mantenido en todo momento con "GLORIA Y HONOR"; y por unanimidad acordó la directiva del Club entregarme dicho documento.[23]

[21] Además de esas personas también participaron en la ciudad de Veracruz en actividades de apoyo a la causa independentista con los cubanos Rogelio Hernández Calvo, Severiano Pacheco, Andrés Rodríguez, Vital Portillo, Claudio Oviedo y Juan Bautista. En ocasión de las festividades por el 20 de mayo en 1936, estos la felicitaron a través de las páginas del periódico *El Dictamen*, de aquella ciudad, le remitieron un recorte, lo que posteriormente fue dado a conocer por la revista *Bohemia*, en un trabajo titulado "En honor de una patriota cubana" en el que se le califica de "ilustre enamorada de la libertad cubana", de "culta y distinguida profesora de Instrucción Pública" y de " ejemplar mujer", en AHPCA: recorte de prensa, [*Bohemia,* mayo de 1936].

[22] Conocedora de su importancia histórica lo hizo llegar en 1936 al coronel Cosme de la Torriente, presidente del Consejo Nacional de Veteranos de la Independencia, así como a la Alcaldía de La Habana, con la propuesta de que fuese interpretado en las actividades por el centenario del natalicio de Máximo Gómez. En carta respuesta del 31 de septiembre de ese año del Dr. Esteban de Varona, jefe del departamento de cultura del municipio de La Habana, este le informó que había sido "[…] remitido al Sr. Director de la Banda de Música a fin de que sea ejecutado en el acto organizado en honor del Generalísimo Máximo Gómez", en AHPCA: Colección personal Clotilde Agüero Cepeda, f. 47.

[23] A propuesta de la dirección del Centro de Veteranos de Camagüey se lo remitió por correo el 7 de febrero de 1922, con carácter devolutivo, a Enrique Ubieta para que lo pudiera tener en cuenta en sus escritos sobre las guerras de independencia. Cuando se quiso

El Gobierno Mexicano premió mi labor nombrándome auxiliar de trabajos manuales, por la sencilla razón de no ser titular; ya no tenía que coser tanto, ya no era la obrerita que para ganar una peseta tenía que coser muchos pantalones y desde aquel día ganaba 30 pesos mensuales".[24]

En la referida autobiografía[25] también se develan importantes elementos sobre la historia de la bandera ya en tiempos de la República neocolonial tales como su llegada al Centro de Veteranos de la ciudad de Camagüey y su exposición en las actividades que por el centenario del natalicio del Generalísimo se realizaron en la capital del país. Sobre lo primero, narra que residiendo en la localidad de Jatibonico a fines de 1911, donde se ganaba el sustento como costurera en su casa, tras adquirir un pedazo de tela que le fue envuelto en un periódico, vio que en este aparecía una singular noticia: que una bandera elaborada para el Generalísimo por una patriota nombrada Clotilde Agüero, de la que se desconocía si vivía o no, había sido donada por el teniente coronel Emilio González,[26] de la escolta de Gómez, al Centro de Veteranos de la ciudad de Camagüey. Que por ello de inmediato, con inmenso júbilo, estableció comunicación con la directiva de la referida institución y le remitió el acuse de recibo que había mandado Máximo Gómez a México tras recibir tan patriótico obsequio; y que poco después fue objeto de importante recibimiento y homenaje en la capital agramontina en el que estuvo presente el general Javier de la Vega, presidente del Centro de Veteranos, y hasta la Banda Municipal. También agrega que fue precisamente gracias a la ayuda del referido Centro que pudo iniciar su labor como maestra pública (en un aula en la ciudad de Florida a partir del 9 de enero de 1912), algo hasta entonces imposible a pesar de haber aprobado en 1910 el examen correspondiente. Sobre el segundo aspecto,

rescatar ya le fue imposible por el fallecimiento de aquel, en AHPCA: Colección personal Clotilde Agüero Cepeda, ff. 15, 33-34 y 120. También en carta a Candita Gómez, hija del Generalísimo, le expone sobre ese acuse de recibo, en Museo Provincial de Historia Coronel Simón Reyes Hernández, de Ciego de Ávila: Doc. 639.

[24] AHPCA: Colección personal Clotilde Agüero Cepeda, f. 5.

[25] *Ibidem,* ff. 7 y 8.

[26] En otra parte lo menciona como Emiliano, que es su nombre correcto tal como consta en la relación de integrantes de la escolta del Generalísimo publicada en el libro *Máximo Gómez en la independencia patria*, selección, prólogo y notas de Bernardo Callejas, p. 433. En 1939 fue presidente del Centro de Veteranos de Camagüey, en AHPCA: Colección personal Clotilde Agüero, f. 70. Existe una copia mecanografiada, sin firmas, de una carta al Dr. Eduardo Ciro Betancourt, representante a la Cámara de la República de Cuba, de fecha 20 de agosto de 1941, elaborada por los veteranos teniente coronel Emiliano González Vizcaíno y los sargentos Mateo Pérez Medrano y Federico Montané Socarrás, en la que se hace constar que Emiliano, como abanderado de la escolta del Generalísimo, recibió de manos de este la referida bandera para que se encargara de conservarla y que eso se hizo "[...] con el ritual que el acontecimiento merecía al licenciar a su Escolta […]" y que "Años después, organizados los Consejos Territoriales de Veteranos en la República, la donó al de Camagüey para su custodia donde se encuentra para Gloria de Cuba y de los Cubanos, en AHPCA: Colección personal Clotilde Agüero Cepeda, f. 79.

explica que la bandera, colocada en un cuadro grande por encontrarse deteriorada —pero en la que se leía aún su nombre—, fue trasladada a la capital del país por una comisión que partió de la ciudad de Camagüey el 15 de noviembre de 1936, la que estuvo integrada, entre otros, por los veteranos: Emilio González, teniente coronel; José Cruz Pérez, comandante; y los tenientes Ángel Riverón, Raúl Guevara, Félix Torres y Américo Silva Ríos, este último secretario del Centro de Veteranos; y que ya en la ciudad de La Habana fue expuesta públicamente durante las actividades realizadas en 1936 por el centenario del natalicio de Máximo Gómez, en las que ella participó personalmente pues fue invitada de forma oficial por la Comisión Organizadora de la Conmemoración del Centenario del Natalicio del Generalísimo Máximo Gómez.[27]

Resulta concluyente sobre la bandera el juicio emitido por Bernardo Gómez, hijo del Generalísimo, en carta manuscrita a Clotilde Agüero, fechada en La Habana el 16 de noviembre de ese año: "La bandera invasora de las fuerzas directamente mandadas por mi padre es sin duda de ninguna clase la que Vd. hizo y costeó por sus propias manos. Reciba mi felicitación y estimación admirativa".[28]

[27] AHPCA: Colección personal Clotilde Agüero Cepeda, f.51. También en esa colección existe un recorte de prensa, sin título, que hace referencia a ello [Camagüey, 1936].
[28] *Ibidem,* f. 23.

El paso de la columna invasora por tierras espirituanas

Virgilio Companioni Albrisa

La historiografía cubana tiene aún deudas con varios acontecimientos trascendentales ocurridos durante las guerras independentistas en Cuba. La invasión al occidente y, en particular, la realizada entre octubre de 1895 y enero de 1896, necesita de nuevos estudios que busquen, no solo su significación como hazaña militar realizada por el Ejército Libertador, sino su repercusión en la vida político-social e, incluso, en el imaginario popular de los contendientes involucrados en el enfrentamiento.

Los diarios de campañas de los protagonistas resultan fuentes imprescindibles para la reconstrucción de esta gran campaña militar. Las acotaciones de Máximo Gómez, Antonio Maceo, Serafín Sánchez y otros relatan, cada uno desde su posición, los acontecimientos relacionados con el paso de la invasión. Pero dichas memorias deben analizarse con cautela, pues a la hora de compararlas, salen a la luz algunas diferencias en cuanto a fechas y precisión de lugares.

Virgilio Companioni Albrisa

Licenciado en Educación, especialidad Marxismo Leninismo e Historia, y en Derecho, máster en Estudios Históricos y Antropología Sociocultural Cubana y Doctor en Ciencias Pedagógicas. Profesor Titular del Departamento de Historia y Marxismo de la Universidad José Martí Pérez. Secretario de Actividades Científicas de la filial de la Unhic en Sancti Spíritus.

El recorrido de la columna invasora durante exactamente 90 días debe verse como un acontecimiento único, independiente de los cortes regionales que se hagan para describir o analizar su paso por determinado territorio. El presente artículo tiene como objetivo explicar el tránsito de la invasión por el territorio espirituano, describir las principales acciones realizadas por el contingente, así como la respuesta de las autoridades colonialistas en la región.

Preparativos para la llegada de la invasión a territorio espirituano

Desde finales de octubre de 1895, el general en jefe Máximo Gómez se encontraba en Las Villas en espera del contingente invasor que venía en camino bajo el mando del mayor general Antonio Maceo.[1]

Tristes recuerdos agobiaban al viejo caudillo, vino a su mente el momento en que en 1874, al llegar al territorio villareño, fue rechazado por los jefes de la región y se vio obligado a regresar al Camagüey, con lo que se frustró el intento invasor en aquella primera gesta.

No obstante, ahora la situación era completamente diferente. El 11 de noviembre de 1895, en su diario de campaña, había anotado:

> […] en marcha con rumbo a Sancti Spíritus; para llamar la atención del enemigo hacia aquella zona con objeto de obligarlo a sacar fuerzas de La Trocha de Júcaro y de este modo proteger el paso al General, que ya debe venir marchando. Todos mis movimientos al este de Sancti Spíritus, han de obedecer a este propósito.[2]

A partir de este momento, Gómez comenzó un movimiento por el noreste del territorio espirituano recorriendo lugares claves como Pozo Azul, Las Damas, Saltadero, Los Pasitos, Pelayo y otros, hasta su regreso a La Reforma; lugares próximos a aquellos por donde pasaría después el contingente invasor.[3]

Durante este recorrido lanzó circulares prohibiendo la zafra y otras disposiciones y medidas organizativas; trabajó para aunar las fuerzas que operaban en el territorio y desarrolló acciones de hostigamiento y ataque. La actividad de Gómez y de las fuerzas de la 1.ª división del 4.º cuerpo en este territorio tenía como objetivo principal preparar las condiciones para garantizar el paso relativamente fácil y exitoso de los invasores por la trocha.[4]

En el campamento de Los Hoyos, Gómez recibió la noticia de que Maceo y el contingente invasor habían cruzado la trocha y partió a recibirlos; los halló en un lugar conocido por San Juan;[5] se cuenta que el espectáculo del encuentro de las

[1] Sonnia López Acosta y Eddy Morera Cruz: "La guerra de 1895, en Síntesis histórica de la provincia Sancti Spíritus (inédita), p. 83.
[2] Máximo Gómez: *Diario de campaña,* p. 295.
[3] Sonnia López Acosta y Eddy Morera Cruz: Ob. cit., p. 83.
[4] *Ibidem*.
[5] *Ibidem,* p. 84.

dos grandes columnas fue grandioso. En medio de un regocijo generalizado, entre abrazos y risas, confraternizaban villareños, camagüeyanos y orientales.[6]

El general Carlos Roloff escribiría para la historia en su diario: "Imponente el espectáculo. Se estrecharon en fuerte abrazo el General Maceo y el General en Jefe, General Roloff, General Sánchez. Se decían entusiastas vivas y desfilaron las fuerzas al son del himno de Bayamo".[7]

En el campamento también se encontraban el general Serafín Sánchez, quien estaba al frente del Departamento Militar de Las Villas, el teniente coronel José Miguel Gómez y, además, seis escuadrones de la división de Sancti Spíritus.

Esa noche acamparon en el potrero de Lázaro López. Varios testimonios concuerdan en que, al llegar las penumbras, se oyeron por dondequiera en el campamento sones de instrumentos de cuerda y cantos. Hubo guateques y "duelos" entre orientales y villaclareños, que improvisaban décimas que alababan las bellezas de sus regiones natales.[8] Aunque si estas muestras de júbilo realmente sucedieron, debieron realizarse con la mayor discreción, pues el arribo de los invasores a la región no resultaba indiferente a las autoridades españolas y no muy lejos del acantonamiento mambí se encontraban efectivos hispanos a la espera de los acontecimientos.[9]

En sus proximidades, los peninsulares contaban con varios campamentos en Arroyo Blanco, Taguasco, Alonso Sánchez (Zaza), Manacas-Jobosí, Las Olivas, Bijabo, entre otros. Además, utilizaban heliógrafos en lomas de Arroyo Blanco y Siguaney, los cuales permitían la comunicación rápida con la cabecera del término de Sancti Spíritus.[10]

Para defender el paso del río Jatibonico, límite de la provincia de Camagüey con la de Las Villas, habían establecido los colonialistas, en la jurisdicción de Sancti Spíritus, una línea de destacamentos fortificados que comprendía los pueblos de Iguará, Taguasco, Bellacota y Mayajigua. En particular, Iguará contaba con un sistema de fortificación consistente en un fuerte de bastante magnitud y tres fortines.[11]

El plan integral para la defensa de Las Villas estaba estructurado en un sistema de carácter territorial con componentes locales y regionales. En él, la región espirituana jugaba un papel preponderante. El sistema implicaba varios puntos de interés —Trinidad, San Juan de los Remedios, Villa Clara y Cienfuegos—, a los cuales se podía acudir con fuerzas que se destacaran en Sancti Spíritus como punto céntrico.[12]

[6] Amado Palenque: *La campaña de invasión 1895-1896*, p. 105.
[7] Rolando Álvarez Estévez: *Mayor general Carlos Roloff Mialofsky. Ensayo biográfico*, p. 221.
[8] Amado Palenque: Ob. cit., p. 105.
[9] La distancia entre el campamento mambí y el español era de, aproximadamente, tres leguas, en Amado Palenque: Ob. cit., p. 110.
[10] Virgilio Companioni Albrisa y Ernesto Brito Alfonso: La defensa española en Sancti Spíritus (inédito).
[11] Manuel Piedra Martel: *Mis primeros 30 años*, p. 210.
[12] Virgilio Companioni Albrisa y Ernesto Brito Alfonso: Ob. cit.

Martínez Campos, quien en septiembre de 1895 trasladó su cuartel general a Santa Clara, había ordenado el envío de numerosos efectivos a Sancti Spíritus, convirtiéndola en una zona de gran concentración de tropas. Se estima que unos treinta mil soldados españoles esperaban a sus adversarios en el lado occidental de la trocha de Júcaro a Morón.[13]

En la mañana del 30 de noviembre de 1895, se produjo una formación militar, en la que Gómez pronunció, ante los invasores, su famosa "proclama a los villareños", en la que explicó los objetivos de la invasión y las duras realidades que tendrían que afrontar durante su desarrollo. La columna invasora se dispuso a entrar en tierras espirituanas.

Por los campos espirituanos

El 1.º de diciembre de 1895, los generales Gómez, Maceo, Serafín y el Consejo de Gobierno de la República en Armas permanecían concentrados en La Reforma jatiboniquense. A partir de ese momento comenzó su avance por territorio espirituano.[14]

La noticia de la proximidad de las fuerzas invasoras provocó el pánico en la ciudad de Sancti Spíritus, a tal punto de que un rumor sobre un supuesto cerco de las tropas de Gómez a la villa espirituana se extendió por toda la población; aunque probablemente haya sido esparcido por las propias autoridades españolas, pues no se ha encontrado referencia alguna en las fuentes cubanas.[15] Murmullo o no, lo cierto es que las autoridades adoptaron varias medidas, entre ellas, abrir trincheras en varias calles, usar varios edificios civiles para tareas militares y redoblar la vigilancia sobre los sujetos que entraban o salían de la ciudad.

Los resortes propagandísticos de la prensa espirituana estuvieron dirigidos a minimizar los hechos concernientes a la invasión, restarles significación social y política, incitar el deseo de paz y condenar enérgicamente lo que se calificaba de intentona criminal. *El Fénix,* uno de los periódicos más importantes del momento se esforzó en mostrar una visión desorganizada de las tropas invasoras cubanas. No usó ni siquiera, en sus noticias o comentarios, los términos "ejército", "fuerzas", se refería a estas como "partidas", vocablo que, de por sí, tenía una connotación bandidesca. Incluso se refería a los líderes cubanos como el "cabecilla Gómez" y el "negro Maceo".[16] Utilizaron además elementos denigrantes, con claros matices racistas, para referirse a las tropas enemigas que procedían de Oriente. Los términos "negro", "cabecilla", "partida" e "insurrecto" eran esgrimidos para hacer alusión al adversario.

[13] Raúl Izquierdo Canosa: "La guerra en Las Villas (1895-1896)", en revista *Siga la Marcha,* no. 14-15-16, 2000, p.18.

[14] Domingo Corvea Álvarez, Rolando J. Fernández Henríquez, Osiris Quintero Fernández, Jorge Luís Aneiros Alonso: Rutas *históricas por Sancti Spíritus*, p. 11.

[15] Lourdes María Méndez Vargas: *Arroyo Blanco, la ruta cubana de Churchill*. *Un episodio de la Guerra del* 95, p. 69.

[16] Archivo Histórico Provincial de Sancti Spíritus (AHPSS): Fondo Hemeroteca, *El Fénix,* periódico liberal autonomista, diciembre de 1895.

Por otro lado, el periódico espirituano, en más de una ocasión, se encargaría de elogiar, felicitar y congraciarse con las tropas españolas que salían a combatir a los invasores y veía con satisfacción el envío de refuerzos desde otros lugares de la Isla.

Al encuentro de los mambises fueron las fuerzas comandadas por el general español Suárez Valdés. Winston Churchill, quien se encontraba entre estas tropas como corresponsal de guerra británico, las caracterizó como "[…] una fuerza respetable: cuatro batallones, comprendiendo unos 3000 hombres de infantería, dos escuadrones de caballería y una batería tirada por mulas. Las tropas, al parecer, estaban descansadas y en buena disposición, no dando muestra de fatiga".[17] La intención de Suárez Valdés era atacar a los cubanos con todas sus fuerzas para reivindicar los fracasos sufridos y lograr el tan pregonado propósito de Martínez Campos de detener la columna invasora.

Mientras tanto, las fuerzas cubanas se desplazaron el 2 de diciembre hasta Trilladeras, lugar donde acamparon para pasar la noche. Durante las horas que permanecieron en este lugar, el general en jefe, ratificó a Antonio Maceo que quedaba como jefe de la invasión, nombramiento que, de hecho, ya ostentaba y conocía.[18]

Al tener noticias de la presencia de Gómez y Maceo en Trilladeras, las fuerzas españolas se dirigieron hacia el lugar. No obstante, no atacaron ese día; a pesar de que, en horas de la noche, fueron tiroteadas por un pelotón de caballería de la división de Sancti Spíritus que vigilaba el movimiento de las tropas enemigas.[19]

Sobre este tiroteo, contaría Churchill:

> Cenamos tranquilamente, retirándonos después a nuestras hamacas […] Pronto me despertó el ruido de la fusilería. No solo tiros, sino descargas sonaban en la noche. Una bala atravesó el techo de nuestra choza y otra hirió a un ordenanza que se encontraba en la parte de afuera. Me habría gustado saltar de la hamaca y dormir en el suelo. Sin embargo, como nadie se movía, pensé que era mejor permanecer quieto.[20]

En este lugar se produjo la división del contingente invasor: una columna de infantería con 700 hombres bajo el mando del general Quintín Bandera y el teniente coronel José Miguel Gómez, partió en horas tempranas de ese día con órdenes de avanzar por el sur, destruir la riqueza azucarera del valle de Trinidad, sostén económico del régimen español en la zona, y aplastar al enemigo para unirse posteriormente al ejército invasor en Matanzas o La Habana.[21]

[17] Lourdes María Méndez Vargas: Ob. cit., p. 154.
[18] Amado Palenque: Ob. cit., p. 115.
[19] Domingo Corvea Álvarez, Rolando J. Fernández Henríquez, Osiris Quintero Fernández, Jorge Luis Aneiros Alonso: Ob. cit., p. 11.
[20] Lourdes María Méndez Vargas: Ob. cit, p. 162.
[21] El accionar de estas fuerzas en territorio trinitario puede consultarse en Bárbara Venegas Arboláez: La guerra de 1895 en Trinidad. Cronología (inédita).

Una pista de cómo marchaba la columna la ofrece Manuel Piedra Martel en su testimonio: "A la vanguardia de la columna, ahora compuesta únicamente de caballería, marchaba el general Máximo Gómez, llevando el centro y la retaguardia el General Maceo. Los miembros del Gobierno que nos acompañaban, los bagajes y, en general, la impedimenta, iban al centro […]".[22]

En horas tempranas del 3 de diciembre de 1895 al realizar el cruce sobre el río Jatibonico del Sur, se produjo el primer combate en suelo espirituano, conocido como Iguará o Los Cuyujíses.

Iguará era un pueblecito junto al río Jatibonico, donde se encontraban soldados enemigos que formaban parte de una línea de destacamento como Tahuasco,[23] Arroyo Blanco, Bellamota y Mayajigua. Ya Gómez había sido avisado por un campesino de que los españoles habían pasado la noche en Iguará.[24] Y aunque el objetivo era marchar lo más rápido posible por el territorio central, Gómez sostenía el criterio de que, una vez en Las Villas, antes que el enemigo aumentara sus efectivos, era conveniente aceptar alguna batalla para que el mando peninsular conociera el empuje de la columna invasora.[25]

La posición ventajosa de las fuerzas españolas, unida a las características del terreno,[26] limitaban el movimiento de la caballería invasora; lo que obligó a los jefes de las fuerzas cubanas —Maceo y Gómez— a una peligrosa carga al machete.[27]

Sobre el combate de Iguará, dejó Serafín Sánchez plasmado en su diario:

> Proseguimos nuestra marcha, y al llegar a "Cuyujises" frente al Mesae, nos rompe el enemigo, emboscado en unas maniguas. La situación era crítica, la posición desventajosísima, acertando a atacarnos en el momento que cruzaba el Gobierno, seguido de la impedimenta. El General Gómez, firme ante aquel aguacero de balas, revólveres en mano, se da cuenta probablemente del peligro que los amenazaba, y da orden al General Maceo de batir el enemigo. Recibirla y ejecutarla fue todo una misma cosa. Cargan Gómez y Maceo con sus estados mayores, escoltas y fuerzas inmediatas: el enemigo no puede contener aquel empuje y dándose a la huida, va a buscar refugio al fuerte de Iguará […].[28]

El combate duró dos horas. Como lo contó Serafín Sánchez, la carga al machete decidió la acción a favor de los cubanos que tuvieron ocho muertos y 36 heridos; de ellos 14 oficiales, entre los últimos, se encontraba el teniente coronel Enrique Céspedes,[29] de la caballería de Bayamo. Los cubanos recogieron 54 fusiles

[22] Manuel Piedra Martel: *Mis primeros 30 años,* p. 211.
[23] Hace referencia a Taguasco.
[24] Amado Palenque: Ob. cit., p. 117.
[25] *Ibidem.*
[26] El suelo de aquellos contornos es, en general, llano, con algunas cortaduras y barrancas.
[27] Sonnia López Acosta y Eddy Morera Cruz: Ob. cit., p.84.
[28] AHPSS: Fondo Serafín Sánchez (Documentos) Diario de Serafín Sánchez.
[29] Enrique Céspedes Romagosa (¿1864- ?). Nacido en Manzanillo. Fue elegido delegado a la Asamblea Constituyente de Jimaguayú. En octubre de 1895 integró la columna

y múltiples objetos abandonados por las fuerzas españolas en su retirada. Pese a la victoria, los mambises sufrieron bajas muy sensibles, entre ellas, el teniente coronel Andrés Hernández, jefe de la escolta del general Maceo, y el comandante Teodomiro Torres, del regimiento Martí.[30]

Iguará fue un triunfo para las armas cubanas, tanto en el orden táctico como estratégico. La derrota española permitió que la invasión siguiera su marcha triunfal hacia occidente. La victoria mambisa se convirtió en una fuerza política que levantó el ánimo de los cubanos.[31]

Después de Iguará, el camino estaba libre para el avance de las fuerzas invasoras, las cuales continuaron su marcha y acamparon en La Campana de Trelles, en Taguasco, donde se prestó inmediata atención a los heridos en la prefectura del sitio y se enterró a los caídos en el combate.[32]

El 4 de diciembre llegaron a Ciego Potrero, uno de los campamentos preferidos por Serafín Sánchez. Lo intrincado del lugar y el sistema de vigilancia impuesto por Gómez permitieron que las tropas cubanas pudieran descansar.

Debido a que las fuerzas invasoras iban a entrar en una zona de intensa actividad bélica, lo que podría ser de resultados catastróficos si en uno de los combates era herido o muerto algún miembro del Consejo de Gobierno, se decidió el regreso de este a Camagüey. Para despedirlos, temprano, en la mañana del día 5 de diciembre, formaron las fuerzas cubanas. El presidente Salvador Cisneros Betancourt pasó revista a las tropas, entregó a Maceo la bandera cubana enviada por jóvenes camagüeyanas para que acompañara a los invasores y dirigió fervientes palabras a los presentes:

> […] empresa heroica cual pocas, llena de peligros y sembrada de obstáculos, pero que serán vencidos por el valor y la fe que a todos os anima, y por el poderoso brazo de vuestro ilustre caudillo: ¡de nuestro Maceo!, a quien hago donación de esta bandera para que flamee al soplo de las brisas de Levante sobre el risco más avanzado del cabo de San Antonio.[33]

Se cuenta que el veterano mambí, embargado por la emoción, no pudo concluir sus palabras; pero terminó dándole un abrazo, en medio de los vítores de la tropa, al general Maceo, quien quedó envuelto en la bandera que tenía el presidente en sus manos.[34]

---

invasora. El 13 de noviembre de 1895 en el campamento de La Yaya fue condenado a muerte bajo la acusación de haber desertado de la columna; pero luego fue absuelto al comprobarse su inocencia. Al resultar herido en una pierna en el combate de Iguará fue enviado a Nueva York para ser intervenido quirúrgicamente y luego regresó. CEMI: *Diccionario enciclopédico…, ob. cit.,* t. 1, p. 91.

[30] Amado Palenque: Ob. cit., p. 122.

[31] *Ibidem,* p. 123.

[32] Ernesto Brito Alfonso y Virgilio Companioni Albrisa: Síntesis histórica municipal de Taguasco (inédito).

[33] Amado Palenque: Ob. cit., p. 124.

[34] *Ibidem*.

En Ciego Potrero le fueron ratificados a Serafín Sánchez los grados de mayor general y su nombramiento de jefe del 4.º cuerpo del Ejército Libertador de Las Villas.[35]

Acto seguido se produjo la despedida y separación del Consejo de Gobierno, que marchó de regreso hacia Oriente, mientras la columna invasora continuaba su marcha rumbo noroeste, encontrándose el día 6 de diciembre en Remate de Las Vueltas.[36] Según Boza, a este campamento, fueron traídos dos individuos acusados de ser espías y exploradores de los españoles. Se nombró el tribunal que los juzgaría en consejo de guerra sumarísimo, el cual los condenó a muerte. Sin embargo, al día siguiente fueron indultados por el general en jefe y el lugarteniente.[37]

De ahí marcharon hacia el sur, cruzaron el río Zaza y acamparon en Sabanilla el 7 de diciembre. Se separó de las fuerzas invasoras el teniente coronel Legón[38] con un escuadrón de caballería.[39] Después se dirigieron casi en línea recta hacia el suroeste, acampando en Las Pozas el día 8. La avanzada del 4.º cuerpo acampó en Socorrido, lugar cercano a Las Pozas.

Emprendieron nuevamente la marcha el día 9 de diciembre con dirección oeste, cruzando por el norte y frente de Fomento, lugar bien defendido por las fuerzas españolas desde donde fueron tiroteados los invasores.[40]

Por su posición geográfica, Fomento se había convertido en un centro de operaciones importante en la región y casi siempre se encontraban en el pueblo tropas españolas que iban de recorrido. El pueblo estaba fortificado y contaba con factoría militar, guarnición de tropas y una guerrilla volante. Tenía, además, su población fama de ser muy españolizante.[41]

El ataque directo y formal a una plaza fortificada como era Fomento, no estaba en los planes militares de la invasión, al menos por el momento. La columna invasora respondió con algunos disparos y siguió su marcha, aunque varios de los jinetes mambises haciendo un derroche de temeridad y valentía, se aproximaron a las trincheras para llevarse algunos caballos del enemigo.[42]

Después de la escaramuza de Fomento, el jefe español de esta plaza hizo llegar un aviso a un destacamento que se encontraba protegiendo una obra de fortifica-

[35] Sonnia López Acosta y Eddy Morera Cruz: Ob. cit., p. 84.

[36] Este campamento, aunque es señalado en los límites de la jurisdicción de Remedios, se encuentra verdaderamente entre la división actual de los municipios de Cabaiguán y Yaguajay. Véase Domingo Corvea Álvarez, Rolando J. Fernández Henríquez, Osiris Quintero Fernández, Jorge Luis Aneiros Alonso: Ob. cit., p. 12.

[37] Bernabé Boza: *Mi diario de la guerra. Desde Baire hasta la intervención americana*, p. 56.

[38] Se refiere a José Rafael Legón Jiménez (1848-1901). Patriota taguasquense, combatiente de la guerra de 1868. Durante la nueva contienda atacó en varias ocasiones el fuerte español de Taguasco. El 18 de mayo de 1896, Gómez lo nombró jefe de una columna volante, a la cual llamó regimiento Taguasco. Terminó la guerra con los grados de coronel. El 12 de febrero de 1901 fue asesinado en las cercanías de Caibarién. CEMI: *Diccionario enciclopédico...,* ob. cit., t. 1, p. 208.

[39] Bernabé Boza: Ob. cit., p. 56.

[40] Sonnia López Acosta y Eddy Morera Cruz. Ob. cit., p. 84.

[41] Amado Palenque. Ob. cit., p. 125.

[42] *Ibidem*.

ción en un lugar conocido como Casa de Tejas. La columna mambisa debía atravesar el camino real de Santa Clara cerca de este lugar.

El encuentro entre los contendientes se produjo cuando ya había cruzado la vanguardia de la columna cubana y estaba pasando la retaguardia junto con la impedimenta. Los españoles protegidos por la espesura abrieron fuego sobre un grupo donde venían algunos mambises desarmados, heridos y las bestias de cargas. Al escuchar los disparos José Miró Cardona, jefe del Estado Mayor de Maceo, reunió un grupo de soldados y contraatacó a los soldados hispánicos apostados en la hierba.[43]

A su vez, Maceo arremetió desde la retaguardia, pasando sobre cercas y obstáculos, lo que hizo retroceder al enemigo, que se parapetó en una profunda hondonada cercana al lugar. La caballería de Maceo se detuvo pues era imposible avanzar, no obstante, los españoles habían dejado libre el camino y la columna cubana continuó su marcha. Varios mambises querían perseguir al enemigo para desquitarse, pero no era propicia la hora (caída de la tarde), ni favorable el lugar para esa operación.[44]

El resultado de esta acción fue de un muerto y 13 heridos, entre ellos el corneta de órdenes del General en Jefe, el alférez José Gutiérrez.[45] Los españoles, probablemente salieron ilesos. La columna se dirigió al río Agabama para vadearlo, operación que resultó difícil y peligrosa.[46]

La jornada de ese día, 9 de diciembre de 1895, fue agotadora. Los invasores habían recorrido, sin detenerse, alrededor de nueve leguas cuando acamparon en Quemado Grande.[47] La columna invasora había dejado el territorio espirituano.

Durante su tránsito por tierras espirituanas las fuerzas cubanas pernoctaron en aproximadamente ocho campamentos del territorio, recorrieron unas cuarenta y tres leguas, (más de doscientos kilómetros), sostuvieron varias escaramuzas con las fuerzas españolas y salieron victoriosos en una acción de significativa relevancia (combate de Iguará).[48]

Durante el cruce de la invasión y los meses iniciales del año 1896, las fuerzas destacadas en la región marchaban junto con los invasores, tal es el caso de las comandadas por el mayor general Serafín Sánchez Valdivia quien llegó hasta los límites de La Habana, donde una parte de ellas continuó con la invasión hasta el extremo occidental, mientras que Serafín regresó con el resto al territorio villareño a principios de enero de 1896.[49]

El paso de la invasión por Sancti Spíritus se había realizado en menos de diez días. A los invasores les esperaban nuevas hazañas y vicisitudes en su paso por el resto de la región villareña y su entrada al occidente de la Isla.

[43] *Ibidem,* p. 126.
[44] *Ibidem*, p. 127.
[45] Bernabé Boza. Ob. cit., p. 56.
[46] Amado Palenque. Ob. cit., p. 127.
[47] *Ibidem,* p. 128.
[48] Raúl Izquierdo Canosa: *Días de la guerra. Cronología sobre los principales acontecimientos de la guerra de independencia de Cuba 1895-1898*, p. 40.
[49] Sonnia López Acosta y Eddy Morera Cruz. Ob. cit., p.84.

Diversos factores hicieron posible que esta hazaña se realizara en tan poco tiempo. En primer lugar, el apoyo brindado por las tropas de la jurisdicción a las columnas invasoras, la capacidad militar de los líderes independentistas en la reorganización de las fuerzas mambisas, lo que permitió el movimiento, concentración y dispersión de estas por todo el territorio espirituano.

La relevancia de la invasión no estuvo únicamente en su resultado, o sea la llegada al occidente de las tropas mambisas, con lo que se dio carácter nacional a la lucha; sino también en su recorrido, pues las relaciones de colaboración y camaradería entre los combatientes de distintas regiones contribuyeron a consolidar el ideal unitario, tan necesario para el éxito de la guerra.

Despedida del Consejo de Gobierno el 5 de diciembre en el campamento de Ciego Potrero. Óleo del pintor taguasquense Francisco Rodríguez Salas, Museo Municipal de Taguasco, sala Guerras por la independencia.

Anexo 1

Ruta de la invasión por Sancti Spíritus

Fuente: Domingo Corvea Álvarez, Rolando J. Fernández Henríquez, Osiris Quintero Fernández y Jorge Luis Aneiros Alonso: *Rutas históricas por Sancti Spíritus*, p. 12.

La campaña invasora en Las Villas: diciembre de 1895

Arelys María Pérez Ruiz
Gisela P. Martin Capdevilla
Belkis Carpio Hernández

[…] la Campaña de Invasión fue obra única de dos ilustres soldados (Máximo Gómez y Antonio Maceo) que coincidieron en el plan con perfecta identidad, tanto en el orden del tiempo como en la manera de ejecutarlo […].[1]

José Miró Argenter

La contienda iniciada el 24 de febrero de 1895, extendida ya de Oriente a Las Villas y con algunos avances en Matanzas, ganaba en organización en cuanto a sus estructuras de gobierno y se había dado una Constitución en la asamblea efectuada en Jimaguayú, en septiembre de 1895.

Como delegados a esa Constituyente fueron elegidos representantes del 4.º cuerpo del Ejército Libertador los villareños Raimundo Sánchez, Severo Pina, Santiago García Cañizares

[1] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 12.

Arelys María Pérez Ruiz

Máster en Ciencias. Profesora auxiliar. Trabaja en la Dirección de Historia y Marxismo, Departamento de Historia de la Universidad Central Marta Abreu, de Las Villas. Presidenta de la filial provincial de la Unhic en Villa Clara.

Gisela P. Martin Capdevilla

Licenciada en Educación, especialidad de Marxismo-Leninismo e Historia y máster en Ciencias. Metodóloga de Historia en el municipio de Manicaragua. Presidenta de la sección de base de la Unhic en ese municipio.

Belkis Carpio Hernández

Licenciada en Educación, especialidad de Marxismo-Leninismo e Historia y máster en Ciencias. Directora de Programas en Radio Arimao. Vicepresidente de la sección de base de la Unhic en el municipio de Manicaragua.

y Francisco López Leiva; este último actuó como secretario de la mesa en dicha reunión. En el Consejo de Gobierno elegido en aquella ocasión ocuparon responsabilidades García Cañizares, como secretario del Interior y el mayor general Carlos Roloff, como secretario de Guerra.

En aquellos momentos, Roloff se desempeñaba al frente del 4.º cuerpo del Ejército Libertador, por lo que fue necesario elegir otro jefe para este cargo, selección que recayó en Serafín Sánchez, a quien se le reconocía, además, su grado de mayor general; Sánchez ocupó sus funciones el 1.º de diciembre de 1895.

Entonces, la provincia ya estaba lista para dar su aporte al plan de invasión a occidente, elaborado por Gómez y Maceo y considerado como la operación estratégica más importante a desarrollar en esta guerra a partir de las enseñanzas de la contienda anterior.

Por estos años finales del siglo, era precisamente el occidente de Cuba la zona que encerraba la mayor riqueza azucarera, que sería preciso destruir para eliminar uno de los pilares económicos del Gobierno español. En esta parte de la Isla estaba la capital de la colonia, la ciudad de La Habana, sus principales dependencias y un gran número de tropas dispuestas para la defensa. Además, el extender el campo de operaciones a lo largo de la Isla produciría la inevitable dispersión de las tropas españolas, elemento que iba en detrimento de su capacidad ofensiva y las hacía más vulnerables a los ataques de las fuerzas cubanas.

La revolución del 68 había confirmado que sin la incorporación del occidente a la lucha, el triunfo independentista no sería posible; era necesario darle a la contienda un carácter nacional mediante la puesta en práctica de una estrategia militar única para toda la Isla, que lograra "[…] la ruptura del divisionismo regionalista a través de la incorporación al ejército invasor de las distintas regiones del país y la consolidación del sentimiento nacional al combatir las tropas no solo en sus lugares de origen, sino en otros, en los cuales entraran en contacto con la población".[2]

La invasión al occidente, gesta soñada durante más de un cuarto de siglo por los revolucionarios cubanos, pasó a principios de diciembre en su ruta hacia el oeste por el sur villaclareño, por las serranías de Manicaragua.

José Miró Argenter, en el capítulo VII (Organización del 4.º cuerpo de ejército. Croquis de la campaña de Las Villas) de su magistral obra, narra el arribo del contingente invasor a tierras villareñas "[…] la ardiente imaginación de los orientales se complacía en hallar aspectos diversos al verse reflejados en las cristalinas corrientes del Hatibonico, cuyos ribazos venían a ser los umbrales de unas tierras halagadoras embellecidas por el encanto de la conquista. ¡Las Villas! —¡ya estamos en Las Villas! […]".[3]

El general José Rogelio Castillo, en su *Autobiografía* hace referencia al conocimiento de la marcha de las tropas cubanas rumbo a Las Villas; el día 3 de no-

[2] Colectivo de autores: *Las luchas por la Independencia nacional…,* ob. cit., cap. IX, p. 456.
[3] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 102.

viembre 1895 escribió: "[…] A las 7 p. m. notician que el mayor general Gómez se encuentra en Santa Teresa, marchando rumbo a Las Villas".[4]

En la trayectoria de la columna invasora por el territorio central de Cuba, los generales Gómez y Maceo acamparon el día 5 de diciembre, después de cuatro leguas de jornada, en Remates, distrito de Remedios, para continuar hasta Sabanilla, en la misma comarca. Maceo lanzó el día 6 su proclama a los villareños, notificando la llegada de los orientales para combatir por la libertad de Cuba en el occidente, donde el despotismo colonial había acumulado poderosos elementos de guerra para detener la marcha triunfal de la invasión.

En el contenido del documento, que se puede consultar en la obra de José Luciano Franco, el lugarteniente general exhortaba a los villareños para que dejaran a un lado el fatal localismo de la guerra anterior y se unieran a la misión elevada, generosa, revolucionaria de alcanzar con la libertad de Cuba, la paz y bienestar para todos sus hijos.

Mediante la circular no. 309, desde el acantonamiento ocasional de Sabanilla, se enviaron ejemplares de la alocución a los jefes de brigada del 4.º y 5.º cuerpos de ejército, los brigadieres José Joaquín Castillo Duany y Lino Pérez Muñoz; y los coroneles Pedro Díaz Molina, Juan Bruno Zayas Alfonso, Alfredo Rego Alfonso y Fernando Cortiñas, de Las Villas.

Mientras se adentraban en el territorio central de Cuba, a su paso por Las Villas, se iban incorporando a las tropas mandadas por Gómez y Maceo pequeños núcleos de patriotas armados, lo que hizo ascender el número total de efectivos del ejército invasor, en vísperas de entrar en la comarca cienfueguera, a más de tres mil hombres; pero mal armados y con muy pocas balas la mayor parte de ellos.

Las tropas de Las Villas que no pertenecían al cuerpo invasor quedaron operando en sus respectivas zonas, hostigando incesantemente al enemigo y quitándole recursos; actuaban de igual forma en los pueblos fortificados, que tenían en constante alarma; además, destruían las vías férreas, puentes y medios de transporte.

Al tener noticias del paso de la columna invasora por los lugares donde operaban, las fuerzas cubanas tenían la orden de destacar algunas guerrillas sobre los campamentos españoles más inmediatos para que enfrentaran las primeras escaramuzas, procurando que la vanguardia del ejército invasor no empeñara combate formal, a menos que por la consistencia del núcleo cubano o por las ventajas de la posición, tuviese la seguridad de poder dispersar al enemigo, pues cualquier descalabro en la vanguardia de un ejército que toma resueltamente la ofensiva es de un efecto fatal. Escalonados todos los pequeños destacamentos sobre la retaguardia de la columna, se hallaron en condiciones de batir cualquier fuerza enemiga que siguiera la huella del cuerpo invasor.

La estrategia trazada por los líderes de la campaña invasora durante el paso por Las Villas estaba centrada en que no se atacarían poblaciones fortificadas, caseríos ni bateyes que contaran con guarnición, pues procuraban reservar esfuerzos para contiendas mayores.

[4] José Rogelio Castillo Zúñiga: *Autobiografía*, ob. cit., p. 95.

En su empeño por llevar la invasión al occidente, el Generalísimo hizo su entrada al territorio el 9 de diciembre, por Quemado Grande, después de haber sostenido un encuentro en Casa de Tejas, entre Fomento y Báez. Comentaba en su *Autobiografía* el general José Rogelio Castillo que, ese día 9, las tropas cubanas pasaron por Fomento y acamparon en Quemado Grande; el día 10, exploraron parte del territorio e hicieron campamento en Manacal. Según explica José Luciano Franco, ese día fueron:

> […] a hacer noche y descansar en Quemado Grande, después de tres acciones de guerra y nueve leguas de caminos intransitables casi para la caballería. De aquí se emprendió la ruta invasora el día 10 por vías tan pedregosas como las anteriores, para cubrir las siete leguas que lo separaban de Manacal, en el valle de Manicaragua, poblado de familias cubanas que brindaron a los libertadores cariñosa recepción. En el vivac bullicioso, constantemente recibieron los soldados orientales generosos regalos, aportados por los campesinos más humildes deseosos de ofrecerles un poco de felicidad a los que todo lo daban por su libertad.[5]

La geografía de la región se convirtió en un factor muy importante para la estrategia trazada por la dirección de la columna invasora, de este modo la describe José Miró Argenter en su obra:

> […] Las montañas del macizo Guamuhaya eran los cuerpos avanzados del gran campamento de la revolución en Las Villas, cada altura era un mirador excelente, cada montón un puesto de seguridad, cada cumbre una trinchera, formando la diversidad de estos puntos de exploración y defensa, con los encumbrados montes que circunvalan el valle, el más abrigado campo militar del departamento Central. Bastará, un grupo de hombres resueltos para sostener la batalla irregular de escaramuzas emboscadas, por entre desfiladeros y veredas inaccesibles para el soldado español, quien gastará inútilmente su vigor tratando de arrollar a un enemigo sutil, que tan pronto acomete como se escurre, de repente se sustrae y del mismo modo se multiplica, desparramado por el bosque.[6]

En la bibliografía consultada se resalta que las alturas de Manacal ofrecían buenas posiciones defensivas y aseguraban el camino ulterior que habría de llevar la columna, cualquiera que fuera el resultado de la acción.

Se describe que transcurridas horas en espera de los españoles, las fuerzas cubanas desconfiaban de que emprendieran la operación anunciada; pero por la tarde empezaron a verse grupos enemigos que registraban las casas de Manicaragua, tal vez para tomar informes de las fuerzas que habían acampado allí, la elevación de las lomas les permitía apreciar el movimiento de toda la columna, que se enca-

[5] José Luciano Franco: Ob. cit., t. II, p. 238.
[6] José Miró Argenter: Ob. cit., tomo primero, cuaderno 8, p. 114.

minaba hacia el Manacal llevando el ala izquierda muy extendida. Continúa Miró Argenter su relato:

> […] Avanza lentamente, tardan más de una hora para cruzar un trecho de dos kilómetros escasos. A las tres comienza la función; han roto el fuego los exploradores de la caballería espirituana contra la vanguardia enemiga. Como los españoles parece que tratan de esquivar el monte, que cierra el campo por la derecha, hacia este lado se envían los grupos de jinetes, para que a pie o a caballo, según lo indique el terreno, hostilicen el centro de la columna que ofrece mejor blanco […] La lucha se anima; la vanguardia española, formada por lo menos de un regimiento de infantería, de una pieza de montaña y dos secciones de [a] caballo, cobra resuello al tomar una colina baja y acribilla las crestas del Manacal, donde se hallan nuestros dragones batiéndose de infantería, con el ronzal sujeto. Se han desmontado un centenar próximamente; son bastantes, por ahora.[7]

Resulta interesante en la descripción que se realiza, el hecho de que la caballería oriental tuviera que combatir como infantería, con los caballos llevados de la mano, a causa de las condiciones geográficas del territorio montañoso del Escambray.

Las líneas de reserva estaban preparadas para cuando los españoles escalaran los muros de la cuesta, impedirles el paso, operación que no podría efectuarse a menos que regasen de sangre todos los peldaños. Prosigue Miró Argenter su excelente relato:

> […] Los dos escuadrones, que se destacan por el ala derecha, evolucionan brillantemente, como en un campo de instrucción, y tan pronto pie a tierra, como sobre la silla, obligan al centro de la columna a distraer algunas compañías que, tras obstinada lucha, ocupan el monte.
> Por lo visto, el jefe de la división española persiste en el propósito de tomar el campamento, pues ha reforzado la vanguardia, y todo el centro y gran parte de la retaguardia; inician ahora un ataque envolvente que no ha dejado de notarse, a pesar de las demostraciones que ha hecho para fingir una retirada. El general Maceo, con su escolta y el regimiento Céspedes, se dirige hacia el lugar amenazado; echando pie a tierra, los jinetes logran contener el avance del enemigo, pero este, al ver frustrados sus planes, trata de desbaratar la línea de nuestros tiradores con un aguacero de proyectiles; el altercado es furioso: por los dos bandos se pelea con igual ardimiento y calor. A las cinco de la tarde, ya con luz indecisa, la refriega está en su apogeo; solamente el manto de la noche le pone término, y unos y otros combatientes encienden las hogueras del vivac.
> Una orden del Cuartel General pone en movimiento a algunas fuerzas para que ataquen el campo del enemigo sorprendiendo sus avanzadas: operación

[7] *Ibidem*, p. 115.

que realiza el coronel Sotomayor poco después de haberse establecido en ambos campamentos el servicio nocturno. Pero la vigilancia de los españoles no da lugar a la sorpresa y tienen que retirarse alumbrados por los fusilazos de los retenes enemigos. Sin embargo, han tenido que apagar las hogueras para no ser blanco de nuevas agresiones. La noche no puede ser más cruda.[8]

El 11 de diciembre de 1895, en horas de la mañana, el ejército invasor acampó en el inmenso potrero situado en las alturas de Boca de Toro (Altos de Alberich, según los españoles), sitio con una excelente posición estratégica: una línea no interrumpida de cerros limita el pequeño llano en que desemboca el camino de Manicaragua y, en el centro de esa línea, tres cerros se destacan por su mayor altura y dominan todo el contorno.

Acerca de lo ocurrido ese día 11 escribió el general Castillo:

Día 11. Manacal. A las 9 a. m. emprendió marcha el General en jefe con su columna y acampó a las 10 ½ en Boca del Toro. A la una menos cuarto tocó formación por sentirse fuego con un retén puesto sobre nuestro rastro. Se desmontaron algunos escuadrones con el fin de tomar posiciones y hacer fuego a una loma en que había aparecido el enemigo. El mayor general Sánchez y el brigadier Castillo, con una sección de infantería, formaron también una línea de fuego sobre el flanco derecho. El combate duró hasta las 7 ½ p. m. La columna acampó en el mismo terreno y se dejaron secciones de tiradores para que hostilizaran toda la noche; la impedimenta se retiró a un lugar distante y seguro, lo mismo que el hospital de sangre.[9]

La sección de infantería era la llave de la posición y debía defenderse; lo vio pronto con su mirar de águila el general en jefe, cuando al mediodía se divisó al enemigo que se aproximaba por el camino y se detenía en la entrada del llano de enfrente. Los generales Gómez, Maceo y Sánchez, acompañados del Estado Mayor y situados en uno de los cerros, el más cercano al adversario, observaban todos los movimientos de este.

Las fuerzas españolas comandadas por el general Oliver —jefe de la división española en el territorio—, compuestas por unos cuatro mil hombres, advertidas de la llegada de los cubanos, trataron de cortarles el paso y en la tarde del día 11, se sostuvo el primer encuentro en la inhóspita zona de Boca de Toro.

El 12 de diciembre amaneció bajo una temperatura glacial, como refiere José Miró; pero eso no impidió que se rompiera el fuego sobre los puestos avanzados. El general Maceo se dispuso a dar la batalla con solo trescientos hombres, incluidos los oficiales del Estado Mayor, armados de rifles. Las restantes fuerzas emprendieron la marcha por el desfiladero de Boca de Toro.

[8] *Ibidem,* pp. 115-116.

[9] José Rogelio Castillo Zúñiga: *Autobiografía,* ob. cit., p. 105.

El lugarteniente general había dispuesto retirar las avanzadas y, durante largo rato, todo permaneció en silencio. La primera emboscada estaba avisada en la boca del desfiladero. Se divisaba la vanguardia española arriba del monte empinado; otro grupo esperaba que le tocara el turno y, en un trayecto de media legua, hay pelotones de diez, quince, treinta hombres, perfectamente escalonados. Irrumpió la columna en la hondonada haciendo fuego a discreción; la segunda emboscada cumplió su misión y dejó el paso franco a los españoles, para que la siguiente los recibiera de análoga manera.

El trayecto de cuatro kilómetros costó a los peninsulares cinco horas de lucha, la narración así lo corrobora:

> […] Como a las dos de la tarde, habiéndose reunido todas las fuerzas que se hallaban escalonadas, se dio un ligero descanso en Boca de Toro. Nadie sospechaba que la columna española se atrevería a franquear tan selvático escenario; mas transcurrida una hora, la guardia que vigilaba el camino avisó que se veían grupos de infantería avanzando resueltamente. La tropa insurrecta montó a caballo y se desplegó en medio de la plazuela, circunscrita por el contorno de Boca de Toro, para hacer frente al audaz e incansable enemigo, que se atrevía a cruzar parajes tan desiertos y remotos: se pelea de nuevo, cual si ahora se abriera la función, aunque economizando cartuchos por nuestra parte, porque hay que pensar en la jornada de mañana; y quién sabe si el ardimiento de los soldados españoles, la tenacidad del jefe que los manda y su temerario empeño de batirnos, obedecen únicamente al propósito de que se vacíen nuestras cananas antes de que lleguemos al distrito de Cienfuegos.[10]

Al fragor del combate, se unieron ese día a las huestes cubanas, las fuerzas del general colombiano José Rogelio Castillo, quien desde el 10 de septiembre peinaba el territorio de Manicaragua y había sumado a sus fuerzas los 18 hombres de Pedro Martínez, de la brigada de Trinidad, y los de Antonio Núñez, destacado en Veguitas.

El general José Rogelio Castillo hace referencia a que alrededor de las doce y media del día 11, mientras se hallaban acampados en Boca de Toro se tocó formación porque se había detectado fuego y en busca de los rastros:

> Se desmontaron algunos escuadrones con el fin de tomar posiciones y hacer fuego a una loma en la que se había detectado al enemigo, tanto él como el General Sánchez, con una sección de infantería, formaron también una línea de fuego sobre el flanco derecho, el combate duró hasta las 7.30 p. m. Se dejaron tiradores para que hostigaran toda la noche.[11]

[10] José Miró Argenter: Ob, cit., p. 117.
[11] José Rogelio Castillo Zúñiga: *Autobiografía…,* p. 107.

Se tuvo la precaución de retirar el hospital de sangre y a los impedidos hacia un lugar seguro en la loma del Chivo, en Triana, a cargo el doctor Cáneda y su ayudante Micaela de Jesús (la Viejita Leyva) como todos solían llamarla.

En su *Diario de campaña*, Máximo Gómez señaló el objetivo que pretendían él y Maceo en este tránsito por pleno monte, en un medio tan accidentado: "Nos proponíamos obligar al enemigo a internarse, para desviarlo de nuestro itinerario, y nos favorecía la situación del camino que íbamos a emprender, pues su primera dirección era el Este, del que aparentábamos retroceder, después variaba al sur y finalmente al Occidente, para bajar por La Siguanea".[12]

Entablados los combates, apenas avanzaban por lo escabroso del terreno, los caminos estrechos y a veces boscosos. Precisamente la táctica mambisa incluyó el aprovechamiento de las condiciones del terreno para la ubicación de emboscadas escalonadas, que afectaron de forma severa a las tropas peninsulares; el uso de los cañones de cuero, que causaron gran daño al enemigo; el machete y las marchas y retrocesos que hicieron de este tramo de la invasión un lazo envolvente que costó cuantiosas bajas al enemigo.

Registra el general Gómez en su diario: "Al amanecer del día 12 el enemigo emprendió su movimiento de avance y nosotros nuestra retirada".[13]

Por su parte, José Luciano Franco enfatiza en la idea de que a estas luchas de montaña, el contingente invasor realizó "[…] prodigios con aquel puñado de jinetes, que, llevando sus caballos del cabestro, peleaban admirablemente como dragones".[14]

Gómez estableció su cuartel general en las lomas de El Quirro. Se reunió esa noche con Maceo e hizo algunos comentarios sobre las operaciones. Habían burlado al general Oliver, que ese día había sido reforzado con los batallones del coronel Palanca y, a pesar de ello, no había logrado detener la marcha invasora: "Hemos conseguido ya nuestro principal objeto, que ese enemigo se nos ponga detrás, pues en vez de detenernos nos empuja".[15]

Las maniobras desarrolladas por el ejército español presionaron al general Maceo a no descansar en toda la noche, mantenerse alerta, vigilando cuidadosamente la colocación de retenes y emboscadas, ordenando la situación escalonada de sus soldados para la próxima jornada. No había salido aún el sol, cuando la artillería española comenzó a disparar desde gran distancia sobre las posiciones ocupadas por Gómez y Maceo. Creyendo bien preparado el terreno, la infantería española se lanzó al ataque, que fue contenido por las fuerzas que Maceo había escalonado para proteger la retirada del grueso del ejército invasor.

El Titán, acompañado por los valerosos hombres de su escolta, se puso al frente del regimiento Céspedes y se dirigió al lugar que amenazan los españoles. La acción cobró intensidad y a los pocos minutos llegó a ser una cruenta lucha en la cual ambas partes hacían derroche de arrojo y coraje. Horas tras horas persistieron

[12] Máximo Gómez: *Diario de campaña*, p. 298.
[13] *Ibidem*.
[14] José Luciano Franco: Ob. cit., t. II, p. 242.
[15] Máximo Gómez: Ob. cit., p. 299.

los combatientes en superarse recíprocamente, hasta que las sombras de la noche impusieron una tregua. Los jinetes que acompañaban a Maceo, dado lo abrupto del terreno, bajaron de sus caballos, echaron pie en tierra para poder detener la furiosa ofensiva del enemigo. Las bajas criollas aumentan, una lluvia de plomo caía sobre los valientes jinetes mambises. Al amanecer del 13 de diciembre las avanzadas de ambos contendientes rompieron de nuevo el fuego.

Amado Palenque, en su obra dedicada al estudio de esta epopeya, refirió: "Los hombres de Maceo se fueron situando escalonadamente en grupos colocados en cada vuelta de camino, en cada concavidad de los farallones. De esta manera, el enemigo no podía dar un paso sin recibir el fuego de los mambises, casi a quemarropa. En la medida en que se avanzaba, el camino se hacía más tortuoso, difícil y angosto".[16]

Sobre lo ocurrido el día 12 de diciembre, relató el general José Rogelio Castillo:

> […] A las 6 a. m. emprendió [la] marcha parte de la columna con el General en Jefe, quedando el resto de la misma combatiendo a las órdenes del Lugarteniente general Antonio maceo. Los heridos fueron trasladados a su destino y a las 4 p. m. se acampó en el lugar conocido por El Quirro. El enemigo logró rebasar la loma al retirarnos y seguir nuestro rastro. No cesa el fuego durante ese día, con más o menos intervalos. Nuestras bajas han consistido en 4 muertos y 21 heridos. Se presume que la tropa española, ascendente a unos 12 000 hombres, haya sufrido muchas bajas.[17]

Cinco horas de continuo batallar, solo han proporcionado al enemigo cuatro kilómetros de avance. Fatigada, al mediodía, la división española hace alto en la encrucijada de un camino que baja de la montaña al llano, que toma hacia la derecha, perseguidos ahora por el fuego graneado de los exploradores mambises.

A las 4:00 p. m. del día 13 se instala el campamento en La Siguanea y, una hora después, el general Gómez conoce el relato fiel de la última acción de Maceo. Los españoles habían tomado rumbo hacia el Hoyo de Manicaragua, distante dos leguas de La Siguanea. Se alimentaron y descansaron los cubanos, mientras Gómez y Maceo preparaban los planes de las operaciones a realizar en las llanuras de Cienfuegos.

Respecto a ese día, el general José Rogelio Castillo escribió:

> […] A las 4 p. m. acampa el General en Jefe en La Siguanea. A las 7 p. m. se le incorpora el Lugarteniente general Antonio Maceo, quedando el general Sánchez encargado de cubrir la retaguardia. A las 12 p. m. mandó este a su ayudante comunicando que la columna enemiga se había visto obligada a contramarchar a causa de las numerosas bajas que se le habían hecho, pues cayó en todas las emboscadas que, de antemano, se le habían preparado en el camino. Fueron tantas sus bajas, que tuvieron que cargar los heridos

[16] Amado Palenque: Ob. cit., p. 132.
[17] José Rogelio Castillo Zúñiga: Ob. cit., p. 109.

en carretas. En esta noche llegó el coronel Núñez con todas sus fuerzas y el coronel Rego.[18]

Durante tres días seguidos hubo combates en el valle de Manicaragua. Después de descansar, la columna invasora penetró en las llanuras de Cienfuegos: En sus *Crónicas...,* Miró escribió al bajar del lomerío del Escambray villaclareño: "La guerra de montaña ha concluido por ahora para dar paso a la guerra en campo abierto, donde la lucha habrá de revestir otro carácter y el modo de batallar será distinto. Los movimientos tácticos se efectuarán al aire de carga: el machete será el arma predilecta".[19]

El general español Oliver, a través de un propio, le notificaba al general Martínez Campos:

> [...] He conseguido encontrar las partidas de Gómez y Maceo a las cinco de la tarde del día 11 en los altos de Alberiche, durante el combate, hasta ser completamente de noche, desalojándolos de sus posiciones con cinco muertos y veinte heridos, de ellos un oficial. Sigo [en] su persecución con las columnas del Coronel Manrique de Lara y el Teniente Coronel Subeldía. Creo haberlos detenido en su vida de ocultos, después de continuado movimiento durante los días 12 y 13 con frecuentes encuentros, ocasionándonos grandes pérdidas de hombres.[20]

En tanto Martínez Campos, ese día telegrafió desde su despacho en Cienfuegos dando fe de la estratégica contienda y reconociendo la pérdida de "muchas fuerzas y muchas armas".[21]

Miró Argenter, al referirse a las operaciones militares realizadas por el general Oliver, jefe de la división española, expresó claramente que este había obedecido órdenes apremiantes de Martínez Campos, encaminadas a destruir el núcleo rebelde, cuando menos producir un serio revés que pusiera límite al audaz intento de los invasores, lo resumió de este modo:

> El general Oliver ha hecho más de lo posible en esa costosa empresa; ha dado pruebas admirables de su tesón y pericia militar, obligando a sus tropas a batirse en medio de un dédalo de emboscadas y a vivaquear en plena manigua, tal estilo de fuerzas insurgentes; pero las nuevas tentativas del general Martínez Campos, sus planes y combinaciones para detener la marcha de la invasión en las fronteras de Occidente, fracasan esta vez en Manicaragua.[22]

[18] *Ibidem*, p. 108.
[19] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 117.
[20] Amado Palenque: Ob. cit., p. 138.
[21] *Ibidem,* p. 140.
[22] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 119.

Con las acciones en el territorio de Manicaragua, los villaclareños darían en ese momento un aporte importante a la estrategia general de la Revolución. Después del célebre combate de Mal Tiempo (15 de diciembre) en tierras cienfuegueras, una fuerza de 700 hombres se unió al contingente invasor. Esos hombres pertenecían al 4.º cuerpo y los dirigía el coronel Juan Bruno Zayas Alfonso. Integraban esta fuerza 200 remedianos y 500 sagüeros, estos últimos reivindicando también la parcial inactividad en su región de meses atrás.

La campaña invasora y su recorrido por la región central de Cuba se resume así:

- 9 de diciembre, el contingente acampa en Quemado Grande
- 11 de diciembre, avanza, acampa y combate en Monacal
- 12 de diciembre, avanza y combate el Boca de Toro y El Quirro para moverse y comenzar a bajar el macizo montañoso por Siguanea
- 13 de diciembre, avanza hasta las llanuras de Cienfuegos (anexos 1 y 2).

La columna, engrosada por villareños, se encargó de completar la obra de estos en el centro de Cuba. Esta etapa final del recorrido de la columna entre los territorios de Cienfuegos y Villa Clara estuvo matizada por la acción constante de la tea incendiaria, desde Cruces hasta los límites con la región matancera. De esos días de marcha decía el jefe de la escolta de Máximo Gómez, Bernabé Boza: "[...] el sol es abrasador y marchamos envueltos en una espesa nube de humo de la candela que a derecha e izquierda vamos dando a los cañaverales".[23]

Ernesto Guevara de la Serna valoró la trascendencia de esta heroica gesta resaltando la capacidad estratégica y táctica del lugarteniente general, cuando expresó:

> [...] con movimientos continuos, con marchas y contramarchas, combatiendo sin cesar casi día a día, atacando fulminantemente la mayoría de las veces, resistiendo a pie firme los ataques otras, Antonio Maceo cruzó la Isla de una punta a la otra y llevó el fuego revolucionario a provincias que no lo habían conocido en la anterior etapa de la guerra de liberación.[24]

Las acciones del Ejército Libertador en Las Villas se encaminaron a atacar la fuente de riquezas de las que se abastecía el poder colonial; a su paso la incorporación y colaboración de los simpatizantes, así como las actividades independentistas se incrementaron notablemente. Además, incidió en la profundización del pensamiento revolucionario de jefes, soldados y pueblo en general. El desarrollo de la guerra contribuyó al proceso de forja de la nación cubana.

La irregularidad del movimiento, tanto en velocidad como en dirección, representó la mejor arma táctica de distracción, compensación requerida ante la desventaja en

[23] Cit. por Colectivo de autores: *Síntesis histórica provincial de Villa Clara*, p. 114.
[24] Ernesto Guevara de la Serna: "Panegírico de Antonio Maceo", en *Escritos y discursos*, p. 265.

número de hombres. La gesta invasora logró cumplir con creces todos los objetivos trazados para su paso por la región. Esa magna y épica hazaña tuvo su repercusión en territorio villaclareño, por su tránsito por las faldas montañosas próximas a Manicaragua, hacia el sureste de la población, y por la incorporación de varios centenares de sus hijos a la impetuosa marcha.

El paso de la columna invasora colocó la Revolución del 95 en el territorio central en una fase de desarrollo nunca antes logrado en las luchas independentistas cubanas: se logró unidad y movilidad al integrar en una estrategia común a todas las tropas.

Anexo 1

La guerra de independencia en Villa Clara (1895-1898)

Fuente: Mapa elaborado por el colectivo de autores: *Historia de la provincia de Villa Clara desde las comunidades aborígenes hasta 1990.*

Anexo 2

Acciones durante las Guerras de Independencia, municipio de Manicaragua

Mapa elaborado por la Empresa GeoCuba VC-SS, Agencia Villa Clara, 2015.
Escala 1:57000. Las líneas dobles identifican la ruta de la invasión.
Fondos del Museo Municipal de Manicaragua.

Anexo 3

Lugares históricos identificados por la Comisión Provincial de Patrimonio en Villa Clara: Manacal, Boca del Toro y El Quirro

Fuente: Fondos del Museo Municipal de Manicaragua.

Mal Tiempo: soledad o anonimato

Adriana Mani Benítez

En la mañana del 15 de diciembre de 1895, el contingente invasor acampaba en Las Lomitas, donde el Generalísimo había dado órdenes bien claras: ante el enfrentamiento con tropas enemigas se combatiría a toque de a degüello. Mientras, las fuerzas hispanas partían de Cruces hacia el sur para defender la zona azucarera y la ciudad de Cienfuegos.

En un punto cercano a Mal Tiempo se encontraron ambos contrincantes, un pequeño grupo mambí se desplegó en guerrilla —desobedeciendo la orden del general— y los españoles formaron el cuadro de caballería. Inmediatamente, el general en jefe y el lugarteniente reiteraron el llamado a la carga al machete y penetraron la defensa enemiga.

El resultado de la acción bélica fue un total fracaso para los peninsulares: soldados bisoños, atemorizados, huían y salían a la desbandada. En una segunda etapa, los españoles se reorganizaron en una pequeña columna y se encaminaron al sitio del combate para efectuar un reconocimiento.

Adriana Mani Benítez

Licenciada en Historia. Máster en Estudios Históricos y Antropología Sociocultural Cubana. Premio de investigación Florentino Morales 2019. Vicepresidenta de la Unhic en la filial de Villa Clara.

Durante la marcha fueron hostilizados por los cubanos, que les ocasionaron 48 heridos —aparte de las 300 bajas, incluidos 147 muertos, de la primera etapa del combate— y se vieron obligados a retirarse hacia la finca ubicada en el lugar.

Mal tiempo fue de gran importancia para el desarrollo y consolidación de la guerra. En primer lugar, los mambises ocuparon gran cantidad de armamento y el botiquín médico. También les posibilitó la entrada a la región occidental, con lo cual lograron convertir la guerra de regional en nacional y destruir las propiedades y riquezas que en dicha zona sostenían al ejército español. Con esta derrota, en la metrópoli se generó un descontento popular que dio inicio a una campaña política en la prensa para relevar al capitán general Arsenio Martínez Campos.

A grandes rasgos, estas son las coordenadas de uno de los más significativos combates de la historia militar cubana y de la invasión, y, por ende, ampliamente tratado en la historiografía nacional por diversos autores. El eje central de este artículo se encamina a reflexionar acerca de un suceso de la clandestinidad mambisa cienfueguera que se vincula con dicho enfrentamiento. El origen de estas reflexiones nace de lo que expone Francisco Pérez Guzmán: "Quizás la clave del éxito militar [se refiere a Mal Tiempo] la proporcionó Máximo Gómez cuando expresó: 'Yo sabía que eran quintos y que no podían resistir nuestra carga al machete'. En efecto, las unidades de Canarias y Bailén recién habían llegado a Cienfuegos y su experiencia y capacidad combativa eran mínimas".[1]

De esta idea nace la interrogante: ¿Cómo Máximo Gómez pudo deducir que las tropas españolas estaban formadas por soldados bisoños y no aguantarían la carga al machete? Para comprender la decisión militar del Generalísimo, es imprescindible plasmar lo que explica el texto de René Reyna Cossío:

> Respecto a la orden del mando cubano al iniciarse la marcha del día 15 de diciembre, que imponía a la extrema vanguardia la carga al machete sin consultas ni dilaciones, cualquiera que fuese el número y posición del enemigo, confesamos que nos hizo meditar mucho, porque no es presumible que un guerrero tan notable como Máximo Gómez pudiera darse el caso de una orden tan peligrosa, a menos que tuviera la certeza de conocer el número, calidad y lugar donde se movía el contrincante. Pero pronto salimos de duda, porque nos convencimos que los invasores eran asediados por columnas poco numerosas, que eran las que más daño ocasionaban, y que debido al buen servicio de información cubano, se sabía la cantidad y calidad de las fuerzas que operaban por Cruces, recién llegadas de España e integradas por reclutas en su mayoría, extremo que hemos podido comprobar al visitar al Señor Lindner, que posee el conocido cuadro de Mal Tiempo en su residencia particular. Dice el Señor Lindner que después de muchos ensayos al fin el General Gómez dio su conformidad al artista, señor Feliciano Ibáñez (esto acaecía en 1903) y que en presencia de los generales Boza

[1] María del C. Barcia, Gloria García y Eduardo Torres-Cuevas: *Las luchas por la independencia nacional...,* t. 2, segunda parte, p. 460.

y Miró se expresó así: "Yo sabía que eran quintos y que no podían resistir nuestra carga al machete".[2]

En el texto, se afirma que los movimientos y las características de las tropas españolas se conocían por el buen servicio de información cubano. En la búsqueda del origen de la información precisa, se deduce que debió venir de Cienfuegos, por donde desembarcaron los quintos. En la indagación, se descubre la explicación siguiente en la tesis de licenciatura "Organización y funcionamiento de los clubes revolucionarios de la Segunda División del Cuarto Cuerpo del Ejército Libertador en las Villas Occidentales (1895-1898)":

> Así mismo, en varias ocasiones, los miembros de los clubes revolucionarios informaron sobre los movimientos y organización de las tropas españolas, hecho que ocurría porque varios miembros de los clubes eran empleados del ayuntamiento, ferrocarriles, otras instituciones y establecimientos españoles. Por su significación valga destacar que en el combate de Mal Tiempo, el General Máximo Gómez se enteró de que las tropas a las que se enfrentaba eran soldados bisoños equipados con Máuser y sin experiencia en el manejo de esa nueva arma, gracias a un informe enviado por Rita Suárez del Villar y traído por Antonio Oviedo, que llegó al campamento mambí, el día antes del combate de Mal Tiempo, o sea el 14 de diciembre de 1895.[3]

Las noticias descubiertas por Rita Suárez del Villar —con posterioridad sería presidenta del club La Cubanita— y enviadas por Antonio Oviedo —vocal del club Panchito Gómez— contribuyeron a la victoria en el combate de Mal Tiempo, en Cruces, por parte de las tropas invasoras el 15 de diciembre de 1895, que abrió el camino a la invasión hacia su objetivo: el occidente.[4]

Este argumento está respaldado por documentación original del fondo Rita Suárez del Villar, en el Archivo Histórico Provincial de Cienfuegos, aunque no apoya completamente la afirmación que realiza la autora con respecto a que la información fuera entregada por Rita Suárez, solo por el hecho de que la propia Rita dé testimonio al respecto. Si se analizan detalladamente las circunstancias, algunos argumentos confirman y otros rechazan la posibilidad de que haya sido Rita la portadora de las noticias que influyeron en la decisión militar de la carga al machete que garantizó la victoria mambisa.

[2] René E. Reyna Cossío: *Cuadernos de historia habanera: Estudios históricos militares sobre la Guerra de independencia de Cuba*, p. 33.

[3] Archivo Histórico Provincial de Villa Clara (AHPVC): Fondo Rita Suárez del Villar, leg. 1, exped. 17.

[4] Adriana Mani Benítez: Organización y funcionamiento de los clubes revolucionarios de la Segunda División del Cuarto Cuerpo del Ejército Libertador en las Villas Occidentales (1895-1898), Trabajo de Diploma (inédito).

Primero, Máximo Gómez afirmó que sabía con anterioridad que eran quintos, pero no manifestó en ninguna fuente quién le había entregado la información. De hecho, Gómez, en su diario de campaña, realizó muy pocos apuntes sobre esos días, tan escasos que no permiten hallar indicios al respecto; es decir, el sujeto histórico que pudiera haber confirmado el testimonio de Rita, no lo hace o al menos no se tiene conocimiento de ello.

En el reverso de la moneda hay un detalle que no se puede obviar para hacer un análisis justo: Máximo Gómez profesaba una amistad profunda a Rita Suárez, basada en el patriotismo que la distinguía, y expresado en su correspondencia personal y frecuente con ella,[5] y en el halago que le manifestó cuando la conoció al final de la gesta: "Nunca imaginé que fueras tan pequeña por todo lo que has hecho por Cuba".[6] Alerta la perspicacia, la distinción personal que le tuvo, porque como el cuartel general de Gómez se encontraba en Narcisa —actual provincia de Sancti Spíritus—, las mujeres villareñas y, en especial, las presidentas de los clubes revolucionarios de la región brindaban auxilio a dicho cuartel. El sentido común de la investigadora la encamina a pensar que no podría ser Rita solo reconocida por el Generalísimo —hombre tan parco en elogios— por enviar recursos y auxiliar en la comunicación, porque esta tarea no fue llevada a cabo solo por ella: la distinción y afecto especiales que el general en jefe le manifestó bien pudo haber sido por los sucesos de Mal Tiempo; ello es una probabilidad muy considerable.

Desde el punto de vista espacial, sí es posible que se haya producido la entrega de esa información: el combate ocurrió en Mal Tiempo, en el poblado de Cruces y, en ese mismo pueblo, en el ingenio San Francisco —actualmente en el poblado de Marta Abreu— existía un punto de comunicación entre los clubes revolucionarios de la ciudad y las tropas mambisas, donde se entregaban recursos e informaciones. No puede, además, dejar de mencionarse un dato importante: en diciembre del 95 conspiran mayoritariamente los hombres organizados en clubes, pues solo estaban fundados en la región de Las Villas Occidentales los clubes masculinos Panchito Gómez, en Cienfuegos, y Juan Bruno Zayas, en Santa Clara; pero, desde el inicio de la guerra, Rita conspiraba a favor de la independencia junto a su hermano Victoriano, en la prefectura ubicada en la propiedad de la familia en Cayo Ocampo. Por eso no se puede eliminar la figura de Rita del escenario de la búsqueda y entrega de información.

Ahora el análisis lleva estas dos directrices: búsqueda y entrega de la información. Con respecto al proceso de búsqueda existen ambigüedades: Rita tenía suficientes contactos como para saber qué se movía en Cienfuegos; pero también los tenía Antonio Argüelles, quien trabajaba en los muelles de Cienfuegos y era enlace entre la Delegación de Nueva York y la ciudad. También pudo haber sido cualquier habitante del pueblo cienfueguero en diciembre de 1895, pues la lógica indica que la entrada de tropas españolas por Cienfuegos no constituía un secreto

[5] Véase Doris Era y José Díaz Roque: *Cartas desconocidas de Máximo Gómez a Rita Suárez del Villar.*

[6] Rita Suárez del Villar: *Mis memorias,* p. 18.

para la población: cualquiera que estuviera atento a lo que sucedía podía saber que habían desembarcado quintos y el propósito militar que tenían.

La fuerte represión española provocaba que las acciones de los patriotas en las ciudades fueran actividades conspirativas.

Esta premisa implica, en una investigación, que la deducción acerca de cómo pudo saberse que las fuerzas desembarcadas por Cienfuegos estaban integradas por quintos y cuál era su objetivo, esté basada en la reconstrucción de un escenario desde la imaginación histórica, del que no quedan más fuentes que lo que cuentan los implicados después, en la República neocolonial. Es posible que todos los implicados en la conspiración supieran y acordaran hacer llegar la información. En este punto, adquiere importancia el testimonio de Rita, que explica que Antonio Oviedo, como vocal del club Panchito Gómez,[7] se dirigía al campamento de Gómez y ella lo interceptó en el último momento y logró enviar la información.

También es cierto que su autobiografía la escribió casi al cumplir los cien años; aunque queda claro, por su lenguaje y firmeza en la escritura, que, a pesar de su longevidad, gozaba de claridad mental. Por ello, puede considerarse verídico su testimonio —la autora de la tesis afirma que no puede considerarse falso—. Aun si hubiera engrandecido su papel, debe haber estado implicada de alguna forma con respecto a la información de los quintos.

Ante hechos no suficientemente aclarados, se llega a una primera conclusión: existió una red de espionaje en Cienfuegos lo bastante sólida como para saber acerca de los movimientos militares españoles. Resulta imprescindible destacar esto, que nos lleva al segundo dilema: la entrega de la información.

Si fue Rita la que descubrió la información, ¿por qué no se encaminó al campamento y la entregó ella misma al Generalísimo? Se despeja el paisaje decimonónico, las mujeres no podían entrar a los campamentos mambises; no estaba prohibido, pero era mal visto. En ello incidían dos características de nuestra lucha en campaña: por una parte, la falta de vestimenta apropiada en los hombres ocasionaba el desnudismo parcial o total y, por la otra, los prejuicios de la época impedían que una señorita de la sociedad cienfueguera estuviera en medio de tantos hombres. No estaba prohibido, pero era inconcebible.

Por otro lado, la historiografía regional de Cienfuegos ha sido conservadora con respecto a esta incertidumbre y con toda razón. En la historia de la provincia de Cienfuegos no se menciona el hecho, se describe y analiza el combate y no se hace referencia a la incidencia de la clandestinidad cienfueguera. En artículos periodísticos sí se menciona lo relativo a la información, pero no se nombra a Rita Suárez, la conexión era entre hombres: los citadinos descubren el hecho y los mambises reciben la confidencia precisa.

Uno de los investigadores acerca del tema de las guerras en la región, el M. Sc. Orlando García, explica que los hechos no están probados y basándose en su experiencia investigativa, considera que no existe certeza absoluta; pero le

[7] De hecho, eran los vocales de los clubes quienes se dedicaban a estas funciones de llegar a la manigua o punto de comunicación, y entregar recursos y comunicaciones.

parece poco probable que Gómez intentara eludir las tropas hispanas en el escenario del combate, cuando no quedaba otra opción que el enfrentamiento. Solo dos libros respaldan esa teoría, los relacionados con la vida de Rita: *Mis memorias* —su autobiografía— y *Aún crecen las siemprevivas.* Este último, basándose en el documento del Archivo Provincial y la autobiografía, afirma que Rita debió avisarle —a través de Antonio Oviedo— al Generalísimo de la presencia de los quintos a los que se iba a enfrentar en Cruces.

En cuanto al arribo a la más verídica versión de los hechos, los investigadores se encuentran en una encrucijada. Como las acciones de los patriotas de la ciudad se realizaban en medio de la conspiración, casi no existen fuentes que prueben su ayuda.[8] Los propios miembros del club Panchito Gómez, durante la República, cuando explicaban sus diversas acciones nunca se atribuyeron el mérito haber entregado la información, de hecho no relatan nada de Mal Tiempo. Parece que la única que guardó prueba de lo ocurrido el 14 de diciembre de 1895 fue Rita, en su copiosa colección personal versada en sus trabajos patrióticos individuales y como presidenta del club La Cubanita.

Máximo Gómez, de acuerdo con la bibliografía revisada, solo confirma que lo sabía, nunca menciona dónde ni cómo obtuvo la información. De modo que el testimonio de Rita no está confirmado y queda la ambivalencia de que pudo haber sido ella u otro. Sus contemporáneos no le reconocen el mérito de haber entregado una información que permitió el avance de los mambises hacia el occidente. No existen fuentes o testimonios que respalden o contrarresten lo explicado por Rita y no se puede construir una historia sobre los hechos relacionados con el combate de Mal Tiempo y el posible apoyo de los conspiradores cienfuegueros, ni afirmar quién fue el confidente de tan importante noticia ni cómo se hizo llegar a Gómez.

Los investigadores, atados de pies y manos, a más de un siglo de aquellos sucesos, no pueden arribar a una conclusión científica. Este hecho, que le daría un matiz peculiar al combate y a la misma campaña de invasión, queda en el campo de la especulación, porque no hay fuentes, ni otros testimonios que triangulen la versión de Rita Suárez del Villar. Por eso resulta acertada la posición conservadora de los historiadores regionales cienfuegueros de no tocar el tema.

Entonces, ¿por qué la autora de la tesis se decide a reflexionar sobre Mal Tiempo y los conspiradores cienfuegueros, sabiendo de antemano que no hay pruebas fidedignas, ni conclusiones científicas posibles a las cuales arribar? Porque el contexto subliminar que se esconde detrás de las incongruencias de la victoria mambisa en Mal Tiempo, va más allá del hecho de que fuera Rita u otro quien enviara la información acerca de los quintos a Gómez. Esclarecer ese detalle se vuelve insustancial.

Sin embargo, explicar que no existen elementos que confirmen el testimonio de Rita Suárez del Villar no es el real objetivo de este artículo. Rita es una de las patriotas más reconocidas en las guerras de independencia en territorio cienfue-

[8] Como ejemplo, es casi inexistente la documentación original del club masculino cienfueguero.

guero; pero al profundizar en el escenario sociohistórico, se determina que es un reconocimiento nominal. La magnitud de su valía no se puede identificar a plenitud y la razón de ello, al menos para mí, resulta evidente: es la discriminación de la mujer.

Lo que sucede con Rita y Mal Tiempo, los sucesos no aclarados constituyen una muestra de una discriminación de género muy fuerte —de las más fuertes y solapadas— debido en lo fundamental al contexto decimonónico en el que vive Rita.

Sus contemporáneos son patriotas, pero no pueden superar los cánones de su época. Le agradecen su auxilio, toda su ayuda durante la guerra es considerada válida, útil y necesaria. Sin embargo, en la República, a la hora de reconocerle a la mujer cubana su real participación en la gesta no se aclaran los sucesos. Ni siquiera niegan su participación; simplemente la obvian, la invisibilizan. Y Rita queda sola defendiendo su aporte, da la impresión de que ella quiere resaltar su labor, porque no hay nadie que aclare o niegue su testimonio. La época, la discriminación y los prejuicios no superados de sus compatriotas dejan en el anonimato a Rita.

Entonces, la reflexión se traslada a otro escenario, ya no es acerca de los hechos del 95, ni la discriminación latente durante la guerra y la República neocolonial. Se centra en el llamado de la historiografía nacional a realizar estudios de género, a dignificar y relatar las acciones y la participación de la mujer cubana en las gestas independentistas.

Los sucesos no aclarados de Mal Tiempo indican una dificultad: en diversas ocasiones cuando se trata de abordar la participación femenina en la gesta —como en Mal Tiempo— no hay manera de probar o conocer lo que realmente hizo la mujer. La razón se origina en esa subordinación al hombre en la familia y en la sociedad; sin dejar de reconocer que sobresale el accionar masculino en nuestras gestas libertarias.

En diversos relatos, cuando sus contemporáneos ejemplifican lo que hicieron las mujeres no se basan en argumentos ni en hechos, parecen dadivas entregadas a ciertas y particulares mujeres. Y cuando aparece la hipótesis de que una mujer pudo realizar alguna acción esencial, cuando puede ser evidente su significativa participación no se refieren a ello. De modo que la mujer patriota recoge el anonimato no solo de su tiempo, también de este tiempo, donde, sin embargo, se reconoce la validez de investigar el papel de la mujer.

En esos estudios actuales, se arrastra la inadecuada percepción de su tiempo, el silencio de sus contemporáneos durante toda la República. Por eso, a 125 años de ocurrido el combate de Mal Tiempo, un investigador no puede asegurar la participación de Rita en la entrega de la información ni hoy, ni en un futuro próximo.

Tras estas reflexiones, sin ser absoluta, se concluye que, al analizar la participación de la mujer en los procesos de las guerras de independencia cubana, existe un vacío historiográfico inmenso, que es muy difícil de completar porque las investigaciones quedan truncas por falta de fuentes que verifiquen los acontecimientos y la significación de la participación femenina en la guerra.

La ciencia aconseja que, si es improbable no lo plantees, porque cae en un ámbito fuera de la misma ciencia histórica. Entonces, si en 1895 no se dijo que Rita pudo enviar información precisa que contribuyó a la victoria de Mal Tiempo; si

en el siglo XIX e inicios del XX, sus contemporáneos no la mencionan, lo que resulta comprensible dada la discriminación de género, llegamos a la actualidad, cuando la mujer ha escalado posiciones, pero tampoco se reconoce que sea verídico lo relativo a la información entregada por Rita a Gómez.

Es comprensible que los historiadores sean conservadores en el asunto; pero lo cierto es que parece que arrastramos y compartimos la discriminación que sufrió Rita. Como no existe una fuente que lo compruebe, como sus contemporáneos no la reconocen a cabalidad, es preferible el silencio. De esa manera, los cientistas sociales admiten el anonimato de la mujer cubana en la guerra.

La pregunta correcta sería: ¿qué es lo que en la ciencia histórica no se puede superar: el anonimato o la discriminación a la mujer? De la respuesta a la anterior pregunta emerge la gran dificultad de hacer historia de género hoy, que radica en solventar la escasez de fuentes y superar los prejuicios.

Rita es solo un ejemplo en un conglomerado de mujeres que sufre la discriminación por ser adelantadas a su tiempo y acometer tareas que entonces pertenecían al rol masculino. ¿Cómo podemos evitar que la discriminación a la mujer de otros tiempos no permee hoy nuestras mentes? ¿Cómo impedir que los prejuicios sociales interfieran en las investigaciones sobre mujeres? ¿Pueden llevarse a cabo estudios científicos coherentes sobre la magnitud de la valía de las mujeres mambisas, a pesar de que arrastran prejuicios de sus contemporáneos y escasez de fuentes? Estas son solo algunas interrogantes.

Venciendo mis propias dificultades, mis propios prejuicios, me atrevo a esbozar que las Rita no pueden seguir en el anonimato ni por los hombres de su época, ni por la ciencia histórica actual. Dejarlas ahí es expresión de que los estudios de la mujer están mellados por una discriminación de siglos de existencia. Abandonarlas sin el merecido reconocimiento es compartir esa discriminación, al menos de manera inconsciente, lo que explica que no está completamente "superada". Lo que resulta imperdonable en la ciencia histórica actual es que los estudios sean expresión de la invisibilidad de la mujer cubana, en este caso en las guerras de independencia. Por eso, concluyo con la premisa de que no es imprescindible conocer y confirmar si fue Rita u otro patriota quien buscó y entregó la información valiosa acerca de los quintos a Máximo Gómez para reconocer su entrega a la causa. Sin embargo, no es posible seguir obviando que pudo ser la mujer cubana no solo auxiliadora benevolente, sino participante directa de una acción de combate de las más importantes en la historia militar cubana.

Yo, Esteban, conocí a Gómez y Maceo en la invasión

Dariel Alba Bermúdez

El estudio de las luchas por la independencia de Cuba constituye una temática recurrente dentro de la historiografía nacional y regional. En la actualidad, numerosos historiadores han dedicado sus esfuerzos a examinar el desempeño de aquellas personalidades que tuvieron un papel protagónico en el ámbito militar y organizativo dentro del proceso de emancipación cubano. Entre ellas podemos mencionar a Carlos M. de Céspedes, Ignacio Agramonte, José Martí, Máximo Gómez, Antonio Maceo y Serafín Sánchez. Sin embargo, resultan insuficientes las investigaciones que han dirigido toda su atención a analizar, con el rigor y la profundidad necesarios, el accionar de otras figuras destacadas en este proceso.

Dicho déficit ha estado condicionado, en mayor medida, por la dispersión de las fuentes documentales y por un desconocimiento ya generalizado acerca de las proezas realizadas por otros hombres que no tuvieron una actuación tan reconocida dentro de las filas

Dariel Alba Bermúdez

Licenciado en Historia y máster en Estudios Históricos y Antropología Sociocultural Cubana, por la Universidad de Cienfuegos. Profesor de la Licenciatura en Historia. Ha participado en varios eventos y talleres científicos regionales, nacionales e internacionales. Además, ha publicado diversos artículos en publicaciones cubanas y foráneas.

de Ejército Libertador y que, en ocasiones, llegan a caer en el olvido. A pesar de ello, las memorias y diarios redactados por estos soldados, al calor propio de la guerra o una vez culminada la beligerancia, constituyen testigos innegables de nuestra nacionalidad. De igual modo, permite entender el proceso histórico desde un punto de vista totalmente diferente a los ya conocidos por la historiografía cubana, pues consigue revelar el perfil humano, a menudo inesperado, de las huestes que ofrecieron todo su empeño y sacrificio por la independencia de la Isla.

En este sentido, resulta complejo reconstruir el itinerario de un individuo determinado a partir de su inserción en el contexto múltiple en el cual se ha desplegado. Para ello, resulta imprescindible referirse a tres vectores que definen los rasgos de la individualidad y, por ende, su modo de pensar y actuar.[1] El primero alude al grado de libertad que la sociedad otorga a cada individuo; el segundo, representa la afirmación externa del individuo frente a otros; y el tercero, la autopercepción o capacidad de autorreflexión del individuo sobre su propia realidad respecto al mundo. A partir del estudio minucioso de dichos vectores, se pudo realizar un análisis detallado sobre la actividad revolucionaria desarrollada por el sargento de primera José Esteban Gómez Vizcaíno durante la invasión al occidente durante el transcurso de la guerra necesaria.

Para lograr este objetivo, se consultó un cuaderno de notas de 72 páginas, inédito, titulado *Mis memorias de la guerra,* el cual fue escrito por José Esteban Gómez Vizcaíno (anexo 1). Sobre su fecha de redacción no se ha podido llegar a un consenso final, pues el documento ofrece escasos datos para poder determinar si fue escrito durante la guerra o una vez culminada esta; no obstante, su autor manifiesta que tenía 86 años de edad cuando escribió sus impresiones. Otra referencia de interés y que podría ayudar enormemente a develar la incógnita de su escritura, resulta su afirmación de que contrajo nupcias en el año 1850 en la iglesia La Divina Pastora,[2] en Santa Clara; aunque durante el examen de los fondos parroquiales no se encontró ningún asentamiento sobre este matrimonio en el año 1850.[3]

Antes de analizar el desempeño de Gómez Vizcaíno durante la invasión al occidente, resulta válido retomar las condiciones socioeconómicas y políticas existentes en la Isla ante del estallido de la guerra necesaria y, del mismo modo, examinar el porqué constituía una necesidad histórica la extensión de la lucha a todo lo largo y ancho de la geografía nacional.

[1] Michel Foucault: *Historia de la sexualidad*, t. III. La inquietud de sí, pp. 201-211.

[2] José E. Gómez Vizcaíno: Mis memorias de la guerra (inédito), en Museo Municipal de Ranchuelo: Sección de documentos, no. 1-1523 (sin fecha), p. 1.

[3] A pesar de haber concluido la redacción de este artículo, el investigador continúa la revisión de los fondos parroquiales de la iglesia La Divina Pastora, en aras de esclarecer la fecha exacta del matrimonio de José Esteban Gómez Vizcaíno, lo que permitiría, a la vez, determinar el año de su nacimiento y aquel en que fueron escritas sus memorias con vistas a su publicación.

La guerra necesaria en su fase regional

Si en 1892 nuestro Apóstol José Martí había considerado que se encontraban maduras las condiciones para alcanzar la unidad del movimiento independentista, lo que implicó la fundación del Partido Revolucionario Cubano (PRC), hacia 1894 la dirección revolucionaria concibió que existían las circunstancias propicias para dar comienzo a una nueva contienda que propiciara la definitiva separación de la Isla de la metrópoli colonial española. A pesar de la frustración del Plan de Fernandina, el delegado no desestimó esfuerzos en aras de lograr los objetivos propuestos por la estructura partidista. De este modo, el 24 de febrero de 1895 se produjeron diversos levantamientos armados que marcaron el inicio de la guerra en las zonas de Matanzas, Las Villas y Oriente.

El propio comienzo de la conflagración le ofreció un marcado carácter regionalista, el cual se prolongaría hasta la culminación de la invasión al occidente con la extensión del teatro de operaciones a todo el país. Muchos historiadores cubanos coinciden en que este periodo se caracterizó por la resistencia militar para despejar las costas de las fuerzas coloniales ante la llegada de los principales jefes militares, la necesidad de organizar un gobierno y llevar la guerra a todos los rincones del archipiélago.[4] Dichas características no deben verse de forma independiente, sino concatenadas entre sí, pues su materialización posibilitaría la superación del estado inicial del conflicto.

En tal sentido, el 1º de abril de 1895 desembarcó por Duaba la goleta *Honor,* con la expedición integrada por Flor Crombet, Antonio y José Maceo; Agustín Cebreco Sánchez y otros destacados mambises, lo cual elevó la moral combativa de los independentistas orientales que ya se encontraban en pie de lucha. Diez días más tarde, arribaron a Cuba José Martí, Máximo Gómez, César Salas Zamora, Marcos del Rosario Mendoza, Ángel Guerra Porro y Francisco Borrero Lavadí. La presencia en el territorio nacional de estos líderes produjo un trascendental viraje en la guerra. Además, el 24 de julio Carlos Roloff y Serafín Sánchez desembarcaron por la zona de Tabayacoa, lo que favoreció la incorporación de nuevos elementos a la contienda en la región central del país.[5]

Con la llegada de los principales jefes de la revolución, la organización del gobierno no se hizo esperar. El 5 de mayo del propio año, La Mejorana sirvió de punto de encuentro para que José Martí, Máximo Gómez y Antonio Maceo debatieran acerca del curso de la revolución, la conducción del proceso político-militar y la dirección estratégica del Ejercito Libertador.[6] La incompatibilidad de criterios en cuanto a la forma de gobierno que debía establecerse en la manigua obligó al aplazamiento de la reunión. La caída en combate de José Martí (19 de mayo) no solo trajo como resultado la imposibilidad de retomar estas ideas acerca de la dirección de la guerra, sino que, con ella, perdió la revolución el más plecaro de sus dirigentes. A

[4] Instituto de Historia de Cuba: *Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales 1868-1898*, ob. cit., p. 443.

[5] Luis F. Moral: *Serafín Sánchez: un carácter al servicio de Cuba*, p. 255.

[6] Instituto de Historia de Cuba: Ob. cit., p. 447.

pesar de ello, el 13 de septiembre del propio año, tuvo lugar la Asamblea Constituyente de Jimaguayú, que permitió el establecimiento de la República en Armas, la creación de una nueva Constitución, la definición de las relaciones entre el Consejo de Gobierno y el Ejército Libertador, y la aprobación de la extensión de la lucha a todo el territorio nacional.

Sobre esta última cuestión, la Guerra Grande había demostrado que sin la incorporación del occidente a la justa bélica no sería posible obtener el triunfo independentista. Factores tan importantes para cualquier tipo de conflagración como la economía, la demografía, la política y las comunicaciones tenían en las regiones de Matanzas, La Habana y Pinar del Río un peso fundamental. Con el propósito de engrosar las fuerzas revolucionarias y, al mismo tiempo, preparar las condiciones para desarrollar una invasión al occidente de la Isla, Antonio Maceo y Máximo Gómez llevaron a cabo exitosamente las campañas de Oriente y la circular. La magnitud de estas operaciones militares acrecentó el descrédito de las tropas coloniales ante la imposibilidad de hacerles frente a las proyecciones de poner en pie de lucha a todo el país.

Necesidad de llevar la insurrección al occidente

Durante la primera quincena de octubre de 1895, Máximo Gómez le había ordenado a Antonio Maceo la formación de una columna invasora basada en la capacidad defensiva y ofensiva de sus integrantes. El proceso de selección poseía una doble finalidad, pues buscaba la depuración de las fuerzas que se quedarían operando en Oriente y, a la vez, la modificación de la conducta y el carácter de los soldados que partirían en el contingente invasor mediante el rudo e incesante ejercicio de las armas.[7] El 22 de octubre del propio año partió Antonio Maceo desde Mangos de Baraguá, lo que no solo representó el inicio de la invasión al occidente, sino también la radicalización de las fuerzas revolucionarias.

Del conjunto de objetivos que complementaría esta campaña en su desarrollo sobresalen la ruptura del divisionismo regionalista, la consolidación del sentimiento patriótico nacional, la eliminación de las fuentes de riquezas del gobierno colonial y la extensión de la autoridad de la República en Armas. En su trayectoria por Oriente, Antonio Maceo trató de eludir los enfrentamientos con el enemigo debido a la carencia armamentística. La inactividad bélica se acrecentó aún más cuando el contingente invasor penetró en el Camagüey, región en la que el avituallamiento y organización constituyeron las tareas fundamentales para lograr su movimiento hacia la región central del país. De modo paralelo a estas acciones, Máximo Gómez se había trasladado hacia Las Villas al frente de otra columna invasora.

Con el paso de Antonio Maceo por la trocha de Júcaro a Morón, el 24 de noviembre de 1895, se demostró la vulnerabilidad de las fortificaciones españolas y la incapacidad para frenar el empuje del Ejército Libertador. A su vez, este hecho

[7] Amado Palenque: *La campaña de invasión 1895-1896*, p. 69.

posibilitó la entrada del contingente oriental en la zona villareña, donde días más tarde se reuniría con Máximo Gómez en el potrero Lázaro López. Tras la unión de las dos columnas se realizaron modificaciones en la composición de las fuerzas a fin de conseguir una compensación numérica ante la superioridad de las tropas colonialistas. Para ello, se le ordenó al brigadier Quintín Bandera dirigirse al sur de la provincia para atraer la atención del gobierno español.[8]

La entrada en Las Villas significó la ruptura con el posicionamiento mantenido por ambos jefes de sortear cualquier enfrentamiento con el enemigo. Máximo Gómez sustentaba el criterio de que era conveniente aceptar batalla antes que el ejército español aumentara sus efectivos militares.[9] De inmediato se desarrollaron los combates de Iguará, Casa de Tejas, Manacal, lomas de El Quirro y Siguanea. El éxito escalonado de estas operaciones condicionó la incorporación al contingente invasor de varios grupos de independentistas que operaban en esta zona del país, entre los que sobresalieron los coroneles Vicente y Antonio Núñez Martínez; y el comandante Cándido *Cayito* Álvarez. Dentro de las fuerzas recién incorporadas se encontraba el sargento de primera José Esteban Gómez Vizcaíno quien, desde ese instante, formó parte de la invasión hasta su culminación en el Mantua, el 22 de enero de 1896.

José Esteban Gómez Vizcaíno: sus vivencias en la invasión

Desde varios meses antes a la llegada de Máximo Gómez y Antonio Maceo a Las Villas, Esteban Gómez había participado en varias escaramuzas bélicas en la región central de la Isla. Su incorporación a la guerra necesaria se produjo el 20 de julio de 1895[10] en la finca El Cántaro, término municipal de La Esperanza, bajo las órdenes de Antonio Núñez, quien, junto a su hermano Vicente, se había afiliado al PRC tras la visita del comisionado Gerardo A. Castellanos Lleonart a mediados de 1892.[11] Esteban, como era conocido por sus coterráneos, había nacido en el poblado de San Atanasio de Guaracabulla en el centro de la Isla.

Su primer enfrentamiento con las fuerzas colonialistas tuvo lugar en el ingenio Cardoso, donde recibió el grado de cabo de primera.[12] En agosto del propio año participó, en unión de las tropas del brigadier Lino Pérez Muñoz, en el ataque al caserío del Condado, en las cercanías de Trinidad. Posteriormente, fue designado por Antonio Núñez para

[8] Bernabé Boza: *Mi diario de la guerra. Desde Baire hasta la intervención americana,* t. I, p. 54.
[9] Amado Palenque: Ob. cit., p. 117.
[10] José E. Gómez Vizcaíno: Ob. cit., p. 1.
[11] Gerardo Castellanos García: *Misión a Cuba. Cayo Hueso y Martí*, p. 132.
[12] José E. Gómez Vizcaíno: Ob. cit., p. 2.

conformar una pequeña columna que debía moverse hacia la ciénaga de Zapata con la finalidad de trasladar numerosos pertrechos de guerra y entregarlos al coronel José Álvarez Arteaga, conocido por Matagás.[13] Tras el éxito de esta misión, Esteban regresó a La Esperanza para continuar con las operaciones militares que habían quedado pospuestas, las cuales le valieron su ascenso al grado de sargento de primera.

A finales de septiembre, retornó nuevamente a la ciénaga de Zapata para garantizar el traslado hacia esa región del entonces coronel José Lacret Morlot. Dicha acción estuvo dirigida por los hermanos Núñez, el entonces teniente coronel Roberto Bermúdez López y Cayito Álvarez.[14] Antes de penetrar en la zona matancera, en los primeros días de noviembre, se enfrentaron a la columna enemiga dirigida por el coronel hispano Luis Molina de Olivera, en Cayo Espino, y le causaron numerosas bajas.[15] De vuelta en el territorio villareño, operó en las cercanías de Ranchuelo, Soler, La Esperanza, San Juan de los Yeras y Progreso. Bajo las órdenes de Antonio Núñez participó en varias acciones; se destacó en el combate de Cinco Palmas, la interrupción de las vías telegráficas y férreas de Santa Clara a Cárdenas[16] y la toma de la loma de la Alcantarilla. Después de esta última acción, se incorporó al contingente invasor en los primeros días de diciembre de 1895.

La actuación de Gómez Vizcaíno en estos primeros meses de la guerra le permitió adquirir una notable experiencia combativa, lo cual le hizo acreedor de un reconocido prestigio entre sus compañeros de lucha. Además, le posibilitó foguearse con los principales líderes independentistas de las regiones donde operaba y, a la vez, convertirse en un gran conocedor de las zonas por las cuales, posteriormente, pasaría la columna invasora. Asimismo, mantuvo un constante interés por cumplir con éxito cada una de las misiones que le eran encomendadas para así contribuir, desde su modesto esfuerzo, a la independencia de Cuba.

Sobre la fecha exacta de la incorporación de José Esteban Gómez Vizcaíno al contingente invasor existen varias incongruencias. Algunos testigos presenciales, como Bernabé Boza, aseguran que las tropas dirigidas por los coroneles Antonio y Vicente Núñez se adhirieron al contingente invasor el 12 de diciembre de 1895, tras el combate de la loma de El Quirro.[17] Coincide el *Diccionario enciclopédico de historia militar de Cuba*, que ubica la incorporación de los hermanos Núñez ese

[13] José Álvarez Arteaga. Natural del partido de La Hanábana (zona rural de Jagüey Grande), se lanzó a los campos de Cuba en 1883. Estuvo prácticamente fuera de toda ley por más de diez años en la región yumurina hasta la llegada de Máximo Gómez y Antonio Maceo durante la invasión al occidente, en diciembre de 1895. Obtuvo el grado de coronel del Ejército Libertador. Véase José Fernández Fernández: *Matagás, el bandido y la gesta*.

[14] José E. Gómez Vizcaíno: Ob. cit., p. 5.

[15] José Miró Argenter: Ob. cit., pp. 154-155.

[16] Hipólito Díaz Morffi: Partes de la guerra 1895-1898 (inédito), en Museo Municipal de Ranchuelo: Sección de Documentos, no. 11-1839. Cuba (sin fecha) (sin folio).

[17] Bernabé Boza: Ob. cit. p. 58.

mismo día.[18] Sin embargo, es el propio Gómez Vizcaíno quien precisa datos que permiten ubicar la data con claridad meridiana:

> Al día siguiente nos demoramos y llegamos a la finca de la Señora Donatila Castillo, término de San Juan de los Yeras, y estuvimos dos días dejando descansar la caballería; salimos en marcha y llegamos a la Alcantarilla donde estuvimos medio día; después salimos a vuelta de Progreso a darle alcance al general Gómez y a Antonio Maceo donde topamos en una hacienda que ignoro el lugar. Y a la llegada nos recibieron con mucho regocijo [...] Al otro día, al mismo tiempo de conocimiento del Coronel [Antonio Núñez] con los mayores generales Gómez y Maceo, salimos de marcha y así pasamos por Fomento y ahí en ese pueblo tuvo el general Gómez un fuego [...].[19]

Al realizar un análisis de estas consideraciones, podemos apreciar que la incorporación de Antonio Núñez se produjo un día antes de la escaramuza bélica de Fomento, hecho que ocurrió el 9 de diciembre. Además, en el *Diario de campaña* de Máximo Gómez se puede apreciar una breve descripción sobre los enfrentamientos de Manacal, lomas de El Quirro y Siguanea, donde ya Vicente Núñez se hallaba en la vanguardia mambisa debido a sus conocimientos sobre la topografía del lugar.[20] Estos combates tuvieron lugar entre el 11 y 14 de diciembre respectivamente. Teniendo en cuenta que la incorporación de los hermanos Núñez ocurrió al unísono, se puede aseverar que Gómez Vizcaíno entró en el contingente invasor el 8 de diciembre de 1895.

Durante los enfrentamientos antes mencionados, Esteban figuró como práctico de Máximo Gómez y Antonio Maceo en su recorrido por el territorio hasta establecer campamento en Las Lomitas, el 14 de diciembre.[21] Ese mismo día, en horas de la tarde, Gómez Vizcaíno formó parte de un escuadrón creado al efecto por órdenes de Máximo Gómez y dirigido por Cayito Álvarez para trasladarse a las cercanías del poblado de Cruces y tirotear a la guardia civil de esta localidad.[22] Paralela a esta acción, el jefe del Ejército de Operaciones de la Isla, Arsenio Martínez Campos, había concentrado en Cruces dos columnas dirigidas por el coronel Salvador Arizón Sánchez-Fano con la finalidad de paralizar el movimiento del contingente invasor hacia Matanzas.[23] Ante la imposibilidad de Cayito Álvarez de cumplir su objetivo, regresó al campamento para informarle al Generalísimo sobre estos acontecimientos.

El 15 de diciembre, Esteban combatió en las acciones del ingenio Teresa y en la primera fase del enfrentamiento de Mal Tiempo, donde tuvo una activa participación.

[18] Centro de Estudios Militares de las FAR (CEMI): *Diccionario...,* t. 1, pp. 212-213.
[19] José E. Gómez Vizcaíno: Ob. cit., pp. 12-13.
[20] Máximo Gómez Báez. *Diario de campaña del mayor general Máximo* Gómez (1940), p. 349.
[21] José E. Gómez Vizcaíno: Ob. cit., p. 14.
[22] *Ibidem,* p. 14.
[23] René E. Reyna Cossío: "Estudio histórico-militares sobre la guerra de independencia de Cuba", en *Cuadernos de Historia Habanera,* no. 59, p. 22.

Sobre la forma en que las fuerzas insurrectas utilizaron el machete durante este enfrentamiento, indicó: "[…] así, por primera vez, topamos al enemigo en el punto de Mal Tiempo y, así se hizo, con el arma blanca se arrolló".[24]

Machete Collins perteneciente a José Esteban Gómez Vizcaíno. Sala expositiva Ranchuelo en las luchas por la independencia de Cuba, Museo Municipal de Ranchuelo, Cuba.

En horas de la tarde, tuvo lugar la segunda fase del combate, cuando una columna española atacó por sorpresa la retaguardia mambisa. Al concluir estas operaciones, el grueso de los invasores avanzó hacia el oeste y a su paso por el poblado de Camarones se enfrentaron a un tren militar proveniente de Cienfuegos. En sus memorias, Esteban revela que Máximo Gómez esperó el tren en la localidad y embistió a los soldados colonialistas provocando su total dispersión, la destrucción de la locomotora, un puente y varios tramos de vía férrea.[25] En medio de estas operaciones, el entonces coronel Juan Bruno Zayas Alfonso, al frente de 400 hombres, se puso a disposición del Generalísimo.[26]

Tras el combate de Mal Tiempo, el contingente invasor permaneció acampado en La Flora y La Amalia, donde las labores de sanidad ocuparon casi todo el tiempo de descanso. El día 18 de diciembre, Gómez Vizcaíno recibió de manos del general en jefe del Ejército Libertador y su lugarteniente un certificado que avalaba su participación en el combate de Mal Tiempo.[27] Dos días después, al penetrar las fuerzas revolucionarias en la región yumurina, se produjo el enfrentamiento de La Colmena, en el que Esteban fue uno de los tantos insurrectos que arremetió contra la soldadesca colonial. Al día siguiente, tras el asedio al ingenio La Antilla, las columnas invasoras se separaron debido a una incomprensión de la orden de continuar el recorrido y Gómez Vizcaíno quedó dentro del destacamento dirigido por Máximo Gómez.

El 22 de diciembre, el Generalísimo atacó el ingenio España y penetró en el poblado de El Roque, el cual no ofreció resistencia alguna. En sus memorias, Esteban argumenta que se produjo una tercera acción en un ingenio cuyo nombre

[24] José E. Gómez Vizcaíno: Ob. cit., p. 15.
[25] *Ibidem,* p. 16.
[26] Bernabé Boza: Ob. cit., p. 60.
[27] José E. Gómez Vizcaíno: Ob. cit., pp. 16-17.

ignoraba, lo que concuerda con el argumento de José Miró Argenter de que "[…] sucesivamente fueron pasto de las llamas todos los ingenios grandes y pequeños de aquella zona de cultivo […]".[28] Es en la novela-testimonio *Biografía de un cimarrón* donde se da a conocer que el nombre de dicho ingenio era Hatuey.[29] Posteriormente, Máximo Gómez, ante las noticias de que Arsenio Martínez Campos y sus huestes se habían trasladado hacia este territorio, le ordenó a Antonio Núñez que dividiera sus efectivos para que flanquearan la vía férrea que conducía a Coliseo.

Al concluir la mañana del 23 de diciembre, las tropas de Máximo Gómez, Antonio Maceo y Antonio Núñez se unieron en las afueras de Coliseo. En la tarde, la vanguardia invasora y las tropas de los flancos, entre las cuales se encontraba Esteban, ocuparon la población ante la negativa de rendición de la guarnición hispánica. A la vez, los flancos fueron atacados por el propio Martínez Campos; pero fue detenido mediante una acción conjunta de la caballería dirigida por Maceo, Serafín Sánchez y Antonio Núñez. En los días siguientes, el destacamento invasor destruyó los ingenios La Diana, Santa María, Crimea, Socorro y El Indio; además, se desarrolló el macheteo de La Entrada y la detención de un tren militar que se dirigía a Corral Falso.[30] Estos sucesos formaron parte del "lazo de la invasión", que tenía como finalidad desconcertar al Estado Mayor español, destruir el emporio azucarero matancero y trasladar a los lesionados que no podían continuar la marcha hacia Las Villas.

Durante el transcurso de estas acciones, Esteban peleó en los flancos junto a su jefe, Antonio Núñez. Estos grupos no solo se limitaban a entrar en combate cada vez que el Generalísimo y su lugarteniente lo hacían, sino que defendían el movimiento de la retaguardia donde se encontraban los heridos, arremetían contra las guarniciones de numerosos ingenios y desarticulaban las emboscadas enemigas.[31] Estos enfrentamientos consolidaron las cualidades combativas de Esteban, las que le valdrían para ejecutar misiones, en extremo peligrosas, durante el transcurso futuro de la invasión. El 29 de diciembre, los independentistas embistieron exitosamente a las tropas coloniales en las cercanías de Calimete, lo que significó la apertura del territorio habanero al contingente invasor.[32]

Sobre la entrada en La Habana, José Miró Argenter manifiesta que las fuerzas invasoras realizaron una faena de reconocimiento al poblado de San Nicolás de Bari y otros caseríos limítrofes.[33] Sin embargo, Esteban revela en sus memorias que el lugarteniente le solicitó a Antonio Núñez la selección de uno de sus hombres de confianza para enviarlo a una misión especial y el nombramiento recayó sobre su persona. Las órdenes consistieron en entrar al poblado y cortar las comunicaciones para evitar la llegada del ejército colonial. El éxito de la misión condicionó la entrada de

[28] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 162.
[29] Miguel Barnet Lanza: *Biografía de un cimarrón,* p. 128.
[30] Amado Palenque: Ob. cit., p. 173.
[31] Bernabé Boza: Ob. cit. p. 68.
[32] Eduardo Torres-Cuevas y Oscar Loyola Vega: Ob. cit., p. 369.
[33] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 206.

los mambises en esta localidad el 2 de enero de 1896.[34] Al día siguiente, las tropas de Antonio Núñez asaltaron la población de Guara, donde ocuparon 70 armas, más de mil tiros y se puso en libertad a los prisioneros que allí se encontraban.

Tras el éxito de estos enfrentamientos, Máximo Gómez y Antonio Maceo conformaron un proyecto de operaciones para la región habanera. Consistía en flanquear la línea férrea de Batabanó con la finalidad de encaminarse, no por el sur de la provincia hacia Pinar del Río, que era la opción más conveniente, sino que acordaron realizarlo por el norte para asediar todos los pueblos que encontraran en su trayecto. Además, entraba en este plan la constante amenaza a la capital de la Isla, así como el envío de algunas tropas a Pinar del Río para que abrieran paso al contingente invasor.[35] Con el asedio de Güira de Melena, el 4 de enero de 1896, Antonio Maceo les ordenó a Antonio Núñez, Roberto Bermúdez y Cayito Álvarez la invasión del territorio pinareño, lo que implicó la separación de estos del núcleo invasor.[36] A partir de este momento, Esteban integró la avanzada independentista que entraría, por primera vez en la historia, en la zona más occidental del país.

Mientras Gómez y Maceo ocupaban a su paso los poblados de Alquízar, Ceiba del Agua, Caimito y Hoyo Colorado,[37] las fuerzas de Antonio Núñez se movieron por toda la costa sur y penetraron en Pinar del Río. Esteban, en sus memorias, expresa que comenzaron a realizar operaciones en los distritos de Santa Mónica, Conuco de los Pinos, Jejenes, Santa Ana, Rincón Hondo, Blanquizal, Río Cortés y Punta de Palma, hasta que se produjera el arribo a la provincia del Titán de Bronce.[38] En diferentes momentos, esta columna se adentró un poco más hacia el centro de la provincia pero solo para efectuar faenas de avituallamiento, pues dichos movimientos estaban prohibidos por la directiva del Ejército Libertador.

Al producirse la entrada de Antonio Maceo en el territorio pinareño, este recibió disímiles denuncias de los habitantes del lugar sobre el incorrecto proceder de ciertos oficiales que operaban en esta región, como por ejemplo Roberto Bermúdez y Cayito Álvarez. Ante tal situación, el lugarteniente emitió la Circular en Oficio no. 356, del 11 de enero de 1896, que estipulaba la inmediata incorporación de estos dos jefes para analizar las denuncias formuladas en su contra. Además, se le ordenaba a Antonio Núñez su adhesión al núcleo invasor.[39] En la tarde del 16 de enero, Roberto Bermúdez se entrevistó con Antonio Maceo en el campamento de Paso Viejo, donde admitió los hechos en su contra; pero argumentó que toda la responsabilidad incidía sobre Cayito Álvarez, quien se negó a realizar un careo con su coterráneo y huyó sin permiso hacia Las Villas, donde continuó su oleada de crímenes, hasta que en 1898 fue ajusticiado por sus propios hombres, cuando entró en negociaciones con el ejército colonial.[40]

[34] José E. Gómez Vizcaíno: Ob. cit., p. 20.
[35] Amado Palenque: Ob. cit., p. 203.
[36] Bernabé Boza: Ob. cit., p. 113.
[37] Francisco Pérez Guzmán: *La guerra de liberación: Máximo Gómez*, p. 101.
[38] José E. Gómez Vizcaíno: Ob. cit. p. 22.
[39] José L. Franco Ferrán: Ob. cit., t. III, p. 46.
[40] Jorge Quintana: "Los que traicionaron al Ejército Libertador", en revista *Bohemia* (9), 26 de febrero de 1950, pp. 94-97 y 171-177.

Sobre la reincorporación de las tropas de Antonio Núñez al contingente invasor no se ha podido precisar la fecha, ya que las crónicas de guerra y los partes militares oficiales de la época no hacen alusión a este hecho. Sin embargo, Esteban ofrece una aproximación temporal cuando señala que, en uno de sus movimientos hacia el centro de la región pinareña, Antonio Núñez acampó en el ingenio Guacamaya y allí se les unió la columna invasora dirigida por Antonio Maceo,[41] el 19 de enero de 1896. Dicho argumento coincide con la trayectoria seguida por el lugarteniente desde el norte hasta el sur y con la reincorporación de las fuerzas de Roberto Bermúdez días antes. Tras estas adhesiones, el objetivo fundamental se centró en la toma de Mantua para con ello finalizar exitosamente la invasión.

En la mañana del 20 de enero de 1896, los independentistas cubanos avanzaron sobre el poblado de Catalina, cruzaron el río Cuyaguateje y penetraron en Guane. Sobre el cruce del río, Esteban manifestó "[…] lo pasamos en canoa […] y la caballería cruzó a nado".[42] Después de estas acciones, el Titán de Bronce ordenó a Antonio Núñez que se dirigiera al este, bordeando la costa sur, hasta las cercanías de Alonso Rojas, para evitar el posible envío de refuerzos por parte de los colonialistas y asegurar la entrada del contingente invasor en Mantua. La nueva separación de Antonio Núñez significó la culminación de la hoja de servicios de José Esteban Gómez Vizcaíno dentro del contingente invasor.

El 22 de enero de 1896, Antonio Maceo penetró con sus fuerzas en Mantua y se acordó registrar la llegada de los independentistas en las actas del Ayuntamiento, documento que oficializó el fin de la invasión al occidente.[43]

A solo tres meses de haber comenzado esta proeza militar, sus principales artífices habían logrado desarticular la economía de la Isla con la destrucción de centenares de centrales e ingenios azucareros. En el orden político, se demostró la incapacidad de Arsenio Martínez Campos de frenar el avance de la guerra y definió su carácter popular y anticolonialista. Desde el punto de vista militar, los rasgos caudillistas y regionalistas se aminoraron cuando los insurrectos de todas las regiones del país se mezclaron para combatir principalmente en las zonas occidentales, se estructuraron en cada una de las provincias los cuerpos de ejército, divisiones, brigadas y regimientos con sus áreas de operaciones bien definidas y se logró la extensión de la autoridad de la República en Armas a todo el territorio nacional.

Sobre la participación de José Esteban Gómez Vizcaíno en el contingente invasor resulta importante señalar que participó en más de una veintena de combates y se destacó en los de las lomas de El Quirro, Mal Tiempo, Coliseo, Calimete y Guara, así como en el "lazo de la invasión". Además, recibió el reconocimiento de Máximo Gómez, Antonio Maceo, Antonio Núñez y otros jefes militares por su constante accionar dentro de las filas del Ejército Libertador. Sus ideas independentistas y su experiencia combativa se consolidaron en el transcurso de la invasión, lo cual le

[41] José E. Gómez Vizcaíno: Ob. cit., p. 22.
[42] *Ibidem,* p. 23.
[43] José Miró Argenter: Ob. cit., pp. 333-334.

valdría para llevar a cabo otras operaciones militares durante el posterior desarrollo de la guerra necesaria.

Terminada la invasión al occidente, Esteban, quien se mantuvo bajo las órdenes de Antonio Núñez, volvió a Las Villas y allí participó en numerosos enfrentamientos con el enemigo, entre los que sobresalieron el asalto a un tren militar proveniente de Cárdenas y la toma del camino que conduce a Santo Domingo desde La Esperanza.

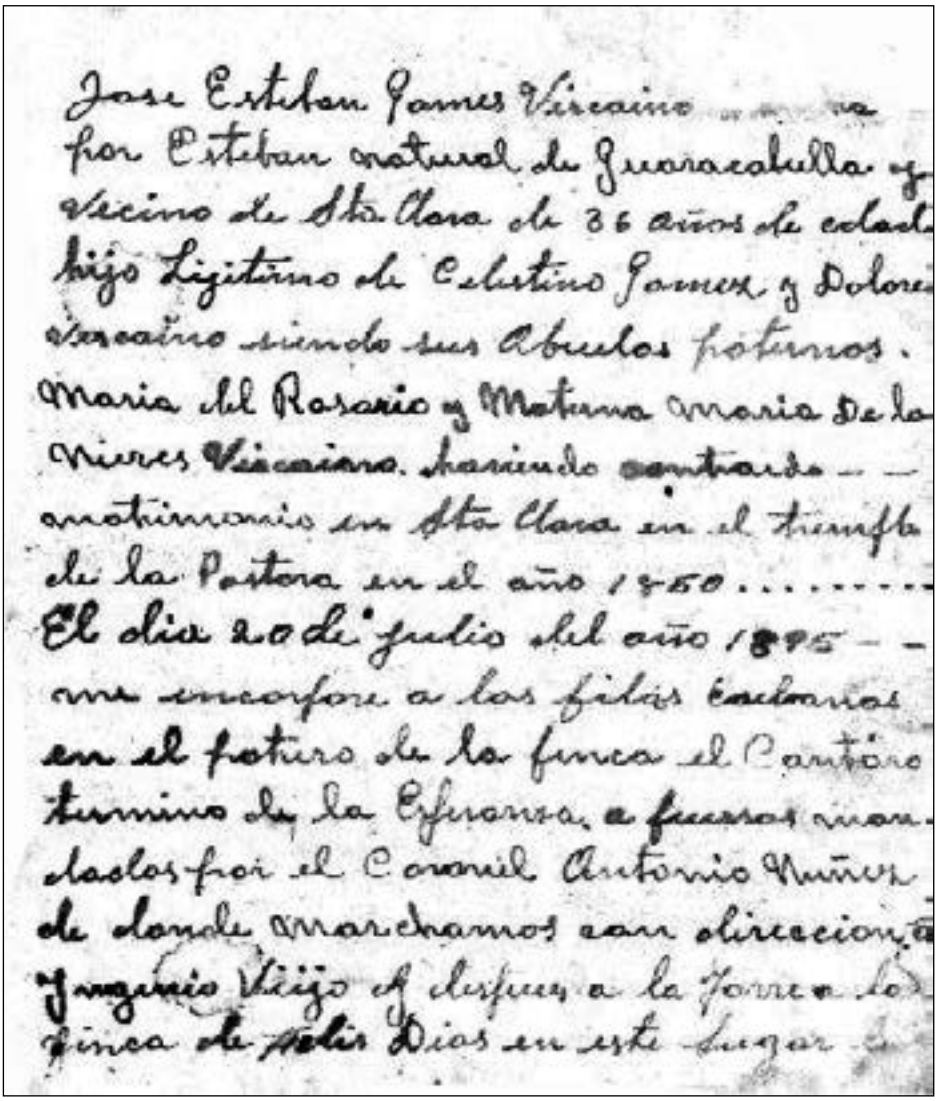
Posteriormente, Antonio Núñez —y junto a él, Esteban— retornó a Pinar del Río en unión del brigadier Quintín Bandera y se adhirieron a las fuerzas de Antonio Maceo. En esta región, se destacó en el auxilio de la expedición del *Three Friends,* dirigida por el entonces brigadier Juan Rius Rivera, el 8 de septiembre de 1896, y en el combate de Montezuelo.[44] En esta última acción, su jefe superior fue herido de gravedad lo que condicionó su regreso de nuevo a Las Villas. Esteban se mantuvo operando entre las zonas de Ranchuelo, Soler, La Esperanza, San Juan de los Yeras y Jicotea hasta el fin de la conflagración. Tras la caída en combate de Antonio Núñez, el 10 abril de 1898, integró, indistintamente, las fuerzas capitaneadas por los brigadieres José Luis Robau López e Higinio Esquerra Rodríguez.

A pesar de que José Esteban Gómez Vizcaíno no formó parte de la alta oficialidad del Ejército Libertador, su accionar, unido al de tantos patriotas anónimos o poco conocidos, contribuyó a la conformación de nuestra nacionalidad. Sus virtudes cívicas, sus hazañas y su sacrificio en favor de la independencia de Cuba son dignas de todo elogio y de imitación. Su nombre no debe permanecer olvidado ni ignorado, porque en su justo valor, la historia de nuestro país ha sido construida por esa masa de hombres y mujeres sencillos como él y se siente alentada por el ejemplo de quienes fueron a toda hora consecuentes con sus deberes y heraldos de los ideales patrios.

[44] José E. Gómez Vizcaíno: Ob. cit., p. 44.

Anexo 1

Primer folio del texto Mis memorias de la guerra redactadas por José Esteban Gómez Vizcaíno



Jose Esteban Gomez Vizcaino ... na
tural de Guaracabulla y
vecino de Sta Clara de 36 años de edad
hijo Ligitimo de Celestino Gomez y Dolores
Vizcaino siendo sus Abuelos Paternos.
Maria del Rosario y Matuna Maria De las
Nieves Vizcaino. Haciendo constar ...
matrimonio en Sta Clara en el trimestre
de la Pastora en el año 1850 .....
El dia 20 de Julio del año 1895 ...
me encontre a las filas Cubanas
en el Potrero de la finca el Cantiro
termino de la Esperanza, a fuerzas mandadas
por el Coronel Antonio Nuñez
de donde marchamos con direccion a
Jaguey Viejo el despues a la Torre de
finca de Feliz Dios en este lugar

Fuente: José E. Gómez Vizcaíno: Mis memorias de la guerra (inédito), sección de Documentos no. 1-1523, Museo Municipal de Ranchuelo, Cuba (sin fecha).

La invasión por Matanzas. La audacia de cruzar el tablero estratégico

José Rolando La Rosa Cabrera

El plan de invasión al occidente maduró en el pensamiento de Máximo Gómez por más de veinte años. Ya en octubre de 1971, el general había conversado con Céspedes sobre el tema: "En mis conferencias con el Presidente tratábamos del modo de hacer avanzar la revolución hacia occidente y recuerdo con placer las palabras del noble caudillo. Un millón de combatientes en Oriente no bastarán para volver a la Revolución sus días de esplendor y se hace preciso que invadamos Las Villas".[1] En 1895, 24 años después de aquella conversación, las huestes mambisas comandadas por Antonio

[1] La conversación debe de haberse producido al anochecer del 22 de octubre en el campamento El Bejuco, tomando como referencia Aldo Naranjo Tamayo: *El estandarte que hemos levantado. Apuntes Cronológicos, Carlos Manuel de Céspedes, 1819--1874,* p. 235. Las palabras de Céspedes fueron parafraseadas por el Generalísimo en Máximo Gómez Báez: "Convenio de Zanjón", en: *Revoluciones… Cuba y Hogar*, p. 144.

José Rolando La Rosa Cabrera

Licenciado en Historia. Maestro primario, profesor para la enseñanza media, museólogo. Director del Museo Municipal de Colón y profesor instructor de la Universidad de Matanzas y del curso de Historia Regional para profesores en ejercicio. Ha trabajado en diferentes temas relacionados con la historia local, regional y patria. Tiene varios libros publicados sobre estos temas.

Maceo y Máximo Gómez convirtieron en realidad el plan que sería expresión suprema de la inteligencia y la audacia militar de los líderes de la contienda independentista.

Esta investigación aborda el recorrido del contingente invasor por la provincia de Matanzas durante 11 días, entre el 20 y el 31 de diciembre de 1895. El propósito del autor es brindar los elementos cuantitativos que permitan valorar la grandeza de la invasión en el espacio geográfico matancero, utilizando en lo fundamental el estudio de fuentes primarias, entre las que se incluyen las existentes en los Archivos Nacional y Provincial, los registros de estado civil conservados en los municipios que tuvieron presencia en esta gesta, así como mapas y planos de la época. En segundo lugar, someter a crítica la información de las obras a las que he tenido acceso, incluidas las clásicas, escritas por los protagonistas de la contienda, a la luz de los datos revelados en las fuentes primarias mencionadas, lo que permitirá valorar estas obras en su justa medida.

Matanzas en el preámbulo de la invasión

El último censo realizado antes de la guerra, en 1887, daba a Matanzas una extensión aproximada de 8444 km^2, con un relieve mayoritariamente llano y unos doscientos sesenta mil habitantes, más de 400 ingenios azucareros y una poderosa red de vías férreas que unidas al telégrafo, formaban un entramado que permitía acceder a cualquier punto cardinal. Todo ello hacía difícil la lucha por tantas condiciones adversas para la conspiración y protección del Ejército Libertador; sin embargo, el pueblo matancero hizo suyo el ideal independentista y apoyó la invasión a su paso por este territorio. "Sí es de admirar el patriotismo de los matanceros que, del fracaso de Ibarra, se lanzaron resueltamente a la lid para reiterarla con ardor y tenacidad".[2] La pasión por la independencia alcanzó hasta los niños que se lanzaron a la manigua y entregaron la vida por la Patria.

Entre el 21 y el 22 de diciembre de 1895, 12 de los ingenios existentes en la ruta invasora fueron reducidos a cenizas.[3] La mayor parte de la riqueza del emporio matancero sufrió las consecuencias de la devastadora aplicación de la tea, que dañó fuertemente la economía española, lo que puede resumirse en el hecho de que en 1896 la exportación azucarera tuvo pérdidas por cinco millones de pesos, en relación con el año anterior y que igual resultado tuvo el ingreso para las compañías ferroviarias como consecuencia de las operaciones militares del contingente invasor en el ámbito azucarero de la llanura de Colón.[4]

[2] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 253. Las muertes de Mateo Taylor, de 13 años, en el combate del ingenio Audaz, en febrero de 1897; de Claudio Polledo, de 15 años, en el combate de El Ojito en Bolondrón, el 3 de febrero del propio año; de su hermano Nicolás, de 16, caído en abril de 1898 en Ceiba Mocha y de Liborio Molina, de 17, caído en el combate en Pueblo Nuevo bastarían para reafirmar lo expresado por Miró Argenter.

[3] Amado Palenque: Ob. cit., p. 41.

[4] Los datos aportados sobre las pérdidas económicas se toman del capítulo "Guerra de Independencia 1895-1898", de la obra de Brígido Ariel Pardo González: Apuntes para la

En realidad, estos datos están minimizados, pues una vez revisada la bibliografía de los cronistas que acompañaron la gesta y comparada con el plano de Faget de 1876, se comprobó que los ingenios en funcionamiento o demolidos que fueron pasto de la tea sobrepasan la cifra de veinte —26 están ubicados en los actuales municipios de Los Arabos, Colón y Perico.

El primer año de la guerra

Considerar como fracaso el alzamiento del 24 de febrero de 1895 en la provincia de Matanzas, teniendo en cuenta solo los sucesos de Ibarra y Jagüey Grande, es solo una parte de la verdad. En el primero fueron detenidos los principales conspiradores y en el segundo, se acogieron al indulto, su jefe fue detenido en Colón y posteriormente deportado. Sin embargo, hubo un tercer levantamiento en Los Charcones, zona de Jagüey Chico, cerca de Aguada de Pasajeros, que no fracasó y cuyas fuerzas fundamentales eran matanceras.[5] Los principales cabecillas que allí se sublevaron fueron Joaquín Pedroso, Alfredo Arango, Jorge y Charles Aguirre, a los que se sumó José Álvarez Arteaga, alias Matagás, al frente de su partida, además del también bandolero-insurrecto Regino Alfonso.[6]

Estos jefes, en su mayoría, no alcanzaron relieve en el decurso de la guerra como para que sus nombres fueran registrados completos en las crónicas u otros documentos, hecho que complejiza la localización de sus segundos apellidos. A los dos últimos corresponde el mérito de mantener la lucha en los momentos iniciales de la guerra, haber estructurado el núcleo insurrecto que dio origen a la 1.ª brigada de la 1.ª división del 5.º cuerpo del Ejército Libertador, también conocida como brigada Colón.

Entre marzo y septiembre, otras partidas se sumaron a la lucha, dirigidas por Clotilde García Morejón, Felino Álvarez Duarte, Eduardo García Vigoa, Andrés Borroto Torres, Domingo Mujica Carratalá y otros, que actuarían por su cuenta hasta la llegada de los coroneles santiagueros José Lacret Morlot y Francisco Pérez Garoz, que a partir del noveno mes organizaron la avanzada del 5.º cuerpo de ejército y facilitaron el ingreso del contingente invasor al territorio matancero.

Los combates de Ponce (24 de abril), dirigido por Regino Alfonso, quien se había separado de su compañero de alzamiento, combatía con sus propias fuerzas y tenía su zona de operaciones en el territorio de Cárdenas; Galeón (29 de octubre) y

---

Historia de Colón (hasta 1980), (inédito), redactado a partir de las siguientes fuentes: ANC: Fondo Gobierno General, leg. 67, no. 2875; Archivo Provincial de Matanzas: Fondo Gobierno Provincial, leg. 10, no. 166 y Oscar Zanetti Lecuona y Alejandro García Álvarez: *Caminos para el azúcar,* p. 172.

[5] José Fernández: *Matagás, el bandido y la gesta*, p. 123. El autor se refiere a este alzamiento como el único que no fracasó en occidente.

[6] El periódico *Aurora del Yumurí,* 27 de febrero de 1895, reseñó el hecho de este modo: "El Comandante Militar de Colón tiene noticias de que una partida formada en las inmediaciones de dicho Partido se dirige a Jagüey Chico, para unirse a otra partida que debe levantarse capitaneada por Matagás".

Cayo Espino (6 de noviembre), dirigidas las fuerzas matanceras por Pancho Pérez, muestran el grado de preparación y organización de la 1.ª brigada; pero el mérito principal de su adecuado estado se debe a Álvarez Arteaga, Matagás.

El 19 de diciembre, desde Cabeza de Toro, el lugarteniente general le escribió a este último: "Me encuentro en marcha con el General en Jefe, al frente de la gran columna invasora, en dirección de la residencia de usted pues tengo que comunicarle importantes asuntos que se relacionan con el plan de operaciones […]".[7]

Dos días antes, Maceo se había entrevistado con el coronel Francisco Pérez Garoz, lo que indica que este jefe de la brigada de Colón —formada por más de cuatrocientos hombres armados, entrenados y disciplinados por Matagás—, no le informó al jefe de la columna invasora que las fuerzas que lo acompañaban procedían de las que comandaba el jefe matancero y que, por su torpeza y maltrato, este no se le había unido y combatía con una partida por su cuenta.[8]

Maceo y Matagás no se llegaron a encontrar, aunque este cumplió con el pedido del Titán de aplicar la tea incendiaria y recolectar caballos que sirvieran para sustituir a los cansados brutos que los habían traído hasta Matanzas, así como municiones, armas y vituallas para la contienda que se avecinaba.

El 17 de diciembre, el ya jefe de la 1.ª división se separó del cuartel general para distraer a las tropas españolas que operaban en el norte de la provincia. El 19, las fuerzas de Pérez Garoz provocaron a los peninsulares en los ingenios Leiquitio y Lagunitas, regresaron con cuatro heridos, incluido el jefe; ya la columna marchaba rauda hacia el río Hanábana, que cruzaron al comenzar la tarde, penetrando en la provincia de Matanzas.

Con el sol a las espaldas, hacia el tablero estratégico

El territorio matancero ofrecía las condiciones más difíciles para el avance de la invasión, tanto por su relieve como por la fuerza político-ideológica y económica que allí detentaba el gobierno español. Así describe el periodista José Miró Argenter la magnitud del obstáculo que se les presentaba a los insurrectos: "[…] Al través de esa superficie temible, recorriéndola, en todas direcciones, de Norte a Sur, de Este a Oeste, por el frente y por los costados, la red de hierro, el pólipo enorme que habría de aprisionar entre sus tentáculos al audaz invasor que se atreviera a cruzar el tablero estratégico de Colón […]".[9]

El 10 de octubre de 1895, 27 años después del primer grito de guerra por la independencia, en el nombramiento del mayor general José María Rodríguez Rodríguez como jefe del 3.er cuerpo de ejército, el general en jefe hizo pública su intención de invadir occidente[10] y compulsó a Maceo y a Bartolomé Masó para que reunieran el contingente invasor que el lugarteniente general guiaría hasta los más recónditos parajes del poniente cubano. En comunicación al primero expresó:

[7] José Fernández: Ob. cit., p. 141.
[8] José Fernández: Ob. cit., pp. 129.
[9] José Miró Argenter: Ob. cit., pp. 255- 256.
[10] Bernabé Boza: Ob. cit., t. 1, p. 28.

"[…] por todo esto es urgente que usted prepare un contingente lo más pronto que pueda y con jefes escogidos y experimentados […] para que demos el golpe definitivo a Occidente donde se nos espera".[11]

Al finalizar el mes de octubre, Gómez cruzó la trocha de Júcaro a Morón para atraer las fuerzas españolas sobre sí y facilitar el camino a Maceo que cruzaría el obstáculo hispano el 29 de noviembre; se encontraron los dos grandes caudillos en San Juan y se abrazaron delante de la tropa como expresión de que cumplirían el añorado sueño de llegar al occidente enarbolando la bandera de la estrella solitaria.

En los primeros días del mes de diciembre, la columna marchó todavía por el Camagüey, entre escaramuzas y emboscadas, hasta cruzar el río Jatibonico el día 3 y penetrar en Las Villas. En marcha siempre hacia occidente, atravesaron la región de Sancti Spíritus y llegaron a Cienfuegos para "atravesar Los Pirineos y a meternos en España", según expresión de Bernabé Boza.

Un día después de la batalla de Mal Tiempo, es decir, el 16 de diciembre de 1895, se produjo el encuentro de la columna invasora con la tropa del entonces coronel José Lacret Morlot, quien operaba por el norte de la provincia de Matanzas. El día 19, en Cabeza del Toro, ambas fuerzas se reunieron con el también coronel Francisco Pérez Garoz, quien dirigía 400 hombres desde septiembre en la región de Colón, núcleo de la 1.ª brigada del 5.º cuerpo de ejército, 200 de los cuales habían sido incorporados a las huestes invasoras.[12]

En la tarde del 20 de diciembre cruzaron el río Hanábana;[13] pisaron y recorrieron el tablero durante once días en una maniobra estratégica que, más de cien años después, aún deja boquiabiertos a especialistas militares de todas partes, por el ingenio con que engañaron al más reconocido general español de esta guerra.

Esa misma tarde se produjo el combate de La Colmena, primero en suelo matancero, del que la cantidad de bajas resulta muy imprecisa y solo Miró refiere que los mambises tuvieron 12. En el proceso investigativo solo he podido probar la muerte del mestizo Benito Pérez, de 30 años, del campo, que murió por heridas en esa fecha en La Colmena, inscrito por su esposa en 1911 en el Registro de Defunciones del Registro de Estado Civil de San Juan de las Yeras.[14]

[11] Benigno Souza: *Máximo Gómez. El Generalísimo,* ob. cit., p. 139.

[12] La muerte en campamentos mambises de Baldomero Roque de Escobar González (en Tumbas de Estorino, Pinar del Río, el 7 de septiembre de 1897) y de Mauricio Pedroso, (en La Madama, Pinar del Río, el 23 de diciembre de 1897), ambos muertos a causa de enfermedades, son pruebas de la presencia de matanceros en la columna invasora hasta la llegada a Pinar del Río. (Registro de Estado Civil de Colón, Defunciones, libro17, no. 54, F. 231 y no. 282 F. 464, respectivamente). La caída en combate de Inocente Burunate Ramos, natural de San José de los Ramos, en Calimete, el 29 de diciembre de 1895 (Registro de Estado Civil de San José de los Ramos, libro13, no. 90, f. 23), también prueba que los matanceros se enrolaron en el contingente invasor a su paso por la provincia.

[13] Según el plano de la jurisdicción de Colón realizado por Gabriel Faget en 1876, el cauce de agua más oriental del río Hanábana es el afluente Santo Domingo, muy próximo a La Colmena.

[14] Registro de Defunciones del Registro de Estado Civil de San Juan de las Yeras, libro 15, f. 17, no. 159; de este documento existe copia en el Registro de Defunciones del Registro de Estado Civil de Palmillas, Colón, libro 3, f. 402, no. 31.

Las fuerzas españolas, temerosas de otro Mal Tiempo, se retiraron hacia Amarillas; Gómez y Maceo cambiaron el rumbo previsto, se alejaron del sur y avanzaron en una avalancha de fuego hacia el noreste de la llanura colombina para acampar en la finca San Lorenzo de Desquite[15] en la noche del propio día; este suceso alejó a Maceo del prometido encuentro con el entonces comandante Arteaga en la zona de la ciénaga de Zapata. Otro intento para lograrlo fue el oficio 342, escrito en Sabanetón, en territorio cienfueguero, durante la contramarcha el 27 de diciembre.

> […] He tenido necesidad de variar de rumbo, así es que lo espero lo más pronto posible por Matanzas, al frente de sus fuerzas y con todos los recursos indicados y los demás que pueda usted traer, recomendándole la mayor urgencia en esta operación […] a su paso proceda usted a incendiar ingenios, cañaverales, estaciones y vías férreas y a destruir trenes y cuanto usted considere conveniente a los fines de la revolución.[16]

¡Qué confianza en un hombre considerado un bandido por algunos incapaces de ver las virtudes!

Al amanecer del 21 de diciembre, una partida de soldados españoles que perseguía a un grupo de exploradores se introdujo en el campamento mambí; se produjo un cruento combate, en el que los intrusos se defendieron con valor y gallardía y provocaron a la columna doce bajas, según Boza,[17] y ocho, de acuerdo con Miró Argenter.[18]

Levantado el campamento, Gómez y Maceo siguieron rumbo norte y pasaron por el ya demolido ingenio Santa Teresa de Agüica.[19] Sobre las tres de la tarde se encontraron con una fuerza enemiga atrincherada en una casa de mampostería del también demolido ingenio Antilla; los españoles se batieron con encono ocasionándoles a las fuerzas invasoras tres muertos y 14 heridos; la llegada de una columna al mando del general José García Navarro, que se movía desde Colón, evitó su derrota. Los españoles no informaron sobre sus bajas pero en la noche de ese día llegaron por ferrocarril a Colón los cadáveres de dos soldados muertos por heridas de armas de fuego.[20]

Según documento fechado el 21 de mayo de 1896, este combate fue lidereado por las fuerzas de Maceo, Gómez, los Núñez y Quintín Bandera,[21] las que incen-

[15] Por la memoria oral del territorio, las fuerzas de Máximo Gómez acamparon en la finca La Bomba, aproximadamente un kilómetro al sur del campamento de Maceo. (Esta información la escuché de mi abuelo a inicios de los años sesenta del siglo xx).

[16] José Luciano Franco: Ob. cit., t. III, p. 10.

[17] Bernabé Boza: Ob. cit., t. I, p. 63.

[18] José Miró Argenter: Ob. cit., t. I, pp. 266-267.

[19] La última zafra de este ingenio se había producido el año anterior (1894).

[20] Soldado Celestino Cabrera. Registro de Estado Civil Colón, Libro 8, f. 178, no. 557 y soldado Juan López Martínez, f. 177, no. 556 del propio Libro 8.

[21] Archivo Provincial de Matanzas (APM): Fondo Gobierno Provincial, exp. Guerra de Independencia, leg. 6, no. 12. Este último general estaba entonces en la zona de Trinidad, por lo que su presencia en este encuentro es falsa.

diaron el demolido ingenio Antilla de don Manuel Romano, una casa, el barracón, una caballeriza y toda la caña; destruyeron todas las cercas y se llevaron parte del ganado, el resto se dispersó por diversas fincas, según expresó Ulpiano Hornedo, arrendatario del Antilla.

El escudo español frente al genio de Gómez y Maceo

Matanzas, la más rica de las provincias cubanas y antesala de la capital de la colonia, era punto de llegada y partida para las tropas de Gómez y Maceo. El general Arsenio Martínez Campos dedicó su talento y mejores tropas a convertir el territorio en cementerio del ejército invasor y a defender a toda costa y costo la riqueza que permitía mantener el dominio colonial en Cuba, razón por la cual, después del combate de Mal Tiempo, se trasladó hacia Colón utilizando una vía poco expedita: marchó en barco desde Cienfuegos hasta Batabanó y, de allí, a la ciudad en tren, lo que atrasó dos días la organización de sus tropas.

Desde julio de 1895, el Ejército de Operaciones español había destacado en el territorio de Colón, el más próximo a Las Villas, los regimientos María Cristina y Navarra, los batallones de voluntarios Chapelgorris de Guamutas y otras fuerzas movilizadas, y habían creado nuevas fortificaciones en los ingenios Álava, Habana y Vizcaya; también en Guareiras, San Francisco de Arango y otros que, unidos al fuerte Alfonso XIII en la ciudad de Colón, dieron origen a un sistema para defender el territorio, contra las fuerzas de 1.ª brigada o brigada Colón, dirigida por el coronel Francisco Pérez Garoz, la cual se había organizado en septiembre con los hombres de Matagás.[22]

El día 17 de diciembre entró Martínez Campos a Colón, donde plantó su cuartel general, acompañado de miles de soldados y de numerosos generales y jefes de alta graduación;[23] estuvo en la ciudad hasta el domingo 22, día en que, junto a su estado mayor, fue a escuchar misa al templo católico. Según el historiador colombino Pelayo Villanueva Valverde, en la ciudad había entre ocho y diez mil soldados, lo que no fue obstáculo para que ardieran constantemente los campos de caña vecinos.[24] Mientras, Máximo Gómez tomaba el pueblo de El Roque.

En trabajo publicado en España y titulado "Máximo Gómez Báez. La astucia militar del Generalísimo" se afirma: "En diciembre de 1895, durante la Campaña de la Invasión a Occidente, el Capitán General español Martínez Campos, desde Colón, urdió una trampa para forzar una batalla en las cercanías de Coliseo [...]" y se precisa que partió para el lugar con una fuerza compuesta por cuatro compañías del regimiento Navarra, dos del María Cristina, dos del Asturias y dos del Inmemorial del Rey, así como dos piezas de artillería de campaña y la guerrilla del capitán Espino,

[22] Hoy se conservan y forman parte del patrimonio militar de los municipios de Colón y Los Arabos, los fuertes Alfonso XIII, San Francisco de Arango, Guareiras y Álava.
[23] Pelayo Villanueva Valverde: *Historia de Colón,* t. 3, p. 12.
[24] *Ibidem,* p. 13.

para un total de 2700 hombres.[25] La trampa se convirtió en un bumerán y dio origen al más grande plan estratégico de la campaña: la contramarcha estratégica, genial idea que elevó a lo más alto del pensamiento militar a Gómez y Maceo.

El objetivo de los españoles era retener a los invasores para permitir la llegada a la línea Guanábana-Alacranes de 25 000 soldados de las columnas de Álvaro Suárez Valdés, José García Navarro, Luis Prats Bandragen, Rafael Ibáñez de Aldecoa y Lara, y Agustín Luque Coca (equivalente a 30 batallones). Para la fecha de la invasión esta fuerza representaba el 31% del total del Ejército de Operaciones español en la Isla.

En lo que se refiere a la trayectoria de los invasores, después del combate de Antilla, los hombres de Maceo marcharon con rumbo norte hasta la llanura de Banagüises, incendiando los campos de los ingenios Álava, Ponina, Fernández Criado, Vizcaya, Conchita y otros; se desviaron hacia el sur suroeste con la intención de acampar en el ingenio Flor de Cuba, apenas a unos cinco kilómetros de Colón, donde se encontraba Martínez Campos con su Estado Mayor. El paso de una locomotora impulsó a Maceo a no detenerse, seguir la ruta que hoy ocupa la Carretera Central y acampar en el ingenio Santa Elena, a siete kilómetros del lugar del encuentro con la locomotora; desconocía el Titán que, en la oscuridad de la noche, las fuerzas del Generalísimo se habían separado de las suyas y, tomando más al norte, habían acampado en el ingenio España, a cinco kilómetros de su campamento.

Preocupados por la separación, que se conoció efectivamente al amanecer del 22, Máximo Gómez aplicó la tea en los cañaverales del ingenio España y, dirigiéndose al sur, penetró en el pueblo de El Roque buscando a Maceo; las fuerzas del Generalísimo pernotarían en Pirinco, entre Jovellanos y Cimarrones (actual pueblo de Carlos Rojas), al este de la línea del ferrocarril. Mientras, el general Antonio, con la misma intención, marchó hacia el noroeste para acampar, en la noche de ese día, en el ingenio de Herrera a unos veinte kilómetros de su anterior acantonamiento, en territorio de Cárdenas.

Al amanecer del 23, ambos grupos, en medio de las llamas producidas por la quema de las cañas, marchaban hacia el encuentro que pondría fin a la incertidumbre de la separación, el cual ocurrió en el ingenio Madan. Acerca del reencuentro, refiere Boza:

> A las doce del día nos reunimos nuevamente con el Lugarteniente […] nos abrazamos cariñosamente […] pero nos hace derramar lágrimas de alegría el prolongado y amoroso que se dan el General en Jefe y el Lugarteniente, que por dos veces se sueltan y vuelven a estrecharse en ese lazo que nadie ni nada podrá romper; pues estos dos hombres se complementan y la aureola de gloria del uno no empalidece en lo más mínimo la del otro.[26]

Después de la alegría del reencuentro continuó la marcha; la vanguardia del contingente invasor tomó el pueblo de Coliseo y lo incendió. Maceo penetró en

[25] Alberto Pau Iriarte: "Máximo Gómez Báez. La astucia militar del Generalísimo", en *Anales de la Real Academia de Cultura Valenciana*, vol. II, no. 93, p. 815.

[26] Bernabé Boza: Ob. cit., t. 1, p. 65.

el lugar para detener el saqueo que practicaban algunos de los atacantes. Por su parte, la columna de Martínez Campos, llegada desde Colón ese mismo día, sostuvo un desigual combate en el demolido ingenio Audaz, apenas a un kilómetro del poblado, que no presagiaba nada bueno para los invasores.

Maceo y Gómez conferenciaron brevemente montados sobre sus caballos, tras lo cual, el primero partió raudo al encuentro con las fuerzas que los atacaban, mientras que el segundo se alejó por las laderas de las lomas, con rumbo al oeste, llevando consigo la impedimenta y a todos los que no estaban enfrascados en el combate. Cuando el Generalísimo se alejó lo suficiente, Maceo lo siguió y dejó a Martínez Campos dueño del campo de batalla, pero sin enemigo que combatir.

Después de Coliseo, la columna invasora se trasladó —la impedimenta primero y las fuerzas combativas después— hasta Sumidero donde los dos gigantes de nuestra independencia prepararon la contramarcha estratégica. Martínez Campos retornó a Colón y el 25, se dirigió a La Habana para rumiar la humillante derrota sufrida ante los dos colosos cubanos, quienes se burlaron de su plan y convirtieron la gran batalla pensada por el Pacificador en una escaramuza. "Tal fue Coliseo: Para Martínez Campos fue una derrota completa, decisiva, irreparable, porque no halló modo de ir al desquite, aun cuando haya declarado, y con mucha verdad, que él quedó dueño del campo".[27]

Doce fueron las bajas de los mambises en este breve combate, según Bernabé Boza en su *Diario de la guerra*.[28] Las bajas mortales españolas no aparecen en el Registro de Estado Civil de Jovellanos, el más próximo al lugar de los hechos.

Aquella breve conferencia fue el inicio de la genial idea de estos gigantes del arte militar de contramarchar para engañar a los entorchados generales españoles y dejarlos a la retaguardia y penetrar en La Habana una semana después. Refiriéndose a la contramarcha Benigno Souza expone:

> Casi cuatro días duró esta reculada insurrecta, hasta llegar al término de Aguada de Pasajeros, cerca de Yaguaramas. Cuando todas las columnas españolas, presurosas, se habían dirigido a la zona de Cienfuegos, los mambises, no encontrando ya a su frente a casi nadie que les estorbase, alzan el telón y se lanzan en paseo triunfal, de nuevo a Matanzas, destruyéndolo todo a su paso: ferrocarriles, puentes, estaciones y cañaverales. Este movimiento […] aseguró el triunfo de la Invasión.[29]

La columna acampó en la finca Las Flores, cerca de Sumidero, "[…] aquella noche la pasaron juntos, sin dormir, Gómez y Maceo. De lo que allí acordaron los dos generales no lo supieron por el momento ni sus más inmediatos auxiliares".[30]

El 24 partieron las tropas invasoras, extrañados sus miembros del rumbo sureste, mientras Maceo y Gómez conservaban un mutismo hermético y los soldados

[27] José Miró Argenter: Ob. cit., t. 1, p. 287.
[28] Bernabé Boza: Ob. cit., p. 66.
[29] Benigno Souza: Ob. cit., p. 167.
[30] José L. Franco: Ob. cit., t. III, p. 9.

ya comenzaban a soñar con el regreso a sus queridas tierras orientales. Durante la marcha de ese día ocuparon los ingenios que se preparaban para moler, quemaron sus cañas y se apoderaron de 25 armas y 10 000 tiros; además destruyeron varias plataformas y tramos de líneas férreas. Se acampó en el destruido ingenio Crimea, cerca de Jagüey Grande, para pasar la Nochebuena. El 25 continuaron rumbo sureste y se produjo un combate en La Entrada, que provocó cinco bajas a la columna; acamparon en Navarrete, al oriente de ese pueblo. Al siguiente día dejaron parte de los heridos en Blanquizal y acamparon en Sabanetón, después de cruzar el río Hanábana.

Pensando que Gómez y Maceo abandonaban el plan de invasión al occidente, Martínez Campos comenzó a enviar fuerzas en su persecución hacia Cienfuegos con la intención de aniquilarlos en aquella región, sin entender por qué los mambises, en su aparente retirada, no destruían las vías férreas y sí los ingenios, sus cañas y todo lo que significaba sostén económico para la metrópoli española.

Este proceso de traslado de parte de las fuerzas de la provincia no afectó a las de Colón, donde se mantuvieron las columnas de García Navarro, Suárez Valdés, batallones del Cuenca, el regimiento María Cristina, el 4.º batallón de Cazadores de Valladolid y otros hasta un total de 11 batallones y otras fuerzas movilizadas para proteger ingenios, pueblos y estaciones que incluían, Guardia Civil, bomberos, guerrillas montadas y voluntarios.

El elevado número de tropas españolas se mantendría en la provincia hasta el mes de abril de 1896, cuando Máximo Gómez abandonó el territorio para marchar a Las Villas y las fuerzas mambisas del territorio sufrirían un deterioro progresivo por la falta de energía de los generales José Lacret, jefe de la división, y Pérez Garoz, quienes favorecían la indisciplina y la desorganización. Con su actuación estos jefes afectarían seriamente al Ejército Libertador en la provincia y, en particular, en el territorio colombino.

Volviendo al itinerario de las tropas mambisas, el 27 de diciembre cambiaron de nuevo su rumbo hacia el occidente, lo que contrarió un tanto a los soldados que soñaban con el retorno a Oriente. Continuaron destruyendo las posesiones enemigas y apropiándose de recursos en los ingenios Socorro y Carballo. Esa noche acamparon en el ingenio Indio. Gómez y Maceo, enterados de que las fuerzas españolas ubicadas en la línea Guanábana-Alacranes andaban sobre su rastro entre Colón y Real Campiña, decidieron marchar raudos por Matanzas para, dejando detrás las columnas españolas, acercarse a La Habana en el menor tiempo posible.

Al amanecer del 28 emprendieron la marcha, quemaron las cañas del ingenio donde habían acampado y cruzaron por tercera vez el río Hanábana, esta vez retomando la dirección hacia occidente; prendieron fuego también a la cosecha del ingenio Carreño, situado al norte del Triunfana de Godínez, donde reposaron esa noche de la larga jornada, apenas a kilómetro y medio del pueblo de Calimete. En juicio sumarísimo se condenó a muerte a un soldado mambí que había violado a una mujer; la sentencia se ejecutaría al día siguiente.

En medio de la neblina y el frío intenso de aquella madrugada, a las seis de la mañana, cuando se ejecutaba al reo condenado por el consejo de guerra ante el

contingente formado, comenzó un inusitado y violento ataque de la columna del teniente coronel Emilio Perera, que había llegado en tren a Calimete a las cuatro y media de la madrugada desde Colón con destino a Sabana Vieja y supo de la presencia de los mambises, aunque sin conocer que se trataba del ejército invasor.

La tropa hispana estaba integrada por una columna de los batallones María Cristina y Navarra, infantería de marina, un pelotón de caballería del regimiento Santiago y otros que sumaban en su conjunto unos ochocientos cincuenta hombres, quienes desconocían el poderío de las fuerzas a las que se enfrentaban y atacaron a la descubierta; pero no pudieron sorprender a los invasores, que también respondieron resueltamente.

El combate se desarrolló con una fuerza, violencia y ferocidad pocas veces vistas en tropas regulares del ejército colonial; tampoco del otro lado hubo tregua, la infantería y la caballería mambisas evitaron que los españoles se apoderaran de los muros del ingenio, desde donde ellos los diezmaban; las fuerzas ibéricas fueron salvadas por la llegada de la columna de García Navarro, refuerzo que les permitió retirarse hacia Calimete. En aproximadamente una hora de enfrentamiento, el costo humano para uno y otro bando convirtió este choque en el más mortífero de la invasión a su paso por Matanzas, por lo que consideramos imprescindible detallarlo para comprender la gran importancia que tuvo en el logro del definitivo avance hacia occidente.

El parte oficial español sobre el enfrentamiento exponía: "Nuestras fuerzas tuvieron dos oficiales, un sargento, un cabo y quince soldados muertos; un oficial, dos sargentos, cuatro cabos y 57 soldados heridos".[31] En total, 19 muertos y 64 heridos. Por su parte, los cubanos tuvieron 85 bajas, 16 muertos y 69 heridos, seis de estos últimos fallecieron y fueron enterrados en el ingenio Reglita al día siguiente del combate.[32] Las bajas de ambos bandos han sido repetidas por cronistas e historiadores que han escrito sobre este combate. Algunos, cuidadosos de no cometer errores, han dado cifras conservadoras o no han mencionado números; otros han variado las cifras sin justificar la fuente.

Pelayo Villanueva, testigo presencial de la llegada de muertos y heridos a Colón en la noche del 29 de diciembre, unas doce horas después del combate, expone:

> Por la noche de ese día llegó a nuestro pueblo el tren que conducía muertos y heridos, los primeros se tendieron en la Casa Ayuntamiento y los heridos en interminable caravana de cerca de 100 camillas, fueron llevados por toda la calle de Martí, hasta las barracas que ocupaban la manzana en donde ahora se halla el Teatro.
> Desde el portal de la casa solariega del que escribe estas líneas, contemplaba con sus familiares aquel triste desfile, mientras uno de los más jóvenes de la casa iba, en voz no muy alta, pero que resonaba en el imponente silencio, contando el número de camillas que atravesaban por la intersección de las dos calles.

[31] José Miró Argenter: Ob. cit., t. I, p. 322.
[32] *Ibidem,* p. 321.

> Absortos ante el desusado espectáculo, ninguno vio llegar hasta nosotros al General Calixto Ruiz, que era alojado de la casa, el que al ver que por su presencia se interrumpía el conteo, con tristeza mezclada de ironía nos dijo: "No, por mí no dejen de seguir en la faena. Ahí no van más que los heridos; los muertos han quedado en el Ayuntamiento.[33]

Por su parte, el historiador Raúl Izquierdo Canosa expone: "[…] como resultado de esta acción, los españoles tuvieron 21 muertos, pertenecientes a los batallones Cuenca 27, Navarra 25 y María Cristina 63; las bajas cubanas se dice que fueron 16 muertos y 69 heridos".[34]

El general Bernabé Boza, jefe de la escolta de Máximo Gómez, narra: "[…] Hemos tenido 12 muertos y como 70 heridos […] deben haber sufrido muchas bajas los españoles […]".[35]

El también historiador José Luciano Franco dice: "El combate duró poco más de una hora. Los españoles tuvieron 22 muertos y 75 heridos: los invasores sufrieron 16 muertos y 69 heridos, y se apoderaron de 50 armamentos quitados al enemigo".[36]

Las bajas españolas superan las expuestas por los autores antes mencionados. La mayoría de los muertos fueron enterrados en el cementerio local de Colón e inscritos en el Registro de Estado Civil de la ciudad. En busca de aclarar la verdad acerca del costo en vidas para el ejército enemigo se revisó el Libro 8 de defunciones y los resultados en general difieren de todas las fuentes consultadas.

Registrado con el no. 3, folio 193, del 3 de enero de 1896, el juez municipal suplente hizo saber al secretario que recibió un oficio del comandante militar de Colón, que adjuntaba la relación de oficiales e individuos muertos en el combate del 29 de diciembre de 1895 en Calimete, la cual está firmada por el jefe de la columna teniente coronel Emilio Perera y el comandante militar Luis Pérez Riestra y fechada el 30 de diciembre (anexo 1). De acuerdo con dicho documento, los fallecidos fueron 20.

En el Registro de Estado Civil de Manguito, municipio de Calimete está asentada la autorización para el entierro en el cementerio local del soldado de la 4.ª compañía del batallón de Cazadores de Valladolid, Sena Hernández, natural de Sabadel, casado, de 34 años y que murió por heridas de arma de fuego el 29 de diciembre de 1895.[37] Por formar parte de esta tropa parece haber caído en el combate del central María, muy próximo a este pueblo.

Por oficio del 31 de diciembre de 1895 del médico director del hospital militar fueron inscritos en el Libro 8, folio 188, el sargento del batallón de Navarra, 2.ª compañía, Juan Sabaté, con el no. 571; el soldado del regimiento de infantería María Cristina, 3.er batallón, 1.ª compañía, Juan Fava del Valle, con el no. 572 y el soldado del batallón de infantería Cuenca, Joaquín Hernández Salgado, con el no. 573.

[33] Pelayo Villanueva: Ob. cit.
[34] Raúl Izquierdo Canosa: Colón 1895-1898 La lucha armada y su costo humano, conferencia (inédita), en archivo del Museo Municipal de Colón.
[35] Bernabé Boza: Ob. cit., p. 69.
[36] José L. Franco: Ob. cit., t. III, p. 13.
[37] Registro de Estado Civil de Manguito, libro10, folio 88, no. 140.

Con fecha 13 de febrero de 1896, el jefe del batallón envió un nuevo oficio al juez inscribiendo la muerte el 29 de diciembre de 1895, en Godínez, de los soldados José Orensi Odria, Antonio Antoni N., Juan Favres Estreller, José Blasco Crespo y Juan Tristán Sánchez. Asimismo aparecen oficios del jefe del regimiento María Cristina 63, con fecha 4 de abril de 1896, inscribiendo la muerte del soldado Amador Pérez Lozado del 3.erbatallón, 1.ª compañía de dicha unidad y el 16 de abril de 1896, la muerte en Calimete de los soldados José Pereda y Manuel Geodanis Madavides. El 22 y 27 de abril de ese año fueron asentados los nombres de los soldados Antonio Prada Fernández, Felipe Fernández Canales, Juan Reyes Ortiz y Ricardo Silva Espinosa, muertos también en ese combate.[38] El 4 de enero de 1896, a consecuencia de las heridas recibidas en dicho enfrentamiento falleció en el hospital militar de Colón el soldado Juan Díaz Hernández de la 2.ª compañía del Cuenca.[39] El total de muertos en esta acción y enterrados en el cementerio de la ciudad de Colón, según el libro de defunciones del Registro de Estado Civil, fue de 38, pero se repiten ocho (anexo 2).

El total de bajas mortales del ejército español durante ese día fue de 31 y los heridos debieron superar con creces lo informado oficialmente por los ibéricos, si consideramos que mintieron con la cantidad de bajas mortales. Según lo contado por Pelayo Villanueva, que entonces tenía 24 años y siempre se destacó por la honradez en su larga vida como periodista e historiador, las camillas que su familia vio pasar se acercaban a las cien y el indudable hecho de que algunos de los heridos no necesitaban camillas, porque podían trasladarse caminando me lleva a afirmar que la razón le asiste a Villanueva.

En relación con las bajas del ejército invasor es casi imposible obtener la verdad, porque los cronistas dan cifras que difieren entre sí y solo nombran a los oficiales, los soldados son solo eso, sin nombre que los identifique. La relación de defunciones de la columna no fue recogida en la obra *Índice Alfabético y Registro de Defunciones del Ejército Libertador de Cuba,* de Carlos Roloff Mialofsky, publicada en 1901, donde solo se nombra al teniente Cruz Olivera Guerra de los caídos en Matanzas.

Los más reconocidos cronistas que acompañaron la invasión y participaron en este combate señalan que las bajas mambisas fueron: según Miró Argenter, 16 muertos y 69 heridos, para un total de 85 y, según Boza, 12 muertos y como 70 heridos. Tampoco se puede precisar si incluyen los seis heridos que fallecieron en Mostacilla, cerca del ingenio Reglita al amanecer del 30 de diciembre.

En el Registro de Estado Civil de San José de los Ramos, acogido al decreto del Gobierno Interventor del 13 de mayo de 1899, se encuentra inscrito por su padre con fecha 12 de julio de 1904, Inocente Burunate Ramos, natural de ese pueblo, muerto en el combate de Calimete el 29 de diciembre de 1895.[40] La escasez de da-

[38] Los dos primeros aparecen en el oficio del 30 de diciembre de 1895.

[39] Estos seis oficios se inscribieron en el Registro de Defunciones del Registro de Estado Civil de Colón.

[40] Registro de defunciones del Registro de Estado Civil, San José de los Ramos, libro 13, f. 23, no. 90.

tos en lo que respecta a las clases y soldados, y en específico, las imprecisiones en el registro de los fallecidos, pone en evidencia una actitud superficial de la historiografía, más interesada en el registro de la participación de las elites en la contienda que en nombrar a todos los que pusieron el pecho a las balas.

Enterrados los muertos, los invasores tomaron rumbo norte alejándose de las fuerzas españolas que marchaban hacia Calimete; la columna de Maceo chocó nuevamente en el central María, entre Manguito y Calimete, con parte del regimiento María Cristina que los cañoneó desde la fábrica donde se protegían sin salir a enfrentar al Titán, quien los provocaba, mientras Gómez avanzaba con la impedimenta. Este último tuvo un intercambio con la columna de Suárez Valdés, que había llegado en tren a Guareiras y atacó a los mambises en la colonia El Caney; aunque estos, sin detenerse, se dirigieron a Mostacillas, cerca de Perico, para acampar después de una larga travesía de más de quince horas de duro bregar y de sufrir el bombardeo desde el ingenio Santa Rita de Baró (hoy, René Fraga Moreno).

En su obra *Mi diario de la guerra,* Bernabé Boza parece confundir el ingenio Santa Rita con el Unión; no hace mención del encuentro en el central María, primero después de Calimete, ni el de El Caney. Ello indica que estos encuentros ocurrieron con las fuerzas de Maceo mientras la columna de Gómez se adelantaba con la impedimenta y era bombardeada por los españoles desde el Santa Rita; el campamento cerca de Cuevitas es el de la finca Mostacillas, a unos cinco kilómetros del actual pueblo de Perico; los encuentros del ingenio Unión y El Escorial ocurrieron el día 30.

Al amanecer de ese día, enterraron a cuatro de los heridos del día anterior y dejaron dos más en la vivienda de un campesino, con la encomienda de darles sepultura si morían antes de la llegada de los españoles y un salvoconducto para enseñar al jefe hispano, firmado por el general en jefe, para evitarle represalias. De estos soldados no se tienen noticias fidedignas; aunque su muerte era casi segura según los médicos de la columna.

Al amanecer, Maceo, con su gran ascendencia sobre sus subordinados, dejó entrever su intención de terminar el año cerca de La Habana; esto bastó para elevar el espíritu de aquellos cansados soldados y oficiales que iniciaron la marcha como si estuvieran en una revista militar. "[…] ¡tanta era la fe que se tenía en aquel hombre extraordinario! […] todo el mundo se dio prisa, y empezó a desfilar la vanguardia con la marcialidad de una tropa que sale del cuartel después de largo descanso".[41]

Cruzaron al norte de Cuevitas (hoy, central Agramonte) e inclinaron el rumbo hacia el suroeste; en los ingenios Unión y El Escorial volvieron a chocar con las fuerzas enemigas y sufrieron un muerto y un herido en cada uno de esos enfrentamientos; enderezaron el rumbo hacia el oeste y acamparon en La Empresa, a unos seis kilómetros de Corral Falso (hoy, Pedro Betancourt) en la noche del 30 de diciembre; al día siguiente tomaron rumbo sur para dejar parte de la impedimenta en Manjuarí, a unos tres kilómetros de Alacranes, en El Estante, al borde norte de la ciénaga de Zapata, donde dejaron a la mayoría de los heridos que los acompañaban desde el combate de Calimete. En este sitio, pernoctaron y esperaron la llegada del nuevo año, apenas a diez kilómetros de la capital.

[41] José L. Franco: Ob. cit., t. III, p.1.

Amaneció el 1.º de enero de 1896 y en el campamento mambí, el "Himno Invasor" anunciaba la despedida de la provincia de Matanzas con un combate, el último de la invasión en nuestra tierra como expresión del deseo matancero de obtener la independencia.

El más grande suceso militar de la guerra necesaria atravesó las seis provincias en que se dividía el país entonces. Matanzas fue la única recorrida tres veces por la columna invasora (dos hacia el occidente y una hacia el oriente); aunque debe tenerse en cuenta que la región suroriental de Cienfuegos también la recibió dos veces.

Las pérdidas económicas para España alcanzaron niveles indescriptibles por el uso eficiente y consecuente de la tea incendiaria en más de cien ingenios y decenas de fincas, sin incluir la devastación por los mismos métodos realizada por las fuerzas de Lacret, en el norte y Pérez Garoz, en la zona de Colón.

El costo humano para uno y otro bando es casi imposible de verificar. Según Miró Argenter, los mambises tuvieron 158 bajas, de ellos 20 muertos; Bernabé Boza contabiliza 136 bajas, con 17 muertos. A los españoles no se les puede creer, porque falseaban los datos en los partes oficiales. Atendiendo a los inscritos en los Registros de Defunciones de Colón, Jovellanos, San José de los Ramos, Manguito y Palmillas, las pérdidas fatales durante la invasión fueron de 42; aunque ocho de ellos aparecen inscritos dos veces. Los heridos no es posible contabilizarlos por no existir fuentes confiables.

Es en Matanzas donde Gómez y Maceo llevaron a lo más alto del pensamiento militar, su extraordinaria astucia y talento para derrotar al más poderoso ejército colonial del siglo XIX.

Anexo 1

Copia textual del oficio enviado a ese Registro por el Comandante Militar de Colón Luis Pérez Riestra. Anotado en. Libro 8 --- Folio 193 --- Nro. 3 defunciones. Registro de Estado Civil de Colón.

En la Villa de Colón, a las dos de tarde del día tres de enero de 1896 (mil ochocientos noventa y seis). El Sr Don Donato Blanco y Fernández, Juez Municipal Suplente en funciones, ante mí el Secretario Suplente en funciones Don Agustín González Cepero, dijo: que acaba de recibir un oficio del Sr Comandante Militar de esta Villa adjuntando la relación que copiada literalmente dice así =Columna de Operaciones. Relación nominal de los Sres. oficiales e individuos de tropa que fallecieron en el encuentro sostenido con el enemigo el día veinte y nueve del actual en el punto denominado "Godínez" en las inmediaciones de Calimete que fueron enterrados en el día de ayer en esta Villa. Primer Batallón de Cuenca, Segundo Teniente, segunda Compañía Don Antonio Porcel Maero; Primer Batallón Infantería de Marina, Tercera Compañía Alférez Don. Víctor Navarro Freixa, Primer Batallón de Navarra, Primera Compañía Soldados Antonio Antoni N, José Orensi Odria, Cabo Juan Fristany Sánchez; Segunda Compañía; Corneta José Blasco Crespo,

soldado Juan Chávez Estreller; Primer Batallón Cuenca, Segunda Compañía Sargento Antonio Ragado López, Corneta José Ferro Chamorro, Soldados Lino Cano Muñoz, Gabriel Sánchez Triado, Teodoro Uñoso Barrionuevo, Ramón Moreno Somoso, Tercer Batallón de María Cristina, Primera Compañía Soldados Felipe Ferrando Canales, Antonio Frades Fernández, Amador Pérez Lozado, José Pérez Moura, Juan Reyes Ortiz,Ricardo Silva Hespinosa, Manuel Guidanarios Caderrí: = Colón treinta de diciembre de 1895.= El Teniente Coronel Jefe de la Columna Emilio Perera.= es copia= El Comandante Militar Luis Pérez Riestra. [Hay un sello que dice: Comandancia Militar Colón].----------.

Haciéndose constar que no se han podido adquirir más generales, ni el nombre de los padres de los finados; disponiéndose su señoría dar por terminado esta transcripción, ante mi lo certifico.

Donato Blanco.

[Al margen aparece la relación de nombres y apellidos].

Anexo 2

Bajas del combate de Calimete que fueron repetidas en el Registro de defunciones del Registro de Estado Civil de Colón en diferentes fechas entre el 30 de diciembre de 1895 y el 27 de abril de 1896.

Soldados: José Orensi Odria. Aparece con los no. 101 y 133.
Antonio Antoni N. Aparece con los no. 100 y 134.
Juan Chávez Estreller con el no. 104 y Juan Fraver Estreller con el 135, ambos del regimiento Navarra.
José Blasco Crespo con los no. 103 y 136.
Juan Fristany Sánchez con el no. 102 y Juan Fristan Sánchez con el no. 137.
Amador Pérez Lozado con el no. 113 y 150.
Juan Reyes Ortiz con el no. 115 y 158.
Ricardo Silva Hespinosa Con el no. 116 y Ricardo Silva Espinosa con el no. 159.

Nota: Los números corresponden al ordenamiento cronológico de los miembros del Ejército de Operaciones español asentados en los libros de defunciones del Registro de Estado Civil de Colón.

La llegada de la invasión a Melena del Sur

Luis Cordero Torres

Al iniciarse la guerra de independencia el 24 de febrero de 1895, en Melena del Sur, si bien no se conoce que se hayan producido alzamientos, sí comenzó un proceso de conspiración entre meleneros, güineros, batabanoenses, guareros y pobladores de San Antonio de las Vegas. Entre ellos se hallaba el médico municipal doctor Eugenio Molinet y Amorós, uno de los iniciadores del proceso conspirativo y gestor de El Liceo, primera sociedad melenera y espacio de conspiración durante la tregua fecunda.[1]

Según noticias existieron también otros espacios, que, quizás por su lejanía del centro urbano, facilitaron el contacto con líderes de municipios vecinos. El doctor Molinet se reunía en la finca Gatica con Luis de Cárdenas,

[1] La sociedad El Liceo quedó constituida en la noche del 10 de abril de 1893. El Dr. Molinet fue su primer presidente y el primer local que se edificaría para dicha institución fue inaugurado el 25 de mayo de 1893.

Luis Cordero Torres

Graduado de la Enseñanza Media Superior, bachiller en Ciencias. Técnico en Derecho, del Instituto de Enseñanza Técnico-Profesional Julián Grimau. Presidente de la Unhic en el municipio de Melena del Sur, y secretario de Divulgación y Relaciones Públicas de la filial provincial de Mayabeque.

Antonio y Serafín Cantón, Gabriel Guerra y Panchitín Piedra, este último residente en Batabanó, todos interrelacionados con Adolfo del Castillo Sánchez.[2]

El grupo mantenía estrecha relación con la Junta Revolucionaria de La Habana presidida por Juan Gualberto Gómez Ferrer, Julio Sanguily Garrite, José María Aguirre Valdés, los doctores Máximo Zertucha Ojeda y Gustavo Pérez Abreu, entre otros. Desdichadamente, las autoridades españolas supieron de aquellas reuniones y ordenaron la detención de Molinet en junio de 1895, aunque este fue avisado a tiempo por su amigo el sargento Fructuoso Baijet y Viladod, lo que le permitió huir a La Habana y trasladarse luego a su provincia natal.[3]

A finales de 1895, ya en marcha la invasión, apareció por las calles de Melena del Sur un individuo de los llamados por entonces de raza de color, quizás insignificante, pues era un simple vendedor de caramelos, pero su pregón resultaba atractivo; llevaba con él dos títeres o marionetas, uno se llamaba Crispín y el otro María de la O y aprovechaba los lugares de mayor concurrencia para decir: "Ey! ¡Ya están llegando! María de la O está triste, pero Crispín está contento! ¡Compren caramelos muchachos, muchachos, porque me voy…!"

En ocasiones entonaba el siguiente canto:

Unos dicen que a la una,
otros dicen que a las tres,
¡ay, bilongo, bilongo!
bilongo mató a Mercé!
Unos dicen que es el chino,
Otros dicen que no es
¡ay, bilongo, bilongo!
bilongo mató a Mercé!

Jacinto Bayona, procedente del territorio de Tapaste, no fue solo un pregonero que tenía el propósito de comercializar caramelos, sino que cumplía un objetivo concreto: levantar los ánimos y avisar de la proximidad de la invasión. Posteriormente, se incorporó a las tropas del regimiento de Adolfo del Castillo y murió en el combate de la loma del Millo, el 15 de julio de 1897.[4]

De manera que, al llegar la columna invasora a Melena del Sur, ya existían antecedentes de actividades conspirativas, que permitieron el apoyo e incorporación de varios hijos del territorio, entre ellos Ramón Jubán, conocido como el Quintín de Melena por sus hazañas en el campo insurrecto.

En los últimos meses de 1895 se incrementaron diversas acciones en la zona en apoyo a la revolución, a saber:

[2] General de brigada Adolfo Laureano del Castillo Sánchez (1864-1897). Se incorporó como soldado a la columna invasora, cayó combatiendo el 25 de octubre de 1897 en La Felicia. Véase Gregorio Delgado: "Los meleneros en la revolución", en periódico *Heraldo de Melena*, 20 de mayo de 1941, edición especial, p. 23.

[3] Gregorio Delgado: *La mujer melenera y su contribución a la causa de la independencia de Cuba*, p. 10.

[4] _____: "Los meleneros en la revolución", ob. cit., p. 23.

- el 6 de noviembre, el administrador del ingenio La Luisa denunció la falta de una yunta de bueyes y, ese mismo día, se le perdió a Quintín Herrera, colono de este ingenio, una vaca;
- el 11 del propio mes, le robaron un potro a don Juan Hernández, en la finca La Purísima;
- el día 28, le robaron una yegua mora a don Gerónimo Pérez, vecino de Las Charcas y
- el 1.º de diciembre fueron quemadas 2000 arrobas de caña, propiedad del colono don José Vegas Fernández, en el barrio Lechugas.[5]

En su marcha hacia occidente, la columna invasora llegó a Melena del Sur el 3 de enero, a las seis de la mañana, amenazada por tres lados por fuerzas enemigas de los generales Rafael Ibáñez y Aldecoa, José García Navarro y Ramón Echagüe Méndez Vigo, y otras menores, con un total de 10 000 hombres de las tres armas, que contaban, además, con ferrocarriles, telégrafos, teléfonos, numerosos destacamentos de la Guardia Civil y voluntarios, que guarnecían los pueblos, estaciones ferroviarias e ingenios.[6]

Las tropas mambisas fueron avistadas desde Güines, por el sistema de heliógrafos que avisó al mando metropolitano de la situación y alertó al comandante militar de este pueblo; las tropas de voluntarios de Güines, Melena y Palos, elementos del regimiento de Milicias de Infantería de La Habana y otros grupos se movilizaron.

La presencia de estas fuerzas no fue impedimento para que las tropas invasoras desfilaran en revista, de manera pacífica, en parada marcial, ante el general Maceo y su Estado Mayor, mientras a tiro de fusil, en el ingenio La Teresa, permanecían sin inmutarse el general García Navarro con sus cañones en batería y sus infantes, arma al brazo, pero sin atreverse a provocar a sus contrarios. Al respecto José Miró Argenter anotó que el general García Navarro:

> […] se plantó en los miradores del central Teresa y dejó pasar toda la Invasión, después de verla atascada en las tierras cenagosas y coloradas de Güines. Toda nuestra gente observó los puestos avanzados del brioso competidor, mientras en hilera, uno tras otro, desfilaban los jinetes y peones de la Invasión. De suerte que el espectáculo era recíproco: García Navarro, desde la ciudadela murada, contemplaba el pasaje de los invasores, y éstas á los guardianes de dicho recinto, atónitos unos y otros, de verse las caras y de no acudir á los puños. El papel del afamado brigadier no pudo ser más deplorable ni más reído; reído y puesto en solfa por los mambises, desairado y soberanamente bochornoso para él.[7]

[5] Archivo del Museo de Historia Local (Melena del Sur): Registro de comunicaciones dirigido al excelentísimo gobernador civil de la provincia, 1880.

[6] José L. Franco: Ob. cit., t. III, p. 18.

[7] José Miró Argenter: Ob. cit., t. I, p. 277.

Años después, Leonardo Goicochea narró en sus memorias cómo, con total desenfado, los insurrectos comandados por Gómez y Maceo habían acampado a la vista del batey y las autoridades españolas, el terreno que ocuparon y las fogatas que hicieron para la comida, y añadió: "[…] los insurrectos pasaron el puente sin ser molestados. Acamparon para almorzar, la vanguardia en el ingenio La Luisa y el centro y retaguardia en la colonia Tres María. Desde el mirador de La Teresa los veíamos, como que estaban a poco menos de dos kilómetros […].[8]

Antonio Maceo ordenó al coronel Juan Masó Parra que se intimara a la rendición de Melena del sur; este, con 25 soldados de la escolta del Generalísimo y fuerzas del regimiento García, llevó a cabo la misión con éxito; se ocuparon, sin apenas resistencia, 80 fusiles y 1500 cápsulas, y se desarmó a los voluntarios de las guarniciones.[9]

Por su parte, el coronel Antonio Núñez se apoderó del cercano caserío de Guara, recogiendo como botín numerosos fusiles y millares de municiones, entregados a los coroneles Vidal y Juan Eligio Ducasse Reeve, para reforzar su infantería, a la cual se unieron centenares de campesinos habaneros que se alistaban gozosos bajo la bandera de Cuba Libre.[10]

Ante esta situación, casi a las puertas de La Habana, el general Arsenio Martínez Campos informó al ministro de la Guerra en Madrid acerca de los últimos sucesos acaecidos con la invasión:

> El enemigo sigue avanzando por las líneas del Norte y del Sur de la Habana. Numerosa fuerza separatista se halla en San José de Las Lajas, Pueblo situado a 29 kilómetros de la Habana. Viene destruyéndolo todo. Incendian las Estaciones de Ferrocarriles. También hay partidas en Guara. Así mismo Fuerzas insurrectas en Melena del Sur, no lejos de Batabanó. Llegan a la Habana numerosas familias de los pueblos huyendo. El pánico es extraordinario. Nada se teme respecto a la Capital. [11]

Según el historiador Gregorio Delgado Fernández, María Luisa Hernández y Josefa Fernández Alfonso fueron las que evitaron de alguna manera el incendio del poblado de Melena del sur, pero no impidieron, el fuego de los ingenios San José, La Luisa, La Teresa y la bodega de Lechuga.[12] La ocupación de Melena del Sur tuvo un gran impacto:

> La ocupación de Melena del Sur, por la importancia comercial de la plaza y sus medios defensivos, debió causar pánico profundo en los demás caseríos de la comarca, puesto que empezaron á emigrar los vecinos de mayor arrai-

[8] José, L. Franco: Ob. cit., t. III, p. 18.
[9] José Miró: Ob. cit., t. 1, p. 277.
[10] *Ibidem.*
[11] José L. Franco: Ob. cit., p. 19.
[12] *Ibidem*, p. 18.

go, buscando momentáneo refugio en la capital. La calzada de Güines era un hormiguero de vehículos que transportaban familias emigrantes y á no pocos defensores.[13]

Tras el paso triunfal de Gómez y Maceo por Melena del Sur, esa noche pernoctaron, el general en jefe en una colonia del ingenio Aljovín y el Titán, a menos de media legua, en la colonia La Gía.[14]

El paso de la invasión por el territorio sirvió de incentivo para que numerosos hombres y mujeres meleneros se incorporaran a la causa independentista, integrándose a diferentes regimientos, como por ejemplo, el doctor Máximo Zertucha.

El enemigo estaba desmoralizado; al respecto el coronel Manuel Piedra Martel refiere:

En los mismos días en que nosotros ocupábamos a Guara y a Melena del Sur, había ocho brigadas y divisiones españolas escalonadas de esta manera: una en Güines; otra al sur de Melena; otra al Oeste de Güines; otra en Nueva Paz; dos que se suponían sobre nuestras huellas; otra en Júcaro, otra además en Ceiba Mocha.[15]

La invasión continuó su paso hacia Vuelta Abajo, quedaron diferentes regimientos en toda la zona habanera que utilizaban el método de guerrillas, lo que consistía en hacer la guerra sobre la base de la movilidad; esta forma ofensiva fue adoptada en esta parte de la Isla por sus condiciones topográficas —terreno relativamente llano— y ser un espacio poblado y de cultivo, lo que limitaba los sitios de refugio para los mambises.

En los primeros meses de 1896 fueron reforzadas las tropas españolas. El 14 de febrero, militarmente se hizo cargo del pueblo de Melena el capitán español José E. Clavet. Al siguiente día del tránsito de Gómez y Maceo por la zona, Clavet desde su posición llamó al orden y retorno de la paz; claro está, para nada cesó la contienda bélica, continuaron los combates, ejemplo de ello lo fueron en Hatos de la Luisa, Patos, Güajenes, La Tomasa, El Cristal, Piedra, Flor de Mayo, El Aserradero, El Inglés, El Navío".[16]

Durante la guerra de 1895, el territorio de Melena del Sur, en la actual provincia de Mayabeque, fue escenario de no pocos acontecimientos tratados por varios autores que lo han tenido en cuenta como actor pasivo o activo en acciones combativas contra el enemigo por los regimientos dislocados en la región sur de la antigua provincia de La Habana, como, el regimiento de caballería Calixto García y de infantería de la 5.ª región militar, regimiento Tiradores de Maceo (caballería e infantería), Tiradores de Mayía (infantería y caballería), entre otros.

[13] *Ibidem.*
[14] Gregorio Delgado: *La mujer melenera…*, ob. cit., p. 12.
[15] Manuel Piedra Martel: *Campañas de Maceo…,* ob. cit., p. 92.
[16] Gregorio Delgado: Ob. cit., p. 14.

Se destacaron diversos patriotas como los doctores Molinet y Pérez Abreu, Manuel Alfonso Quiñones, Julián Alfonso Quiñones, Antonio Cantón Rivero, Waldo Vázquez, Luciano Hera, Ramón Jubán, Serafín Cantón Rivero, Francisco Domínguez, Juan López de La Rosa, Lucas Muñoz, Juan Llanes, Antonio Hernández Curbelo, Ramón Bernal Covarrubias, José Cepero Arauz.

De modo que el paso de la invasión también dejó huellas en el territorio y, sobre todo, encendió la llama del ideal independentista.

Artemisa en la guerra del 95 (4 de enero-7 de diciembre de 1896)

José Antonio Villar Valdés
Daniel Suárez Rodríguez

La creación de la provincia Artemisa demanda profundos estudios que permitan determinar en toda su magnitud los elementos históricos que sustentan su identidad y, a la vez, llenar espacios vacíos en el conocimiento de su historia.

Una de las aristas más ricas de esta provincia es su trayectoria combativa, desde la rebeldía aborigen hasta la actualidad. Sin embargo, quedan un sinnúmero de aspectos que merecen un tratamiento inmediato e integral, como por ejemplo, el de la participación en las guerras por la independencia y, de forma particular, durante la guerra del 95.

En el caso de Artemisa, las investigaciones que al respecto se realicen deben partir del devenir histórico de cada uno de los municipios que la componen, por la complejidad que implica el hecho de que han pertenecido a provincias diferentes en dependencia de las

José Antonio Villar Valdés

Licenciado en Historia y Marxismo Leninismo y máster en Ciencias de la Educación. Profesor de la Universidad de Artemisa. Tiene publicados artículos en revistas nacionales y extranjeras, así como en títulos colectivos y el libro Fidel en la Villa Roja de Vueltabajo. Ha sido participante en múltiples eventos nacionales e internacionales. Es el presidente de la filial de la Unhic en el municipio de Artemisa.

Daniel Suárez Rodríguez

Licenciado en Educación (especialidad de Construcción Civil). Director de la Biblioteca Provincial Ciro Redondo García, en Artemisa. Profesor asistente de la Universidad de Artemisa. Autor de *Un cubano en Normandía* y *Fidel en la villa roja de Vueltabajo* y coautor de libros colectivos, como *Frank en la memoria; Cuba y España. Procesos migratorios e impronta perdurable. Siglos XIX y XX; Dos titanes en la historia y la cultura cubana* y *Artemisa. Apuntes sobre la historia de una provincia*. Ha publicado artículos en revistas nacionales y ha participado en numerosos eventos nacionales e internacionales. Es presidente de la filial provincial de la Unhic, miembro de la SCJM y de la Sociedad de Historia de la Medicina en su capítulo provincial.

divisiones político-administrativas vigentes en cada momento,[1] lo que, sin dudas, supone una dificultad adicional a los estudios de identidad que se lleven a cabo.

Por ello resulta más adecuado encaminar cualquier estudio de historia combativa relacionado con esta porción occidental del país desde el punto de vista de la región histórica, a partir del siguiente criterio:

> El accionar del hombre en el tiempo no respeta, en la inmensa mayoría de sus actos, las barreras que imponen las divisiones político-administrativas de cada época. De tal forma se establece un conflicto, cuando dichos acontecimientos sociales, políticos, militares, culturales, geográficos, se desmarcan de las fronteras artificiales que los hombres regulan a favor de una mejor administración y control de los territorios durante períodos determinados.[2]

La provincia de Artemisa, como parte de la región histórica de Vueltabajo, está conformada por dos subregiones históricas: Ariguanabo, con centro nodal en San Antonio de los Baños (incluye los municipios de Bauta, Güira de Melena y Alquízar) y Artemisa, con centro nodal en el municipio homónimo (incluye Candelaria, San Cristóbal, Bahía Honda, Mariel, Guanajay y Caimito).

De forma general, los estudios historiográficos que abordan las guerras por la independencia de Cuba entre 1868 y 1895 recogen la participación activa de la zona centroriental del país y, por el escaso protagonismo de occidente en esta contienda, las investigaciones referidas a la incorporación de esta región son menos.

Un destacado trabajo de investigación acerca de esta arista del tema fue publicado por César García del Pino,[3] quien asume, de forma general, el criterio de que durante la guerra del 68 "[…] en Vueltabajo, si bien había un fuerte sentimiento independentista entre los sectores populares, este no llegó a expresarse al punto de generar un movimiento armado que se consolidara a lo largo de los diez años de lucha".[4]

No sucedió lo mismo en el caso de la guerra del 95. Con la llegada de las columnas invasoras de Antonio Maceo y Máximo Gómez a Güira de Melena, el 4 de enero de 1896, se incorporó a la guerra el territorio de Vueltabajo y, por ende, los municipios que en la actualidad conforman la provincia de Artemisa.

Comenzó dentro del conflicto armado una etapa superior de lucha; en Vueltabajo se decidía la suerte de la guerra, a pesar de la moderna y bien equipada trocha militar de Marial a Majana y de la presencia del sanguinario capitán general Valeriano Weyler y Nicolau con los numerosos efectivos a su disposición y la estela de muerte que dejó con la puesta en práctica de la política de reconcentración, aplicada con particular saña en esta parte de la Isla.

Resulta conocido que con la llegada de la columna del Titán de Bronce a los confines pinareños y la realización por Gómez de la campaña de la lanzadera, se

[1] Colectivo de autores: *Artemisa. Apuntes de una provincia,* p. 14.
[2] Pedro Luis Hernández Pérez: Vueltabajo. Definición de una región histórica (inédito).
[3] César García del Pino: *Carlos García, comandante general de Vueltabajo*.
[4] Colectivo de autores: *Síntesis histórica provincial. Pinar del Río,* p. 149.

creaban las condiciones para que España fuera colocada a punto de sufrir una derrota en Cuba. Toda la Isla estaba en pie de guerra contra el colonialismo español y las costas vueltabajeras podían recibir expediciones con hombres y armas para el mambisado; comenzó un paulatino y arrollador proceso destructivo de la economía criolla y peninsular en occidente, que se había mantenido intacta durante años y servía de garante a los gastos de la guerra contra Cuba.

Sin embargo, existen elementos que no pueden desconocerse:

Antes de la llegada de las fuerzas invasoras, ya existía en Vueltabajo espíritu de lucha y patriotas sobre las armas integraban pequeñas partidas insurrectas, organizadas y exitosas.

Al llegar las columnas invasoras de Antonio Maceo y Máximo Gómez a Vueltabajo, ya existía un clima avanzado de conspiración y rebeldía en esta región y partidas insurrectas, cuyos jefes se subordinaron inmediatamente a los principales jefes de la guerra.

Pedro Ángel Delgado Carcache, patriota insigne de Mariel, se encontraba alzado desde al menos dos años antes de que comenzara la guerra del 95. El 4 de enero de 1896, cuando combatían Gómez y Maceo en Güira de Melena, este insurrecto hacía lo mismo en Cayajabos.[5]

Indalecio Sobrados Lago estuvo entre los primeros insurgentes vueltabajeros en la guerra necesaria. Antes de subordinarse a Maceo, combatió con éxito en Las Pozas y Bahía Honda, y movilizó tras su tropa a considerables efectivos españoles.[6]

Otro caso es el Carlos Socarrás Acosta, patriota insigne del municipio Bahía Honda, que antes de la llegada de la columna invasora a Vueltabajo, había convertido el lomerío de este territorio en un bastión contra las fuerzas españolas.[7] Murió como resultado de las heridas recibidas en el combate de Cacarajícara.[8]

De igual forma, debe destacarse que los patriotas sobre las armas en Vueltabajo mantuvieron bien activa la lucha durante poco más de un mes, cuando Maceo salió de esta región en febrero de 1896 para reunirse con Máximo Gómez y operar juntos en La Habana y Matanzas.[9]

Con la incursión de Gómez y Maceo por Güira de Melena en enero de 1896 y hasta el avance del Titán hacia Mantua para finalizar la campaña de invasión, así como los combates que sostuvo durante su primera campaña en Pinar del Río y hasta su salida a Matanzas y La Habana,[10] no se había consolidado la guerra en Vueltabajo. Fue con la segunda entrada del general Antonio a esta parte de la geografía nacional, a partir del 15 de marzo de 1896, que se radicalizó la guerra al oeste de

[5] CEMI: *Historia militar de Cuba,* ob. cit., t. 3, vol. 2 y *Diccionario enciclopédico de historia militar de Cuba*, ob. cit., t. 1, p. 107.

[6] CEMI: *Historia militar…*, ob. cit., t. 3, vol. 2, p. 352.

[7] *Ibidem,* p. 353.

[8] *Ibidem,* t. 2, p. 49.

[9] *Ibidem,* t. 3, p. 35.

[10] Raúl Izquierdo Canosa: *Días de la guerra. Cronología sobre los principales acontecimientos de la guerra de independencia de Cuba 1895-1898,* p. 39.

La Habana. Fue entonces que el actual territorio de la provincia Artemisa desempeñó un papel fundamental en la lucha. Después de la caída en combate de Antonio Maceo, se mantuvo el espíritu de lucha del mambisado vueltabajero hasta el último día de la contienda en 1898.

La columna invasora en la actual provincia de Artemisa

El 4 de enero de 1896 llegó el contingente invasor dirigido por Máximo Gómez y Antonio Maceo a tierras de la actual provincia artemiseña como parte de su impetuosa ofensiva al suroeste de la capital. A las dos de la tarde, las fuerzas cubanas se localizaban próximas a la entrada de Güira de Melena. Predominó el criterio acertado del Titán de Bronce de atacar el pueblo —el Generalísimo opinaba que no era prudente hacerlo— y la acción fue llevada a cabo con fuego impetuoso.[11]

Los patriotas cubanos, al amanecer del día 5, partieron; dejaron el pueblo medio destruido y aún bajo el efecto de las llamas. Esperaban que Martínez Campos combatiera, con lo cual podría rescatar su prestigio y desquitarse de las continuas derrotas que le proporcionaba el empuje mambí en el occidente cubano.

De Güira de Melena, la tropa partió hacia el poblado de Alquízar, donde entraron triunfantes y sin resistencia, en impresionante desfile de caballería, con la infantería mambisa acompañada de la banda de música de la columna, que interpretaba el "Himno de Bayamo" y la "Marcha de la bandera". La entrada de la columna invasora estuvo presidida por la figura erguida del Generalísimo Máximo Gómez, junto a la impresionante estampa del lugarteniente general Antonio Maceo.

Los recientes éxitos inspiraron a Maceo a girar hacia el norte de la provincia para ocupar otros pueblos de la entonces capital habanera; con esta maniobra puso al mando peninsular en máxima tensión. La decisión del estratega cubano fue avanzar hacia el poblado de Ceiba del Agua. Las tropas mambisas penetraron en dicha plaza durante las primeras horas de la noche del 5 de enero, también sin que les opusieran resistencia. Luego de un breve descanso, al atardecer del día 6, partió la columna hacia Vereda Nueva, ya con la incorporación de las fuerzas del coronel Juan Bruno Zayas Alfonso, luego de haber rendido la guarnición de Caimito.

Sin mayores dificultades fueron contabilizados los pertrechos obtenidos con esa nueva victoria. Gómez y Maceo concedieron una entrevista a varios periodistas y pudieron conocer el estado de ánimo que existía en la capital del país, de igual forma, supieron de la espera por parte de los jefes enemigos de un ataque masivo de las fuerzas insurrectas.

Por su parte, el mando español desplegó las tropas de Álvaro Suárez Valdés, José García Navarro y Francisco de Borja Canella al sur de la intransitable laguna de Ariguanabo, para contener el avance de las fuerzas insurrectas; pero estas continuaron su avance con una penosa marcha "[…] de dos horas por tremedales

[11] Amado Palenque: Ob. cit., pp. 207-212.

practicables –según un corresponsal norteamericano– solo por patos y cubanos",[12] hasta vencer los obstáculos y llegar a Hoyo Colorado (Bauta), situado en la vía hacia Marianao.

Luego de la rendición de los voluntarios, en emotiva arenga, el Generalísimo expresó, lo que más que objetivo de la contienda, constituye una proyección ética de la revolución del 95 y del ideario de su Apóstol de la independencia: "Nosotros no le hacemos la guerra a España y a los españoles sino para obtener la independencia de nuestra patria [...] Logrado este fin, españoles y cubanos seremos siempre hermanos sin que podamos desprendernos, ni los unos, ni los otros, de la sangre que corre por nuestras venas".[13]

Luego de una semana de avance se había atravesado de este a oeste la provincia habanera, incursionando en territorios de la actual provincia de Artemisa. Los invasores entraron en un territorio desconocido, muy próximo al centro político, económico y militar más avanzado de las tropas coloniales españolas, todo lo cual realzaba el éxito de dichas acciones, aun cuando desde el 3 de enero, Arsenio Martínez Campos había declarado el estado de guerra en las provincias de La Habana y Pinar del Río.

De Hoyo Colorado, la columna invasora partió y acampó al oscurecer del día 6 en el ingenio Baracoa. En la madrugada del 7 de enero se reunieron el Generalísimo, el Héroe de Baraguá y parte del Estado Mayor, para conversar sobre los inmediatos planes de la guerra. Acordaron dividir la hueste en dos partes:

- Una, comandada por el lugarteniente general, con 1560 hombres, continuaría hacia Pinar del Río para alcanzar la meta de la invasión: llegar al pueblo más occidental de la Isla, Mantua.
- La otra, al mando de Máximo Gómez, con 2300, permanecería en la provincia de La Habana "cuidándole la puerta" a Maceo y destruyendo al ejército colonialista en occidente.

Con la campaña de la lanzadera, el Generalísimo haría correr tras él por toda la provincia habanera a las tropas españolas, provocando que dividieran sus fuerzas; de ese modo, impidió que encerraran y aniquilaran a Antonio Maceo en la angosta provincia pinareña.

El propio 7 de enero, a las seis de la mañana, partió la columna del general Gómez hacia el suroeste de la Habana, mientras que media hora después el lugarteniente daba la orden de iniciar la marcha hacia el noroeste de la capital. A la vista de los independistas cubanos se extendía la hermosa campiña del Mariel.

Además de explorar la zona, Maceo tenía el propósito de cerrar el paso a La Habana con un ataque audaz a uno de sus barrios —pensaba en Marianao—. En su recorrido, la tropa pasó por el ingenio Lucía, propiedad de Perfecto Lacoste y Grave de Peralta.[14] Con posterioridad avanzó por el límite entre La Habana y Pinar del Río.

[12] CEMI: *Historia militar*..., t. 3, vol. 2, p. 64.
[13] Amado Palenque: Ob. cit., p. 222.
[14] Perfecto Lacoste fue veterano del 68 y uno de los más importantes y valiosos patriota conspiradores, confidente y cooperante con Maceo y la causa independentista en la zona.

El 8 de enero, tras recibir reportes de inteligencia que le hacían saber del acercamiento del enemigo a Hoyo Colorado, Maceo entabló combate en las cercanías del central Lucía, muy a pesar de su táctica de evadir, en ese momento y lugar, a las fuerzas españolas. Finalmente logró su objetivo y ratificó su certeza de que el día 9, a pesar de las dificultades, estaría en Pinar del Río. En la entrevista que había sostenido con Lacoste, este le comentó: "General, he oído decir a los del cónclave autonomista que si usted cruza por el estrecho de Mariel será más grande que Aníbal", a lo que respondió el Titán: "Yo no sé dónde está esa angostura de los tormentos, pero denme mañana por situado en Pinar del Río".[15]

En marcha continua, dejó el pueblo de Mariel al norte y llegó con su tropa al valle de Cabañas; situó su Estado Mayor en el batey del ingenio Begoña, desde el cual conminó al jefe del fortín a rendirse. Tras recibir como respuesta una negativa, atacó y tomó con éxito el poblado:[16] su primera victoria en tierra pinareña

La columna invasora, a la que se unió la tropa de Pedro Ángel Delgado Carcache, profundo conocedor de la zona, tomó la línea del litoral norte con el objetivo de ir desarmando las guarniciones enemigas. Llegó el 10 de enero a Bahía Honda, donde pasaron la noche y recibieron la incorporación de partidas de insurrectos de la zona que ya combatían en Pinar del Río, entre las que se destacaba la de Carlos Socarrás.

Después de exigir a los comerciantes del pueblo repartir alimentos y vituallas a las personas más necesitadas e incendiar el ingenio Gerardo y los cañaverales aledaños, salió Maceo de Bahía Honda. Avanzó sobre La Palma, Viñales, bajó al sur pinareño, combatió en Las Taironas, cruzó sin resistencia bien cerca de la ciudad de Pinar del Río, entró en Guana y, finalmente, arribó a Mangos de Roque, Mantua, el 22 de enero de 1896. Culminó la campaña de invasión, "el hecho más audaz de la centuria".[17] Al alcanzar la contienda del 95 todo el territorio nacional, superó política y militarmente la contienda del 68, pues se combatía en todas las regiones del país contra el colonialismo español.

Nuevamente el talento y arrojo de Maceo en territorio artemiseño

Una vez finalizada la invasión, se inició en el territorio vueltabajero la consolidación de la lucha en su llanura sur, donde se localizaban sus principales vías de comunicación, la mayoría de los cuarteles españoles, sus más importantes suministros, la mayor riqueza económica de la provincia. Todo esto tuvo lugar en un contexto político adverso para las tropas colonialistas, dada la incapacidad manifiesta del capitán general Martínez Campos de contener el avance mambí hacia el extremo más occidental de la Isla, su destitución, el mando interino de Sabas Marín y González, hasta la llegada del nuevo capitán general: Valeriano Weyler y Nicolau.

[15] CEMI: *Diccionario enciclopédico…,* ob. cit., p. 65.
[16] Amado Palenque: Ob. cit., pp. 244-245.
[17] Jorge Freddy Ramírez Pérez: "El genio estratégico de Antonio Maceo. La guerra en Pinar del Río", en revista *Honda* no. 35, pp. 15-24.

Las fuerzas de Maceo salieron el 24 de enero de 1896 desde Mantua hacia el norte del territorio pinareño y hacia los límites actuales de las provincias de Pinar del Río y Artemisa. En la loma de Candelaria conoció Maceo de la futura llegada de Weyler como sucesor de Martínez Campos, por lo que concibió en su estrategia un plan de operaciones para combatir contra todas las fuerzas enemigas que se encontraran a su paso hasta llegar a La Habana, donde se reuniría con Máximo Gómez.

Se daban los primeros pasos en la trocha Mariel Majana.[18] En su avance, venció el 1.º de febrero en Paso Real de San Diego y el día 2 en Santa Cruz de los Pinos; el día 3, se incorporaron las tropas de infantería del coronel de origen chileno Pedro Vargas Sotomayor,[19] así como otras encabezadas por Pedro Delgado, provenientes de la zona de El Rubí; alcanzaron así las fuerzas al mando de Maceo un número próximo a los dos mil quinientos.

La villa de Candelaria (antesala de la villa de Artemisa), convertida en puesto de mando del capitán general en funciones, era el próximo objetivo; aunque parecía impenetrable para los combatientes cubanos.[20] Luego de hacer saber al enemigo las intenciones de atacar el poblado, el día 5 de febrero, Maceo lanzó su arremetida y estableció un cerco que duró alrededor de 24 horas, causó al adversario gran cantidad de bajas y les permitió a las fuerzas cubanas alcanzar mejores posiciones; pero no se logró tomar el poblado. Como analiza el historiador Jorge Freddy Ramírez, el asedio a Candelaria tuvo gran importancia para los cubanos y evidenció un cambio táctico en el mando mambí para el ataque a localidades, lo cual desconcertó a los españoles, haciéndoles creer que verdaderamente los insurrectos estaban interesados en tomar el pueblo. Lo cierto es que Maceo se burló del mando español, pues con este sitio logró concentrar la atención y convergencia de agrupaciones peninsulares reunidas en línea defensiva de Mariel a Majana, desviándolas hacia el oeste, lo que le permitió despejar gran parte del terreno a recorrer para llegar a La Habana y "recibir" a Weyler.[21] Ello evidencia la capacidad táctica del lugarteniente general, que el mismo día 7 ubicó sus fuerzas entre los poblados de Candelaria y San Cristóbal, en la intersección estratégica de Río Hondo y el Camino Real de Vueltabajo.

[18] Para la línea militar de Mariel a Majana fue escogido por el mando militar español el punto más estrecho de Cuba, desde la bahía del Mariel al norte, hasta la ensenada de Majana al sur, en total de 32 km de extensión; se componía de tres zonas consecutivas: norte, centro y sur, y se organizó una división de más de trece mil hombres para su defensa. El territorio que atravesaba la línea militar era de características disímiles: abruptas y cenagosas al norte, llanas al centro y cenagosas en el sur. La zona contaba con poblaciones importantes en lo económico y militar como eran: Mariel, Guanajay y Artemisa. Su objetivo era, una vez que el Titán de Bronce iniciara la campaña de occidente, impedirle la salida del territorio pinareño, aislándolo del resto de la Isla y, a través de maniobras combinadas de las columnas y otras fuerzas que operaban en la línea, cercarlo en el occidente cubano, imposibilitarle el paso y la comunicación para aniquilarlo. Véase CEMI: *Diccionario enciclopédico…,* p. 87.

[19] Jorge Freddy Ramírez Pérez: Ob. cit., p. 18.

[20] *Ibidem,* pp. 19-20.

[21] *Ibidem,* p. 21.

En este paraje se desarrolló una de las acciones más importantes de este periodo, el combate de Rio Hondo.[22] Una valla colocada en el histórico lugar da fe del derroche de heroísmo protagonizado por las fuerzas de Pedro Ángel Delgado Carcache y por la impedimenta que lo acompañaba. Miró Argenter en sus *Crónicas de la guerra* se refiere al hecho: "[…] Se arrojaron sobre las bayonetas con las manos solas: el ruido del metal que sonaba en torno a ellos era el golpe del vaso de beber al dar contra el muñón de la montura".[23]

Lázaro Fiallo Come, primer director que tuvo el museo municipal de San Cristóbal, gestionó en 1983 la colocación de una tarja de hormigón en la que aparece una frase de Antonio Maceo referida al valor con que se peleó en Río Hondo: "Yo nunca había visto eso; gente novicia que ataca inerme a los españoles ¡con el vaso de beber agua por todo utensilio! Y yo le daba el nombre de impedimenta".[24]

Luego del encuentro de Río Hondo, la hueste cubana avanzó hacia San Cristóbal el 9 de febrero. Dos días después combatió en Laborí contra la columna del general Pedro Cornell Cornell; cruzó el 12 de febrero entre los ingenios Neptuno y Minerva, muy cercanos a Artemisa, sin disparar un tiro y con las banderas desplegadas, para ir a acampar en Seborucal, provincia de La Habana, de donde continuó hacia el este para reunirse con Gómez. De esta forma, el Titán de Bronce, saludaba ese día la toma de posesión de Valeriano Weyler, marqués de Tenerife, como capitán general de la isla de Cuba, en el Palacio del Segundo Cabo, realizada dos días antes.

Varios fueron los factores que hicieron posible el recorrido exitoso de Maceo por la región vueltabajera ubicada en la llanura sur de la actual provincia Artemisa:

- La elevada capacidad táctica y de dirección del alto mando cubano en las diferentes acciones, que permitió la toma de decisiones oportunas en disímiles momentos incluso en el propio campo de batalla; en ello, se destaca el talento militar del lugarteniente general Antonio Maceo.
- La falta de confianza creada por el enemigo en sus tropas, al falsificar la mayoría de los partes de guerra, lo cual fue aprovechado por las fuerzas mambisas y posibilitó la ejecución de maniobras en su beneficio.
- El eficaz apoyo brindado por los patriotas vueltabajeros, quienes, de manera abnegada y poniendo muchas veces en riesgo sus vidas, garantizaron información de inteligencia y refuerzo en hombres, medicinas y alimentos, entre otras vituallas. Fue este, sin lugar a dudas, un elemento de gran significado.

Todo ello evidenció el alto grado de madurez política, militar y revolucionaria alcanzado por los patriotas cubanos. En este sentido es importante destacar que, durante su visita a La Habana en 1890, Maceo había logrado establecer sólidos contactos con los patriotas que después integrarían la Junta Revolucionaria de La Habana, y ahora, auxiliado valiente y eficazmente por Perfecto Lacoste, se

[22] CEMI: *Diccionario…*, t. 2, 170-171.

[23] José Miró Argenter: Ob. cit., t. II-III, p. 54.

[24] El hecho impresionó al joven abogado Fidel Castro Ruz, que en su juicio de defensa tras los sucesos del Moncada lo rememoró magistralmente. Véase Fidel Castro: *La historia me absolverá,* p. 32.

mantenía en constante comunicación con ese centro de agitación política y, también, de suministros esenciales e intercambio de correspondencia con el extranjero. En ese contexto, conocedor el Titán de Bronce de las condiciones favorables que se le presentaban, estableció a través de Magdalena Peñarredonda Dolley,[25] un medio seguro y eficaz de correspondencia con la Junta en La Habana.

Maceo durante la segunda campaña en Pinar del Río

El retorno del general Antonio a Pinar del Río, el 15 de marzo de 1896, luego de su entrevista el día 10 del propio mes con Gómez en El Galeón, estuvo condicionado más por un efecto político que por una necesidad militar.[26] En el encuentro, ambos estrategas analizaron el estado de la guerra y confirmaron su auge en las provincias occidentales, tomando la decisión de disolver el ejército invasor, enviando a sus integrantes a diferentes lugares del país. Coincidieron ambos jefes en que el occidente sería el centro estratégico fundamental para las operaciones de la guerra contra el enemigo colonialista, que intentaba pacificar la región y empujar definitivamente la contienda hacia el oriente del país.

El alto mando del Ejército Libertador, por ende, decidió concentrar sus esfuerzos fundamentales en la región occidental y Maceo recibió la misión de iniciar una nueva campaña en esta parte de la Isla. Con esta perspectiva y dadas las características de la geografía pinareña, aprovechó la cordillera de Guaniguanico, la cual le garantizaba mejores condiciones que La Habana y Matanzas para una estancia más dilatada con vistas al desarrollo de las futuras acciones; decidió el Titán su estrategia en torno a las montañas pinareñas, terreno sobre el cual había acumulado suficiente experiencia y cosechado excelentes victorias.

Weyler, en su empeño de ganar gloria y entorpecer el reconocimiento de nuestra beligerancia, había prometido zafras y la pacificación de Vueltabajo, de modo que el general mambí se había convertido en su blanco principal. Por todo ello, desde mediados de marzo hasta después de su caída en combate el 7 de diciembre de 1896, Pinar del Río se convirtió en el centro de las operaciones militares.

Al amanecer del domingo 15 de marzo, en marcha desde el campamento situado en el ingenio Peñalver, en las cercanías de Batabanó, la columna cubana al mando del lugarteniente general tomó rumbo a la línea militar de Mariel a Majana, con el propósito de pasar a la provincia pinareña y desarrollar en este territorio, su segunda campaña militar. En aquellos días se había terminado ya la famosa trocha de Mariel a Majana y se había confiado su defensa al general de división Juan Arolas y Espluges, que estableció su cuartel general en Artemisa.

[25] La ilustre patriota artemiseña Magdalena Peñarredonda Dolley, designada por José Martí como delegada del Partido Revolucionario Cubano en Pinar del Río, prestó, junto a otros patriotas artemiseños, importantes servicios de inteligencia y apoyo al lugarteniente general Antonio Maceo y Grajales, así como a los generales Juan Rius Rivera y Pedro Díaz Molina, como jefes del 6.º cuerpo del Ejército Libertador.

[26] Francisco Pérez Guzmán: "Occidente el gran desafío de Cuba", en *Guerra de Independencia 1895-1895*, pp. 21-22.

Por su parte, el general Antonio estableció el suyo en El Rubí, en la sierra del Rosario, desde donde se librarían numerosas acciones bélicas, entre las que se destacan la realización de emboscadas y el hostigamiento constante a fuerzas superiores del enemigo, el ataque a columnas, así como el asalto a poblados y enclaves del régimen, y otras operaciones. Tal accionar bélico permite catalogar esta segunda campaña como una de las más reñidas y extensas de la guerra del 95.[27]

Para poder comprender mejor el desarrollo de la campaña en el occidente cubano, se establecen tres etapas:

- La primera se extiende hasta mediados de agosto de 1896. El lugarteniente se propuso neutralizar la propaganda del marqués de Tenerife y reafirmar la capacidad ofensiva de su tropa. Incluyó acciones simultáneas en territorios de la actual provincia de Artemisa y Pinar del Río, además de una riesgosa marcha desde Puerta de la Muralla (San Cristóbal) el 25 de agosto hasta cabo Corriente, al sur y en el extremo occidental de Pinar del Río.[28] Por su singular importancia dentro de este grupo de acciones, no puede ser pasado por alto el combate de Cacarajícara,[29] que se efectuó entre el 30 de abril y el 1.º de mayo y se distinguió por el empleo de un novedoso sistema de trincheras escalonadas, en un escenario ideal para que los 175 combatientes bajo su mando directo, pudieran batir a la poderosa columna de más de mil quinientos soldados, comandada por el brigadier Suárez Inclán, derrotarla y ponerla en fuga hacia Bahía Honda, con 87 bajas.
- La segunda etapa de esta campaña de Maceo tuvo lugar durante la segunda quincena de septiembre, y los primeros días de octubre y se centró en el territorio más occidental de Pinar del Río. Estuvo caracterizada por largas marchas, tras la incorporación del general de origen puertorriqueño Juan Rius Rivera, y el recorrido de norte a sur por el territorio de Guane en el extremo pinareño. Se desarrollaron acciones combativas en las que venció el Titán a ocho columnas españolas combinadas para cerrarle el paso, cuyas fuerzas sumaban unos ocho mil soldados; entre estas acciones se destacan: Montezuelo (24 de septiembre), Tumbas de Estorino y Manaja (26 de septiembre), Ceja del Negro (4 de octubre), Galalón (8 y 9 de octubre), entre otras.
- La tercera, se desarrolló entre los meses de octubre y noviembre. El 22 de octubre, desde la finca Calderón bombardeó el poblado de Artemisa,[30] sede del cuartel general de Juan Arolas. En Soroa,[31] una de las alturas de la sierra del Rosario, territorio de la actual provincia artemiseña, se desarrolló uno de los combates más disputados de la campaña y, a la vez, uno de los más adversos para el ene-

[27] CEMI: *Historia…,* ob. cit., p. 106.
[28] Francisco Pérez Guzmán: Ob. cit., p. 23.
[29] CEMI: *Historia…,* ob. cit., pp. 113-115.
[30] Manuel Isidro Méndez: *La historia de Artemisa*, p. 73.
[31] Manuel Piedra Martel: *Mis primeros…,* ob. cit., pp. 375-382; José Luciano Franco: Ob. cit., t. III., pp. 333-334 y CEMI: *Historia…,* ob. cit., t. 3, vol. 2, pp. 123-124.

migo, quien sufrió más de quinientas bajas al enfrentar a solo 66 combatientes cubanos.

Combatió Maceo el 9 de noviembre en El Rosario, a 18 km de Artemisa, contra una columna dirigida por el general Ramón Echagüe Méndez Vigo y Navarro, la cual constituía la vanguardia de la fuerte agrupación, de unos diez mil hombres, que bajo el mando del capitán general Valeriano Weyler realizaba una ofensiva general contra las posiciones cubanas en esa zona. Parte de esas tropas salieron de Cayajabos y de Artemisa.

Al día siguiente combatió en El Rubí contra una columna dirigida por el general Andrés González Muñoz, la cual era parte de la agrupación de tropas que, al decir de Maceo, en carta a Perfecto Lacoste, conformaban un cuerpo de ejército y que fueron derrotados diez días después, ante la imposibilidad de penetrar en el firme baluarte defensivo impuesto por los mambises. Ya por esta fecha, Maceo realizó una serie de acciones que, más que a la ofensiva, correspondían a circunstancias determinadas por los preparativos para cruzar la trocha de Mariel a Majana, ante el llamado del Generalísimo, quien reclamaba su presencia de manera urgente en Camagüey, donde se manifestaba un conflicto con el Consejo de Gobierno de impredecibles consecuencias.[32] El 25 de noviembre combatió a las tropas del general Julián Suárez Inclán en El Jobo, en las cercanías de Cayajabos; el 26, volvió a enfrentarlas en San Juan de Dios, también en la zona de Cayajabos y el 27, las hostigó en la zona de la trocha.[33]

El 3 de diciembre, en las alturas de La Gobernadora, efectuó la última acción de su segunda campaña en Pinar del Río, cuando atacó una columna que se dedicaba a incendiar rancherías y sembrados en la zona. Maceo, que se preparaba para el cruce de la trocha, quiso desembarazarse de aquella tropa; en la acción, los cubanos lograron su objetivo, pero tuvieron pérdidas de consideración que sumaron 33, entre muertos y heridos, entre estos últimos el capitán Francisco Gómez Toro, Panchito. El combate se desarrolló bajo un fuerte aguacero que, en cierta medida, favoreció a los cubanos.[34]

Con respecto a la envergadura de esta campaña militar, el propio Maceo expresó: "[…] Aquí no hay un palmo de tierra que no esté bañado con sangre cubana y española. Ni la campaña del 71 fue para mí más ruda. Sin embargo he gozado mucho viendo realizarse un día y otro mi sueño dorado, así he podido pegar a los españoles y romperles la crisma a sus mejores generales".[35]

En horas de la noche del siguiente día, 4 de diciembre, desde el campamento de Bejerano salió Maceo, acompañado de hombres de toda su confianza y seleccionados por el propio general, con el propósito de cruzar por la bahía de Mariel. La travesía se realizó en un bote y en cuatro viajes, en medio de una noche muy oscura, con el mar picado, una lluvia copiosa y ráfagas fuertes a causa de la entrada

[32] Francisco Pérez Guzmán: Ob. cit., p. 24.
[33] José Luciano Franco: Ob. cit., p. 344 y CEMI: *Diccionario…,* ob. cit., t. 2 p. 293.
[34] Manuel Piedra Martel: *Mis primeros…,* ob. cit., pp. 395-396.
[35] CEMI: *Historia…,* ob. cit., t. 3, vol. 2, p. 106.

de un frente frío. Atravesaron la rada a unos ciento cincuenta metros de un torreón custodiado por 300 soldados enemigos y a solo 60 metros de distancia de otro grupo de militares que formaban el retén de aquel fuerte español.

De esta manera, el lugarteniente general burló el formidable "valladar", "reja de Maceo", "orgullo de Weyler" y de sus secuaces. Se rompió el cinturón de hierro de la trocha en una audaz e inesperada acción, que de no ser por los tristes acontecimientos que sucederían tres días después, en San Pedro, hubiese determinado la derrota total del general Valeriano Weyler, que tenía 14 000 hombres destacados en la zona, con el único propósito de evitar que Maceo pasara hacia La Habana.

Ese 4 de diciembre, en Montes de Oca, entre las playas de Baracoa y Banes, ocurrió una acción, cuyos resultados negativos para las fuerzas cubanas influirían en el nefasto combate de San Pedro, que tendría lugar tres días después. El hecho sucedió cuando tropas del batallón de San Quintín y de la guerrilla montada del Peral, bajo el mando del comandante Francisco Cirujeda, atacaron una concentración de fuerzas mambisas que se había reunido cumpliendo órdenes del general Antonio.

Tres días después, el 7 de diciembre, tendría lugar el combate de San Pedro, en el que resultaron heridos los artemiseños, Alberto Nodarse Bacallao, nacido en Cayajabos, quien al terminar la guerra ostentaba el grado de general de división, y el entonces teniente coronel Emilio Collazo García, nacido en el poblado de Las Mangas, quien alcanzaría el grado de coronel.

Con la caída del Titán de Bronce, ocurrida en ese combate, Cuba perdió, en menos de dos años tras el reinicio la lucha armada contra el yugo español, a dos de sus más grandes figuras, José Martí y Antonio Maceo.

La extrema vanguardia de la invasión en Pinar del Río

Jorge Freddy Ramírez Pérez
Pedro Luis Hernández Pérez

La invasión desde el oriente cubano había llegado a la provincia de La Habana en el mismo momento en que expiraba el año de 1895. Los triunfos del Ejército Libertador pusieron en jaque el dominio español, bajo las órdenes del capitán general Arsenio Martínez Campos. Negado al inicio y convencido al final de que la conflagración se extendería hasta lo más occidental de la Isla, este, el 2 de enero de 1896, declaró en estado de guerra el territorio de Pinar del Río,[1] donde ya era perceptible el movimiento revolucionario que se había estado gestando desde hacía varios años, bajo la organización del PRC, organizado por José Martí. Comenzaba así la gesta libertadora en tierras vueltabajeras.

Las autoridades españolas de la provincia, desde tiempo atrás, conocían del movimiento conspirativo, hecho comunicado a la capitanía

[1] Manuel Planelles Monfort: *Historia de la guerra de Cuba,* p. 292.

Jorge Freddy Ramírez Pérez

Doctor en Ciencias Geográficas. Autor de varios libros y artículos de temática histórica y estudios geográficos. Miembro correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba. Pertenece a la Unhic y la Uneac.

Pedro Luis Hernández Pérez

Máster en Gestión Ambiental. Historiador de la Sociedad Espeleológica de Cuba. Autor de varios libros y artículos de temática histórica y estudios geográficos. Miembro de la Unhic y la Uneac.

general de la Isla. Sobre el particular, Enrique Prieto Candás,[2] una de las principales figuras de la administración española en la comarca vueltabajera, escribió en sus memorias:

> En mis diarias visitas al gobernador tenía ocasión de enterarme de los trabajos revolucionarios que minaban la provincia. Los separatistas se reunían en todas partes y en todas partes se reclutaba dinero y se alistaba gente para responder a la primera señal. El gobernador comunicaba de estas colectas al general Martínez Campos y este, consecuente con su política de perniciosa tolerancia, repetía sus instrucciones de que a nadie se molestara mientras ostensiblemente no se colocara fuera de la ley. Al amparo de esta impunidad, la propaganda revolucionaria iba dejando de ser un misterio. Ya no las autoridades, todo el mundo la conocía.[3]

Los adeptos a España, sobresaltados por el incremento de estas manifestaciones, se acercaban al gobernador de la provincia para hacerle saber la situación; pero este solo se limitaba a informar a su superior. Para ese momento, los efectivos españoles existentes en el territorio ascendían a 6000 voluntarios,[4] lo cual preocupaba a la máxima autoridad comarcal, por lo cual se hacían constantes peticiones para reforzar la defensa. Además de los voluntarios, se hallaban diseminadas por toda la geografía vueltabajera dos compañías del batallón de San Quintín Peninsular no. 7. Con ello, las fuerzas españolas estaban representadas por el cuerpo de ingenieros, los voluntarios y las tropas de dicho batallón.

Desde el 28 de marzo de 1895, las referidas compañías de esta unidad habían sido enviadas en tren hacia la provincia, bajo las órdenes del comandante Ignacio Ramos de la Rúa, cuyo arribo a la ciudad se verificó el 1.º de abril.

El teniente gobernador, general Federico Alonso Gasco Laverán,[5] envió a 50 hombres del San Quintín, bajo las órdenes de un oficial, rumbo al poblado de Viñales, donde permanecieron por un tiempo.

Era criterio de Martínez Campos que, antes de arribar las fuerzas cubanas a La Habana, retrocederían tal y como lo habían hecho en la pasada Guerra de los Diez Años, lo que, de alguna manera, introdujo cierta confianza en las autoridades de Pinar del Río.

El 24 de agosto de 1895, por Real Decreto, fue designado gobernador militar de la provincia el general de brigada Juan Antonio Madan y Uriondo.[6] El 11 de sep-

[2] Enrique Prieto Candás (Asturias, 1856-La Habana, 1928). Llegó a Cuba el 1.º de enero de 1872 y se asentó en Vueltabajo; en 1895 era el alcalde de la ciudad de Pinar del Río y el ideólogo del Partido Unión Constitucional en dicha ciudad.

[3] Enrique Prieto Candás: *Mis memorias. Manuscrito de un emigrante,* p. 13.

[4] *Ibidem.*

[5] Nombrado en este cargo el 2 de enero de 1895.

[6] Madan sustituyó al coronel Adolfo Merás, quien era el gobernador militar desde el mes de junio de ese año y hasta el 18 marzo de 1896, en que por razones de salud fue liberado. Véase *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*, t. III, año VIII, no. 188, p. 742.

tiembre del propio año, el mando militar de Pinar del Río tuvo confidencias de que se produciría un desembarco por la costa norte de Viñales, por lo que fue enviado un destacamento del San Quintín no. 7 hacia ese litoral, donde estuvieron hasta el 3 de enero de 1896. Por la misma razón —los rumores de que por el extremo occidental se producirían expediciones— fue remitido otro destacamento hacia el municipio de Guane.

El 1.º de enero de 1896, Madan recibió una comunicación del alto mando, en la que le informaban acerca de la inminencia de la penetración de las fuerzas cubanas en la provincia. En consecuencia, ordenó que se le incorporaran las fuerzas del San Quintín. El día 4, sin esperar su llegada y escoltado por la compañía de ingenieros, la sección de caballería de voluntarios y la Guardia Civil, partió en tren hacia La Habana para quedar varado en el pueblo de Artemisa, debido a los sabotajes que las fuerzas cubanas habían asestado a la infraestructura férrea.

Tras su partida, la defensa de la ciudad de Pinar del Río quedó formada por un regimiento de infantería de marina al mando del coronel Eduardo Calvo y Moncada, quien se hizo cargo de la comandancia general. Por si fuera poco, el 5 de enero, todas las fuerzas del San Quintín se reconcentraron en la ciudad; pero continuaron viaje al siguiente día tras Madan, acatando sus órdenes, para ir a atrincherarse en el poblado de Artemisa, en el cual permanecieron ocho días.

Ante esta situación quedaba expedita la vía para que la extrema vanguardia invasora penetrara por la llanura sur, mientras el grueso de la columna lo hacía por la llanura norte.

Entre el 6 y el 7 de enero, las autoridades de la ciudad, integradas por el gobernador civil Manuel Rodríguez San Pedro, el alcalde Enrique Prieto Candás, Severo Nieto y Nieto, José Pérez Castañeda, Agustín Antón Manzo y Francisco Díaz López, entre otras personalidades locales influyentes, fueron convocadas por el coronel Calvo.[7] El objetivo de la reunión era analizar la situación defensiva de la ciudad y acordar cómo proceder ante una contingencia sin más apoyo que el de las fuerzas que se hallaban acantonadas allí. Las opiniones de los asistentes fueron divergentes: unos consideraban que en caso de ataque se debía proceder a la rendición como había sucedido en otros poblados días atrás, mientras otros se manifestaban en contra de esta actitud. Al final, la decisión fue enfrentar cualquier situación que ocurriese, para lo cual se ordenó construir trincheras perimetrales.

Entre las órdenes emitidas por el coronel Calvo, estaban las dirigidas a los jefes de los cuerpos de voluntarios del territorio pinareño, en las que se les indicaba a aquellos destacamentos que no tenían condiciones para establecer la defensa de sus posiciones, reconcentrarse en la ciudad.

En respuesta a esta disposición, las fuerzas de Consolación del Sur, San Juan y Martínez, y Viñales enviaron comisiones con la determinación de quedar en sus sitios y establecer la defensa, a lo que Calvo ripostó exigiendo el cumplimiento de

[7] Enrique Prieto Candás: Ob. cit., p. 24.

lo que había indicado. De esta manera, con excepción de los voluntarios de Guane[8] y Viñales,[9] el resto se concentró en la ciudad de Pinar del Río.

En opinión de algunas autoridades, la orden de concentración de los voluntarios respondía a la estrategia del coronel Calvo de defender la ciudad ante un ataque de las fuerzas cubanas y evidenciaba las contradicciones existentes entre los defensores de la provincia. En la propia reunión, se le ordenó a Prieto Candás, invitar a todos los habitantes que no pertenecieran al cuerpo de voluntarios y así lo quisieran, a tomar las armas para la defensa. Se formó un grupo de 300 hombres, que fue armado el 9 de enero y convertido en cuerpo urbano, al frente del cual se eligió a Francisco Días López. Su misión era patrullar la ciudad por las noches.

Una de las preocupaciones de estos defensores de la ciudad, principal bastión de la provincia, se concentraba en la carretera hacia el puerto de La Coloma, convertida en la vía de comunicación más segura, con La Habana. En virtud de ello, se reforzó la vigilancia de esa ruta con puestos defensivos en los puentes de mampostería del arroyo Galeano y el de madera, situado sobre el río Guamá, cerca de Las Taironas.

El ambiente que se vivía en la ciudad mostraba en esos días una dinámica nunca antes vista. En opinión de Prieto Candás "[…] los militares de graduación eran los únicos que demostraban mayor prudencia. El pueblo estaba dispuesto a la defensa y más ánimos que aquellos que lo habían de dirigir […]".[10] Y más adelante sentenciaba: "[…] Si Maceo hubiera atacado con decisión a Pinar del Río antes del 11 de enero, es indudable que hubiera entrado en la población, porque en caso de ataque serio las grandes espadas hubieran buscado una forma honrosa de rendirse […]".[11]

La situación en la ciudad cada día era más preocupante, en particular lo relacionado con la alimentación. Era previsible el arribo en breve de varias columnas españolas que venían en persecución de las fuerzas invasoras, para cuyos efectivos no había recursos alimentarios.

En la tarde del día 11, la población fue sorprendida con la llegada de la columna española comandada por el coronel Ulpiano Sánchez Echevarría, secundado por los tenientes coroneles Francisco San Martín Patiño y Federico Escario García. Esta agrupación estaba compuesta por los batallones Cazadores de Baza no. 6 e Isabel la Católica no.75, que había desembarcado por el puerto de La Coloma procedente de Batabanó.

Momentos después del arribo de la columna, el gobernador civil Rodríguez San Pedro decidió marcharse a La Habana, aprovechando la presencia del vapor

[8] Este cuerpo de infantería entregó sus armas a un cañonero que se encontraba en el muelle de La Fe.

[9] Por su parte, los de Viñales se embarcaron por Puerto Esperanza con rumbo a La Habana, donde consiguieron que el mando español enviara una compañía del batallón de Valencia en apoyo.

[10] Enrique Prieto Candás: Ob. cit., p. 34. Las personas dispuestas a la defensa eran los vecinos de la ciudad adeptos a España.

[11] *Ibidem*.

Lersundi, surto en La Coloma, con el objetivo de entrevistarse con el capitán general. De camino hacia ese punto costero a bordo de un coche y escoltado por 15 guardias civiles al mando del teniente Baldomero Navarrete de los Ríos, fue sorprendido por fuerzas cubanas a la altura del km 17, del camino que une la ciudad con el poblado costero.

Cerca del puerto La Coloma, una sección de las fuerzas cubanas trató de cortar el paso al gobernador y su escolta, interponiéndose entre él y el surgidero; pero San Pedro y la comitiva que le acompañaba se lanzaron al galope hasta lograr llegar a aquel punto.

En las afueras del caserío de La Coloma, los cubanos pegaron fuego a una casa de obras públicas, lo que delató su presencia. La embarcación de guerra *Fradera* les hizo cuatro disparos de cañón, el último proyectil impactó la casa incendiada dejándola reducida a escombros.

Días después de ese suceso, la proximidad de la columna invasora pondría en pie de guerra la ciudad, lo que concluiría con el disputado combate de Las Taironas.

Avance de la extrema vanguardia invasora por el sur de la provincia

El 5 de enero de 1896, fuerzas comandadas por el recién nombrado coronel Roberto Bermúdez López y constituidas por tres escuadrones del regimiento villareño, hasta ese momento parte de la vanguardia de Maceo, acamparon en el ingenio Neptuno, tras cruzar la línea divisoria con la provincia de Pinar del Río. Bermúdez había propuesto un plan al Generalísimo y al lugarteniente general, para penetrar la provincia por el sur, con el objetivo de atraer sobre sí la atención de las fuerzas enemigas y facilitar el tránsito al grueso de la columna. Algunos aspectos de aquel plan fueron criticados por Gómez; no obstante, Bermúdez recibió la orden de Maceo de ejecutarlo.[12]

Al día siguiente (6 de enero), la tropa de Bermúdez se internó en tierras vueltabajeras siguiendo el camino del sur, paralelo a la costa con rumbo al Corojal, al sureste del poblado de Candelaria, donde acampó; mientras las fuerzas al mando del coronel Antonio Núñez Martínez[13] lo hacían en paralelo un poco más al norte. Ambas agrupaciones irrumpieron en la región por la llanura meridional.

De igual manera, las tropas de Cándido Álvarez, Cayito, para ese momento ya estaban en suelo pinareño, después de haberse separado el 31 de diciembre del contingente que mandaba Maceo.[14] A la postre, las indisciplinas cometidas por este oficial en dicha comarca fueron criticadas de manera enérgica por el lugarteniente general.

[12] José Luciano Franco: Ob. cit., t. III, p. 49.

[13] Antonio Núñez Martínez. Nació en Pinar del Río, era hermano del coronel Vicente Núñez. Se incorporó al Ejército Libertador en Las Villas durante la invasión. Combatió bajo las órdenes de Máximo Gómez hasta el mes de marzo, cuando se incorporó a las fuerzas de Antonio Maceo. En el combate de Montezuelo resultó herido. Regresó a Las Villas donde fue asesinado por una guerrilla el 10 de abril de 1898.

[14] Bernabé Boza: Ob. cit., p. 87.

Ruta de la extrema vanguardia invasora, entre el 5 de enero y el 15 del propio mes de 1896, conformada por fuerzas bajo el mando del coronel Roberto Bermúdez López.

La disposición de Maceo de enviar por adelantado fuerzas de flanqueo por el sur de Pinar del Río ha sido abordada de manera contradictoria por la historiografía cubana; el testimonio ofrecido por el entonces capitán Bernabé Boza Sánchez el 4 de enero de 1896, esclarece los hechos: "[…] me he enterado de que los coroneles Núñez [Antonio] y Roberto Bermúdez han salido en marcha para invadir la provincia de Pinar del Río, donde por el bando del General Martínez Campos hemos podido enterarnos de que existen ya fuerzas nuestras en armas".[15]

A partir de ese instante, la extensa planicie vueltabajera se convirtió en el teatro de operaciones de las fuerzas de la extrema vanguardia invasora. Era en este espacio, donde la administración española tenía concentrada la mayor parte de la infraestructura económica: plantaciones agrícolas, industrias y redes de comunicación, y donde residía el mayor porcentaje de la población, por encontrarse allí ubicados los principales asentamientos de la provincia.

Por su parte, la agrupación bajo el mando de Cayito Álvarez se movía más adelantada y un poco más al centro, separada de las fuerzas de Bermúdez, lo que produjo mayor confusión en el mando español, al no poder precisar la verdadera localización de la columna principal bajo las órdenes de Maceo. Todo indica que

[15] *Ibidem*, p. 17.

esta unidad se incorporó a las fuerzas del coronel Antonio Núñez en los primeros días de su llegada, en algún punto del extremo oriental de la llanura vueltabajera. A partir de ese momento operarían de conjunto, durante la primera quincena del mes de enero.

Fueron estas fuerzas mambisas las que se aproximaron al poblado de Candelaria, lo que estimuló a los conspiradores de este término que esperaban el momento para alzarse en armas, como el caso de Roberto Delgado Santa Cruz,[16] quien se separó tiempo después de Cayito Álvarez, para retornar a la provincia de Pinar del Río.

Enterados de la cercanía de fuerzas cubanas, un grupo de voluntarios de este poblado, dirigidos por el capitán Crisanto Torres, marchó por el camino Real de Vueltabajo hacia el caserío de Bayate, con el objetivo de explorar esa vía. Antes de llegar, fueron avisados de que el lugar estaba en poder de las fuerzas cubanas del coronel Núñez, las cuales le habían prendido fuego.

El 7 de enero, Bermúdez continúo su marcha por el sur para acampar en el Pinar de Barreto, al suroeste de San Cristóbal. Ese mismo día, fuerzas cubanas al mando de Núñez y Álvarez entraron en dicho pueblo. En la estación de ferrocarril estaba detenido un tren, compuesto por una locomotora y cinco vagones, estos últimos fueron quemados, mientras la primera fue puesta en marcha sin conductor, lo que provocó su descarrilamiento y destrucción total.[17]

En este tren viajaban rumbo a La Habana varios oficiales españoles, entre ellos, Francisco González Rayón y Nicolás Barquín Pereda, comandantes de voluntarios de artillería y del batallón de infantería de San Juan y Martínez respectivamente, quienes apenas lograron escapar y regresar a la ciudad de Pinar del Río, no sin pasar por diferentes vicisitudes.[18]

El día 8, Bermúdez, al frente de su tropa, se trasladó y acampó en Corralillo, punto estratégico situado al sureste del poblado de Consolación del Sur, a orillas del río La Herradura. Esa fuerza entró a las 11:00 a. m. del día 9 en el caserío de Alonso de Rojas sin disparar un tiro, pues el destacamento español había abandonado la población al saber de la proximidad de las fuerzas mambisas. Los civiles recibieron a los soldados invasores con hospitalidad y los surtieron de los recursos a su alcance, incluidos armas, municiones y caballos abandonados por los defensores españoles.[19]

Salieron de Alonso de Rojas ese mismo día y acamparon en el hato San Lorenzo, localizado al suroeste de la ciudad de Pinar del Río, junto a las márgenes del río Ajiconal y la propiedad del hacendado Rafael Díaz y Arrastia.

En la misma fecha, a las 2:00 p. m., fuerzas cubanas, al mando de Antonio Núñez y Cayito Álvarez, ocuparon el poblado de Consolación del Sur sin encontrar resistencia; su estancia se prolongó hasta la mañana del siguiente día, tras aprovisionarse de los recursos existentes.

[16] En la actualidad es considerado patriota insigne del municipio Candelaria.
[17] Anónimo: "Los rebeldes en Pinar del Río", en *El Imparcial*, no. 119 725, Madrid, domingo, 12 de enero de 1896, p. 2.
[18] Enrique Prieto Candás: Ob. cit., p. 27.
[19] *Ibidem*, p. 136.

Un día después de que abandonaran el poblado, entró una agrupación cubana al mando del teniente Vidal,[20] la cual, al arribar, manifestó a las autoridades civiles que traía la comisión de incendiar las oficinas del gobierno local, acción que ejecutó a pesar de los ruegos de los empleados públicos.[21]

Por su parte, en la madrugada del 10 de enero, las fuerzas de Bermúdez, después de atravesar la estratégica carretera de Pinar del Río-La Coloma, continuaron con rumbo oeste para llegar al pueblo de San Luis, el cual ocuparon de manera pacífica, pues fue abandonado por las tropas españolas que allí se encontraban. Como sucedió en Alonso de Rojas, los sanluiseños los recibieron de manera hospitalaria y los mambises se pertrecharon de armas, municiones y caballos. Sobre su estancia en San Luis por más de tres horas, Herminio García Alemán,[22] oficial a las órdenes de Bermúdez, relata:

> […] yo fui enseguida a visitar la botica para proveerme de algunas medicinas que nos hacían falta, las cuales me fueron facilitadas por su dueño (no recuerdo su nombre), sin que me cobrase su importe por más que yo le insistí; su familia me atendió divinamente, haciéndome tomar café y chocolate por dos veces; había en la casa tres jóvenes preciosas, una de ellas se llama María Teresa, que casó cuando la reconcentración de esta provincia con el coronel Antonio Varona [Miranda].[23]

Entre las 3:00 y las 4:00 p. m. de ese día, las fuerzas cubanas prosiguieron hacia San Juan y Martínez, no sin antes acampar en el ingenio Guacamaya, al sur de ese poblado. Este día, se incorporó a las fuerzas de Bermúdez, el doctor Modesto Gómez Rubio, hijo de la patriota Isabel Rubio Díaz.

Un pequeño grupo comandado por Bermúdez se adelantó hasta el mencionado asentamiento, allí les esperaba parte de sus habitantes. Sobre el recibimiento de los sanjuaneros escribió García Alemán:

> […] casi todos fuera de la población con un entusiasmo y una alegría digna de mencionarse; unos llevan en la mano banderines azules, otros blancos, pero algunos llevaban nuestra bandera; ya dentro del pueblo nos recibió la clase más elevada también con el mismo entusiasmo; en todas las casas de

[20] De este oficial y sus fuerzas no se tiene información.

[21] Archivo Histórico Provincial de Pinar del Río: Fondo Audiencia de Pinar del Río, leg. 10, no. 68.

[22] El comandante del Ejército Libertador Herminio García Alemán se había incorporado a la columna invasora en Las Villas, el 4 de octubre de 1896, bajo las órdenes de Roberto Bermúdez y, desde ese momento, conformaron la vanguardia de dicha columna.

[23] Luis F. Le Roy y Gálvez: "Diario de campaña del comandante del ejército libertador Herminio García y Alemán", en *Revista de la Biblioteca Nacional de Cuba*, enero-abril, La Habana, 1969, p. 131.

familias nos hacían pasar para brindarnos chocolate y hacernos mil preguntas sobre la guerra [...].[24]

Y más adelante agregó: "[...] salí a recorrer la población, la cual me agradó muchísimo, pues en su clase es una de las más modernas de Vueltabajo; tenía magníficas construcciones, la mayor parte de sus casas eran de alto, calles bastante anchas y bien empedradas, magníficos establecimientos [...].[25]

Muchos jóvenes hijos de San Juan que departieron esa noche con el destacamento de Bermúdez, se incorporaron a esa tropa en la siguiente jornada. Entre ellos, Conrado Padrón García, de 25 años de edad,[26] quien venía conspirando desde tiempo atrás.

Ese día, un pequeño grupo de hombres, dirigidos por el comandante Antonio Varona y Miranda,[27] jefe de la retaguardia del destacamento de Bermúdez en esos momentos, continuó la marcha hacia el occidente, para penetrar en el Pinar del Río profundo, hasta el poblado de Guane.

Esta separación de fuerzas fue el resultado de divergencias de criterios entre Varona y Bermúdez con respecto a la mejor forma de proceder en los movimientos que efectuaba el destacamento. El primero consideraba que lo adecuado era continuar la marcha hasta Mantua; mientras el segundo, al ver la conducta de Varona, elevó sus quejas a Maceo.[28]

Al paso de la pequeña unidad de Varona, se le incorporaron decenas de revolucionarios, entre ellos Manuel Lazo Valdés,[29] quien se había levantado en armas días antes, junto a un número considerable de vueltabajeros. De igual manera, lo había hecho José Antonio Caíñas Figarola,[30] para sumar unos doscientos hombres,

[24] *Ibidem.*, p. 137.

[25] *Ibidem.*

[26] Conrado Padrón García (San Luis, Pinar del Río, 1871-1947). Alcanzó el grado de teniente coronel. Conspiró en la región vueltabajera junto a su hermano Gustavo y estuvo al frente de los jóvenes de San Luis que se incorporaron a las fuerzas de Bermúdez.

[27] Antonio Varona Miranda (1856-1935) era uno de los oficiales más destacados de la columna invasora. Había combatido en la Guerra de los Diez Años y en la Chiquita. El 24 de julio de 1895 desembarcó en Tunas de Zaza, al sur de Sancti Espíritus, en la expedición de Roloff. En diciembre de ese año se incorporó al contingente invasor. En enero de 1896 penetró por la llanura sur pinareña, hasta Mantua el día 20. Por esta incursión, Varona fue ascendido a teniente coronel, al concluir la guerra era general de división.

[28] Enrique Giniebra Giniebra y Juan Carlos Rodríguez Díaz: *La Invasión de Antonio Maceo en Pinar del Río. Razones para comprender una hazaña*, pp. 16-17.

[29] Manuel Domingo del Rosario Lazo Valdés. Natural del Saetial (Remates de Guane), vio la luz el 4 de agosto de 1860 en el seno de una familia acomoda. Abrazó la causa independentista mediante conspiraciones en los primeros años de la década del noventa del siglo XIX y protagonizó enfrentamientos directos al colonialismo español desde el 13 de enero de 1896, junto a su hermano Ramón y otros patriotas, operó en el extremo occidental de Pinar del Río.

[30] José Antonio Caíñas Figarola (1854-1917). Nació en La Habana, radicado en Pinar del Río. Abogado. Conspiró desde la década de los ochenta junto a Isabel Rubio. Fue uno de los patriotas destacados en los alzamientos de enero de 1896 en Vueltabajo.

con los cuales arribó a Guane días antes de la llegada de Maceo, pueblo en el que quedó este vueltabajero.[31]

Desde que las fuerzas cubanas penetraron por la llanura sur y se aproximaban a la ciudad de Pinar del Río, resultaba muy común la travesía de pequeños destacamentos por diversos puntos de la carretera de La Coloma, rumbo a occidente, hecho conocido por las autoridades españolas. El puesto de la Guardia Civil, situada en la Casa de Carcedo, propiedad del contratista Vicente Presmanes, dotado de servicio telefónico, comunicaba noticias a la ciudad sobre esos movimientos.

En uno de los cruces de fuerzas cubanas por esa carretera, cuando estaba de recorrido un destacamento de caballería de la Guardia Civil, al mando del teniente Navarrete, este comunicó por vía telefónica a las autoridades de Pinar del Río, que tenía a la vista un grupo armado de cubanos y pidió permiso para enfrentarlos, pero el mando español le ordenó que se retirase, lo que indignó a dicho oficial y a sus hombres, quienes, al regresar a la ciudad, no podían disimular su enfado por no haber podido enfrentar al grupo de mambises que cruzaron la carretera en sus narices.[32]

El 11 de enero, Rodríguez San Pedro, gobernador de Pinar del Río, quien se dirigía desde dicha ciudad hacia La Coloma, con la pretensión de embarcar para La Habana, fue sorprendido por fuerzas cubanas que abrieron fuego sobre él y sus acompañantes, cerca de aquel embarcadero. La cañonera *Fradera,* en función de vigilar la costa, al sentir los disparos, hizo fuego sobre los atacantes.[33]

Por su parte, ese mismo día 11, los escuadrones de Bermúdez contramarcharon para ir al encuentro de la columna invasora que atravesaba la cordillera de Guaniguanico, tras su victoriosa incursión por la llanura norte de la provincia de Pinar del Río, después de haberse separado ambas fuerzas tiempo atrás en territorio habanero. Ese día acamparon en Punta de Palma, al sur del poblado de Consolación del Sur.

Salieron el 12 de enero rumbo a Corralillo, donde descansaron dos jornadas. Este sitio se había convertido en un punto estratégico y logístico para los movimientos de las fuerzas cubanas en el centro-sur de la provincia. En la fecha, otras tropas insurrectas ocuparon el poblado de Santa Cruz de los Pinos,[34] próximo a San Cristóbal, zona en la que estaban operando en ese momento las fuerzas de Antonio Núñez y Cayito Álvarez.

Bermúdez y su agrupación siguieron hasta Bacunagua Abajo, al sureste de Los Palacios, donde se pretendía acampar, el día 14. A este lugar llegó una comisión de Maceo en busca de Antonio Núñez, la que se vio precisada a retroceder

[31] Otros vueltabajeros incorporados a las fuerzas de Varona fueron: Rafael Baxter de la Rosa, Cesar Díaz Gómez y Policarpo Fajardo Díaz, entre otros.

[32] Enrique Prieto Candás: Ob. cit., p. 33.

[33] Anónimo: "Viaje inexplicable del gobernador de Pinar del Río", en *El Imparcial*, no. 119 182, Madrid, domingo, 13 de enero de 1896, p. 2.

[34] Pedro Giralt: *Historia contemporánea de la isla de Cuba,* p. 99.

para avisar que una columna española avanzaba desde el este.[35] Se trataba de la columna española, comandada por el general Agustín Luque Coca[36] y el coronel Cándido Hernández de Velazco,[37] compuesta por los batallones de Alfonso XIII no. 62, Soria no. 9, San Quintín no. 47 y el escuadrón del Comercio. Había sido enviada por el mando español a perseguir el contingente invasor desde inicios de enero, solo que, en vez de hacerlo por el norte tras el grueso de esa fuerza, marchó por el sur, tras la huella de las unidades cubanas que se habían adelantado.

La columna de Luque entró a la provincia de Pinar del Río el 8 de enero por el poblado de Caimito, donde durmió; al día siguiente llegaron a Guanajay, pueblo en el que pernoctó. En este momento, el mando español estaba confundido respecto a la ubicación de las fuerzas cubanas que se movían tanto por el sur como por el norte de la provincia.

El día 11, Luque recibió información del general Álvaro Suárez Valdés, de que fuerzas cubanas se movían por los poblados vueltabajeros de Candelaria y San Cristóbal, por lo que debía perseguirlas. A las 6:30 a. m., la columna hispana emprendió la marcha hasta Artemisa, adonde llegaron a las 10:00 a. m. Allí las noticias continuaban confusas; no obstante, la orden era marchar hasta la ciudad de Pinar del Río.

Ese mismo día, Luque avanzó hasta el poblado de Candelaria, donde pernoctó. Allí supo que las fuerzas de Antonio Núñez, desde el 6 de enero, se habían ocupado de dañar el sistema ferroviario existente en la comarca, y que continuaban hacia Consolación del Sur.

A partir de informaciones recibidas, el día 12 se realizó una operación de reconocimiento, al sureste de Candelaria, por Laguna de Piedra, Corojal y Puerto Rico; en el primer punto lograron reconocer huellas de la existencia reciente de un gran campamento. Pobladores locales atestiguaron la presencia de una numerosa fuerza cubana, que se correspondía con la comandada por Bermúdez. Ese día, la columna acampó en la sitiería de Puerto Rico.

[35] Archivo General Militar de Madrid (AGMM]: "Diario de campaña de Federico Bacallao", caja 3443.

[36] Agustín Luque y Coca (1850-1935). Combatió en España en las guerras carlistas. Por méritos llegó a alcanzar en 1893 el grado de general de brigada. Enviado a Cuba a combatir la insurrección, en 1895 ocupó el cargo de comandante militar de la provincia de Las Villas. Con la nueva situación de la guerra fue designado por el mando español para combatir a la columna invasora, lo que le llevó a penetrar en Pinar del Río. Fue herido en el combate de Paso Real de San Diego el 1.º de febrero de 1896, esta acción le valió el ascenso a general de división. A finales de 1896 era comandante general de la trocha de Júcaro a Morón.

[37] Cándido Hernández de Velazco (1846-1918). Participó en la Guerra de los Diez Años y regresó a España con grado de teniente coronel. Ejerció por espacio de cinco años los cargos de comandante militar, alcalde corregidor y delegado de Hacienda en Isla de Pinos. Combatió en Paso Real de San Diego (1.º de febrero de 1896). A finales de ese año fue ascendido a general. El 29 de marzo, comandó las fuerzas españolas que participaron en el combate de Cabezadas de Río Hondo, donde fue hecho prisionero el general Juan Rius Rivera. Los cubanos tenían un excelente criterio de este militar, quien respetaba al adversario y se comportaba en consonancia con la ética de la guerra.

Al día siguiente, en la mañana, la columna se desplazó de nuevo hasta Candelaria, donde encontraron interrumpidas las comunicaciones alámbricas, por lo cual no se pudo enviar comunicación alguna a Suarez Valdés. La decisión fue continuar hasta San Cristóbal, lugar al que se llegó a las 2:00 p. m. y donde se obtuvo información de que Núñez había estado en el poblado el día 7. Esa noche, la tropa hispana pernoctó en el caserío de Santa Cruz de los Pinos.

Patrullas de exploración españolas, enviadas antes del amanecer del día 14, detuvieron a un soldado cubano que recogía ganado. Su testimonio permitió localizar las fuerzas insurrectas de Bermúdez en la zona de Bacunagua Abajo; la columna peninsular se puso de inmediato en marcha. Durante la aproximación, fueron capturados tres mambises, que dijeron ser los prácticos de las fuerzas de Bermúdez. Con esta información, se continuó la marcha hasta llegar a un sitio denominado Chambergo, donde se hizo una parada para almorzar. En ese momento, los exploradores anunciaron la aproximación de las fuerzas cubanas y los españoles cruzaron el arroyo del Novillo, en Bacunagua Abajo, donde se produjo el encuentro.[38]

Conocida la presencia de las fuerzas españolas por el mando cubano, se envió a un grupo de exploración, mientras el resto de las fuerzas se apostaban en orden de combate en un palmar. Mientras el piquete explorador cumplía su misión, salieron los oficiales Bermúdez, Federico Bacallao Sánchez,[39] García Alemán y Francisco Higinio Peraza Delgado,[40] acompañados de otros soldados, a hacer un reconocimiento. El pequeño grupo avanzó hasta hacer contacto visual con la columna española. Sobre este momento relata García Alemán:

> […] íbamos a la marcha de los caballos; yo me adelanté un poco más que ellos y continué sin fijarme que todos se quedaban detrás apostados en una cerca de emballestado en forma de emboscada esperando así tener más próximo al enemigo que ya ellos habían conseguido ver; me llamaron varias veces, pero como el viento estaba en mi contra no los oí; el enemigo, que era de infantería, al verme avanzar de la manera que yo iba, y solo, se

[38] AGMM: Signatura 3653, expediente 1.

[39] Federico Bacallao Sánchez (Colón, Matanzas, 1866-La Habana, 1956). Se levantó en armas el 1.º de septiembre de 1895 y, a finales de noviembre, se incorporó a la vanguardia de la columna invasora bajo las órdenes del entonces coronel Bermúdez. Participó en numerosas acciones combativas en territorio vueltabajero, hasta que fue hecho prisionero el 29 de marzo de 1897 en el combate de Cabezadas de Río Hondo, municipio de Candelaria, cuando era ayudante del general Juan Rius Rivera. Fue encarcelado en la fortaleza de la Cabaña hasta el 31 de diciembre de 1898, cuando fue liberado al ser abandonada dicha fortaleza por las fuerzas españolas.

[40] Francisco Higinio Peraza Delgado (Sagua la Grande, 1856-San Cristóbal, 1931). Combatiente de las tres guerras. En noviembre de 1895 se incorporó a la vanguardia de la columna invasora, a las órdenes de Bermúdez. Se mantuvo combatiendo en Pinar del Río, donde participó en numerosos acciones. Se licenció en 1899 con grado de general de brigada. Se alzó contra Gerardo Machado al frente de los sublevados en la provincia y murió en combate el 11 de agosto de 1931.

> ocultó detrás de otra cerca, esperando, parece, que estuviese bien próximo para hacerme prisionero […]
> […] pero en esos momentos sentí un tiro disparado detrás de mí al aire, y volví la cara, viendo entonces al Coronel Roberto [Bermúdez] y los demás que lo acompañaban, que con precisión me hacían señas con los sombreros [de] que retrocediera y me fijara en la cerca; así lo hice y pude ver una numerosa infantería que a bayoneta calada esperaba mi llegada; volví a contramarchar acto continuo, haciendo fuego a la vez en retirada, recibiendo inmediatamente casi a boca de jarro varias descargas, de las que no recibí ningún daño gracias a mi gran caballo Cubita que en dos saltos me puso donde estaba la demás fuerza […].[41]

A continuación de este incidente, el combate, iniciado a la 1:20 p. m. se generalizó. Las fuerzas cubanas formaron una extensa línea de fuego en forma de herradura, cuyos extremos se apoyaron en las orillas del río Novillo. Como respuesta, las fuerzas españolas atacaron por el centro hacia un palmar inmediato. Después de duro forcejeo en que la artillería ibérica puso mayor énfasis, el encuentro concluyó a las 4:00 p. m.[42] La escasez de parque en las filas mambisas obligó a la retirada. El número de bajas insurrectas fue de siete heridos y dos muertos, uno de ellos el sargento Abraham Téllez, herido de gravedad en el vientre por un casco de granada de cañón. Según el parte cubano, las fuerzas ibéricas tuvieron significativas bajas, entre ellas cuatro muertos. Este fue el primer combate efectuado en la llanura sur entre las fuerzas de la extrema vanguardia y los peninsulares.

La columna española, después del combate, acampó en Puercos Gordos, en la zona de Bacunagua Abajo, en el mismo campamento que de manera momentánea habían tenido las fuerzas de Bermúdez ese día.[43] La retirada de los mambises se hizo por San Juan de Zayas, al sureste de ese territorio, donde se efectuó la primera cura a los heridos. Luego continuó la marcha hasta acampar en la hacienda Corralillo, donde se le dio sepultura al sargento Téllez. En el lugar, se conformó una prefectura, quizás la primera en la provincia pinareña, al frente de la cual se designó a Pantaleón García, vecino de la localidad, a cuyo cuidado quedaron los heridos.

El 15 de enero, las fuerzas de Bermúdez continuaron su desplazamiento hasta vivaquear en Las Lajas, al noreste de Consolación del Sur. En este punto, Bermúdez, Francisco Peraza, Antonio Varona y Herminio García, acompañados de varios oficiales más, marcharon al encuentro de la columna invasora que atravesaba ese mismo día la cordillera de Guaniguanico con rumbo a Pilotos, caserío situado al noroeste, al pie de las alturas de pizarras del sur, en la sierra de los Órganos. [44] El encuentro se produjo a las 8:00 p. m. cerca de dicho poblado. Maceo sostuvo una larga conversación con Bermúdez, para luego retornar este último a Las Lajas.

[41] Pedro Giralt: Ob. cit., p. 138.
[42] AGMM: Signatura 3653, expediente no. 1.
[43] *Ibidem.*
[44] AGMM: Diario de campaña de Federico Bacallao, caja 3443.

Rutas de la extrema vanguardia invasora y la columna principal invasora entre el 5 y el 15 de enero de 1896.

Entre los temas abordados por el Titán en el encuentro estuvieron las denuncias que pesaban sobre el joven jefe mambí. Desde el 11 de enero, cuando aún estaba el grueso de la columna en Las Pozas, se le había enviado un oficio a Bermúdez y Cayito Álvarez, ordenándoles que se incorporaran al contingente invasor. Este último desobedeció la indicación y retornó a La Habana. Ante ello, se envió una comisión para capturarle.[45]

De la estancia en Pilotó refiere García Alemán: "[…] Este pueblo es muy pequeño, pero tiene muy buenas fábricas y sus hijos parecen ser buenos patriotas según el recibimiento que nos hicieron […]".[46]

La columna, ya integrada, enrumbó hacia el suroeste y acampó en Paso Viejo el 16 de enero, al noreste y muy cerca de la ciudad de Pinar del Río. A las 6:00 a. m. del siguiente día, hostilizaron a un grupo de voluntarios exploradores que se habían acercado.[47]

El contingente invasor se aproximó hasta apenas un kilómetro de la ciudad de Pinar del Río. Por unas dos horas provocó a sus defensores, para luego continuar hasta llegar a la hacienda Las Taironas, al sur y muy cercana a dicha ciudad, la cual

[45] José Luciano Franco: Ob. cit., t. III, p. 49.
[46] Luis F. Le Roy y Gálvez: Ob. cit., p. 139.
[47] AGMM: "Diario de campaña de Federico Bacallao", ob. cit.

era propiedad de José Pérez Castañeda y en la que se produjo el día 17 el combate más importante de la invasión en tierras vueltabajeras.[48]

Valoración histórica de la incursión de la extrema vanguardia invasora

La incursión de la extrema vanguardia invasora en tierras vueltabajeras constituye uno de los aciertos estratégicos de la marcha del Ejército Libertador desde el oriente hasta el extremo occidental de la Isla. Es, además, uno de los hechos menos conocidos de la proeza invasora, que a través de la presente versión pone de relieve detalles inéditos y valoraciones sobre su importancia histórica, después de haber revisado valiosas fuentes cubanas y españolas.

Esta penetración a lo largo de la llanura sur pinareña constituyó un movimiento de flanqueo lejano, que produjo confusión en el mando español, que no podía precisar la posición de los principales jefes cubanos. Fue así que el alto mando hispano envió varias columnas para neutralizar el contingente invasor, solo que, en vez de realizar la persecución de Maceo por el norte, lo hicieron por el sur tras las huellas de la extrema vanguardia. Ello permitió que la principal fuerza cubana pudiera desplazarse con mayor rapidez por la llanura norte vueltabajera.

Por otro lado, en la medida en que las fuerzas de Bermúdez penetraban en suelo pinareño, crecía el entusiasmo de quienes conspiraban a favor de la causa cubana, muchos de ellos, se incorporaron a las diferentes partidas que se movían por la llanura. Ello coadyuvó a que Maceo encontrara a los pinareños organizados y dispuestos a la lucha.

El contingente de la extrema vanguardia, efectuó un recorrido total de 326 km por tierras pinareñas desde el 5 al 15 de enero de 1896, hasta su definitiva reunificación con el grueso de la columna invasora en el pueblo de Pilotos (Anexo 1). A lo largo de este itinerario promedió 22 km por cada jornada, acampó en diez locaciones, en alguna de ellas por más de una ocasión, y sostuvo una acción combativa.

[48] La presente investigación en torno a las actividades desarrolladas por la extrema vanguardia invasora en suelo pinareño, solo aborda la estancia de esta desde el 5 al 15 de enero de 1896, el momento en que este contingente se integró a la columna invasora en el poblado de Piloto.

Anexo 1

Itinerario seguido por la extrema vanguardia invasora en la provincia de Pinar del Río

Fecha	Itinerario		Actividad	Coordenadas Geográficas	Distancia (km)
05.1.1896	Límite provincial	Ingenio Neptuno	Campamento	N- 22^0 45´ 31´´ W- 82^0 43´29´´	5
06.1.1896	Ingenio Neptuno	Corojal	Campamento	N- 22^0 41´ 43´´ W- 82^0 50´48´´	17
07.1.1896	Corojal	Pinar de Barreto	Campamento	N- 22^0 32´ 41´´ W- 83^0 1´ 54´´	27
08.1.1896	Pinar de Barreto	Corralillo	Campamento	N- 22^0 21´ 32´´ W- 83^0 20´ 3´´	43
09.11896	Corralillo	Hato San Lorenzo	Campamento	N- 22^0 22´ 3´´ W- 83^0 20´ 51´´	23
10.1.1896	Hato San Lorenzo	Ingenio Guacamaya	Campamento	N- 22^0 13´ 17´´ W- 83^0 29´ 12´´	39
11.1.1896	Ingenio Guacamaya	Punta de Palma	Campamento	N- 22^0 18´ 32´´ W- 83^0 20´ 13´´	38
12.1.1896	Punta de Palma	Corralillo	Campamento	N- 22^0 21´ 32´´ W- 83^0 20´ 13´´	20
14.1.1896	Corralillo	Bacunagua Abajo	Acción combativa	N- 22^0 33´ 58´´ W- 83^0 9´ 34´´	33
	Bacunagua Abajo	Corralillo	Campamento	N- 22^0 21´ 32´´ W- 83^0 20´ 13´´	33
15.1.1896	Corralillo	Las Lajas	Campamento	N- 22^0 34´ 57´´ W- 83^0 31´ 19´´	37
	Las Lajas	Pilotos	Reunión con Maceo	N- 22^0 31´ 46´´ W- 83^0 36´ 54´´	11
TOTAL					326

Fuente: Elaborada por los autores a partir del Sistema Información Geográfico (SIG).

El paso de la invasión por Consolación del Norte. Acotaciones necesarias

Luis Martínez Cruz

Tras épicas jornadas, el contingente invasor ya se adentraba en las regiones más occidentales de la Isla. Según el general del Ejército Libertador José Miró Argenter:

> Al levantarse en armas los cubanos, por tercera vez en una misma generación, y cuando el país estaba floreciente, no seguían otro método de hostilidad que el adoptado en casos análogos por las bandas insurgentes de todos los países: inquietar al enemigo; cada grupo sublevado en su respectiva comarca; cada fracción á su manera; cada un cabecilla al frente de sus parciales. Todo alzamiento popular reviste casi siempre carácter desordenado, máxime si los primeros elementos de acción se recluían entre las masas campesinas y se elige la montaña por teatro de la lucha.
> Nadie pudo pensar entonces, y ni aun después de hallarse agrupadas las partidas sueltas bajo la dirección de jefes

Luis Martínez Cruz.

Licenciado en lengua inglesa. Profesor adjunto del Instituto Superior Pedagógico Rafael María de Mendive, de Pinar del Río. Museólogo en el museo municipal Armando Abreu Morales. Se especializa en actividades investigativas de rescate, conservación y promoción del patrimonio tangible e intangible local. Ha publicado libros y artículos periodísticos. Ha participado en diferentes eventos y recibido premios y reconocimientos. Miembro de la Unhic.

más entendidos, que el esfuerzo de un corto número de patriotas tan osados como inquietos, tan temerarios como pobres en recursos, tomara el cariz de acto tan sorprendente, de una eficacia maravillosa, contra la porfiada resolución de un adversario temible, ducho en esta clase de contiendas, bien organizado y mejor abastecido; y aun menos colegir que al éxito de aquel conato heroico, pero localizado durante algún tiempo, sucediera la explosión revolucionaria que culminó en los confines occidentales de la Isla.[1]

La región occidental contaba con antecedentes patrióticos desde el tiempo en que la expedición del *Pampero,* arribara por las costas de la playa El Morrillo, en Bahía Honda, el 12 de agosto de 1851, comandada Narciso López Uriola; desde su llegada tuvo apoyo de los campesinos de la zona quienes tenían por aquel entonces anticipadas ideas libertarias, que fueron ratificadas en las postrimerías del siglo; se destacaron entre ellos, Miguel Socarrás, padre de Carlos Socarrás Acosta (anexo 1), y otros miembros de su familia, quienes en aquel entonces fueron apresados en acción de guerra y conducidos a La Habana, donde posteriormente fueron amnistiados.

Más adelante, Carlos sería uno de los primeros pinareños en incorporarse al contingente lidereado por Maceo y se convertiría en un alto oficial del Ejército Libertador.

Primer contacto de las tropas mambisas con Consolación del Norte

Después de recorridas cuatro leguas, Maceo llegó con su tropa a Las Pozas, vecindario que para aquel entonces pertenecía a la jurisdicción del partido de Consolación del Norte. En aquel lugar, las tropas cubanas no enfrentaron fuerte resistencia y el alcalde hizo entrega del poblado a las tropas cubanas. Desde Las Pozas, el general dio órdenes precisas a su avanzada de moverse por el litoral norte e incendiar los embarcaderos de La Mulata, Río Blanco y Verracos, de oriente a occidente con el propósito de debilitar toda fuente de riqueza que sustentara el poder colonial.

Las ocho leguas que distaban de Las Pozas a La Palma se anduvieron con mayor celeridad con la intención de anticiparse a los refuerzos españoles. Sin embargo, horas antes, una columna de infantería de línea, comandada por el capitán Bernardino del Pozo y Clemente, había desembarcado por Río Blanco y se dirigió de inmediato a La Palma con una pequeña guarnición de Las Pozas, junto con una fuerza de alrededor de cuatrocientos voluntarios del fortín de Ceja de Aradores, los que marcharon a paso doble con el propósito de fortificar el poblado de La Palma.

A la salida de Bahía Honda, el 11 de enero en la mañana, las tropas insurrectas tuvieron un ligero contacto con las españolas que trataban de desembarcar por los muelles del otrora ingenio Gerardo (central Bahía Honda y después Harlem), solicitadas por los integristas de la localidad al conocer las intenciones del avance de la invasión en el occidente cubano.

[1] José Miró Argenter: Ob. cit., t. I, p. 15.

A su paso por el batey, las tropas cubanas arrasaron e incendiaron la fábrica y fueron devastados los cañaverales. Con anterioridad a estos sucesos, el dueño del ingenio, de apellido Cajigal, se había marchado pero había dejado órdenes para que las tropas avanzaran hacia a Río Blanco y La Palma con la intención de potenciar la defensa de aquella región.

En la mañana del 12 de enero, el cuartel general y las tropas de Maceo se dirigieron hacia La Palma, con el propósito de atacar el poblado, cuyos habitantes, sin excepción, eran integristas acérrimos, cualidad que mantuvieron durante toda la guerra. Aquel término, casi en su totalidad, estaba compuesto por españoles mayoritariamente canarios y asturianos.

Al acercarse a la localidad, con la intención de romper las hostilidades, se presentó una mujer con dos niños en el cuartel general, pidiendo y suplicando, con la elocuencia de la aflicción, que no se atacara el poblado, a fin de evitar escenas sangrientas de represalia, de las cuales serían víctimas los mismos civiles españoles de la localidad.

La desolada dama era doña Ramona Faustina Fuentes Cruz, esposa del jefe de voluntarios don Antolín del Collado Polier, jefe del puesto de voluntarios (anexo 2). Maceo, que jamás negó nada a las mujeres y que siempre se dejó influir por el llanto de las madres, accedió a su solicitud y solo impuso o, mejor dicho, aceptó lo que la emisaria le brindaba: una contribución de guerra y la promesa de que las autoridades del pueblo abandonarían los cultivos del tabaco.

La contribución se hizo efectiva parcialmente, pues la cantidad principal, consignada en una orden mercantil contra la casa de Seña y Compañía de La Habana, quedó sin pagar y poco faltó para que costara un serio disgusto a don Perfecto Lacoste, a quien se la envió Maceo para que la cobrara y girara el importe de tres mil pesos a la delegación del PRC. Lacoste pretendió cobrar la libranza, pero la casa citada, que, por lo visto, estaba en conocimiento de aquel valor entendido, se negó de plano a efectuar el desembolso, no sin manifestarle al destinatario que la operación era filibustera, netamente separatista y relacionada con un secuestro.

Tras la artimaña de la población integrista, las tropas mambisas continuaron rumbo al occidente y tras una fatigosa marcha de seis leguas por una ruta angosta acamparon el día 13 en Laguna de Piedra. Según Miró Argenter:

> […] los exploradores se aproximaron al pueblo de Viñales, donde tuvieron pendencia con los voluntarios de la localidad. En la marcha del 14, larga y penosísima, como la anterior, llegamos á Caiguanabo, sitio pintoresco, pero de aspecto singular, un caserío delicioso, entre aldea y villa, con oratorio y torreones, circunvalado de trincheras naturales, mogotes hechos de una sola pieza, que parecen mausoleos de mármol azul, raros promontorios en que hasta el color de las moles es distinto de los demás cerros de Vuelta Arriba y de cuantos habíamos visto en el largo viaje por el interior del país, tan rico en florestas, como en paisajes románticos […].[2]

[2] *Ibidem,* p. 321.

Según cuenta Miró, en Caiguanabo:

> […] Una partida de salteadores había llenado de consternación á los pacíficos habitantes de aquel caserío, robándoles, y haciendo después escarnio público en la misma iglesia del poblado; pero cogidos tres de ellos, que acababan de incorporarse á nuestras filas, creyendo que el robo y el sacrilegio eran permitidos por el general Maceo, é identificados por las familias del caserío, fueron ahorcados con toda la ceremonia propia del caso, en una de las soleras de la mansión por ellos saqueada. Maceo mostróse inflexible; no valieron esta vez los ruegos de las mujeres que pedían gracia para los foragidos. Al cuartel general llegaban diariamente noticias alarmantes de actos de bandolerismo que llevaban á cabo las partidas sueltas y los destacamentos de Cayito Alvarez y de otros jefes, que adjudicándose el papel de vanguardia invasora, sin que el cuartel general lo hubiese así dispuesto, asolaban el país y causaban daño enorme á la causa de la república. Maceo tenía el propósito de hacer un escarmiento ejemplar.[3]

Una vez ajusticiados los malhechores, la columna invasora se dio paso a la vertiente sur, Pilotos. Habían recorrido 19 leguas desde Consolación del Norte. Le restaban 32 para cumplir el propósito de llevar la invasión al más occidental poblado de la Isla: Mantua, hecho que tuvo lugar el 22 de enero de ese mismo año.

Incidencias locales tras el paso de la invasión

Como resultado del objetivo de poner a toda Cuba y a todos los cubanos en pie de lucha, tras el paso de la invasión un grupo de palmeros se incorporó a la gesta libertaria. El ejemplo más fehaciente fue José Antonio Cruz Cruz, latifundista palmero, que alcanzaría el grado de comandante otorgado por Maceo.

Comandante José Antonio Cruz Cruz.

Descendiente de una de las familias más acaudaladas y patrióticas de la localidad, se alzó en armas contra España el 24 de marzo de 1896 con 25 peones de su finca en Arroyo Rico, según expresa Rafael Azcuy,[4] aunque consideramos inexacta esa fecha, porque existe documentación que ubica el campamento de José Antonio Cruz desde principios de febrero de 1896. El general Maceo lo nombró teniente jefe de dicho campamento y, como ya se dijo, llegó a alcanzar durante la guerra el grado de comandante.

[3] *Ibidem,* pp. 321-322.

[4] Rafael Azcuy: "Antonio Maceo y el asalto a La Palma", en Historia local, inédita.

Las fuerzas cubanas que no iban junto a Maceo desarrollaron, bajo las órdenes de otros jefes, diversas acciones combativas y operaciones en el territorio de Consolación del Norte.

Al paso de la columna invasora, en esta región, se establecieron campamentos mambises, prefecturas, hospitales de sangre y cementerio.

Algunos de los hombres que habían venido con Maceo en la invasión decidieron asentarse en nuestra localidad y establecieron en ella sus familias, contribuyendo así al proceso de integración poblacional (anexo 3). Tal vez el cansancio causado por el duro bregar los hizo tomar tal determinación; aunque continuaron combatiendo bajo las órdenes de José Antonio Cruz. Tal fue el caso del teniente Pío Rivera, el sargento Tomás Díaz y Benito Rivera.

Por el contrario, algunos palmeros decidieron sumarse a las filas libertadoras y continuaron la marcha hacia el occidente del país bajo las órdenes de Maceo.

De igual modo, un grupo de mujeres se desempeñaron dentro de los campamentos, prefectura y hospital de sangre del lugar. La siguiente relación recoge los nombres de las que fueron sepultadas en el cementerio mambí del Caimito o Campo de la Revolución: María Rumualda Cruz Reyes, Tránsita Cruz Cruz, Romualda Cruz Miranda, Esperanza Cruz Cruz, Isolina Cruz Cruz, Elvira Cruz Cruz, Leopoldina Cruz Cruz, Edelmira Cruz Cruz, Simona Enrique Rivera, Luz García Padilla, Gregoria María Martínez y Anzó, Leonor López y Martínez, Crecencia López y Martínez, Felicia López, María de la Concepción Crespo, Sabina Díaz Enrique, Rufina Orta Barroso y María Pérez Azcuy.

A su paso por Consolación, a pesar de la integración poblacional —con fuerte presencia hispana—, el contingente invasor pudo cosechar la abnegación y el patriotismo que los naturales de la región profesaban a la tierra en que habían nacido.

Anexo 1

Síntesis biográfica de Carlos Socarrás Acosta

De origen campesino, nació en 1863, en Las Pozas, Pinar del Río, zona rural perteneciente a Consolación del Norte con muy poco desarrollo económico.

Su ingreso oficial al Ejército Libertador tuvo lugar el 6 de enero de 1896 a la edad de 50 años. Aproximadamente cuatro días después de conocer que la columna invasora, dirigida por Antonio Maceo, había tomado el poblado de San Diego de Núñez sin hallar resistencia por parte de los destacamentos de voluntarios que allí se encontraban, Carlos Socarrás decidió tomar el poblado de Bahía Honda, creando así las condiciones necesarias para que el mismo día, 10 de enero, en horas de la tarde, la tropa de Maceo entrara en el pueblo sin contratiempos. Allí, además, se capturó un botín de guerra compuesto por 150 armas.

Carlos Socarrás fue de los primeros pinareños que se unió a Maceo cuando este entró en Vueltabajo; su incorporación resultó de gran utilidad por los conocimientos que tenía de la región. Fue ascendido al grado de comandante y designado jefe de operaciones en el territorio oriental de Bahía Honda.

Con la colaboración del teniente Indalecio Sobrado Lago, Socarrás organizó el regimiento de Cacarajícara, en cuyas filas se encontraban su esposa Antonia Socarrás Barrios y sus hijos: Miguel, que alcanzó el grado de teniente; Antonio, que llegó a ser comandante; Regla quien con solo 15 años era enfermera en el hospital de sangre, y su hija menor Olaya, además de sus hombres, que desde la época del palenque estaban bien armados y prestaban servicio en la brigada Norte de Pinar del Río, que comandaba el entonces coronel Pedro Vargas Sotomayor.

Peleó heroicamente en el combate de Cacarajícara (30 de abril), en el cual recibió graves heridas a consecuencia de las cuales exhaló su último suspiro dos días después, en brazos de su esposa e hijos. Por su desempeño, el general Antonio lo ascendió a teniente coronel.

Aun sin reponerse de la sensible pérdida de tan fiel colaborador, en emotiva carta escrita a Federico Pérez Carbó, el general Maceo expresó con profunda admiración: "Aquí no hay un solo palmo de tierra que no esté bañada por sangre cubana o española".[5]

El general Maceo condolido por la muerte de este bizarro oficial, envió sentida carta de pésame a su viuda, en la que enaltecía el valor y el patriotismo de su esposo por muerte ejemplar en el campo de batalla.

[5] Antonio Maceo: "Carta a Federico Pérez Carbó", cit. por CEMI: *Historia militar...,* ob. cit., t. 3, vol. 2, p. 106.

Anexo 2

La familia Del Collado

Antolín del Collado y Obeso

Arribó a Consolación del Norte en 1856. Era dueño de varias casas en el poblado de Caiguanabo, fincas y esclavos, que lo convirtieron en uno de los hombres más poderosos de Consolación del Norte en la segunda mitad del siglo XIX. Además, en la esfera del comercio tenía una tienda mixta de primera clase en La Palma y otra de tercera clase en Caiguanabo, una panadería de tercera clase en La Palma y una tienda mixta con horno en Arroyo Naranjo.

Con su apoyo se creó el 25 de febrero de 1871 el escuadrón de voluntarios de La Palma, del cual fue su primer jefe y encargado del avituallamiento de sus integrantes. Este escuadrón juró la bandera el 20 de mayo de 1871.

Cuerpo de voluntarios de Consolación del Norte. Sentado, de perfil al centro derecha el capitán Bernardino del Pozo y Clemente y, a su derecha, Antolín del Collado y Obeso.

Antolín desempeñó otros cargos civiles como juez de paz suplente durante tres años, juez propietario por 12 años, concejal del Ayuntamiento de Consolación del Norte, primer alcalde del Ayuntamiento de Consolación del Norte, vocal perpetuo de la Junta Parroquial, fundador y presidente del comité local del Partido Unión Constitucional en La Palma y fundador y primer jefe del Cuerpo de Voluntarios de La Palma

Por sus servicios al gobierno fue condecorado con la Medalla de Amadeo I y, dos veces con la de Benemérito de la Patria. Recibió dos cruces al mérito militar de segunda clase y la Medalla de la Constancia, con dos pasadores.

Antolín del Collado Polier y su esposa

Nació en San Cayetano el 24 de julio de 1858 y fue uno de los ahogados en el naufragio del vapor *Tritón*, el 16 de octubre de 1897. Sus padres fueron Juan Manuel del Collado Obeso, natural de Navas, Asturias, España, y Ana Pérez Galiano, natural de Las Pozas.

Contrajo nupcias con Ramona Faustina Fuentes Cruz, hija del terrateniente José Fuentes Conde, también ahogado en el naufragio del *Tritón*, y de su esposa Martina de la Cruz Felipe.

Como frutos del matrimonio nacieron los siguientes hijos: Antolín Juan Ramón Rafael (1890), Ramón José Juan (1890), Martina Ramona Rita del Rosario (1892), Ana María Mercedes (1894), María Faustina Rumualda de la Caridad (1897), Juan Manuel José Ramón (1897), José Antolín (1898) del Collado Fuentes.

De acuerdo con el relato de José Miró Argenter, en su encuentro con Maceo el 12 de enero de 1896, doña Ramona se había hecho acompañar de dos niños.

Cuando analizamos el hecho histórico, el año en que se produce, la distancia, condiciones del terreno y la fecha de nacimiento de los hijos de Ramona Faustina, para poder determinar cuáles pudieron haber sido los niños que la acompañaron en aquel encuentro con Maceo y, aunque constituya una hipótesis, considero que sus hijos jimaguas Ramón José Juan y Antolín Juan Ramón Rafael, nacidos en 1890, frutos de su primer matrimonio con Antolín del Collado Polier, quienes contaban con seis años de edad, pudieron haber sido los que tuvieron participación en aquel encuentro. Para determinarlo he tenido en cuenta, además, la fatigosa cabalgata desde el poblado hasta en campamento donde estaban Maceo y su tropa, poco probable para que niños más pequeños pudiesen haberla realizado. Y descarto el resto, ya que como ejemplifico antes, unos no habían nacido para el momento del encuentro y el resto eran niños muy pequeños para aquella eventualidad.

Según investigaciones hemos podido conocer además que, Ramona Faustina había contraído matrimonio en segundas nupcias el 6 de diciembre de 1899 con Juan José del Collado Polier, hermano de Antolín, su primer esposo, con quien tuvo los siguientes hijos: Dolores María, Juan José, Faustina Francisca, Antonia María, Agustín Orestes, Dolores María del Collado Fuentes.[6]

[6] Consta en los archivos de la iglesia Nuestra Señora del Rosario y del Registro Civil de Consolación del Norte.

Anexo 3

Algunos veteranos del Ejército Libertador

Teniente Pío Rivera.

Francisco Fuentes.

Benito Rivera.

Plácido Betancourt.

Santiago Bermúdez.

Ángel Tranquilino Collado.

Sargento Tomás Díaz.

Anexo 4

Relación de veteranos de Consolación del Norte de la guerra del 95 y grado militar

Nombre del veterano	Grado militar
José Antonio Cruz Cruz	Comandante
Benito Rivera.	Capitán o soldado
Pío Rivera Soa	Teniente
Nicolás Cruz (Peñalver).	Subteniente
Francisco Fuentes Azcuy.	Cabo
Francisco Placido Betancourt	
José Bermúdez (Cheo)	
Santiago Bermúdez	Soldado
José Ramón Eleuterio López	
Manuel Cruz Capote.	Cabo
Gabriel Capote Lima	Teniente
Gerardo Fuentes	Soldado
Anastasio Sosa y Sosa	Soldado
Zenón Herrera	Subteniente
Miguel Martínez	Capitán
Víctor Calzada	Sargento
Ángel Tranquilino Collado	Soldado
Benigno Aróstegui	
Santos Martínez	
Nicasio Rivera	Soldado
Faustino Rivera	Soldado
José Antonio Baldor	
Rosendo Cruz	
Antonio García Hernández	Capitán
Eusebio Córdova	Sargento
Antonio Olivera	Capitán
Pantaleón Cardozo	Teniente
Casimiro Collado	Subteniente

Nombre del veterano	Grado militar
Facundo Martínez	Soldado
Catalino Sánchez	Sargento
José Peñalver	Cabo
Rosendo Hernández	Cabo
Manuel Alpuín	Soldado
Manuel Fuentes	Soldado
Antonio Aguilera	
Pablo Clavell	
Tranquilino Cruz	
José Cruz Bazo	Cabo
Secundino Espinosa (Cundinga)	Cabo
Francisco Fuentes Hernández	Subteniente
Francisco Fuentes	Soldado
Francisco Fuentes Azcuy	Cabo
Gabriel García	Capitán
Luis Cajero	Soldado
Primitivo Cruz Rojas	Soldado
Modesto Collado	
Fausto Cruz Lemus	
Gabriel Cruz Capote (Capotito)	
Antonio Cruz	
Pelayo Collado	
Negro Collado	
Ambrosio Calzada	
Pablo Calzada	Cabo
Félix Calzada	
Pio Cruz Valdés	
Juan Otaño	Cabo
Fernando Otaño	Cabo
Antonio Hernández	Subteniente
Amado Otaño Pulgarón	Cabo
Juan Otaño Pulgarón	Cabo
Manuel Cruz	Cabo

Nombre del veterano	Grado militar
Eusebio Córdova Ávila	Soldado
Antonio Díaz	Soldado
Antonio Espinosa	Soldado
Tomás Díaz	Sargento de segunda
Fernando Collado	
Indalecio Ríos	

Guane en el contexto de la invasión del oriente al occidente

Rolando Lamas Machado

La invasión del oriente al occidente socavó los cimientos del régimen colonial español de un extremo a otro del país. Su inalterable marcha por llanos, montes, ciudades, puso a prueba la heroicidad de sus principales líderes, la de los soldados invasores y la de todo un pueblo que, sin importar el sacrificio, se incorporó para, desde las diversas contribuciones, escenificar de conjunto, inigualable patriotismo.

La provincia de Pinar del Río hizo sustanciales aportes a tan ineludible y estratégico empeño. Hombres y mujeres en masa, de varias formas, lo secundaron otorgándole matices dignos que siempre deben ser glorificados. Los hijos del primado pueblo de Guane, con su peculiar entrega, correspondieron a la proeza y, en son de independencia o muerte, le ofrecieron a su genial líder, Antonio Maceo, su inquebrantable valía.

Este esbozo sistematiza la contribución del pueblo de Guane a la causa de la independencia de Cuba, en momentos previos a la llegada

Rolando Lamas Machado

Licenciado en Marxismo Leninismo e Historia y máster en Estudios Sociales. Profesor auxiliar. Tiene publicado *Che en el occidente de Pinar del Río* y *Manuel Lazo Valdés, insigne vueltabajero.* Es miembro de la Unhic e Historiador municipal de Guane.

de Maceo con la columna invasora y con el accionar de los distintos actores que, durante dos días, multiplicaron en su principal enclave fulgores de libertad. Visibiliza, además, a un grupo de patriotas cuyos méritos al lado del Titán de Bronce bien merecen ser repasados por la historiografía nacional.

Deferencia ineludible

A los hombres que tuvieron a su cargo la organización, dirección y desarrollo de la gesta independentista cubana de 1895 les podemos llamar excepcionales. Sus principios, convicciones, cualidades y el amor que le profesaron a la mayor de las Antillas hacen que los cubanos de todos los tiempos volvamos siempre a ellos para admirarlos e imitarlos con entero orgullo. La estatura de Martí, Gómez y Maceo, artífices de una contienda sin paralelo, fue alcanzada por la excelencia del pensamiento y la convincente acción.

José Martí Pérez, su principal gestor, le escribió al venezolano Fausto Teodoro de Aldrey: "Cuando se tienen los ojos fijos en lo alto ni zarzas ni guijarros distraen al viajador en su camino, los ideales enérgicos y las consagraciones fervientes no se merman en un ánimo sincero por las contrariedades de la vida".[1] ¡Cuánta seguridad en sí mismo, qué convencimiento de lo que puede lograr el ser humano cuando decide transitar la ruta de la vida, llena de montes y abrojos! Nada lo detuvo en su empeño cuando se entregó por entero a organizar la guerra de Cuba contra el colonialismo español, la que con total convencimiento llamó "necesaria".

Antonio Maceo Grajales, en 1895, desde Costa Rica, en carta a su esposa María Cabrales testimonió para la eternidad su incondicionalidad con la causa independentista cubana: "[…] te abandono por nuestra patria, que, tan afligida como tú, reclama mis servicios, llorando en el estertor de la agonía. Pienso que tú sufriendo, y yo peleando por ella seremos felices: tú amas su independencia yo adoro su libertad. El deber me manda a sacudir el yugo que la oprime y la veja […]".[2] Estas sentidas palabras son expresión de inmedibles significados, es versátil nuestra intención de refrendarlas, solo que para ello basta expresar que corroboran las enunciadas por Martí al inicio de este trabajo.

Por su parte, Máximo Gómez Báez, en arenga al Ejército Libertador, desde Lázaro López, en Camagüey, el 30 de noviembre 1895 afirmó: "¡Soldados! Llegaremos hasta los últimos confines de occidente, hasta donde haya tierra española: ahí daremos el Ayacucho cubano".[3] Ya estaba en franco proceso de ejecución la extensión de la contienda al occidente cubano, hecho que sus principales ejecutores y la historiografía de todos los tiempos han decidido denominar invasión al occidente.

Quiera entenderse o no, Martí, Gómez y Maceo, a pesar de tener diferentes concepciones en torno a las estructuras y atribuciones civiles y militares que se debían asumir en plena guerra, tuvieron infinidad de aspectos coincidentes. Claro

[1] José Martí: "Carta a Fausto T. de Aldrey", 27 de julio de 1881, en ob. cit., t. 7, p. 267.
[2] Rafaela Valerino Romero: *Oculto en mi pecho bravo, Cartas de amor y de combate,* p. 41.
[3] Máximo, Gómez: *Mi escolta y otros escritos,* p. 10.

ejemplo de que la unidad puede ser lograda en medio de la diversidad y con grados de relatividad decisivos.

La contienda de 1895 desde su fragua, gestación y realización salvó la democracia en la participación de las disputas bélicas en Cuba contra el poder español, fue al decir de Emilio Roig de Leuchsenring "obra de mayoría popular".[4] Coincidimos puesto que la extraordinaria campaña de invasión alzó y movilizó a todo el pueblo de Cuba.

Argumentos innumerables pueden esbozarse respecto a ella desde las causas justas, independentistas y libertarias, y de la valoración que historiadores, sociólogos, antropólogos y académicos militares quieran alegar; para nosotros, siguiendo el hilo de la historia que contamos y a 125 años de su culminación, existe pleno convencimiento de que su éxito fue rotundo porque sus protagonistas tuvieron siempre los ojos fijos en lo alto; armados en lo ideológico con lo que ya era una innegable realidad: el martianismo.

La cristalización del ideal independentista en Guane antes de la llegada de la columna invasora a sus predios

No pocos estudiosos afirman que el eco de la independencia y de la libertad de Cuba respecto a España llegó a la provincia de Pinar del Río y mucho más al municipio de Guane[5] con la hueste invasora del Titán de Bronce. Aceptarlo así sería menospreciar un territorio que desde antes estaba dando muestras de independentismo, a pesar de que las orientaciones para que el occidente se sumara a la contienda, por lo general, siempre estuvieron sujetas a la espera de la consolidación de la lucha en el oriente y centro del país.

Varias son las esencias que explican lo primigenio de la lucha por la independencia en el municipio de Guane y el grado y nivel de su resonancia. Lo primero nos remonta a la tesis marxista "El ser social determina la conciencia social".[6] El abandono, la desatención, el alto costo de la vida, la pobreza, los altos tributos en los que estaba sumido el municipio de Guane y su sociedad en 1895 fueron el detonante que justificó en gran medida las acciones que condujeron a la cristalización del ideal libertario y a su puesta en práctica.

La crisis económica se hacía sentir en Guane y sus Remates.[7] La inconformidad de los distintos sectores y capas sociales con las medidas restrictivas del gobierno

[4] Emilio Roig de Leuchsenring: *La guerra cubana de los treinta años, 1868- 1898 razón de su victoria,* p. 135.

[5] Guane constituía el poblado de mayor concentración poblacional en el extremo más occidental. Había sido sede del teniente gobernador cuando se creó la tenencia de gobierno en 1774 y después cabecera del municipio. En el marco de la guerra de independencia fue fortificado y convertido en centro de operaciones por Valeriano Weyler.

[6] Carlos Marx: "Prólogo", *Contribución a la crítica de la Economía Política,* en *Obras escogidas,* t. 1, p. 343.

[7] Este es el nombre que la tradición oral le otorgó a todo el territorio que conforma el actual municipio de Sandino en la medida que se fue poblando a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

de ultramar, agudizaron gradualmente la situación y la necesidad de transformarla. En ningún país del mundo se pagaban rentas más altas que en Vueltabajo.

Un informe de la dirección de Haciendas de Ultramar, en 1895, describió la situación de uno de los grupos sociales más afectados, los vegueros:

> Viven en miserables bohíos donde la lluvia y el sol penetran por todas las partes, se alimentan de raíces cultivadas en sus vegas porque la carne y el pan son frutos vedados para ellos, y tienen a sus hijos descalzos y casi desnudos, como si vivieran en las provincias meridionales de Rusia, pero el veguero de Vueltabajo, que se puede presentar como tipo de laboriosidad y sufrimiento esconde en el interior del hogar el hambre que lo agoniza y la desnudez que le avergüenza.[8]

El estado de crisis también afectaba a la mediana burguesía; algunos optaron por vender parte de sus propiedades para el pago de hipotecas y tributos, y otros para financiar con recursos la gesta que se estaba fraguando, ejemplo de ello fueron Isabel Rubio Díaz y Manuel Lazo Valdés.[9] Lo que acontecía en Guane en 1895 e inicios de 1896, un cantor popular lo expresó en versos octosílabos: "En Guane no esperaron / la llegada del Titán / sus hijos al verde caimán / la cola le desataron".[10]

Varios ejemplos ilustran las pretensiones independentistas en Guane después de iniciada la guerra de 1895 en el oriente del país. Ellos son, según nuestra apreciación, antecedentes del arribo de la columna invasora al enclave.

En el pueblo de Las Martinas,[11] según estudios del destacado historiador Emeterio Santovenia:

> La alarma y la intranquilidad cundieron. El 23 de septiembre de 1895 falsamente informados de la llegada de una expedición a las costas de Mantua y hasta engañados por salvas hechas por el barco español *Conde de Venadito,* algunos entusiastas, ebrios de impaciencia, realizaron al mando del doctor Rogelio Robaina un conato de sublevación en Las Martinas.[12]

Para seguir ilustrando la valía de la vanguardia revolucionaria guanera, dos días después de la partida de la avalancha invasora rumbo al poniente de Cuba, otro alzamiento, con mayor grado de organización y significación tuvo lugar en

[8] Jorge Ibarra Cuesta: *Patria, etnia y nación,* p. 99.

[9] Enrique Giniebra y Juan Carlos Rodríguez: *La crisis colonial en Vueltabajo,* pp. 40-45.

[10] Primeros cuatro versos de una décima del poeta improvisador Armando Rodríguez, residente en el poblado de Martí, perteneciente al municipio de Sandino, asiduo concursante del evento Canto a la historia, auspiciado por el Museo Municipal de Sandino todos los años.

[11] Pueblo nacido con inteligencia urbanística a mediados del siglo XIX. Perteneció a Guane hasta 1976 cuando pasó a formar parte del municipio de Sandino.

[12] Emeterio Santovenia: *Vueltabajo en la independencia de Cuba,* ob. cit., p. 60.

La Grifa,[13] pueblo perteneciente al municipio de Guane. Lo acreditamos también a través de la prosa de Emeterio Santovenia:

> Narciso Camejo que tenía el encargo de ponerse a la cabeza de los conjurados de la Grifa, de acuerdo con otros hombres de Remates de Guane, la Catalina y Paso Real de Guane, no llegó a recibir la orden de alzamiento. Así pues, el 24 de octubre de 1895 con Vicente Bosque Pimienta, Sebastián Ramos, Ramón y Andrés Leal, Antonio Valdés Ramos, José Valdés Ramos, José Valdés Cabeza, Tomás Cortales, Justo y Luis Pimienta, Wenceslao y Pablo Rabasa, y otros hasta el número de 22, reunidos en La Loma de la Casita a la salida de La Grifa, marchó Camejo hacia Río Verde, que era el punto al efecto designado. Acudieron allí Justo y Pascual Gálvez, Manuel y Joaquín Ramos y Ramón Vidal con algunos más procedentes de La Catalina. Habida por Baldomero Pimienta noticia del aplazamiento de la sublevación general de Vueltabajo, tuvo el grupo de insurgentes que disolverse pues a mayor abundamiento se encontró destituido de todo apoyo. [14]

El día 27 fue apresado Narciso Camejo y casi de inmediato Baldomero Pimienta y los demás alzados. Fueron remitidos a Ceuta el 10 de enero de 1896, cuando la columna invasora se encontraba ya en tierras vueltabajeras y, con rumbo firme y decidido, avanzaba hacia el punto más anhelado del poniente, el municipio de Mantua.

En lo que llamamos fragua de la lucha en Guane contra el colonialismo español resulta significativa la incorporación de una pléyade de médicos y farmacéuticos que le asignaron reverente significado. Isabel Rubio Díaz, farmacéutica de profesión, desarrolló como nadie una ingente labor de agitación para sumar partidarios. Brilló con su verbo fervoroso, enamoró con pasión desmedida y convenció por las virtudes de mujer íntegra y justa, que en la lucha la acompañaban.

Paso Real de Guane,[15] su natural y codiciado emporio, y todo Pinar del Río, fueron testigos de su efervescente labor en aras de cumplir con el compromiso contraído con el que había sido el organizador indiscutible de la guerra, José Martí, a pesar de su condición de fémina suave, tierna y divina: "Nadie la superó en arrestos ni en abnegación. Su casa fue templo de patriotismo, escuela de altos deberes cívicos. Difundió la necesidad de conquistar la emancipación por medio de

[13] Pueblo perteneciente en 1895 al municipio de Guane, hoy a Sandino. A poca distancia del pueblo de Cortés. Centro del antiguo corral llamado La Grifa, sus tierras alcanzaron relevancia en la segunda mitad del siglo XIX, con unas veinticuatro casas que le asignaron categoría de caserío.

[14] Emeterio Santovenia Echaide: Ob. cit., p. 61.

[15] Paso Real de Guane constituyó el segundo núcleo urbano de Guane desde la primera mitad del siglo XIX. Un punto estratégico en las comunicaciones del extremo más occidental. Durante mucho tiempo rivalizó con Guane como centro de la región. Fue cuna de la patriota insigne de Pinar del Río Isabel Rubio Díaz.

las armas. Enseñó, desafiando asechanzas y exponiendo su bienestar y el de los suyos, como la acción podía acompañar el pensamiento".[16]

Está también su hijo, el doctor Modesto Gómez Rubio, quien fue detenido y apresado en abril de 1895 por sus constantes manifestaciones contra los desafueros del gobierno colonial y, luego, enviado a la capital vueltabajera. Muchos fueron los méritos de este gallardo doctor, quien junto a otro más experimentado, el doctor Francisco Díaz Vivó, estuvo entre los primeros guaneros en abrazar en la zona de Bahía Honda el más relevante ejercicio de guerra de toda la centuria: la invasión de oriente a occidente, bajo las riendas del Héroe de Baraguá, el león procreado por leones: Antonio Maceo Grajales.

La vanguardia revolucionaria guanera esperó con valimiento propio la llegada a sus predios de la columna invasora y de su principal caudillo, lo corrobora además de lo abordado, lo ocurrido el 13 de enero de 1896 en uno de sus más antiguos enclaves: Cayuco. Así lo describió José Miró Argenter, jefe del Estado Mayor de la columna invasora:

> Pocos días antes de nuestra excursión por los confines occidentales, enarboló la bandera separatista uno de los más influyentes de aquella rica comarca: Manuel Lazo Valdés, representante de las grandes manufacturas tabacaleras, quien arrastró a muchos campesinos que solo esperaban la voz autorizada del jefe del movimiento. La resolución de Lazo fue el toque de llamado y tropa, los vegueros todos del distrito de Guane dejaron la postura, el semillero y la escogida.[17]

Esta acción de guerra conocida como alzamiento del Cayuco, de los Remates de Guane o de Vueltabajo ocurrió siete días antes de la llegada de la columna invasora; la asumimos como continuidad de los conatos que en 1895 se efectuaron y como el hito que marca el enfrentamiento definitivo al poder colonial español con armas en las manos en Guane y en todo Pinar del Río.

Se partió desde el Cayuco atacando las fortificaciones españolas del Magín y Saetial, acamparon durante la noche en La Jarreta. Al siguiente día, asaltaron los poblados de Las Martinas, La Grifa, Catalina y, ya el 17, con la toma del cuartel de Guane tenían el territorio guanero bajo control. En la organización militar de los protagonistas influyó decisivamente Antonio Varona Miranda, quien fungía por designación de Maceo como avanzada de la invasión.

El alzamiento de los patriotas de Remates de Guane no constituyó un suceso aislado. Casi toda la provincia de Pinar de Río se mostró dispuesta a secundarlo. Aquello era lo presumido por Martí. El Apóstol había esperado de Vueltabajo una actitud favorable a la independencia, así se lo había hecho entender a Maceo y a Maceo le tocó recibir la prueba del valor cívico de los pinareños.

El sentimiento antiespañol encontrado por la columna invasora a su paso por Guane, reflejo de la situación de agravio y desprecio de que eran objeto los natu-

[16] Emeterio Santovenia: *Huellas de gloria,* pp. 195-196.
[17] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 403.

rales de la zona por parte de los que ostentaban el poder en la Isla, fue elogiado por el lugarteniente general.

Guane durante la estancia de la columna invasora en sus predios

Antecedió al arribo de la columna invasora al municipio de Guane la realización de varios enfrentamientos en tierras aledañas a la ciudad de Pinar del Río y en los municipios de San Luis y San Juan. Estos dieron señales al general Antonio de corresponsabilidad bélica. Patriotas de estas localidades dieron muestras fehacientes del signo mayoritario que adquiría la proeza en su marcha.

En ese avance indetenible, le llegó la hora a Guane el 20 de enero de 1896, cuando la columna invasora tocó sus predios bien temprano en la mañana. Miró Argenter da certeza:

> Después de destruir el muelle de Bailén, a la vista del *Conde de Venadito,* que sin duda bordeaba por la ensenada de Cortés a caza de fantásticas expediciones, la columna invasora partió de Sábalo el día veinte, para dirigirse a la comarca de Guane, en la que acababan de pronunciarse personas de gran valer y representación social: médicos, abogados, propietarios y comerciantes figuraban a la cabeza del movimiento revolucionario [...].[18]

Precisamente en Sábalo estaba la línea divisoria entre los municipios de San Juan y Martínez y Guane. Ya en territorio guanero, continuaron hacia la villa; pero antes, el Titán de Bronce decidió congratular con su presencia y la de la columna invasora al ardiente, colaborador y valioso poblado de Paso Real de Guane, donde lo esperaba en su propia casa la matrona de occidente Isabel Rubio Díaz, mujer de 59 años de edad, decidida desde mucho antes a luchar contra el absolutismo. Maceo de antemano conocía de su valía : "A las once de la mañana, al son del Himno bayamés, llegó la hueste invasora a Paso Real de Guane, pueblo pintoresco de aquella rica comarca, que dio sus mejores hijos a la revolución [...]".[19]

Paso Real de Guane había sido en los días arriesgados que precedieron al 20 de enero de 1896 el centro de conspiración más importante de vueltabajo. Resultado del tesón admirable y la energía efectiva de Isabelita Rubio. Maceo y su estado mayor confirmaron lo abatido que se encontraba el integrismo en la zona a diferencia del vibrar del sentimiento patriótico para la incorporación de cientos de sus hijos a la empresa bélica.

Desde Paso Real de Guane comenzaron los invasores a recibir muestras de agasajo; criollos pudientes y humildísimos se confundían en la decisión de sumarse a la lucha. Para los guaneros era la hora del sacrificio, sin importar los peligros derivados de la guerra. Había sido esperado por médicos, abogados, propietarios, comerciantes, vegueros, trabajadores agrícolas, artesanos y campesinos.

[18] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 403.
[19] *Ibidem,* p. 402.

Se continuó la marcha hacia la villa de Guane, era un torrente de pueblo convertido en ejército para luchar. Orientales y occidentales consustanciados en la revuelta escribían para la historia militar páginas difíciles de igualar:

> La invasión llegó a la villa de Guane el mismo día 20, a media tarde. El recibimiento de sus habitantes fue el más señalado en muestras de regocijo. Las campanas echadas a vuelo y los vítores de toda la población apagaban las notas marciales de la banda militar de Maceo; este fue aclamado frenéticamente por la multitud, ávida de contemplar la figura del caudillo oriental que simbolizaba toda la grandeza de la rebelión cubana, y veía, al fin, coronados sus esfuerzos al clavar el estandarte invasor tras larga y marcial jornada en las cumbres de los Órganos. Aquel estandarte glorioso lo bordaron para Maceo las bellas hijas del Tínima [...].[20]

En la villa de Guane se presentó al general en columna de honor un regimiento de caballería, el primero de Vueltabajo, armado y con disposición de combatir. Maceo previamente le había indicado a la avanzada de su estado mayor certificar órdenes de ascenso para reconocer la singular valentía y estructurarlo en relación con las normas organizativas militares. Estos hombres habían sido los protagonistas de las gloriosas operaciones del 13 de enero de 1896 y las que continuaron en espera de la invasión. Cuatro de sus más destacados miembros fueron galardonados de la forma siguiente: Manuel Lazo Valdés fue promovido comandante y Ramón Lazo Valdés, Policarpo Fajardo Díaz y José Ibarra a capitanes.

La tropa invasora hizo una parada durante casi dos días, incluidas sus noches en la villa de Guane les valió para recobrar fuerzas y tomar decisiones respecto a la cantidad de hombres, mujeres, niños, que, como parte de la impedimenta, entorpecían el itinerario. Existen testimonios acerca de que protegerlos, garantizarles sustento y servicios sanitarios costaba más sacrificios que enfrentar a las propias columnas españolas.

Si bien el alto en la marcha tuvo la intención de recobrar fuerzas físicas, adquirir suministros, concebir decretos referidos a la organización civil y militar del término, y explorar el trayecto aún pendiente hacia Mantua, que les garantizara avanzar sin enfrentar muchos obstáculos, se asumieron también algunas tareas planteadas por sectores humildes, pendientes de solución por el Ayuntamiento municipal, como la incautación de parte de los fondos municipales para el pago de sus salarios a los maestros de instrucción primaria, en lo que el gobierno presentaba un prolongado y lamentable atraso.

Maceo y la columna invasora a su paso por el municipio de Guane respetaron todas las propiedades, nadie se sintió afectado a causa de destrucción a diferencia de otras localidades donde algunas fueron incendiadas, destrozadas o expoliadas; tampoco ocuparon mercancías de ningún establecimiento comercial. A nadie se le negó salvoconducto ni documento para que fueran respetados sus bienes y uten-

[20] *Ibidem,* p. 403.

silios de trabajo. Hasta los integristas más acérrimos quedaron asombrados por el trato afable y compasivo del Titán. Todo cuanto se le pedía lo concedía en el acto. Su estado mayor no trabajaba más que para las peticiones.

En las noches hubo alegría, júbilo y hasta se festejó. Agobiados por el cansancio, los invasores degustaron el tradicional aguardiente de caña con miel de abeja y limón; el puerco sancochado con vianda hervida y del cubanísimo punto guajiro, con sus tonadas, guarachas, cuartetas, décimas y redondillas. Una causa —la de la independencia y la libertad— provocaba, al decir de José Miró Argenter, que "[…] El hijo de la Sierra Maestra y el ribereño del Cauto fraternizaban con el montañés del Pinar y con el veguero del Cuyaguateje", lo que constituía una "Una hermosa conquista de la revolución".[21]

En el tenue cultivo cultural del pueblo, la campaña de invasión inspiró y continuará inspirando la creación desde la literatura y el arte. Sirven estas espinelas para manifestar cuanto de trascendencia preserva esa extraordinaria epopeya:

Qué vítores y que estío
Recibió el general fiel
En la tierra de Isabel
Rubio, de Pinar del Río.
Guane lució el poderío
Libre de sus pobladores
Aplausos aclamadores
Cumplieron aquel deseo
Para el general Maceo
Y sus bravos invasores.

Guane dio el mejor abrazo
Y su mejor patrimonio
Porque le entregó a su Antonio
Tarafa y a Manuel Lazo.
Isabel que fue ese brazo
De femenino deseo
Y el aborigen recreo
También se cumplía allí
Como si el indio Guaní
Se abrazara con Maceo.

Mantua camino final
De luchas y de victoria
Qué valor para la historia
En hombros del general.
Allí de forma especial
Se oyó del clarín el toque

[21] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 402.

Y sin que nadie se apoque
Un eco salió de allá
De Mangos de Baraguá
Hasta los Mangos de Roque.[22]

La permanencia de Maceo en Guane respondió a lo imperioso que se hacía organizar la vida civil y militar de Vueltabajo; pero el hecho de que fuese en este pueblo donde se separó de las acciones militares para realizar tan importante trabajo respondió a cuatro condiciones principales: primera, la invasión, objetivamente, ya constituía un éxito; segunda, el apoyo masivo de la región guanera a la lucha independentista y su movilización para participar organizadamente en la guerra; tercera, se había producido el fracaso de Martínez Campo y su renuncia, lo que dificultaba para los colonialistas, como era lógico, la dirección de las operaciones militares y, por último, el valor estratégico de la ubicación geográfica de la localidad.[23]

El 22 de enero de 1896 partió de Guane la columna invasora rumbo a su destino final; junto a su vanguardia marchaba orgulloso el primer regimiento mambí de Vueltabajo, con el comandante Manuel Lazo Valdés al frente:

> […] Íbamos a Mantua: ¡hermoso y memorable día! Aún veíamos los cerros de Guane azules y pintorescos y las ondas del Cuyaguateje marchando lentamente hacia el mar […].
> La marcha fue dura; de un solo tirón se anduvieron las siete leguas y un pico largo […] La patrulla exploradora señaló el pueblo de Mantua a las tres de la tarde […] ¡Al fin se obtenía la corona del verde laurel, la guirnalda de la victoria militar! ¡Estaban colmados los deseos de nuestro famoso caudillo![24]

Llegaba la columna invasora a Mantua y, de esta forma, se cumplían los objetivos para los que fue organizada. Su éxito rotundo fue posible, entre otras tantas razones por la estrategia y táctica empleada, el apoyo mayoritario de representantes de todas las capas y sectores de la población de un extremo al otro del país y porque, como lo sentenció José Martí, se tuvo siempre los ojos fijos en lo alto. Lo alto para tal contexto histórico era extender la guerra del oriente al occidente y hacer tambalear hasta las entrañas el poder apolillado del colonialismo español y de las estructuras que lo sustentaban.

Quedaron en son de guerra los municipios de Guane y Mantua, una vez que regresó la columna invasora hacia el oriente de la provincia de Pinar del Río. Muchas acciones se desarrollaron, hacemos mención solo a una por su significación. Hurgando en los libros sacramentales de la iglesia San Francisco Labrador, situada en Las Martinas, encontramos que todos en su preámbulo poseen un asiento que

[22] Felipe Pérez Alvarado: Décimas a una epopeya, inédito.
[23] Enrique Giniebra Giniebra y Juan Carlos Rodríguez Díaz: *La invasión de Antonio Maceo en Pinar del Río, razones para comprender una hazaña,* p. 59.
[24] José Miró Argenter: Ob. cit., pp. 404-405.

da certeza de un incendio provocado, con valor y decisión, por jóvenes sumados a la causa de la independencia.

> Don José María Toscano, cura de esta Iglesia parroquial de ingreso de San Isidro Labrador de Las Martinas, Diócesis de La Habana y provincia de Pinar del Río certifico: Que incendiado por los insurrectos el archivo de esta iglesia parroquial con todos sus documentos el día 9 de abril del año próximo pasado de mil ochocientos noventa y seis y autorizado por el excelentísimo y distinguido obispo Diocesano Manuel Santander y en superior decreto de fecha 5 de agosto del presente año, para la apertura de nuevos libros sacramentales procedo a los de este primero de defunciones que consta de cuatrocientos folios útiles, sin enmiendas algunas y su correspondiente índice.[25]

Se deduce con facilidad que el 9 de abril de 1896 los que se manifestaban en son de guerra en la zona, contrarios a la dominación española, insurrectos como los denomina el cura, ejecutaron la acción. Nos inclinamos a aceptar aún más la veracidad del hecho, porque consta de igual forma en los archivos de la iglesia San Idelfonso de Guane. Hay historiadores locales, con quienes no coincidimos, que lo evocan como simples disturbios.

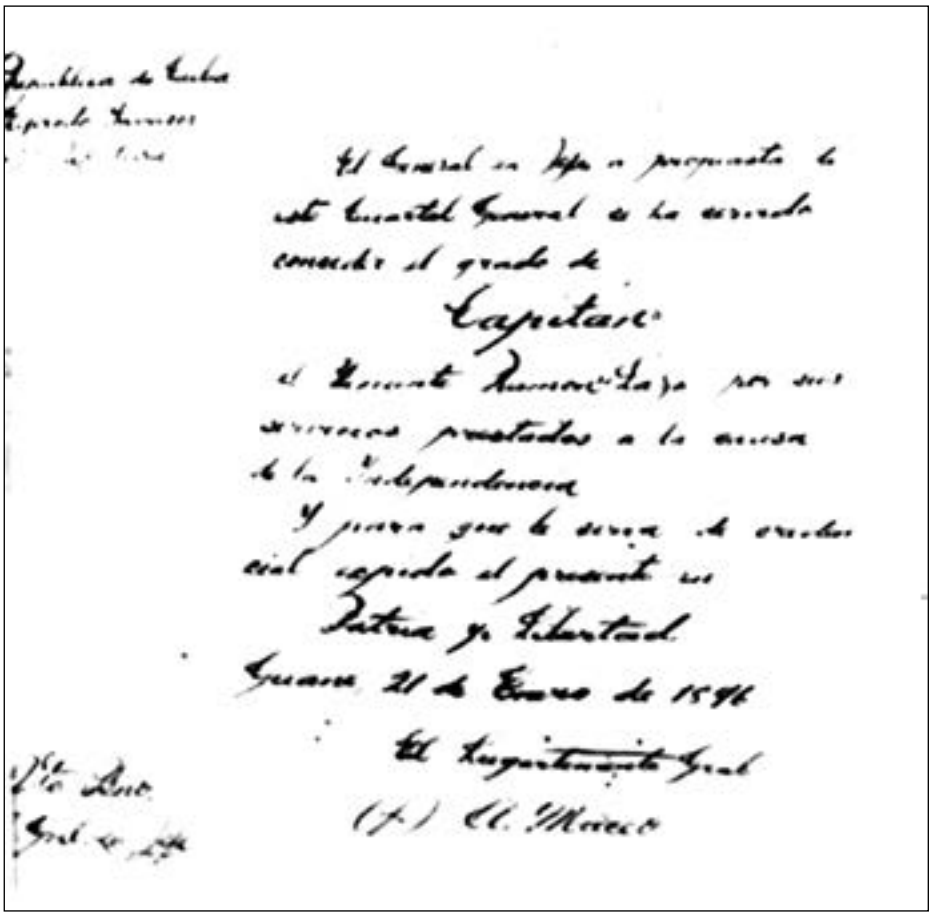
Este importante escrito eclesiástico fue llevado al papel en 1897, cuando a casi dos años del suceso, la parroquia fue erigida nuevamente. Considero que el incendio fue real, por ser Las Martinas escenario de ferviente actividad conspirativa desde 1894. Allí se había radicado Francisco Díaz Vivó, quien procedía de La Habana y nucleó a distinguidas figuras como Narciso Camejo, Baldomero Pimienta, Rogelio Robaina, Esteban y Eusebio Puerto, y otros.

Podemos concluir que el municipio de Guane, perteneciente a la provincia de Pinar del Río, constituía en la década de los años noventa del siglo XIX un territorio cuya sociedad sufría la crisis socioeconómica y política derivada de la despótica y cruel forma de gobernar de la metrópoli colonial española. En sus predios se encendió el ideal libertario e independentista por el esfuerzo y la consagración de sus propios hijos. Antecedieron a la llegada de la columna invasora conatos y rebeldías, que constituyeron acicate para pronunciamientos de mayor magnitud y resultados ulteriores.

El Titán de Bronce, Antonio Maceo, quedó admirado por la valía de la vanguardia revolucionaria guanera nucleada en torno a Isabel Rubio Díaz y a Manuel Lazo Valdés. Su paso y el de la columna por el territorio sirvieron para estrechar hermanamientos entre los diferentes sectores sociales y para glorificar los resultados que experimentaba la invasión en su fase conclusiva. Si bien los guaneros manifestaron su expresa disposición de luchar contra España antes de la llegada de la invasión, esta incrementó los afanes y los dotó de organización y estructura conforme con las exigencias civiles y militares que requerían los tiempos.

[25] Archivo de la iglesia de Las Martinas, Libro sacramental de defunciones, p. 1.

El pueblo guanero se sumó con creces a la invasión. No solo fue protagonista del recibimiento patriótico ofrecido a su llegada el 20 de enero de 1896 y de las atenciones dispensadas a los invasores durante todo este día y el 21, sino que se incorporaron a ella alrededor de setecientos guaneros organizados en lo que se denominó primer regimiento mambí de Vueltabajo. Algunos hombres de este regimiento cumplieron tareas de aseguramiento logístico para facilitar el avance; otros marcharon junto a la vanguardia protagonizando también el final de la hazaña.



Fotocopia de la orden del lugarteniente general Antonio Maceo, mediante la que se asciende al grado de capitán a Ramón Lazo Valdés, patriota guanero, protagonista junto a su hermano Manuel del alzamiento del 13 de enero de 1896 en Remates de Guane. Fuente: ANC: Fondo Emeterio Santovenia.

Antecedentes, presencia e impronta de Antonio Maceo en San Luis de Vueltabajo

Pablo Joaquín Padrón Ruiz
Enrique Giniebra Giniebra

En vísperas del paso de la invasión, San Luis de Vueltabajo, territorio llano, con pequeñas elevaciones hacia el noreste, conforma la llanura sur. La agricultura ha constituido su base económica principal y poseía una gran cantidad de vegas de tabaco, famosas en Cuba y el mundo, además de que, principalmente en sus tierras del sur, pastoreaba entonces una gran cantidad de cabezas de ganado y se dedicaba parte de ellas al cultivo de la caña de azúcar para abastecer el ingenio Guacamaya. También se producían cultivos varios, entre los que se destacaban boniato, plátano, malanga, maíz, yuca, como los más significativas.

Contaba con una amplia red de caminos que comunicaban todos sus barrios entre sí y, en su gran mayoría, con la cabecera provincial, con el puerto de la Coloma, el embarcadero de Guanito y el surgidero de Punta de Carta, así como otras veredas y serpenteas. Muchos de ellos continúan usándose y han

Pablo Joaquín Padrón Ruiz

Licenciado en Historia y Ciencias Sociales y máster en Ciencias Pedagógicas. Museólogo del Museo Municipal de San Luis. Ha publicado varios libros y artículos de temática histórica. Presidente de la Unhic y miembro de la SCJM y la Asociación de Pedagogos. Historiador del municipio de San Luis.

Enrique Giniebra Giniebra

Licenciado en Historia y máster en Desarrollo Social. Investigador auxiliar. Jefe del Departamento Técnico- Metodológico del Centro Provincial de Patrimonio Cultural de Pinar del Río. Ha publicado varios libros y artículos de temática histórica, vicepresidente de la filial provincial de la Unhic; presidente del Consejo Científico Asesor para la Historia Provincial y asesor histórico del programa televisivo "Raíz y Memoria".

logrado conservar su historia, los nombres de los lugares que los identifican, así como numerosas leyendas e historias relacionadas con la presencia del hombre por estos paisajes.

Varios ríos le aportan gran fertilidad y productividad a sus tierras, entre ellos, San Sebastián, Feo, Guamá y Juan de Rojas. Sus características físico-geográficas dan una gran belleza a la mayor parte de su territorio.

Sus pobladores, que vivían mayormente en zonas rurales, utilizaron todos los beneficios que les entregó la naturaleza y, según sus posibilidades económicas, edificaron una superestructura que les permitiría vivir con su familia y hacer producir sus vegas. La arquitectura vernácula era la que reinaba en sus campos, aunque no existió un patrón común para construir las viviendas y las casas de tabaco que fueron las que más abundaron.

Estas condiciones favorecieron que, tanto a los integrantes de la avanzada como a los de la columna invasora, la mayoría de los sanluiseños les diera la bienvenida y se eliminara el apodo de rayadinos con el que eran nombrados, a causa de los sentimientos españolizantes manifestados por algunos de sus pobladores.

San Luis de Vueltabajo se incorpora a la guerra necesaria

Como en el resto de Vueltabajo, en San Luis, los independentistas se habían preparado para continuar la lucha contra el colonizador español, fundamentalmente la juventud sanluiseña y conspiradores de la Guerra Grande como José Felipe Padrón Hernández,[1] a pesar de la persecución y represión desatada por las fuerzas colonialistas y de la cantidad de colaboradores y confidentes con que contaban para mantener el régimen imperante.

El 10 de enero de 1896, dos días después de haber entrado Antonio Maceo a Pinar del Río, fuerzas de la vanguardia de la columna invasora, al mando del coronel del Ejército Libertador Roberto Bermúdez, bien temprano en la mañana entraron al pueblo de San Luis, procedentes del hato San Lorenzo; fueron recibidos con satisfacción por una parte considerable de la población, que manifestó su apoyo a la causa independentista.

[1] Nació en Tirado, San Luis, el 10 de marzo de 1841, en una familia de la clase media. La educación que recibió en su infancia se redujo a leer, escribir y contar, en la adultez se cultivó de forma autodidacta. Creó una familia digna, compuesta por ocho hijos, cinco niñas y tres varones. En diciembre de 1869 fue apresado por sus ideas independentistas y trasladado a La Habana; en prisión conoció a José Martí. Dos de sus hijos varones, Conrado y Gustavo, fueron miembros de la Junta Revolucionaria de Nueva York. De ahí, sus vínculos con los principales conspiradores de la zona occidental. En la tarde noche del 18 de enero de 1896 se entrevistó con Maceo en Tirado y el 23 de septiembre del propio año, en loma China, fue nombrado por el Titán, mediante una circular, inspector de prefectura y costa, desde el río Colón hasta los Remates de Guane. Terminada la guerra ocupó los cargos de juez municipal y presidente de la Junta Municipal de Educación, no permitió que le retribuyeran su trabajo. Murió el 14 de agosto de 1905.

Después de haber intercambiado con los vecinos y cerca de la una de la tarde, los independentistas continuaron su avance hacia el oeste acompañados por varios sanluiseños y llegaron varias horas después al ingenio Guacamaya, ubicado en el territorio del municipio San Juan y Martínez, donde hicieron noche.

Al día siguiente, partieron en contramarcha en busca de la columna invasora. Ese mismo día, el comandante Antonio Varona, desobedeciendo las órdenes de Bermúdez, junto a otros hombres de la vanguardia y algunos sanluiseños y sanjuaneros que se habían incorporado a esta, decidió quedarse en la zona para continuar posteriormente hasta Mantua, lo que fue testificado por el cosechero de tabaco sanluiseño Conrado Padrón Rodríguez,[2] en documento inédito, escrito y firmado por él, donde planteó:

> El 10 de Enero del 96 llegó a San Luis la vanguardia del Gel Maceo a lás ordenes del Coronel R. Bermudez acampando esa noche en el Ingenio Guacamalla [hoy Galope].
> El once levantó el Cpto y contramarchó; a todos nos extraño, ps pesábamos que seguimos invadiendo hasta Mantua, pero despues nos enteramos que el Crol Bermudez le pareció que dejaba muy atrás a Gel Maceo, más que entre ellos estaba P. del Río con mucha tropa.
> El Comandante Antonio Varona quien opinando que se debía continuar la marcha hacia Mantua y perteneciéndole el mando de la retaguardia ese día, se fue quedando atrás y me fue indicando que llamará algunos de sus hombres hasta el No de 25 ó 30 los que nos separamos de las fuerzas dirigiéndome a San Luis y siguiendo invadiendo y solicitando armas, hombres y caballos en mi carácter de jefe de conspiración en San Luis.
> El Coronel Bermúdez esperó en Tirado y después en Punta de Palma al Comandante Varona, al no reunirse Varona con él, dio cuenta al General Maceo de lo sucedido […].
> […] después de su trabajo en San Luis, San Juan y Sábalo, Varona se dirigió con sus hombres a Guane, donde ya se había alzado Manuel Lazo, quien lo recibió en ese lugar donde permaneció 2 ó 3 días.
> De Guane nos dirigimos a Mantua a cuyo lugar llegamos el 18 ó el 19 de enero, es decir que nosotros los que nos separamos de Bermudez en San

[2] Principal organizador de los conspiradores contra el régimen español en San Luis durante los primeros años de la década del noventa del siglo XIX. Participó en el levantamiento del 23 de octubre de 1895 en Remates de Guane. Dio la bienvenida a la avanzada de la invasión en su terruño y se incorporó a sus filas. El duro bregar del año 1896 lo convirtió en excelente militar y fue ascendido en varias oportunidades; estuvo en la jefatura de la brigada Occidental, siempre cerca de altos oficiales, como Antonio Varona, Juan Lorente de la Rosa, Manuel Lazo, Francisco Peraza Delgado. En 1897 se trasladó con la jefatura de la brigada hacia la península de Guanahacabibes, integró el estado mayor con grado de capitán, combatiendo a diario y sin descanso. Al terminar la guerra era teniente coronel. Al ser licenciado del Ejército Libertador a finales 1898, decidió dedicarse al cultivo del tabaco, primero en Remates de Guane y luego en su pueblo natal. Murió el 11 de abril de 1947.

> Luis con los que se nos incorporaron a las órdenes del Cmte Varona fuimos los primeros en llegar a Mantua [...] ya nos habíamos convertido en la estrema vanguardia del Gl Maceo.[3]

Terminando su testimonio, Padrón hizo referencia a la comunicación enviada por Maceo a Varona, firmada en Paso Real de Guane; a las felicitaciones, el ascenso y las nuevas responsabilidades dadas al oficial: "El Gl Maceo felicito al Cte Varona y ascendiendolo y dejandole jefe de las fuerzas de Occidente, y ordenandole marchar hacia Remate mientras el seguía a Mantua [...]".[4]

Todo este andar de Bermúdez y Varona por estos territorios del occidente cubano sin ningún tipo de enfrentamiento con fuerzas españolas sucedió gracias a la decisión de irse en campaña del general español Juan Madan Uriondo, quien era el comandante militar de la provincia de Pinar del Río desde octubre de 1895. En relación con esa decisión del oficial español, Enrique Prieto Candás,[5] alcalde de la ciudad de Pinar del Río en ese momento.

> Antes de una hora supe que el valiente general había mandado incorporarse a él la fuerza del 7.º Peninsular, que estaba en Guane; había dado orden al regimiento [de] Caballería de Voluntarios para que designara una sección por escuadrón para que salieran con él a campaña.
> Se demoró en salir a campaña lo que tardó en organizarse la fuerza voluntaria. El día 4 salía con la compañía de ingenieros, las secciones de voluntarios de caballería y la guardia civil disponible en un tren expreso a encasquillarse en Artemisa. El pueblo quedó sin un solo soldado, pero Madan estaba relativamente tranquilo. Al salir el tren de la estación de Pinar del Río, el teniente coronel de la guardia civil que le acompañaba hubo de decirle que la capital quedaba en malas condiciones de defensa. A Madan sólo se le ocurrió, dándose un corte de manga, decir: "Por aquí me quedo yo en esa ratonera". De modo que iba huyendo, a colocarse también a [la] retaguardia de Maceo.
> Existía en Pinar del Río la representación de un regimiento de Infantería de Marina, cuyo jefe era el coronel don Eduardo Calvo, y éste se hizo cargo del despacho de la comandancia general a la salida de Madan para la campaña.

[3] Archivo Museo Municipal San Luis. Colección de Gustavo y Conrado Padrón Rodríguez.

[4] *Ibidem.*

[5] Enrique Prieto Candás, nació en Ribadesella, España en 1856. Emigró a Cuba en 1871. Varios años después de su llegada se estableció en Pinar del Río y, tras de haber sido contable en una empresa formó la suya propia, "Villas, Prieto y Cía", dedicada a la compra y venta de hojas de tabaco. Fue copropietario de la primera empresa de electricidad, La Industrial. En 1895 inauguró el salón recreativo Las Brisas de Sella, a finales de 1896 se hizo cargo del Banco Español en esa ciudad. Fue alcalde de Pinar del Río durante año y medio, en plena guerra. Su ideario político lo encabeza la defensa de la españolidad de la Isla, junto con la justicia social, la eficiencia y la lucha contra la corrupción administrativa, denunciada en sus memorias. Fue también escritor, de formación autodidacta, poeta, cultivó el periodismo de denuncia en diferentes medios de la Isla, reflejando en sus escritos la integridad de su carácter. Murió a la edad de 72 años, el 8 de abril de 1928 en la ciudad de Pinar del Río.

> El día 6 o 7, Calvo citó para su despacho del gobierno militar al gobernador civil, a mí, a don Severo Nieto, don José Pérez Castañeda, don Agustín Antón, don Francisco Díaz López y no recuerdo si algún otro. El objeto era acordar la línea de conducta que debía seguir aquel pueblo en vista de que no nos llegaban fuerzas y el enemigo se aproximaba [...] Allí mismo convinimos en que Calvo pasara una orden a los jefes de voluntarios del interior, ordenándoles que se reconcentrara en Pinar del Río todo aquel que no se dispusiera a hacer frente al enemigo. Calvo llevó el acuerdo más lejos y ordenó la reconcentración de todos los voluntarios de Alonso Rojas, Consolación del Sur, Viñales, San Luis, San Juan y Martínez, Guane y Mantua, sin distinguir entre los que quisieran defenderse o no. Con este motivo vinieron comisiones de Consolación del Sur, Viñales y San Juan que querían defenderse, pero Calvo no accedía a nada.[6]

Con el cumplimiento de las órdenes dadas por las autoridades españolas radicadas en la capital provincial, la mayoría de los poblados quedaron indefensos, al disponerse la concentración de los voluntarios en la ciudad de Pinar del Río para garantizar su defensa. De ese modo, las líneas defensivas de las fuerzas españolas que protegían San Luis quedaron desmontadas, por ejemplo, las de Pinar del Río a la Coloma y a San Juan y Martínez, y la de Punta de Carta a San Juan y Martínez; además tenían ubicadas líneas de fuertes militares y fortificaciones bien estructuradas en lugares estratégicos como Barbacoa, Tarabico, El Colmenar, La Caimana y La Guásima en Tirado. Esta situación facilitó el movimiento y ocupación del poblado por la vanguardia y los conspiradores sanluiseños.

Toca la casualidad que un día después que Bermúdez y Varona abandonaran los territorios de San Luis y San Juan Martínez, por la margen izquierda del estero del Guamá, en un lugar nombrado La Llana, se produjo el desembarco de los expedicionarios del balandro *Margarita,* procedente de Isla de Pinos, donde eran prisioneros; la forma en que habían logrado fugarse, creó un gran revuelo en Cuba e Isla de Pinos. Los jóvenes que protagonizaron la acción fueron Cristóbal Guevara, Ángel Abascal Pérez (ambos sanjuaneros), Rafael Caso y Vidal, Pedro Buides Orihuela, Juan Miranda Pérez, Adolfo Vega Valdivia, Plácido Hernández Vázquez, Irene Hernández, Victoriano Guerrero, Máximo Camero.[7]

Los sobrevivientes de la guerra que habían formado parte del pequeño grupo expedicionario testimoniarían que el 16 de enero de 1896 se incorporaron a la fuerza del doctor José A Caíñas Figarola, sin precisar el lugar; pero para esta fecha, Caíñas ya estaba en relación con los demás grupos armados que concurrieron el propio día 16, en el poblado de Guane, bajo la dirección del comandante Antonio Varona Miranda.[8]

[6] Enrique Prieto Candás: Ob. cit., pp-153-154.

[7] Justo Carrillo Morales: *Expediciones cubanas,* pp. 204-210.

[8] Enrique Giniebra Ginebra, Pablo Joaquín Padrón Ruiz y Juan Carlos Rodríguez Díaz: Memorias del tercer Taller de Historia Marítimo Naval de Pinar del Río, Puerto Esperanza, 2009, en Centro de Información para la Defensa, Minfar, E-100.

Este hecho, de gran significado histórico, no fue muy conocido por los sanluiseños en el momento que ocurrió; pero permitió establecer puntos de contactos con los más de veinte coterráneos que eran miembros de la tropa de Varona.

Llegada de la columna invasora a territorio sanluiseño

Otro hecho que motivó la participación de los sanluiseños en el proceso revolucionario fue la llegada de Antonio Maceo en horas de la tarde del día 18 de enero al Palmar Amarillo, en el barrio de Tirado.

Sobre lo sucedido en las primeras de la mañana de ese día, narra el miembro de la columna invasora, comandante del Ejército Libertador José Silvino Llorens y Maceo:

> Las dos columnas en que se había dividido el ejército pusiéronse en marcha para abandonar el campamento de las Taironas, el dieciocho por la mañana, con el objeto de instalar un hospital de sangre bien resguardado, y para empeñar acción con el enemigo, si fuera necesario. Pero al llegar a Río Seco, distante legua y media al sudoeste de Pinar del Río, sin detener la marcha, se presentó el enemigo, constituido por fuerte columna de cuatro batallones, a la que no se le dió el frente, ordenándose a algunos escuadrones que la hostilizaran sin empeñar acción.[9]

Después de haberse realizado un trabajo en el terreno, consultado mapas y fuentes que tratan el tema, el lugar citado por el oficial cubano y otros investigadores, que han tomado lo citado por Miro Argenter en sus *Crónicas de la guerra*, no es río Seco, sino el río Feo. El primero se une al río San Sebastián en el noroeste del municipio San Luis, a más de veinte kilómetros (casi cinco leguas) de distancia del lugar señalado; el que sí está en la posición descrita y a la distancia señalada es el segundo. De modo que, el mal llamado segundo combate de Las Taironas tuvo lugar en la zona de San Pedro de las Llanadas,[10] en territorio del municipio San Luis. En el momento que se presentó la columna española bajo el mando del general Agustín Luque y Coca, ya Maceo había iniciado la partida hacia el sur, acercándose a la zona de Tirado, en el municipio San Luis, con la finalidad de situar en lugar seguro del litoral de la ensenada del río Guamá, donde desemboca el río Feo a los heridos del combate de Las Taironas, entre ellos, el coronel Roberto Bermúdez, jefe de las fuerzas de vanguardia, gravemente herido en este acción.

Presencia de Maceo en San Luis. El combate de Tirado

Durante su recorrido, la columna invasora se movió por la red de caminos que comunicaba las haciendas y vegas de la parte este y sureste del poblado cabecera de San Luis, para aproximarse a las márgenes del río Feo, en el barrio de Tirado,

[9] José Silvino Llorens y Maceo: *Con Maceo en la invasión,* p. 86.
[10] Enrique Giniebra Giniebra y Juan Carlos Rodríguez Díaz: Ob. cit., p. 46.

controlando uno de los principales pasos de este, llamado Las Guásimas. En esa parte de la llanura, el Feo tiene un cauce profundo, con barrancos y tupida vegetación, muy difíciles de superar por fuerzas de caballería e infantería. El dominio del paso del río ofrecía excelentes condiciones para acampar, en primer lugar porque daba protección por el oeste y en segundo, porque permitía efectuar una retirada ordenada si el enemigo se presentaba, como realmente sucedió al amanecer del día siguiente. El campamento fue establecido por las fuerzas cubanas cerca de la margen derecha del río y su centro próximo al cruce de dos caminos, el que se dirigía de San Luis a Tirado y el otro hacia el oeste, rumbo a los embarcaderos de Punta de Carta y Guanito.

La población campesina del lugar conserva y trasmite los pasajes contados por sus antecesores acerca de la estancia de Maceo en este lugar y lo ocurrido en la tarde noche del día 18 cuando intercambió con los habitantes de la zona, entre ellos, el ya mencionado José Felipe Padrón Hernández, así como lo sucedido al amanecer del siguiente día.

Según el campesino Jorge Díaz Iglesia, nacido y residente en este lugar:

> Papaíto me contaba que él y sus dos hermanos estaban con su padre guataqueando un conuquito de tabaco que tenían cerca del río y vieron que del este se acercaba una bola de polvo [...] Más tarde supieron que era el general Maceo [...] Trataron de acercarse al lugar, pero su padre los mandó para la casa [...].
> Al otro día, cuando ya iba pa´l campo y estaba recogiendo en el bohío las guatacas y el yugo pa´ los bueyes, primero se oyeron unos tiros de en vuelta del Macío, al momento de Buenavista y después de la Sabana. Mi padre recogió a to´l mundo y nos llevó pa´l monte de Juan Cruz.[11]

Otra testimoniante fue Lorenza Delgado (fallecida), quien planteó: "Yo era una niña que vivía en una de las casitas que estaban muy cerca de la ceiba donde se quedó el General Negro, en el monte de las Guásimas, esa tarde me regaló un corte de vestido de color gris, que yo guardo con amor".[12]

Según destacó el general Luque en sus partes oficiales, después del combate del día 18, concedió un breve descanso a sus hombres para continuar la marcha y pernoctar en el poblado de San Luis y adelantarse a la columna invasora. Salió al amanecer del siguiente día en dirección a Tirado, donde se inició el combate a las 7:00 a. m.[13]

Después de consultar mapas de la época, tener presente lo comentado por los entrevistados y realizar varios trabajos de campo se llegó a la conclusión de que el general Luque guio a sus hombres por el camino de Tirado,[14] hasta las fincas

[11] Pablo Joaquín Padrón Ruiz: Entrevista a Jorge Díaz Iglesia, 12 de diciembre del 2016.
[12] Archivo personal del historiador Julio César Valdés Solanes.
[13] Enrique Giniebra Giniebra y Juan Carlos Rodríguez Díaz: Ob. cit., p. 47.
[14] En aquel entonces, la mayor parte del recorrido hacia Tirado estaba muy próximo al río Feo por el lado derecho y en menor grado al arroyo de El Hatillo por el otro lado. (Hoy se conoce como camino viejo de Tirado o de Tabares).

Buenavista y El Macío, lo que facilitó a las tropas enemigas enmascarar el ruido del movimiento realizado y llegar desapercibidos hasta la proximidades del campamento cubano.

El comandante del Ejército Libertador José Silvino Llorens y Maceo, al hacer referencia a lo sucedido en los albores del día 19 de enero en Tirado, señala:

> [...] ante que la aurora despuntara por el horizonte, el general mando una exploración por el camino de San Luis, por si los españoles se dirigían al campamento anticipándose a nuestra marcha, intentar contenerlos en su avance.
> La exploración enviada no encontró enemigos algunos por el camino, ni en el campamento se sintieron disparos, ni hubo avisos de proximidad del contario, el que por caminos extraviados y a campo traviesa se disponía a sorprender la tranquilidad del campamento [...].[15]

Lo escrito por el oficial cubano coincide con el resultado del análisis realizado en el trabajo de campo y las entrevistas realizadas. Más adelante puntualiza Llorens:

> El atrevido jefe de la unidad contraria tocó diana con una descarga de fusilería frente al campo donde vivaqueaban nuestros escuadrones, por lo que hubo necesidad de abandonar esa parte del campamento, en tanto que los proyectiles silbaban por todas direcciones, lo que justificaba un ataque combinado. Fue necesario replegar nuestros escuadrones sobre la izquierda del campamento para darle la cara a los que de cara al sol tan temprano nos saludaban.
> Pero esta posición pronto hubo que dejarla, porque el contrario movió su flanco derecho para envolvemos, lanzándonos desgranada maizeada de violentos proyectiles. No cabía duda [de] que el jefe contrario era un valeroso estratega, que acometía sin dar lugar al contrario a buscar posiciones ni empeñar réplica alguna que le hiciera perder un palmo sobre el terreno avanzado. Pronto el campamento se vería rodeado por un círculo de fuego, dando resonante victoria al contrario temerario y tenaz, causándonos daños moral y material sobre el mismo campo provincial que acabamos de invadir.
> El general Maceo, en el fragor del combate, divisó una cerca de piedra levantada sobre la margen del río, la que no había sido ocupada por los españoles y rápido como un águila la ocupó con presteza, situando una sección o más de jinetes sobre un yerbazo del potrero [para] que hostilizaran a las dos compañías delanteras del enemigo y dando tiempo a que el coronel Sotomayor tomara la cerca referida, que ofrecía seguro parapeto y donde abriera certero fuego sobre la posición que ocupaba el flanco derecho del enemigo

[15] José Silvino Llorens y Maceo: Ob. cit., p. 88.

El general Maceo abandonó su posición marchando a ganar una altura, a todo escape de su caballo, seguido de sus jinetes, logrando abrir incontinenti y certero fuego sobre una compañía española que se anticipaba a tomarla y dominarla.
La escena estaba a punto de cambiar la decoración. Los actores serían los mismos, pero el telón de fondo cambiaba por completo.[16]

Y añade Llorens:

En nuestro campo se escuchaban claramente las órdenes de mando de los jefes y oficiales españoles: "vista a la derecha", dijo uno de ellos. "¡Fuego cerrado a los fronteros de la cumbre!", gritaba otro.
Un comandante a caballo, estribado sobre la montura, espada en mano, se destacaba en el centro de una sección de tiradores.
El capitán Leoncio Estive, el Congo, corneta a las órdenes del general Maceo, colocose de rodillas sobre la montura de su caballo apuntó sobre el comandante enemigo y disparó, descendiendo el arrogante oficial de su corcel de batalla, herido o muerto.[17]

En el *Extracto…* se dice:

El enemigo rompió el fuego poco después en una extensión de tres kilómetros aproximadamente, que ocupaba en línea de batalla. El general Maceo, con pasmosa serenidad, seguido de su Estado Mayor y de su escolta, recorrió a paso lento aquella larga línea de fuego dando las órdenes oportunas para contener al enemigo que trataba de avanzar envalentonado por su superioridad numérica y las magníficas posiciones que ocupaba. Aprovechó el general Maceo la margen de un río para situar en ella 50 individuos de infantería mientras él, con el Estado Mayor y escolta, llamaba la atención del enemigo por uno de los flancos.[18]

El testimonio brindado al historiador Julio César Valdés, por Juan Arnaldo Núñez Torres, hijo de Juan Miguel Núñez, uno de los sanluiseños que se incorporó a las tropas cubanas ese día y que llegó alcanzar el grado de capitán del Ejército Libertador, refiere:

[…] mi padre se encontraba en esa zona trabajando junto a mi madre Lutgarda Núñez, ellos estaban protegiéndose de las balas que venían de todas partes en un caguasal cerca del río, cuando ven que se derrumba de su caballo uno que llevaba la bandera cubana […] en ese momento, mi padre

[16] *Ibidem,* p. 87.
[17] José Silvino Llorens y Maceo: Ob. cit., pp. 87.
[18] *Extracto de las operaciones…*, ob. cit., p. 15.

recoge la bandera que había caído al suelo y comienza a enarbolarla, Maceo le dice: "¡Incorpórate muchacho!"[19]

La situación del teatro de operaciones, la concentración e intensidad del fuego de las tropas españolas ponían en peligro las posiciones ocupadas por los cubanos, que no podrían defenderlas por mucho tiempo. La retirada por el cruce del río dejó a los españoles neutralizados, moviéndose hacia el oeste, primero por platanales a campo traviesa y luego, por vegas finas, donde se cultivaba en ese momento el famoso tabaco sanluiseño.

Como se ha visto, se aprecian coincidencias entre lo expuesto por José Silvino Llorens y Miró Argenter, relacionadas con aspectos significativos de este combate, entre ellos, la llegada sorpresiva de las tropas españolas, la duración del enfrentamiento, las habilidades estratégicas demostradas por Maceo y las fuerzas cubanas, la intensidad del fuego, entre otras. Con respecto a este último aspecto, Miró señala: "[…] el fuego era intenso, atronador [...] contadas y recontadas las bajas de nuestra columna no pasaban de 18 [...] Era de esperar que el número de bajas fuera mayor, mucho mayor, pues el fuego de los españoles excedió al de Peralejo y al de Calimete".[20]

Durante los tres cuartos de hora que duro el fuego de fusilería enemigo, se intercalaban cañonazos atronadores que provenían del Macío, se escuchaban en todos los alrededores y destruían toda la vegetación. Las tropas cubanas, gracias a la acertada dirección de su mando, pudieron evitar una gran cantidad de pérdidas de hombres, recursos materiales y medios necesarios para continuar la marcha, dejando el campo al enemigo triunfante, que siguió atronando el espacio con sus nutridas descargas de fusilería. Lejos estaba el mando español de imaginarse lo necesarios que le serían aquellos recursos malgastados en acciones posteriores.

Después que las tropas cubanas lograron evadir el cerco y continuar su marcha hacia el territorio más occidental, las columnas enemigas, combinadas, avanzaron en su persecución o trataban de situarse delante para obligar a los invasores a combatir. Bien entrada la tarde de ese día se renovaron las acciones en terrenos del ingenio Guacamaya, donde experimentaron nuestras fuerzas algunos heridos. La caballería oriental, al regresar de una exploración por el litoral y el embarcadero de Galafre, sostuvo nuevas escaramuzas con las fuerzas españolas.

Con respecto a lo sucedido al general Luque y sus hombres en la persecución de la columna invasora durante el resto del día 19, dijo Enrique Prieto Candás:

> […] Los combates de tres días con Maceo, aunque no reñidos porque éste sólo le ponía quinientos hombres a contener mientras avanzaba, agotaron su parque y regresó a reponerlo en Pinar del Río. El primer general que llegaba interesado en batirse quedaba en la inacción por falta de municiones, que no había en Pinar del Río […] el general Luque, decía: "Desde Las Villas

[19] Archivo personal del historiador Julio César Valdés Solanes.
[20] José Miró Angenter: Ob. cit., pp. 424-425.

vengo al alcance de ese mulato y ahora que lo he conseguido, que podía entrar revuelto con él en Guane para no soltarlo , no dejándole sosiego, tengo que cruzarme de brazos. Así no se hace la guerra, estamos perdidos".[21]

Importancia para los sanluiseños y las tropas cubanas del paso de la invasión

El paso por San Luis de la invasión permitió a la oficialidad cubana conocer las potencialidades de este territorio, principalmente en su porción sur, donde se establecieron prefecturas mambisas en el ya mencionado Tirado y en Manajú, Barrigona, Jobito, Palizada, Barrigonal, Cayambí y Caobilla.

Entre enero de 1896 y julio de 1898, combatieron en la zona las siguientes fuerzas cubanas: columna invasora, brigada Occidental, 2.ª división del 6.º cuerpo, regimientos Varona y Piloto, nombrados después Pedro Díaz y José *Mayía* Rodríguez, respectivamente. Además, transitaron por este territorio los siguientes generales: Antonio Maceo, José Miró, Alfredo Despaigne Bonne, Juan Bruno Zayas Alfonso, Juan Lorente de la Rosa, Francisco Leyte Vidal, Francisco Peraza Delgado; los coroneles Luis Pérez Rodríguez, Manuel Lazo y Tomás Garzón Duany; también los tenientes coroneles Faustino Guerra Puentes, Conrado Padrón Rodríguez, Domingo Montes de Oca, Ramón Vidal Díaz, Policarpo Fajardo Díaz, entre otros.

Después del paso de la avanzada de la invasión y hasta que terminó la lucha contra el colonialismo español, San Luis fue un escenario importante del accionar de las tropas cubanas.

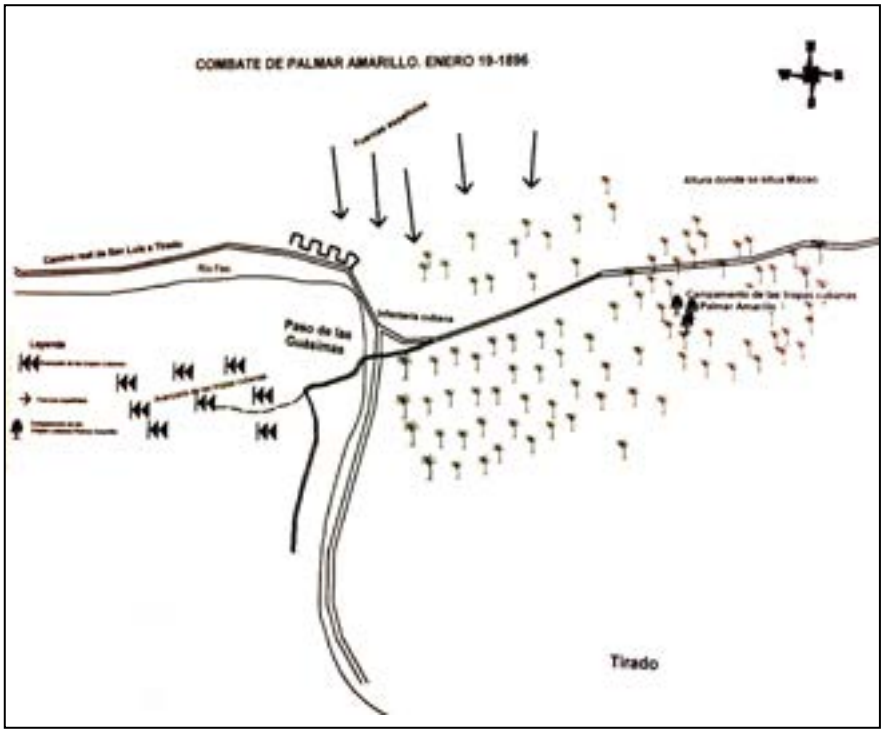
En la actualidad, el sitio histórico Palmar Amarillo, donde se efectuó el hecho de armas más importante contra el régimen español en este territorio, es conservado y embellecido por pobladores del lugar, así como escenario de actividades político-culturales que permiten preservar y trasmitir lo acontecido a las presentes y futuras generaciones.

[21] Enrique Prieto Candás: Ob. cit., pp. 180-181.

El campesino Jorge Díaz Iglesia, en el lugar donde estaba la ceiba utilizada por Antonio Maceo para pernoctar en Tirado.

Camino, próximo al río Feo, utilizado por el general de brigada Agustín Luque y Coca para sorprender las tropas cubanas en Tirado.

Paso del río por donde las fuerzas cubanas realizaron la retirada.



Plano del combate de Palmar Amarillo en el barrio de Tirado.

Mantua, fin de la invasión

Enrique Pertierra Serra

En Mantua, cuando la columna invasora comandada por el general Antonio Maceo entró en territorio pinareño, provocó una estampida hacia el fortificado pueblo costero de Los Arroyos —13 ½ km más al norte— de muchos españoles, voluntarios e integristas, temerosos de represalias por parte de los libertadores, y esto ocurrió aunque dicha fuerza debía cabalgar aún hasta allí unos doscientos kilómetros.

Ante la situación creada, el alcalde José Fors y Perdomo, tomó la insólita decisión de reunir al cabildo mantuano el 11 de enero de 1896, con la participación de solo dos de sus miembros, pues el resto había huido o no se presentó a la sesión convocada por él, y suscribir un documento relevante, el Acta por la Proximidad de la Invasión, en los términos siguientes:

> En el pueblo de Mantua a los once días del mes de Enero de mil ochocientos noventa y seis, reunidos en la Casa Capitular bajo la presidencia del señor Alcalde Municipal, Don José Fors

Enrique Pertierra Serra

Profesor de Literatura y Lengua inglesa, y especialista en Estudios socioculturales. Investigador adjunto del Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello. Ha recibido varios premios, entre ellos el Alcorta (2012) en investigación histórica otorgado por la filial de la Uneac en Pinar del Río, la Distinción Capitana Isabel Rubio Díaz (2008) y el Premio al Mérito Científico Rafael Morales y González (2018) por la filial pinareña de la Unhic. Ha publicado numerosos artículos en diferentes medios de prensa nacionales y extranjeros, así como diferentes títulos sobre temas de historia local. Es miembro de la Unhic.

y Perdomo, el síndico del ayuntamiento, Don Carlos Fernández Arango, única persona que en el pueblo existe de los que forman parte de la Corporación Municipal; con el fin de celebrar sección extraordinaria relacionada con los asuntos del día, que son la proximidad de fuerzas a este pueblo por hallarse en la provincia y, después de aprobar el acta de la sección anterior han acordado:

PRIMERO: Quedarse constituido en sección permanente para atender a todas las necesidades de la localidad en cuanto puedan ser remediadas con los escasos fondos con que cuenta el municipio.

SEGUNDO: Emplear todos los medios persuasivos para inspirar confianza al vecindario.

TERCERO: No censurar bajo ningún concepto la conducta observada por los voluntarios de caballería e infantería de este pueblo, en primer lugar, porque con su retirada salvan la población, si entra el enemigo que no encuentre resistencia y sí bandera de parlamento; en segundo porque han puesto en salvamento las armas en el cañonero español "Flecha" y en tercero, porque no tienen municiones, tanto la infantería como la caballería; a pesar de haberlas pedido a Pinar del Río y al mismo excelentísimo señor Capitán General de esta Isla, hallándose la caballería en su mayor parte sin armamento.

CUARTO: Socorrer todo lo que sea posible a los voluntarios que lo soliciten para que regresen a su domicilio.

QUINTO: Con la poca fuerza con que se cuenta, compuesta de dos guardias municipales, cortar desordenes en los cafés y casas publicas, disolver los corrillos, y con vecinos custodiar las propiedades de los vecinos que han emigrado para que los rateros no aprovechen esa oportunidad.

SEXTO: Poner al frente del telégrafo un individuo que comunique y transmita los partes que sean necesarios.

SÉPTIMO: Sostener durante toda la noche, encendido el alumbrado público y el de la estación telefónica.

OCTAVO: Ver el medio posible de intentar tener comunicación con la capital de la provincia y pueblos inmediatos a la misma.
Con lo que termino el acta que para constancia firman todos los concurrentes ante mí.

José Fors Pedro Sánchez C. Fernández[1]

Aquel acto puede parecer fruto de una decisión prematura, tomada con precipitación; reflejo de una mezcla de pánico, inquietud, inseguridad, incapacidad de las autoridades civiles del territorio para enfrentarse a un acontecimiento grandioso e inminente, que —por el hecho mismo de haberse redactado el documento— parecía inevitable; pero además revelador de algo rayano en lo inconcebible: cuando apenas la columna invasora abandonaba la rendida Bahía Honda en el

[1] Libro de Actas del Ayuntamiento de Mantua 1893-1896, s. p.

extremo norteoriental de la provincia, en Mantua, 200 km más al oeste, se daba ya por sentada la victoria de las armas insurrectas. ¿Premonición del alcalde Fors y Perdomo? Parece que sí, porque el texto del acta vaticinaba lo que, en realidad, sucedería 11 días después.

A la distancia de más de cien años, a un historiador le llama poderosamente la atención, le asombra, este hecho en verdad insólito y es que cualquier persona que viviera en Cuba en ese entonces y estuviera en su sano juicio —de conocerlo— podría preguntarse: ¿a cuántas guarniciones y fuerzas españolas bien preparadas y pertrechadas tendría que enfrentar y derrotar Maceo a partir del 11 de enero para llegar a Mantua?, ¿cuántos pueblos tendría que tomar antes de tocar a las puertas del más occidental, del último sitio habitado en el camino Real de Vueltabajo? y ¿acaso Fors y Perdomo no se hizo las mismas interrogantes antes de dar aquel paso tan singular?

Tal vez sí, tal vez no, aunque esto último parece improbable; lo cierto es que José Fors, a través de un refinado "olfato político", percibió que al valeroso guerrero oriental, curtido en mil batallas, se le iba a ofrecer escasa o ninguna resistencia a su paso por la provincia en pos de su meta y él, hijo de español y cubana, nacido en la bella comarca de Mantua, ahora bajo su certera dirección y tutela, en un arranque de patriotismo decidió, con 11 días de antelación y bajo disposición oficial, sin ser intimidado por nadie, recibir al Titán de Bronce y su hueste invasora.

El 13 de enero, dos días después de que Fors y Perdomo suscribiera en el Ayuntamiento mantuano dicha acta, se sublevó en el Cayuco, Manuel Lazo, patriota insigne que conspiraba desde antaño en los Remates de Guane. Lazo se dedicó de inmediato a reunir hombres, armas y caballos y, el día 15, hizo acto de presencia en Las Martinas donde constituyó su partida, Por otra parte, su compatriota José Ibarra, con 30 hombres, tomó por el camino de La Catalina el día 16, con el fin de reclutar hombres y acopiar más armas y caballos, en tanto Lazo marchaba hacia Guane donde se encontraría con el grupo de Ibarra. A las nueve de la noche, ambas partidas se unieron a las fuerzas del comandante Antonio Varona que constituían la avanzada de la invasión.

Un periódico colonial de la época hacía constar que durante el encuentro de las fuerzas libertadoras en la villa primada de Vueltabajo:

> […] todas las casas tenían banderas blancas. Una comisión del pueblo fue a recibirlos. Allí se unieron a Antonio Varona titulado comandante del 5.º Cuerpo del Ejército Libertador, que dice ser camagüeyano, formaba parte de la partida de Maceo, a quien abandonó en San Cristóbal, siguiendo con Bermúdez, que tomó a San Juan y Martínez; allí con diez o doce orientales siguió rumbo al oeste reclutando gente, teniendo al llegar a Guane más de 200 hombres. Poco después se le unieron don José Antonio Caíñas, abogado de fama en Pinar del Río, formándose una partida en la que ye se encontraban dos hijos suyos menores de 20 años. La partida de Varona de San Juan a Banes no tuvo encuentro, entró en todos los pueblos que encontró a su paso.[2]

[2] Revista Decenal del *Avisador Comercial. Ecos de Cuba*, Habana, 30 de enero 1896, p. 6.

En la prensa integrista aparecieron noticias alarmantes sobre la más apartada región de Vueltabajo:

> De Remates de Guane y otros puntos de Pinar del Río huían las familias a refugiarse en los barcos surtos en el embarcadero La Fe los días 16 al 20, por miedo a las partidas de Lazo y otras. En Remates fueron saqueadas las tiendas y casas particulares, los voluntarios imposibilitados de defenderse, entregaron sus armas al comandante del buque *Conde Venadito*, ante la amenaza de Maceo de ir a quitárselas.[3]

El 19 de enero, la partida de Lazo, ya con apariencia militar y designada primer regimiento mambí de Vueltabajo, siguiendo órdenes de Varona se dirigió hacia Mantua, como avanzada de su fuerza, y acampó a mitad de jornada en la sabana de Montezuelo. Al día siguiente, el contingente de Varona, con Manuel Lazo a la vanguardia, llegó al pueblo de Mantua, donde fue recibido por el alcalde José Fors y Perdomo y las autoridades civiles que habían quedado en la villa; entonces se constató que españoles e integristas habían huido hacia el puerto de Los Arroyos. Fors y sus correligionarios acordaron con el jefe mambí recibir a Maceo con los honores que se merecía:

> En Guane quedaron Caíñas y algunas fuerzas, y el resto hasta 400, todos de caballerías tomaron el camino real de Mantua (7 leguas) e iban cortando la línea telegráfica que quedó completamente destruida. El 20 entraron en Mantua, se dirigieron al ayuntamiento, levantaron actas, destruyeron el aparato telegráfico y el teléfono de Murias,[4] desde ese poblado a sus colonias de Cabezas. Hicieron recogidas de caballos de los mejores que habían en el pueblo Los Arroyos, unos 80 voluntarios con sus armas se aprestaron allí a la defensa, la partida de Varona exigió a los de Mantua que pasasen avisos a esas fuerzas para que entregaran las armas o quemaría el pueblo.[5]

Lazo con su regimiento de Vueltabajo, siempre a la vanguardia de las tropas comandadas por Varona, el día 21 regresó a Guane y acampó esta vez en Juan Gómez. Después, se incorporó a la columna invasora. Al día siguiente, partió de Guane en dirección a Mantua la columna libertadora para cubrir la última jornada de la invasión al occidente. La vanguardia, bajo las órdenes del general Juan Bruno Zayas, llevaba a la cabeza el primer regimiento de Vueltabajo, a cuyo frente cabalgaba su jefe, el comandante Manuel Lazo. En sus *Crónicas de la guerra,* apuntó Miró Argenter:

> […] Íbamos a Mantua. ¡Hermoso y memorable día! Aún veíamos los cerros de Guane, azules, pintorescos, y las ondas del Cuyaguateje marchando lenta-

[3] *Ibidem,* p. 3.

[4] Pedro Murias Rodríguez, acaudalado tabacalero español con numerosas vegas en el municipio de Mantua y el valle de Luis Lazo.

[5] Revista Decenal del *Avisador Comercial. Ecos de Cuba,* Habana, 30 de enero 1896, p. 3.

mente hacia el mar; sobre nuestros flancos se alzaba la cordillera de los Órganos con sus picos cubiertos por nubes, y se descorría la espléndida decoración de Montezuelo, el paisaje más brillante de Vueltabajo. Todo es igualmente hermoso en este último lugar; el abra de los montes, el color de la tierra, el color de la montaña, las fajas de cultivos, el verde profundo de la vegetación silvestre y la alegría de sus mozas, que parecen haber tomado de la decoración el matiz y el jugo vital. Todo cantaba en Montezuelo, el río, el aire, el rumor del bosque, la tropa voladora y la gallarda juventud.
La marcha fué dura; de un tirón se anduvieron las siete leguas y un pico largo, que miden de un lugar a otro, de Guane a Mantua. La patrulla exploradora señaló el pueblo de Mantua a las tres de la tarde [...].[6]

Una comisión conformada por las autoridades y los más prestigiosos vecinos de Mantua, presidida por el alcalde José Fors y Perdomo, ofreció una cordial bienvenida al general Maceo en las afueras del pueblo, junto al puente rústico sobre el río Mantua, en la finca Los Conucos.

A las cuatro de la tarde, hizo su entrada en Mantua el ejército invasor. Las fuerzas mambisas entraron al pueblo con sus banderas desplegadas, en dos columnas que marchaban paralelas, al compás de las vibrantes notas del "Himno Invasor", magistralmente ejecutado por la banda del Cuartel General dirigida por Tata Quiñones. A la vanguardia cabalgaba el abanderado Panchito Figueroa Hernández, seguido muy de cerca por el regimiento Vueltabajo; inmediatamente detrás, erguido en su brioso corcel cabalgaba el general Maceo rodeado por sus ayudantes, su escolta y el Estado Mayor; después, el regimiento de Las Villas, encabezado por su adalid el joven brigadier Juan Bruno Zayas; luego el regimiento Céspedes, cuyo jefe, el coronel Pedro Ramos, había caído en el combate de Las Taironas; por último, la infantería oriental del coronel Quintín Bandera y el resto de las unidades mambisas, incluidas las de logística.

Desde los portales de las casas situadas a ambos lados de la calle Real, el pueblo mantuano aclamaba al legendario guerrero y su curtida tropa.

"Marchamos ordenadamente, en dos filas, entre los vítores y aclamaciones de las multitudes frenéticas de entusiasmo patriótico, y el incesante sonar de las campanas de la Iglesia echadas al vuelo, para saludar a los que venían desde Oriente [...]".[7] Así recordaría más tarde el capitán mambí Israel Consuegra Guzmán, participante de la hazaña, aquel recibimiento. "Yo vi entrar al general con su columna en Mantua" relataría el mantuano Paulino Cáceres ochenta años después:

Si para todos fue una fiesta su llegada, para mí, un niño de ocho años, eso sí, muy despierto, fue la realización de un sueño, ver de cerca al personaje del que contaban hazañas prodigiosas los que venían de Vueltarriba.
Lo vi entrar en su caballo, el cinturón terciado, un machete al cinto, armado de fusil, el sombrero con el ala virada y en el centro una estrella; vi a mi

[6] José Miró Argenter: Ob. cit., t. III, p. 101.
[7] Israel Consuegra Guzmán: Ob. cit., p. 145.

general saludar al pueblo que lo aclamaba con auténtico júbilo, entre ellos un catalán, Don Francisco Fontanella; tiró al aire su boina y repitió enardecido: "¡Viva Maceo, viva Maceo!
De la entrada al pueblo lo seguí en tumulto, tras la tropa en perfecta formación; no lo vi más después de que desmontó frente a la casa de Ildefonsa Izquierdo, una anciana muy humilde vinculada a la insurrección que luego resultó abuela de mi mujer.[8]

Mientras las columnas desfilaban por la polvorienta calle Real, las campanas de la parroquia fueron echadas a vuelo para saludar la entrada triunfal en Mantua de la tropa mambisa. El sacerdote Martín Viladomat y Gelabert, como buen bayamés, había ordenado a su sacristán tocar a rebato con la enorme campana traída desde Barcelona apenas dos años atrás.

José Miró Argenter, jefe del Estado Mayor de la columna invasora, escribió:

[…] El repique de campanas anunciaba al Ejército Libertador el término de la gloriosa campaña de Invasión, con la entrada triunfal en Mantua, último baluarte español del lejano Occidente. ¡Al fin, se obtenía la corona del verde laurel, la guirnalda de la victoria militar! Estaban colmados los deseos de nuestro famoso caudillo.
Al llegar a los confines de Occidente, repicando las campanas de Mantua, aún venían en la columna invasora hombres de la Sierra Maestra, de Bayamo, de Santiago de Cuba, de Manzanillo, de Holguín, de Mayarí, de Guantánamo y de Baracoa, ¡qué prodigio! Esos hombres habían relevado caballos en Camagüey, en las Villas, en Matanzas, en la Habana, en la carretera de Pinar del Río […] Solo Maceo, primer soldado de América […] únicamente él, batallador, audaz, capitán intrépido, soldado infatigable, siempre delantero, podría abrir el camino de la victoria, e imponer su autoridad indiscutible a esos hombres de la sierra de Guantánamo y de los pinares de Mayarí, agrestes y bravos como los picos de aquellos montes.[9]

Julián Roca rememoraba aquel día inolvidable en 1976, cuando había cumplido ya los 94 años de edad:

Tenía yo catorce años cuando Maceo llegó a este pueblo de Mantua. Todos los vecinos salieron a dar la bienvenida a las tropas mambisas que venían a caballo enarbolando banderas. Las campanas de la iglesia repicaban a puro golpe. Para los muchachos fue un acontecimiento tremendo ver a aquellos hombres que tanta admiración causaban en el alma de los cubanos.[10]

[8] Testimonio dado por Paulino Cáceres al historiador mantuano Danilo Pulido Correa a finales de la década de sesenta del pasado siglo, en Archivo del Museo de Mantua.
[9] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 102.
[10] *80 años: de Baraguá a Mangos de Roque,* Suplemento del periódico *Juventud Rebelde*, 21 de enero 1976, p. 9.

Después del desfile triunfal, oficiales y soldados se diseminaron por las calles para confraternizar con sus compatriotas del extremo occidente. Así lo recordó Isaac Valdés, a los 86 años:

> Estaba jugando con los amiguitos en la calle principal del pueblo cuando sentí una mano sobre la cabeza y vi un hombre grande que me miraba y sonreía. En su solapa lucían muchas estrellas. Era Maceo. Su físico macizo, alto, ancho de espaldas, piernas ligeramente arqueadas por el hábito de montar a caballo. Cabello entrecano, pero rostro fresco donde relampagueaban brillantes los ojos negros. De mirada profunda, escrutadora, aunque dulce como la de un niño. La voz pausada y suave con acento ligeramente gutural, así era Maceo y esa suave voz [...] se oyó en el pueblecito más occidental, dirigiéndose a un niño [...].[11]

Los voluntarios e integristas habían huido ante la proximidad de la columna mambisa, porque creyeron que iban a ser víctimas de represalias. El propio general Maceo encargó al teniente alcalde José Fernández trasladarse al fortificado pueblo de Los Arroyos, portando una carta suya para convencerlos de los verdaderos objetivos de la revolución libertaria e instarlos a:

> [...] regresar a sus hogares con las armas o sin ellas en la seguridad de que no serán molestados en lo más mínimo por ninguna fuerza cubana y me servirá de viva satisfacción si una vez logrado ese paso se dedican al cuidado de sus familiares, separados por completo de las luchas políticas tan detestables cuando sirven para el sostenimiento de un gobierno inicuo y enemigo capital de todo lo que sea interés noble y bienestar del país.[12]

Todos retornaron a sus casas no sin antes entregar al Ejército Libertador 50 fusiles y más de cuatro mil balas.

El Estado Mayor de la columna invasora acampó en la finca Tres Palmas, propiedad de Remigio Roca, de altos y frondosos mangos, próxima al río, en el barrio conocido como la Tierra Baja.

> Las fuerzas acamparon en las afueras del poblado, y en cada campamento existía entusiasmo indescriptible al ser visitado por los vecinos que querían compartir algunas horas con las huestes revolucionarias, a las que llevaban la alegría por medio de las divinas mujeres vueltabajeras, sencillamente ataviadas y sobresalientes de donaire y gentileza.[13]

[11] *Ibidem.*
[12] José Luciano Franco: Ob. cit., t. III, p. 51.
[13] Testimonio de Remigio Roca, ofrecido al autor en su casa de Mantua, en 1982.

Rememoraba el ya citado capitán Israel Consuegra:

> El resto de la columna invasora acampó a todo lo largo del camino real de Vueltabajo, hasta el barrio de Guayabo, más allá de Montezuelo.
> Maceo se hospedó en la casa de Ildefonsa Izquierdo, una mulata independentista ya entrada en años que vivía en la esquina conformada por la Calle Real y el camino a Montezuelo en el barrio nombrado "la Tierra Baja".[14]

Frente a la casa de Idelfonsa Izquierdo, vivía Carlota Castro, junto a la familia de Justo Catá y Catalina Urquiola —según contó una hermana de la mantuana Nieves Catá, quien fue testigo presencial de los hechos—. En una habitación desocupada de la casa, por orden de Maceo, redactó José Miró el informe enviado a Nueva York, al delegado Estrada Palma con fecha 23 de enero: *Compendio de las operaciones militares realizadas por el Ejército Invasor, desde su salida de Baraguá, Oriente, hasta su llegada a Mantua, con notas, apéndices, cuadros estadísticos de las bajas sufridas y armamento ocupado al enemigo, de las distancias y sitios recorridos, así como una copia certificada del acta del Ayuntamiento de Mantua*.

Estos documentos fueron publicados por Estrada Palma en un folleto titulado *La invasión de Occidente*, distribuido profusamente en todos los países del Nuevo Mundo.

A través de informes recibidos de los campesinos, el Titán de Bronce fue puesto sobre aviso acerca del movimiento de tropas enemigas desembarcadas en la provincia de Pinar del Río, con el propósito de sorprenderlo. El propio día 22, Maceo instruyó al coronel Pedro Vargas Sotomayor para que con algunos escuadrones pinareños y el regimiento de Tiradores partiera de inmediato hacia los puntos más estratégicos —los caseríos de Tenería, Los Portales, punta de la Sierra, Luis Lazo e Isabel María—, aunque sin forzar la marcha. El sagaz general explicó a su subalterno que si encontraba al enemigo, lo batiera con firmeza y tomara rumbo a Viñales con el objetivo de situarse en la misma región que cruzara durante la Invasión. El coronel partió de inmediato a cumplir su nueva misión. "[…] Era Sotomayor —dejó plasmado José Luciano Franco— uno de los más brillantes oficiales de Maceo, valiente y de extraordinaria capacidad, por cuya razón se le confiaba una misión que requería excepcionales condiciones para cumplirla cabalmente".[15]

El 23 de enero, a las tres de la tarde, en el amplio salón del Ayuntamiento de Mantua, se celebró un consejo abierto, al que daba singular colorido la bandera traída desde Oriente por el valeroso joven oficial Ramón Ivonet, el abanderado de la invasión. Allí se levantó el acta que ponía fin a la invasión al occidente, extraordinario documento en el que, como apuntó Miró Argenter, uno de sus ilustres firmantes "[…] se adherían a los principios sustentados por nuestra causa los concejales y demás empleados del Municipio como las personas más influyentes de la localidad, en su mayor parte peninsulares […]".[16] El texto de la histórica acta (anexo) se redactó en los siguientes términos:

[14] Israel Consuegra Guzmán: Ob. cit., p. 145.
[15] José Luciano Franco: Ob. cit., p. 51.
[16] Tomás Estrada Palma: *La invasión a occidente*, Imprenta América. Nueva York 1896, p. 21.

ACTA

En el pueblo de Mantua, a los veintitrés días del mes de Enero de 1896, reunidos en las salas de sesiones de la casa capitular los vecinos de mas arraigo de la localidad, sin distinción de opiniones políticas, bajo la presidencia del señor alcalde municipal, estando presente en la sesión el Lugarteniente General y Jefe del Ejército Invasor Antonio Maceo acompañado del Jefe del Estado Mayor José Miró y Jefe de la 1.ª Brigada de La Villas Juan Bruno Zayas, se hace constar:

Primero: Que el pueblo de Mantua está situado al extremo occidental de la Isla, en la provincia de Pinar del Río.

Segundo: Que el General Maceo con las fuerzas a sus órdenes ha ocupado la población y término municipal habiendo sido respetadas vidas y bienes de todas clases, guardando el orden público por sus tropas y dejando en el ejercicio de sus funciones a las autoridades y empleados que tenía colocados el Gobierno Español; y que visto el procedimiento del Ejército Libertador y su Jefe se adhieren a sus principios y fines, creyendo que redundará, no solo en beneficio de esta comarca empobrecida de antes por las múltiples exacciones de que le hacía víctima, si que también del país entero que sufría del mismo mal tratamiento: y representando los presentes la fuerzas vivas del territorio, en la propiedad inmueble, en la ganadería, en la industria, en el comercio, en las artes, en las profesiones, en el crédito y en la agricultura; firman con las demás personas del Estado Mayor del Ejército Invasor, el señor Cura Párroco y los presentes que al margen se expresan con los antes mencionados en el día de su fecha y por ante mí el Secretario que certifico =Testado=con=del Estado Mayor del Ejército Invasor, el señor Cura Párroco y los presentes=no vale. José Fors- A. Maceo- Martín Viladomat, Pbro.- El Jefe de Estado Mayor, J. Miró-Juan B. Zayas- El Gobernador Oscar A. Justiniani- El Auditor de Guerra, L. José Antonio Caíñas- Pmer. Teniente Alcalde, José Fernández- Simón Docal, Regidor del Ayto.- Dr. S Carbonell, Notario Público- D. Fors, Juez Municipal Suplente- Santiago Muguruza, Profesor de Instrucción- Pedro Lozano, Secretario del Juzgado MPLA.- Rafael Ynglés, Comerciante- Narciso Fontanella, Secretario de la Ayudantía de Marina- José Ruiz- J. Nonell- Juan Ocaní- Manuel Rego- Fidel Pedraja G.- José Granda- Antonio Menéndez- Braulio V. Blanco- Manuel Quintana- Jayme Vives- José H. Peláez- El Secretario del Adjunto Pedro Sánchez- El infrascrito Secretario que suscribe Certifica: Qua a petición del Gobernador Civil, Oscar A. Justiniano, se le entregue el presente original quedando copia archivada del mismo.- Mantua, 23 de Enero de 1896- Pedro Sánchez- Vo. Bno.- Fors

Hay un sello que dice Ylustre Ayuntamiento de Cuba.[17]

[17] ANC: Maceo, Documentos para su vida.

Al final de la sesión, Maceo, entre otras tantas cosas, nombró al alcalde José Fors y Perdomo prefecto de Mantua y dispuso que de los fondos públicos del Ayuntamiento se pagaran a los maestros de escuela los sueldos retrasados.

Banquete en honor a Maceo

Después de la firma del acta capitular, el Titán de Bronce encaminó sus pasos a la casa del regidor del Ayuntamiento don Simón Docal, español nacido en Landrove, quien ofrecía un banquete en su honor. Acompañado por la alta oficialidad de su Estado Mayor, el alcalde Fors, Docal y demás firmantes del acta, Maceo entró en la casa signada con el no. 20 de la calle Real, esquina a Alameda (hoy José Martí no. 159, esquina a José Miró), donde aguardaba impaciente doña Juana Urquiola Piñero, esposa de Docal, quien se había esmerado en la cocina para que sus dos esclavas domésticas elaboraran el almuerzo consistente en moros con cristianos, arroz blanco, frijoles negros, asado de cerdo a la parrilla, carne y costillas de cerdo fritas, chicharrones, ternera guisada, chilindrón de carnero, yuca con mojito criollo —ajo con jugo de limón sofrito en manteca de cerdo—, malanga blanca y amarilla hervida y frita; boniato cocido y frito, además del postre compuesto por malarrabias, boniatillo, mermelada de guayaba con queso y chorote,[18] quedara a la altura del acontecimiento sin parangón en la historia de Mantua.

Acomodados en la amplia terraza-comedor, al fondo de la casona colonial, el alcalde Fors invitó a un brindis con champán por el triunfo de los libertadores. Según José Luciano Franco:

> […] el alcalde alzó su copa mientras ofrecía otra al general, pero este le espetó:
> —Gracias, no bebo clase alguna de vinos ni licores.
> Al final del banquete, el alcalde extrajo de su petaca plateada dos puros y ofreciéndole uno al Titán de Bronce, le dijo:
> —Bien, General, pero le gustaría, como buen cubano, fumar un tabaco de Vuelta Abajo.
> —Lamento no poder complacerlo —dijo Maceo, y agregó: —no fumo.[19]

Bautizos mambises en la parroquia de Mantua

Algunos integrantes de las tropas cubanas, como modo de confraternizar con los mantuanos y para dejar constancia de aquella extraordinaria hazaña, fungieron como padrinos en los bautizos celebrados durante los días 22 y 23 de enero, después de las respectivas misas que tuvieron lugar en la iglesia parroquial Nuestra Señora de las Nieves.

[18] Detalles ofrecidos por Conrado Félix Docal Peláez, nieto de Simón Docal, en noviembre del 2010.
[19] José Luciano Franco: Ob. cit., t. III, p. 53.

- El día 22 de enero fue bautizado José María Quintero Valdés, nacido el día 16 de diciembre de 1895, hijo de Antonio Quintero y Tomaza Valdés, cuyos padrinos fueron Mercedes Valdés y Manuel Beatón Cruz, naturales y vecinos de Mantua y Jiguaní, Oriente, respectivamente.
- Florentino Labastida, nacido el 16 de octubre de 1895, hijo de Perfecta Labastida y apadrinado por Gregoria Cáceres, natural y vecina de Mantua, y Jacobo Hernández, natural y vecino de Corral Falso, Matanzas, fue bautizado el 23 de enero.
- También ese día fue bautizada María de la O. Ajete, nacida el día 18 de diciembre de 1895, hija de Aurora Ajete Bejerano, cuyos padrinos fueron Francisca Urquiola, natural y vecina de Mantua y Juan Pérez Peñaranda, natural y vecino de Santiago de Cuba.[20]

Baile en honor a Maceo

En la noche, se ofreció un baile en honor al general Maceo en el legendario Casino Español, fundado el 5 de agosto de 1876 y sito en la calle Real, esquina a Embarcadero (donde hoy se encuentra el parque que lleva el nombre del Titán de Bronce), en el mismo centro del pueblo.

Según hizo constar José Miró Argenter, cronista de aquellos hechos, a los engalanados salones del casino: "[...] asistieron las damas principales y señoritas de la localidad ataviadas con sus mejores galas. El lujoso Estandarte del Cuartel General regalado por las bellas hijas del Tínima, reemplazó el dosel que orlaba el retrato del rey Alfonso XII. En esta deliciosa noche, Marte cedió el paso a Terpsícore".[21]

A las nueve en punto entró el general acompañado de los oficiales de su Estado Mayor, lucía elegante en su traje de gala. Saludó a las autoridades locales y a cuantos se le acercaron a tenderle la mano; entonces, a una señal de alguien, la banda fundada por Juan Francisco *Tata* Pereira, que había acompañado a la columna invasora desde Baraguá hasta Mantua, desdoblada ahora en charanga, inició el baile con una sublime contradanza.

Maceo bailó su primera pieza con la señorita Julia López; pero al serle presentada la bella Nieves Catá Urquiola,[22] joven rubia, alta y de ojos azules, prometida

[20] *Libro de Bautizos de la Parroquia de Nuestra Señora de las Nieves 1893-1896*.

[21] Tomás Estrada Palma: ob. cit., p. 2.

[22] Severino Cáceres, vecino de Mantua, narró a principios de la década del setenta del pasado siglo que su padre Fulgencio, al llegar Maceo, trabajaba como mozo asalariado en labores agrícolas en tierras aledañas al pueblo; colaboró con las fuerzas cubanas en la tarea de ubicar las postas mambisas en los caminos y lugares que daban acceso al caserío y, al marcharse las tropas en la mañana del día 24 de enero, les sirvió de práctico hasta las cercanías de Pilotos. Fulgencio, nacido y criado en el entonces vecino municipio de Baja, muy joven aún había ejercido el oficio de montero en aquellas tierras durante algunos años y, por esa razón, conocía con pleno dominio todos los caminos de la comarca. Informó que recuerda cómo su padre les relataba con emoción a él y a sus hermanos, el día que se separó de las tropas cubanas. El general Maceo, después de ordenar que le

del patriota mantuano Maximiliano Quintana Silva, bailó con ella una pieza y, después, toda la noche.

Mientras, afuera, en la engalanada calle Real, donde se habían habilitado kioscos para la venta de bebidas y comestibles, el pueblo, feliz, confraternizaba con los soldados de la libertad.

La partida desde Mantua

El 24 de enero de 1896, antes de que despuntara el alba, se escuchó en Mangos de Roque la diana mambisa. El general Maceo y José Miró Argenter, acompañados por la escolta del Titán, fueron a reunirse con el Estado Mayor que ya levantaba el campamento bajo los frondosos mangos de la finca Tres Palmas, y trazaron la ruta con ayuda de prácticos mantuanos hacia su próxima meta: el pueblo de Baja.

Subiendo hacia el norte por el camino que conducía a Montezuelo —caserío que quedaba al sur—, Maceo y su Estado Mayor cruzaron la intersección con la calle Real y se adentraron en el camino al Tejar para dejar atrás el pueblo de Mantua. Tras ellos iba la columna invasora.

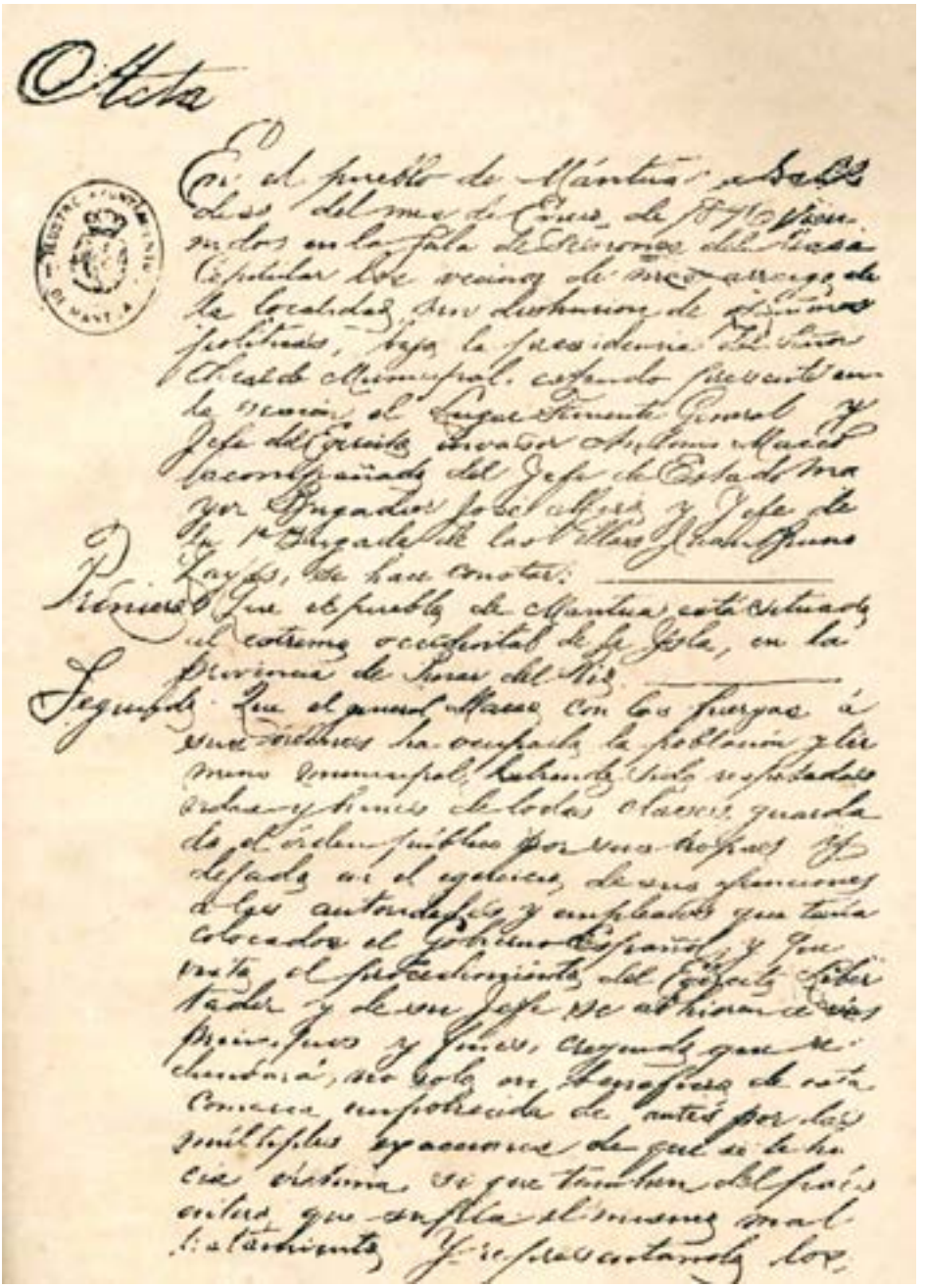
Terminaban así los dos días de mayor esplendor y gloria en los anales de Mantua, nombre hasta entonces desconocido y que entonces recorrió el mundo en boca de la prensa, de aquella pequeña villa perdida en el occidente de la geografía cubana.

---

sirvieran el almuerzo y que le facilitaran un caballo, que no era el que había utilizado en el viaje como práctico, envolvió en su presencia un lindo pañuelo color amarillo que puso en sus manos conjuntamente con un pequeño paquete bien forrado, cuyo contenido ignoraba, y le dijo estas palabras: "Tenga usted la bondad de entregar estos regalos de mi parte a la joven Nieves Catá", misión que cumplió Fulgencio tan pronto llegó de regreso a Mantua. La respetable señora Dolores Suárez Pérez, viuda de Roque Hernández, veterano de la guerra, contó —mucho antes que Severino— que, con la llegada a la Habana del sanguinario Valeriano Weyler, el 10 de febrero de 1896, los mantuanos simpatizantes del bando español y, de modo muy especial, los voluntarios y soldados españoles, envalentonados, se dispusieron a actuar con saña. Entre varios voluntarios y la tropa española se cometieron abusos contra quienes habían ofrecido muestras de simpatía hacia los libertadores a su llegada a Mantua; así, por ejemplo, Gustavo Docal, hijo de Simón, el síndico que le ofreció el banquete a Maceo, fue obligado a integrar las filas de la guerrilla local; se tejieron malintencionados comentarios sobre Julia López y Nieves Catá, y se despertó un odio furibundo contra Nieves por haber bailado toda la noche con el general Maceo. Dolores Suárez que visitaba frecuentemente la casa de los Catá, contó que, de no haber sido por la oportuna, decidida y valiente intervención del que fuera su padrino, Francisco Antonio Peláez, quien la ocultó primero y después la trasladó en un coche, en plena noche hacia el pueblo de Los Arroyos, donde logró embarcarla hacia La Habana, triste fin hubiera tenido esta mantuana, que en la capital se casó, formó una honesta familia y permaneció hasta el fin de sus días.

Anexo 1

Acta de culminación de la invasión



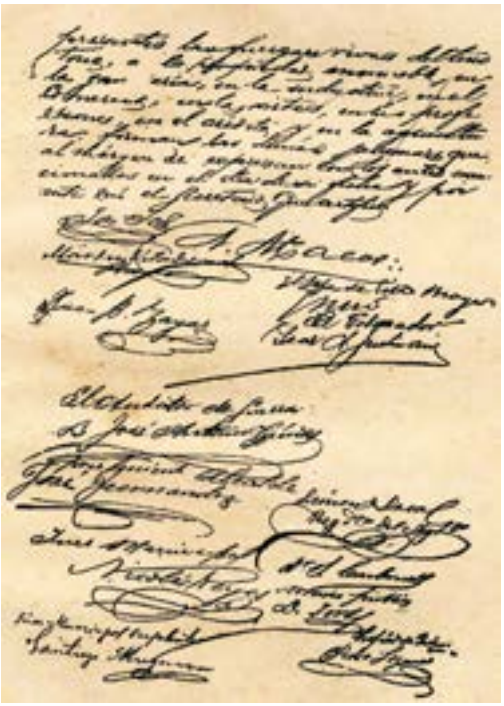
Acta

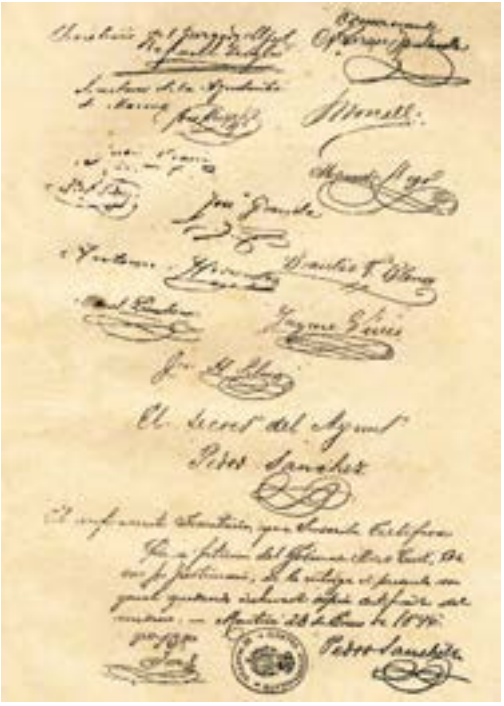
En el pueblo de Mantua a [illegible] días del mes de Enero de 1[illegible] reunidos en la sala de sesiones del Ilustre Cabildo los señores de preferencia de la localidad, con asistencia de algunos forasteros, bajo la presidencia del Ilustre Alcalde Municipal, estando presente también el Teniente General y Jefe del Ejército Invasor Antonio Maceo acompañado del Jefe de Estado Mayor Brigadier José Lacret y Jefe de la 1ª Brigada del 1er Cuerpo Flor Crombet y demás Jefes, se hace constar:

Primero: Que el pueblo de Mantua está situado al extremo occidental de la Isla, en la península de Juan del Río.

Segundo: Que el general Maceo con las fuerzas á sus órdenes ha ocupado la población y el Ilustre Ayuntamiento Cabildo Civil ha restablecido todos y cada uno de los servicios, quedando el orden público por una parte y el de la otra en el ejercicio de sus funciones de las autoridades y empleados que tenía colocados el Gobierno Español y que previo el procedimiento del Estado Soberano y de sus Jefes se ha hecho cesar.

Tercero: Que no solo en la jurisdicción de esta Comarca, sino también de antes por las repetidas expansiones de que se ha hecho objeto, se goza también del fruto que ofrece el buen mal tratamiento y [illegible]





Resonancias en Isla de Pinos de la llegada de la invasión y la presencia de Antonio Maceo en La Habana

Roberto Francisco Unger Pérez

Lo señalado por Sergio Aguirre[1] como cima de la formación de la nacionalidad y finalmente de la nación: la fusión del criollo blanco y el criollo negro en el marco de la Guerra Grande, en el caso de Isla de Pinos,[2] estuvo asociado a su condición de centro para la deportación de los revolucionarios por sus ideas y acciones independentistas y al vínculo con las tradiciones de lucha fomentadas en la isla de Cuba. El contacto de los locales con las tradiciones de los desterrados desde la temprana fecha de 1870-1872 —periodo en el que

Roberto Francisco Unger Pérez

Máster en Ciencias Pedagógicas. Profesor auxiliar de la Universidad Jesús Montané Oropesa. Ha publicado libros y artículos de temática histórica. Miembro de la Unhic y de la Asociación de Pedagogos de Cuba. Historiador de Nueva Gerona.

[1] Sergio Aguirre: *Nación y nacionalidad en el siglo XIX cubano*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.1990, pp.83-84.

[2] El 2 de agosto de 1978 fue proclamado el cambio del nombre de Isla de Pinos por el de Isla de la Juventud. Consultada la población acerca del gentilicio local, se ratificó el de pineros.

sumaron 945—[3] fue el factor que acabó de delinear la nacionalidad cubana en los pineros para ponerla a tono con ese proceso en toda Cuba y salvó el desfasaje que la tardía colonización oficial del territorio insular pinero propició en el orden ideológico.

Deportación política y acción revolucionaria en Isla de Pinos

Con el inicio de la guerra de 1895 continuó el traslado forzoso a Isla de Pinos de muchos patriotas, prisioneros de todas las provincias del país. El mayor número era de La Habana y Pinar del Río. Un importante grupo de revolucionarios que habían participado el 13 de junio de 1895 en el movimiento insurreccional en la provincia de La Habana[4] fueron trasladados a Isla de Pinos; sumaron 150 de una vez, entre ellos estaba Generoso Campos Marquetti. También fueron deportados entre octubre y diciembre de 1895 varios grupos de revolucionarios de Pinar del Río, entre los que se encontraba Miguel Blanco Gómez, jefe de los complotados en la parte centroriental de esa provincia.[5] Para finales del propio año eran más de trescientos los deportados políticos en Isla de Pinos.

Dos cuestiones tácticas relevantes fueron legadas, en el orden militar, por la Guerra de los Diez Años a los revolucionarios del 95 en relación con el occidente del país: la necesidad de la realización de la invasión y de la aplicación de la guerra de guerrillas para operar en esas provincias.[6] La columna invasora que salió de Mangos de Baraguá, al mando del lugarteniente general Antonio Maceo, y en Las Villas se reunió con el contingente que preparaba el general en jefe, llegó a La Habana el 1.º de enero de 1896.

La columna invasora había dejado en La Habana un estado de efervescencia revolucionaria. En siete días, los invasores sostuvieron combates de importancia; la población civil tuvo la oportunidad de ver a los máximos representantes del Ejército Libertador y confraternizar con los miles de mambises que integraban el contingente. Este contacto efímero desbarató parte de la campaña española. En estas condiciones de exaltación revolucionaria, con el propósito de atraer sobre sí parte de las fuerzas españolas y facilitar a Maceo la culminación de la épica gesta, Máximo Gómez emprendió una nueva campaña.[7]

La presencia de Antonio Maceo en La Habana y Pinar del Río influyó en Isla de Pinos, a pesar de su condición insular extrema, pues sus pobladores se mantenían al tanto de la guerra por ser centro de deportación política. De hecho, es

[3] "Relaciones nominales de individuos sujetos a domicilio forzoso en Isla de Pinos. 1.º de octubre de 1870 a 3 de mayo de 1878", en ANC: Fondo Asuntos Políticos, leg. 62, no. 17.

[4] Procedían del grupo de revolucionarios que habían participado en el movimiento insurreccional del 13 de junio de 1895 en la provincia de La Habana y que fue dispersado por el Ejército español. Muchos fueron hechos prisioneros, reunidos en la cárcel habanera y condenados; por orden de Martínez Campos se les envió desterrados a Isla de Pinos.

[5] Enrique Giniebra, Pablo J. Padrón y Juan C. Rodríguez: *La expedición más arriesgada*, p. 33.

[6] Francisco Pérez Guzmán: *La guerra en La Habana*, ob. cit., p. 18.

[7] *Ibidem,* pp. 29-30.

posible hablar de un solo movimiento[8] que involucraba a deportados, residentes y naturales de Isla de Pinos y que se materializó en dos acciones bajo la ideología independentista. A principios de enero de 1896, los revolucionarios esperaban la ocasión más oportuna para materializar los planes.

La presencia del pinareño Miguel Blanco Gómez y del habanero Generoso Campos Marquetti, considerados entre los más capaces por su liderazgo en las acciones protagonizadas en 1895 en la región occidental de Cuba, explica la organización de un esperado plan de evasión para reincorporarse a la lucha en la isla mayor. No obstante, la demora de las acciones previstas hizo que un grupo de 10 deportados optara por una acción más arriesgada en caso de presentarse la oportunidad; a este proyecto se vincularon los naturales de Isla de Pinos Miguel Bacallao Amill, Rosendo Betancourt Travieso y Miguel María Blanco Pantoja,[9] quienes a última hora se retiraron, al igual que el deportado Emilio Vargas.

El 11 de enero de 1896, cuando Maceo se encontraba operando en el territorio pinareño de Bahía Honda, lugar donde en horas de la mañana había enfrentado a las fuerzas coloniales en el ingenio Gerardo, se produjo la primera de dichas acciones: el asalto y captura del balandro[10] *Margarita.* En dicha acción, que se desarrolló en el embarcadero del río Júcaro, más cercano al caserío de Santa Fe —segundo asentamiento en importancia después de Nueva Gerona— retumbó el grito de ¡Viva Cuba libre! El improvisado destacamento integrado por diez patriotas partió de Nueva Gerona; por todo armamento llevaba una tijera dividida en dos partes, una navaja y un cortaplumas. Puesta a la fuga la cuadrilla de trabajadores que cargaba el balandro, fueron apresados el patrón, un marinero y el alcalde de mar, y obligados a dirigirse a la costa sur de Pinar del Río. Al día siguiente, los patriotas hicieron constar en un acta, entregada al patrón del balandro, que la embarcación había sido capturada mediante la fuerza con el propósito de ir a luchar por la libertad de Cuba. Firmaron el documento Cristóbal Guevara Aroza, Ángel Abascal Pérez, Rafael Caso y Vidal, Pedro Buides y Orihuela, Juan Miranda y Pérez, Adolfo Vega y Valdivia, Plácido Hernández Vázquez, Irene Hernández, Victoriano Guerrero, Máximo Camero Díaz.[11]

El 16 de enero de 1896, según testimonio de los sobrevivientes, se incorporaron a las fuerzas de José A. Caíñas[12] nueve expedicionarios del balandro *Margarita*, pues Rafael Caso fue hecho prisionero durante el desembarco. El 21 de enero, Antonio

[8] Mariano Rives Pantoja: "Historia del levantamiento en armas de un grupo de cubanos en Isla de Pinos durante la Guerra del 95", en *Historiadores cronistas* no. 1, s. f., pp. 73-74 (folleto).

[9] _____: "El levantamiento insurreccional pinero de 1896 (I)", en periódico *Victoria,* 24 de febrero de 1983, p. 2.

[10] Un balandro o balandra es una embarcación de un solo palo, donde se coloca una vela cangreja (trapezoidal); se destina principalmente a la pesca y navegación costera, en este caso, entre los puertos pineros y el de Batabanó, conectado dicho puerto habanero con la red de ferrocarriles desde 1848.

[11] Justo Carrillo Morales: *Expediciones cubanas*, pp. 207-208.

[12] Enrique Giniebra, Pablo J. Padrón y Juan C. Rodríguez: *La expedición…,* ob. cit., p. 56.

Maceo se entrevistó con los expedicionarios y calificó la acción que protagonizaron: "La expedición más arriesgada que ha desembarcado, solo pueden realizarla niños o locos y los pueblos que tienen estos niños deben ser libres".[13]

La mayoría de los expedicionarios del *Margarita* murió en el campo insurrecto en cumplimiento con la palabra dada al general Antonio: Adolfo Vega cayó el 1.º de febrero de 1896 en la carga de Paso Real de San Diego, dirigida por el lugarteniente general Antonio Maceo; Irene Hernández, en el combate de Río Hondo el 24 de febrero de 1896; Juan Miranda, el 8 de marzo de 1896 en río Aura, Matanzas; Pedro Buides, el 5 de abril de 1897 en la Gobernadora; Ángel Abascal, en la prefectura de Guillén, en territorio de San Juan y Martínez, el 15 de septiembre de 1897. El resto sobrevivió la guerra. Plácido Hernández y Victoriano Guerrero alcanzaron la graduación militar de comandantes del Ejército Libertador.[14]

Levantamiento armado independentista del 26 de julio de 1896 en Nueva Gerona: extensión de la guerra al territorio insular más extenso e importante del occidente y el país

Los sucesos relacionados con la expedición del balandro *Margarita* propiciaron que el Titán de Bronce tuviera conocimiento de la situación político-militar en Isla de Pinos e, incluso, acerca del plan que se fraguaba y que involucraba a un grupo mayor de deportados y naturales del lugar, el cual contó con el respaldo de los generales Antonio Maceo y Pedro Díaz, quienes contactaron con los complotados mediante el patriota Ramón García, pescador de Batabanó[15] muy comprometido con la causa independentista.

Una memoria oficial del general de brigada don José Oliver Vidal, fechada el 26 de mayo de 1896, a dos meses de una nueva asonada revolucionaria, daba cuenta de que la tropa española estaba formada por 215 soldados y 14 oficiales.[16] Existían un cuartel de caballería, otro de voluntarios, la cárcel y el protectorado. El de caballería tenía cuatro torreones artillados y polvorín. Las tres principales fortificaciones estaban localizadas en el centro de la población de Nueva Gerona, en un radio que no superaba los 500 metros de distancia unas de otras. El acceso a la sierra de Casas estaba franqueado por una zanja profunda en todo el perímetro oeste de la población de Nueva Gerona y el de la sierra de Caballos, al este, por el río Las Casas.

La situación político-militar hizo que los complotados tuvieran que organizarse en varios grupos, en lo cual influyó el riguroso control policial, las provincias de procedencia de los deportados, los líderes vinculados al plan y las acciones previstas. Por ello, en diversas fuentes se habla de distintos jefes del movimiento: el pinareño Miguel Blanco Gómez; los habaneros Generoso Campos Marquetti, Juan

[13] Justo Carrillo Morales: Ob. cit., p. 208.
[14] *Ibidem*, p. 208.
[15] Pablo de la Concepción: *Prisioneros y deportados cubanos 1895-1898 en la Guerra de Independencia*, pp. 120-121.
[16] Antonio Núñez Jiménez: *Isla de Pinos. Piratas. Colonizadores. Rebeldes*, p. 500.

Iturriaga y Emilio Vargas; los pineros Cecilio Soto Pantoja, Patrocinio González Pantoja y Bruno Hernández Blanco. Por eso, resulta posible que Evangelina Cossío Cisneros[17] identificara a Félix Arias Segrera como "inspirador y jefe de esa sedición"[18] y se refiriera a que el objetivo de la evasión era dirigirse a una de las repúblicas de Centroamérica[19] y no a Cuba, cuestión que puede ser resultado de la estructura conspirativa en grupos que no permitía igual acceso a la información a todos los complotados, o era parte del plan —ante el fracaso del desembarco en la Isla de Cuba por la presencia naval y de tropas en la costa sur— dirigirse a Centroamérica, lo que sería favorecido por las corrientes al sur de Isla de Pinos.

La joven Evangelina Cossío[20] aceptó la propuesta de formar parte de una de las acciones principales del plan tan esperado desde enero de 1896 y que, en lo relacionado con ella, consistía en atraer al comandante militar, teniente coronel de caballería José Bérriz Armero, para capturarlo y utilizarlo como rehén en la ocupación de las armas y garante en la salida con vida de los patriotas hacia la isla de Cuba en la embarcación surta en el atracadero de Nueva Gerona. Los deportados Juan Iturriaga, Emilio Vargas y Félix Arias Segrera, muy vinculados a la familia Cossío, influyeron en la decisión de la joven Evangelina.[21]

El día escogido fue el domingo 26 de julio de 1896, fecha festiva en el caserío de Santa Fe y en el pueblo de Nueva Gerona. Un grupo de entre diez o doce hombres[22] y una mujer —la camagüeyana Evangelina—,[23] bajo el mando de Emilio Vargas, pues según el testimonio de la joven patriota el mencionado Arias no se vio por ninguna parte,[24] lograron apresar a Bérriz en una casa cercana al trayecto de la caballería mambisa. De acuerdo con el plan, cerca de las ocho de la noche, el patriota Rosendo Betancourt hizo un disparo como señal de ataque y se produjo la entrada al pueblo de Nueva Gerona de una caballería que había partido de Santa Fe y que tuvo varias incorporaciones durante la marcha.

En el forcejeo, Bérriz logró atraer la atención de los soldados de su escolta y se produjeron disparos que pusieron sobre aviso al resto de las fuerzas policiales, a cuyo mando se encontraba el muy nombrado Capitán Alegre,[25] según diferentes

[17] Hija del deportado político José Agustín Cossío y Serrano. Junto a su her-mana menor Carmen, acompañó a su padre en el destierro. Mediante sus gestiones se autorizó el cambio del presidio africano de Chafarinas, por la deportación a Isla de Pinos.

[18] Ricardo V. Rousset: *Historial de Cuba*, tomo primero, p. 255.

[19] *Ibidem,* p. 253.

[20] Varios autores hablan indistintamente de una joven de 14 o 16 años, pero el historiador Juan Colina la Rosa dice poseer su fe de bautismo, con fecha 16 de febrero de 1878, en la iglesia de Nuestra Señora de la Soledad, de Puerto Príncipe, donde se plasma que había nacido el 23 de diciembre de 1877. Lo anterior significa que en 1896 tenía 19 años.

[21] Mariano Rives Pantoja: Ob. cit., p. 71.

[22] Ricardo V. Rousset: Ob. cit., p. 254.

[23] Varios autores identifican a Evangelina Cossío como jefa del levantamiento insurreccional, pero no es exacta dicha afirmación, si bien ello no demerita su valiente actitud que ponía en riesgo su vida y la de sus familiares también deportados en Isla de Pinos.

[24] Ricardo V. Rousset: Ob.cit., p. 255.

[25] *Ibidem.*

testigos durante el proceso de reconstrucción de los acontecimientos. El movimiento había sido delatado por el también deportado Juan Gutiérrez.[26]

La caballería entró a Nueva Gerona al grito de ¡Viva Cuba Libre!; pero fue aplastada al cabo de una hora y media por las descargas cerradas de soldados y voluntarios, desde una barricada ubicada en la calle Pinillos (actual Paseo Martí no. 26), esquina a San Clemente. Entre los caídos se hallaba Juan Bruno Hernández Blanco,[27] uno de los jefes del movimiento en Santa Fe; resultó herido el natural de Isla de Pinos Miguel María Blanco Pantoja.[28]

Los patriotas trataron de salir de la población de Nueva Gerona, franqueada al este por el puente de madera y al oeste por una profunda zanja. A la adversidad de la topografía se sumó la colaboración de los voluntarios residentes, quienes conocían el territorio. Según Evangelina, mientras su grupo apresaba a Bérriz, otros deportados atacaban el Protectorado, para adueñarse del local, apresar la guarnición, desarmarla y fugarse en el cañonero que estaba en la rada.[29] El nuevo armamento recibido había contribuido a aumentar la capacidad de fuego de las tropas españolas, además del refuerzo que significaban una compañía de Infantería de Marina y 50 guardias civiles enviados por la comandancia militar de Batabanó, tras producirse la delación.

En su libro *Mi mando en Cuba*, Valeriano Weyler escribió: "Julio, 1896. Día 29. El veintiséis, á las once de la noche, unos doscientos cincuenta hombres, mal armados, aparecieron en las calles de Nueva Gerona, dando gritos subversivos, en tanto que secuestraban el Comandante Militar, teniente coronel de Caballería D. José Bérriz".[30]

El patriota Juan Iturriaga, quien formó parte del grupo que apresó a Bérriz, fue delatado, capturado en la zona de San Pedro y asesinado en el lugar conocido como La Tierra Hundida, en áreas de Los Almácigos.[31] Los hermanos Justo y Luis Pimienta,[32] deportados desde Pinar del Río, también fueron asesinados y mal enterrados cerca del arroyo Los Muertos, en Nueva Gerona. Emilio Vargas fue herido y, con posterioridad, hecho prisionero y fusilado.[33] Algunos patriotas se refugiaron

[26] Enrique Giniebra, Pablo J. Padrón y Juan C. Rodríguez: Ob. cit., p. 24.

[27] Es considerado el primer mártir pinero. Durante el mandato de Elías Sardá Valdés como alcalde de Isla de Pinos (1913-1916) fue colocada una tarja en recordación a su nombre en el cuartel de caballería de Nueva Gerona. El 7 de diciembre de 1946, con motivo de la destrucción de dicho inmueble para construir la escuela primaria superior Evangelina Cossío, se inauguró un obelisco en recordación del mártir a la entrada del cementerio católico de Nueva Gerona.

[28] Mariano Rives Pantoja: Ob. cit., p. 72.

[29] Ricardo V. Rousset: Ob. cit., p. 254.

[30] Cit. por colectivo de autores: *Con todo derecho Isla de la Juventud*, pp. 33-34.

[31] Mariano Rives Pantoja: Ob. cit., p.72.

[32] Emeterio Santovenia: *Vueltabajo en la independencia de Cuba*, p. 61. Narciso Camejo Pimienta y Baldomero Pimienta no estuvieron en Isla de Pinos, fueron deportados a Ceuta, adonde llegaron el día 10 de enero de 1896. En 1897 lograron evadirse cuando eran trasladados a Barcelona.

[33] Mariano Rives Pantoja: Ob. cit., pp. 72-73.

en la finca San Juan al este de la isla, donde el hacendado Gilberto García del Prado los presentó a las autoridades españolas ante testigos y exigió el respeto para sus vidas. Igual actitud mantuvo un hotelero español de apellido Villalonga. También actuaron a favor el párroco de Nueva Gerona y el médico Jacobo Plazaola, quienes evitaron una venganza mayor.[34] Evangelina, delatada al Capitán Alegre por el deportado Tomás Basail, fue capturada y recluida en el vivac del cuartel de caballería, hasta su traslado a La Habana. Aunque el tribunal en la capital la condenó a muerte, por gestiones de la Iglesia le fue conmutada dicha sanción a 24 años de prisión a cumplir en la Cárcel de Mujeres de Madrid, debiendo para ello embarcarse en el vapor *Reina María Cristina* el 10 de octubre de 1897;[35] mientras tanto estuvo recluida en la Casa de Recogidas o Cárcel de Mujeres de La Habana, donde permaneció durante quince meses mientras le instruían la causa. Miguel Blanco Gómez fue condenado a prisión en Ceuta.[36]

La mayoría de los participantes fueron capturados, enjuiciados en La Habana y enviados a Ceuta, Chafarinas y la Cabaña. Algunos escaparon y se mantuvieron ocultos en Isla de Pinos los naturales del lugar: Pedro Pantoja Flores, Abelardo Pantoja Flores, Rosendo Betancourt y Manuel Rodríguez Cajides. De acuerdo con el testimonio de Evangelina, todos fueron embarcados en el vapor *Protector* hacia Batabanó, amarrados y sin comer durante un día, luego trasladados en ferrocarril a La Habana. Los 21 pineros (anexo no.1) fueron conducidos a la Cabaña.[37]

El hecho de que Evangelina fuera internada junto a la norteamericana Eva Adams, esposa del general mambí Alejandro Rodríguez Velazco, hizo posible que el cónsul de Estados Unidos, Fitzhugh Lee, diera a conocer a la prensa norteamericana acreditada en La Habana la situación de la joven cubana.

El magnate de la prensa norteamericana William Randolph Hears[38] apreció la oportunidad para desplegar una intensa campaña propagandística en contra de España. Para ello fraguó un plan de fuga de la joven patriota con la participación de Karl Decker —corresponsal de su principal periódico, *New York Journal*—, el agente de la compañía de vapores Plont, William D. Mc. Donald y el corresponsal del *Herald,* George Eugene Bryson. Por la parte cubana participaron Francisco Debeche y Carlos Carbonell.

En la noche del 7 de octubre de 1897 se produjo la fuga. Según el relato de Evangelina, tras esta fue alojada en una casa hasta el día 9, cuando fue trasladada, vestida de hombre, al barco norteamericano *Séneca,* que la trasladaría a Estados Unidos.

[34] Colectivo de autores: *Con todo derecho Isla de la Juventud*, ob. cit., p. 34.
[35] Ricardo V. Rousset: Ob. cit., p. 255.
[36] Pablo de la Concepción: Ob. cit., p. 120-121.
[37] Ricardo V. Rosset: Ob. cit., p. 255.
[38] William Randolph Hearst, uno de los padres del periodismo sensacionalista o amarillo. El llamado rey de la prensa arribó a Cuba con su ejército de reporteros, en un barco-oficina, antes que el 5.º cuerpo expedicionario, comandado por el mayor general William Rufus Shafter.

El arribo, el 13 de octubre de 1897, a Nueva York, de la llamada Juana de Arcos cubana, como se le nombró, formó parte de la fase final de una campaña propagandística estimulada por los consorcios yanquis y, en particular los de la prensa, para predisponer la opinión pública en la nación norteña y a escala mundial, a favor de la intervención de Estados Unidos en la guerra entre Cuba y España. Los tres temas más importantes de la mencionada campaña propagandística fueron: los sucesos relacionados con la evasión de Evangelina Cossío, el robo de la carta de Dupuy de Lome[39] y la explosión del buque *Maine.*[40] La manipulación de la situación de la heroína camagüeyana por la influyente prensa norteamericana acercó el territorio pinero a un escenario político internacional proclive a la búsqueda de pretextos para la intervención armada y la transformación de la guerra hispano-cubana, también en norteamericana.

El 1.º de agosto de 1898 se inició el bloqueo por la flota de guerra norteamericana de Isla de Pinos. El día 4, dos embarcaciones se presentaron en la boca del río Las Casas y se produjo el desembarco de infantes de marina[41] en el puerto de Nueva Gerona. El crucero artillado *Eagle,* de 400 toneladas, al mando del comandante Sutherland cerró las comunicaciones entre Batabanó, Isla de Pinos y la bahía de Cortés. En menos de dos semanas esta embarcación capturó o echó a pique de forma sucesiva las fragatas españolas *Dolores, Santo Domingo* y *Gallito,* entre La Coloma y La Siguanea. Completaron el bloqueo de la marina de guerra norteamericana las naves *Bancroft* y *Santa Elena.* El acorazado *Nashville* se aproximó a La Siguanea con el objetivo de explorar la bahía como futura estación naval.[42]

[39] Agentes norteamericanos al servicio de la prensa amarilla, robaron en las oficinas de correo de La Habana, una carta de Dupuy de Lome, embajador de España en Washington, a un amigo. El diplomático hablaba en ella muy libremente del presidente William McKinley, catalogándolo de político de muy bajo nivel, débil y carente de agallas, lo que fue considerado como un insulto al mandatario. De esa manera se pretendía capitalizar la opinión pública norteamericana e internacional, en relación con la necesidad de la intervención de Estados Unidos en la guerra que los cubanos libraban por su independencia.

[40] Enrique González y José A. Quintana: *Evangelina Cossío Cisneros y William Randolph Hearst: dos figuras en la historia*, p. 40.

[41] Informe por Manuel Jordán, autoridad de la celaduría de gobierno de Isla de Pinos, en ANC: Fondo Asuntos Políticos, leg. 18, no. 8.

[42] Filiberto Ramírez Corría: *Excerta de una isla mágica o Biografía de un latifundio*, p. 317.

Anexo 1

Relación de los pineros enviados a cumplir prisión en la Cabaña por los sucesos del 26 de julio de 1896

Miguel María Blanco Pantoja[43]
Manuel Narciso Hernández Pantoja[44]
Hilario Pantoja Soto[45]
Cecilio Soto Pantoja
Pastor Pantoja Nuviola
Juan F. Pantoja González
Ángel Soto Pantoja
Tabio Soto Hernández
Serafín Fernández García del Prado
Enrique Mateo
Manuel M. Soto Pantoja
Cornelio Soto Pantoja
Generoso Soto Pantoja
Enrique Soto Pantoja
Eustaquio Soto Pantoja
Pablo Llorca García
Higinio Llorca García
Domingo Soto Prado
Jacinto Soto Prado
Patrocinio González Soto
Pánfilo Hernández Llorca[46]

[43] Llegó herido.
[44] Falleció en la Cabaña.
[45] Falleció dos meses después de salir en libertad, víctima de tuberculosis.
[46] Mariano Rives Pantoja: "El levantamiento insurreccional pinero de 1896 (II)", en periódico *Victoria,* 25 de febrero de 1983, p. 2.

Después de la invasión

1896: Weyler vs Maceo y el 6.º cuerpo en Vueltabajo

Raúl Izquierdo Canosa

En la memoria histórica de los cubanos que más años han vivido quedó fijada la fábula inventada no sé por quién, de que el general Antonio Maceo tuvo que romper varias cornetas para lograr que los pinareños se sumaran a la guerra. Esto, dicho a modo de chiste, bastante pesado por cierto, forma parte de aquel pasado neocolonial de subestimación del valor, la dignidad y el patriotismo del humilde, abnegado y laborioso pueblo pinareño.

En una colección sobre el *Ejército Libertador de Cuba y la guerra de 1895-1898*, en proceso de edición por la Unión de Historiadores de Cuba, en los dos primeros tomos se recogen los elementos y argumentos que muestran la historia del 6.º cuerpo y la lucha armada en la región vueltabajera durante los años 1896 a 1898. En ambos textos queda explícito y evidenciado lo tenso, cruento y costoso en vidas humanas, que resultó el accionar combativo para los bandos beligerantes en esa parte de la Isla y se destaca el papel que

Raúl Izquierdo Canosa

Coronel (r) de las FAR. Doctor en Ciencias Militares. Autor de múltiples libros y artículos de temática histórica, publicados en Cuba y en el extranjero. Miembro de la Unhic.

desempeñó el pueblo pinareño, en su justa lucha por conquistar la libertad e independencia del colonialismo español.

En este artículo, a manera de síntesis, se expone brevemente lo acontecido en el ámbito militar desde enero a diciembre de 1896, los resultados de la contienda para cada uno de los bandos beligerantes, cuyas fuerzas estuvieron dirigidas en la parte española, por el teniente general Valeriano Weyler y Nicolau, marqués de Tenerife, y las fuerzas insurrectas cubanas, al mando del mayor general y lugarteniente general del Ejército Libertador Antonio Maceo y Grajales, el Titán de Bronce.

La invasión al territorio más occidental de la Isla a finales de 1895 fue el acontecimiento más audaz, intrépido y relevante de la contienda bélica en el último lustro del siglo XIX; significó una gran victoria para las fuerzas insurrectas cubanas y selló la derrota militar de uno de los más geniales y encumbrados generales españoles de esa época, el capitán y gobernador general Arsenio Martínez de Campos y Antón, quien había llegado a Cuba a mediados de abril de 1895, investido de todos los poderes y facultades para ejercer su autoridad, y que no solo no pudo sofocar la rebelión en el oriente cubano, sino tampoco fue capaz de frenar el avance hacia el occidente de las fuerzas invasoras dirigidas por los mayores generales Máximo Gómez y Antonio Maceo.

La invasión a occidente fue antecedida por la campaña del mayor general Antonio Maceo en Oriente desde abril a octubre de 1895, en la que logró insurreccionar el territorio más oriental, creó las 1.ª y 2.ª divisiones del 1.er cuerpo, del que designó jefe a su hermano, el también mayor general José M. Maceo; efectuó exitosos combates en Jobito, La Playuela, Sagua de Tánamo, Guabajaney, Yabazón, Fray Benito, Aguas Claras, Unión, Peralejo, Burenes, Sao del Indio, Jiguaní y San Fernando; atacó el tren y vía férrea entre Caimanera y Guantánamo. En el Camagüey, en junio, el mayor general Máximo Gómez, efectuó la campaña circular para poner sobre las armas a los agramontinos y dejar organizado el 3.er cuerpo. Al paso por territorio de Las Villas, las fuerzas invasoras efectuaron combates en: La Reforma, Iguará, Los Indios, Casa de Tejas, Manacal, Manicaragua, El Quirro, Siguanea y Mal Tiempo. Al atravesar el territorio de Matanzas llevaron a cabo el llamado lazo de la invasión o contramarcha estratégica y efectuaron combates en La Colmena y Coliseo. A fines de diciembre cruzaron el río Hanábana en dirección a occidente, para reingresar en esa provincia y protagonizaron el combate en el ingenio Godínez, Calimete.

La contramarcha estratégica, en Matanzas (diciembre 1895) y la campaña de la lanzadera, en La Habana (enero 1896) fueron dos importantes operaciones militares y sendas victorias para las armas cubanas: la primera logró engañar y burlar una poderosa agrupación de fuerzas españolas de más de 30 000 regulares, creada por el general español Martínez Campos, y la segunda, atrajo tras Máximo Gómez, en territorio habanero, a la mayor parte de las fuerzas adversarias en esa región y permitió a Antonio Maceo, continuar el avance con su columna hasta Mantua.

Para sustituir a Martínez Campos, tal como él lo había sugerido después de su derrota en el combate de Peralejo, en julio de ese año;[1] fue designado el general

[1] Valeriano Weyler: Ob. cit., tomo primero, pp. 30-31.

Valeriano Weyler y Nicolau, a quién nombraron capitán y gobernador general en la isla de Cuba por Real Decreto del 19 de enero de 1896, firmado por Antonio Cánovas del Castillo, presidente del Consejo de Ministros de España.[2]

Weyler embarcó en el puerto de Cádiz en la mañana del 28 de enero y llegó a La Habana el 10 de febrero de 1896; declaró que se proponía liquidar la insurrección en un término no mayor de dos años. Refiriéndose a su plan de acciones, expresó:

> […] procedí a poner en práctica mi plan de operaciones. Siendo conocedor de la isla, había podido conformar ya, durante mi viaje, una planificación previa. Consistía, en términos generales, de encerrar a Maceo, a ser posible en Pinar del Río, impidiéndole la comunicación con el resto de la isla mediante una línea de tropas colocadas de norte a sur que, aprovechando los accidentes del terreno, se auxilie con las fortificaciones.[3]

Como se aprecia, el primer y principal objetivo de Weyler, era cercar, aislar y aniquilar a Maceo en territorio pinareño. Al respecto, decía:

> […] Dentro de mi plan de operaciones, me preocupaba más Pinar del Río y La Habana, que la parte oriental, no solo por la posición geográfica de Pinar del Río, sino también por la inmensa riqueza de sus vegas de tabaco, el mejor del mundo, donde trabajaban muchos peninsulares, cuya adhesión debía procurar proporcionándoles empleo en las fábricas. Dividida la isla en tres cuerpos de ejército —Cuba, Villas y Pinar del Río—, me apresuraré a concentrar fuerzas en la línea que va de norte a sur, desde Mariel a la ciénaga y ensenada de Majana, pasando por Guanajay, Artemisa y Mangas; una zona de unos treinta kilómetros de extensión que separa las provincias de Pinar del Río y La Habana. Situé en esta línea todos los efectivos de que pude disponer, confiando su dirección al general Arolas. Los dote de los elementos necesarios para establecer, auxiliados por las obras de fortificación, una trocha ó línea militar que solo pudiera ser atravesada por la fuerza de un rudo combate. Como reserva de la línea y para impedir ataques de revés, dispuse su retaguardia en varias columnas, recorriendo toda su extensión. Desde aquel momento, Maceo quedó cercado en Pinar del Río, cuantas veces intentó forzar el sitio, fue rechazado.[4]

No fueron pocas las fuerzas que Weyler designó para operar en dicho territorio; para ello, estableció su modelo de actuación: dividió el teatro de las operaciones militares por zonas de responsabilidad, estableció un sistema de comandancias militares y de armas, todos los poblados de importancia fueron ocupados por tropas u

[2] *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra* (DOMG), martes 21 de enero de 1896, año IX, no. 15, t. I, p. 197.
[3] Cit. por María Teresa Weyler: *Valeriano Weyler, memorias de un general,* pp. 204-205.
[4] *Ibidem,* 209.

otras fuerzas militares o paramilitares, movilizó el cuerpo de voluntarios y guerrilleros, armó incluso el cuerpo de bomberos y la Guardia Civil. Estableció un sistema de fortificaciones, en el que se incluyeron fortines, trincheras construidas de piedra y madera, y como colofón se estableció la línea o trocha militar de Mariel a Majana, para cerrar el paso y los movimientos a los insurrectos que combatían en Vueltabajo. Para cada zona de operaciones designó un general de división y varios generales de brigada, entre ellos, los generales de división: Álvaro Suárez Valdés, Cayetano Melguizo González, Francisco Loño Pérez, Agustín Luque Coca, Andrés González Muñoz y Juan Arolas Splugues y los de brigada: Juan Madam Uriondo, Wenceslao Molins Lemaur, Francisco Fernández Bernal, Emilio Serrano Altamira, José Oliver Vidal, Julián Suárez Inclán, Francisco Obregón de los Ríos, Calixto Ruiz Ortega, Julio Fuentes y Forner, Cándido Hernández Velazco, Pedro Cornel Cornel, Ramón Echagüe Méndez y otros.

Las fuerzas españolas que actuaron en el territorio de Vueltabajo estuvieron representadas por las diferentes armas: infantería, caballería, artillería, así como el personal de aseguramiento: ingeniería, sanidad militar, administración militar, servicios jurídicos y capellanes; también se emplearon en la costa norte algunas unidades de la infantería de marina, que actuaban en cooperación con las fuerzas navales. Otras fuerzas paramilitares —guerrillas, voluntarios, Guardia Civil y bomberos— fueron armadas y empleadas en el servicio de guarnición en las diferentes comandancias militares y de armas.

La infantería fue el arma más numerosa, estuvo representada por los primeros batallones de los regimientos regulares del Ejército en la península; por la geografía pinareña pasaron y actuaron en diferentes periodos de tiempo, algo más de 50 batallones de infantería, que en cifras aproximadas superaron los 65 000 regulares. No hubo espacio de la geografía vueltabajera que no fuera recorrido o vigilado por las fuerzas militares o paramilitares al servicio del colonialismo hispano; por cada cuatro o cinco habitantes en esa región, el mando militar peninsular mantuvo no menos de un hombre armado.

Las fuerzas españolas organizaron y llevaron a cabo operaciones ofensivas contra las principales bases o puntos donde se asentaban las fuerzas insurrectas; en los meses de abril y octubre de 1896, se realizaron operaciones militares y ocuparon puntos de mucha importancia para los rebeldes cubanos; tomaron Cacarajícara, Galalón, Puerta Muralla y otros puntos de basificación y aseguramiento de los insurrectos. En noviembre y diciembre de ese año, Weyler dirigió personalmente las operaciones ofensivas contra la loma de El Rubí y la sierra del Rosario, tratando de aniquilar a Maceo.

El 21 de octubre de 1896, mediante un bando militar, dispuso la reconcentración de las familias que habitaban en los campos pinareños, hacia los pueblos y ciudades, custodiados por los destacamentos y fuerzas militares españolas; esta decisión se complementó con la actuación de las columnas españolas, que se internaron en los campos pinareños para eliminar todo aquello que pudiera servir de sustento a los insurrectos: destruyeron plantaciones, incendiaron bohíos de guano y retiraron o sacrificaron animales; la política fue de tierra arrasada. Estableció las

zonas de cultivos y activó otras líneas o trochas en Viñales y Guane, para asegurar la cosecha de tabaco entre otras.

Al decretar dicho bando tratando de cortar las fuentes de apoyo y suministro a los insurrectos, Weyler no valoró el alcance y consecuencias de dicha medida, que se aplicaba de manera apresurada, en un término no superior a los ocho días de emitida, sin haberse creado un mínimo de condiciones para al aseguramiento de los miles de personas, en su mayoría ancianos, niños y mujeres, que fueron sacados de su tierra, privados de su fuente de sustento y trasladados a pasar hambre, miserias y enfermedades, deambulando por pueblos y ciudades, tratando de sobrevivir a las desgracias de aquella guerra y la situación creada debido a la tozudez y negligente labor de las autoridades coloniales, que se mostraban incapaces para solucionar las necesidades elementales de aquellos seres frágiles e indefensos, y mucho menos lograban someter a la obediencia a los miles de insurrectos que en la región de Vueltabajo empuñaban las armas contra el régimen colonial.

El colosal despliegue de efectivos militares y paramilitares, la militarización del territorio de Vueltabajo por las fuerzas coloniales no resultó suficiente para impedir que desde el mes de enero hasta finales de noviembre de 1896, con la presencia del mayor general Antonio Maceo y el contingente invasor, miles de pinareños se incorporaran a la lucha armada y fuera creado el 6.º cuerpo de ejército, cuyas fuerzas opusieron tenaz resistencia a las tropas coloniales y le ocasionaron costosos reveses.

El 6.º cuerpo del Ejército Libertador

El mando de esta fuerza, desde su creación, estuvo a cargo del lugarteniente general y mayor general Antonio Maceo, quién además se desempeñó como jefe del Departamento Occidental. A finales de 1896, hizo entrega de dicho cuerpo al mayor general Juan Rius Rivera. En el cuerpo aparecen registrados no menos de 3912 insurrectos, entre los que había 162 (4 %) oficiales superiores y primeros oficiales (de generales hasta comandantes); 481 (11 %) oficiales subalternos (capitanes a subtenientes). Además 1183 (30 %) eran clases (sargentos y cabos) y los 2175 (55 %) restantes, soldados. De acuerdo con el momento de su ingreso al Ejército Libertador, 793 (20 %), lo hicieron en 1895; 2419 (62 %) en 1896; 381 (10 %) en 1897 y 313 (8 %) en 1898; por tanto de los más de tres mil novecientos mambises que lo integraban, el 82 % se incorporó a la lucha en los años 95-96.

En su organización este cuerpo de ejército incluyó dos divisiones: la 1.ª división (Este) incluía el territorio al este de esa provincia, desde la trocha militar de Mariel a Majana hasta la carretera de la Coloma al sur y La Esperanza al norte; contó con 2500 hombres (65 %), de los que el 90 % se incorporó a la lucha en los años 1895-1896; su jefe fue el general de brigada Antonio Varona Miranda y contaba con dos brigadas: la 1.ª - Este, cuya zona de operaciones era el territorio de Consolación del Norte y del Sur, Los Palacios, Candelaria y Cabañas, tuvo como jefes al general de brigada Juan Monzón López, primero, y el teniente coronel Pedro Sáenz Yánez; tenía subordinados el regimiento Maceo, cuyo jefe era el coronel Adolfo

Peña Rodríguez y, después, Francisco Carrillo Vergel y Alfredo Despaigne Bonne; y el regimiento Aguilera, cuyo jefe fue el coronel José Hernández, Payaso. La 2.ª brigada - Sur-Este, correspondía al territorio de Bahía Honda, Cabañas y San Diego de Núñez; su jefe era el general de brigada Juan Lorente de la Rosa; contó con los regimientos Invasor Villareño, cuyos jefes fueron los coroneles Roberto Bermúdez, Vidal Ducasse, Federico Núñez González y Julián Gallo, respectivamente; y el regimiento Gómez, al mando del teniente coronel Toribio Gómez.

La 2.ª división - Oeste, tenía unos mil trescientos veinte integrantes (34 %), el 82 % de los cuales se incorporó en los años 1895-1896; su zona de operaciones comprendía los territorios desde la carretera de Coloma al sur y el puerto de La Esperanza, al norte, hasta el cabo de San Antonio al oeste. Su jefe fue el general de brigada Juan Lorente de la Rosa y los coroneles Francisco Peraza Delgado y Bernardo Camacho Olazagasti. Sus brigadas fueron: la 1.ª - del Centro, con zona de operaciones en Viñales, Pinar del Río, San Juan y Martínez y San Luis, a las órdenes del coronel Manuel Lazo Valdés; contaba con el regimiento Pedro Díaz, al mando del coronel Policarpo Fajardo Díaz, quien tenía como segundo al mando al teniente coronel Ramón Vidal Díaz; y el regimiento Roloff, mandado por el teniente coronel Francisco A. Aguilar.

La 2.ª brigada, llamada del Cabo tenía como territorio de actuación Guane, Mantua y el cabo de San Antonio; su jefe fue el coronel Luis Pérez y contó con el regimiento Vidal Ducasse, cuyos jefes fueron los coroneles Vidal Ducasse, Bernardo Puente Aguirre y Alfredo Torres. El otro regimiento fue el José María Rodríguez, al mando del coronel Faustino Guerra Puentes.[5]

Los efectivos de los regimientos de infantería insurrectos, apenas alcanzaban el 50 % respecto a cualquiera de los batallones regulares de infantería españoles. Los más nutridos fueron los regimientos de infantería Invasor Villareño y el Maceo, que contaron con más o menos 600 hombres; el regimiento de infantería Gómez, apenas alcanzó los 562 miembros; los regimientos José María Rodríguez y Aguilera, poco más 350; y los restantes tuvieron entre doscientos y trescientos.

Cerca del 20 %, se incorporó a las filas del Ejército Libertador en el año 1895; en su mayoría eran orientales, villareños, matanceros y otros que integraron las fuerzas invasoras y llegaron a sumar unos ochocientos hombres. El 63 % (2419 hombres) se incorporó después de la llegada de la columna invasora, comandada por el mayor general Antonio Maceo al territorio de Vueltabajo y participó en las campañas que, bajo su dirección, fueron desarrolladas en el territorio, integrados a los regimientos citados.

Entre los orientales que acompañaron al general Antonio en Vueltabajo, se destacaron los generales de división Juan Eligio Ducasse, Juan Lorente y José Quintino Bandera, Quintín; los generales de brigada Vidal Ducasse, Bernardo Camacho, Francisco Leyte Vidal y Martín Torres González; los coroneles Francisco Frexes Mercade, Augusto Arnao Cao, José Azanza, Miyares, Agustín Arencibia, José Ca-

[5] Miguel Varona Guerrero: *La guerra de Independencia de Cuba de 1895-1898,* vol. III, pp. 1872-1874.

macho Viera, Benigno Ferie Barbié, Alfredo Despaigne, Manuel de La O Jay, Guillermo Pérez, Bernardino Puente Aguirre, Francisco Zabala Reyes y los tenientes coroneles Carlos González Clavel, José Ramón Villalón Sánchez, Rafael Báster de la Rosa y Rafael Gutiérrez Marín.

Del Camaguey formó parte de ese cuerpo el general de división Antonio Varona Miranda y de Las Villas, el mayor general Pedro Díaz Molina; los generales de brigada Roberto Bermúdez, Hugo Roberts Fernández y Francisco Higinio Peraza Delgado; los coroneles Juan López- Campillo D´Wolf, Francisco Fleites Rivero, Severiano García García, José Gálvez Gálvez, Manuel Piedra Martel y Serafín García Casanova. De Matanzas, los generales de brigada Juan Monzón y Silverio Sánchez Figueras; los coroneles, Federico Bacallao Sánchez, José Hernández, Julián Galló, Oscar Justiniano y Domingo Lecuona.

De La Habana integraron el cuerpo vueltabajero los generales de brigada Juan Bruno Zayas y Pedro Sáenz Yánez; los coroneles: Baldomero Acosta Acosta, Juan Ignacio Almagro Eliazaga, Francisco Díaz Vivó, Gerardo Portela de la Fuente, Eulogio Sardiñas Zamora y el teniente coronel Serapio Simeón Armenteros.

En las filas del 6.º cuerpo prestaron servicio más de cincuenta extranjeros: 40 nacidos en España, tres africanos, cuatro dominicanos, dos colombianos, uno procedente de Puerto Rico, Chile y Estados Unidos. De Puerto Rico, el general Juan Rius Rivera, quien ocupó la jefatura del cuerpo, hasta resultar herido en un combate y ser apresado por los españoles en la primera mitad de 1897. El general de brigada chileno Pedro Vargas Sotomayor cumplió misiones junto al general Antonio y murió el 9 de noviembre de 1896, en la zona de Bahía Honda. El coronel Adolfo Peña y el comandante Ignacio Medrano eran naturales de Colombia. De la República Dominicana combatieron en este cuerpo, el general de brigada Dionisio Gil de la Rosa, natural de Concepción de La Vega; los coroneles Hipólito Aybar García, de Santiago de los Caballeros, y José Camejo Payents, de Santo Domingo, y el teniente coronel Jorge Valera. Entre los oficiales naturales de España que integraron el cuerpo se hallaban el general de división José Miró Argenter, jefe de Estado Mayor del general Antonio Maceo; el teniente coronel Domingo Acosta Padilla, natural de Islas Canarias; los comandantes Domingo Hernández García y Andrés Larios Pandilla; los capitanes Francisco Gómez, de Galicia y Manuel Romero Méndez, de Andalucía; los tenientes Antonio Ruiz y Manuel Rodríguez Torres, de Andalucía; los subtenientes Antonio Muñoz Arena, de Andalucía, y Miguel Nadal Fernández, de Alicante, Valencia, entre otros.

Entre los patriotas pinareños que ejercieron cargos de responsabilidad en las filas del 6.º cuerpo se destacaron el general de brigada Pedro Delgado Carcache, natural del Mariel; los coroneles: Modesto Rubio Gómez —de Pinar del Río—, Emilio Laurent —de Guanajay—, Indalecio Sobrado Lago —de Bahía Honda—, Manuel Lazo —de Guane—, Miguel Llaneras —del Mariel—, Luis Pérez Rodríguez —de Galafre, San Juan y Martínez—, y Antonio Federico y Vicente Núñez —de Puerta de la Güira—; los tenientes coroneles Faustino Guerra, Pino —de San Juan y Martínez—, Policarpo Fajardo Díaz —de Guane— y Carlos Socarrás Acosta —de Pinar del Río.

La oficialidad del 6.º cuerpo de ejército, estuvo integrada por 11 oficiales superiores: tres mayores generales, dos generales de división y seis generales de brigada; 151 primeros oficiales: 32 coroneles, 44 tenientes coroneles y 75 comandantes; 481 oficiales subalternos: 147 capitanes, 150 tenientes y 184 subtenientes. En total, en todas las categorías y grados se registran 643 oficiales, equivalentes al 16 % del total de los efectivos.

Mantuvieron una destacada participación las patriotas Isabel Rubio Díaz; Gabriela de la Caridad Azcuy Labrador, Adela; Magdalena Peñarredonda Dolley, María de la Luz Noriega Hernández, Catalina Valdés Páez y muchas otras que se incorporaron a las filas de combatientes del cuerpo.

Muerte de los mambises que integraban el 6.º cuerpo

En 1896, las fuerzas del 6.º cuerpo del Ejército Libertador registraron más cien defunciones. Si agregamos las 80 mencionadas por el general Valeriano Weyler[6] en sus memorias, y 39 insurrectos que se conoce que fueron muertos durante el asalto al poblado de La Palma a finales de marzo de 1896,[7] la cifra se eleva a 219 fallecidos, aunque pueden haber sido muchos más. Resulta significativo que, de las bajas en las fuerzas insurrectas, cerca del 40 % de ellas se produjo durante enfrentamientos con el adversario, directamente en el campo de batalla o a causa de las heridas recibidas en los combates. Las principales acciones combativas donde murieron algunos de los combatientes cubanos en 1896, fueron:

1.º de febrero, cayeron en combate los soldados del regimiento de infantería Gómez, Francisco Morejón, Miguel Pérez y Julián Pedroso, cuyo lugar de muerte no se conoce.

7 de febrero, en la acción de Río Hondo, falleció el teniente Limbano Sánchez y Ramos, de 18 años —hijo del general de brigada Limbano Sánchez Rodríguez—, natural de Baracoa, Guantánamo, quien pertenecía directamente a la fuerza del mayor general Antonio Maceo y Grajales.

1.º de mayo, cayeron en acción de guerra cuatro integrantes del regimiento de infantería Gómez: el capitán Jacobo C. Grandas, los sargentos Daniel Suárez y Marcos Guzmán, y el soldado Quirino Pereira, no se especifica el lugar de la acción.

5 de mayo, en Vega Morales y loma de Sebastopol, San Cristóbal, fueron muertos en acción de guerra el coronel Benigno Ferié Barbie, natural de Sagua de Tánamo, y el capitán Basart, cuyas demás generales se desconocen, ambos al mando directo del mayor general Antonio Maceo.

[6] El académico español Enrique de Miguel Fernández escribió que según la cuantificación de las muertes de soldados cubanos, durante el mandato de Weyler, en Pinar del Río fallecieron 4523. Véase de este autor: *La correspondencia de Azcárraga con Weyler, sobre la guerra de Cuba 1896-1897,* p. 31.

[7] Rafael Azcuy González: *Antonio Maceo y el asalto a La Palma,* p. 84.

1.º de julio, se registran 11 muertos en combate, todos del regimiento de infantería Gómez: los sargentos Antonio Rivero, Justo Reguel, Pablo Rojas y Francisco León; los cabos Florencio Rojas y Ángel González; y los soldados José D. Hernández, Manuel Muñiz, Juan Delgado, Leopoldo Ramírez y Patricio Gómez.

23 de julio, en loma de Tapia, cayó en combate el sargento José Ruiz, natural de Santiago de Cuba, de 23 años, soltero, perteneció al regimiento infantería Aguilera.

1.º de agosto, se registran cuatro muertos en combate, todos del regimiento de infantería Gómez: el sargento Cipriarno Varona y los soldados Roque Virgil, José Barroso y Antonio Rubessí, se desconoce el lugar de la acción.

30 de agosto, fue muerto en la loma del Molino el teniente Pedro Ramos y Portales, médico veterinario, natural de bahía Honda, de 28 años y soltero.

1.º de septiembre, cayeron en acción de guerra el cabo Lorenzo Batista y el soldado José Herrera, ambos pertenecientes al regimiento de infantería Gómez, se desconoce el lugar.

26 de septiembre, en Tumbas de Estorino, fue muerto en acción de guerra el teniente Ramón Ivonet, que combatía a las órdenes del mayor general Antonio Maceo.

1.º de octubre, murieron en acción de guerra los tenientes Lucilo Bárzaga y Corría, natural de Baire, Santiago de Cuba, de 40 años, comerciante, soltero, perteneció al regimiento infantería Aguilera, Francisco Guerra, así como el soldado Alberto Lima, ambos del regimiento de infantería Gómez.

10 de octubre, cayó en acción de guerra, el comandante Eulogio Aguilera, natural de Bayamo, Granma, de 52 años, quien perteneció al regimiento de infantería Maceo.

24 o 25 de octubre, murieron en Soroa el coronel del servicio Jurídico Francisco Frexes Mercade, natural de Holguín, y el soldado Dirubiano Palacios Serrano, de 28 años, natural de Bartolomé Masó, Granma.

7 de noviembre, en loma de Tapia, cayó combatiendo el coronel Guillermo Pérez, natural de Guantánamo, de 50 años, del campo, soltero.

15, en la acción de Río Hondo murió el capitán Marcelino Ruiz, del regimiento de infantería Gómez.

El accionar combativo del mayor general Antonio Maceo

El 7 de enero se separó de Máximo Gómez en el ingenio Baracoa, para penetrar en la provincia de Pinar del Río al siguiente día. Después de llevar a cabo las acciones de Cabañas, San Diego, Bahía Honda, La Mulata, Viñales, Las Taironas y Tirado, la columna arribó a Mantua el 22 de ese mes; al día siguiente levantó un acta dando por concluido este épico episodio de la guerra. Durante tres meses, había cabalgado 424 leguas y sostenido 27 combates.

Sin pausa inició la primera campaña en Vueltabajo, donde llevó a cabo acciones combativas en Paso Real de San Diego; Candelaria; Río Hondo, donde fue herido en una pierna; San Cristóbal y los ingenios Jabón y Laborí.

El 12 de febrero cruzó la trocha de Mariel a Majana y regresó a la provincia de La Habana, donde se reencontró con el mayor general Máximo Gómez; sostuvo combates en Jaruco, Soto, Moralitos, San Pablo y loma del Gato. El 23 de febrero comenzó una campaña relámpago en los territorios de La Habana y Matanzas, en espera de que se le uniera la infantería oriental, que había quedado en territorio villareño durante la invasión. Sostuvo las acciones de La Perla, Tumba Cuatro, Peñalver, Santa María del Rosario, Guanabacoa, Nazareno, Río Bayamo, Portugalete y Madruga, entre otras.

El 5 de marzo de 1896, entró nuevamente en la provincia de Matanzas y libró acciones en los ingenios Ácana y Diana. El 10 de marzo en el campamento de Galeón, se encontró con Gómez, quien le llevaba a la infantería oriental bajo el mando del entonces general de brigada Quintín Bandera. Ese día vio por última vez al general en jefe. Desde el 13 de febrero al 13 de marzo, había realizado 20 acciones combativas en las provincias de La Habana y Matanzas.

Retornó a Vueltabajo, no sin antes atacar el poblado de Batabanó, y cruzó la trocha de Mariel a Majana. A partir del 15 de marzo de 1896, inició la segunda campaña en la provincia pinareña, en la que efectuó los combates de El Galope, Laborí, Cayajabos, La Merced, El Rubí, La Palma, San Claudio, lomas de Tapia —fue herido una vez más—, Las Pozas, Cacarajícara, Vega Morales, Consolación del Sur, El Descanso, Lombillo, Taco-Taco, río Bacunagua y Santa Isabel.

El 25 de agosto marchó hacia el extremo occidental pinareño en busca de la expedición del general de brigada Juan Rius Rivera, que desembarcaría el 8 de septiembre. Desde Remates de Guane, emprendió el regreso hacia el este y combatió en Loma China, Montezuelo y Tumbas de Estorino, acciones a las cuales siguieron las de Guao, Ceja del Negro, Galalón, Artemisa, Soroa, El Rosario, El Rubí y Bejerano. Solo en las lomas de Tapia se desarrollaron 14 combates durante los meses de abril y junio de 1896.

Bajo la dirección del mayor general Antonio Maceo se efectuaron cerca de 700 acciones combativas de diferente tipo y envergadura, en las cuales las fuerzas coloniales sufrieron más de 2300 bajas definitivas, el 40 % de todos los fallecidos entre 1896-1898. Del total de muertos por acciones de guerra (en combate o por las heridas recibidas en estos), que fueron 585, más de la mitad, 324 (55 %) se registraron entre enero y noviembre de 1896. En total, 324 españoles murieron en combate y otros 101 como resultado de las heridas recibidas en acciones combativas durante los enfrentamientos con las fuerzas insurrectas en esta etapa.

Fue el mes de octubre de 1896 el más costoso en vidas humanas para las fuerzas españolas; en ese mes murieron 137 militares, de ellos, 100 en el campo de batalla y 37 a causa de las heridas recibidas; el 4 de octubre murieron en combate 49 militares españoles.

En la madrugada del 4 de diciembre, el general Antonio, en cumplimiento de una solicitud del general en jefe, con un pequeño grupo burló la trocha de Mariel

a Majana, cruzándola por mar, en un bote, por la bahía de Mariel. Ya en territorio habanero, se dirigió al campamento de San Pedro, cerca de Punta Brava.

El día 7, un destacamento español atacó el campamento y cuando el general Maceo daba órdenes para defender la posición y lanzarse al contraataque, un nutrido fuego lo derribó de su caballo. El azar e infortunio lograron lo que el general Weyler y sus varias decenas de miles de soldados no habían conseguido en once meses de continuo accionar combativo en el territorio de Vueltabajo.

La muerte del mayor general y lugarteniente general del Ejército Libertador Antonio Maceo y Grajales, el 7 de diciembre de 1896, fue una pérdida sensible e irreparable para la insurrección cubana; su prestigio, valor a toda prueba y experiencia militar le ganaron la admiración, respeto y el liderazgo entre los jefes, oficiales y tropas insurgentes. Fue un rudo golpe con fuerte impacto en el accionar de las fuerzas insurrectas en Vueltabajo, que durante casi un año, habían combatido a sus órdenes y fueron testigos de su capacidad y temeridad militares.

El estado anímico y combatividad de las fuerzas cubanas en Vueltabajo no resultó el mismo después de la muerte de Maceo; la situación creada resultaba extremadamente compleja para el desarrollo posterior de las operaciones militares, que se redujeron sensiblemente, limitándose a defenderse de los continuos ataques de las columnas españolas.

A partir de la muerte del mayor general Antonio Maceo y Grajales, el general Weyler, consideró logrado su primer objetivo y dio por pacificada la región pinareña; comenzó a extraer fuerzas para enviarlas a los territorios de Matanzas, Cienfuegos, Las Villas y Sancti Spíritus y fue en busca de su segundo objetivo: el mayor general Máximo Gómez. Para ello, trasladó a la región central de la Isla, la dirección principal y mayor concentración de los esfuerzos militares.

Los hechos históricos evidencian que, a pesar de lo proclamado por el general Weyler y la abrumadora superioridad de las fuerzas españolas, el territorio de Vueltabajo no pudo ser pacificado, la insurrección se mantuvo activa y combativa todo el tiempo, con mayor o menor intensidad, se enfrentó e hizo tenaz resistencia a las fuerzas coloniales, a las cuales sometió a un continuo y sistemático desgaste físico y moral, que, asociado a los factores climáticos y las enfermedades, causó sensibles pérdidas en las filas del ejército español en la Isla.

El pueblo pinareño fue sometido a todo tipo de privaciones, resistió estoicamente las consecuencias de la despiadada reconcentración, que ocasionó la muerte a casi una quinta parte del total de la población; sin embargo en ningún momento dejó de luchar por sus justas aspiraciones de obtener la libertad e independencia del régimen colonial español.

Muchos fueron los hijos del pueblo vueltabajero que dieron su vida por la patria, e hicieron suyas y valederas las palabras del Apóstol: "[…] ¡Lo que importa no es que nosotros triunfemos, sino que nuestra patria sea feliz! […] ¡Todo, oh patria, porque cuando la muerte haya puesto fin a esta fatiga de amarte con honor, puedas tú decir, aunque no te oiga nadie: fuiste mi hijo! ¡No hay más gloria verdadera que la de servirte sin interés, y morir sin manchas![8]

[8] José Martí: *La Revolución de 1868*, Discurso pronunciado en el Masonic Temple, Nueva York, el 10 de octubre de 1887, pp. 235-236.

Huellas en el tiempo. La invasión en la cultura y en la educación

La invasión en la cultura

María Luisa García Moreno

Por lo general, cuando se habla de la campaña de invasión, conducida por los mayores generales Gómez y Maceo, es para hacer referencia a su importancia en la estrategia desarrollada para obtener la independencia o al propio quehacer bélico. Y es natural que sea así, pues no por gusto esta campaña militar llamó la atención del mundo entero sobre esta pequeña islita caribeña y su heroica lucha. Valga como ejemplo de ello esta cita publicada en el periódico *The New York Herald,* el 22 de diciembre de 1895: "Cuando esta marcha de Gómez se descubra, el mundo militar la admitirá como una de las más atrevidas de que se tiene noticias en los designios de forzar líneas enemigas".[1] Sin embargo, también desde la cultura hay mucho que decir del empeño invasor.

Aunque la Guerra de los Diez Años fue preparada por criollos adinerados y no precisamente por las clases populares, el Ejército Libertador estuvo compuesto —no podía ser

[1] Cit. por CEMI: *Historia militar de Cuba,* t. 3, vol. 1, p. 69.

María Luisa García Moreno

Graduada del Instituto Pedagógico Enrique José Varona (Español e Historia) y de la Licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas. Profesora, editora y periodista. Autora de más de treinta títulos, buena parte de ellos de temas históricos, fundamentalmente dedicados a niños y jóvenes. Miembro de la Upec y la Unhic.

de otra forma— por muchos antiguos esclavos y campesinos. Es lógico que la décima campesina —composición poética que, aunque nació en España, se aplatanó en esta tierra— y los géneros bailables de origen guajiro y africano hayan encontrado su espacio en los escasos momentos de sosiego y descanso de la tropa en los campamentos mambises. Al respecto, vale la palabra del propio Martí: "Su literatura no estaba en lo que escribían, sino en lo que hacían. Rimaban mal a veces pero solo pedantes y bribones se lo echarán en cara: porque morían bien".[2]

En cuanto a los cronistas de la guerra, con una literatura de mayor vuelo, vale también el criterio martiano. El Apóstol criticó públicamente *A pie y descalzo,* de Ramón Roa Traviera, "libro sombrío" que desalentaba al pueblo, porque relataba: "[…] a las puertas mismas de la guerra inevitable, todo lo que la pueda hacer temible, con silencio astuto y riguroso sobre los recursos con que habría de contar, y las causas por que la guerra anterior vino a caer, y la grandeza que hace adorable y útil el sacrificio, y da majestad imperecedera a los sacrificados".[3]

En contraste, manifestó el Maestro un alto criterio de los *Episodios de la Revolución Cubana,* de Manuel de la Cruz; en carta dirigida al autor, expresó:

> No he tenido últimamente una hora de reposo, para decirle con qué orgullo he visto, como si fuera mía, esta obra de Vd., y en cuánto tengo su piedad patriótica y su arte literario; pero para releer los *Episodios* no me ha faltado tiempo, porque, sean cualesquiera mis quehaceres, no puedo tropezar con el libro sin tomarlo de la mesa con ternura, y leer de seguido páginas enteras.[4]

Ya en la llamada Guerra de Independencia (1895-1898), en general, y en la invasión, en particular, se incorporaron al Ejército Libertador numerosos profesionales e intelectuales. Ello permite hablar de arte y artistas, aunque fueran soldados, y permite, además la referencia a determinadas manifestaciones culturales que hallaron una alta expresión, en las fuerzas de Maceo.

No puede olvidarse que, aunque la familia Maceo-Grajales poseía algunas pequeñas propiedades que hacían su vida un tanto más cómoda, el color de su piel los situó dentro de los sectores más despreciados en aquella sociedad; por tanto, la educación que recibieron los hijos no rebasó los límites de lo elemental.

Sin embargo, hombre de luces, el general Antonio tuvo la oportunidad de cultivar su inteligencia, sobre todo durante la Tregua Fecunda —o reposo turbulento, como la llamó Martí—; en especial, durante su estadía en Honduras. Maceo estudió francés, geografía e historia, administración pública y arte militar; conoció el *Proyecto de táctica de las tres armas,* de Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero, así como otros textos de clásicos prusianos; supo combinar la teoría

[2] José Martí: "Prólogo a *Los poetas de la guerra,* publicado por *Patria",* en *Obras completas,* t. 4, p. 230.

[3] _____: "A Enrique Collazo", en ob. cit., t. 1, p. 289.

[4] _____: "Carta a Manuel de la Cruz", 3 de junio de 1890, en Luis García Pascual y Enrique Moreno Pla: *Epistolario,* t. 2, p. 204.

que asimilaba en los libros con su propia experiencia combativa, lo que le permitió crecer y transformarse de arriero en hombre culto que gustaba de las artes, de formidable táctico en estratega. José Miró Argenter, quien lo conoció bien, afirmó: "Su cultura intelectual era otra conquista de su voluntad batalladora".[5] También su biógrafo José Luciano Franco se ha referido a ello: "Tal es su pasión por los libros, a los que acude como recreo del espíritu y, también, por el afán de adquirir nuevos conocimientos [...]".[6] Quizás ello influyó en el hecho de que el arte, en sus distintas manifestaciones, estuviera cerca de él y se puede suponer que estimulara el desarrollo de una cultura artística en sus hombres.

Enrique Loynaz del Castillo (1871-1963) y el "Himno Invasor"

La primera misión patriótica de Loynaz fue, en cumplimiento de órdenes de Martí, introducir un alijo de armas y municiones por la Aduana de Nuevitas, Camagüey, en marzo de 1894; pero, descubierto, huyó hacia Nueva York. Martí determinó enviarlo a Costa Rica, donde desarrolló el periodismo[7] y fue secretario del mayor general Antonio Maceo, a quien salvó la vida en el atentado de que fue objeto, el 10 de noviembre de1894, a la salida de un teatro en la ciudad de San José.

En enero de 1895 participó, junto al Apóstol, en la organización del Plan de Fernandina. Se incorporó a la expedición del vapor *James Woodall,* que desembarcó el 24 de julio de 1895 por Tayabacoa, en la costa sur de Las Villas. Sirvió a las órdenes de los mayores generales Carlos Roloff y Serafín Sánchez. Participó como representante por Camagüey en la Constituyente de Jimaguayú (13 de septiembre), donde redactó la declaración de independencia contenida en la Constitución.

Integró la columna invasora con el cargo de ayudante de campo de Maceo. Participó en numerosos combates, incluido el del paso de Las Damas (18 de noviembre de 1896), donde cargó contra los españoles para rescatar el cuerpo sin vida de Serafín Sánchez. Fue designado segundo jefe de la infantería del regimiento expedicionario, en la provincia de Matanzas, a las órdenes del general de división Avelino Rosas Córdoba y, poco después, jefe de estado mayor del mayor general José *Mayía* Rodríguez, jefe del Departamento Occidental. Sustituyó al general de división Quintín Bandera al frente del contingente expedicionario que se hallaba en Las Villas, el cual reorganizó. En dos ocasiones se ofreció para invadir Puerto Rico.[8] Terminó la guerra como jefe del Estado Mayor, en el Departamento Occidental y general de brigada.

[5] José Miró Argenter: Ob. cit., t. 2, p. 618.

[6] José L. Franco Ferrán: Ob. cit., t. 1, p. 119.

[7] Véase Antonio Pitaluga Álvarez, Esteban Barboza Núñez y otros: *Costa Rica en Antonio Maceo,* pp. 51-73.

[8] Movidos por el espíritu solidario presente en las bases del PRC, diferentes jefes del mambisado cubano presentaron al Consejo de Gobierno proyectos para extender la guerra a Puerto Rico. Se destacan los presentados por Loynaz, el 31 de agosto de 1896; el teniente coronel José Miguel Tarafa, el 24 de junio de 1897 y el general José Lacret Morlot y el propio Loynaz del Castillo, el 13 de agosto de 1897. Véase CEMI: *Historia militar de Cuba,* t. 3, vol. 2, pp. 164-167.

Durante la República neocolonial tuvo una activa vida militar y diplomática. Combatió la dictadura de Gerardo Machado Morales y se pronunció contra la de Rafael Leónidas Trujillo, en República Dominicana. Escribió la obra *Memorias de la guerra.*[9]

Enrique Loynaz era aún comandante cuando, durante la invasión, fue designado ayudante de Antonio Maceo. El 15 de noviembre de 1895, el Titán se hallaba acampado en los potreros de La Matilde.[10] Los jóvenes oficiales que integraban la tropa recorrían la hermosa casa vivienda de la propiedad y se esforzaban por borrar toda una serie de letreros ofensivos que los españoles habían escrito en las paredes; pero Loynaz se opuso: argumentó que había que callar aquellas palabras con otras y, cuando se quedó solo en una habitación, dibujó en la hoja de una ventana una bandera cubana y en la otra unos versos que, poderosos, se apoderaron de su mano.

Cuando concluyó, sus compañeros se acercaron, leyeron los versos y, emocionados, buscaron papel y lápiz para copiarlos. El joven oficial corrió a donde estaba Maceo y le dijo: "General, aquí le traigo su himno de guerra", y cantó aquellos versos. El Titán lo escuchaba con atención y cuando el joven terminó, expresó: "¡Magnífico, hijo! Yo no sé de música; pero esto me gusta. Será nuestro 'Himno invasor' y recorrerá en triunfo la Isla toda. Véame a Dositeo Aguilera[11] para que mañana mismo al romper el día, la banda estrene el himno de la invasión…".[12]

En la mañana, el campamento mambí se estremeció con las vibrantes notas de aquel himno de guerra y, a partir de ese momento, aquel canto acompañó a los invasores y enardeció sus ánimos en cada combate. Junto a ellos llegó a Mantua y tres años después acompañó la entrada del Ejército Libertador a la capital (véase anexo).

José Miró Argenter (1851-1925) y sus Crónicas de la guerra

El joven Miró había peleado y alcanzado el grado de teniente en la tercera guerra carlista (1872-1876) en su país natal. En 1874 embarcó hacia Cuba y se estableció en La Habana, aunque dos años después, se trasladó para Santiago de Cuba, donde conoció a Antonio Maceo en el almuerzo de despedida que se le ofreció el 8 de mayo de 1878, antes de que abandonara la Isla y marchara hacia Jamaica en busca de ayuda, comisionado por el gobierno creado tras la Protesta de Baraguá.

Colaboró en el desarrollo del Plan Gómez-Maceo en la provincia de Oriente. En la guerra del 95 se alzó desde el mismo día 24 en Holguín, al frente de un con-

[9] Los datos de este autor han sido tomados de CEMI: *Diccionario enciclopédico…,* ob. cit., t. 1, pp. 164-168.

[10] La finca La Matilde fue propiedad de José Ramón Simoni, padre de Amalia y suegro de Ignacio Agramonte Loynaz.

[11] Manuel Dositeo Aguilera (Holguín, 1863-1928). Director de la banda de música de la columna invasora. Mientras los mambises combatían, la banda dirigida por este patriota, estimulaba a sus compañeros con los acordes de marchas patrióticas. El propio hecho de que el contingente invasor contara con una banda de música es signo de la importancia que Antonio Maceo confería a la cultura.

[12] Renée Méndez Capote: *Relatos heroicos*, pp. 79-83.

tingente de patriotas, con el grado de coronel. Después de la llegada a la Isla del general Antonio Maceo y sus compañeros de expedición (1.º de abril de 1895), este le ratificó el grado y lo incorporó a su Estado Mayor y, más adelante, lo promovió a jefe de Estado Mayor de la columna invasora. Como tal, partió el 22 de octubre de 1895 desde Baraguá —hermoso símbolo de la continuidad histórica de la revolución— y estuvo junto a Maceo durante toda la invasión y en ambas campañas en Pinar del Río. Lo acompañó también en el cruce por mar de la trocha de Mariel a Majana en la noche del 4 de diciembre, cuando el Titán marchaba al reencuentro con Máximo Gómez, para apoyarlo en sus desavenencias con el Consejo de Gobierno.

El fatídico 7 de diciembre resultó herido, por única vez en la guerra, en el combate de San Pedro, donde cayó su jefe. Precisamente, cuando se oyeron los primeros disparos, Maceo escuchaba la crónica[13] escrita por Miró acerca de la acción de Coliseo.

Desconcertado por la caída del Titán huyó del campo, marchó a Camagüey y, de ahí, a Manzanillo, donde mostró poca actividad durante el resto de la guerra. Concluida la contienda fue ascendido a general de división.

Durante los primeros años de la República neocolonial, se encargó del archivo del Ejército Libertador. Se dedicó a la historia y al periodismo. Es autor de la obra *Crónicas de la guerra*, libro que, aunque plagado de exageraciones, logra trasmitir un profundo sentimiento de admiración hacia nuestros heroicos mambises.[14]

Armando García Menocal (1863-1942), el Pintor de la Revolución

Era ya Menocal un artista reconocido y profesor de San Alejandro cuando estalló la guerra; abandonó las aulas y se incorporó a la manigua el 5 de junio de 1895, en Camagüey, a las órdenes del general en jefe, quien lo hizo su ayudante y lo incorporó a su Estado Mayor.

Máximo Gómez lo designó miembro de la comisión encargada de llevar al general Antonio su nombramiento como lugarteniente general del Ejército Libertador y Menocal, en la parte inferior del pergamino, dibujó un retrato de Maceo.

Participó junto a Gómez en la invasión y, en el propio campo insurrecto pintaba escenas épicas de la guerra, las cuales eran vendidas en el extranjero para recaudar fondos con destino a la Revolución. También pintó escarapelas mambisas, retratos de jefes y dibujó los campamentos con igual fin o para regalarlos a los retratados. Terminó la guerra en el Cuartel General del 5.º cuerpo.

[13] Aunque como libro se publicaron después de concluida la guerra (primera edición: Librería e Imprenta La Moderna Poesía, La Habana, 1909), durante el desarrollo de la contienda muchas fueron publicadas en *El Cubano Libre* y otros medios de prensa. Eran, además, leídas en los momentos de descanso por el propio Miró a los interesados y participantes en los hechos bélicos que reflejaba.

[14] Los datos sobre Miró Argenter han sido tomados de CEMI: Ob. cit., t. 1, p. 204.

Durante la República ocupó la cátedra de Paisajismo de la Academia de San Alejandro. En 1906 pintó su famoso cuadro "La muerte de Maceo",[15] al cual se han hecho numerosas críticas en cuanto a su veracidad; pero cuyo dramatismo y emotividad son innegables.[16] También creó otras obras dedicadas a la guerra de independencia, como "La batalla de Coliseo" (en la finca de Rosalía Abreu o quinta Palatino); "La toma de Guáimaro", en el Museo de la Revolución, y "Gómez en campaña" y "Carga al machete", en Bellas Artes. Muchas de sus obras se hallan en colecciones privadas. Su pintura es academicista. Desde 1927 se desempeñó como director de la Academia de San Alejandro hasta 1934, cuando enfermó.[17]

Son estos solo ejemplos de cómo música, literatura y plástica se conjugaron para enaltecer valores patrios. Concluida la guerra, también hallaría la invasión su reflejo en otras manifestaciones del arte, sobre todo en el monumento que se erigió en Mantua.

El Monumento al soldado invasor, en Mantua

La idea de erigir un obelisco conmemorativo de la llegada de la invasión a Mantua el 22 de enero de 1896 correspondió al periodista espirituano León Brunet Ramírez,[18] redactor del periódico *El Triunfo* y vicesecretario de la Asociación de la Prensa Cubana (APC), quien sería declarado hijo adoptivo de Mantua en sesión ordinaria celebrada por el Ayuntamiento local el 30 de septiembre de 1933.

[15] Se halla en el Museo de la Ciudad, en el antiguo Palacio de los Capitanes Generales, en La Habana.

[16] Para crear el óleo, el renombrado pintor tuvo como principales fuentes de información histórica los testimonios de dos testigos presenciales: el mayor general Alberto Nodarse Bacallao y el general de división José Miró Argenter. Uno los errores del cuadro se refiere a la alteración de las posiciones de los hombres que estuvieron alrededor de Maceo; en el óleo, los dos informantes se hallan situados en lugares protagónicos, lo cual no se corresponde con la verdad histórica. Otro error tiene que ver con las heridas que pusieron fin a la vida del Titán: el disparo mortal le impactó el mentón, fracturándoselo en tres y le atravesó la cabeza; cortó la vena carótida e interrumpió la circulación de la sangre y oxígeno al cerebro, lo que le provocó la pérdida de la visión del ojo derecho y la caída del caballo ya cadáver; sin embargo, en el cuadro, el rostro de Maceo no presenta ninguna herida, mientras que su pecho es un rosetón rojo. El tercer error es la inclusión en la obra de Francisco Gómez Toro, Panchito, quien se hallaba herido de una acción anterior y no participó en el combate. Véase Antonio Álvarez Pitaluga: "La caída de un héroe y el secuestro de un mito", en revista *Honda* no. 35, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2012, pp. 30-38; Antonio Álvarez Pitaluga y Esteban Barboza Núñez: Ob. cit., pp. 187-203.

[17] Los datos de García Menocal han sido tomados de CEMI: Ob. cit., t. 1, pp. 127.

[18] Aunque había nacido en Sancti Spíritus, sentía por Mantua particular afinidad. Allí creó el patronato local "Por Cuba y por un Mantua M. N. mejor". Además se le relaciona con obras sociales como la carretera y el alumbrado público; el título de Monumento Nacional; la fundación del periódico *Ecos de Mantua,* la imprenta Las Villas, la banda municipal La Invasora, la academia de corte y costura; así como la creación del parque José Martí, entre otras.

Enamorado de su historia patria, en los Juegos Florales[19] de 1929, celebrados en el Auditorio de La Habana, bajo los auspicios de la APC, principal institución periodística cubana del momento, Brunet manifestó su iniciativa de construir en Mantua una estatua al soldado invasor y enfatizó:

> [...] El monumento se realizará. La gesta magnífica y gloriosa de la Invasión en nuestro monumento es una consagración digna del esfuerzo que hicieron nuestros hermanos por conquistar la libertad de esta querida tierra, que en Mantua se levantará para honrar a las generaciones en piedra, el bronce y el mármol que digan a la posteridad que allí tuvo culminación el esfuerzo más grande de nuestra Historia por hacernos libres e independientes. Honrar honra, como dijera el gran Martí [...].[20]

Se creó un Comité Gestor Nacional, encabezado por el coronel Carlos Machado Morales —hermano del presidente—, quien había formado parte de la columna invasora, a las órdenes de Juan Bruno Zayas. Lo integraron, además, Rafael María Angulo, presidente de la APC; el general de brigada Carlos González Clavel; el comandante Alberto Barreras; el general Santiago García Cañizares;[21] el arzobispo de La Habana, Manuel Ruiz Rodríguez; el doctor en Pedagogía Antonio Iraizos[22] y el destacado arquitecto Antonio Quintana Simonetti. Como secretario fue designado el propio Brunet; como tesorero, Diego Franchi y como vocales, los directores de todos los periódicos.

Entre los presidentes de honor, se hallaban los generales Gerardo Machado Morales, a la sazón presidente de la República; los mayores generales Pedro Betancourt Dávalos y Mario García Menocal, expresidente de la República (1913-1921); Alfredo Zayas y Alfonso, hermano del general Juan Bruno Zayas y sucesor de Menocal en la Presidencia (1921-1925); así como Clemente Vázquez Bello, presidente del Senado, y los gobernadores de las seis provincias —Ramón Fernández Vega, de Pinar del Río; Antonio Ruiz, de La Habana; Juan Gronlier, de Matanzas; Juan Antonio Vázquez Bello, de Las Villas; José Antonio Villena, de Camagüey; y José R. Barceló, de Oriente. Además

[19] Los juegos florales o floralia (en latín, *Ludi Floreales*) fueron instaurados en la antigua Roma en honor a la diosa Flora y se celebran cada año del 28 de abril al 3 de mayo desde 173 a. n. e. En la actualidad, se siguen celebrando en muchos lugares, como certámenes literarios.

[20] Cit. por Ariel Lemes Batista: "La invasión de oriente a occidente: una gesta y un monumento para perpetuarla", en www.monografías.com (consultado: 17 de enero del 2021).

[21] Representante a la Asamblea Constituyente de Jimaguayú, secretario del Interior en el Consejo de Gobierno de la República en Armas y participante, junto a Antonio Maceo, en la invasión desde Oriente hasta las Villas. Véase Berto Delis Conde Fernández y Pedro L. García Alfonso: "Sancti Spíritus: presencia de la medicina en 500 años de historia", en *Gaceta Médica Espirituana*, Universidad de Ciencias Médicas, Sancti Spíritus, vol. 16, no. 2, 2014 (pdf).

[22] Antonio Iraizos del Villar (Cuba, 1890-1976). Escritor, político, diplomático y periodista cubano. Presidio la Academia Cubana de la Lengua desde 1969 hasta su muerte. Perteneció también a la Academia de la Historia de Cuba y a otras instituciones.

integraron el Comité Gestor como miembros de honor, los presidentes de las asociaciones periodísticas, y Miguel Mariano Gómez Arias, alcalde de La Habana.

El senador Alberto Barreras propuso y el Congreso aprobó un proyecto de ley que asignaba la suma de 10 000 pesos para la construcción del monumento; dicha cifra se recaudaría mediante colectas públicas y festivales. Numerosas instituciones contribuyeron, incluso los estudiantes de las escuelas públicas y privadas.

De igual forma, destacadas personalidades de la intelectualidad cubana como los historiadores Emeterio Santovenia Echaide y Gabriel García Galán; los generales Enrique Loynaz, Domingo Méndez Capote y otros disertaron sobre la heroica gesta. El 8 de mayo de 1930 se desarrollaron en todo el país actividades para recaudar fondos.

Previamente se había convocado un concurso para elegir el boceto del monumento, en el cual se presentaron ocho propuestas. El jurado, encabezado por el catedrático de la Universidad de La Habana Salvador Salazar Roig, había seleccionado el proyecto del arquitecto José María Bens Arrate y el famoso escultor Juan José Sicre.[23] A partir de la maqueta de Sicre, Jaime Valls[24] realizó el cartel promocional.[25]

La obra escultórica está forjada en bronce. El dinamismo de las figuras del anónimo insurrecto y su bruto refleja el heroísmo y coraje de una carga mambisa. Mide 1,96 m de alto por 3,52 de ancho y descansa sobre un pedestal de piedra de Jaimanitas tallada de 7,85 m de altura por 1,62 de ancho, para un total de 9,81 m de altura. En la base aparece tallado un croquis con la ruta de la Invasión, desde los Mangos de Baraguá hasta los Mangos de Roque.

La primera piedra fue colocada en un acto público en 1932 y las obras comenzaron unos meses después; aunque ya el 19 de septiembre de 1933 la obra estuvo lista, no fue inaugurada hasta el 4 de agosto de 1935. Mediante el Decreto Ley no. 207, del 3 de septiembre del propio año fue declarado Monumento Nacional, lo cual fue ratificado el 11 de abril de 1991 por la Comisión de Monumentos Históricos.

El Monumento al soldado invasor en la filatelia

Según Lucía Sanz Araujo,[26] especialista en la materia "[…] la Invasión de oriente a occidente, protagonizada por las tropas del Ejército Libertador, al mando de los mayores generales Máximo Gómez Báez y Antonio Maceo Grajales, no ha hallado la repercusión merecida, hasta la fecha, en la filatelia nacional".[27]

[23] Juan José Sicre Vélez (Matanzas, 1898-Estados Unidos, 1974). Famoso escultor cubano. Su obra más conocida es la escultura de Martí de la Plaza de la Revolución.

[24] Jaime Valls Díaz (España, 1883-La Habana, 1955). Destacado pintor, ilustrador, escultor, caricaturista y publicista.

[25] El cartel llevaba la siguiente leyenda: "Mayo, 8/ 1930/ El Día al Soldado Invasor / Contribuya a levantarle un monumento en Mantua concurriendo este día a cualquiera de los espectáculos que se celebren en La Habana".

[26] Periodista y directora de la revista *Pionero* hasta su fallecimiento en el 2021, quien llevó durante muchos años, una sección especializada en filatelia en la revista *Bohemia* y más recientemente en *Verde Olivo*.

[27] Lucía C. Sanz Araujo: "A occidente nos manda el deber", en *Revista de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí,* año 107, no. 1, enero-junio del 2016, p. 30.

No obstante, en 1932, a la vez que se daban los pasos necesarios para erigir el monumento, se realizaron las gestiones para llevar adelante la emisión postal, a propuesta de Tomás Servando Gutiérrez, experto filatelista encargado por el Gobierno de las nuevas emisiones.

Dado el éxito que había alcanzado el cartel de Valls y la reconocida calidad de este artista se le propuso que se encargara del diseño de la nueva emisión; pero el ilustrador rehusó la encomienda alegando previos compromisos de trabajo. Entonces, se le asignó la tarea a un dibujante joven y desconocido, pero, sin duda, talentoso. Julio Díaz Horta supo captar la esencia patriótica de su misión.

Aunque no se sabe con exactitud quién realizó la selección de los motivos, según Sanz Araujo, esta fue excelente.

> La primera de las piezas, en color carmelita y con el menor valor facial, tres centavos, perpetuó un sitio histórico por partida doble: los Mangos de Baraguá […].
> A los combates de Mal Tiempo y Coliseo se destinaron las estampillas de cinco —en color azul— y diez centavos —en verde—, respectivamente […].
> […]
> El tercero[28] de los sellos, apaisado —todos tienen iguales dimensiones: 25 x 38 mm, pero dos son verticales— reproduce en un grabado los retratos de tres de las figuras descollantes de la Invasión: sus dos jefes, junto a Juan Bruno Zayas.
> De color negro y con el mayor valor facial, veinte centavos —destinado al servicio de certificado— es la pieza con la imagen del Monumento al Soldado Invasor. El dibujo, reproducido con minuciosa exactitud por Díaz Horta, representa la maqueta de esa obra que, por entonces estaba en construcción.[29]

Otra curiosidad filatélica relacionada con la invasión

Existe también una estampilla dedicada al centenario (15 de noviembre de 1995) del general Enrique Loynaz, como antes hemos referido, creador del "Himno Invasor". Es un sello de tres centavos, apaisado, que muestra en un óvalo el retrato del patriota y, al lado, la letra y la partitura del himno. Fue diseñado por Eladio Rivadulla Martínez, artista de la plástica y periodista.

Como se aprecia, la campaña de invasión al occidente, además de constituir una proeza militar y uno de los hechos más relevantes de nuestra historia patria, marcó el quehacer de personalidades de la intelectualidad y el arte en Cuba, y ha dejado una profunda huella en nuestra cultura. Su impronta no se limitó a su propio tiempo y se ha constituido, a pesar de las insatisfacciones que puedan existir al respecto, en motivo de inspiración para las generaciones que le han sucedido.

[28] Realmente se refiere al cuarto.
[29] Lucía C. Sanz Araujo: Ob. cit., pp. 33 y 34.

Anexo 1

Himno Invasor

¡A las Villas, valientes cubanos:
A Occidente nos manda el deber
De la patria a arrojar al tirano
Es preciso morir o vencer.

Si es glorioso morir por la idea
Que en mil lides a Cuba ensalzó
Roja en sangre la patria se vea
Mas no sierva del yugo español.

De Martí la memoria adorada
Nuestras vidas ofrenda el honor
Y nos guía la fúlgida espada
De Maceo al avance invasor.

De Cisneros el ejemplo sublime
Hoy los buenos sabrán imitar
Y va Gómez que a Cuba redime
En glorioso y tenaz batallar.

Orientales heroicos, ¡al frente!
Camagüey legendario,¡avanzad!
Nuestras armas darán a Occidente,
Y a la Patria infeliz, Libertad!

Nos esperan las verdes sabanas
Y los campos de rico esplendor.
¡Adelante la fuerza cubana!
¿Quién detiene el empuje invasor?

De Occidente la activa campaña
Doquier lanza impetuoso fulgor,
Que no puede el soldado de España
Igualar al cubano en valor.

Al galope, escuadrones, marchemos,
Que el clarín a degüello ordenó,
Los machetes furiosos alcemos,
¡Muera el vil que a la Patria ultrajó!

Anexo 2

Algunas pinturas de Armando García Menocal

La muerte de Maceo.

La batalla de Coliseo.

La toma de Guáimaro.

Gómez en campaña.

Anexo 3

Monumento al soldado invasor, Mantua

Anexo 4

La invasión en la filtelia

Serie dedicada a la invasión.

Enrique Loynaz del Castillo y el “Himno Invasor”.

La invasión al occidente. Evocaciones pictóricas de la epopeya y sus héroes (1895-1976)

Bárbara Oraima Argüelles Almenares

En el contexto de la guerra necesaria, entre el 22 de octubre de 1895 y el 22 de enero de 1896, desde Mangos de Baraguá en Oriente, hasta Mantua en occidente, se desarrolló la invasión. El sueño postergado de los mambises se convirtió en la campaña militar de mayor impacto acontecida en los treinta años de lucha anticolonial desarrollada en Cuba. Combates y operaciones militares como Soledad (4 de noviembre), Lavado (8 de noviembre), Guaramanao (11 de noviembre), cruce de la trocha de Júcaro a Morón (29 de noviembre), La Reforma (2 de diciembre), Iguará (3 de diciembre), Manacal (11 de diciembre), Siguanea (13 de diciembre), Mal Tiempo (15 de diciembre), Coliseo (23 de diciembre), el lazo de La Invasión (24-31 de diciembre), Calimete (29 de diciembre), Caimito (1-6 de enero de 1896), Cabañas (9 de enero), Bahía Honda (10 de enero) y Ti-

Bárbara Oraima Argüelles Almenares

Licenciada en Letras y máster en Estudios Cubanos y del Caribe, 2005. Investigadora auxiliar del Centro de Estudios Antonio Maceo Grajales y profesora auxiliar adjunta de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Oriente. Coautora de Momentos del imaginario artístico santiaguero y autora de numerosos artículos publicados en libros y medios de prensa. Ha recibido múltiples premios y reconocimientos, el último de ellos, fue el del Centro de Arte Contemporáneo Wilfredo Lam, Investigarte, 2020.

rado (19 de enero)[1] fueron algunos de los que enaltecieron el espíritu independentista de los cubanos, que al paso victorioso de las tropas por los poblados se incorporaban a la columna invasora, fragua de líderes y de la gloria que en la nueva contienda experimentó el Ejército Libertador.

Dirigida por sus epónimos indiscutibles, Máximo Gómez Báez (Bani, República Dominicana-La Habana, 1905) y Antonio Maceo Grajales (Santiago de Cuba, 1845- Punta Brava, La Habana, 1896), los objetivos esenciales trazados para la campaña invasora se cumplieron: extender la guerra a todo el país; obligar a las tropas españolas a manifestarse en el campo de batalla; y devastar el amplio emporio económico concentrado en la región centroccidental de la Isla, causa y nutriente principal del poder que ejercía España sobre Cuba.

Pletórica de éxitos y excepcionalidades, la invasión al occidente ofreció todos los asuntos de su preferencia a los artistas cultivadores del tema histórico de nuestras guerras de independencia, clasificación genérica bajo la cual permanece oculta la pintura dedicada a la invasión, lo que le ha restado visibilidad a lo mucho que aportó este hecho al medio sociocreativo del arte de la pintura. Ordenarla teniendo en cuenta dicha particularidad y enriquecerla con referencias registradas en varias fuentes bibliográficas, no siempre tomadas en cuenta en este tipo de estudio, es el sentido principal de estas páginas, las que además señalan algunos de los caminos no trillados en los anales de nuestro arte.

Los artistas y sus obras, 1895-1976

No se sabe con exactitud cuántos artistas y obras se dedicaron a la invasión. Quienes orientaron su arte desde La Habana lograron obtener la mayor trascendencia, pues la capital ha concentrado siempre los espacios de mayor y mejor promoción del arte en Cuba. Las obras localizadas delimitan un arco temporal extenso, desde 1895 hasta 1976, lo cual revela la presencia de varias generaciones de artistas, que estimulados por la fuerte recepción sociocultural de la invasión, pintaron sobre el hecho en múltiples circunstancias marcadas por los visos de tres contextos históricos profundamente diferentes.

Como ya se conoce, fue la guerra del 95 la que favoreció el desarrollo exitoso de la invasión y el despliegue de sus asuntos en la pintura. Armando García Menocal (La Habana, 1863-1942) se erige como el primer artista que representó el hecho en el transcurso de la propia guerra. Las primicias y la amplitud de los trabajos que aportó se deben fundamentalmente a su condición de maestro consagrado en todos los géneros de la pintura y a su participación en la gesta libertadora. Se mantuvo en campaña durante casi toda la contienda, desde su incorporación en Camagüey, el 5 de junio de 1895, hasta su licenciamiento en Marianao, el 15 de septiembre de 1898.[2]

Las fuentes documentales que tratan la biografía del artista asociada a la pintura de la guerra revelan la invasión como el periodo más fecundo vivido por Me-

[1] Véase CEMI: *Diccionario enciclopédico…*, ob. cit., t. 2 y José Miró Argenter: Ob. cit., t. 1.

[2] Carlos Roloff y Mialofsky: Índice Alfabético y Defunciones del Ejército Libertador de Cuba, ob. cit., p. 591.

nocal, quien le ofreció ganancias militares y artísticas de suma importancia. Basta señalar que, en Camagüey, Menocal fue escogido por Salvador Cisneros-Betancourt, recién elegido, en la Asamblea de Jimaguayú, presidente de la República en Armas para viajar a Oriente junto con toda la comitiva del Consejo de Gobierno, ocasión en la que conoció a todos los jefes de zona.[3] Subordinado y ayudante de campo de Gómez y Maceo, como pocos mambises, Menocal recorrió la mayor parte del itinerario de la invasión, desde Baraguá hasta Mariel, lo que le permitió conocer en el propio teatro de la guerra a los máximos jefes de la Revolución, escenas épicas y sus protagonistas, cuantiosas estrategias e interioridades de la campaña entre otras esencias del hecho bélico y su expresión social, los cuales completarían las relaciones raigales de Menocal con la campaña e inspirarían el temperamento y actividad creadora del artista. Se destacó en el combate de Calimete, Matanzas (29 de diciembre), y en el ingenio Mi Rosa, La Habana (11 de enero); en ambos resultó levemente herido.[4] Sin embargo, de las obras que realizó durante esta etapa, ninguna manifiesta explícitamente su relación con la campaña invasora. Fuentes bibliográficas también caracterizadoras del segmento de su obra realizado y destinado a la guerra, vuelven sobre las ganancias artísticas del periodo invasor, sugerentes además de las técnicas, asuntos y estilo utilizados por Menocal, recordado como "[…] mambí extraño y bohemio […] se echaba el rifle al hombro en las caminatas de la Invasión […] cogía sus creyones y sus colores y retrataba a los capitanes de su hueste, o copiaba los rincones del campamento con exactitud y verismo […]".[5]

Los elementos señalados permiten realizar algunas asociaciones entre las particularidades del contexto de la invasión, las experiencias de Menocal y un segmento de su obra no identificado con ningún acontecimiento de la guerra. Tal es el caso de *Carga al machete*, boceto (óleo sobre tela, 40,5 x 61 cm, colección Museo Nacional de Bellas Artes, CMNBA), y *Caballería mambisa*, boceto (óleo sobre tela, 41 x 61 cm, CMNBA), cuyos títulos recuerdan la invasión por el gran protagonismo que tuvieron durante la campaña esta fórmula de combate y traslado de las tropas de lugar, respectivamente. Asimismo, algunos de los tantos retratos que Menocal realizó a Gómez,[6] debieron brotar de las heroicas jornadas invasoras, como lo insinúa *Máximo Gómez en campaña*, boceto (óleo sobre tela; 40,5 x 61 cm, CMNBA), dedicado al líder supremo del Ejército Libertador y principal artífice de la invasión.

Gómez apreció la pintura y la actividad artística desarrollada por Menocal durante la guerra. Refiere una anécdota que entre ellos hubo varias asperezas y llegó el impetuoso subordinado al desafío, mientras el general en jefe, en un acto

[3] Máximo Gómez: Ob. cit., p. 293 y José Miró Argenter: Ob. cit., t. 1., p. 119.

[4] CEMI: *Diccionario enciclopédico…,* ob. cit., t. 1, p. 196 y Bernabé Boza: Ob. cit., t. 1, documento anexo s. p.: Relación del personal que ha constituido el Estado Mayor del General en Jefe desde junio de 1895 hasta el 1.º de diciembre de 1896.

[5] Antonio Iraizoz: "La última anécdota de Armando Menocal en la manigua", recorte de prensa tomado del expediente del artista, que se custodia en el Centro de Información Antonio Rodríguez Morey, Museo Nacional de Bellas Artes. En lo adelante, CIARMMNBA.

[6] Loló de la Torriente: *Estudio de las artes plásticas en Cuba*, p. 101.

silencioso de tributo al arte, ignoró la tarjeta de duelo recibida.[7] Gómez, como Maceo, cautivó todas las fibras estéticas del artista, quien además de las pinturas, le dedicó un soneto a cada uno. También apuntan a la posibilidad de haber sido realizado durante la invasión, las referencias de una serie de retratos no fechados, dedicados a otros destacados patriotas,[8] cuyas biografías revelan que marcharon junto al artista en algunos periodos de la proeza. Ellos fueron, Serafín Sánchez (Sancti Spíritus, Las Villas, 1846-1896); Baldomero Acosta (Hoyo Colorado, Bauta, 1866-La Habana, 1943); Mario García Menocal (Jagüey Grande, Matanzas, 1866-1941) y Severo Pina (Arroyo Blanco, Sancti Spíritus, 1854-La Habana, 1927).

Las condiciones de la guerra determinaron las características y destino de las obras ejecutadas por Menocal, lo que explica en buena medida por qué la mayor parte no ha llegado al presente. Se trató de una producción frágil, con un predominio casi absoluto del dibujo abocetado, con creyón o tinta sobre papel de pequeño y mediano formato, la cual fue regalada por el artista a los retratados o vendida en el extranjero, actividad que se convirtió en el gran aporte de nuestros pintores al fondo económico que sufragaba la guerra. Las efigies de patriotas, representaciones de las tropas, combates, campamentos, asambleas, vida cotidiana de los mambises y del Ejército Libertador fueron muy bien cotizados y contribuyeron a divulgar el carácter de la guerra tanto en Cuba como en el extranjero, sumando colaboradores cuyas contribuciones impactaron extraordinariamente en lo político y económico de nuestro proceso redentor.

Con la instauración de la República, se inició una nueva etapa de reafirmación de los valores de nuestra identidad nacional. La política del momento apeló a los valores patrióticos más auténticos del pueblo cubano, así el tema histórico de las guerras independencia ganó preferencia y durante los primeros lustros de la centuria experimentó su mayor esplendor. Lo demuestra la cantidad de artistas que lo asumieron, así como la diversidad de patrocinadores, destino, y recepción de las obras. De esa manera, la temática independentista se convirtió en una cuestión oficial que favoreció la construcción definitiva de la imagen del mambí en la cultura visual de la Isla y un rico imaginario, que siempre respondió a las escenas gloriosas de los mambises y las guerras.

Justo en la primera década Armando García Menocal, Feliciano Ibáñez, (La Habana, 1867-1940) y Juan Emilio Hernández Giro, (Santiago de Cuba, 1882-La Habana, 1953), tres de los artistas más destacados en el cultivo del tema histórico-guerrero coincidieron en representar asuntos de la invasión. Ellos vinculados raigalmente a la guerra del 95, fueron importantes por la amplitud y recepción sociocultural de las obras que realizaron. Las circunstancias en que crearon develan los visos, que el contexto republicano le imprimió al perfil pictórico de la lucha armada cubana.

[7] Antonio Iraizoz: Ob. cit.

[8] Gabriela de la Riva B. Hamel. "En torno a la vida y la obra del pintor Armando Menocal", conferencia leída en el Ateneo de Marianao en julio de 1963, con motivo del acto conmemorativo por el centenario del artista y patriota, publicada en la revista *Universidad de La Habana,* no. 168-169, 1964, p. 158.

De regreso a La Habana, Armando García Menocal retomó la cátedra de Paisaje en la Academia San Alejandro, que había abandonado tras el estallido de la contienda. Ahora, a su condición de gran maestro de la pintura, sumaba sus servicios en la manigua y, avalado por sus grados de comandante, se convirtió en el pintor oficial de la temática en la República. Sobre los pinceles de Menocal recayeron los mejores encargos, tanto privados como gubernamentales, los que coincidieron en elegir los asuntos sobre la recién finalizada guerra. En mayo de 1906,[9] había concluido el mural "Batalla de Coliseo", uno de los enfrentamientos trascendentales de nuestra historia guerrera, en el cual Menocal actuó como combatiente. La singular demanda correspondió a la rica dama, benefactora y patriota Rosalía Abreu Arencibia, (Santa Clara, 1862-1930), quien lo destinó a la decoración de un espacio distinguido de su opulenta vivienda. La reseña más completa alrededor del encargo, técnica y contenido de la obra la ofreció el notable historiador de nuestras luchas mambisas Gerardo Castellanos García, después de una pormenorizada pesquisa sobre el estado del cultivo del tema histórico en todo el país:

> Preocupación de Rosalía […] y su patriotismo la indujo a llamar al pintor Menocal para que decorase el castillo, y fijara algunos episodios de nuestras luchas por la independencia […].
> […] en lienzo al óleo […] se desarrolla la batalla de Coliseo, durante la marcha de la Invasión. El general Máximo Gómez dirige la acción montado en corcel blanco. Centenares de figuras. Caballos que se encabritan, andan, y mambises que están combatiendo. Un insurrecto que está de espaldas al observador, prepara su fusil. Sanitarios en típicas camillas conducen los heridos. Hay uno que muestra su rostro de dolor […] Al fondo, una cerca de piedra defendida por libertadores, y mucho más atrás, entre humo y arboleda, un ingenio […].[10]

La mirada del historiador se complementa con la del artista, cronista y crítico de arte Ramón Loy González (La Habana, 1894-1986), quien desde estas posiciones opinó: "[…] La composición, la perspectiva, las masas, el convoy de heridos en primer plano, el ambiente general del cuadro, todo está meticulosamente estudiado y resuelto [...] Este cuadro es uno de sus grandes aciertos [se refiere a Menocal] y puede decirse que es el único de su género seriamente pintado en Cuba".[11]

Ambas valoraciones conducen a pensar en la posición asumida por el pintor mambí ante la representación artística de Coliseo, como ya se ha señalado, uno

[9] No se conocen detalles del contrato. Se toma esta fecha a partir de una referencia de la revista *El Fígaro*, que señala el 3 de mayo de 1906, día de la inauguración del palacio, por su propietaria.

[10] Gerardo Castellanos García: "Atisbos de un lego a la pintura histórica cubana", en revista *Bimestre Cubana*, vol. I, no. 1, La Habana, 1942, pp. 23-25.

[11] Ramón Loy. "Armando Menocal. Pintor y patriota", en *El Mundo*, 29 de junio de 1941, s. p.

de los combates en que participó, y sentido por Menocal tal como ha sido catalogado, "[…] acción de poca importancia desde el punto de vista militar […]"; ello lo condujo a centrar su composición en el peligro y el dolor que provoca la guerra al ser humano que se alista, a todo soldado, pues el artista no asume el retrato de ningún patriota conocido. Sin dudas, es una escena que formó parte de la vida cotidiana de Menocal, y un argumento poco tratado ya que la tendencia no fue mostrar el sufrimiento sino el heroísmo, con énfasis en las dos poses recurrentes de los jefes de la revolución: el arrojo que conducía a las tropas a la victoria o la caída gloriosa en el combate. En tal sentido, y de manera coherente con el asunto seleccionado, Menocal presentó el perfil humanista de la personalidad de Gómez demostrado en Coliseo, cuando dirigió el traslado del gran convoy de enfermos y heridos, poniéndolos a resguardo de las balas españolas que nunca respetaron las leyes de sanidad dictadas para la protección de heridos y hospitales de sangre.[12]

El otro óleo de Menocal sobre el asunto lo tituló "La Invasión". Solo la reiteración de su título en varios documentos,[13] vinculado al propio contexto de "Batalla de Coliseo", apunta a su existencia e importancia. La ausencia de la obra puede ser un indicio de que perteneció a una colección privada, más rica que las del Estado; pero socialmente invisibles y menos conservadas en el tiempo.[14] Recién cumplidos estos encargos, Menocal asumió "La muerte de Maceo" (1908, óleo sobre lienzo, 425 x 278 cm, colección Museo de la ciudad de La Habana), la mayor inversión que en materia de pintura acometió el municipio habanero, durante la primera década del siglo xx, encargada en 1906 con el fin de conmemorar el décimo aniversario de la caída en combate del héroe. Se puede considerar que "Batalla de Coliseo", "La Invasión" y "La muerte de Maceo" conforman la serie más importante de la obra de Menocal y del arte cubano dedicada a las guerras de independencia. Los apuntes iniciados por inspiración propia en el fragor de la guerra; patriotas pintados del modelo vivo, combates, operaciones militares

[12] José Miró Argenter: Ob. cit., pp. 275-276 y 293.

[13] J. E. Hernández Giro. "Armando García Menocal", escrito mecanografiado, junio de 1946, en expediente del artista, CIARMMNBA; "Menocal, Armando García" en Antonio Rodríguez Morey: *Diccionario de artistas plásticos de Cuba*, s. p.; y Jorge R. Bermúdez: *"Una pintura para recordar de Armando García Menocal"*, en lajiribilla@cubarte.cult.cu año XII, no. 769. (Consultado el 20 de septiembre del 2018).

[14] Gerardo Castellanos García refiere en la obra citada a que la colección de Domingo Galdós era rica en la temática. De esta personalidad no se han encontrado otras referencias que amplíen la información, pero los catálogos de los Salones de Bellas Artes celebrados en La Habana y Santiago de Cuba apuntan a la importancia que tuvo el coleccionismo privado —cantidad y calidad— entre la burguesía y los propios artistas, que con frecuencia aportaron sus obras en calidad de préstamo. A la vez, los Salones de Bellas Artes facilitaron las ventas, que enriquecerían las colecciones privadas. Generalmente el secretario de cada evento mediaba de manera oficial, entre artistas y coleccionistas. Varios factores contribuyeron a la pérdida de estas obras, entre los más importantes cuentan el emplazamiento en palacetes, sobre paredes que se deterioraron, cambiaron de dueño y función, así como la salida de la burguesía del país, pues una buena parte viajó con su patrimonio, incluido el de tipo artístico..

y algunas de sus consecuencias, culminaron magnificados en los encargos de la República, característica determinante de las obras de la temática que realizó Menocal en una y otra etapa de su vida artística.

A Menocal le seguiría su contemporáneo Feliciano Ibáñez (La Habana, 1867--1940), quien, como aquel, tuvo una sólida formación académica, iniciada en San Alejandro y seguida en el taller del pintor Camilo Salaya (Madrid, siglo XIX-La Habana, siglo XX).[15] Ibáñez participó en la guerra del 95, como corresponsal artístico de *Cacarajícara* y *La Caricatura*,[16] medios de prensa al servicio de la guerra, en Cuba y en el extranjero. Ajustadas a las características del estilo, las obras de Ibáñez pertenecieron a la ilustración periodística. Su interés por los asuntos militares lo condujo a ampliar géneros y técnicas, fue la República, con su mejor contexto para la pintura, la que le permitió dar riendas suelta en óleos a su pasión. A juzgar por los títulos de las obras que se han podido localizar, el artista aportó no menos de una decena de lienzos.[17] Relacionados con la invasión ejecutó "El combate de Iguará" y "Batalla de Mal Tiempo". De la primera, fuera del título, solo se ha podido conocer su pertenencia a la colección privada de Domingo Galdós, donde también fue registrada por el historiador Gerardo Castellanos García.

Se estima que "Batalla de Mal Tiempo" (óleo sobre lienzo, 110 x 179 cm, colección Museo Nacional, desaparecida)[18] fue terminada en 1905. Se considera su cuadro más popular, pues Gómez posó especialmente para que el artista ejecutara su figura. En 1911, la obra fue presentada en la Exposición Nacional de Agricultura, Industrias, Artes y Labores de la Mujer, una gran feria que abarcó lo más importante de dichas actividades realizadas hasta ese momento en Cuba y cuya sede, la Quinta de los Molinos, era a la vez un sitio especialmente vinculado a Máximo Gómez, quien allí vivió junto a su familia terminada la guerra. "Batalla de Mal Tiempo" se reprodujo con diferentes técnicas del grabado, lo que contribuyó a su mayor socialización y correspondiente recepción, fomentando el imaginario popular sobre el insigne mambí lidereando una carga al machete, imagen que además se convirtió en símbolo de las rotundas victorias del Ejército Libertador en el contexto general de las guerras de independencia, y en el particular de la invasión

[15] Algunas fuentes lo dan como nacido en Madrid y otros en Filipinas.

[16] "Ibáñez, Feliciano", en Antonio Rodríguez Morey: Ob. cit.; y Gerardo Castellanos García: Ob. cit., p. 16.

[17] Además de "El combate de Iguará" y "Batalla de Mal Tiempo", se han referenciado "El combate de Palo Seco", colección de Domingo Galdós; "El combate del Caney", colección Museo de Cárdenas; "Batalla de Palo Seco"; "Hospital de Sangre"; "Toma de un ingenio por los propios cubanos"; colección Museo Nacional; "La Hora de la cita". Cuentan también numerosos retratos, entre estos "General Antonio Maceo"; [*General Máximo Gómez*], en la colección Museo de Cárdenas; y otro óleo del General en Jefe en el Museo Nacional.

[18] Delia María López Campistrous: "Fotografía y pintura: ¿dicotomía o simbiosis? Más allá de la utopía" en http://www.bellasartes.co.cu/noticia/fotografia-y-pintura-dicotomia-o-simbiosis-mas-alla-de-la-utopia. (Consultado 15 de enero del 2020).

a occidente.[19] Ibáñez logró el efecto más impactante de la obra —"[…] el culminante momento en que Máximo Gómez al frente de sus huestes, machete en mano ataca el cuadro español […]"—[20] esgrimiendo el diálogo fecundo que entonces se estableció entre los recursos de la composición pictórica y fotográfica. Al respecto la investigadora Delia María López Campistrous, apuntó:

> […] Mientras la experiencia y el entrenamiento de la composición pictórica, ofrecen al artista del lente un recetario para el encuadre de la escena y la disposición de los grupos y acciones retratadas; la fotografía influyó en la pintura de historia relativa a la independencia, como referente directo del escenario de los combates. La fotografía de campaña, tomada por lo general desde alguna prominencia topográfica que ponía a buen resguardo al fotógrafo y su equipamiento, influye en la aparición de escenas como la utilizada por Feliciano Ibáñez para su pintura […] "La batalla de Mal Tiempo" […] que reforzaba esta sensación fotográfica tanto en la horizontalidad en que se estructura la escena, como en la picada que como a vuelo de pájaro recoge la carga al machete […].[21]

El contexto santiaguero prohijó al último de los pintores académicos republicanos en representar la invasión: Juan Emilio Hernández Giro (Santiago de Cuba, 1882-La Habana, 1953), quién vivió de manera especial procesos icónicos en la historia y el arte cubanos, a los que estuvo vinculado desde su nacimiento, por ser miembro de una antigua familia santiaguera de ilustres patriotas y artistas. Durante la guerra del 95, los Hernández Giro continuaron sus actividades revolucionarias, por lo que fueron expulsados del país. Eligieron para establecerse la vecina isla de Haití y, como emigrados revolucionarios, siguieron el curso que habían tomado para sus vidas, como cultivadores de las artes y patricios. Ambas actitudes condicionaron el sustrato intelectivo de Juan Emilio Hernández Giro, quien terminada la guerra y de regreso a Santiago de Cuba encontró que estos aspectos formaban parte del contenido de las proyecciones de la Alcaldía Municipal en la recién estrenada República. En tal ambiente el joven decidió erigirse en el pintor de la historia de Cuba, especialmente de la guerrera, y la invasión se convirtió en uno de los ejes temáticos de su pintura. Según lo que se ha podido localizar —entre obras y referencias documentales— Juan Emilio dedicó al mayor suceso de la guerra del 95 un poco más de una decena de piezas, ejecutadas en diferentes momentos de su carrera artística, por lo que resultaron variadas en las interpretaciones y las técnicas utilizadas, actividad que también respondió a otro proyecto que ejecutó: el que ofrendó a la personalidad de Antonio Maceo Grajales, uno de los héroes preferidos del pintor.

[19] Véase "Mal Tiempo", en CEMI: *Diccionario enciclopédico…,* ob. cit., t. 2, pp. 369-370.
[20] Gerardo Castellanos García: Ob. cit., p. 16.
[21] Delia María López Campistrous: Ob. cit.

Apenas había comenzado Juan Emilio su periodo de formación artística en Barcelona, patrocinado por la administración santiaguera, cuando pintó un boceto de "La invasión", (1905, óleo sobre lienzo, 124 x 62 cm, Colección Museo Provincial Emilio Bacardí Moreau, CMPEBM). Fue uno de los tres cuadros que contenía el primer envío del becado a la Alcaldía Municipal, conforme al compromiso de remitir cada semestre trabajos de pintura, con el fin de que pudiera apreciarse su aprendizaje, y según conviniera, estos se destinarían a los fondos del Museo Municipal o de la Academia de Bellas Artes.[22] La llegada de las obras del becado suscitó dos artículos en la prensa; en ambos, el columnista informó que aquel cuadro solo era el ensayo de una "gran obra" que igualmente titularía "La invasión",[23] acotación reveladora del interés de Juan Emilio de realizar su primer ensayo "al óleo y en gran tamaño", como solía decir en casos como este.

El boceto recrea la columna invasora dirigida por Antonio Maceo. La escena, de alta intensidad dramática, representa el instante en que el lugarteniente general, situado en la delantera indica un ataque al enemigo —sugerido, pues no aparece en el cuadro— al entonces general de brigada y jefe del Estado Mayor de la columna invasora, José Miró Argenter (Sitges, Cataluña, 1851-La Habana, 1925). Los mambises marchan victoriosos en una nutrida tropa, van a caballo, portan machetes, fusiles y banderas cubanas. Los más próximos a Maceo lograron captar la orden del mayor general, pues hombres y bestias arremeten enardecidos tras abatir un enclave español, el cual aparece hacia la derecha del tercer plano, mientras a la izquierda, antorchas encendidas conforman una espesa humareda, que alude a la aplicación de la tea incendiaria, a la consumación de la emboscada que han realizado y al triunfante avance invasor. El escenario desolado muestra un ambiente fantasmagórico, propio del atardecer y de la guerra. Sin olvidar que se trata de un boceto realizado durante la primera etapa de su formación artística, Juan Emilio no tuvo el interés de retratar a todos los mambises, algo que caracterizó su pintura posterior, en esta solo estampa el rostro de los jefes —Maceo y Miró— y de acuerdo con su jerarquía ocupan las principales posiciones en el cuadro. No existen referencias exactas al lugar del hecho, se trata de la invasión al occidente, la exaltación está dirigida a la heroicidad del Titán de Bronce y a la participación de todo el pueblo.

A juzgar por las obras y documentos que se conservan, la gran obra a la que Juan Emilio aspiraba, no la llegó a ejecutar. Se desconocen las causas que se lo impidieron; pero la biografía del artista y el contexto histórico y sociocultural indican que la más frecuente era la falta de patrocinadores. Seis años después, cuando Giro ampliaba su formación artística en París, pintó "Visión de Maceo" (1911, óleo

[22] Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba (AHPSC): Fondo Gobierno Municipal, sección Alcaldía Municipal, serie Actas Capitulares de la República, libro 8. Acta de la sesión del 30 de noviembre de 1904, fs. 140-141.

[23] Marco Antonio Dolz: "Tres cuadros de Hernández", en *Ilustración Cubana*, 18 de agosto de 1906, p. 4., y "Un gran pintor cubano", en *El Fígaro*, no. 41, 14 de octubre de 1906, p. 517.

sobre lienzo, 2220 x 1455 cm, CMPEBM). La obra fue uno de los especiales regalos que el pintor dedicó a su ciudad natal. Sobre la ejecución y sus motivaciones detalló el propio artista:

> […] represento á nuestro héroe popular de la Independencia Antonio Maceo á caballo, sobre la cúspide de una montaña, vuelto hácia occidente en el momento de ponerse el sol rodeado de nubes encendidas en las que he intentado expresar alegóricamente lo que pasaría por la mente del caudillo invasor al contemplar ese espectáculo de cada tarde.— Titulo dicho cuadro "La Visión de Maceo" y lo dedico á la ciudad natal del héroe, de la cual tenemos la fortuna de ser hijos también.— El general Collazo, Ministro de Cuba aquí,[24] honró mi taller con su visita y quedó —muy complacido— del cuadro en todas sus partes; su autorizada visión por haber conocido á Maceo en vida no pudo ser más halagadora, y es por lo que me atrevo ofrecerlo a nuestra amada [ciudad] como una prueba de filial afecto.[25]

Otra descripción de este cuadro la ofreció el historiador habanero Gerardo Castellanos García, quien como se ha visto, comentó varias de las pinturas acerca de la gesta libertaria que localizó en el país. En Santiago de Cuba, pudo apreciar "La visión de Maceo", de la peculiar obra escribió: "[…] presenta [a Maceo] en su caballo blanco, Martinete, erguido sobre un picacho de la Sierra Maestra". El héroe tiene "a sus pies el valle, alza la vista al violeta firmamental del crepúsculo. Muy a lo lejos, casi al filo del horizonte, marcha a la Gloria la columna invasora […] Es el ensueño de la Invasión […]".[26] La descripción resulta muy importante por las siguientes razones: amplía la que había realizado el autor —ya citada—; señala detalles valiosos de la composición, borrados de la tela por los efectos nocivos provocados por el tiempo y las restauraciones; además, dejó sentado otro género trabajado por Juan Emilio sobre la campaña invasora: la alegoría. Además del óleo, "La visión de Maceo" fue realizada mediante las técnicas de acuarela y grabado, aunque ninguna llegó hasta hoy y solo se conocen a través de las referencias dejadas en los catálogos de las exposiciones personales en que se presentaron: desde el 24 de junio-12 de julio de 1924, Avenida Kléber no. 29, París; 29 de abril-9 de mayo de 1925, Asociación de Pintores y Escultores, La Habana; y 30 de abril-9 de mayo de 1954, Salones de la Casa Cultural de Católicas, La Habana.[27]

[24] Se trata del general de brigada Tomás Collazo Tejada, (Santiago de Cuba, 1866-La Habana, 1924), hermano del también brigadier Enrique Collazo y del artista Guillermo Collazo. Véase CEMI: Ob. cit., t. 1, p. 127.

[25] Juan Emilio Hernández Giro: "Carta enviada a Ambrosio Grillo Portuondo", 31 de octubre de 1910, en AHPSC: Fondo. Gobierno Municipal, sección Alcaldía Municipal, serie Correspondencia, año. 1911, exp. 1.

[26] Gerardo Castellanos García: Ob. cit., p. 37.

[27] Catálogos de Exposiciones Personales de Juan Emilio Hernández Giro. Cortesía de Stanislav Volkov, coleccionista ruso de arte cubano.

En el inventario que Castellanos García realizó en el taller de Juan Emilio en La Habana, dejó registrado "[…] un tríptico sobre La Invasión […]",[28] que, a juzgar por los títulos anotados, pudiera ser "Máximo Gómez en Mal Tiempo", 1895 boceto[29] (1929, acuarela sobre papel, 450 x 568 mm, CMNBA);[30] "Partida de la invasión de Baraguá",[31] y "Marcha triunfal", de la cual el historiador notificó múltiples ensayos.[32] A estas dos últimas puede estar asociada "Salida del Ejército Libertador" (1941, acuarela y plumilla sobre cartulina, 35,5 x 25,5 cm, CMPEBM), aunque no se puede desestimar la posibilidad de que se trate de una pintura nueva o reiterada pero con otro título, porque se ha podido apreciar la actitud del artista de repetir bocetos y obras, diferentes en cuanto a la perfección del dibujo, la composición y las técnicas. De cualquier manera, "Salida del Ejército Libertador" es la única imagen que se conserva sobre el episodio, la cual permite un acercamiento al modo en que Giro lo abordó. Resulta fundamental la presencia de Salvador Cisneros Betancourt (Puerto Príncipe, Camagüey, 1828-La Habana, 1914), el único que puede reconocerse por su retrato. Él, junto con los demás miembros de su gobierno, marchó con Maceo, la oficialidad y los soldados de la columna invasora desde Baraguá hasta Ciego de Potrero, en Sancti Spíritus.[33] Son importantes la presencia de la mujer con el niño en el grupo de los lugareños, que al paso de la invasión aclamaban a los libertadores, símbolo que no fue común en este tipo de pintura a pesar del gran papel que las féminas desempeñaron en nuestras guerras. La fiesta de despedida que algunas familias holguineras obsequiaron a los invasores, antes de abandonar Oriente, ofrece un rico panorama de las actitudes heroicas asumidas por las cubanas:

> […] la mujer […] transfigurada por el amor patrio, aparece como un emblema de gloria, infunde su alma pasional al militante y da aire romanesco á la cruzada libertadora, con la que comulga la víspera de la partida. Su devoción por la bandera de la República la ha llevado hasta el campo militar, que puede serlo de encarnizada pelea, para ver desfilar la gran masa de orientales que acaudilla Maceo y dar el último adiós á sus seres más íntimos y amados. Ninguna denuncia su dolor al desprenderse de familiares tan queridos; ninguna opone necesidades del hogar, excepciones de orfandad ó de viudez, que bastarían á eximir del servicio de las armas á sus parientes más allegados, todas, por lo contrario, muéstranse orgullosas de que á los suyos les haya tocado en suerte ir con el caudillo oriental á realizar la conquista de los dominios españoles en el remoto Occidente. Anhelan participar de la gloria que les cabrá á los invasores. Hay quien tiene á su esposo

[28] Gerardo Castellanos García: Ob. cit., p. 46.
[29] *Ibidem*, p. 26.
[30] Cortesía de Delia María López Campistrous, especialista y curadora de la colección Arte Cubano del Museo Nacional de Bellas Artes, La Habana.
[31] Gerardo Castellanos García: Ob. cit., p. 26.
[32] *Ibidem*.
[33] Véase CEMI: *Diccionario enciclopédico…*, ob. cit., t. 1, p. 120.

en las filas; quien á sus hijos; cual otra á su amante nupcial. Aquí se ve á una mujer que perdió á su esposo en la guerra de los diez años, y ahora se desprende de sus hijos; se queda sola en el hogar. Más allá, una joven vestida de luto, se afana en bordar las insignias que ha de ostentar su hermano: su padre cayó en las primeras acciones de la contienda actual. Otra joven, en amoroso transporte, coloca sobre el pecho de un oficial bisoño el relicario de la Virgen de la Caridad, para que lo libre de las balas enemigas: es prenda de enamorada. Una niña de pocos años canta en décimas cubanas las glorias de Maceo en presencia del caudillo, mientras dentro de la mansión donde se celebra la fiesta militar, resuena el metro heroico que inspira la musa de la independencia, cuyas notas solo apaga el eco matinal del clarín que llama á los soldados á levantar las tiendas.[34]

En esta misma época —finales de la década del veinte hasta 1950— en la que Juan Emilio emprendió su cruzada a favor de la expresión académica y la recuperación de nuestra memoria guerrera, realizó otra cantidad importante de obras. Se calcula que ejecutó "La invasión" — "Paso de la trocha por Maceo el 29 de noviembre de 1895" (dibujo a la pluma, *Historia gráfica de Cuba,* 1938, p. 197),[35] cumplida con más detalles en "Paso de Maceo por la trocha de Júcaro a Morón, 29 de noviembre de 1895", boceto (acuarela sobre papel, 44 x 65 cm, CMPEBM). El uso de la luz y el color permiten identificar elementos reales que envolvieron el suceso, tales como el escenario, el ambiente, la ubicación y composición de la tropa, descritos en una crónica por el general José Miró Argenter, una de las fuentes de referencia utilizada por el artista para sus obras sobre la invasión, ya que el testimonio se convirtió en un recurso de mucho valor para los académicos pues las características de su información tributaba al pensamiento positivista y a la concepción documental, casi arqueológica, que en aquel momento se tenía de la imagen histórica. Las relaciones de similitud entre el testimonio escrito por Miró Argenter y la acuarela de Juan Emilio, se develan en el siguiente fragmento:

[…] al romper los claros del día (29 de noviembre), se hallaba nuestra columna junto á la Trocha […] la descubierta rompió una alambrada que obstruía el paso, y el cuerpo de vanguardia se destacó […] hasta reconocer los fortines enemigos, envueltos aún en la neblina de la mañana […] 1536 hombres cruzaron la Trocha, sin experimentar una sola baja […].[36]

[34] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 127.

[35] Juan Emilio Hernández Giro: *Historia gráfica de Cuba*. Fueron tantos los ensayos que realizó que, hacia los años treinta del siglo pasado, el artista había acumulado centenares de bocetos, de los que escogió 123 dibujos a la pluma y publicó este libro.

[36] José Miró Argenter: Ob. cit., t. I, p. 167. El capítulo XII "Las columnas de Hércules" está dedicado al hecho histórico. El fragmento citado forma parte de este capítulo, que también utiliza Giro en el texto explicativo con el cual acompaña el dibujo "La invasión". "Paso de la trocha por Maceo el 29 de noviembre de 1895", publicados en su libro *Historia gráfica de Cuba*.

De las personalidades, el pintor destaca a Maceo, a su derecha el general José Miró Argenter, jefe del Estado Mayor, seguidos del resto de la oficialidad; todos a caballo. Detrás de ellos marcha la impresionante infantería armada, que se pierde en el camino.

"Máximo Gómez cruzando la trocha", 1895 (óleo) es una obra conocida a través de los catálogos de las exposiciones en que fue presentada,[37] su título sugiere que se trata del paso del general en jefe por la propia línea militar de Júcaro a Morón, en que había representado a Maceo. Dicha trocha fue considerada un derroche de la defensa española, devenida escenario de victorias mambisas, muchas lidereadas por Gómez, de quien se dice que la burlaba desenvueltamente desde la Guerra Grande. Juan Emilio también pintó "Máximo Gómez en el combate de Mal Tiempo" (dibujo a la pluma, en *Historia gráfica de Cuba,* 1938, p. 199), el que solo se diferencia de su par realizado en 1929, por el empleo de la técnica de la acuarela. Nuevamente una parte del contenido de la crónica escrita por Miró Argenter, vuelve a reflejarse en las composiciones pictóricas de Juan Emilio:

> Damos vista al central Teresa […] y la tea inaugura sus funciones reduciendo á pavesas los cañaverales de esa finca […] se […] contempla […] la combustión […]
> […] el general Gómez con su escolta de camagüeyanos y tres escuadrones de Martí, García y Gua […] delante de la tropa, tieso, clavado en la montura, blandiendo el alfanje que usa. […] el clarín toca á degüello y la masa de jinetes se precipita como torrente furioso […] y sigue con mayor empuje la impetuosa carga. Firme aún la infantería española, rodilla en tierra la mayor parte, trata de resistir con un fuego mortífero y las puntas de las bayonetas […]
> Por los flancos la carnicería ha sido tremenda. Gómez […] ha roto el más fuerte núcleo de los españoles, siendo el primero en abrir boquete […].[38]

La obra "Máximo Gómez Báez (1833-1905)" "Antonio Maceo y Grajales (1845--1896)" (dibujo a la pluma, en *Historia gráfica de Cuba*, 1938, p. 201) retrata a los líderes de la campaña y entre ambos luce triunfante el machete invasor. De esta obra no se conocen más versiones, tampoco de "El acta de Mantua" (acuarela sobre cartulina, 35,5 x 26 cm, CMPEBM), donde representó la sala capitular del

[37] "Máximo Gómez cruzando la trocha", 1895 fue expuesta en 1942, en la Exposición de Pintura y Escultura, Centro de Instrucción y Recreo Santiago de las Vegas; Salón de Bellas Artes; y II Salón de Bellas Artes, Vereda Nueva.

[38] José Miró Argenter. Ob. cit., pp. 212-214. El capítulo XIII "Famosa jornada de Mal Tiempo" está dedicado al hecho histórico. El fragmento citado forma parte de este capítulo, que también utiliza Juan Emilio en el texto explicativo con el cual acompaña el dibujo "Máximo Gómez en el combate de Mal Tiempo", 15 de diciembre de 1895, publicado en su libro *Historia gráfica de Cuba*.

pueblo cuando se redactaba el documento histórico de la invasión. Las personalidades que el artista retrató, hasta ahora no se han podido identificar. De aquel momento narró Miró Argenter:

> […] Los pinareños que se unieron en Guane y demás caseríos limítrofes, coordinaron con muy buen acierto, el programa oficial de la recepción. En el acta se hizo constar la situación geográfica del pueblo, situado en el extremo occidental de la Isla; y que el general Maceo, con las fuerzas á sus órdenes, había ocupado la localidad y todo el término municipal, respetando vidas y haciendas, y dejando en el ejercicio de sus funciones á las autoridades y empleados del gobierno español, á fin de que contribuyeran á mantener el orden interior de la población. Firmaron dicho documento el general Antonio Maceo, su jefe de Estado Mayor José Miró, que pidió copia certificada del acta, el brigadier Juan Bruno Zayas, el gobernador civil Oscar Justiniani, el auditor de guerra José Antonio Caíñas, por parte de los insurrectos, y por la parte de los españoles, allí congregados, el alcalde, el juez municipal, un notario y propietarios y comerciantes de Mantua.[39]

Otra vez se perciben las coincidencias entre el texto escrito y la acuarela. Con esta obra, Juan Emilio lograba articular una serie sobre la invasión, en la cual todas las pinturas están perfectamente interconectadas. A pesar de que no las realizó siguiendo el orden cronológico de los episodios seleccionados, el resultado final indica que en algún momento el artista siguió este instinto. En todas se exalta la intensidad del hecho histórico, la heroicidad de los mambises, del Ejército Libertador y de los líderes de la invasión. El pintor logró dotar de una imagen visual sucesos históricos, solamente preservados y difundidos por la literatura, lo que en tal sentido permitió ampliar su alcance. Los detalles que ofrece el artista están en función de precisar cada marco histórico, facilitar la comprensión del contenido de los mensajes para lograr una comunicación efectiva con todo tipo de espectador; lo importante para este artista era cotidianizar el hecho y los protagonistas que ha tomado de la historia. Juan Emilio tuvo un alto concepto de la promoción, siempre buscó los mecanismos para lograr sus propósitos, que consideró vitales para el afianzamiento de nuestra patria. Durante cuatro décadas mantuvo viva la invasión en la pintura cubana y los salones expositivos, aun en la etapa más crítica que atravesó el tema histórico de las guerras de independencia, por la ofensiva desplegada por los pintores representantes de la vanguardia.

Manuel Mesa Cubillo (Sagua la Grande, finales del siglo XIX-La Habana, 1971) fue también cultivador del estilo académico. A diferencia de su obra, de la biografía del artista se conocen pocos datos, los que hasta ahora no se han ampliado ni siquiera por los investigadores de su localidad natal, donde constantemente se acude a su legado pictórico para significar los valores culturales de este pueblo, y sus

[39] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 431.

vínculos con la cultura nacional e internacional. Mesa Cubillo matriculó en la Academia de San Fernando, Madrid, donde estudió durante dos años en la década del veinte, gracias al patrocinio de la burguesía de su terruño. Regresó a Cuba, pero desalentado por el ambiente artístico del país e impulsado por los sonantes éxitos de su incipiente carrera, se dirigió a México, donde completó su formación. A las influencias recibidas en este país se le atribuye su revelación como mexicanista y pintor de historia, las dos líneas temáticas que caracterizaron toda su obra.[40] Respecto a la invasión se le conoce —por referencias documentales— el mural "La vida de Antonio Maceo", formado por tres cuadros: "Planeando", "Invasión" e "Inmortalidad" (ca. 1947, óleo sobre lienzo, 7 m de largo x 3 m de ancho en el centro, y 2,80 m en los laterales).[41] De la concepción, simbolismo y formato del mural, asumido como síntesis biográfica del Titán de Bronce, explicó el artista:

> […] Maceo […] acompañado de Grandes de la Patria, como Máximo Gómez y Calixto García, planea […] la invasión que habría de conducirlo a la Inmortalidad, acompañando de su gran lugarteniente, Panchito Gómez, guiados por el Ángel de Libertad que con la gran bandera de la Patria le indica el camino donde pronto llegarán.
> Hice estos cuadros de tan grandes dimensiones, porque tratándose de tan grandes figuras, no caben en lienzos pequeños, y así seguir el ejemplo de los grandes Pintores Mexicanos en sus grandiosos murales.[42]

Hasta donde se ha podido conocer, la invasión no despertó el interés de otros artistas académicos, mientras los abanderados de las renovaciones estéticas rechazaron toda referencia al estilo académico y a la pintura histórica. Ellos optaron por contenidos éticos y políticos diferentes, lo que unido a formas de expresión estética cada vez más abstractas, frenaron en aquel momento cualquier intento de representar algún hecho o figura histórica, relacionada con el proceso redentor.

Con el triunfo de la Revolución el 1.º de enero de 1959, particularmente en las dos primeras décadas del proceso, se produjo un inevitable repaso a la época del batallar mambí por alcanzar la libertad soñada. En el escenario de la pintura, esta actitud propició la convivencia entre los hechos y héroes del 68, del 95 y los de la última etapa de la lucha revolucionaria, lo que exteriorizó el carácter continuo de

[40] "Mesa, Manuel", en Antonio Rodríguez Morey: Ob. cit.; "Manuel Mesa, el joven pintor, es un magistral impresionista. Algunos de sus apuntes son de un vigor sorollesco", 27 de enero de 1922, escrito motivado por la exposición de cuadros y apuntes al óleo, inaugurada en la noche del 25 de enero de 1922, en la Sociedad de Pintores y Escultores. Recorte de prensa e invitación a la exposición, tomado del expediente del artista; y "Gran éxito en el Salón anual de Bellas Artes. Un cuadro notable del joven pintor Manuel Mesa".

[41] *Diario de la Marina*, Suplemento Diario en Rotograbado, 7 de diciembre de 1947, p. 1.

[42] "Exposición Manuel Mesa, del día 1.º al 14 de Diciembre de 1947". Círculo de Bellas Artes. Catálogo. Invitación Souvenir.

la profunda raíz guerrera de nuestra identidad nacional, encarnado en las figuras de Céspedes, Agramonte, Maceo, Gómez, Martí, Camilo, Che y Fidel.[43]

Los anales de las artes en Cuba registran a Servando Cabrera Moreno (La Habana, 1923-1981) como uno de los pintores representativos de la asunción que necesitaba la temática en la nueva era, un aspecto que siempre se le había reclamado a la pintura.[44] Cabrera Moreno logró actualizar la imagen histórica de nuestras luchas libertarias. En su obra, el "[…] ciclo épico […] comienza en 1960 […] pintura viril, inmediata, monumental, directa […] vibra al pulso de los acontecimientos […] Es una pintura irrepetible, nacida del hecho histórico concreto"[45] e inmediato. Consolidado como ningún otro de aquel momento, en la representación de la epopeya de la revolución, se hizo inevitable la mirada del artista al pasado redentor. Los catálogos de las exposiciones muestran como en el último lustro de la década del setenta, Servando pintó asuntos de la guerra del 95, uno fue *General* "Juan Bruno Zayas en la columna invasora", (1976, óleo sobre lienzo, 100 x126 cm, CMCLH).[46] La obra no ha podido ser localizada; pero si se tiene en cuenta la fecha en que la firma, se puede afirmar que respondió a la técnica que ya lo caracterizaba, alejada del realismo del cual había partido; exhibía entonces los resultados de la intensa experimentación creativa que había realizado con el impresionismo, el poscubismo y la abstracción.[47] Todos estos referentes biográficos apuntan a un artista impetuoso, por lo que no resultó casual que en sus evocaciones al proceso independentista del siglo XIX, Cabrera Moreno sintiera inclinación por la invasión y el general más joven que dio la campaña militar para realizar su obra, pues la participación de Juan Bruno Zayas (La Habana, 1867-Quivicán, 1896) en la invasión ofrece un abanico de motivos sociocreativos a la pintura. El médico mambí ingresó al contingente invasor mandada por Máximo Gómez, justo en la batalla de Mal Tiempo. Allí tomó rumbo al occidente, al frente de la brigada de Villa Clara que él mismo organizó. De inmediato, Zayas Alfonso:

> […] interesó […] por su aspecto gallardo y la precisión militar de sus evoluciones; y desde el momento en que desfiló en presencia del Estado Mayor […] el general Maceo con su golpe de vista perspicaz avaloró los méritos del modesto joven que mandaba dicho regimiento por derecho propio, y

[43] El proyecto más abarcador en cuanto al número de figuras representadas, técnicas utilizadas y efectos logrados lo realizó la artista Bertha Bonne Castillo (Santiago de Cuba, 1917-2016). Véase Augusto Revilla: "Una obra gigante en saludo al III Simposio contra el genocidio yanki, B.B y el plástico" en *Sierra Maestra*, 16 de mayo de 1972, p. 3; Rosaida Savigne Sánchez y Bárbara Argüelles Almenares: "Díptico para Bertha Bonne. Estrategias de un clásico santiaguero en la doble periferia", en Ivette Sóñora Soto (coord.) y otros: *Memorias de Santiago de Cuba*, no. 2, pp. 82-83.

[44] Véase Adelaida de Juan: "Los temas en la pintura cubana" y "Pintura cubana: el tema histórico", en *Pintura cubana temas y variaciones*.

[45] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 116.

[46] "Listado de obras" en *El tema histórico en la pintura cubana,* s. p.

[47] Véase Gerardo Mosquera: "Servando Cabrera Moreno: toda la pintura", en *Exploraciones en la plástica cubana*.

> que bajo un exterior apacible, casi monacal, ocultaba un corazón heroico, capaz de las mayores proezas. Quien como Zayas había impuesto su prestigio personal á hombres aguerridos y afamados, peleando con denuedo en todas las ocasiones en que el enemigo aceptó el lance, y quien como él era admirado por una oficialidad distinguida y por una tropa valiente; bien hecha estaba la elección de Maceo, que no solía equivocarse respecto de las prendas militares de sus subalternos, al llevarlo consigo en la incierta y agitada ruta que iba á emprender el contingente invasor, en que Zayas habría de adquirir merecidos laureles.[48]

Su hoja de servicio revela su gran capacidad combativa, distinguida por su destacada participación en diversos combates, en los que según se describe logró hostilizar al enemigo, liberar varias poblaciones y dotar de avituallamiento a las fuerzas cubanas. Cuentan las acciones desplegadas en La Colmena, Coliseo, Calimete, Güira de Melena, Alquízar, Guayabal, Vereda Nueva, Hoyo Colorado, Cabañas, Bahía Honda y San Diego. El 22 de enero de 1896, el brigadier entró en Mantua al frente de la vanguardia de la columna invasora, y fue uno de los patriotas que firmó el acta que allí se redactó, como ya se señaló, el documento que dio por terminada la invasión.[49]

De tal manera acontecieron las evocaciones pictóricas de la epopeya y sus héroes en nuestro arte, entre 1895 y 1976. La invasión fue uno de los dos hechos que más aportó al tema histórico de las guerras de independencia,[50] y a su recepción en todos los sectores de la sociedad. Indicadores fehacientes de cuánto caló en la espiritualidad de la nación, a pesar de que no se ha hurgado en las zonas de la Cuba profunda de la misma manera que lo hizo el arma invasora, donde deben existir múltiples y valiosos referentes, de diversa naturaleza y potencialidad, por las implicaciones que tuvieron todas nuestras regiones en el hecho.

De profundo nacionalismo a cultura de la independencia, la pintura de la invasión se realizó para todos los tiempos.

[48] José Miró Argenter. Ob. cit., p. 231.
[49] CEMI: Ob. cit., tomos 1 y 2.
[50] Gerardo Castellanos García: Ob. cit., p. 26.

"Visión de Maceo", de Juan Emilio Hernández Giro,
óleo sobre lienzo (2,220 x 1,455 cm), París, 1911, París.

"Máximo Gómez en Mal Tiempo" de Juan Emilio Hernández Giro,
acuarela sobre papel (450 x 568 cm), La Habana, 1929.

La invasión en los programas de enseñanza

Ada Lucía Bonilla Vichot

Si usted no conoce la historia de Cuba no podrá jamás sentirse inspirado en los extraordinarios ejemplos de nuestros patriotas de la guerra del 68 o del 95, esos son unos personajes fabulosos. Estudiar historia es una forma de adquirir valores, es una forma de inspirarse en aquellos hombres que fueron, realmente, ejemplares.[1]

Fidel Castro Ruz

La disciplina Historia desempeña un importante papel en la educación de las nuevas generaciones mediante el análisis del desarrollo progresivo de las sociedades, de la lucha de los oprimidos en todos los tiempos, del valor del trabajo en el progreso humano y, sobre todo, al educarlos en las mejores tradiciones patrióticas. De ahí su importancia para la formación de una conciencia nacional patriótica y revolucionaria.

[1] Fidel Castro Ruz: "Discurso pronunciado en la clausura del encuentro 20 años después de la creación del destacamento pedagógico Manuel Ascunce Domenech", 30 de mayo de 1992, en *Luchadores por la calidad de la educación*, p. 35.

Ada Lucía Bonilla Vichot

Doctora en Ciencias Pedagógicas. Profesora titular de la Universidad Hermanos Saiz Montes de Oca, Pinar del Río. Coautora del libro *Didáctica de la Historia de Cuba* y autora de artículos sobre la enseñanza de la Historia de Cuba, la formación de maestros primarios y el cuidado del patrimonio histórico-cultural.

Por consiguiente, el estudio profundo y sistemático de la historia de Cuba en los momentos actuales tiene una gran importancia, ya que precisamente constituye pilar y sostén de la nacionalidad cubana. Su análisis y conocimiento ayudan al ser humano a tomar conciencia de sus propios valores y a fundamentar sus relaciones sociales, su práctica a lo largo de la vida. Para ello es necesario establecer una adecuada relación entre la ciencia y la asignatura, ya que, si bien el conocimiento de los conceptos y posiciones teóricas de la historia como ciencia tiene una gran importancia, la clase de Historia es un espacio social de comunicación, intercambio y enriquecimiento de esos conocimientos en función de la formación integral del individuo.

La enseñanza de la Historia de Cuba debe sustentarse en el análisis desde posiciones científicas de los fenómenos, procesos, hechos o personalidades a partir de su engranaje interno: las relaciones causa-efecto y espacio-temporales, así como su trascendencia, destacando el papel de las masas y la dirección de las personalidades.

La actual concepción curricular de la disciplina Historia tiene como objetivo general:

- Contribuir desde la enseñanza de la Historia a la formación integral en los niños, adolescentes y jóvenes, de una concepción marxista y martiana, al profundizar en el legado ético, humanista, solidario, internacionalista y antimperialista del pensamiento y la obra de Martí y de otros destacados políticos, educadores e intelectuales revolucionarios del contexto cubano, latinoamericano, caribeño y de otras partes del mundo, como expresión de la lucha revolucionaria y del legado de las mejores tradiciones patrióticas y culturales, de un pensamiento propio y, a su vez, universal, para una mayor comprensión de la realidad social y la asunción de una actitud crítica, reflexiva, transformadora y de preservación de la humanidad.[2]

A partir de estos fundamentos teóricos, los contenidos de la asignatura Historia de Cuba se organizan de manera que atraviesan el currículo de la Educación General. El abordaje del contenido relacionado con la invasión de Oriente al occidente en 1895 así lo evidencia.

La invasión llevada a cabo por el Generalísimo Máximo Gómez y el lugarteniente general del Ejército Libertador Antonio Maceo constituye una de las más grandes hazañas militares realizadas durante las luchas de liberación del pueblo cubano. Analistas de diversas partes del mundo la han catalogado como la campaña militar más grande de la centuria en el continente latinoamericano. Con su culminación exitosa, la guerra adquirió carácter nacional y mostró la radicalización del pensamiento revolucionario de sus jefes y de las fuerzas libertadoras, en general. Por la importancia y trascendencia de estos acontecimientos en el posterior desarrollo de la guerra de independencia del pueblo cubano, su estudio y análisis se evidencia de manera sistémica en los currículos escolares.

[2] Ministerio de Educación: "Concepción general de la disciplina Historia en el plan de estudio" (soporte digital), p. 16.

La tercera etapa del perfeccionamiento del Sistema Nacional de Educación establece como principios la articulación de los diferentes tipos y niveles del sistema, de manera que se logre una buena formación sobre la base de trasmitir una selección de contenidos con estructuras de invariantes de conocimientos sólidos y perdurables, fundamentalmente mediante la utilización de métodos de trabajo que enfaticen en la aprehensión de estrategias que permitan a los alumnos aprender de manera protagónica y consciente, a la vez que formar valores acordes con la sociedad cubana a la que se aspira.

A continuación se analiza la inclusión y tratamiento de los contenidos relacionados con la invasión durante la guerra de 1895 en los programas de la asignatura Historia de Cuba en la Educación Primaria.

Este contenido tiene sus antecedentes en la primera infancia, en el área de desarrollo del Conocimiento de la vida social, que comienza a impartirse desde el cuarto hasta el sexto años de vida y tiene como objetivo familiarizar a los niños con hechos y figuras relevantes de nuestra historia nacional y local. Los contenidos históricos que se abordan en estas edades se presentan a partir de narraciones sencillas, apoyadas en medios de enseñanza que faciliten la formación de nociones, con el fin de despertar en los niños emociones y sentimientos capaces de orientar su conducta hacia los valores patrióticos, así como el interés por conocer la historia de patriotas relevantes.

Una de las figuras que se introduce en el sexto año de vida es, precisamente, la de Antonio Maceo, la cual se vincula con la trayectoria revolucionaria de José Martí y la lucha de los mambises, destacando su papel como soldado al servicio de la Patria, cómo este bravo jefe mambí llevó la guerra por todo el país desde Oriente al occidente y cayó combatiendo en la provincia de La Habana.

En la Educación Primaria, se imparte de primero a cuarto grados la asignatura El mundo en que vivimos y, en ella, se da tratamiento a contenidos que caracterizan a Cuba como la Patria, para despertar sentimientos de amor y respeto hacia los mártires y héroes que han luchado por lograr la independencia. Se aprovechan los conocimientos adquiridos desde la primera infancia sobre personalidades relevantes de la historia de Cuba, entre ellas Antonio Maceo y se desarrollan actividades para conmemorar efemérides relacionadas con esta personalidad como el 14 de junio, el 24 de febrero y el 7 de diciembre.

En los grados quinto y sexto, que se corresponden con el tercer ciclo del nivel primario, la asignatura Historia de Cuba forma parte del plan de estudio, con el objetivo de introducir a los escolares en el estudio sistemático de esta asignatura para desarrollar sentimientos de amor y respeto hacia los mártires y héroes, y hacia los símbolos patrios, así como despertar el interés por su estudio y conocimiento como premisa para lograr la participación activa en la construcción de la nueva sociedad. En estos grados se contribuye a la formación de nociones y representaciones históricas esenciales y se inicia el estudio de rasgos esenciales de conceptos generales que sientan las bases para la continuidad de estos contenidos en el nivel de Secundaria Básica.

Por ser precisamente en quinto grado donde se inicia el estudio del contenido histórico de manera sistémica y con carácter propedéutico resulta pertinente detenerse en el análisis de las exigencias didácticas básicas que deben tenerse presente por el maestro primario al impartir este contenido que se incluye en la Unidad no. 7 "El reinicio de la lucha por la independencia. La Guerra de 1895-1898".

La unidad dispone de un total de 24 horas clases, incluidas ocho de reserva. El maestro debe tener en cuenta para la dosificación el diagnóstico del grupo y las condiciones existentes para el desarrollo de actividades docentes y extradocentes relacionadas con los contenidos que se abordan en la unidad. El contenido relacionado con la invasión al occidente se corresponde con el tema 7.3 Nuevamente la invasión a occidente. ¿Por qué era necesario invadir occidente? ¿Cómo avanzó la invasión? Su ruta y combates más importantes. Resultados de la invasión.

Al abordarse ese contenido, el maestro debe lograr que los alumnos sean capaces de localizar en el mapa la ruta de la invasión y relatar hechos relevantes ocurridos en su desarrollo, así como analizar sus resultados, a partir de los objetivos propuestos para esta acción.

El libro de texto de la asignatura Historia de Cuba ofrece información necesaria para el tratamiento del tema en correspondencia con las exigencias del grado.

Se recuerda a los alumnos lo relacionado con el fracaso de la invasión durante la Guerra de los Diez Años y cómo esto influye en los resultados finales de esa contienda. Se analiza cómo, al reiniciarse las luchas por la independencia de Cuba el 24 de febrero de 1895 y tras la celebración de la Asamblea de Jimaguayú, se retomó la estrategia de extender la guerra al occidente, con el desarrollo de la invasión dirigida en esta ocasión por los principales jefes del Ejército Libertador, Máximo Gómez y Antonio Maceo.

Se les brinda información acerca del lugar y la fecha en que partió la columna invasora dirigida por Maceo desde el oriente del país, destacando el valor simbólico del lugar seleccionado como punto de partida y, seguidamente, se dan a conocer los principales objetivos que perseguía la invasión.

Al abordar lo relacionado con el avance, ruta y combates más importantes, se precisan aspectos como:

- Cruce de la trocha de Júcaro a Morón, cuyas características se explican destacando lo difícil que resultaba el paso por esa zona y cómo el Titán, valiéndose de su astucia, logró cruzarla sin novedad.
- Entrada al territorio de Las Villas y su encuentro con Gómez, para juntos estructurar el ejército invasor, al frente del cual quedaría el héroe de Baraguá.
- La aplicación de la tea incendiaria para evitar que el Gobierno español obtuviera recursos para financiar la guerra contra las fuerzas independentistas.
- El combate de Mal Tiempo (15 de diciembre de 1895) como uno de los más importantes de la invasión y sus resultados.
- La entrada a la provincia de Matanzas y el enfrentamiento contra una numerosa tropa española en Coliseo, la que vencen, por lo que pueden continuar avanzando las columnas invasoras de Gómez y Maceo.

Por ejemplo, al contar cómo se produce el cruce de la trocha de Júcaro a Morón el maestro debe describir cómo era la trocha y en qué medida suponía un obstáculo real, así como la cantidad de soldados que la vigilaban, lo que posibilita que los escolares puedan asimilar lo trascendental de este hecho y destacar la preparación y astucia del lugarteniente general frente a las fuerzas españolas. Otros hechos que por su importancia pueden ser relatados en este grado son algunos combates como Mal Tiempo, Coliseo, Calimete y Las Taironas; también con la adecuada narración de lo que se ha denominado el lazo de la invasión puede hacérseles comprender como Gómez y Maceo lograron engañar a los colonialistas y hacer que ellos mismos desmantelaran el colosal escollo que habían situado para impedir el paso de los invasores y, de igual modo, puede hacérseles sentir la emoción de la llegada a Mantua.

El tratamiento de las categorías tiempo-espacio, resulta esencial para la comprensión de la temática estudiada, pues los procesos históricos se desenvuelven en condiciones histórico-concretas, en un tiempo y un lugar determinados.

Hablar de tiempo histórico implica no solo llevar a la línea o gráfica del tiempo o a la cronología la fecha de inicio y fin de la invasión, sino analizar la duración de esa marcha, los días que transcurren de una provincia o región a otra; de esa forma los escolares pueden apreciar el ritmo lento o rápido con que avanzaba la columna invasora por el territorio nacional dadas las condiciones existentes en cada lugar. Hacer referencia a la duración de un combate o de una acción desarrollada posibilita que los alumnos comprendan la magnitud, importancia y trascendencia del hecho estudiado.

Para los alumnos de quinto y sexto grados, no resulta fácil representarse el proceso histórico ininterrumpido y en constante cambio, ni determinar la cantidad de tiempo que los separa de los hechos que estudian, lo que implica que el maestro deba realizar ejercicios que les permitan relacionarlos, por ejemplo, calcular el tiempo transcurrido entre la salida de la columna invasora de Mangos de Baraguá y el cruce de la trocha de Júcaro a Morón, determinar cuál fue el primer combate de la columna invasora o cuánto tiempo ha transcurrido desde esas épicas jornadas hasta nuestros días y otras preguntas que les permitan comprender el tiempo transcurrido.

La categoría espacio no puede obviarse en la enseñanza de la Historia, pues resulta necesaria en el análisis de los hechos. El espacio es entendido como el lugar, el escenario geográfico, la ruta seguida o recorrido en que se desarrollan los hechos, fenómenos o procesos históricos. Para ello resulta imprescindible el trabajo con mapas, planos y otros medios que permitan apreciar las características de dicho espacio. Los alumnos deben conocer los símbolos convencionales utilizados en los mapas, aprender a leer y trabajar con la leyenda de estos y utilizar la escala. La inclusión del mapa con el recorrido de la invasión y los principales combates en el libro de texto facilita el tratamiento de esta categoría y la realización de la actividad no. 1 del Cuaderno de actividades de la asignatura.

En el estudio y análisis del tema que se aborda, las categorías tiempo-espacio permiten la correcta comprensión de lo extraordinario de esa hazaña, al conocer el tiempo transcurrido desde su salida desde Mangos de Baraguá y su llegada a Mangos de Roque y la cantidad de kilómetros recorridos; pero a la vez analizan el escenario geográfico en que se desarrolla la compañíay comprenden lo difícil de la marcha por las llanuras, cruzando ríos, alejándose de las zonas más pobladas para evitar el encuentro con los españoles, sobre todo, al arribar a la región central, pues su objetivo era avanzar para llegar al más alejado confín occidental. Esos factores determinaron que la marcha se realizara en condiciones extremadamente complejas; aunque el conocimiento del medio geográfico y el clima por los soldados del Ejército Libertador constituyó un factor de éxito para esas fuerzas, mientras que para el ejército español el medio se convertía en un terrible y fatal enemigo.

El empleo de índices cuantitativos, es decir, el manejo de datos concretos y lo más precisos posible, que reproduzcan la situación real, por ejemplo, la información acerca de la cantidad de soldados españoles y el armamento que poseían frente a la cantidad de invasores y datos acerca de las armas y pertrechos con que contaban, permite a los alumnos apreciar con exactitud el valor de la acción, la grandeza de la figura, la magnitud de la situación existente y dar criterios más sólidos desde el punto de vista cuantitativo y cualitativo.

Todo ello propiciará el surgimiento de sentimientos de admiración y respeto hacia esos hombres que en apenas 90 días, venciendo todo tipo de adversidades, lograron extender la lucha a toda la Isla propinándole un duro golpe al Gobierno colonialista español.

Un requerimiento metodológico a tener en cuenta en el tratamiento de este contenido lo constituye el establecimiento de relaciones entre lo local y lo nacional, si se tiene en cuenta que todas las regiones del país están vinculadas con acciones en la invasión. En esta dirección, en el caso de Pinar del Río, se establecen relaciones con la historia local de la provincia y se ahonda en la biografía de personalidades históricas como, por ejemplo, Isabel Rubio, que se une a las huestes invasoras en Paso Real de Guane y es nombrada capitana de Sanidad del Ejército Libertador. Además, se localizan lugares que conservan las huellas del paso de la columna invasora, a partir de los contenidos del grado.

Desde su entrada a la provincia el 8 de enero de 1896 por la zona de Bahía Honda (hoy perteneciente a la provincia Artemisa), la columna invasora contó con el apoyo de los vueltabajeros, personas de diferente representación social, pertenecientes al movimiento revolucionario, se unieron a la columna invasora, a pesar de la concentración de fuerzas españolas en esa región. Al respecto José Miró Argenter en sus *Crónicas…* escribió:

> Ya estaba el pinareño arma al brazo, para defender los principios de la libertad, que a la vez representaban los principios de la propia redención. Oriente y Occidente, que poco ha eran dos polos diametralmente opuestos,

se unían en intimo lazo de parentesco por la virtualidad de una aspiración común. El hijo de la sierra Maestra y el ribereño del Cauto fraternizaban con el montañés del Pinar y con el veguero del Cuyaguateje. ¡Hermosa conquista de la revolución![3]

Algunos lugares de la provincia guardan con celo las huellas de la presencia del general Antonio, como es el caso del poblado de Pilotos, en el municipio Consolación del Sur. Allí, la tropa acampó en las afueras del poblado, cerca del río. El general Maceo visitó la vivienda de Víctor Diez, casa que aún existe y está marcada con el no. 807 en la calle 15. En aquella época, esta gran casona contaba con una caballeriza aledaña. El Titán de Bronce firmó varias comunicaciones en la enorme mesa de caoba de la vivienda de Diez y, según recoge la historia de esa localidad, pasó toda la noche charlando en unión de la ilustre familia del maestro Juan Capote Dulce, en su residencia. Mientras, en el parque bailaban los mambises al compás de la charanga de Aguilera.

Carolina Capote, maestra e hija de Juan, bordó en una fina pañoleta de seda blanca el escudo nacional de Cuba, con los colores, rojo, azul, blanco y negro, la cual obsequió al Titán para que con ella entrara a Mantua. A su regreso, después de terminada la invasión, Maceo volvió a Pilotos y devolvió la prenda a la familia. Esta reliquia se encuentra actualmente expuesta en el Museo Provincial de Historia de Pinar del Río y fue donada a esta institución por Juan Manuel Quintana y Capote.[4]

Monumento de Las Taironas

Se encuentra ubicado en el kilómetro seis de la carretera que conduce al puerto pesquero de La Coloma. La estatua pedestre de Antonio Maceo preside el área monumental, precisamente en el lugar donde la infantería mambisa decidió el combate a favor de las fuerzas cubanas.

La escultura, de 2,50 m de altura, es obra del artista Teodoro Ramos Blanco y fue fundida en bronce en la República Dominicana.

A partir de la iniciativa y la gestión emprendida por el Comité Todo por Pinar del Río, se recaudaron los fondos necesarios para realizar la estatua del lugarteniente general, que fue ubicada inicialmente en el Parque de la Independencia, en el año 1953 (figura 1). El proyecto inicial contemplaba construir un parque donde se situara la escultura de Antonio Maceo, por lo que se proyectó la construcción del actual parque Colón, que debía extenderse hasta el patio de la tienda Canosa, donde se colocaría el mencionado monumento. Este proyecto no se llegó a ejecutar.

Después del triunfo de la Revolución se restauró el Parque de la Independencia y la estatua colocada en dicho parque fue trasladada al lugar del escenario del

[3] José Miró Argenter: Ob. cit., p. 427.

[4] Juan Carlos Hernández Martín: Síntesis de la historia local de Consolación del Sur (inédito).

combate de Las Tarironas (figura 2). Más adelante, se ejecutó un nuevo proyecto por la Empresa de Desarrollo de Edificaciones Sociales y Agropecuarias y el 7 de diciembre de 1974 fue inaugurado con la presencia del comandante Julio Camacho Aguilera.

El monumento a Antonio Maceo Grajales en Las Tarironas es uno de los más importantes de la provincia de Pinar del Río. La figura central del conjunto es la escultura de Maceo en posición combativa que revela la intensidad de aquel violento encuentro. Ningún lugar mejor que Las Tarironas, de tanta trascendencia, para situar la estatua del Titán pues allí libró uno de los más brillantes combates de su extensa vida militar.[5]

A la izquierda, aparece la estatua de Antonio Maceo en su primera ubicación, en el Parque de la Independencia y, a la derecha, en el monumento situado en el escenario del combate de Las Tarironas. Fuente: Memorial Antonio Maceo. Restauración ambiental. Idea conceptual Las Tarironas, de la autoría de los arquitectos Reinaldo Uriarte y Yasser Jiménez y con asesoría histórica de Juan Carlos Rodríguez y Enrique Giniebra.

La Resolución no. 139 para el registro del monumento, del 8 de mayo de 1996, resolvió otorgar la condición de zona de protección al sitio histórico donde tuvo lugar la batalla de Las Tarironas y orientó su inscripción en el Registro Nacional de Monumentos Nacionales y Locales para su debida preservación.

En el poblado de Mantua, lugar donde culmina la invasión existe otro monumento de gran valor patrimonial relacionado con la invasión: el Monumento al Soldado Invasor (figura 3), que fue develado el 19 de septiembre de 1933 y fue el

[5] Enrique Giniebra Giniebra y Juan Carlos Rodríguez Díaz: *La invasión de Antonio Maceo en Pinar del Río…,* ob. cit., pp. 126-127.

primer homenaje a todos los mambises invasores de 1895. Mantua es recordada cada 22 de enero, por ser el escenario de cierre de la invasión; ella alberga la única estatua dedicada a los soldados invasores en Cuba.

Monumento al soldado invasor.

Parte superior del Monumento al soldado inva invasor. Fotos: Cortesía de la autora.

Según consta en el expediente de tarjas y monumentos del municipio pinareño, la iniciativa para la construcción de la obra fue del abogado y periodista villareño León Brunet y Ramírez, quien en 1929 presentó a la Asociación de la Prensa Cubana una moción para que, mediante una colecta, se lograra la cimentación de un monumento que perpetuase la memoria de los mambises invasores. La edificación, ideada por el arquitecto José María Bens Aviarte y el artista Juan José Sicre Vélez, comenzó en 1932 con la colocación de la primera piedra en el centro de la vía pública donde se situaría el monolito.

Con una altura total de 9,80 m, un pedestal de piedras de Jaimanitas sostiene en lo alto un caballo de bronce y a su jinete mambí. En su base, diagonal y escalonada, aparece tallado el croquis de la ruta seguida por la columna invasora desde Mangos de Baraguá hasta los Mangos de Roque y en el costado derecho se puede ver el facsímil del Acta Capitular firmada en Mantua, el 23 de enero de 1896, la cual dio por concluida la epopeya.

En Cuba existen otros dos monumentos relacionados con la invasión, ubicados en Mangos de Baraguá, en el oriente, y Mangos de Roque, en el occidente del país, los cuales marcan el inicio y final de esa epopeya militar.

La existencia de estos monumentos debe ser abordada por el maestro al impartir esos contenidos, pues precisamente guardan la memoria histórica de este trascendente acontecimiento en la historia de las luchas por la independencia del pueblo cubano.

Precisamente el currículo que se establece en las instituciones educativas y, en particular, el de la Educación Primaria, tiene como característica esencial su

integralidad, es decir, se propone contribuir a la formación integral y armónica de los alumnos a partir de los contenidos seleccionados, desde una concepción desarrolladora y, además, ser flexible y contextualizado, en correspondencia con el fin, los objetivos y las exigencias del nivel. Debe propiciar el vínculo con la vida, con la comunidad y la sociedad en general, a través de la inclusión de lo local y el desarrollo de variadas actividades que propicien el cumplimiento de los objetivos.

Estas características del currículo facilitan que, al abordar esta y otras temáticas del programa de Historia de Cuba, el maestro conciba actividades que, de una u otra forma, vincule a los escolares con esos lugares, aun cuando estén distantes de su escuela, mediante actividades investigativas, visitas virtuales y otras similares.

La lectura de textos narrativos sobre estas acciones y el análisis del "Himno Invasor", que aparecen en los libros de Lectura, resultan también elementos motivadores para la comprensión de la trascendencia de la invasión.

En el programa de sexto grado, en la unidad no. 5, La lucha continúa hasta el triunfo definitivo (1956-1958), en el epígrafe 5.6 La invasión a occidente y la campaña de Oriente, se aborda la estrategia seguida, en esta ocasión por el Ejército Rebelde: el desarrollo de la invasión dirigida por los comandantes Camilo Cienfuegos Gorriarán y Ernesto *Che* Guevara de la Serna. Se recuerda a los alumnos el objetivo principal de las columnas invasoras conducidas por Maceo y Gómez; y se les da a conocer que la columna que dirige Camilo lleva el nombre del legendario Titán de Bronce y tiene como misión llevar la guerra hasta Pinar del Río.

El tratamiento de este contenido en el nivel primario debe propiciar en los alumnos el desarrollo de sentimientos de respeto y admiración hacia esos hombres y mujeres que, con menos recursos, enfrentaron un ejército formidablemente pertrechado, con más de ciento sesenta mil soldados, que contaba, además, con el apoyo de tropas irregulares y paramilitares.

Los programas de estudio, desde los primeros grados, propician la creación de nociones y sentimientos, que construyen los cimientos del amor a la Patria y ofrecen dísímiles posibilidades de fomentar el interés por conocer cómo cada localidad contribuyó al logro de la independencia que hoy disfrutamos.

Breves notas acerca de la enseñanza de la Historia: la invasión a occidente

Zoila Rodríguez Gobea

El destacado historiador Oscar Zanetti Lecuona, en su libro *La escritura del tiempo. Historia e historiadores en Cuba contemporánea,* resalta la necesidad de otorgar a la enseñanza de la historia una atención muy especial, por tratarse de la disciplina que nos identifica en lo espiritual como cubanos. En este sentido, declara:

> La enseñanza constituye un medio fundamental para que la Historia pueda cumplir su cometido social. En el centro mismo de la labor educativa está la esencia humana de la Historia, su responsabilidad de hacer consciente al alumno del mundo en que vive y, aún más, de ofrecerle herramientas para transformarlo.[1]

[1] Oscar Zanetti Lecuona: *La escritura del tiempo. Historia e historiadores en Cuba contemporánea*, p. 21.

Zoila Rodríguez Gobea

Máster en Estudios Cubanos y del Caribe. Profesora auxiliar del Departamento de Historia de Cuba de la Universidad de Oriente. Autora de varios artículos y libros sobre historia. Pertenece a la Unhic y la SCJM.

En nuestro país, la Historia de Cuba se imparte en todos los niveles de enseñanza, pero es en el nivel medio donde debe intensificarse el trabajo, pues, como afirma el propio Zanetti, constituye:

> […] la última oportunidad de estudiar de manera sistemática el devenir de la sociedad. Y sin olvidar que es en la secundaria donde el estudiante puede —y debe— alcanzar a comprender a cabalidad la existencia humana como un proceso histórico, conflictivo y dialéctico, cuya recuperación se torna indispensable para poder entenderse a sí mismo como parte de una experiencia colectiva, afirmando así su propia identidad.[2]

De lo anterior se infiere que debe lograrse que el estudiante desarrolle habilidades tales como el "reconocimiento de las diversas interpretaciones existentes sobre determinado problema histórico", poniéndolo en condiciones de formular su propia opinión. Y siempre apostar por la búsqueda de un pensamiento crítico, que sea capaz de determinar la autenticidad, la exactitud y valor de un dato, acontecimiento o de una idea. "Esta estructura mental entraña 'la voluntad de adquirir nuevas habilidades y aplicarlas de la forma adecuada […]', así como que la persona se halle en condiciones 'de revisar sus creencias y actitudes actuales y considerar otros puntos de vista'".[3] De tal suerte, este historiador defiende la idea de que la Historia consigue impulsar en el estudiante la disposición a problematizar y, como consecuencia de ello, tendrá en sus manos la herramienta adecuada para evaluar las circunstancias presentes y proyectar un futuro mejor.

No pierde de vista la invitación del historiador francés Pierre Vilar, a realizar un acercamiento al pasado desde una perspectiva totalizadora, que escuche las distintas voces: la de los dirigentes y la de los dirigidos; la de los vencedores y la de los vencidos; la de las mujeres y la de los hombres; la de los amos y la de los esclavos. Una historiografía que deje atrás las medias verdades, pues al salir, la mitad olvidada termina por suplantar la historia y no por completar la conocida. Una propuesta así, a juicio de esta autora, debe ser asumida como metodología a seguir en los distintos centros de educación en sus más diversos modelos de formación y niveles de enseñanza, esto eliminaría el desgaste en las combinaciones teóricas y las creaciones pedagógicas alejadas de métodos sin sólida base científica y marxista.[4]

Estas aseveraciones ratifican una vez más que hacer historia y enseñarla son dos procesos muy complejos, que difieren por los pasos en su estructura interna; pero en ambos casos, actúa el individuo como centro. Este es un asunto discutido

[2] *Ibidem,* pp. 21 y 22.

[3] *Ibidem,* p. 23.

[4] Los investigadores matanceros Armando Santana Montes de Oca y Lisette Jiménez Sánchez en su trabajo "Historiografía y proceso de enseñanza-aprendizaje de la historia de Cuba", relacionan un sinnúmero de tendencias, corrientes y escuelas en las que se enmarca la historiografía moderna, y al referirse al marxismo lo definen como la concepción materialista de la historia que muestra la evolución humana a través de etapas de progreso definidas por la naturaleza de las relaciones de producción y que el método de análisis es la dialéctica. Véase Ondina Lolo y otros: *Didáctica de las ciencias sociales,* p.159.

en los claustros universitarios: ¿cómo revolucionar la enseñanza de la historia, en el sentido de hacerla no solo atractiva, sino necesaria y útil? ¿Cómo, en el caso concreto del tema de la invasión al occidente durante la guerra de 1895, desbordar la visión únicamente política y bélica, y proponer al alumno un acercamiento más integral que incluya miradas a la contribución del hecho de la invasión a la unidad e identidad nacional, o bien a las manifestaciones culturales que se van evidenciando en el tránsito de la columna invasora por los diferentes paisajes insulares, por citar solo estos dos extremos?¿Por qué no matizar el discurso académico con las diferentes versiones contenidas en diarios de varios participantes o con referencias a conclusiones contradictorias emanadas del laboreo historiográfico plural, en lugar de atenerse servilmente a lo recogido en los textos escolares de los diferentes niveles?

Enseñar el tema de la invasión de esa manera holística —como pedía Pierre Vilar— tendrá que esperar todavía un tiempo, por el hecho constatado de que a nivel de la ciencia histórica no resulta común encontrar estudios con esas características. Consecuentemente, la enseñanza de la Historia no podrá avanzar en ese sentido, al menos hasta que la investigación no sedimente resultados dignos de ser llevados a las aulas. No debe entenderse que se considera aquí al maestro de Historia en una posición pasiva, en espera de que otros avancen en el camino de reinterpretar el hecho histórico, en este caso la invasión con una óptica más integral. Antes bien, creemos que el maestro de Historia cubano debe estar a la vanguardia también en la investigación histórica, en especial, en aquella zona de la investigación histórica que vincula lo nacional con la localidad donde está enclavado el centro educacional de cualquier nivel. Ese trabajo nadie lo hará por él.

Con ello se sugiere que en cada centro docente se enseñará mejor el tema en la medida en que el maestro explique —claro está— la connotación nacional del proceso de la invasión; pero junto a ello, enriqueciendo y embelleciendo su disertación, deben insertarse llamadas a (son solamente algunos ejemplos):

- El paso de la invasión por la zona donde se ubica el centro, siempre que sea posible.
- La participación de habitantes de la zona en la hombrada.
- El "Himno Invasor" y su historia.
- La recreación artística de la invasión.
- La literatura surgida en torno al hecho.

Se objetará que no se dispone de un fondo de tiempo en los programas para desarrollar estas u otras alternativas didácticas. En realidad, el tiempo en clases es escaso, pero un buen maestro encontrará siempre otras vías, quizás a través del trabajo independiente de los estudiantes u organizando actividades extraclases. Porque, aunque en verdad, los programas en su concepción no ofrecen mucho margen a iniciativas, un programa, a fin de cuentas, será bueno o malo según el maestro que lo imparta.

Veamos a continuación cómo aparece tratado el tema de la invasión al occidente en los diferentes niveles. En la enseñanza primaria se recoge este contenido

en el texto de Historia de Cuba,[5] específicamente en el cuarto periodo de quinto grado, en la unidad no. 7: El reinicio de la lucha por la independencia. La guerra del 95 (1895-1898).[6] Está redactado en aproximadamente siete cuartillas bien estructuradas, donde la escritura, imágenes y mapas se articulan para llevar al pionero un conocimiento histórico con una carga emotiva intensa, que da prioridad al conocimiento de lo esencial del hecho histórico para este nivel de enseñanza (fecha, lugar, participantes, causas, consecuencias y resultados).

No. y nombre del capítulo	No. y nombre del tema	Preguntas de comprobación
Unidad 7. El reinicio de la lucha por la independencia. La guerra del 95 (1895-1898)	7.3 La invasión a occidente. Por qué era necesario invadir occidente. Cómo avanzó la invasión. Su ruta y combates más importantes. Resultados de la invasión.	1. Compara los objetivos de la invasión con sus resultados. ¿A qué otros resultados puedes hacer referencia? 2. Traza en el mapa la ruta de la invasión

Los ejercicios de comprobación orientados al alumno (ver en la tabla anterior los dos ejercicios), desde el punto de vista de su distribución, tienen calidad de acuerdo con los postulados de Petrovski[7] acerca de que para lograr la eficacia de tal ejercicio de comprobación, estos deben estar determinados por "el contenido de la pregunta, es decir lo que se pregunta, el carácter de las operaciones mentales requeridas por la pregunta y la forma verbal";[8] sin embargo, no se alcanza la perfección aspirada, porque las autoras del texto no han tenido en cuenta que, precisamente, dentro de los objetivos generales de la unidad está el de valorar la significación de la invasión al occidente por el Ejército Libertador y valorar, de forma sencilla, la actuación de las personalidades y la significación de los hechos y fenómenos más importantes del periodo estudiado, lo cual complementaría el objetivo general del programa. Esta contradicción entre el texto y el programa imposibilita que el alumno dé sus primeros pasos en el desarrollo del razonamiento y que no quede en un nivel reproductivo, sin lograr independencia cognoscitiva.

En otros acápites del propio texto —y en el discurso de maestro— debe aprovecharse la posibilidad de vincularlos con la marcha de la invasión. Son estos:

7.4 La presencia internacionalista y de la mujer en la guerra del 95,
7.5 El gobierno colonialista de España intenta aniquilar a los cubanos y
7.6 La ofensiva de los cubanos.

Aplíquese, además, la lección de Hernán Venegas acerca de la necesidad de diseñar clases basadas en una panorámica holística de la zona objeto de estudio.

[5] Autoras Lic. Regla María Albelo Ginnart, Lic. Marta Ma. Valdés López, Prof. Gisela Gallo González y Mirta Molina Martínez.
[6] Es un cuadro resumen que ofrece la autora de este trabajo basado en la información que tiene el libro de texto de *Historia de Cuba* de quinto grado entre las pp.4, 149-155.
[7] Cit. de Ondina Lolo Valdés y otros: Ob. cit., p.147.
[8] *Ibidem,* p.153.

De manera general se aprecia que muchas de estas insuficiencias pueden ser salvadas en las aulas y por los colectivos de maestros, cuando realizan sus actividades metodológicas, en las que se proponen sistemas de ejercicios para que el escolar pueda vencer objetivos generales obviados. En muchos lugares hemos observado que se diseñan trabajos investigativos u otro tipo de actividad docente para así encauzar la educación histórica y la formación patriótica de nuestros niños, desarrollar habilidades y cumplir objetivos generales en el nivel primario y declararlos aptos para enfrentar la enseñanza de la Historia de Cuba en la secundaria básica.

Cuando el estudiante transita a la enseñanza media (concretamente en el noveno grado) recibe nuevamente este contenido. En su libro de texto de Historia de Cuba, en un espacio de nueve cuartillas, se sigue la siguiente lógica del tratamiento de los contenidos según esta tabla:[9]

No. y nombre del capítulo	**No. y nombre del tema**	**Preguntas de comprobación**
No. 5. La Guerra de Independencia de 1895 y la ocupación norteamericana en Cuba.	5.3: Invasión a occidente. Objetivos de la invasión. • En el aspecto militar: • Económicamente pretendían: • En lo político aspiraban a: Acontecimientos más significativos. Consecuencias e importancia histórica de la invasión. • Desde el punto de vista militar: • En el aspecto económico: • En lo político: Incremento de la represión española.	Compara los objetivos de la invasión con sus resultados, para que valores su cumplimiento. ¿Qué acción de guerra de la invasión te ha interesado más ¿Por qué? ¿En qué consistió la reconcentración? ¿Cuáles fueron sus resultados?

Respecto a la concepción didáctica, notamos que los contenidos están organizados para preparar al estudiante en la comprensión de una construcción histórica fluida, que revela en su interior una lógica (o sea el análisis por separado de cada objetivo y consecuencia de la invasión, a diferencia del libro de quinto grado, lo que evidencia el salto en el nivel de aprendizaje) y se interpreta desde la didáctica como una herramienta para el desarrollo de habilidades cognitivas y formativas necesarias en el nivel medio, tales como: ubicar en espacio y tiempo, interpretar, argumentar, explicar, ejemplificar, comparar, valorar hechos y figuras, entre otras. Tal demanda es la máxima aspiración de la educación cubana, estando a tono con la sugerencia realizada por Zanetti Lecuona de que precisamente es en la secundaria donde no podemos olvidar que el estudiante puede —y debe— comprender a cabalidad la existencia humana como un proceso histórico, conflictivo y dialéctico, donde [el alumno] cierra un ciclo importante en su vida.

[9] Cuadro elaborado por la autora de este trabajo basándose en la información del libro de texto de *Historia de Cuba*, noveno grado, pp. 139-148.

Como se observa en el cuadro, la mirada a la invasión solamente se dirige hacia los aspectos económicos y político-militares en torno a ella. Vuelve a estar ausente el abordaje del hecho en sus connotaciones culturales e identitarias. Solo nos queda la esperanza de que esta situación docente metodológica esté en el punto de mira de cada centro de la enseñanza media y pueda ser salvada.

En la escuela media superior (preuniversitario) nuevamente se recibe el contenido en el duodécimo grado. El texto de *Historia de Cuba* para este nivel fue redactado por Susana Callejas Opisso, Oscar Loyola Vega, Horacio Díaz Pendás, Francisca López Civeira y José A. Rodríguez Ben. Los núcleos temáticos a los que se refiere dicho texto se sintetizan en el siguiente cuadro:

No. y nombre del capítulo	**No. y nombre del tema**	**Preguntas de comprobación**
No. 2. Las luchas contra el dominio colonial español (1868-1898)	2.3.2 Desarrollo de la Revolución.	4. ¿En qué campaña militar de Máximo Gómez te hubiera gustado participar? Explica las razones de tu selección. 5. Investiga hechos y nombres de patriotas que participaron en la Revolución de 1895 en tu localidad. 7. Escribe en tu cuaderno tres consecuencias que para la Revolución tuvo la muerte en combate de Antonio Maceo.

Esta tabla[10] es reflejo de un contenido muy resumido (solo dos cuartillas) en una enseñanza que prepara al estudiante para su ingreso a la educación superior. Y cuando analizamos la relación entre contenido-objetivo-evaluación, descubrimos que:

- Privilegia el enfoque descriptivo del contenido eludiendo lo interpretativo, lo cual desconoce el nivel de asimilación del estudiante en esta enseñanza.
- Nuevamente la guerra vista solo como hecho político-militar.
- Por primera vez se intenta, a través del estudio independiente de los estudiantes, vincular el contenido con la historia local.

El claustro universitario, con el fin de encauzar la enseñanza de la Historia de Cuba para las distintas carreras, aprovecha la posibilidad que brinda la educación superior de trabajar la asignatura-disciplina en un nivel de profundización, basada en dos ideas rectoras fundamentales, que son la lucha del pueblo cubano por lograr:

- La constitución del Estado nacional independiente.
- La justicia social.

A través de estas ideas, con toda intención, se trata de revolucionar la manera de interpretar aquel contenido histórico, que repite desde la escuela primaria los mismos temas en cada una de sus etapas. Sin duda alguna, el discurso ante el

[10] Cuadro resumen de la autora de este trabajo basado en la información que contiene el libro de texto de *Historia de Cuba* de duodécimo grado entre las pp. 133-140 y 147.

estudiante universitario debe ser otro: el que priorice el análisis profundo, revele el nudo de unidad y contradicciones basado en el trabajo investigativo, donde se puedan contrastar las fuentes escritas y orales, para formar jóvenes aptos para comprender su pasado, enfrentar y resolver los problemas del presente, así como poder proyectar un futuro mejor.

Se trata de un trabajo de búsqueda de las esencias a través de los principales documentos históricos y testimonios y las más diversas fuentes reconocidas y bibliografías útiles para el desarrollo de la docencia.

La disciplina Historia de Cuba agrupa dos programas de esta asignatura con diferente concepción: la primera, para las carreras no pedagógicas y la segunda, para las carreras pedagógicas (Licenciatura en Educación, exceptuándose en ambos casos las especialidades de Licenciatura en Historia y Licenciatura en Educación Historia y Marxismo-Leninismo, respectivamente). Cada una encierra un diseño coherente entre ideas rectoras-sistema de contenidos-objetivos, lo que obliga a los colectivos a prestar mucha atención al trabajo metodológico, en el que la reflexión ocupa un lugar central para acometer la enseñanza sin caer en la repetición del nivel anterior, sobre todo, en el programa de las carreras de Licenciatura en Educación, donde se mantienen las mismas cuatro ideas rectoras definidas para el preuniversitario:

- La actitud, intenciones y acciones de los círculos de poder de Estados Unidos para apoderarse de Cuba, impedir su independencia y soberanía y, a partir de 1959, intentar destruir la Revolución, así como el enfrentamiento a dichas acciones por el pueblo cubano y sus figuras representativas.
- La Revolución Cubana es una sola como proceso histórico desde 1868 hasta nuestros días.
- Lo que ha significado la unidad, o la falta de ella, a lo largo de las luchas del pueblo cubano por la independencia y la revolución social.
- El socialismo como necesidad histórica y el papel desempeñado en la lucha por su realización por el liderazgo revolucionario, en particular, el del compañero Fidel.

Para el cumplimiento de este programa se ha hecho una selección de contenidos que abarca las tres etapas de nuestra historia; pero muy ligadas a estas cuatro ideas rectoras. En dicha selección, detectamos que la temática La proyección independentista como solución radical a la agudización de las contradicciones inherentes al régimen colonial en Cuba. La Revolución del 68 y 95 es un contenido muy extenso por el periodo que abarca para ser tratado en una sola clase; esto indica que no ocupa y menos se le destina un lugar privilegiado al tema en cuestión, con lo que se pierde toda oportunidad de dar la debida profundización que merece la invasión a occidente (1895-1896). Por tanto, es una de las dificultades que presenta este programa de la educación superior y debe ser atendida en los colectivos docentes. A ello se agrega la carencia de un libro de texto de Historia de Cuba para este nivel.

Están en existencia para las universidades otros libros que suplen la carencia; pero se complementan para dar cumplimiento a los programas diseñados. Y son considerados como bibliografía básica, entre ellos:

- *Cuba y su historia*, escrito desde el 2003 por tres destacados representantes de la ciencia histórica en Cuba: Francisca López Civeira, Oscar Loyola Vega y Arnaldo Silva León, que en la enseñanza superior se indica al estudiante para consultar el tema de la invasión; aunque solo aporta información de algunos detalles acontecidos en el desarrollo de esta, que se reducen a una cuartilla. Por tanto, no clasifica para alcanzar las aspiraciones expresadas en los párrafos anteriores.
- *Historia de Cuba 1492-1898. Formación y liberación de la nación,* de Eduardo Torres-Cuevas y Oscar Loyola Vega. Esta obra resalta el tema, bajo el rótulo: La invasión: tres meses fundamentales en una revolución anticolonial. En ella se logra de un modo más completo el hecho histórico con relación al conjunto de otros libros que son considerados para la enseñanza como literatura básica para ser consultados obligatoriamente en las aulas. A nuestro juicio, está muy bien logrado por el volumen de información acopiado, con un buen nivel de profundidad y actualizado a partir de las investigaciones más recientes. Hemos constatado su consulta por los estudiantes del preuniversitario, sobre todo en el duodécimo grado, porque reúne acerca del hecho histórico una mayor información que completa el desarrollo de las siguientes habilidades: identificar, argumentar, demostrar y valorar tanto la acción estratégica como a sus protagonistas fundamentales: Máximo Gómez y Antonio Maceo. Todo con el fin de completar su preparación para realizar la prueba de ingreso de Historia de Cuba.

Hasta aquí se ha realizado un recorrido para evaluar en los diferentes niveles de escolaridad el estado del estudio de un hecho histórico que marcó un hito trascendental en la historia de Cuba. Y lo perceptible es que las enseñanzas demandan de un texto mejor pensado en cuanto al tratamiento integral del contenido y su estructura didáctica, en el que el tema de la invasión al occidente no continúe siendo una larga lista de fechas y nombre de lugares, sino que se trate una visión mucho más integral como lo declaran Zanetti y Venegas; se requiere la aparición de un nuevo libro escolar donde se observe la verdadera contribución de la ciencia histórica para elevar la calidad de la enseñanza de la asignatura en Cuba. Se impone también la movilización de profesores e investigadores hacia la realización de una revisión general del tratamiento de este tema con todos sus matices, como hecho singular, y la constante actualización a través de las últimas publicaciones realizadas por especialistas en el tratamiento de la historia en Cuba.

Por último, se debe seguir insistiendo en que se generalicen las mejores experiencias aplicadas por los claustros y algunos profesores que lograron el cumplimiento de los objetivos aspirados en los distintos niveles de enseñanza, gracias a la combinación y uso de las nuevas tecnologías, técnicas, métodos y formas de organizar el proceso de enseñanza en las escuelas en los diferentes niveles: desde el primario hasta el superior.

Bibliografía

Fuentes bibliográficas

Academia de la Historia de Cuba: *Actas de las Asambleas de Representantes y del Consejo de Gobierno durante la Guerra de Independencia, (1895-1896),* t. I, vol. I, Imprenta y Papelería de Rambla Bouza y Ca., Colección de Documentos, La Habana, 28 de noviembre de 1895.

Aguirre, Sergio: *Nación y nacionalidad en el siglo XIX cubano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.

Almazán del Olmo, Sonia y Mariana Serra García (comp.): *Cultura cubana (Colonia)* parte I, Editorial Félix Varela, La Habana, 2006.

Almodóvar, Carmen: *Antología crítica de la historiografía cubana (época neocolonial),* Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1986.

Álvarez Estévez, Rolando: *Mayor general Carlos Roloff Mialofsky. Ensayo biográfico*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981.

Álvarez Pitaluga, Antonio: *Revolución, hegemonía y poder,* Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2012.

_____, Esteban Barboza Núñez y otros: *Costa Rica en Antonio Maceo,* Biblioteca Nacional de Cuba José Martí / Editorial Arlekín, La Habana, 2016.

Araujo, Carolina y otros: "Verdad y ficción en la historia: El debate entre Hyden White y Roger Chartier", en *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales,* no. 43, 2013.

Atlas de Camagüey, Instituto de Geografía, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 1989.

Ávila Echemendía, Bienvenido de y Plácido Cruz Infante: *Presencia de Maceo en Las Tunas*, Sección de Investigaciones Históricas del Comité Provincial del Partido, Las Tunas, 1986.

Azcuy González, Rafael: *Antonio Maceo y el asalto a La Palma*, Editora Política, La Habana, 1988.

Baeza, E.: *Contribución a la historia médico-quirúrgica de la última campaña de Cuba. Hospital Militar Alfonso XIII. Estadística de operaciones practicadas y traumatismos asistidos en la clínica de heridos y cirugía general*…, Talleres de Imprimir Vda. e hijos de E. Pascual, Valencia, 1899.

Baraja Montana, Manuel: *La guerra de independencia cubana a través del* Diario de Cádiz, *1895-1898. Del grito de Baire al hundimiento del* Maine, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, 1979.

Barcia, María del C., Gloria García y Eduardo Torres-Cuevas: *Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales (1868-1898),* t. 2., segunda parte, Editorial Félix Varela, La Habana, 2006.

Barnet Lanza, Miguel: *Biografía de un cimarrón,* Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2012.

Boza, Bernabé: *Mi diario en la guerra,* t. I, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.

Brito Alfonso, Ernesto y Virgilio Companioni Albrisa: Síntesis histórica municipal Taguasco (inédita).

Bustamante, Luis G.: *Enciclopedia popular cubana,* t. 3, La Habana 1949.

Caballero, Armando: *La mujer en el 95*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 1982.

Cabanellas, Virgilio: *La táctica en Cuba, África y Filipinas y en todo país cubierto y accidentado*, Imprenta de J. Requena, Cartagena, 1895.

Cabrales, Gonzalo: *Epistolario de héroes*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996.

Cabrera Sánchez, Ángel E.: El perfeccionamiento de la orientación profesional pedagógica de los estudiantes de los institutos preuniversitarios vocacionales de ciencias pedagógicas mediante el estudio de la labor educativa de Clotilde Agüero Cepeda, tesis de maestría, Instituto Superior de Ciencias Pedagógicas Manuel Ascunce Domenech, Ciego de Ávila, 2008.

Callejas, Bernardo (selec., pról. y notas): *Máximo Gómez en la independencia patria*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1986.

Callejas Opisso, Susana y otros: *Historia de Cuba. Nivel medio superior,* Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 2010.

Campos Cremé, Wilfredo de Jesús: La lucha armada en el teatro de operaciones militares de Guantánamo en la guerra hispano cubano estadounidense de 1898, tesis en opción al grado científico de Doctor en Ciencias Históricas, Instituto de Historia de Cuba, La Habana, 2020.

Carrillo Morales, Justo: *Expediciones cubanas,* Imprenta P. Fernández y Cía., La Habana, 1936.

Casasús, Juan J. E.: *La invasión. Sus causas. Sus factores. Su finalidad. Estudio crítico militar,* La Habana, 1950.

Castellanos García, Gerardo: *Misión a Cuba. Cayo Hueso y Martí*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2009.

Castillo Zúñiga, José Rogelio: *Autobiografía del general José Rogelio Castillo y Zúñiga,* Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., La Habana, 1910 / Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.

Castro Ruz, Fidel: *Luchadores por la calidad de la educación*, Editora Política, La Habana, 1992.

_____: *La historia me absolverá,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007.

Cento Gómez, Elda y Ricardo Muñoz Gutiérrez: *Salvador Cisneros Betancourt: entre la controversia y la fe,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2010.

Centro de Estudios Militares de las FAR (CEMI): *Mayor general Máximo Gómez Báez. Sus campañas militares (1895-1898),* t. II, Editora Política, La Habana, 1986, 1988.

_____: *Historia militar de Cuba. Primera parte (1510-1898),* t. 3, vol. 1 y 2, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2004.

_____: *Diccionario enciclopédico de historia militar de Cuba. Primera parte (1510- 1898),* 3 t., Ediciones Verde Olivo, La Habana, 2004 / Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2014.

Colectivo de autores: *Con todo derecho Isla de la Juventud*, Poligráfico Isla de la Juventud, Isla de la Juventud, 1986.

_____: *Las luchas por la Independencia nacional y las transformaciones estructurales (1868-1898),* Instituto de Historia de Cuba / Editora Política, La Habana, 1996 / Pueblo y Educación, La Habana, 2002.

_____: *Cuadernos de historia avileña II*, Ediciones Ávila, Ciego de Ávila, 2006.

_____: *Síntesis histórica provincial de Las Tunas*, Editora Historia, La Habana, 2010.

_____: *Síntesis histórica provincial de Villa Clara,* Editora Historia, La Habana, 2010.

_____: *Síntesis histórica provincial de Pinar del Río,* Editora Historia, La Habana, 2012.

_____ (Ángel E. Cabrera Sánchez, coord.): *Máximo Gómez en Ciego de Ávila*, Universidad de Ciego de Ávila, Ciego de Ávila, 2016.

_____: *Historia de la provincia de Villa Clara desde las comunidades aborígenes hasta 1990,* Editorial Feijoó, Villa Clara, 2015.

_____: *Artemisa. Apuntes de una provincia,* Editorial Unicornio, Artemisa, 2017.

Collazo, Enrique: *Cuba independiente,* La Moderna Poesía, La Habana, 1900.

_____: *Los americanos en Cuba,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1972.

_____: *Cuba hHeroica*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1980.

Comisión Nacional de Historia de la UJC: *La Invasión: estrategia fundamental en nuestras guerras revolucionarias,* La Habana, 1972.

Companioni Albrisa, Virgilio y Ernesto Brito Alfonso: La defensa española en Sancti Spíritus (inédito).

Concepción, Pablo de la: *Prisioneros y deportados cubanos en la Guerra de Independencia (1895-1898),* Imprenta P. Fernández y Cía, La Habana, 1932.

Consuegra y Guzmán, Israel: *Memorias,* Imprenta del Ejército (folleto), La Habana, 1930.

_____: *Mambiserías. Episodios de la Guerra de Independencia (1895-1898),* Imprenta del Ejército, La Habana, 1930.

Corona, Mariano: *De la manigua (Ecos de la epopeya),* Imprenta de *El Cubano Libre*, Santiago de Cuba, 1900.

Corvea Álvarez, Domingo; Rolando J. Fernández Henríquez; Osiris Quintero Fernández y Jorge Luis Aneiros Alonso: *Rutas históricas por Sancti Spíritus*, Ediciones Jarao, Sancti Spíritus, 1997.

Cuba: la Revolución de 1895 y el fin del imperio colonial español, Instituto de investigaciones históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1995.

Delgado, Gregorio: *La mujer melenera y su contribución a la causa de la independencia de Cuba*, Imprenta Valdés Trujillo, Güines, 1988.

Díaz Góngora, Leticia: *José Miró Argenter, periodista y guerrero,* DOR del Comité Provincial del Partido, Holguín, 1988.

Díaz Martínez, Yolanda: *Vida y avatares de los hombres en contienda. La subsistencia en la guerra del 95*, Editora Política, La Habana, 2004.

Diez Acosta, Tomás: "La supervivencia en el ejército mambí", en *Medicina mambisa,* Ediciones Verde Olivo, La Habana, 1985.

El tema histórico en la pintura cubana (en conmemoración del centenario de la Guerra de Independencia y la caída en combate de José Martí), Uneac / Museo de Bellas Artes / Ministerio de Cultura [1995].

Era, Doris y José Díaz Roque: *Cartas desconocidas de Máximo Gómez a Rita Suárez del Villar,* Ediciones Mecenas, Cienfuegos, 1992.

Escalona Chadez, Israel: *José Martí y Antonio Maceo, la pelea por la libertad,* Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2004.

Estrada Palma, Tomás: *La invasión de occidente. Partes oficiales,* Imprenta América, Nueva York, 1896.

Feijóo, Samuel: *El saber y el cantar de Juan sin nada,* Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1984.

Fernández Espert, Ángel Avelino: *El tercer cuerpo de ejército en la guerra del 95,* Editorial Ácana, Colección Premio, Camagüey, 2007.

Fernández Fernández, José: *Matagás, el bandido y la gesta*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2000, 2005.

Ferrara Marino, Orestes: *Mis relaciones con Máximo Gómez*, La Habana, 1942.

Figueredo, Fernando: *La revolución de Yara,* Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1968.

Foner, Philips S.: *La guerra hispano-cubano-norteamericana y el surgimiento del imperialismo yanki,* t. 1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.

Fornet, Ambrosio: *Narrar la nación*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2009.

_____: *El libro en Cuba. Siglos XVIII y XIX*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2014.

Foucault, Michel: *Historia de la sexualidad,* t. III, Editorial Siglo XXI, Ciudad México, 1992.

Franco, José Luciano: *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida,* 3 t., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.

García del Pino, César: *Carlos García, comandante general de Vueltabajo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.

_____: *Antonio Maceo: la campaña de Pinar del Río y su ideario político,* Ediciones Unión, La Habana, 2007.

García Pascual, Luis y Enrique Moreno Pla: *Epistolario,* t. 2, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1973.

Giniebra Giniebra, Enrique y Juan Carlos Rodríguez Díaz: *La crisis colonial en Vueltabajo,* Ediciones Loynaz, Pinar del Río, 2005.

_____: *La invasión de Antonio Maceo en Pinar del Río. Razones para comprender una hazaña*, Ediciones Loynaz, Pinar del Río, 2017.

_____: *La expedición más arriesgada,* Ediciones Loynaz, Pinar del Río, 2018.

_____: Memorias del tercer Taller de la Historia Marítimo-Naval de Pinar del Río, Puerto Esperanza, Centro de Información para la Defensa, MINFAR, E-100, 2009.

Gómez Báez, Máximo: "Convenio del Zanjón", en Bernardo Gómez Toro: *Revoluciones… Cuba y Hogar;* Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., La Habana, 1927.

_____: *El viejo Eduá*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1937.

_____: *Diario de campaña*, Talleres Ceiba del Agua, La Habana, 1940 / Instituto del Libro, La Habana, 1965, 1968.

_____: *Obras escogidas. Máximo Gómez* (selec., pról. y notas Ambrosio Fornet), La Habana, 1979.

_____: *Mi escolta y otros escritos,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.

González, Enrique y José A. Quintana: *Evangelina Cossío Cisneros y William Randolph Hearst: dos figuras en la historia*, Editorial El Abra, Isla de la Juventud, 2002.

Guerra Sánchez, Ramiro: *Manuel de historia de Cuba*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1985.

_____: *Historia de la nación cubana,* La Habana, 1952.

Guerrero, Rafael: *Crónica de la guerra de Cuba (1895) II,* Barcelona, 1895.

Guevara de la Serna, Ernesto: *Escritos y discursos,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977.

Hernández Giro, Juan Emilio: *Historia gráfica de Cuba,* P. Fernández y Cía., La Habana, 1938.

Hernández Martín, Juan Carlos: Síntesis de la historia local de Consolación del Sur, inédito.

Hidalgo, Ibrahím: "Martí, Maceo, Gómez y Crombet en la organización y financiamiento de la expedición de Costa Rica (1893-1895), en *Maceo en el tiempo. Acción, pensamiento y entorno histórico,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2015.

Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales 1868-1898, Editora Política, La Habana, 1996.

Hodelín Tablada, Ricardo: *Máximo Zertucha, médico de Antonio Maceo*, Premio Biografía, Concurso 26 de Julio de las FAR 2016, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2020.

Ibarra Cuesta, Jorge: *José Martí, dirigente político e ideólogo revolucionario,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980.

_____: *Patria, etnia y nación,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2017.

Instituto de Historia de Cuba: *Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales,* t. II, segunda parte, Editorial Félix Varela, La Habana, 2011.

Iraizos del Villar, Antonio: *De los historiadores de Maceo,* Publicaciones de La Gran Logia, La Habana, 1965.

Izquierdo Canosa, Raúl: *Días de la guerra. Cronología sobre los principales acontecimientos de la guerra de independencia de Cuba 1895-1898*, Editora Política, La Habana, 1994.

_____: *Las Tunas en la guerra de 1895-1898*, Editorial Sanlope, Las Tunas, 2008.

_____: *Ciego de Ávila 1895-1898. Guerra hechos y noticias*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2012.

James Figarola, Joel: *Fundamentos sociológicos de la Revolución cubana siglo XIX*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2005.

Juan, Adelaida de: *Pintura cubana temas y variaciones*, Editorial Félix Varela, La Habana, 2006.

Llaverías, Joaquín y Emeterio S. Santovenía (comp.): *Actas de las Asamblea de Representantes y del Consejo de Gobierno durante la Guerra de Independencia*, t. I, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1928.

Llorens y Maceo, José Silvino: *Con Maceo en la invasión,* La Habana, 1928.

Lolo Valdés, Ondina y otros: *Didáctica de las ciencias sociales,* Editorial Universitaria Félix Varela, La Habana, 2019.

Loynaz del Castillo, Enrique: *Memorias de la guerra,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989, 2001.

López Civeira, Francisca; Oscar Loyola y Arnaldo Silva León: *Cuba y su historia,* Editorial Gente Nueva, La Habana, 1998.

López Acosta, Sonnia y Eddy Morera Cruz: La Guerra de 1895, en *Síntesis histórica de la provincia Sancti Spíritus* (inédita).

López Sánchez, José: *Ciencia y medicina. Historia de las ciencias*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 1989.

Maceo, Antonio: *Diarios de campaña* (comp., intr. y notas Aisnara Perera Díaz), Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001.

Mañach, Jorge: "Indagación del choteo", en *Ensayos* (selec. y prólogo de Jorge Luis Arcos), Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1928.

Martí, José: *Obras completas,* Editora Nacional de Cuba, La Habana, 1963 / Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.

_____: *Los poetas de la guerra*, Universidad de La Habana, La Habana, 1968.

_____: *La Revolución de 1868*. Instituto Cubano del Libro. La Habana. 1968.

Marx, Carlos y Federico Engels: *Obras escogidas,* t. 1, Editorial Progreso, Moscú, 1974.

Martínez-Moles, Manuel: *Contribución al folklore. Tradiciones, leyendas y anécdotas espirituanas,* t. III, Imprenta El siglo XX, La Habana, 1936.

Márquez Fariñas, Miguel: Antonio Maceo entre el altruismo y la traición, inédito.

Méndez Capote, Renée: *Relatos heroicos*, Gente Nueva, La Habana, 1990.

Méndez, Manuel Isidro: *La historia de Artemisa,* Editorial de Artes Gráficas, Artemisa, 1973.

_____: "Acerca de La Mejorana y Dos Ríos" en *Valoración múltiple José Martí,* t. 1, Casa de las Américas, La Habana, 2007.

Méndez Vargas, Lourdes María: *Arroyo Blanco, la ruta cubana de Churchill. Un episodio de la guerra del* 95, Ediciones Luminarias, Sancti Spíritus, 2013.

Miguel Fernández, Enrique de: *La correspondencia de Azcárraga con Weyler, sobre la guerra de Cuba 1896-1897,* Centro Francisco Tomás y Valiente, UNED Alzira-Valencia, Fundación Instituto de Historia Social, Valencia, 2010.

Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (Minfar): *Diccionario militar* (primera versión) 1995.

Miró Argenter, José: *Extracto de las operaciones militares realizadas por el Ejército Invasor al mando del lugarteniente general Antonio Maceo desde su salida de Oriente hasta su llegada a Mantua provincia de Pinar del Río,* Imprenta El Diarito, San José, Costa Rica, 1896.

_____: *Cuba. Crónicas de la guerra. Las campañas de invasión,* tomo primero, cuadernos 4 y 7, Imprenta El Cubano Libre, Santiago de Cuba, 1899.

_____: "Autobiografía", en *El General Miró Argenter, guerrero y cronista de la invasión*, Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1952.

_____: *Cuba. Crónicas de la guerra. Las campañas de invasión y de occidente,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1968 / Ediciones Huracán, La Habana, 1970.

Monfort, Manuel: *Historia de la guerra de Cuba,* Tipografía del Boletín Mercantil, Puerto Rico, 1896.

Moral, Luis F.: *Serafín Sánchez: un carácter al servicio de Cuba*, Ediciones Mirador, Ciudad México, 1955.

Morales, Salvador: *Máximo Gómez. Selección de textos,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.

Mosquera, Gerardo: *Exploraciones en la plástica cubana,* Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1983.

Mourlot Mercaderes, Joel: *El hombre de excepción. Episodios y facetas de Antonio Maceo,* Casa del Caribe, Santiago de Cuba, 2018.

Naranjo Tamayo, Aldo D.: *El estandarte que hemos levantado. Apuntes cronológicos, Carlos Manuel de Céspedes, 1819-1874,* Ediciones UNHIC, La Habana, 2019.

Núñez Jiménez, Antonio: *Isla de Pinos: piratas, colonizadores, rebeldes*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1976.

Padrón Valdés, Abelardo: *Quintín Bandera. General de tres guerras,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

_____: *El general José. Apuntes biográficos*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1972.

Palenque, Amado: *La campaña de invasión*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1988.

Papeles de Maceo, t. II, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998.

Pardo González, Ariel y otros: Apuntes para la historia de Colón (hasta 1980), inédito.

Parra Quintero, José de: *El campamento mambí.* Crónica dialoguística de la guerra de independencia de Cuba. Año 1895 a 1898. (Dedicada al mayor general Mario G. Menocal y el Dr. Emilio Rousseau y Becerra), Imprenta Belascoaín, La Habana, s. a.

Pasquel, Leonardo: *Biografía integral de la ciudad de Veracruz 1519-1969*, Colección SUMA Veracruzana, Serie Biografía, México, 1969.

_____: *La Generación Liberal Veracruzana*, Editorial Citlaltépete, México, 1972.

Pau Iriarte, Alberto: "Máximo Gómez Báez, La astucia militar del Generalísimo", en *Anales de la Real Academia de Cultura Valenciana*, vol. II, no. 93, Valencia, 2018.

Pérez Alvarado, Felipe: Décimas a una epopeya, inédito.

Pérez Concepción, Hernel: "Un acercamiento a la obra *Revolución, hegemonía y poder"* en *XXIII Congreso nacional de Historia,* Ediciones UNHIC, La Habana, 2019.

Pérez Guzmán, Francisco: *La guerra en La Habana. Desde enero de 1896 hasta el combate de San Pedro*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, 1976.

_____: *La guerra de liberación: Máximo Gómez*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.

_____: "Occidente el gran desafío de Cuba", en *Guerra de Independencia 1895-1898,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998.

Pichardo Viñals, Hortensia: *Máximo Gómez. Cartas a Francisco Carrillo,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.

Piedra Martel, Manuel: *Campañas de Maceo en la última guerra de independencia*, Editorial Lex, La Habana, 1946.

_____: *Memorias de un mambí*, Consejo Nacional de Cultura, 1960 / Instituto del Libro, Colección Cocuyo, La Habana, 1968.

_____: *Mis primeros 30 A*ños. Memoria, Editorial Minerva, La Habana, 1943 / Letras Cubanas, La Habana, 1979.

Polanco Bidart, Rafael E.: Gestas libertarias del 95, inédito.

Portuondo, Olga y otros: *Visión múltiple de Antonio Maceo*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1999.

Poumier, María: *Apuntes sobre la vida cotidiana en Cuba en 1898*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

Prieto Candás, Enrique: *Memorias de un inmigrante. La guerra,* Asociación Cultural Amigos de Ribadesella, España, 2014 / Ediciones Loynaz, Pinar del Río, 2016.

Primelles, León (comp.): *La revolución del 95 según la correspondencia de la Delegación cubana en Nueva York*, t. II, Editorial Habanera, La Habana, 1932.

Puente Reyes Jorge: *El pensamiento político-militar de José Martí,* Ediciones Santiago, Santiago de Cuba, 2005.

Quesada y Miranda, Gonzalo de: *La revolución de los médicos, anecdotario martiano*, Ediciones Patria, La Habana, 1948.

Quintas Santana, José G.: *Viajeros por la trocha*, Ediciones Ávila, Ciego de Ávila, 2011.

Ramírez Corría, Filiberto: *Excerta de una isla mágica o Biografía de un latifundio*, Editorial Olimpo, México D. F., 1959.

Reparaz, Gonzalo: *La guerra de Cuba. Estudio militar*, La España Editorial, Madrid, 1896.

Reverter Delmas, Emilio: *Cuba española. Reseña histórica de la insurrección cubana en 1895*, t. III, Centro Editorial de Alberto Martín, Barcelona, 1897.

Reyna Cossío, René: *La Invasión,* La Habana, 1928.

Rives Pantoja, Mariano: "Historia del levantamiento en armas de un grupo de cubanos en Isla de Pinos durante la Guerra del 95, en *Historiadores cronistas* no. 1 (folleto).

Rodríguez Demorizi, Emilio: *Maceo en Santo Domingo*, Gráficas M. Parea, Barcelona, 1978.

Rodríguez Morey, Antonio: *Diccionario de artistas plásticos de Cuba*, Museo Nacional de Bellas Artes, La Habana, 2013.

Rodríguez Portela, Fernando: *El pensamiento militar del mayor general José Martí*, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 2003.

Rodríguez, Rolando: *La forja de una nación,* II La ruta de los héroes, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998.

_____: *Raíces en el tiempo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009.

Roig de Leuchsenring, Emilio: *La guerra cubana de los treinta años, 1868-1898, razón de su victoria,* Oficina del Historiador de Ciudad de La Habana, La Habana, 1958.

_____: *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos*, Ediciones La Tertulia, La Habana, 1960.

Roloff Mialofsky, Carlos: *Índice Alfabético y Defunciones del Ejército Libertador de Cuba. Guerra de Independencia iniciada el 24 de febrero de 1895 y terminada oficialmente el 24 de Agosto de 1898,* Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., La Habana, 1901.

Romañá, Ignacio: *El patriotismo y el billete del banco,* Folleto de actualidad, Imprenta de *El Avisador Comercial,* La Habana, 1896.

Rosal Vázquez de Mondragón, Antonio del: *En la manigua, diario de mi cautiverio*, Ediciones Huracán, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 2013.

Rousset, Ricardo V.: *Historial de Cuba*, Librería Cervantes de Ricardo Veloso, La Habana, 1918.

Rubio Álvarez, Omar: El general Roberto Bermúdez en la memoria del pueblo de Los Palacios (inédito), 1994.

Sánchez Guerra, José: *Mambisas guantanameras,* Editorial El Mar y la Montaña, Guantánamo, 2000.

_____ y Wilfredo de Jesús Campos Cremé: Mausoleo del Mambisado guantanamero. Semillero de héroes, inédito.

Santovenia y Echaide, Emeterio S.: *Huellas de gloria,* Editorial Trópico, La Mañana, 1944.

_____: *Pinar del Río*, Fondo de Cultura Económica, México, 1946.

Sarabia, Nydia: *María Cabrales*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 1976.

Sarmiento Ramírez, Ismael: *Cuba. La necesidad aguza el ingenio. Cultura material en el Ejército Libertador de Cuba (1868-1898)*, Real del Catorce Editores, España, 2006.

_____: *El ingenio del mambí*, t. II, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2008.

Serra Orts, Antonio: *Recuerdos de las guerras de Cuba 1868 a 1898*, A. J. Benítez, Santa Cruz de Tenerife, 1906.

Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales (SCEHI) y Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana: *Antonio Maceo. Ideología política. Cartas y otros documentos,* vol. 2, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998.

Sóñora Soto, Ivette (coord.) y otros: *Memorias de Santiago de Cuba*, no. 2, Ediciones Alqueza, Santiago de Cuba, 2005.

Sosa Borjas Zoe: *Antonio Maceo en la historiografía cubana. El tratamiento a aspectos controvertidos de su biografía,* Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2015.

Souza, Benigno: *Máximo Gómez. El Generalísimo,* Editorial Trópico, La Habana, 1936 / Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.

_____: *Ensayo histórico sobre la invasión,* Imprenta del Ejército, La Habana, 1948.

Suárez del Villar, Rita: *Mis memorias,* Publicaciones del Oasis Teosófico Martiano, Cienfuegos, 1950.

Torre José María de la: *Nuevos elementos de geografía e historia*, Imp. Elías y Hnos., La Habana, 1879.

Torres-Cuevas, Eduardo: *Antonio Maceo. Las ideas que sostienen el arma*, Academia de Ciencias de Cuba / Imagen Contemporánea, La Habana, 2012.

_____ y Oscar Loyola: *Historia de Cuba 1492-1898. Formación y liberación de la nación,* Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 2001, 2008.

Torres Elers, Damaris A.: *María Cabrales: una mujer con historia propia,* Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2013.

Torriente, Loló de la: *Estudio de las Artes Plásticas en Cuba*, La Habana, 1954.

Trelles, Carlos M.: "Bibliografía de la Segunda Guerra de Independencia Cubana", en *La Revista Ilustrada Cuba y América,* La Habana, 1902.

Valdés-Domínguez, Fermín: *Diario de un soldado,* t. I, Impresora Universitaria Andre Voisin, La Habana, 1972.

Valdés Sierra, Julián: "Táctica militar. Santi Spíritus, 1897", en *Boletín de información selectiva* no. 1. Minfar, La Habana, 1994.

Valerino Romero, Rafaela: *Oculto en mi pecho bravo, Cartas de amor y de combate,* Ediciones Abril, La Habana, 2006.

Varona, Miguel Guerrero: *Memoria de la campaña de invasión en nuestra última guerra de independencia*, Editorial Cuba Contemporánea, La Habana, 1944.

_____: *La guerra de Independencia de Cuba de 1895-1898,* vol. III, Editorial Lex, La Habana, 1946.

Venegas Arboláez, Bárbara: La guerra de 1895 en Trinidad. Cronología (inédita).

Vidal Fontaine, Eduardo: *Aires de Patria. Poesías*, (s. e.), Las Tunas, 1957.

Villanueva, Pelayo: *Historia de Colón,* t. 3, Imprenta Paltenghi, 1934.

Weyler Nicolau, Valeriano: *Mi mando en Cuba. Historia militar y política de la última guerra separatista durante dicho mando*, t. I y 2, Imprenta, Litografía y Casa Editorial de Felipe González Rojas, Madrid, 1910.

Weyler, María Teresa: *Valeriano Weyler, memorias de un general,* Ediciones Destino S. A., Barcelona, 2004.

Zanetti Lecuona, Oscar: *Isla en la historia. La historiografía de Cuba en el siglo xx*; Ediciones Unión, La Habana, 2005.

_____: *La escritura del tiempo. Historia e historiadores en Cuba contemporánea*, Ediciones Unión, La Habana, 2014.

_____ y Alejandro García Álvarez: *Caminos para el azúcar,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987.

Zulueta, Rolando: "La guerra en el Departamento Oriental", en *La guerra de independencia 1895-1898,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998.

Fuentes hemerográficas

Ahora, 9 de diciembre de 1934.

Anuario del Centro de Estudios Martianos, no. 10, 1997; no. 38, 2015.

Aurora del Yumurí, 27 de febrero de 1895.

Bohemia, mayo1936; no. 9 febrero de 1950; no. 9, 1997; no. 9, 1.º de mayo del 2015.

Boletín del Ejército, vol. I, no.4, 1955.

Carteles, no. 28, 1948.

Cuadernos de Historia Habanera, no. 33, 1946; no. 42, 1949; no. 59, 1954.

Del Caribe, no. 42.

Diario de la Marina, 7 de diciembre de 1947.

Diario Oficial del Ministerio de la Guerra, t. III, no. 188, 1895; t. I, no. 15, 21 de enero de 1896.

Ecos de Cuba, Revista decenal del Avisador Comercial, 20 de marzo de 1895; 30 de enero de 1896; 29 de octubre de 1897.

El Correo de Matanzas, 24 de diciembre de 1895.

El Cubano Libre, 15 de junio de 1996; 18 de octubre del 2018.

El Fénix, diciembre de 1895.

El Fígaro, 14 de octubre de 1906,

El Historiador, Revista Cubana de Historia, no. 10, enero-abril 2019.

El Imparcial, 12, 13 y 17 de enero de 1896.

El Mundo, 29 de junio de 1941.

El Pabellón Cubano, 27 de octubre de 1895; 19 de abril al 17 de mayo de 1896.

El Porvenir, 5 de diciembre de 1895; 4 de enero de 1896, 16 de marzo de 1896; 18 de mayo de 1896; 11 de octubre de 1896.

Forum, sept., 1896.

Gaceta Médica Espirituana, vol. 16, no. 2, 2014.

Heraldo de Melena, 20 de mayo de 1941, edición especial.

Hispania, vol. 57, no. 196, 1997.

Honda, no. 35, 2012.

Ilustración Cubana, 18 de agosto de 1906.

Invasor, 28 de noviembre del 2015; 5 de diciembre del 2015.

Juventud Rebelde, 21 de enero 1976.

La Gaceta de Cuba, no. 6, nov-dic. 1996.

La Voz del Pueblo, 11 de octubre de 1910.

Patria, no. 205, 18 de diciembre de 1895; no. 214, 14 de enero de 1896; no. 269, 29 de julio de 1896; nos. 475-480, 20 de julio al 6 de agosto de 1898.

Revista Bimestre Cubana, vol. L., no. 1, 1942.

Revista de Medicina y Cirugía Prácticas, 1898.

Revista de la Biblioteca Nacional José Martí, no. 3, 1968; no. 1, enero-abril, 1969; no. 1, enero-junio, 2015; no. 1, enero-junio, 2016.

Revista Santiago, no. 22, 1976.

Sierra Maestra, 16 de mayo de 1972.

Siga la marcha, no. 14-15-16, 2000.

Universidad de la Habana, no. 168-169, 1964; no. 246, 1996.

Verde Olivo, no. 3, 1988.

Victoria, 24 de febrero de 1983; 25 de febrero de 1983.

Fuentes digitales y de internet

Abreu Ugarte, Jorge Eduardo: "Experiencias aportadas por los médicos militares cubanos en las guerras por la independencia del siglo XIX", en *Revista Cubana de Medicina Militar*, vol. 38, no. 1, 2009, en http://scielo.sld.cu/scielo.php?pid=S0138-65572009000100015&script=sci_arttext

Bermúdez, Jorge R.: "*Una pintura para recordar de Armando García Menocal*", en lajiribilla@cubarte.cult.cu año XII, no. 769, La Habana, 2-8 de abril del 2016.

Cabrera Sánchez, Ángel E.: "Clotilde Agüero Cepeda: maestra patriota", folleto digital, Instituto Superior de Ciencias Pedagógicas Manuel Ascunce Domenech, Centro de Información, Ciego de Ávila, 2008.

Casanovas Codina, Joan: "Reseña del libro de María del Socorro Herrera: *Inmigrantes hispanocubanos en México durante el porfiriato",* en *Historia mexicana*, vol. LV, no.1, jul.-sept. 2005, en http: //www.redalyc.org/artículo.oaid=60055110

Delgado García, Gregorio: "Prólogo", en *Cuadernos de Historia de la Salud Pública,* no. 85, 1999 en http://bvs.sld.cu/revistas/his/cuh_85/cuhsu85.htm

_____: "La salud pública en Cuba durante el periodo colonial español", en *Cuadernos de Historia de la Salud Pública*, vol. 85, no. 1, en http://bvs.sld.cu/revistas/his/vol_1_96/his07196.htm

Gómez Rodríguez, Luis: La táctica sanitaria mambisa, en *"Los hijos de Asclepio". Asistencia sanitaria en guerras y catástrofes*, tesis doctoral, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, Madrid, 2013, en http://scielo.sld.cu/scielo.php?pid=S0138-65572009000100015&script=sci_arttext

Hercia, Walfredo Vicente: "La cirugía en la manigua", en *Cuadernos de Historia de la Salud Pública,* no. 85, 1999, en http://bvs.sld.cu/revistas/his/cuh_85/cuhsu85.htm

Hodelín Tablada, Ricardo y Damaris Fuentes Pelier: "Juan Bruno Zayas Alfonso: médico y general de brigada en la guerra necesaria", en revista MEDISAN, vol. 18, no.1, 2014, en http://bvs.sld.cu/revistas/san/vol18_1_14/sansu%2018(1).html

Lemes Batista, Ariel: "La invasión de oriente a occidente: una gesta y un monumento para perpetuarla", en www.monografías.com

López Campistrous, Delia María: "Fotografía y pintura: ¿dicotomía o simbiosis? Más allá de la utopía", en http://www.bellasartes.co.cu/noticia/fotografia-y-pintura-dicotomia-o-simbiosis-mas-alla-de-la-utopia.

Mani Benítez, Adriana: "La salud mambisa: la asistencia de los clubes revolucionarios contra las enfermedades en campaña", filial Unhic Villa Clara, 30 de marzo del 2020, en https://delcentro.cubava.cu/2020/03/30/la-salud-mambisa/

Marfil, Bonifacio Esteban: "Los médicos y la guerra de Cuba (1895-1898)", en *Seminario Médico*, vol. 53, 2001, en file:///C:/Users/Dr/Downloads/Dialnet-LosMedicosYLaGuerraDeCuba18951898-1202165.pdf

Minfar: *Selección de textos sobre la historia de la logística militar cubana. 1868-1898*, t. I, Tercera Parte, Ejército Libertador de Cuba (Mambí), "Tradiciones", en *Cuadernos de Historia de la Salud Pública,* no. 85, 1999, en http://bvs.sld.cu/revistas/his/cuh_85/cuhsu85.htm

Núñez de Villavicencio Palomino, Enrique: "Consideraciones sobre la intervención quirúrgica en las heridas producidas por armas de fuego", en *Cuadernos de Historia de la Salud Pública,* no. 85, 1999 en http://bvs.sld.cu/revistas/his/cuh_85/cuhsu85.htm

Pérez Concepción, Hernel: *Antonio Maceo en Holguín durante la guerra independentista cubana de 1895,* en http://aldeacotidiana.blogspot.com/2010/12/el-levantamiento-independentista-del-24.html

Sun Tzu: El arte de la guerra, Biblioteca virtual universal, 2003, en https://biblioteca.org.ar/libros/656228.pdf

Fuentes archivísticas

Archivo de la Comisión de Historia de Los Palacios: Testimonio del profesor Arturo del Pino.

Archivo de la Oficina del Historiador de La Habana: Diario de operaciones del mayor general Serafín Sánchez; Guerra del 95. Escalafón del Ejército Libertador; Colección de Personalidades de las guerras de independencia; Libro de correspondencia del mayor general Antonio Maceo, septiembre-octubre de 1895.

Archivo de la iglesia de Las Martinas: Libro sacramental de defunciones.

Archivo del Instituto de Literatura y Lingüística: *Gaceta de los Ferrocarriles de Cuba*, La Habana, 28 de agosto de 1895.

Archivo del Museo de Historia Local, Melena del Sur: Registro de comunicaciones dirigidas al excelentísimo gobernador civil de la provincia 1880.

Archivo del Museo Municipal San Luis: Colección de Gustavo y Conrado Padrón Rodríguez.

Archivo General Militar de Madrid: Diario de Campaña de Federico Bacallao, en fondo Ultramar, Cuba.

Archivo Histórico Provincial de Ciego de Ávila: Colección Clotilde Agüero Cepeda.

Archivo Histórico Provincial de Guantánamo: Fondo Delegación de Veteranos de Guantánamo.

Archivo Histórico Provincial de Matanzas: Fondo Gobierno Provincial.

Archivo Histórico Provincial de Pinar del Río: Fondo Audiencia.

Archivo Histórico Provincial de Sancti Spíritus: Fondo Serafín Sánchez (Documentos); Hemeroteca.

Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba: Fondo Gobierno Municipal.

Archivo Histórico Provincial de Villa Clara: Fondo Rita Suárez del Villar.

Archivo Nacional de Cuba (ANC): Fondos Ferrocarriles de Matanzas; Máximo Gómez Báez; Donativos y Remisiones; Revolución del 95. Distritos y Prefecturas: Relación de empleados del ramo civil de la tenencia de Gobierno Tunas; Emeterio Santovenia; Asuntos políticos.

ANC: Diario de operaciones del general Carlos Roloff; Libro de correspondencia del general José Maceo; Correspondencia diplomática de la Delegación Cubana en Nueva York durante la Guerra de Independencia de 1895 a 1898; Maceo. Documentos para su vida.

Archivo personal del historiador Julio César Valdés Solanes.

Ayuntamiento de Mantua: Libro de Actas 1893-1896.

Biblioteca Nacional de Cuba José Martí (BNJM): Sala Cubana, Manuscritos, fondo Raymundo Sánchez.

Biblioteca Provincial Julio Antonio Mella (BPJAM): Fondos raros y valiosos (periódico *El Pueblo*).

Museo municipal de Colón: Raúl Izquierdo: Colón 1895-1898 La lucha armada y su costo humano, inédito.

Museo Municipal de Ranchuelo: Sección de Documentos, no. 1-1523, José E. Gómez Vizcaíno: Mis memorias de la guerra (inédito); no. 11-1839, Hipólito Díaz Morffi: Partes de la guerra 1895-1898.

Parroquia de Nuestra Señora de las Nieves, Mantua: Libro de Bautizos, 1893-1896.

Registro de Estado Civil de Colón. Defunciones.

Registro de Estado Civil de Manguito. Defunciones.

Registro de Estado Civil de Palmillas. Defunciones.

Registro de Estado Civil de San José de los Ramos. Defunciones.

La invasión al occidente (1895-1896), una de las hazañas más grandes del siglo XIX latinoamericano, ha sido objeto de numerosos análisis, tanto por parte de algunos de sus protagonistas como de historiadores de la República neocolonial y la etapa revolucionaria; aunque no ha sido frecuente el acercamiento desde aristas que rebasen el marco de la historia política y permitan el tratamiento a partir de los presupuestos de la historia militar y local, así como de su impronta en diversas manifestaciones de la cultura.

A más de 125 de concluida la gesta, la Unión de Historiadores consideró oportuno homenajear en el XXIV Congreso Nacional de Historia esta campaña y sus protagonistas. *La epopeya de la invasión a occidente 1895-1896* integra un numeroso colectivo autoral y fue coordinado por los doctores en Ciencias, Manuel Fernández Carcassés y Damaris Amparo Torres Elers.

Ediciones UNHIC

ISBN 978-959-7260-19-6

9789597260196